

Telicidad y composicionalidad en la frase verbal

Un estudio desde la semántica formal

Maurice Pico de los Cobos



EL COLEGIO DE MÉXICO
LABORATORIO DE ESTUDIOS FÓNICOS

TELICIDAD Y COMPOSICIONALIDAD EN LA FRASE VERBAL:
UN ESTUDIO DESDE LA SEMÁNTICA FORMAL

ESTUDIOS DE LINGÜÍSTICA
VII



CÁTEDRA JAIME TORRES BODET
CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS
LABORATORIO DE ESTUDIOS FÓNICOS

TELECIDAD Y COMPOSICIONALIDAD
EN LA FRASE VERBAL:
UN ESTUDIO DESDE LA SEMÁNTICA FORMAL

Maurice Pico de los Cobos



EL COLEGIO DE MÉXICO

460.0143

C657t

Pico de los Cobos, Maurice

Teleicidad y composicionalidad en la frase verbal : un estudio desde la semántica formal / Maurice Pico de los Cobos – 1a ed. – México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, Laboratorio de Estudios Fónicos, 2008.

584 p. ; 22 cm. (Estudios de Lingüística ; 7) ;
(Cátedra Jaime Torres Bodet

ISBN 978-607-462-015-3

1. Español – Semántica I.t. II. ser. III. ser.

Primera edición, 2009

D.R. © El Colegio de México, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D. F.

www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-015-3

Impreso en México

ÍNDICE

PREFACIO	15
INTRODUCCIÓN	19
0.1. Generalidades	22
0.1.1. El plano morfosintáctico o de actancia	27
0.1.2. El objeto directo en español y el <i>actante-Y</i> de Lazard	32
CAPÍTULO I: LA TELICIDAD: PANORAMA GENERAL	35
1.1. Telicidad y clase aspectual	36
1.2. Diagnósticos usuales	41
1.2.1. Pruebas de modo y tiempo gramatical	41
A) El progresivo	41
B) El imperativo	44
C) El presente de indicativo	44
D) El pretérito perfecto	46
1.2.2. Pruebas construccionales	48
A) Construcciones causativas	48
B) Construcciones pseudo-escindidas	48
C) Construcciones de ‘fase’	48
D) Construcciones participiales	49
1.2.3. Pruebas de modificación adverbio-temporal	49
A) ‘V durante una hora, pasarse una hora V-ando/-iendo’	49
B) ‘V en una hora, tomar una hora V’	55
1.2.4. Pruebas de implicación	57
A) Implicación del subintervalo	57
B) Implicación del imperfectivo al perfecto	59
1.3. (A)Telicidad vs. (No)Delimitación vs. (Im)Perfectividad, un rompecabezas terminológico	61
1.3.1. Ontologías Situacionales: de la lógica temporal a la semántica de eventos	64
1.3.1.1. De momentos a intervalos temporales	66
1.3.1.2. De la lógica temporal al cambio como relación causal	69

1.3.1.2.1. Complementando tiempo con causalidad, el caso de Dowty (1979)	70
1.3.1.2.1.1. El término de una situación como punto de referencial conceptual privilegiado	70
1.3.1.2.1.2. El borde inicial derivado de la agentividad	79
A) De la causación al análisis contrafáctico	80
B) El problema de la selección causal, determinismo y similaridad entre mundos	81
C) Implicación contrafáctica, dependencia causal y causación	83
D) La solución agentiva al problema de la selección causal y la implicación de inicio	85
1.3.1.2.1.3. Los operadores DO, CAUSE, BECOME y el abandono de la teoría descomposicional-causal	88
1.3.1.2.2. La preeminencia de los estados resultativos: desechando el eje temporal sin incorporar eventos de primer orden: el caso de Morimoto (2001)	90
1.3.1.2.3. La inherencia de la telicidad: Depraetere (1995)	94
1.3.1.2.4. Delimitación temporal extrínseca vs. telicidad causal intrínseca	105
1.3.1.2.5. La telicidad, propiedad inherente	115
1.3.1.2.6. El punto terminal como un estado resultativo	120
1.3.1.2.7. De la causalidad a los eventos como entidades por derecho propio	127
1.3.2. De los eventos en el mundo a las expresiones que los describen y denotan	130
1.3.2.1. Descripción, extensión, referencia	131
1.3.2.2. Descripción, semántica veritativo-condicional y realismo	133
1.3.2.3. Distintas descripciones para una misma situación: el discurso de las excusas	136

1.3.2.4. Distintas descripciones para una misma situación: relaciones de implicación	140
1.3.2.5. Las descripciones de situación como ‘cápsulas’ cognitivas	144
1.3.2.6. El encapsulamiento de los eventos: del mundo al discurso y del discurso al léxico	146
1.4. La telicidad como información construida	150
1.4.1. El nivel semántico o ‘nocional’ y los distintos tipos de significado	150
1.4.2. Telicidad, condiciones de verdad y empleo de una oración	154
1.4.3. La inferencia en la telicidad: algunos antecedentes	157
1.4.4. La construcción de la(s) (a)telicidad(es): intento de clasificación	163
1.4.4.1. Clasificación inferencial	164
1.4.4.2. Clasificación conceptual	170
1.5. Conclusión	179
CAPÍTULO II. LA TELICIDAD COMO UNA CUESTIÓN DE MEREOLÓGÍA	183
2.1. La propiedad de subintervalo como propiedad subordinada a las estructuras parte-todo	184
2.2. La representación matemática de las relaciones parte-todo	187
2.3. Propiedades de los predicados en relación a su denotación	200
2.4. De la homogeneidad a la heterogeneidad: las funciones de medida extensiva	217
2.5. Las estructuras de evento y sus partes	227
2.5.1. La trayectoria de cambio a partir de <i>Up</i>	229
2.5.2. Homomorfismo entre <i>trayectoria temporal</i> y <i>trayectoria de evento</i> , base de la incrementalidad	235
2.5.3. Función de medida extensiva en estructuras de evento	241
2.6. El problema de la homogeneidad en predicados verbales dinámicos	243
2.6.1. Subestimando el problema de la divisibilidad	246
2.6.2. Distinción entre Incrementalidad-m (homogénea) e Incrementalidad-i (atómica)	251

2.6.3. Mereología, progresión-duración, dinamicidad: ¿Qué concepto es más básico?	263
2.7. Conclusión	266
CAPÍTULO III. TELICIDAD Y COMPOSICIONALIDAD	269
3.1. El principio de composicionalidad y la semántica modelo-teórica	270
3.1.1. ¿Qué es un conjunto de expresiones consistente?, ¿Qué es una expresión <i>gramatical</i> (“bien formada”)?: Teoría de modelos y Teoría de la demostración	270
3.1.2. Descomponiendo la Verdad	272
3.1.2.1. El Principio de composicionalidad y el Principio del Contexto	273
3.1.2.2. Lenguaje, referencia y modelo	277
3.1.2.2.1. Referencia, referente e interpretación referencial	279
3.1.2.3. Implementaciones del principio de composicionalidad	282
3.2. Composicionalidad y papeles temáticos	293
3.2.1. El sistema de argumentos ordenados vs. el sistema Neo-Davidsoniano	302
3.3. La interacción entre denotaciones verbales y nominales: dos hipótesis	305
3.4. Primera Hipótesis: composicionalidad verbo-nominal uniforme	312
3.4.1. Propiedades denotativas de los papeles temáticos	323
3.5. Problemas para la primera hipótesis	339
3.5.1. Tipología morfosintáctica de frases verbales	342
3.5.1.1. Distancias actanciales y correlaciones semántico-comunicativas	342
3.5.1.2. La marcación diferencial: del persa al español	347
3.5.1.3. Polarización mediante determinantes y estructura de frase	353
3.5.1.4. Un sistema doble de transitividad: polarización + marcación diferencial	356
3.5.1.5. Hacia una segunda hipótesis: objetos predicativos adverbiales y atelicidad	363
3.5.2. Convergencia de dos teorías: la despolarización y la asignación de Caso estructural débil	372

3.6. La segunda hipótesis: la composicionalidad verbo-nominal no es uniforme	381
3.6.1. El principio de composicionalidad y la interpretación semántica de la Frase Nominal	382
3.6.2. La unificación de Montague	384
3.6.2.1. Predicados nominales y verbales como <i>identificadores</i> (etiquetas sobre las partes de D_e) y la función interpretativa como <i>co-etiquetadora</i>	394
3.6.2.2. Cuantificadores generalizados como filtros sobre $\wp(D_e)$ y el tratamiento funcional de los determinantes en la frase nominal	397
3.6.3. Tipos de frase nominal: Fuerte vs. Débil	408
3.6.3.1. Las relaciones fregeanas de segundo orden como cuantificadores binarios y el tratamiento relacional de los determinantes	413
3.6.3.2. Determinantes Fuertes vs. Débiles: un diagnóstico relacional	419
3.6.4. Contexto vs. Composicionalidad estricta	424
3.6.4.1. Distintas interpretaciones para la <i>misma</i> frase nominal	426
3.6.4.1.1. La función total <i>lift</i> y la función parcial <i>lower</i> (260)a	428
3.6.4.1.2. Las funciones totales <i>A</i> , <i>THE</i> y <i>BE</i> (260)b	433
3.6.4.1.3. Las tres funciones de $\langle e, t \rangle$ a e y sus inversas (260)c	434
3.6.4.1.4. Panorama general de las frases nominales “plenas”	435
3.6.4.1.5. Nominales escuetos ¿predicados o nombres de masa?	441
3.6.4.1.6. Forma y distribución de los nominales escuetos	445
3.6.4.2. La Hipótesis del <i>Type-shifting</i> sintáctico	452
3.6.4.2.1. Caso estructural débil / Caso estructural fuerte	457
3.6.4.2.2. El paralelismo fuerte / débil - cuantificacional / no cuantificacional	466
3.6.4.2.3. La sintaxis como ordenadora del caos interpretativo	471
3.6.4.2.4. La divergencia en el caso de objetos definidos vs. escuetos	475

3.6.4.2.5. El problema de los indefinidos	482
3.6.4.2.5.1. Cuantificación aseselectiva de variables libres y estructuras tripartitas	489
3.6.4.2.5.2. Interpretaciones débiles y fuertes sin operador aseselectivo	496
3.6.4.3. Indefinidos cardinales y lecturas partitivas: ¿semántica o pragmática?	505
3.6.5. La colaboración sintaxis-semántica en la frase verbal y sus desajustes	509
3.6.5.1. Las lecturas débiles de frases nominales fuertes en posición de objeto	512
3.6.5.2. El principio de contrastividad: de verbos ligeros a objetos ligeros	517
3.6.5.3. Frases verbales vs. Compuestos fraseológicos metafóricos vs. Núcleos disociados	523
3.6.5.4. Las funciones adverbiales y los diversos complementos ‘parte del predicado’	538
3.7. Conclusión: las dos hipótesis, ¿excluyentes o complementarias?	544
CONCLUSIONES GENERALES	549
LISTA DE SÍMBOLOS EMPLEADOS	557
BIBLIOGRAFÍA	561

ÍNDICE DE TABLAS

1. Tipos de construcción actancial	29
2. Criterios de identificación del objeto directo en español	34
3. Características de los <i>esquemas temporales</i> de Vendler (1957)	39
4. Los esquemas temporales de Vendler (1957)	40
5. Caracterización aspectual de las situaciones: lógica temporal vs. eventiva	65
6. Telicidad vs. delimitación en varios autores	106
7. Asimetrías reflejadas por el contraste perfectivo/imperfectivo	176
8. Jerarquización de las (a)telicidades	178
9. El concepto de divisibilidad en diversos autores	209
10. Las distintas posibilidades de oposición: Divisible / Atómico	210
11. Interdependencia entre tipos de referencia	215
12. Temas Incrementales	316
13. Temas tradicionales	317
14. Temas Holísticos	317
15. Temas Incrementales ‘Fuente de Representación’	319
16. Temas Incrementales de Trayectoria	320
17. Descomposición de papeles temáticos en términos de propiedades de segundo orden	340
18. Escala combinada de humanidad y definitud	345
19.	371
20. La relación entre filtros y generadores como un paso hacia los tipos <i>e</i>	431
21. Algunas frases nominales y sus interpretaciones alternativas (Partee, 1986)	436
22. Clases de expresiones cuantificacionales y su distribución (Doetjes, 2001: 126, 132)	450
23. Frases Nominales y sus Interpretaciones (de Hoop, 1995, 1996)	472

ÍNDICE DE FIGURAS

1. Extensión vs. referente de una expresión	132
2. Relación de implicación entre dos versiones télica y atélica de <i>comer</i>	141
3. Grados de elaboración conceptual	150
4. Cumulatividad de las entidades	205
5. Atomicidad y divisibilidad	206
6. Cuantización (Atomicidad + no-cumulatividad)	212
7. Jerarquización de categorías	265
8. Jerarquización (alternativa) de categorías	266
9. Rol temático y función homomórfica	309
10. Diagrama de Krifka	313
11. Transitividad en el protorromance	357
12. La ciclicidad de los cambios de tipo semántico	428
13. Términos de masa	443

PREFACIO

Como los trabajos de cierta magnitud —en términos del tiempo invertido— no suelen acomodarse a la imagen preconcebida que uno tenía del mismo, me encuentro en la necesidad de externar una de mis preocupaciones, en forma de prefacio. Este texto nació como una prolongación de mi tesis de licenciatura, con correcciones, añadidas y enmendaduras aquí y allá, basadas en parte en las cuidadosas observaciones de mis sinodales (y en especial de la Dra. Josefina García Fajardo) y en otra buena parte en mi constante insatisfacción con el resultado. Desafortunadamente (o afortunadamente, según se vea) los tiempos suelen imponer límites ajenos al proceso mismo de revisión, con la indeseada consecuencia —sobre todo para el autor— de dejar sin haberse retocado algunas partes que, a su juicio, podrían mejorarse.

El presente estudio consta de dos grandes partes. La primera parte (capítulo I) puede considerarse una especie de propeuéutico sobre la telicidad en general (o una introducción al “aspecto léxico”, si se prefiere), mientras que en la segunda parte (capítulos II y III) elegí una clase de telicidad en particular (y una concepción particular de la misma), para examinarla más detenidamente. Esta elección aparentemente arbitraria resulta justificada por lo expuesto en dicha primera parte. Cabe señalar que, debido a la falta de difusión de la semántica formal en nuestro país, he decidido desde el principio escribir tratando de no presuponer demasiada especialización en el lector (esto significa que un conocimiento muy elemental del lenguaje de lógica de predicados y de teoría de conjuntos será más que suficiente). Como consecuencia, largas secciones del texto que de otra manera podrían haberse reducido o eliminado no tienen otro objeto sino el de presentar y explicar algunos aspectos de la semántica formal en sí misma, conforme van siendo requeridos.

Una última observación, ahora sobre las citas textuales y las notas a pie de página. Una rápida ojeada al texto podría dar la

impresión (equivocada) de que me he excedido tanto en citas como en notas. Dado que los problemas más graves relacionados con el tema tratado nacieron de la falta de explicitud y detalle en el uso de la terminología, y en los subsiguientes malentendidos entre una larga cadena de autores y lectores, me he visto en la fastidiosa obligación de intentar (quizás inútilmente) vacunar este texto contra tal epidemia. La prolijidad de citas (textuales y no textuales) y de notas a pie de página es consecuencia directa de ello.

Citamos de la siguiente manera (Año de la edición utilizada [año de la primera publicación]: página). Cuando remitimos a una nota de un texto citado, tenemos dos posibles casos: 1) el número de nota y el texto de la nota están en la misma página (nota a pie de página). En tal caso la página en que se encuentra la nota aparece antepuesta al número de nota. 2) el número de la nota aparece en una página diferente de aquella en la que se encuentra el texto de la nota (i.e. las notas se encuentran al final de un capítulo en vez de hallarlas en la parte inferior de la página). En ese caso nos hemos decidido por anteponer la página en que la nota es introducida y posponer, tras diagonal, la página del texto de la nota; por ejemplo: Bennett & Partee (2004 [1972]:69 nota 8/105) remite a la nota 8 colocada en la página 69 de la edición 2004, pero cuyo texto se encuentra en la página 105. En cambio, Cano Aguilar (1987:151 nota 14, 167) remite a dos pasajes: la nota 14 colocada en la página 151 (cuyo texto aparece ahí mismo) y a la página 167. A menudo he introducido aclaraciones en los textos de las citas, dichas aclaraciones aparecen siempre entre corchetes. Todas las traducciones son mías, salvo utilización de una edición en español (cuando es así, ésta aparecerá en la bibliografía).

Agradezco profundamente la ayuda que en todo momento me han brindado Sergio Bogard, Josefina García Fajardo y Violeta Vázquez Rojas Maldonado. A todos ellos les debo largas horas de cuidadosa —y seguramente fastidiosa— lectura, llevadas a cabo a pesar de la constante sobrecarga de trabajo y de los escasos tiempos. Sin sus certeros comentarios a la primera versión, este texto sería otro. Me gustaría agradecer también a mi esposa, Amanda Delgado Galván, por apoyarme en lo que parecía un proyecto sin fin y ayudarme con algunos detalles del mismo. Por último, claro está, también quiero agradecer a mis padres, Marcelino Pico Pérez y María de Lourdes de los Cobos Villaseñor, por el incondicional apoyo y el prolongado

sacrificio para otorgarme el tiempo y los medios tanto tangibles como intangibles. El texto les debe mucho a todos ellos. Por supuesto, cualquier error, malinterpretación u omisión es absoluta responsabilidad mía.

Maurice Pico
Amsterdam, Países Bajos, enero de 2008

INTRODUCCIÓN

“[...] «having a theory» may mean no more than «having a hunch» (which appears to be the least respectful, though actually rather common, interpretation of the notion of a theory)” (Plank 1984b:8)

A lo largo del texto que el lector tiene en sus manos, nos dedicaremos a examinar una oposición generalmente asumida como léxica, pero constreñida composicionalmente en el marco de la oración: la oposición entre predicados verbales *télicos* y predicados verbales *atélicos*.

En términos informales, se dice que los primeros remiten a ‘eventualidades’¹ con una delimitación temporal necesaria, en tanto que los segundos remiten a ‘eventualidades’ sin dicho límite. Adicionalmente, ambos pueden presentarse, por parte del hablante, con una delimitación temporal contingente y *arbitraria*. Para los predicados *télicos*, si dicho límite arbitrario no coincide con su delimitación necesaria, se considera que el uso que de él hace el hablante es un

¹ Del inglés *eventuality-type*, refiere, en su conjunto, a los estados, actividades (a)télicas y eventos puntuales (o bien, estados, procesos y eventos no-instantáneos e instantáneos, cf. Bach 1981:69). Carecemos de un término similar en español, de modo que nos veremos en la obligación de usar un término menos claro: *situación*. Este término tiene la desventaja de llevar a confusión con un concepto diferente que porta la misma etiqueta, el concepto de SITUACIÓN de Barwise y Perry (1983 *apud* Chambreuil 1998:277-342; Moltmann 1997). Una SITUACIÓN corresponde a algo mucho más concreto que lo que señala el concepto de ‘eventualidad’ ya que una misma eventualidad puede remitir a todo un rango de SITUACIONES concretas diferentes. Por último, señalemos que en Dini & Bertinetto (1995:137 nota 16) se sustituye el término *eventuality-type* (más precisamente, hablan de *event-type*) por el de *actionality*, reservándose el primero (*event-type*) para remitir, no a diferentes categorías de una clasificación, sino a diferentes conceptos particulares de evento. Por ejemplo, la diferencia entre *correr* y *correr a la tienda* es de *actionality* pero la diferencia entre *correr a la tienda* y *correr a los empleados* no es de *actionality* (ambos son *télicos*) sino de *event-type*. Del mismo modo la diferencia entre *lavar ropa* y *vender jitomate* no es de *actionality* (ambos son *atélicos*) sino de *event-type*.

caso de *aplicación imperfectiva* del predicado, de lo contrario se trata de una *aplicación perfectiva*.

Intentaremos convencer al lector de que la (a)telicidad no es una propiedad de las piezas léxicas, sino que se trata de una propiedad construida, a veces incluso bajo la forma de inferencia. También veremos que la razón por la cual ha tendido a confundirse con una propiedad léxicamente establecida es porque el surgimiento de la (a)telicidad, anclada al nivel de construcción oracional, presenta un alto grado de sistematicidad y productividad.

En el capítulo primero comenzamos por presentar el concepto de telicidad en sus distintas facetas, confrontando al lector con un abanico empírico de datos en forma de pruebas aspectuales y con un abanico de posturas teóricas en forma de distintos autores entrando en polémica. Esto servirá de pasada para poner sobre aviso al lector acerca de las fluctuaciones en el uso (contradictorio) de la terminología. Tras esta revisión general, nos adscribimos a la propuesta que equipara los predicados verbales a los nominales mediante la introducción de individuos eventivos como referentes. Por último, ante la omnipresencia de una multiplicidad de giros interpretativos que afectan la (a)telicidad de los enunciados (fenómeno ampliamente documentado por la dificultad que entraña en la aplicación de las pruebas aspectuales, véase el apartado 1.2.), revisamos brevemente las relaciones que estos giros mantienen entre sí y con respecto a un concepto general de evento, así como algunos factores inferenciales involucrados.

En el capítulo segundo examinaremos más detalladamente en qué consiste la base de la información léxica sobre la que se construye la (a)telicidad. Para ello partiremos de que la lógica de las relaciones parte/todo está en los cimientos de este fenómeno. La telicidad será entonces la manifestación, en el ámbito verbal, de una propiedad de predicados con respecto a su denotación, propiedad denominada *cuantización*, la cual bloquea fuertemente las inferencias descendentes (si el predicado vale para el todo, no vale para la parte; obsérvese que esta restricción es *más fuerte* que la negación del siguiente condicional: si el predicado vale para el todo entonces también vale para la parte). La representación algebraica de dicha lógica de partes será expuesta en 2.2. donde se definirán tres relaciones (la de *parte propia*, la de *parte impropia* y la de *traslape*) y una operación de *suma* que amalgama partes para formar un todo. Con base en dichas relaciones y la operación mencionada se definen tipos de interacción entre predicados (verbales o nominales) y sus referentes (2.3.). Estos

tipos de interacción pueden alterarse mediante funciones de medida extensiva, lo cual explica la posibilidad de pasar de predicados homogéneos a predicados heterogéneos. Esto último se ejemplifica primero con predicados nominales, tras lo cual se observa que ciertas frases verbales heredan las propiedades referenciales de los predicados nominales que constituyen su complemento (2.4.). Seguidamente, detallamos la noción de estructura de partes para el caso específico de los individuos eventivos. La dinamicidad se concibe entonces como la relación entre esta estructura de evento y una estructura temporal con forma de trayectoria unidimensional dirigida (i.e. orientada). La incrementalidad, a su vez, remite a la progresión evento-temporal. Por último se introduce una distinción entre dos maneras en que se presenta dicha incrementalidad con respecto al problema de la homogeneidad: una incrementalidad con partes atómicas (incrementalidad-i o de individuo) y una incrementalidad con partes carentes de atomicidad (incrementalidad-m o de masa). Intuitivamente estas incrementalidades corresponden respectivamente a actividades por iteración y actividades sin iteración (i.e. continuas).

El capítulo tercero está enteramente dedicado al examen de la interacción, en el marco de la alternancia télico/atélico, entre predicados verbales y complementos, vía papeles temáticos y atendiendo al célebre Principio de composicionalidad. Para ello enfocaremos una muy pequeña parcela de la alternancia télico-atélico: la que concierne a verbos transitivos de destrucción/creación (con alusiones a los de desplazamiento). La primera parte introduce la semántica modelo-teórica y el principio de composicionalidad entre expresiones. La segunda parte (3.2.) revisa la noción de papel temático con especial atención a su refundición en términos semántico-veritativos. En la tercera sección (3.3.) se explicitan dos alternativas —implícitas en Dowty (1991a)— para explicar la atelicidad de frases verbales transitivas (de destrucción/creación). En la cuarta parte (3.4.) se expone una primera hipótesis en cuanto a la relación entre atelicidad/telicidad y composición verbo-nominal en las frases verbales, basada en una de las dos alternativas previamente expuestas. Dicha primera hipótesis supone que todas las frases verbales se componen del mismo modo a partir del núcleo y el complemento, de manera que —en términos de composición— no hay diferencia de comportamiento entre diferentes verbos y complementos nominales. Desde este punto de vista, la (a)telicidad resulta de dos elementos independientes: la distinción masa/contable de la frase nominal objeto y las propiedades de los distintos papeles temáticos

que regulan la interacción entre las extensiones del argumento-*e* davidsoniano y del argumento introducido por el complemento nominal. La quinta parte (3.5.) expone algunos problemas para la primera hipótesis, según la cual la composicionalidad verbo-nominal es uniforme para todas las frases verbales (la insuficiencia de esta primera hipótesis se perfila ya desde lo expuesto en 0.1.1.). Seguidamente, en la sexta sección, detallamos una segunda hipótesis para la relación entre atelicidad/telicidad y composición verbo-nominal en la que ésta última ya no es uniforme y los complementos nominales se integran de manera variable entre dos extremos: la integración como argumentos plenamente independientes y la integración como parte del predicado.

A continuación expondremos brevemente la perspectiva general bajo la que veremos los fenómenos de la lengua —en general— y del español —en particular—.

0.1. GENERALIDADES

A lo largo de este estudio nos situaremos, básicamente, en la perspectiva del grupo RIVALC² que propone tres niveles diferenciados de análisis para un enunciado dado (Lazard 1984b:269):

- i) el nivel semántico o nocional;³
- ii) el nivel de las relaciones gramaticales (o actanciales) entre el predicado verbal y los miembros nominales principales de una cláusula (los actantes).

² “Recherche Interlinguistique sur les Variations d’Actance et Leur Corrélats”, véase Lazard (1995a, 2001b).

³ Lazard no especifica mucho cómo debe entenderse el significado, dejando la puerta abierta para posturas semánticas diferentes: podemos entender el significado como un asunto de abstracción lógica y por tanto como algo externo a los sujetos e independiente de los mismos (postura anti-psicológica al estilo de Frege), o bien como algo ineludiblemente ligado a un agente cognoscitivo, algo inherente a cada hablante particular, siendo el significado psicológico y relativo a un sujeto (véase Morris 1994:92, 94 para una postura en la que ambas perspectivas —la del significado objetivo y la del significado subjetivo— son totalmente compatibles). Lo que queda claro, en todo caso, es que el nivel nocional solamente incluye el significado conceptual o de condiciones de verdad sin incorporar significado de tipo procedimental.

iii) El nivel de las relaciones tema-rema, o de ‘perspectiva comunicativa’ (*communicative intent*, en inglés, *visée communicative* en francés). Este aspecto de una oración también se conoce como su ‘estructura informativa’.

Para aterrizar estas distinciones veamos los siguientes contrastes (tomados de Lazard 1984b):

- (1) a. El lobo devoró al cordero
 b. La cabra vio al león
 c. El cordero fue devorado por el lobo
 d. El lobo devoró al CORDERO (y no a la cabra)
 e. El LOBO devoró al cordero (y no el león)

(1a) y (1b) tienen diferente significado (=nivel nocional) pero la misma estructura gramatical (=nivel de relaciones actanciales); (1a) y (1c) tienen el mismo contenido nocional pero diferentes construcciones actanciales; y (1d) y (1e) siendo idénticos en contenido nocional y estructura actancial, difieren a nivel de perspectiva comunicativa. *Grosso modo* puede decirse, siguiendo a Lazard (1984b:270; 1995a:168; 1999b:314-315), que en el nivel de actancia (ii), se considera a las frases nominales en tanto que significantes (*signifiants*), por contraposición al nivel nocional (i) en que se las considera como significados (*signifiés*). Así, las frases nominales en tanto que *signos* remiten a un *concepto* o significado y a una forma o *imagen acústica* (cf. Ferdinand de Saussure 1994 [1915]:99). En su relación con el núcleo de la frase verbal, ambos aspectos se denominan *participante* (agente, paciente, etc.) y *actante* respectivamente (Lazard 1995a:169; 1997:12). Los tres niveles están íntimamente relacionados en los enunciados, pero se considera metodológicamente necesario distinguirlos en todo momento para “percibir exactamente cómo se relacionan” (Lazard 1984b:270; 1995a:169; 1998:26; 1999a; 2003:13; Sanders 1984:224).⁴ A estos tres

⁴ Lo cual contrasta marcadamente con el procedimiento implementado en Hopper y Thompson (1980), donde suelen no respetarse dichas distinciones —en especial la del nivel nocional con respecto al nivel de actancia—. Lazard señala al respecto del trabajo de estos autores: “[...] creo que no es posible obtener una idea adecuada de las relaciones involucradas si uno toma como base nociones semánticas apriorísticas, *no definidas o definidas vagamente*. Es más seguro y satisfactorio construir sobre el suelo firme de los fenómenos formales (“variaciones de actancia”), y sobre esta base detectar las variaciones semánticas relevantes. En este tipo de acercamiento, la noción de transitividad, en vez de plantearse al inicio de la investigación, emergería al final: debería probablemente definirse como la escala misma (o escalas) de esas variaciones, o como el polo positivo de esa(s) escala(s)

niveles, sin embargo, quizás debamos añadir un ‘nivel’ adicional para el tratamiento de la telicidad: el nivel del significado inferido en relación estrecha con los niveles nocional y comunicativo. El nivel nocional corresponde al significado de tipo denotativo o de condiciones de verdad. Pero este tipo de significado debe complementarse con un significado ‘instruccional’ o ‘procedimental-computacional’ que no se encuentra reflejado en el nivel nocional (cf. Moeschler & Reboul 1999:24-30, 123, 397). Dicho significado instruccional se articula a menudo con el nivel de perspectiva comunicativa (o de estructura informativa), con los niveles nocional y de actancia así como con el surgimiento de inferencias. Esto explica, en particular, que dos oraciones puedan tener las mismas condiciones de verdad pero diferentes estructuras o representaciones semánticas que, a su vez, disparen distintas agrupaciones de inferencias.

Este último tipo de significado incluye instrucciones con respecto al empleo (condiciones de buen uso) de las expresiones, así como instrucciones específicas de interpretación, tanto respecto del discurso previo como del contexto situacional (deixis). Moeschler & Reboul (1999:196, 244) parecen separar, dentro de las instrucciones pragmáticas codificadas lingüísticamente, las condiciones de buen empleo, por una parte, y el significado procedimental, por otra, reduciendo éste último a solamente las instrucciones de interpretación. Esta separación no me parece del todo adecuada en el sentido de que algunas condiciones de buen empleo consisten, ni más ni menos, en que el contexto discursivo previo —o el contexto de enunciación— proporcione los elementos indispensables para que puedan aplicarse las instrucciones de interpretación (esto queda bastante claro en la discusión de las presuposiciones de existencia y unicidad por parte de Strawson 1983a/b). En tal caso, algunas condiciones de buen empleo son parte integral (o consecuencia) de las instrucciones de interpretación y, entonces, podemos considerar que el significado instruccional determina tanto condiciones de buen uso de las expresiones específicamente empleadas, como la manera en que deben relacionarse con las expresiones del discurso previo o posterior, dando ciertas indicaciones con respecto al procedimiento para interpretarlas.

—lo que significa que se le daría una definición genuinamente lingüística y funcional en vez de ontológica.” (Lazard 1984b:290 nota 5, cursivas mías). Véanse también otros comentarios y críticas de Lazard (2001a:XIII; 2001a [1984a]:179; 2001a [1999b]:302, 312-313, 314-315, 319) y de Cano Aguilar (1987:19, 24).

Consideramos que los mecanismos que dan lugar a una interpretación télica se encuentran *todos* en el nivel nocional o veritativo-condicional de una oración, pero el valor (a)télico, como tal, o bien es construido mediante significado instruccional (y forma parte de la representación semántica) o bien es una inferencia que surge del significado instruccional y la manipulación posterior de la representación semántica.⁵ La herramienta básica que utilizaremos para detallar los ingredientes de la telicidad en el nivel nocional es la semántica modelo-teórica y, de manera más particular, la mereología extensional —una representación algebraica de las relaciones ‘parte-todo’— que expondremos en los capítulos 3 y 2 respectivamente.

Dado que la telicidad/atelicidad es un fenómeno básicamente semántico, que no siempre se transparenta en factores sintácticos,⁶ he decidido deliberadamente tomar la vertiente semántica como hilo conductor, apelando a los fenómenos sintácticos conforme vayan siendo pertinentes. En este sentido, si bien el ideal metodológico de Lazard es partir de la *forma* y no del *significado*, aquí procederemos

⁵ Por mencionar sólo dos posibilidades. Aclaremos desde un principio que toda lengua tiene un alto grado de flexibilidad y que —mediando el proceso de lexicalización— un único ítem léxico puede en algún momento ‘encapsular’ (véase sección 1.3.2.6. *infra*) un significado eventual que de otro modo tendría que representarse mediante un enunciado de cierta complejidad. Para el caso que nos ocupa, informaciones que normalmente se codifican a nivel oracional, y que dan lugar a la telicidad y a la iteración como significado construido en la representación semántica, o bien como inferencia, pueden encontrarse fijados en solamente un ítem léxico (compárese por ejemplo *ametrallar* vs. *disparar de manera ininterrumpida*).

⁶ En Sanz (2000) se intenta un análisis sintáctico-minimalista postulando una proyección funcional para tipo de evento, es decir una frase de evento. La hipótesis que se trabaja ahí es que esta proyección contiene, en español, además de los rasgos interpretables [+/- télico] y [+/-puntual], rasgos- ϕ (es decir, no-interpretables, Sanz 2000:31, 39) que deben borrarse en sintaxis abierta (i.e. deben borrarse antes de LF). Se propone que el clítico *se* aspectual aparece en sintaxis abierta para borrar los rasgos no-interpretables. Adicionalmente, los objetos portan rasgos interpretables [+/- medida]. Si bien los análisis en términos de la distinción entre rasgos (sintácticos) interpretables y no-interpretables resultan muy iluminadores en algunos casos, no me parece que éste sea uno de ellos. Remito el lector a Sanz (2000) para la inspección detallada que no haremos aquí. La propuesta del clítico *se* como marcador aspectual se basa en su presencia obligada en frases verbales télicas como (5) *infra* (aunque de Miguel 1999:2995-2996, considera que la presencia del clítico en las frases télicas como (5) es optativa), y su ausencia —también obligada— en frases verbales atélicas como (7) *infra*. Del clítico *se* como marcador aspectual no se hablará en el presente trabajo; además de Sanz (2000) y de Miguel (1999), puede consultarse Nishida (1994), Bogard (2000) y Kempchinsky (2004).

al revés o, al menos, en paralelo (cf. de Hoop 1996:58, 131, 133, 144 que propone una visión interactiva entre sintaxis y semántica, las cuales requieren, entonces, ser abordadas en paralelo). No me será posible seguir a Lazard más que en el intento de ser explícito con respecto a la diferencia entre significados y significantes, y no con respecto al método de partir ‘de las formas’ para llegar a los significados asociados a éstas. Asumir este método llevaría —en última instancia— a postular un sinfín de ‘telicidades’ y ‘atelicidades’ diferentes, al menos una por cada ‘forma construccional’ asociada. Por otra parte, dejaría de lado la posibilidad de que un mismo tipo de significado pueda surgir de distintas maneras, parcelando artificialmente el significado.

En un ejemplo como el que sigue puede observarse que las interpretaciones télicas vs. atélicas son muy escurridizas con respecto al criterio de la forma.

(2) *Juan empujó la pesada caja*

Éste puede interpretarse —para la misma forma— como télico, desde el punto de vista del inicio de la situación (el momento en que empieza a moverse la caja), o como atélico desde el punto de vista de la ausencia de algún punto terminal o meta (cf. Dowty 1972 *apud* Bach 2002 [1986]:328, quien observa que casi cualquier verbo atélico puede utilizarse como télico en un contexto adecuado; véase también el comentario de Bach 1981:73 respecto de *John ran yesterday*). Igualmente, en los dos ejemplos que siguen prácticamente no hay diferencia de forma, no obstante lo cual, el primer par (3a) es atélico y el segundo par (3b) télico:

- (3) a. *Contemplaba {el mar /el paso del agua}*
 b. *Contemplaba {el atardecer /el paso del tren}*

Bennett y Partee (2004 [1972]:72) apuntan varios casos similares en que una misma construcción da lugar a múltiples posibilidades, como por ejemplo (4a/b):

- (4) a. *mantener una promesa*
 b. *disfrutar un concierto*

Si *mantener una promesa* es no cancelarla, entonces es una frase verbal atélica (en términos de Bennett y Partee: “*keep a promise is subinter-*

val”) si, en cambio, *mantener una promesa* es cumplir con ella, entonces tenemos una frase verbal télica (*nonstative, nonsubinterval* en la terminología de Bennett y Partee). Si *disfrutar* es experimentar con placer, entonces *disfrutar un concierto* es una frase verbal atélica, pero si *disfrutar un concierto* significa experimentar el concierto en su totalidad, entonces es télica.

Sin embargo, a pesar de no tomar como punto de partida las *formas*, cuando hablemos en términos sintácticos, asumiremos la escala que Lazard establece para el plano morfosintáctico del enunciado,⁷ la cual presentamos a continuación.

0.1.1. EL PLANO MORFOSINTÁCTICO O DE ACTANCIA

Los actantes son los elementos o conjuntos de elementos que representan —en el plano morfosintáctico— a los participantes implicados en la situación expresada por la oración. Los actantes suelen ser nominales, pero pueden presentarse en forma de ‘índice actancial’, es decir, por medio de un morfema en el verbo —caso del sujeto en español— o un clítico —caso de los objetos directo e indirecto en español—. Pueden combinarse ambas presentaciones, obteniendo un actante ‘duplex’ (o pueden estar en distribución complementaria obteniendo un actante ‘simplex’):

- (5) a. Ese fulano se (**la*) comió *tu torta*
 b. Ese fulano se *la* comió

En (5a/b) el clítico de objeto directo ejemplifica la noción de índice actancial en distribución complementaria con la FN que representa al mismo actante (*tu torta*). El sujeto y la concordancia en el verbo ejemplifican la noción de actante duplex (subrayado en 5a). Lazard (1984b, 1998) propone considerar a los actantes y al verbo

⁷ Dado que la terminología de Lazard no es la más usual, nos veremos en la obligación de utilizar —muy a menudo— la terminología basada en la distinción argumento/adjunto, la cual impera en la mayor parte de la bibliografía utilizada, y por tanto de las discusiones. De cualquier manera, no consideramos que el uso de ambas clasificaciones sea contradictorio (la segunda es simplemente menos detallada), y de hecho, ésta última suele considerarse generalmente como ‘preteórica’ —precisamente por su falta de detalle— (véase Dowty 2003:33-34). Por otra parte, también echaremos mano de las propuestas de de Hoop (1995, 1996) que están planteadas en términos generativistas.

como “polos” de la construcción. Paralelamente introduce una distinción entre objeto *polarizado* y objeto *despolarizado* (Lazard 1998:223-224, 231-232, 280; 1999b:305). Un objeto polarizado se encuentra asociado a un índice actancial (independientemente de si están copresentes o no), de manera que resulta difícil omitirlo por completo, como se muestra en (6a/b), y generalmente puede pasivizarse como en (6c), en tanto que los objetos sin polarizar no pueden pasivizarse (7c), no tienen índice actancial asociado, como se muestra en (7b), y se parecen mucho a modificadores adverbiales tanto en su interpretación como en su posible omisión:⁸ (7a) (véase sección 3.5.1.5).

- (6) a. *La empresa constructora despidió* *(**a los empleados**)
 b. *La empresa constructora* *(**los**) *despidió*
 c. **Los empleados** *fueron despedidos* (por la empresa constructora)
- (7) a. *Alejandra comió* (**marisco**) *gustosamente*
 b. *Alejandra* (***lo**) *comió gustosamente*
 c. ***Marisco** *fue comido gustosamente* (por Alejandra)

Esta posibilidad de despolarización parece ser propia de los objetos directos, por contraste a los sujetos que son “presumiblemente siempre un polo” (Lazard 1984b:288). El contraste entre la presencia o ausencia del actante-objeto, pudiendo ser éste, a su vez, polarizado o no, da por resultado una clasificación de construcciones actanciales tal como se nos presenta en la siguiente tabla:

⁸ El que los objetos despolarizados puedan omitirse no es invariablemente cierto para todos los casos, por ejemplo: *Despidieron* *(**empleados**), *Un periódico contiene* *(**artículos**), *María vende* ?(**flores/harina**). Los motivos pueden ser múltiples. Más adelante (3.5.-3.6.), esto nos llevará a cierta controversia en cuanto a cómo considerar este tipo de constituyentes. De hecho, puede verse en la tabla 1 que una construcción con objeto despolarizado se considera diferente a una sin objeto, de modo que se admite que el objeto despolarizado no pierde *totalmente* su naturaleza de objeto.

Tabla 1. Tipos de construcción actancial (Lazard 1984b:287)⁹

Construcción tripolar	Construcción bipolar	
Construcción biactancial 'izquierda' (objeto polarizado)	Construcción biactancial 'derecha' (objeto no-polarizado)	Construcción uniactancial (sin objeto)
X - Y - V	X - YV	Z - V

Marquemos ahora, por medio de corchetes, los polos de las construcciones (6a) y (7a) a manera de ilustración, añadiendo el ejemplo (8) correspondiente a la construcción uniactancial:

- (6) a. [La empresa constructora]_{PoloX} - [*despidió*]_{PoloV} - [**a los empleados**]_{PoloY}
- (7) a. [Alejandra]_{PoloX} - [*comió marisco*]_{PoloVY} *gustosamente*
- (8) [Alejandra]_{PoloZ} - [*comió*]_{PoloV} *gustosamente*

Subrayado tenemos al actante X y en negritas al actante Y, en cada caso. Como se ve, ambas construcciones (6a) y (7a) son biactanciales, pero la primera es tripolar en tanto que la segunda es bipolar. A su vez, tanto (7a) como (8) son bipolares pero sólo la primera es biactancial.

Más recientemente (1995b, 1997, 1999b) Lazard ha establecido una escala clasificatoria aún más detallada de las funciones sintácticas que aparecen en un enunciado. Esta escala, junto con la noción asociada de *distancia actancial* o *distancia sintáctica* explicitan lo que quedaba implícito en un cuadro como el de la tabla 1: la idea de que la distinción entre elementos sintácticamente dependientes del verbo (o regidos) y no dependientes es una distinción que consta de muchos grados cuyas diferencias pueden resultar a menudo muy borrosas. La noción de *distancia* refiere a una distancia *gramatical* —más que literal— con respecto a un núcleo (Lazard 1995b:392-394; 1998:238-240; 1999a:100-101). Esta “distancia” se compone de una relación de *rección* y otra de *requerimiento*. Un constituyente está bajo

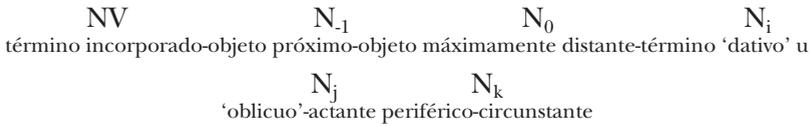
⁹ Por convención, Lazard utiliza la siguiente notación: X e Y para los actantes sujeto y objeto de la cláusula transitiva y Z para el único actante de la cláusula intransitiva (en minúsculas x, y, z si se trata de índices actanciales, como morfemas de concordancia o clíticos), V representa el verbo.

la influencia gramatical de un verbo si éste determina su forma, es decir, si lo rige (Hjelmslev amalgama bajo el concepto de *rección* tanto *rección* —determinación de la forma— como *requerimiento*, lo cual es criticado por Cano Aguilar 1987:23-24). Contrástese *pensé* {*en tamales* / **tamales*} y *vendí* {**en tamales* / *tamales*}. La forma del constituyente con el núcleo nominal *tamales* está determinada por los verbos *pensar* y *vender*: están regidos. La relación de requerimiento se establece entre un constituyente y el núcleo verbal de la oración cuando éste impone condiciones sobre, o de plano prohíbe, la omisión de ese constituyente. Veamos: *pensé* {*en tamales* / \emptyset } y *vendí* {*tamales* / \emptyset }. En cuanto al requerimiento los núcleos verbales *pensé* y *vendí* no parecen prohibir la omisión del constituyente. Sin embargo, *vender* sí impone condiciones: *vendí* {*tamales* / \emptyset } pero *vendí* {*los tamales* / * \emptyset } y *los vendí* {*los tamales* / \emptyset }. La condición que impone el verbo sobre el constituyente es, o bien presentar una forma escueta —aunque de todos modos la omisión del complemento resulta más marcada con *vendí* que con *pensé*—, o bien su pronominalización con clítico acusativo. Ahora bien, el constituyente *al mediodía* no parece estar sujeto a ninguna condición similar por parte del verbo: *vendí* {*al mediodía* / \emptyset }. No hay imposición de un clítico pronominal ni de condición escueta sobre *al mediodía*. Podemos suponer que este constituyente no está bajo la influencia del verbo *vendí* en la medida en que lo está *los tamales*. Como imagen podemos decir que está a mayor *distancia* del núcleo verbal. En tal caso, claro, se trata de una distancia *gramatical* con respecto al núcleo verbal y medida por ciertas propiedades gramaticales, como la accesibilidad a transformaciones, las restricciones de correferencia (Lazard 2001a [1999b]:321; 2001a [1995b]:392);¹⁰ o el grado en que el índice actancial establece

¹⁰ Lazard (1997:17-18) proporciona una lista de criterios para evaluar cuánto se asemeja un constituyente dado a un actante o a un circunstante en la escala de ‘distancias’. **Criterios transformacionales:** 1) el cambio de diátesis activa a pasiva solamente afecta a los actantes centrales (sujeto y objeto); 2) La puesta en infinitivo del verbo a menudo conlleva la desaparición de un actante; 3) la posibilidad de ascender de actante de subordinada a actante de verbo principal; 4) cohesión: a menudo el verbo no puede desplazarse sin el objeto. **Criterios de correferencia:** 1) los reflexivos y recíprocos solamente se relacionan con actantes; 2) los cuantificadores flotantes solamente pueden asociarse a un constituyente actante; 3) En caso de coordinación de dos predicados, si un actante del primero es correferencial con uno del segundo, éste último desaparece (en oraciones completivas esto lleva a dos construcciones diferentes: una con correferencia y otra sin correferencia); 4) Cuanto más central es el rol gramatical de un constituyente, más fácil es su acceso a la construcción de relativo (cf. La jerarquía de accesibilidad de Keenan & Comrie 1977).

concordancia con el actante.¹¹ Es decir que esta ‘distancia’ se determina mediante criterios de sensibilidad del constituyente evaluado a cambios que padezca el núcleo verbal con respecto al cual quiere medirse la distancia, por ejemplo a cambios de voz, pronominalización... etc. Contrástese ahora: **Al mediodía fue vendido los tamales* / **Al mediodía los fue vendido* / *Los tamales fueron vendidos al mediodía*. Es evidente que el ascenso a función de sujeto mediante pasivización está al alcance de *Los tamales* pero no de *al mediodía*.

Mediante la noción de distancia actancial, Lazard (2001a [1995b]:393) establece el siguiente continuo (por supuesto, no toda lengua tiene todas las posibilidades):



Esta escala la relaciona a su vez con la transitividad de una construcción, de manera que la posición N₀ representa la cúspide en la curva de transitividad, la cual desciende conforme uno se aleje en la escala en cualquiera de las dos direcciones, alcanzando un grado nulo de transitividad en NV o N_j (Lazard 2001a [1995b]:396; 2001a [1999b] :316).

Como veremos, en comparación a la distinción más tradicional de adjunto vs. argumento, hay algunas similitudes pero también diferencias: la escala de Lazard es claramente referente a la *forma* y no al nivel semántico, en tanto que la de adjunto vs. argumento/complemento consta de criterios mixtos sintáctico-semánticos (véase Doty 2003). El elemento N₀ equivale a la noción de ‘argumento’, en tanto que N₋₁ y N_k parecen confundirse con la noción de ‘adjunto’. Menciono estas equivalencias aproximadas porque toda la literatura sobre telicidad está acuñada en términos de argumento vs. adjunto. Por otra parte, si acudimos a la escala de Lazard es simplemente porque en ella no hay ambigüedad con respecto a si estamos refiri-

¹¹ A este respecto los objetos directos canónicos suelen mantener una relación de concordancia en género y número además de caso; mientras que otros complementos (como los de verbos de medida y los complementos de verbos copulativos, como *ser* y *estar*) solamente establecen concordancia de caso, pero son neutros respecto de género y número, razón por la cual se los descarta como objeto directo, a pesar del clítico acusativo (otra razón, para la construcciones copulativas, es que no parece haber restricciones en términos de rol temático).

riéndonos al nivel semántico de una oración o a su forma, y por ofrecer transiciones en vez de solamente los dos extremos de la escala (el estatus de argumento versus el estatus de adjunto).

0.1.2. EL OBJETO DIRECTO EN ESPAÑOL Y EL *ACTANTE-Y* DE LAZARD

En el presente estudio dedicaremos una atención privilegiada a la telicidad de las frases verbales transitivas, sobre cuya descripción ‘estructural’ regresaremos en la sección 3.5.1., de manera que vale la pena repasar brevemente el concepto de ‘objeto directo’ recapitulando los criterios más recurrentes empleados para su identificación en el español (para una visión más general de criterios, cf. Plank 1984a/b). La noción de objeto directo surge en paralelo y por oposición a la de sujeto, es decir que el objeto se concibe generalmente como el *otro* constituyente obligatorio de una oración transitiva (cf. Plank 1984a:vii). Esta es una concepción negativa o excluyente (es decir, no se especifica qué es un objeto dando una serie de criterios necesarios y suficientes, sino por exclusión frente otra clase de constituyentes como los sujetos o complementos indirectos y circunstanciales de una oración transitiva). En consecuencia, la aproximación tradicional presenta dos inconvenientes mayores:

1) La disolución de las diferencias frente a las analogías: constituyentes con propiedades gramaticales diferentes serán consideradas objetos directos, borrando sus diferencias, por la única razón de que aparecen como complemento de un verbo calificado de *transitivo* y que no son ni complementos indirectos ni circunstanciales ni sujetos.

2) La circularidad: puesto que la noción de objeto directo depende de la noción de oración y/o verbo transitivo y la transitividad, a su vez, se define como el hecho de tomar un complemento u objeto directo (cf. Abraham 1981; Crystal 2000; Welte 1985), en el fondo no hay una idea clara o autónoma de qué es un objeto directo.

Evidentemente esto se debe a que los criterios concretos para identificar un objeto directo no pueden proponerse más que en el marco de una lengua en particular. Pero el problema no se reduce a la dificultad de lograr una definición operativa translingüísticamente, sino que dentro de una misma lengua se suelen presentar distintas variedades de objeto directo, de manera que los criterios que servirían

para detectar a alguna de éstas no siempre son extensibles a otra. En la tabla 2 hemos tratado de reunir los criterios más prominentes en la identificación de los objetos directos del español, siendo a menudo el caso que un objeto no cumpla con todos ellos (y a veces con casi ninguno). Los criterios lo suficientemente generales como para agrupar todo el conjunto de objetos directos son los de rección sintáctica y semántica, pero éstos también aplican a otros constituyentes que no son objetos (p.ej. los sujetos) y el criterio de rección sintáctica enfrenta problemas con los objetos directos preposicionales. Para aislar a los objetos directos hacen falta criterios más específicos, pero entonces ya no abarcan a todos los objetos sino solamente a un subconjunto (propio) de los mismos.

La noción de escala actancial soluciona parte de estos problemas al no hacer de la noción de transitividad un punto de partida, ni tomar por sentado que existe una categoría monolítica llamada *objeto directo* (nótese que el actante-Y puede ocupar diferentes puntos en la escala de distancias actanciales). De entrada se reconoce la diversidad —tanto intra como translingüística— de los objetos directos. Todo ello tendrá su importancia en el capítulo tercero.

Toda vez que hemos dado un rápido panorama del nivel de actancia de una oración, pasaremos a introducir el problema semántico que pretendemos abordar en este estudio: la alternancia de (a)telicidad.

Tabla 2: Criterios de identificación del objeto directo en español (Alonso Ramos 2004:213-226, 251; Bogard c.p.; Campos 1999:1529-1531; Cano Aguilar 1987:16, 28-31, 57, 60, 97; Delbecque 2002:110-111; Moreno Cabrera 1991:466-467)	
criterios de identificación	inconvenientes
El objeto directo debe estar regido sintácticamente y semánticamente	
Rección sintáctica: el verbo determina la forma del constituyente (su categoría). Concretamente: “el verbo determina que tal complemento ha de ser un sintagma nominal” (Campos 1999:1529). Esto se explica porque el objeto directo, al tener caso recto, aparece como una frase nominal que no requiere ser introducida por preposición.	1) la marcación diferencial de objeto interfiere con este criterio, puesto que introduce objetos directos con la preposición <i>a</i> . 2) algunas frases nominales pueden aparecer sin preposición (las frases extrapuestas en posición extraoracional, por ejemplo), sin que ello las convierta en objetos directos
Rección semántica: el verbo restringe los posibles contenidos semánticos del constituyente, exigiendo compatibilidad con un determinado rol: “sólo cierto tipo de complementos nominales califican como complementos directos” (Campos 1999:1529) puesto que el objeto “sólo puede desempeñar ciertos papeles semánticos” (Campos 1999:1531)	El tipo de rol ejercido por un objeto directo varía (cf. Cano Aguilar 1987 y Campos 1999:1531-1539 para una clasificación) y buen número de ellos también pueden ser realizados como sujetos o como complementos indirectos.
El objeto directo es accesible a transformaciones	
Pronominalización: asociación con un índice actancial acusativo con concordancia de género y número (pronominalización no neutral), en ausencia o bien al haber dislocación izquierda del constituyente-objeto. (Cano Aguilar 1987:60)	Solamente distingue objetos directos polarizados, inaplicable a objetos directos escuetos.
Pasivización: aparece como sujeto al mediar pasivización	Los objetos directos escuetos y algunos objetos directos polarizados no admiten pasivización.
Relativización: relativización con <i>que</i> (contra <i>al que</i> , <i>cuyo</i> , etc.)	Los sujetos también se relativizan con <i>que</i>

CAPÍTULO I. LA TELICIDAD: PANORAMA GENERAL

Intuitivamente, la telicidad remite a aquellas situaciones que dan la sensación de estar orientadas hacia algún punto terminal (temporal o causal) que se constituye en punto de referencia para la completud de dicha situación. La manera de plantear esto puede variar dependiendo de si nuestra atención se centra en las situaciones del mundo extralingüístico o en las descripciones lingüísticas involucradas. La idea de *telicidad* surge primero en el marco de la filosofía y con especial énfasis en las situaciones del ‘mundo real’. Posteriormente, el llamado ‘giro lingüístico’ en filosofía termina por sugerir que muchos problemas no resueltos de la filosofía tradicional deben replantearse en términos de las expresiones que utilizamos para hablar de ellos. Sin que la telicidad de ciertas situaciones (o sus descripciones) haya estado directamente en la mira de este cambio de postura en la manera de hacer filosofía, el efecto no dejó de sentirse. Los trabajos filosóficos que se centraron en las expresiones lingüísticas utilizadas para hablar de situaciones y eventos pronto fueron aprovechados por la lingüística para establecer las llamadas ‘clases aspectuales’ de verbos, que resultaron muy útiles para dar cuenta de ciertas fluctuaciones en la manera de interpretarse los tiempos verbales (lo cual había sido el punto de interés central en lingüística —véase Garey (1957)— por contraste a la filosofía cuyo punto de mayor interés era, o es, las relaciones de causalidad y las de implicación). El trabajo que sería punto de encuentro inevitable es el de Vendler, *Verbs and Times* (1957), cuyo título explícitamente menciona el punto que mayor interés despertaba a los lingüistas: la relación entre verbos y el tiempo (pensando en adaptarla al tiempo gramatical). Empezaremos, pues, por exponer brevemente las clasificaciones verbales vendlerianas y las pruebas lingüísticas asociadas a éstas.

1.1. TELICIDAD Y CLASE ASPECTUAL

Dado que la alternancia télico/atélico se enmarca en las investigaciones del llamado *aktionsart* o aspecto léxico, empezaremos por revisar la noción de ‘clase aspectual’ y sus presupuestos. Esta noción se refiere a la clasificación de tipos de verbo atendiendo al tipo de situación que denotan y se remonta a Ryle (1949), Kenny (1963) y Vendler (1957), quien de hecho habla de tipos de verbo y de “esquemas temporales” (*time schemata*) más que de clases aspectuales. Las cuatro etiquetas que propone Vendler (1957:146-147, 149) para denominar los principales tipos de verbo clasificados por su “*time schemata*” son los siguientes:¹

—términos de estado / estados (*state terms / states*)

ejemplos: *desear, querer, amar, creer, poseer, saber, tener, dominar, parecer, gustar, gobernar* (=ser gobernante), *estar en Nueva York*.

—términos de actividad / actividades (*activity terms / activities*)

ejemplos: *correr, caminar, escribir cartas, empujar un carrito, respirar, crecer* (*la deuda externa*), *nadar*.

—términos de tarea / tareas (*accomplishment terms / accomplishments*)²

ejemplos: *correr un kilómetro, caminar a la esquina, dibujar un círculo, escribir/leer una carta, recitar un poema, recuperarse de un susto, curarse*,

¹ Es importante recordar en todo momento que Vendler nunca tuvo la pretensión de proporcionar una clasificación exhaustiva que diera cuenta de todos los verbos en todos sus usos, sino solamente de mostrar la relevancia de los “esquemas temporales” mediante el examen y ejemplificación de aquellos esquemas que le parecieron más inmediatamente evidentes y de mayor amplitud en su aplicación (Vendler 1957:143). Dowty (1979:65-71) retoma y detalla esta clasificación con una nutrida variedad de subclases, todas ellas ejemplificadas.

² Para evitar el peligro de confusión que existe en la manera de traducir el término inglés *accomplishment* (que unos traducen como ‘realización’ —de Miguel 1999:3019, 3030 sendas notas a pie; Moreno-Torres 2000:60; Moreno Cabrera 1991:310-312; 1994:211— reservando el término de ‘logro’ para los *achievement*, pero que otros autores usan a la inversa —Bogard 2001:23—) una alternativa sería el término ‘tarea’ que implica una duración o actividad previa a su consecución y que además da una idea de meta. Tanto ‘logro’ como ‘realización’ son ambiguos a este respecto, lo cual genera confusiones. Por la misma razón prefiero hablar de ‘suceso’ y no de ‘logro’ para los eventos puntuales. Desafortunadamente el término de ‘tarea’, al igual que el término de ‘logro’, presenta un matiz indeseable de agentividad. ‘Suceso’, por su parte, ha sido utilizado para traducir el término *event* en Davidson (1995), lo cual también podría ser fuente de confusión.

madurar (growing up), pintar un cuadro, hacer una silla, construir una casa, dar una clase/un sermón, jugar una partida de ajedrez, alistarse o prepararse (para algo).

—*términos de suceso / sucesos (achievement terms / achievements)*

ejemplos: reconocer, ubicar, identificar, perder, encontrar, alcanzar la cima, ganar (la carrera), cruzar la frontera, empezar, detener, nacer, morir, estafar, darse cuenta, terminar.

Ryle (1949 *apud* Dowty 1979) acuña el término *achievement* para denominar aquellas situaciones dinámicas que desembocan en un resultado distinto de la situación misma,³ de modo que incluye también bajo esta etiqueta a los *accomplishment*. Posteriormente el término de *achievement* lo reserva Vendler únicamente para los que Ryle denomina *purely lucky achievements*. Es decir, para los eventos puntuales que, en la concepción de Ryle, corresponden a los resultados que se obtienen instantáneamente sin ninguna actividad previa (Dowty 1979:53-54).

Los criterios utilizados por Vendler son cuatro (1957:146): progreso temporal, presencia de cambio, presencia de un punto terminal y homogeneidad (Filip 1999:17; Kozłowska 1998a:104), los cuales presentamos a continuación en la tabla 3 *infra*.⁴ Esta tabla amerita varios comentarios. Algo que salta a la vista es que el criterio de homogeneidad únicamente aplica a aquellos verbos “que progresan en el tiempo”, es decir a las actividades y las tareas. Como éstas son las dos únicas categorías que “progresan”, también son las únicas que implican periodos de tiempo en vez de instantes. Los estados “duran” pero no progresan —no están más completos a medida que pasa el tiempo—, de modo que no puede decirse de ellos que “progresan de manera

³ Nótese que se dice explícitamente que el resultado es *distinto de la situación misma*. Esto es importante porque posteriormente se comete el abuso de querer identificar un evento por el estado resultante a que da lugar, incluyendo a éste como la parte más esencial de la situación (cf. Kenny 1963; Dowty 1979; Dini & Bertinetto 1995; entre otros).

⁴ Algunos criterios parecen no ser temporales pero Vendler (1957:146 nota a pie) insiste en que lo importante es la estructura temporal: “En la ausencia de una terminología “pura” me veo forzado a conformarme con estos nombres (y los otros dos que van a presentarse) [M.P. se refiere a *activity, accomplishment, achievement, state*], que también connotan aspectos que van más allá de la estructura temporal (e.g., el de éxito). Si no nos olvidamos que nuestro punto de vista está limitado al esquema temporal, no obstante, no deberemos sorprendernos cuando, por ejemplo, “quedar exhausto” resulte ser un término de *accomplishment* y “morir” un término de *achievement* en nuestro sentido”.

homogénea” (contrariamente a lo que algunos trabajos aseveran, Vendler jamás aplica el término *homogéneo* a los estados, ni usa los términos télico/atélico que ponemos en la tabla por comodidad). El criterio de la presencia de cambio se hace necesario por los sucesos: de ellos Vendler no considera ni que duren ni que progresen y, en tanto que no presentan progresión, tampoco puede decirse de ellos que tengan un punto terminal, razón por la cual se requiere el criterio adicional de “presencia de un cambio”. Nótese que esta disociación entre *cambio* y *punto terminal* posibilita tanto la copresencia de ambos como la exclusión: podemos tener verbos de cambio sin punto terminal (caso de los *achievements* vendlerianos) y puntos terminales que se definan precisamente en relación a un cambio en copresencia (lo cual origina la idea posterior de la telicidad como estado resultante) o bien también, puntos terminales que no remiten a cambio alguno.⁵ Todas estas posibilidades dan origen a múltiples concepciones posteriores de lo que es relevante o no para considerar a una frase verbal como ‘téllica’.

La última fila de la tabla 3 es una clara analogía con las frases nominales como descripciones definidas e indefinidas, con “presuposición”⁶ de unicidad incluida (Vendler 1957:149). La idea de que el término hacia el que convergen las tareas (*accomplishments*) imprime su sello en todo el proceso previo es retomada más adelante por Kenny (1963) y Dowty (1979). Es importante remarcar que Vendler no define el ‘término’ como un estado resultante (ni como ‘estado’ a secas, ni de ningún otro modo), como más tarde hace Kenny. De este modo, Vendler se libra de las complicaciones insalvables a las que Kenny (y Dowty 1979) deben hacer frente (las expondremos en su momento). En el modo en que Vendler plantea la homogeneidad se encuentra vislumbrada, también, la perspectiva mereológica (*grosso modo*, aquella perspectiva que se basa en la lógica de las relaciones parte-todo) sobre los eventos, que más tarde complementa a los criterios temporales de las clasificaciones verbo-aspectuales.

⁵ Lo cual abre la puerta a la posibilidad de que *correr tres kilómetros* sea télico, aún si consideramos que ‘estar a tres kilómetros del punto inicial’ no sea un estado resultante o un cambio real, esto es, que sea una *consecuencia trivial* en sentido de Dini & Bertinetto (1995) o de Moens (1987 *apud* Depraetere 1995:8) y Moens & Steedman (1988) o una simple “delimitación externa” irrelevante, como considera Morimoto (2001:185). De hecho, Vendler (1957:145-146) explícitamente pone *running a mile* como un caso de *accomplishment*.

⁶ Vendler (1957:149) es un tanto ambiguo, pues habla de implicación (*call for, imply*) de instantes o periodos definidos y únicos (o indefinidos y no únicos), cuando al inicio había introducido su trabajo como un estudio de los esquemas temporales que los verbos *presuponen* (1957:143).

Tabla 3 : Características de los *esquemas temporales* de Vendler (1957)

Estados	Actividades	Tareas (<i>accomplishments</i>)	Sucesos (<i>achievements</i>)
el criterio de la homogeneidad no aplica	esquemas homogéneos (= atélicos) “progresan en el tiempo de manera homogénea, cualquier parte del proceso es de la misma naturaleza que el todo”	esquemas no homogéneos (= télicos) “procede hacia un término que es lógicamente necesario para que sean lo que son. [...] este clímax proyecta su silueta retroactivamente, dando un nuevo color a todo lo que precedió”	el criterio de la homogeneidad no aplica No tienen punto terminal (pues no progresan) pero presentan un <i>cambio</i>
no progresan con el tiempo (pero pueden ser válidos por tiempo prolongado)	tienen formas verbales en durativo: progresan en el tiempo	tienen formas verbales en durativo: progresan en el tiempo	no progresan con el tiempo (y no pueden ser válidos por tiempo prolongado)
implican instantes temporales sin unicidad ni definitud	implican periodos de tiempo sin unicidad ni definitud	implican periodos de tiempo con unicidad y definitud	implican instantes temporales con unicidad y definitud

Esto da lugar a las siguientes bifurcaciones:

Tabla 4: Los esquemas temporales de Vendler (1957)



Dejemos de lado, por ahora, las propiedades distintivas propuestas para estos cuatro tipos aspectuales de esquemas temporales y fijémosnos en su ámbito de aplicación. Vendler los propone para tipos de verbo (es decir, unidades léxicas), pero por otro lado explica que “El empleo de un verbo puede sugerir el modo particular en que un verbo presupone e involucra la noción de tiempo” (Vendler 1957:143). Este “empleo de un verbo” remite, por supuesto, a su aparición en determinada construcción sintáctica y por tanto no estamos ya ante un verbo aislado. En este sentido, la clasificación que Vendler propone presenta una ambigüedad: ¿se clasifican verbos (ítems léxicos) o se clasifican construcciones verbales (ítems sintácticos)? El propio Vendler (1957:144-146, 150) propone *correr*, *escribir* o *trabajar* (un ítem léxico) como ejemplos de actividad pero propone *dibujar un círculo*, *pintar un cuadro*, *hacer una silla*, *construir una casa*, *escribir/leer una novela* o *correr una milla* (un ítem sintáctico o ‘construcción’)

como ejemplos de tarea y *empujar un carrito* como ejemplo de actividad. Consecuentemente, Vendler (1957:143-144) señala que un mismo verbo puede apelar a distintos esquemas temporales, y que en ciertos casos la presencia o ausencia de un “objeto” tiene importancia (*escribir* vs. *escribir una carta*). Vendler prefiere hablar de *término de actividad*, *término de estado*, *término de tarea*, *término de suceso* más bien que de *verbo de actividad*, *verbo de estado*...etc. Obviamente “*term*” puede referir a expresiones lingüísticas de complejidad variable. Por tanto, Vendler deja muchos indicios de que su clasificación no aplica a ítems léxicos aislados, esto es, no se trata de ‘aspecto léxico’ (expresión que Vendler nunca utiliza) si con esto se quiere referir a algo totalmente dado por la palabra verbal.

Veamos a continuación algunos de los diagnósticos más concu- rridos en los estudios de clasificación aspectual (construidos con base en Vendler).

1.2. DIAGNÓSTICOS USUALES (Dowty 1979:55-60)

A lo largo de cincuenta años de estudios sobre aspecto léxico, se han venido proponiendo varias ‘pruebas’ aspectuales para ayudar a determinar a qué clase pertenece determinado predicado verbal. En esta sección presentaremos un breve resumen de las más usuales (véase también Filip 1999:19-23).

1.2.1. PRUEBAS DE MODO Y TIEMPO GRAMATICAL

A) El progresivo / imperfectivo

Las actividades y las tareas aceptan el sentido imperfectivo y/o progresivo, en tanto que los estados generalmente no lo aceptan. Por otra parte, los sucesos únicamente lo aceptan si es posible reinterpretarlos como tareas preparatorias-ingresivas o como iteraciones.

Juan está empujando la caja / Juan está corriendo (actividad)

Juan está empujando la caja a la esquina / Juan está dibujando un círculo
(tarea)

**Juan está teniendo un coche / *María está estando en la sala* (estado)

#Juan está tosiendo (Únicamente aceptable si se interpreta como actividad iterativa y no como suceso)

Algunas veces un enunciado cuyo verbo es de estado o de suceso es reinterpretable como tarea, de manera que sea compatible con el durativo.

- #*María está teniendo un bebé* (estado reinterpretado como tarea ingresiva)
 #*Pablo está ganando la carrera* (suceso reinterpretado como tarea ingresiva)

Esto no hace mella en la prueba, la cual simplemente establece que si la oración acepta el durativo, entonces hay una interpretación de actividad o de tarea disponible para dicho enunciado. Esto parece apuntar a que el empleo del progresivo supone una interpretación incremental.⁷ Desde mi punto de vista, es este requerimiento de incrementalidad en la situación el que imposibilita el sentido progresivo con los estados no reinterpretados. De hecho, Bach (1981:69) no solamente observa que se puede dar un significado no estativo a un verbo de estado, sino que además, estas interpretaciones dinámicas surgen precisamente cuando el verbo está en progresivo.⁸ Que todo

⁷ El sentido en que uso *incremental* es más amplio que el que se le da en Krifka (1998, 2001) y Dowty (1991a), como se verá más adelante (3.5.2.). Es casi equivalente al de ‘dinámico’ o ‘episódico’ refiriendo a eventualidades, pero con un matiz más fuerte de progresión temporal del que carecen los anteriores.

⁸ Pero también se han dado interpretaciones casi opuestas a la aquí considerada con base en esta misma incompatibilidad entre estados y sentido progresivo. Vlach (1981 *apud* Bach 1981:68, 77-78) propone un análisis del progresivo como un estativizador, y en consecuencia el valor del progresivo no estaría definido cuando se intenta aplicar a los estados. Su incompatibilidad con expresiones estativas se explica en base al sinsentido de estativizar lo ya estativo. Sin embargo, Bach (1981:69) advierte de pares de ejemplos como los que siguen:

- (i) a. *Amanda vive en Iztapalapa*
 b. *Amanda está viviendo en Iztapalapa*

Bach (1981:77-78) observa que en (ib) el verbo sigue teniendo su interpretación estativa. La idea es que (ia) sugiere que el estado *vivir en Iztapalapa* es más o menos estable y definitivo, mientras que (ib) sugiere que dicho estado es transitorio y está temporalmente acotado. El verbo *vivir* se comportaría como predicado de estadio (*stage-level predicate*) en (ib), aplicándose a las manifestaciones temporalmente acotadas de los individuos. Se comportaría, en cambio, como predicado a nivel de individuo (*individual-level predicate*) en (ia), aplicándose al individuo en vez de a sus manifestaciones espacio-temporales (Bach 1981:78). Esta dicotomía en términos de predicado de estadio vs. a nivel de individuo sugiere un tratamiento semántico de la inferencia de acotamiento temporal. Sin embargo, Renaud (1996:35) interpreta ciertos ejemplos con verbos estativos en imperfecto de manera distinta.

esto nos sirva nuevamente para recordar lo escurridiza que es la interpretación aspectual de un enunciado con respecto a su forma.

La prueba del progresivo es útil para determinar si una interpretación incremental es posible para un enunciado dado, pero no distingue entre actividades sin iteración (i.e. con incrementalidad ‘de masa’ o iteración continua) de actividades con iteración (i.e. con incrementalidad ‘de individuo’ o iteración discontinua, véase sección 2.6. *infra*). Un caso del primer tipo sería *Juan está dibujando / Juan está empujando la caja*; un caso del segundo tipo sería *Juan está estornudando* (iteración con respecto al evento cuyo resultado es un estornudo).⁹

(ii) a. *Max era estudiante en 1968*

b. *Amanda estaba viviendo en Iztapalapa en 2004*

Con respecto a la relación entre el intervalo correspondiente al verbo de estado y el correspondiente al adverbio temporal, en su ejemplo original (iia), Renaud dice: “tenemos la impresión de que la relación de inclusión está invertida: el año 1968 puede no ser más que un pequeño momento en la vida de estudiante de Max”. Es decir, el estado no está “acotado” sino que, más bien, el adverbio temporal representa una especie de muestreo. Lo mismo, me parece, es aplicable a (iib). En tal caso, es posible que la interpretación de (ib) como un estado “acotado” sea una implicatura conversacional: si mi interlocutor se atiene al Principio de Cooperación y emplea (ib) en vez de (ia), ha de ser para decirme que fuera de la ‘muestra’ referida —el año 2004 en (iib), el momento de enunciación en (ib)— no hay plena seguridad de que el estado *vivir en Iztapalapa* se sostenga por parte del individuo ‘Amanda’. Pero regresando a la perspectiva de un análisis semántico de (ia)/(ib), tenemos un contraste similar en (iiia) y (iiib) con verbos de actividad.

(iii) a. *Amanda trabaja en el INALI*

b. *Amanda está trabajando en el INALI*

Bach analiza (iiia) como un enunciado con sentido gnómico, i.e. un enunciado que establece una disposición o hábito del sujeto (véase 1.2.1.C *infra*). En este tipo de interpretación el verbo de actividad se acerca a un predicado de estado porque aparece como una propiedad del individuo denotado por el sujeto. Si esto es así, es fácil interpretar (ia)-(ib) como una extensión analógica con base en pares como (iiia)-(iiib), en los que el enunciado gnómico (iiia) tiene una contraparte en progresivo perfectamente aceptable (iiib) con sentido de ‘muestra’. En tal caso, quedarían explicados aquellos enunciados en progresivo cuyos verbos de estado conservan su estatividad original en vez de reinterpretarse.

⁹ No atenderé al grado en que un estornudo pueda considerarse o no como un resultado relevante. Esta clase de sucesos (*estornudar*, *parpadear*, *toser*, etc.) tiende a levantar implicaturas con oraciones en pretérito perfecto compuesto (antepresente)—. La enunciación de, por ejemplo, *Juan ha estornudado* sugiere que el estornudo constituye alguna clase de señal encubierta que Juan ha ejecutado propositivamente con algún fin— lo cual se ha explicado en términos de que el resultado inmediato (un estornudo, un parpadeo, etc.) es demasiado trivial para considerarse un auténtico resultado. Sin embargo, estos resultados supuestamente “triviales”, “irrelevantes”, etc... son más que suficientes para permitir el conteo de los referentes

Tampoco ayuda a distinguir entre situaciones *preparatorias* a la situación descrita por el predicado verbal (que a veces pueden consistir en una simple anticipación) de situaciones que *corresponden* propiamente a la situación descrita por el predicado verbal. Casos del primer tipo serían *María está teniendo un bebé / Juan está ganando la carrera* (preparación de un *estado*¹⁰ y de un *suceso*, respectivamente); casos del segundo tipo serían *Juan está tosiendo / Pablo está empujando la caja* (actividades iterativa, y no-iterativa respectivamente)

B) El imperativo

Únicamente las situaciones interpretadas en forma no-estativa pueden aparecer en imperativo.

<i>¡Cállate!</i>	(suceso)
<i>¡Levanta el tiradero!</i>	(tarea)
<i>*¡Sabe la respuesta!</i>	(estado)
<i>¡Púdrete!</i>	(estado reinterpretado como suceso)

Claro que esto incluye también los giros ‘preparatorios-ingresivos’ de los estados y sucesos:

<i>¡Tenlo listo para el viernes!</i>	(estado reinterpretado)
<i>¿Quieres el puesto? ¡Gánatelo!</i>	(suceso reinterpretado)

De Miguel (1999:3014-3015) también vincula la imposibilidad del imperativo con la carencia de sentido agentivo, de modo que las reinterpretaciones de los estados y sucesos incluyen una agentivización.

C) El presente de indicativo

Las interpretaciones no-estativas generalmente adquieren un giro habitual-iterativo cuando el verbo toma el presente de indicativo. En esta lectura (9a-c) señalan algo que generalmente ocurre.¹¹

eventivos de modo que me parecen perfectamente válidos para sustentar una interpretación iterativa. En esto concuerdo con Depraetere (1995:8 nota 7): “En nuestra perspectiva, las situaciones no requieren necesariamente traer un cambio de estado (e.g., *The light flashed*) para ser denominadas situaciones téticas.”

¹⁰ No todos los predicados estativos permiten este tipo de giros ‘preparatorios’, no puede decirse —por ejemplo—, *Juan está sabiendo la respuesta*, para referir al momento preparatorio en que Juan está pensando o indagando acerca de la respuesta. Sin embargo, me parece que esto obedece a cuestiones idiosincráticas y no gramaticales.

¹¹ Aunque hablo de ‘habitual-iterativo’, un habitual es conceptualmente distinto de un iterativo. Un iterativo refiere a la pluralidad de ocurrencias de una situa-

- (9) a. *Juan come su torta (a las cinco de la tarde)*
 b. *Pablo estornuda mucho*
 c. *La selección juega a las cuatro*
 d. *Juan encuentra una moneda*
 e. *Juan come su torta*

También pueden adquirir una lectura de ‘presente histórico’ o ‘presente vivido’, es decir, tener el efecto de transportar la audiencia a la escena narrada, como en (9d-e). Por último, pueden interpretarse como un futuro cuando el efecto de ‘transportar a la escena’ se combina con adverbios de tiempo. Si (9a) y (9c) no se interpretan como habituales, se interpretarían como la apuesta de que a las cinco y a las cuatro respectivamente Juan de hecho comerá su torta y la selección de hecho jugará. El efecto de ‘presente vivido’ aumenta la fuerza de la apuesta a futuro.

Es decir, los enunciados en presente de indicativo tienen tres empleos posibles cuando la frase verbal no es estativa: 1) dicen algo acerca de los hábitos o disposiciones de *Juan* o *Pablo* (cf. Moens 1987:54 *apud* Depraetere 1995:11) —Bach (1981:68, 76, 78) lo denomina “sentido gnómico o genérico”, es decir, se predica algo del individuo sin restricciones espaciales o temporales—; 2) pueden emplearse como “una descripción vívida de un evento entero (denominado “reportativo”) o como presente histórico”; 3) se interpretan como un futuro (Bach 1981:68, 76). A mi parecer, en esta última interpretación se combinan algunos aspectos de 1) y 2). Ninguno de

ción y tiene un carácter más bien extensional. Un habitual es algo más que sólo eso. Los habituales involucran, a mi parecer, una apuesta o razonamiento por defecto acerca de cómo evolucionará el mundo actual y en ese sentido tienen un carácter intensional-modal. La apuesta puede basarse en una inducción a partir de lo que ya ha ocurrido. *Juan come su torta a las cinco de la tarde* puede ser verdadera en base a que han habido muchas iteraciones de esa situación, en proporción significativamente mayor a las ocurrencias de, por ejemplo, *Juan come su torta a las dos de la tarde*. Pero también puede ser verdadera en base a que el reglamento del nuevo empleo de Juan estipula que la hora de comer es a las cinco de la tarde. En tal caso la ‘apuesta’ es válida aunque, de hecho, Juan nunca haya comido su torta a las cinco de la tarde en el pasado (pues aún no tenía ese empleo ni ese horario) y por tanto, no haya inducción alguna. En todo caso, los habituales suelen sugerir una iteración en el futuro (independientemente de si ya ha habido una en el pasado). Me parece que sí hay relación entre la iteración y la habitualidad, y es probable que el segundo concepto sea una extensión del primero. Sin embargo, analizar el habitual como una lectura iterativa, como hacemos aquí siguiendo a varios autores (cf. Depraetere 1995:11-12), debe ser solamente el primer paso de un análisis más detallado, en vista de que no captura sus propiedades modales.

estos tres usos aparece con enunciados en presente de indicativo cuando la frase verbal es estativa.

(9) f. *Pablo sabe mucho*

(9f) tiene un sentido completamente neutral o, al menos, no sugiere hábito alguno ni relata algo de manera particularmente vívida.

D) El pretérito perfecto (compuesto)

Alguno autores han acotado el término ‘téllico’ a aquellas situaciones que tienen consecuencias (Morimoto 2001, por ejemplo). Asumiendo tal concepción, se ha sugerido que la compatibilidad con un tiempo gramatical que enfatize la consecuencia, como el pretérito perfecto, podría tomarse como una prueba de telicidad (Moens 1987 *apud* Depraetere 1995:8; Moens & Steedman 1988:16)

<i>El testigo ha reconocido al acusado</i>	(suceso)
<i>Pablo se ha comido la torta</i>	(tarea)
<i>*Ernesto ha sabido inglés</i>	(estado)

Se argumenta entonces que el pretérito perfecto es más marcado con las actividades porque éstas no codifican una consecuencia:

<i>#Juan ha trabajado en el jardín</i>	(actividad)
<i>#Juan ha caminado</i>	(actividad)

Dado que en este punto ciertas tareas se portan como las actividades, se ha argumentado que la delimitación mediante un criterio de medida no es suficiente para obtener una situación tética:

<i>#Juan ha caminado 200mts</i>	(tarea)
---------------------------------	---------

Me parece que aquí la trampa está en reducir la telicidad al hecho, más o menos incidental, de tener consecuencias que sean relevantes para el discurso.

Depraetere (1995:9, 12-13) observa que la aceptabilidad del pretérito perfecto no es una prueba concluyente (si no es que completamente errónea) puesto que el pretérito perfecto puede combinarse perfectamente con actividades y hasta con estados (ejemplos de Depraetere).

- | | | | |
|------|----|--|-------------|
| (10) | a. | <i>Yo he vivido en Londres</i> | (estado) |
| | b. | <i>Juan también ha amado a María</i> | (estado) |
| | c. | <i>Los huéspedes se han quejado del servicio</i> | (actividad) |
| | d. | <i>Juan ha jugado fútbol</i> | (actividad) |

Cabe señalar que posiblemente estemos nuevamente ante un caso de reinterpretación como suceso ingresivo (en todos los ejemplos de 10), y de hecho Depraetere (1995:12-13) admite que los ejemplos (10b, d), aunque atélicos, representan la situación como delimitada. Depraetere (1995:13) observa que en ejemplos con perfecto continuativo, i.e. que presentan la situación como continuando hasta el momento de enunciación (e.g. *He vivido en Londres desde 1985*), “pueden considerarse como delimitadas a la izquierda y no delimitadas a la derecha”, lo cual puede tomarse como una descripción intuitiva de lo que llamo telicidad ingresiva.¹² Por tanto la objeción de Depraetere a la prueba del pretérito perfecto quedaría algo debilitada, puesto que lo anterior significa que el pretérito perfecto sí se asocia con telicidad. Pero en todo caso, la prueba no permite distinguir entre telicidad ingresiva y telicidad resultativa. La prueba mucho menos es base suficiente para asumir que solamente los eventos con consecuencias “no triviales” son tólicos, como sugieren Moens (1987 *apud* Depraetere 1995:8) y Moens & Steedman (1988). Si hemos de defender la prueba de ataques similares al de Depraetere (ejemplos como 10), entonces hemos de admitir que un límite “a la izquierda” cuenta como telicidad, a pesar, por supuesto, de no tener o codificar consecuencias “no triviales”.

¹² Evidentemente para Depraetere estos ejemplos son todos atélicos —en eso mismo se basa su crítica de la prueba—, pero no para mí puesto que rechazo su distinción entre telicidad y delimitación tal como la implementa (coincido completamente, en cambio, en la “necesidad de una distinción entre puntos terminales potenciales y bordes temporales concretos” (Depraetere 1995:18)). Además asumo, *contra* Depraetere (1995:6-7), que un sentido perfectivo obliga a una reinterpretación tólica de la frase verbal, y la conjunción de ambas, perfectividad y telicidad, marcan un punto temporal concreto en el discurso. De manera que la defensa (1995:13-17) que dicho autor presenta del concepto delimitado/no-delimitado, con base en los efectos de progresión temporal discursiva puede perfectamente reformularse como una defensa de que los puntos temporales concretos incitan el avance temporal discursivo, más que como algo a favor de su distinción conceptual delimitación/telicidad.

1.2.2. PRUEBAS CONSTRUCCIONALES

A) Construcciones causativas

Únicamente las situaciones interpretadas en forma no-estativa pueden complementar verbos causativos del tipo *permitir, obligar, persuadir, etc...*

<i>La prepotencia de la dirección me obligó a dimitir</i>	(suceso)
<i>El cansancio nos obligó a dormir</i>	(actividad)
<i>*La inventiva del profesor convenció a los estudiantes de saber</i>	(estado)

B) Construcciones seudo-escindidas

Sólo las interpretaciones no estativas son compatibles con construcciones seudo-escindidas:

<i>Lo que hizo ella fue reír</i>	(actividad)
<i>Lo que hicimos fue instalar un anti-virus</i>	(tarea)
<i>Lo que hizo tu hermano fue poner la mesa</i>	(tarea)
<i>*Lo que hizo el consentido fue saber la respuesta</i>	(estado)

C) Construcciones de ‘fase’

—Los sucesos (interpretaciones iteradas excluidas) no pueden aparecer como complementos de verbos que impliquen interrupción como *dejar de*:

<i>*Juan dejó de ganar/morir/encontrar</i>	(suceso)
<i>Juan dejó de correr/fumar</i>	(actividad)
<i>Juan dejó de construir la casa</i>	(tarea)
<i>(?) Juan dejó de tener coche</i>	(estado)

—Las tareas admiten aparecer como complementos de *terminar de* sin requerir reinterpretación:

<i>Juan terminó de construir su casa</i>	(tarea)
<i>#Juan terminó de ganar/morir</i>	(suceso)

(Sólo es aceptable si estos sucesos toman el giro de tarea preparatoria o de iteración)

<i>*Juan terminó de tener coche</i>	(estado)
-------------------------------------	----------

Para un examen más amplio y detallado de las construcciones con verbos de fase, junto con sus condiciones de verdad en términos de semántica de intervalos, puede consultarse a Bennett y Partee (2004 [1972]:74-79).

D) Construcciones participiales

De Miguel (1999:3015) observa que la posibilidad de aparecer en una construcción de participio supone la delimitación de la frase verbal correspondiente:

<i>Construido el puente, se pudo acceder a la isla</i>	(tarea)
* <i>Limitado el prado por la valla, no se podía jugar en él</i>	(estado, ejemplo de de Miguel)
<i>Encontrado el dinero, los bandidos huyeron</i>	(suceso)
* <i>Bebida cerveza, los invitados se relajaron</i>	(actividad)

Un estado reinterpretado como tarea puede aparecer en tal construcción:

Limitado el poder de las asociaciones de padres por la ministra, la escuela pública se resintió (estado reinterpretado como tarea, ejemplo de de Miguel)

1.2.3. PRUEBAS DE MODIFICACIÓN ADVERBIO-TEMPORAL

A) ‘V durante una hora, pasarse una hora V-ando/-iendo’

Las tareas y los sucesos, por contrario a las actividades y estados, no pueden aparecer en enunciados modificados por complementos temporales que impliquen la posibilidad de prolongar indefinidamente la situación. Se ha argumentado que los adverbiales de tipo *durante X tiempo* tienen esta implicación, haciéndolos útiles para diferenciar entre clases de situaciones-tipo.

<i>Hazel corrió durante una hora</i>	(actividad)
<i>Maricela estuvo enferma (durante) tres años</i>	(estado)
? <i>El gobernante de la ciudad construyó un distribuidor vial durante seis meses</i>	(tarea)
* <i>El paciente murió durante tres días</i>	(suceso)

Nos parece que la utilidad de este tipo de prueba ha sido sobreestimada y que, en realidad, su utilidad es muy limitada. El problema es

que el lapso temporal señalado en la frase adverbial no describe necesariamente el tiempo de ejecución de una actividad, es decir, no necesariamente se corresponde totalmente con él. Tal como ya han señalado Dini y Bertinetto (1995:127-129), las frases adverbiales durativas tienen cierta libertad en cuanto a cómo debe interpretarse el intervalo de tiempo en ellos descrito. Combinados con algunos sucesos y algunas tareas, pueden estar describiendo el intervalo de tiempo que corresponde, no a la situación misma, sino al estado posterior:¹³

Juan salió durante una hora

Nótese que esto sólo tiene sentido en los casos en que el estado resultante es reversible (como el hecho de estar fuera) y no es tolerado en caso de que el estado resultante sea irreversible (en el contexto considerado):¹⁴

¹³ Dowty (1979:78) utiliza este hecho como argumento en favor de su análisis de los verbos en términos de composiciones ‘operador + predicado estativo’. La doble posibilidad para un adverbio durativo de medir el tiempo correspondiente al desarrollo del evento o a su estado resultante se debe, según Dowty, a una ambigüedad de *alcance*. En concreto, arguye que verbos como *salir* se analizan básicamente como un operador incoativo aplicado a un predicado estativo que describe el estado resultante que sirve como meta: BECOME (state). Cuando el adverbio durativo toma bajo su alcance la totalidad del compuesto BECOME(state), mide el desarrollo del evento pero cuando toma bajo su alcance únicamente al predicado que describe el estado resultante (dejando fuera el “BECOME”) entonces, la medición temporal afecta únicamente al estado resultante. Filip (1999:35) apunta una objeción, por parte de Chierchia y McConnell-Ginet (1990, 1992:359) al análisis en términos de ambigüedad de alcance. Si suponemos una situación en que Juan compró una chamarra que nunca ha sido limpiada (pues es nueva) y éste la limpia después de ensuciarla por primera vez, solamente el segundo de los ejemplos que siguen sería aceptable: *Juan limpió la chamarra de nuevo/Juan causó que la chamarra esté limpia de nuevo*. El análisis de Dowty (1979) predice erróneamente que el primer enunciado también sería posible para esta circunstancia, pero no parece haber ambigüedad de alcance: *de nuevo* afecta el evento *limpiar*, no sólo el estado resultante de ‘estar limpio’ de la chamarra.

¹⁴ Ratté (1994:15-16) señala que el que una situación lleve a un resultado irreversible y por tanto no iterable es algo que depende de la concepción del mundo y no de los significados *per se*. Su ejemplo es que, si la tecnología hiciera posible que la comida que uno devora de un plato volviera a ‘crecer’ en el plato, como si de una planta se tratara, entonces sería posible usar oraciones como *se comió el plato durante tres horas*, apelando a un sentido iterativo. Si, además, la ingestión de un alimento fuera reversible (digamos que después de comerse una manzana fuera posible ‘sacarnos’ la manzana intacta del estómago y volverla a poner en la mesa) entonces también sería posible una oración como *se comió la manzana durante tres horas* en el sentido, ahora, de que lo que duró tres horas fue el estado de la manzana de estar

**El cocinero quemó la carne durante tres horas, tras las cuales, la sirvió en su punto*

No podemos interpretar aquí que las tres horas remiten al tiempo que la carne permaneció quemada, antes de que el cocinero aplicara algún método desconocido para devolverle el estado deseado.

Inclusive combinados con algunas tareas, estas modificaciones adverbiales pueden medir la duración de un acontecimiento incompleto sin implicar necesariamente iteración:

*Tom Sawyer pintó la barda durante media hora y le pasó la brocha a su ingenuo amigo*¹⁵

La interpretación iterativa, i.e. como actividad, se basa en la posibilidad de aplicar varias manos de pintura. Lo que interesa es que —excluyendo esta interpretación— el adverbio durativo sigue siendo posible, indicando que el proceso de pintar la barda ha sido interrumpido. De Miguel (1999:3020-3021) observa lo mismo con el ejemplo *Pedro leyó el informe durante una hora* pero propone que esta lectura de tarea interrumpida no es posible con verbos de objeto afectado o efectuado. En vista de que los verbos de ejecución son interpretables como verbos de efectuación (y viceversa, cf. notas 97, p.91 y 249, p.297) la propuesta de distinguir a este respecto ambas

en el estómago (de manera análoga a *salí durante tres horas*). Aunque estos cambios de escenario sean extremadamente irreales, no son irrelevantes precisamente por la fuerza ficcional del lenguaje, de manera que aunque *morir* conlleve un estado resultante irreversible tenemos un verbo que expresa precisamente la reversibilidad de la muerte: *resucitar*.

¹⁵ Rothstein (2004:162-163) advierte sobre la existencia de sustantivos que, a pesar de ser contables, presentan las propiedades de homogeneidad y cumulatividad, ejemplificando precisamente con el término *fence*, barda (véase también con respecto a *cadena*, Filip 1999:53, y con respecto a *thing, event, happening*, Bach 2002 [1986]:332). En el ejemplo, me parece que este hecho no hace mella en la delimitación de la frase verbal *pintar la barda* como tarea. Para no complicar más la exposición no atenderemos a este tipo de casos y remitimos el lector a Rothstein (y a las referencias ahí mencionadas). De Miguel (1999:3004-3005) parece interpretar erróneamente a todo sustantivo colectivo como *batallón* y *muchedumbre* de manera similar, es decir, como sustantivos que pueden ser contables u homogéneos. Pero aunque dos muchedumbres puedan juntarse en una sola muchedumbre (de manera similar a *barda* o *cadena*), dos batallones siempre serán dos batallones, lo cual muestra que la homogeneidad no tiene relación directa con el hecho de ser un nominal colectivo (esto se confirma con el caso de *barda* que no es propiamente colectivo y, en cambio, se comporta como homogéneo en ciertos casos).

clases de verbos no parece viable. De hecho, es posible interpretar *La empresa construyó el edificio durante tres meses hasta que se le acabó el dinero* de modo similar a los dos ejemplos previos (de Miguel 1999:3022 admite que *construir una casa* permite la lectura de interrupción con *durante* —en contra de su propuesta de que verbos de objeto efectuado no permiten esta interpretación—).

El inglés, por contrario al español, dispone de dos formas distintas para una integración diferente del intervalo temporal al evento modificado. Se utilizan tanto *for* como *during* para dar a entender que el intervalo temporal (directamente descrito:¹⁶ *during/for 2 days, hours, minutes*) coincide con el desarrollo del evento y *during* también se usa para dar a entender que el evento referido está incluido en un intervalo temporal mayor, sin identificarse con él (intervalo indirectamente descrito por inclusión en otro evento: *during the battle, during the game...etc.*). En español tenemos el mismo modificador *durante* cumpliendo las dos funciones. Ejemplifiquemos primero el caso en que el intervalo temporal coincide y es coextensivo con el desarrollo del evento:

Palencio peleó durante tres días y tres noches
The emperor fought {during/for} three days and three nights

Ahora el segundo caso en que el intervalo temporal es señalado indirectamente por medio de la inclusión en otro evento:

Palencio murió durante la batalla por Turquía
*The emperor died {during/*for} the battle*

La mención de un segundo evento simplemente señala un periodo temporal de referencia que no coincide con el desarrollo del evento principal (*murió*) sino que lo incluye en un marco más amplio (*la batalla por Turquía*).¹⁷ La frase adverbial durativa, en este caso, no

¹⁶ Es decir, descrito mediante la especificación de una unidad de tiempo y no por alusión y comparación con las dimensiones de otro evento.

¹⁷ De Miguel (1999:3022 nota 57) detecta esta clase de lecturas sin darse cuenta de que son las responsables de que una frase verbal delimitada pueda interpretarse como no-interrumpida aún con el modificador *durante*. X. Vlach (1981 *apud* Bach 1981:72, 76) observa el mismo fenómeno con los complementos temporales estativos introducidos por *when*: *When John was in New York, Mary left*, el evento de la partida de María está incluido en (pero no coincide con) el intervalo señalado por la estancia de Juan en Nueva York.

refiere que Palencio esté muriendo una y otra vez en la batalla ni que su muerte haya sido extremadamente prolongada, simplemente se ubica el momento puntual de su muerte como incluido en un conjunto mayor de momentos. Esta interpretación inclusiva es más difícil cuando la frase temporal está constituida por una medida de tiempo que no está explícitamente anclada a un punto externo de referencia temporal: *Palencio murió {durante la batalla / durante las tres horas que duró la batalla / *durante tres horas}*. Parece necesario que el intervalo temporal tenga propiedades referenciales independientes. El ejemplo que de Miguel (1999:3021) propone tiene dos interpretaciones posibles (ninguna de las cuales coincide con lo que la propia autora supone): *Picasso pintó el Guernica durante un mes de 1937* puede significar que en ese mes el pintor estuvo trabajando sobre el Guernica (pero no lo terminó) o bien que elaboró dicho cuadro en un intervalo temporal que no coincide con dicho mes de 1937 sino que está ubicado o incluido *propiamente* en él.

Por último, aún si el adverbio *durante X* refiere al tiempo de desarrollo de la situación, es incapaz de distinguir entre actividades con o sin iteración lo cual es esencial para discriminar entre: a) actividades genuinas y b) actividades derivadas mediante iteración no delimitada de una situación télica (véase 2.6. *infra*):

- Los becarios revisaron sus computadoras durante tres horas*
(actividad genuina)
- Los becarios iniciaron sus computadoras durante tres horas*
(actividad por iteración)

La prueba de ‘pasar una hora V-ando/-iendo’ es paralela a la anterior y sólo admite frases verbales interpretables como actividad o como estado.

- Hazel pasó una hora corriendo* (actividad)
- Maricela pasó tres años estando enferma* (estado)
- ??*El gobernante pasó seis meses construyendo un distribuidor vial* (tarea)
- #El paciente pasó tres días muriendo* (Suceso: aceptable si el suceso se reinterpreta como actividad preparatoria, es decir, si se interpreta como ‘agonizar’)

Nuevamente, no permite distinguir situaciones genuinamente homogéneas de situaciones atélicas por iteración:

Maricela pasó tres años estando enferma (estado)
El herrero pasó tres horas golpeando el metal (actividad por iteración)

Más aún, se ha observado (Dowty 1979:88; Filip 1999:20) que algunos sucesos denominados ‘sucesos de grado o graduales’ (*degree achievements*) pasan muy bien las pruebas de duración.

La sopa se enfrió durante dos horas
*El Palacio de Bellas Artes se hundió durante varios meses*¹⁸
La tela se decoloró durante varios meses

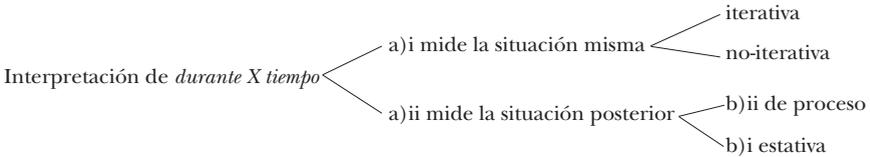
Estos casos podrían verse como interpretaciones iterativas, aunque especiales en la medida en que se ven acompañadas de una interpretación continuista. Acabamos de ver que Dini & Bertinetto (1995) y Dowty (1979) advierten que los adverbios *durante X tiempo* pueden medir la situación descrita por el predicado o bien el estado consecuente posterior. De Miguel (1999:3023) extiende esta perspectiva a los eventos ingresivos que introducen procesos en vez de estados. Esto abre posibilidades adicionales porque un mismo verbo, en ciertos casos, puede describir un evento ingresivo que introduce un estado o bien un evento ingresivo que introduce un proceso. Por ejemplo, *El Palacio de Bellas Artes se hundió durante varios meses* puede interpretarse como remitiendo al hecho de que el edificio estuvo hundido (estáticamente) durante varios meses y que, después el hundimiento fue corregido. En este caso *se hundió* es un evento ingresivo que introduce un estado: en los meses referidos por *varios meses* no hubo progresión alguna del hundimiento (esta interpretación me parece más marcada que la siguiente). Por otra parte, también puede interpretarse que durante esos meses hubo progresión del hundimiento y que después de dichos meses el progreso del hundimiento se detuvo (pero no fue necesariamente corregido). En tal caso, *se hundió* es un evento ingresivo que introduce un proceso y se asemeja a un *degree achievement*. Por tanto tenemos una doble ambivalencia:

¹⁸ El ejemplo de Dowty (1979:88) es *The ship sank for an hour (before going under completely)*, el cual no puedo considerar como un verdadero *degree-achievement* sino, más bien, como un *achievement* cuyo desarrollo se prolonga a la manera de una tarea o *accomplishment*; de hecho, el sujeto se comporta, según Dowty, como un tema-incremental. El ejemplo con que lo sustituimos parece ser un *degree achievement* en el sentido de que no hay un hundimiento definitivo de algún edificio, como lo es el hundimiento de un barco.

a) el adverbio *durante X tiempo* puede medir (i) la situación misma o (ii) la situación posterior.

b) la situación posterior puede ser (i) estativa (estar hundido) o bien, (ii) de proceso (estarse hundiendo indefinidamente).

Tenemos, por tanto, la siguiente ramificación interpretativa:



Me parece difícil distinguir los casos a)i de los casos a)ii cuando este último involucra una interpretación como b)ii, especialmente con *degree achievements*. De hecho, para los tres ejemplos (*enfriarse, hundirse, decolorarse*), cuando la interpretación es del tipo a)ii, la interpretación no marcada es b)ii frente a b)i. Pero con *marearse*, por ejemplo, no parece que Nadiezdha se esté mareando cada vez más sino simplemente que sigue mareada —es decir, tenemos una interpretación a)ii-b)i—:

Nadiezdha se mareó durante {una hora / todo el trayecto}

O bien, que se le quita el mareo y se vuelve a marear varias veces —es decir, una interpretación de tipo a)i, que en este caso obliga a una interpretación iterativa—.

B) ‘V en una hora, tomar una hora V’

Los adverbios *en X tiempo* combinados con tareas miden la duración del proceso que prepara el estado resultativo final:

Se comió su porción en diez minutos

Combinados con sucesos miden la duración de un proceso previo contextualmente determinado que lleva al suceso:

El director dejó la oficina en dos horas

En un verbo de actividad como *correr*, el adverbio *en X tiempo* tiene un efecto diferente en la versión delimitada de la frase verbal que en la no delimitada:

El atleta corrió el maratón en media hora (El adverbio mide la duración de la actividad delimitada)

El atleta corrió en media hora (El adverbio mide la duración de lo que el atleta tuvo que esperar antes de empezar a correr)¹⁹

El adverbio *en X tiempo* presenta entonces, en el caso de los *accomplishments*, la ambigüedad de estar midiendo temporalmente el desarrollo de la situación o bien de estar midiendo el tiempo que toma *ingresar* a la situación. En el caso de los eventos puntuales únicamente esta última interpretación es posible (a no ser que el desarrollo puntual se prolongue artificialmente). Esta ambigüedad impide que estos modificadores adverbiales sean totalmente incompatibles con situaciones atéticas.²⁰ Este hecho ha sido registrado en multitud de lugares de manera explícita (Dowty 1979:56-57; Filip 1999:22, 64-65; Delbecque 2002:95; Morimoto 2001:183; de Miguel 1999:3001; misma ambigüedad con el perfectivo: Bello *apud* de Miguel 1999:2989) o implícita (Dini & Bertinnetto 1995; Kabakčiev 2000). Esta misma

¹⁹ Morimoto (2001:183) también nota esta posibilidad, al pedir explícitamente: “descártese la interpretación ingresiva [...], según la cual *correr en unos minutos*, por ejemplo, significaría *empezar a correr en unos minutos*”.

²⁰ En sentido estricto esto no es del todo cierto. Sucede que esta ambigüedad en realidad revela que diversos verbos permiten una interpretación télico-incoativa (i.e. ingresiva o inminente) además de su interpretación de base no delimitada, sea ésta estática o dinámica (Filip 1999:64; Kabakčiev 2000:21; Dini & Bertinnetto 1995:128; Morimoto 2001:152, 174; de Miguel 1999:2989, 3001, 3011, 3013-3014, 3017, 3023-3027; Hatav 1989:487 *apud* Depraetere 1995:15). De Miguel (1999:2995-2996), por ejemplo, arguye que el clítico delimitador *se* aparece con ciertos verbos inacusativos precisamente en virtud de su interpretación télico-incoativa (“el evento puede entenderse como delimitado en su inicio y es compatible con la presencia de *se*”). Teniendo esto en cuenta, los adverbios *en X tiempo* siempre van asociados con telicidad. Sin embargo, Depraetere (1995:6 nota 5) observa que este tipo de modificadores adverbiales son menos aceptables con situaciones téticas en progresivo: ?? *He was pushing the cart into the barn in 15 minutes*; por lo que concluye que “esta prueba revela algo acerca de la (no)delimitación más bien que de la (a)telicidad de una oración, a no ser que se puntualice explícitamente que la prueba sólo debería aplicarse a oraciones que no estén en progresivo”. Es decir, los adverbios *en X tiempo* serían incompatibles con la imperfectividad (no-delimitación, en términos de Depraetere) más que con la atelicidad.

ambigüedad afecta la interpretación del adverbio *casi* (de Miguel 1999:3003, 3026-3027):²¹

Juan casi pinta un cuadro (vs. *Juan pinta casi un cuadro entero*)
Juan casi camina

En el primer caso podemos interpretar que Juan empezó a pintar o bien que ni siquiera empezó (compárese con la segunda versión del ejemplo —entre paréntesis— en el que la ambigüedad desaparece: sólo se puede interpretar que Juan no terminó el cuadro que empezó a pintar). En el segundo caso sólo podemos interpretar *casi* con respecto al inicio de la situación *caminar*, de manera que nunca se ingresa en la misma (Dowty 1979:58, analiza esto como una cuestión de interacción entre los alcances de *casi* y de *un cuadro* en el primer caso y la ausencia de interacción de alcance en el segundo caso). De hecho, este adverbio invita a reinterpretar los estados como sucesos ingresivos (ejemplo en de Miguel 1999:3027).

El abuelo casi le odia por culpa del reportaje

La variante de la prueba con ‘tomar una hora V’ introduce un fuerte sabor agentivo:

El director dejó la oficina en dos horas
Le tomó dos horas al director dejar la oficina (a pesar de sus esfuerzos por escapar)
Tomó dos horas para que el director dejara la oficina (hicimos todo para correrlo de ahí)

1.2.4. PRUEBAS DE IMPLICACIÓN

A) Implicación del subintervalo

Esta relación de implicación es una formulación de la propiedad de homogeneidad en el marco de la semántica de intervalos (temporales). En Vendler (1957:146) la homogeneidad y la propiedad de subintervalo son dos caras de la misma moneda. La homogeneidad se formula con respecto a las partes de una situación dinámica no pun-

²¹ Ambigüedades similares surgen también con muchos otros adverbios que califican la ‘acción’, como bien observa Austin (1989:187-188).

tual que son ‘de la misma naturaleza’ que el todo. Lo que en Vendler nos recuerda la propiedad de subintervalo (si ‘V durante una hora’ es verdadero, V es verdadero en cada instante de esa hora) es una manifestación de la homogeneidad. Vendler no formula una semántica de intervalos pero la idea general se encuentra presente en términos de la diferencia entre validez para un instante y validez para un periodo como mínimo (véanse las tablas 3-4 *supra*): sólo las situaciones asociadas a periodos pueden ser sujetas a un criterio de homogeneidad/heterogeneidad. La vigencia o carencia de la propiedad de subintervalo *stricto sensu* remite a valuaciones veritativas con respecto a intervalos de tiempo, las cuales Bennett y Partee (1972) aplican a las cuatro clases vendlerianas. En cambio, Vendler excluye estados y sucesos (o *achievements*) precisamente porque, aunque puedan evaluarse con respecto al tiempo, no se evalúan con respecto a periodos y no tienen ‘partes’. La propiedad de subintervalo consiste en que la validez de un predicado de actividad o de estado para un intervalo temporal dado se mantiene para cualquier subintervalo incluido en el primero.

Maricela estuvo tres años enferma (estado)
 → *Maricela estuvo enferma en cada momento en esos tres años*

Alfredo durmió en el pasto durante tres horas (actividad)
 → *Alfredo durmió en el pasto en cada instante durante esas tres horas*

El herrero golpeó el metal durante tres horas (actividad por iteración)
 → *El herrero golpeó el metal en cada instante durante esas tres horas*

El último ejemplo muestra que, tomada al pie de la letra, la implicación del subintervalo es a menudo demasiado fuerte pues, claramente, la oración inicial permite considerar que el herrero haya tomado descansos esporádicos (véase también, Bach 1981:71).

Los predicados de tarea (*accomplishment*) no mantienen esta implicación salvo iteración, aunque debe recordarse que, presuntamente, éstos no pueden tomar adverbios durativos *durante X tiempo* de modo que, siendo consistentes, la prueba simplemente resulta inaplicable, más que negativa (a pesar de Dowty 1979:57, 60).

Prueba de dudosa aplicabilidad con antecedente y consecuente presuntamente agramaticales:

**El mensajero entregó el paquete durante tres horas* (tarea sin iteración)

→**El mensajero entregó el paquete en cada instante durante esas tres horas*

La elaboración de una teoría semántica supone la exclusión de expresiones agramaticales o, dicho de otra manera, la exclusión de las expresiones que no pertenecen al conjunto de expresiones bien formadas que la (morfo)sintaxis de una lengua define (cf. Escandell Vidal 2004:18-20). De modo que si las oraciones télicas con adverbios durativos se consideran agramaticales, no tiene sentido aplicarles pruebas semánticas. Se podría replicar que todo depende de si hemos de considerar las oraciones de *accomplishment* más adverbio durativo como realmente agramaticales, o bien, como gramaticales pero semánticamente anómalas, o bien, como semánticamente normales, sólo que necesariamente falsas.²² En este último caso podría considerarse la aplicación de la prueba como válida, debido a las características especiales del esquema de implicación material que sigue siendo verdadero aunque el antecedente sea falso (cf. Pichon 1995:27). Más aún, en caso de considerar la prueba válida, ésta predice un resultado contrario a lo esperado: debido al principio de *Ex falso sequitur quodlibet* (i.e. de lo falso se sigue lo que uno quiera [es decir, cualquier cosa]), *El mensajero entregó el paquete durante tres horas* sí implica materialmente *El mensajero entregó el paquete en cada instante durante esas tres horas*. De hecho, implica materialmente *cualquier oración* (cf. Vernant 2001:39, 41 nota 30). Todo parece indicar que la prueba es inaplicable (porque, de considerarse aplicable —mediante antecedente gramatical pero falso—, da invariablemente positivo para cualquier consecuente, y no negativo).

B) Implicación del imperfectivo al perfectivo: ‘x está V-ando/-iendo’ implica ‘x ha V-ado/-ido’

Esta implicación es paralela a la anterior y su formulación como prueba, a decir de Filip (1999:21), se remonta a Kenny (1963).²³ Las situaciones atélicas dan positivo para la implicación:

²² Necesariamente falsas en términos del conocimiento del mundo, claro, no en términos lógicos. De lo contrario, el antecedente, siendo necesariamente falso, tendría que ser una antilogía o contradicción lo cual no parece intuitivamente correcto para *El mensajero entregó el paquete durante tres horas*.

²³ La formulación de Vendler (1957:145) es ligeramente distinta, pero remite al mismo fenómeno.

Juan está empujando el carrito → *Juan ha empujado/ empujó el carrito*
Juan está nadando → *Juan ha nadado/ nadó*
Juan está comiendo pastel → *Juan ha comido/ comió pastel*

Las situaciones télicas dan negativo para la implicación:

Juan está construyendo su casa ↯ *Juan ha construido/ construyó su casa*
Juan está dibujando un círculo ↯ *Juan ha dibujado/ dibujó un círculo*

En el caso de que el imperfectivo sea incompatible con la idea de un evento completo,²⁴ la implicación de imperfectivo al perfectivo resulta un tanto paradójica. El fallo de esta implicación en frases verbales télicas lleva al planteamiento de un problema que recibió el nombre de “paradoja imperfectiva” a partir de Dowty (1972, 1977, 1979). Esta paradoja surge de una concepción particular de lo que es un evento télico (Declerck 1979; Depraetere 1995:1, 8). Cuando un evento télico se define por el estado resultante a que da lugar (como intenta implementar Dowty 1979, siguiendo a Kenny 1963) o como un evento con *consecuencias*, las oraciones en progresivo son un problema.²⁵ Si no existe ningún círculo (aún) entonces no está muy claro cómo es que *Juan está dibujando un círculo* es (o describe) una situación diferente de, por ejemplo, *Juan está dibujando un triángulo*; o en términos más semánticos, cómo es que las oraciones respectivas presentan distintas condiciones de verdad y falsedad.²⁶

²⁴ Respecto de la oposición imperfectivo/perfectivo hay variaciones en cuanto a cuál es el miembro no-marcado (i.e. neutro). Filip (1999:213-216) señala que si el miembro no-marcado es el imperfectivo, éste no es incompatible con la completud de un evento (caso del checo y otras lenguas eslavas). Aún en estos casos, claro, el imperfectivo no implica por sí solo al perfectivo, pero cuando esta implicación se presenta resulta menos paradójica que en lenguas —como el inglés— en la que el miembro no-marcado es el perfectivo (y entonces el imperfectivo es incompatible con una visión perfecta de un evento completo).

²⁵ Este problema no se presenta —obviamente— para aquellas perspectivas que no utilizan la noción de estado resultante, como la semántica de intervalos de Bennett & Partee (1972). Así como la caracterización del progresivo como un operador modal tiende a ser demasiado fuerte, al borrar la pretendida característica definitoria de los eventos (su estado resultante) y dando lugar a la paradoja imperfectiva; la especificación del progresivo en términos de semántica de intervalos tiende a ser demasiado débil y posibilita frecuentemente la implicación (indeseada) de que se ha alcanzado la meta o completud del evento. Véase la breve discusión del problema en el addendum de Bennett y Partee (2004 [1978]:107-108).

²⁶ De Miguel (1999:2982 nota 9) asocia erróneamente la etiqueta de “Paradoja Imperfectiva” de Dowty a la primera paradoja (la implicación del imperfectivo al

El fenómeno ha sido señalado desde tiempos anteriores, si bien no siempre de manera rigurosa. Una versión de la paradoja imperfectiva puede encontrarse citada en Garey (1957:104-105), junto con la prueba de Kenny, en su versión francófona de 1952: “Si on *verbait*, mais a été interrompu tout en *verbant*, est-ce qu’on a *verbé*?”²⁷ (Sten 1952 *apud* Garey). Versión que el propio Garey retoma y presenta de manera más formal como relaciones de implicación entre construcciones (1957:109-110).

1.3. (A-)TELICIDAD VS. (NO-)DELIMITACIÓN VS. (IM-)PERFECTIVIDAD, UN ROMPECABEZAS TERMINOLÓGICO

“La terminologie est une question de goût, elle ne touche pas aux réalités.” (Hjelmslev, *Principes de grammaire générale*, 1928:57)

“Au sein d’une science, la terminologie a une importance primordiale” (Mel’čuk, *Cours de Morphologie Générale I*, 1993:9)

Un lector empedernido que revise la literatura sobre aspecto y sobre *aktionsart* o ‘accionalidad’ (término de Bertinetto), saldrá enormemente frustrado ante la sensación de que la gran dificultad a la que se enfrenta no es solamente resultado del fenómeno mismo en estudio, sino de la vaguedad y/o ambigüedad terminológica. Por una parte, los términos télico/atélico se usan, a veces, como equivalentes de perfectivo/imperfectivo, y otras veces como claramente distintos. Por otra parte, como enseguida se verá, se introduce un tercera oposición delimitado/no-delimitado para diferenciar un final accidental y/o artificial de una situación (delimitación ≈ final por interrupción), de su final necesario o natural (telicidad ≈ final por completamiento). Entre los diferentes factores que llevan a una falta de consenso en el uso de los términos y sus conceptualizaciones, resal-

perfectivo, o bien, de que a pesar de estar en curso, la situación puede también describirse como terminada), en vez de a ésta última. Nótese que la primera paradoja solamente surge con las actividades —en eso consiste precisamente la prueba de Kenny— en tanto que la segunda (la de Dowty 1979) solamente surge con las tareas (cf. Rothstein 2004:38).

²⁷ “¿Si uno *verbaba* pero ha sido interrumpido estando *verbando* acaso ha uno *verbado*?”

tan por su importancia dos parámetros con respecto a los cuales pueden asumirse distintas posturas entre dos extremos:

Primero: la telicidad, ¿debe entenderse como una propiedad de las situaciones referidas, basándose en última instancia en cómo es el mundo? O bien: ¿la telicidad se encuentra en los predicados y expresiones lingüísticas utilizadas, pudiéndose, por ejemplo, describir un mismo hecho mediante una expresión télica o una atélica, independientemente de las propiedades del hecho referido? Filip (1999:69-71) rechaza abiertamente la primera posibilidad:

“[...] podría sugerirse que la clasificación tiene más que ver con nuestras creencias de sentido común y expectativas acerca de varios estados de cosas, con nuestro conocimiento del mundo real, que con categorías lingüísticas. [...] La primera objeción está relacionada con la común confusión en cuanto a qué entidades concierne la clasificación de predicados verbales en tipos de eventualidad: ¿Concierne a situaciones particulares o a sus representaciones lingüísticas? La asunción de que los tipos de situación tienen que ver con nuestras creencias de sentido común, en vez de con categorías lingüísticas, podría llevarnos a proponer que lo que estamos clasificando en tipos de situación son ocurrencias particulares de situaciones en el mundo. Sin embargo, tal propuesta es problemática en muchos aspectos y debe ser rechazada.” (Filip 1999:69-70)

Sin embargo, esta posición tampoco es del todo sensata si pretende desvincularse totalmente de ‘cómo son las cosas’, y como se verá en esta sección, no es tan sencillo decidir qué se está clasificando. Ambas posturas tienen parte de razón si se considera la relación entre las expresiones de una lengua y las condiciones que sus referentes potenciales deben cumplir para caer bajo la extensión de una u otra de las posibles expresiones.

Segundo: la telicidad ¿debe reducirse a relaciones de causa-efecto, o bien, debe tener un significado más abstracto y abarcador como el simple hecho de ser ‘medible’ una situación? Dicho de otro modo: ¿es indispensable la noción de ‘estado resultativo’ para la telicidad de una situación o ni siquiera es un factor relevante? En el mismo orden de cosas: ¿puede describirse la idea de ‘cambio’ apelando únicamente a estados e índices temporales, esto es, como una simple sucesión de estados?

Toda la confusión generada en mi revisión de los textos puede adjudicarse a que, en lo que a estos dos parámetros que acabo de mencionar se refiere, los autores suelen no anunciar explícitamente sus posturas y de hecho, muchas veces, suelen asumir algunas soluciones en uno de los parámetros que son contradictorias con las soluciones que toman en el segundo parámetro (o viceversa), por el simple hecho de no distinguir claramente qué criterios se están utilizando y cuáles otros se están desechando, y en particular, si se están caracterizando situaciones reales o descripciones lingüísticas. A este respecto, Kozłowska (1998a:102, 104) habla de “un pasaje del análisis de los tipos de verbo (cf. Vendler) a un análisis de los tipos de eventualidad (cf. Parsons). Esta evolución ilustra la ampliación de la perspectiva gramatical hacia una perspectiva ontológica, manifiesta en Mourelatos y Parsons”. Sin embargo, este paso “del marco estrictamente lingüístico al marco ontológico” (y de regreso) suele colapsar ambos marcos, con la consiguiente pérdida de claridad, especialmente si el paso de uno a otro se da inadvertidamente.²⁸

La relación entre estos dos puntos trata básicamente de cuál ontología de entre las distintas posibles debe suponerse en la semántica de las expresiones lingüísticas. No pretenderemos resolver esta pregunta, contentándonos con señalar que si no suponemos un mínimo de ontología en el significado de estas expresiones, terminaremos con expresiones totalmente vacuas, cuya vinculación con sus referentes quedaría como algo inexplicable. En la otra dirección, un exceso en la inclusión de detalles ontológicos particulares (en vez de generales) llevaría, en último término, a confundir las expresiones

²⁸ La queja de Renaud (1996:80) contra Parsons (1990) refiere precisamente a que “clasifica los objetos del mundo según sus propiedades físicas intrínsecas, tras lo cual, mediante un deslizamiento subrepticio, atribuye esas mismas propiedades a los ítems lingüísticos”. Esta tendencia a la identificación mutua entre propiedades de los hechos referidos y de las expresiones utilizadas para remitir a ellos se encuentra ya en los textos de filosofía, por la influencia de aquellas corrientes que reducen un problema filosófico a uno meramente lingüístico; o bien, que de manera más prudente, simplemente consideran que es válido acudir a argumentos acerca de las expresiones lingüísticas que usamos en ciertas circunstancias para revelar características de las circunstancias mismas. Notemos, sin embargo, que al referir las expresiones a entidades extralingüísticas (estén éstas ‘en la cabeza’ o en el mundo externo), algunas propiedades de éstas últimas tendrán que reflejarse de algún modo en los sentidos de las expresiones. Como se verá más adelante (1.3.2.), la posibilidad de aplicar distintas descripciones (télica o atélica) a una misma situación se debe a que podemos aumentar o disminuir el grado de detalle, y no a que las expresiones sean, en último término, totalmente independientes de aquello a lo que pueden o no referir (o a la inversa).

lingüísticas con sus referentes. Empecemos por repasar las principales ontologías o combinaciones de ellas que se han tomado como base para examinar las semejanzas y diferencias entre grupos de verbos y frases verbales.

1.3.1. ONTOLOGÍAS SITUACIONALES: DE LA LÓGICA TEMPORAL A LA SEMÁNTICA DE EVENTOS

La falta de uniformidad en las definiciones de la telicidad y de la perfectividad —si es que acaso se proporciona alguna— se debe a diferentes presupuestos de cómo deben plantearse las entidades que constituyen la denotación de los predicados verbales dinámicos: si como entidades construidas con base en la validez de un predicado (o de la proposición entera) en determinado intervalo o momento temporal o como entidades eventivas independientes de los intervalos. En realidad, los diferentes criterios y recursos disponibles para describir las situaciones dinámicas son bastante variados y pueden combinarse de distintas maneras. En la tabla 5 *infra* hemos resumido los criterios más prominentes. La asociación de algunos autores con cada columna debe tomarse relajadamente, pues el mundo de las ideas es un mundo acumulativo en que cada idea se nutre de varias anteriores. En este sentido, las ideas de la lógica temporal, por ejemplo, nunca desaparecen en su totalidad pero dependiendo de la clase de ontología presupuesta, se les da un uso distinto.

Las diferentes perspectivas ponen énfasis en ciertas características de las situaciones dinámicas, con respecto a las cuales las demás se consideran secundarias. Todas ellas juntas permiten entrever una propiedad un tanto paradójica de las situaciones eventivas: durante su desarrollo dependen crucialmente de la línea temporal, pero una vez culminadas (“muertas” en palabras de Garey 1957:103), la dependencia desaparece en el sentido de que el efecto, que es lo único que queda, no es sensible al tiempo. La telicidad puede entenderse como algo básicamente temporal (sea en términos de la presencia de un punto terminal o bien de la divisibilidad de los intervalos, véase la tabla 5), o bien, como algo básicamente causal: el evento está completo cuando se alcanza un estado resultante específico de dicho evento, donde el primero es la causa y el segundo es el efecto. El desarrollo de la causa *progres*a a lo largo del eje temporal en tanto que el efecto (final) no progresa de ninguna manera con el tiempo.

Tabla 5: Caracterización aspectual de las situaciones:
Lógica temporal vs. eventiva²⁹

	Lógica temporal (Wright 1963, 1968; Dowty 1979)	Semántica de intervalos (Bennett & Partee 1972; Dowty 1979)	Criterios causales (Kenny 1963; Wright 1963, 1968; Dowty 1979; Dini & Bertinetto 1995; Morimoto 2001)	Semántica de eventos (Davidson 1967; Dowty 1991a; Dini & Bertinetto 1995; Krifka 1998; Filip 1999)
homogeneidad	no hay <i>a priori</i> un punto temporal <i>t</i> tal que cualquier otro tiempo del mismo evento le precede	propiedad del subintervalo: el predicado es válido en cualquier subintervalo incluido en el intervalo (temporal) inicialmente válido para dicho predicado ³⁰	ausencia de un estado resultativo (efecto) asociado a un desarrollo causal	las partes del individuo eventivo tienen las mismas propiedades que el individuo eventivo mismo
heterogeneidad	hay un punto temporal <i>t</i> tal que cualquier otro tiempo del mismo evento le precede	carencia de la propiedad de subintervalo	existencia de un estado resultativo definido que interrumpe una causación (la termina)	las partes del individuo eventivo no tienen las mismas propiedades que el individuo eventivo mismo
dinamidad	paso de un estado a otro (cada uno asociado a un índice temporal contiguo)	verbos que aceptan el progresivo	paso de un estado a otro estado (sin asociación directa a índices temporales)	es un primitivo de los individuos eventivos
estatividad	estabilidad con respecto al tiempo	verbos que no aceptan el progresivo ³¹	ausencia de relaciones causa-efecto	es la no existencia de individuos eventivos ³²

²⁹ Los criterios causales son un tanto independientes de si se adopta alguna u otra de las tres clases de semántica para situaciones dinámicas (lógica temporal, semántica de intervalos, semántica de eventos); razón por la cual los pongo en una columna aparte.

³⁰ Una variante es definir esto mismo en términos de las propiedades topológicas de los intervalos: un predicado homogéneo es verdadero con respecto a un intervalo abierto, en tanto que un predicado heterogéneo es verdadero con respecto a un intervalo cerrado (Krifka 1998:197 nota 2/232).

³¹ Aquí se refleja claramente la influencia de Vendler (1957) en Bennett y Partee (2004[1972]:71-73) y en la idea de distinguir entre momentos y periodos de tiempo para las evaluaciones veritativas, base de la semántica de intervalos. Nótese que no se hace diferencia entre *accomplishments* y *achievements* en cuanto a la aceptación del progresivo.

³² De Miguel (1999:3012) utiliza el término “evento” de modo semejante a como utilizamos aquí el de “situación” y califica a los estados de “eventos no dinámicos”. De éstos dice que “*se dan* de forma homogénea” mientras que los eventos dinámicos atéticos “*ocurren* de forma homogénea”.

1.3.1.1. DE MOMENTOS A INTERVALOS TEMPORALES

Las aproximaciones a la clasificación aspectual de los predicados verbales parten en un inicio de la lógica temporal (*tense logic*), dando prioridad a las propiedades abstractas de puntos temporales e intervalos para describir el comportamiento de los verbos y sus denotaciones (Filip 1999:16; Bennett & Partee 1972; Dowty 1979). En estos modelos, las entidades básicas son los individuos³³ y los tiempos.³⁴ Las denotaciones de las situaciones dinámicas codificadas en los verbos se construyen indirectamente como la relación entre la validez de un predicado para un individuo del modelo y su relación con distintos momentos o intervalos. La idea es utilizar la relativización de la verdad o falsedad de una oración a índices temporales para construir la noción de ‘evento’. Estos índices se consideran inicialmente como puntos o momentos, y después pasan a considerarse como intervalos (Bennett & Partee 1972; Dowty 1979).

Uno de los principales problemas de la representación de eventos en términos de lógica temporal consiste en que las relaciones de contigüidad temporal entre dos estados diferentes es insuficiente para relacionar el paso de uno a otro como una ‘situación dinámica’ pues no cualesquiera dos estados (y en general, no cualesquiera dos situaciones) pueden constituirse en una unidad a pesar de la contigüidad temporal (como se verá claramente en los fenómenos de ‘encapsulamiento’, en 1.3.2.6.). En el sentido opuesto, el postular un requerimiento de contigüidad temporal necesaria en el paso entre dos estados introduce el problema del *gappiness*, esto es, el problema de cuánto espacio temporal puede separar dos subpartes de un evento sin que tengan que pasar a considerarse como dos eventos (o estados) inconexos. El problema no es sencillo dado que la idea de estados en **sucesión inmediata** es la base misma del análisis de los

³³ El término *individuo* es ambiguo entre su significado más habitual (entidad física, generalmente animada) y su significado lógico de ‘entidad elemental’ de un universo del discurso. Esto es importante porque en la segunda acepción *cualquier cosa* puede ser un individuo (cf. Carnap 1988 [1956]:32; Leonard & Goodman 1940:45, 55). En los escritos de semántica formal suele usarse “individuo” por oposición a “tiempo” o “evento”, los tres considerándose entidades elementales del modelo. Sólo en este último sentido no sería redundante declarar que los individuos son entidades elementales.

³⁴ La idea de tratar a los instantes y momentos así como a las personas como ‘objetos’, es decir como posibles argumentos o valores de funciones (de primer orden) —y en particular de funciones interpretativas—, se puede encontrar en Frege (1985a:34; 1985b:74).

predicados de eventos como derivados de los predicados estativos. Dowty (1979), adoptando la concepción formal de cambio de Wright (1963; 1968) afirma:

“Semánticamente, este alegato es simplemente que uno puede, siendo fiel a la verdad, emitir una oración como *La sopa se enfrió* cuando uno primero observa que la sopa no está fría, y luego que sí lo está; *el significado de la oración es que aquellos dos estados de cosas fueron verdaderos en sucesión temporal, ni más ni menos.*” (Dowty 1979:75, énfasis mío)

En términos propios de la lógica temporal: ¿cómo puede seguir siendo válida una afirmación temporalizada en aquellos casos en que la afirmación no es estrictamente cierta con respecto a todos los índices temporales incluidos en el segmento temporal o intervalo de lo aseverado? Y ¿cómo distinguir estos casos de aquellos en que el mismo desajuste o hueco temporal sí invalida la aseveración? (Filip 1999:24, 26).

La inadecuación de los momentos persiste aún si se asumen entidades temporales no-atómicas. Un momento no-atómico incluye una infinitud de otros momentos en su interior, de manera que cada momento (siendo no-atómico) se asemeja mucho a un intervalo de momentos en términos de la cantidad de unidades temporales que contiene. El problema surge con las evaluaciones de los predicados (o la vigencia de las propiedades): aunque a primera vista un momento temporal no atómico sea semejante a un intervalo, las evaluaciones con respecto a ellos no son equivalentes (Dowty 1979:137-138). La evaluación de un predicado con respecto a un momento t no atómico será positiva únicamente si éste resulta válido en cada parte de t . Esta exigencia es demasiado fuerte si queremos dar cuenta de los predicados que codifican eventos durativos que ocupan cierto tiempo, pero son válidos *únicamente* en el instante t' que ‘cierra’ o ‘completa’ el momento t . De hecho, Montague (1969:161; 1974:149-150 *apud* Bennett & Partee 2004 [1972]:69 nota 8/105) analiza los eventos instantáneos como una propiedad de momentos, pero advierte que esta propiedad debe verse en asociación a un intervalo, en vez de a un momento, si lo que se quiere construir son eventos no instantáneos. En un ejemplo como (11), el problema es reflejar que Juan no logró ubicar el archivo sino hasta el último instante de las tres horas, pero que estuvo trabajando en ello durante esas tres horas, no solamente en el último instante.³⁵

³⁵ Vendler (1957:147) señala que “si me tomó una hora escribir una carta (que

(11) *Le tomó tres horas a Juan ubicar el archivo en la computadora* → *Juan ubicó el archivo en la computadora*

Es decir, el evento referido por el predicado *ubicar el archivo en la computadora* se expande a lo largo de una larga suma de momentos (tres horas), pero la descripción no es totalmente válida sino hasta el último de ellos. Si eliminásemos este último instante, la implicación se invalida:

↪ *Juan ubicó el archivo en la computadora*

Para ello se requiere la noción de intervalo cuya exigencia en la evaluación de una oración es más relajada,³⁶ permitiendo que a un predicado se le asocie un intervalo temporal (equivalente a *t*) sin que sea válido *en cada momento* de dicho intervalo (Dowty 1979:138). Esto último permite aplicar la propiedad de subintervalo a predicados dinámicos, eludiendo el problema de Bach (1981:71),³⁷ y también permite eludir el problema que se presentaba en la lógica temporal con respecto a los ‘huecos’ de tiempo permitidos, de manera que las oraciones de actividad como (12) resultasen verdaderas sin implicar que la actividad se estuvo realizando literalmente en cada instante (Dowty 1979:139).

es un *accomplishment*), implico que el escribir de la carta se desarrolló a lo largo de esa hora” a pesar de que la oración en perfecto sólo sea verdadera en virtud del último instante. Cabe señalar una pequeña digresión con Vendler: para él los sucesos puntuales no mantienen la propiedad recién mencionada, de manera que “inclusive si uno dice que le tomó tres horas alcanzar la cima, uno no quiere decir que el *alcanzamiento* de la cima se fue dando durante esas horas”. Sin embargo, para mí, la ubicación del archivo en la computadora sí se va dando a lo largo de esas tres horas, aunque el hecho mismo de ubicarlo se dé en el momento (puntual) final. En virtud de los giros inminenciales de los eventos puntuales (reinterpretados como *accomplishments* preparatorios) el comentario de Vendler adolece de falta de precisión.

³⁶ Lo cual también plantea problemas, véase Dowty (1979:138, 146) y Bennett y Partee (1978).

³⁷ Bach (1981) plantea que la semántica de intervalos debe sustituirse por una semántica basada en mereología porque, si se tomara un único instante como subintervalo, solamente los predicados estativos tendrían la propiedad de subintervalo. Dado que los procesos deben extenderse al menos a lo largo de dos instantes, éstos no tendrían la propiedad de subintervalo (Bach utiliza esto como un argumento más en favor de la hipótesis de que el imperfectivo ‘estativiza’ los eventos y procesos). Al plantear este problema, Bach está suponiendo que los instantes *t* son atómicos, lo cual claramente no es el caso en Bennett y Partee (2004 [1972]:69-70).

(12) *Estuvo trabajando todo el año*

Sin embargo, sigue sin resolverse la cuestión de cómo caracterizar al ‘pegamento’ que mantiene unidas las partes de una situación dinámica si para ello no puede acudir, al menos exclusivamente, a la idea de contigüidad temporal.

1.3.1.2. DE LA LÓGICA TEMPORAL AL CAMBIO COMO RELACIÓN CAUSAL

La constatación de que la caracterización puramente temporal de las distintas situaciones-tipo resultaba insuficiente, lleva a intentar esta caracterización en otros términos más propios de las situaciones mismas, al margen de los momentos e intervalos temporales (Filip 1999:23, 29-30). Esta complementación (y en algunos casos, sustitución) de los criterios temporales por los puramente ‘eventivos’ se da gradualmente. Dado que buena parte de las clasificaciones aspectuales iniciales surgen desde los textos de filosofía que analizan las oraciones de acción, con el interés primario de examinar las relaciones causales (entre intención agentiva y acto, por un lado, y acción y efecto, por el otro),³⁸ el primer criterio no-temporal que aparece en escena es precisamente el de las relaciones causales. De esta manera, nos encontramos con todo un abanico de trabajos en que se privilegian ciertos criterios sobre otros o bien se toman tanto criterios causales como temporales. En un trabajo como el de Bennett y Partee (1972, 1978) se parte de la lógica temporal para proponer, en vista de ciertas inadecuaciones, que los momentos sean sustituidos o complementados por intervalos. Prácticamente no se utiliza la noción de causalidad ni de estado resultante. En Dowty (1979), aunque se trabaja básicamente con semántica de intervalos (temporales), se integran las nociones de causa-efecto y de estado resultativo en las descripciones lógicas de los *accomplishments* y en el tratamiento del progresivo (Dowty 1979:133-135), sin embargo, no se integra aún la idea davidsoniana de la existencia de los eventos como entidades

³⁸ Ambas precursoras de la distinción, más general, entre telicidad incoativa y telicidad resultativa (ocasionalmente hablamos de telicidad incoativa y resultativa para distinguir, respectivamente, la telicidad que subyace a sucesos o tareas ingresivas —telicidad con respecto al inicio de una situación— de la que subyace a tareas regulares).

elementales del modelo ni su posición argumental en los predicados de acción (como sí se hace en Dowty 1991a).

1.3.1.2.1. COMPLEMENTANDO TIEMPO CON CAUSALIDAD, EL CASO DE DOWTY (1979)

En Dowty (1979) los eventos siguen teniendo un papel subsidiario de los tiempos y los estados, pues se construyen los primeros como la sucesión de estados, en analogía a los fotogramas de una película (Dowty 1979:168; Filip 1999:32 nota 12/74). Aquí cabe un señalamiento importante. Dowty (1979) sigue caracterizando a las situaciones dinámicas como estados en sucesión temporal, caracterización que ya se había manifestado como insuficiente para explicar que las partes de una situación fueran precisamente eso: partes de una misma situación. ¿En qué confía Dowty (1979) para amalgamar los diferentes fotogramas de la película, si la simple sucesión temporal no basta?

1.3.1.2.1.1. EL TÉRMINO DE UNA SITUACIÓN COMO PUNTO DE REFERENCIA CONCEPTUAL PRIVILEGIADO

Aunque no es suficientemente explícito en esto, parece que Dowty (1979) se apoya en la idea vendleriana de que “este clímax [el punto terminal] proyecta retrospectivamente su silueta dando un nuevo color a todo lo que precedió” (Vendler 1957:146). Simplemente sustituye “punto terminal” por “estado terminal”, el que, como punto de referencia conceptual, sirve de pegamento para los estados anteriores que se constituyen *retrospectivamente* como partes de la situación que se define por su resultado. El pegamento ha dejado de ser la sola sucesión temporal, integrándose algunos elementos de dependencia causal. Esto permite considerar, de entre todos los fotogramas de la película, al último de ellos como el realmente relevante. Los operadores DO, CAUSE, BECOME propuestos por Dowty no serían más que modos de darse el ‘nuevo color retrospectivo’ que se aplica sobre los estados anteriores.

“La idea es que las diferentes propiedades aspectuales de los varios tipos de verbos pueden explicarse postulando una única clase homogénea de predicados —*los predicados estativos*— más tres o cuatro operadores y conectivos oracionales. Los verbos estativos del inglés se

asumen como directamente correspondientes a estos predicados estativos en estructura lógica, en tanto que verbos de otras categorías tienen estructuras lógicas que consisten en uno o más predicados estativos incrustados en oraciones complejas formadas con estos conectivos y operadores “aspectuales”. [...] Esta hipótesis, entonces, es esencialmente un análisis reduccionista de las clases aspectuales de verbos. El objetivo es explicar una abrumante diversidad de tipos de verbos como combinaciones de una clase aspectualmente simple y poco problemática de verbo —el estativo— con algún(os) operador(es) explícitamente interpretados.” (Dowty 1979:71)³⁹

Consecuentemente, los elementos básicos del cálculo aspectual en Dowty (1979) consisten precisamente en los predicados estativos básicos más tres operadores: DO, BECOME y CAUSE.⁴⁰ Los verbos no estativos son construidos combinando los primeros con los segundos (Dowty 1979:71; Filip 1999:33). La justificación lingüística de este proceder la retoma Dowty (1979:40-52) de los análisis provenientes de la semántica generativa, en particular del análisis de los verbos con alternancia causativa/incoativa en Lakoff (1965) y su aplicación al verbo *matar* por McCawley (1968).⁴¹ La argumentación básica es

³⁹ Pero véase Vendler (1957:151-152) que comenta algunos problemas con los verbos estativos.

⁴⁰ Entre otros, pero éstos tres son los más prominentes y los que han trascendido el paso de los años. En el cálculo aspectual de Dowty (1979), las *actividades* se caracterizan como fórmulas cuyo operador de mayor alcance (el que cierra la fórmula) es DO, los *sucesos* o *achievements* como fórmulas cuyo operador de mayor alcance es BECOME y las *tareas* o *accomplishments* como fórmulas cuyo operador de mayor alcance es CAUSE; sin que esto implique la imposibilidad de combinaciones mixtas al interior de la fórmula (Dowty 1979:116-8).

⁴¹ Un análisis detallado se encuentra en Dowty (1979:91-110). Es menester señalar que McCawley (1993:314-315) ofrece un análisis de (14)-(15) en términos de implicatura conversacional según el cual la diferencia de interpretación no forma parte de la semántica de estos enunciados sino de su interacción con el Principio de Cooperación griceano. (15) no sería necesariamente más causativo que (14), sino que de la ausencia de mención del agente en (14) se infiere conversacionalmente la ausencia de una causa identificable o que no interesa hablar aún de dicha causa: “La existencia de un acto como causa de un evento dado y la identidad del agente de ese acto será generalmente relevante en un discurso en que el evento es referido, y es desorientador dejar fuera la información acerca de la existencia del acto y de la identidad del agente, siempre y cuando nuestra información [al respecto] sea de suficiente calidad. Por tanto, los ‘verbos de cambio’ [incoativos] como el *open* intransitivo a lo más sugieren, más bien que implicar, que no hay agente involucrado.” (McCawley 1993:315). Esta perspectiva es interesante pero dejaría pendiente un asunto primordial —contrariamente al análisis de semántica generativa—: el hecho

proponer que las tres oraciones que siguen (y todas las series similares) están relacionadas en algún nivel de la derivación:

- | | | |
|------|--------------------------------------|------------------------------------|
| (13) | <i>El metal está duro</i> | (sentido estativo) |
| (14) | <i>El metal endureció</i> | (sentido incoativo ⁴²) |
| (15) | <i>El herrero endureció el metal</i> | (sentido causativo) |

La idea era que (13) estaba contenida, como subordinada del verbo incoativo *become* (o del correspondiente significado abstracto) en la estructura profunda⁴³ de la oración (14). La oración (14) estaba, a su vez, contenida como subordinada del verbo *cause* (o del significado correspondiente) en la estructura profunda de la oración (15). Todo lo cual explicaba las relaciones sistemáticas entre los significados estativo, incoativo y causativo en las respectivas series de construcciones (cf. Cano Aguilar 1987:49-50).⁴⁴ Esto implica que el significado básico de toda expresión de evento, como las de (14) y (15), es en realidad un estado. Este significado básico de estado se transforma en un significado —derivado— de cambio dinámico por medio de la reinterpretación incoativa (ingresar en el estado ‘X’).⁴⁵

mismo de que este grupo de verbos permita omitir el agente (cambio de diátesis) sin mediar pasivización, o bien a la inversa, que permita añadir el agente sin mediar una construcción explícitamente causativa.

⁴² Este término ha recibido al menos dos acepciones distintas, pero claramente relacionadas. El sentido que considero más básico —y es el que hemos empleado aquí— es el que retoma Crystal (2000:302). Un sentido incoativo o inceptivo es uno en que se enfoca el comienzo de una situación. Cuando esa situación es un estado (Filip 1999:64), se entiende por extensión que “incoativo” remite a un cambio espontáneo, es decir, al ingreso en un estado que no es debido a una causa agentiva.

⁴³ En el sentido que tenía este término para la semántica generativa de los sesentas como un nivel en el que no necesariamente se encontraban ya insertos los elementos léxicos sino sólo conjuntos de rasgos semánticos (supuestamente primitivos y universales) y que ya estaban estructurados en forma arbórea, los cuales posteriormente serían remplazados en la derivación por ítems léxicos o expresiones más complejas.

⁴⁴ Hemos presentado la idea de manera muy muy escueta, la argumentación consta en realidad de varios pasos, como puede verificarse en Dowty (1976; 1979:41-43). Una crítica temprana del análisis de Dowty de los *accomplishments* como fórmulas ‘[ϕ CAUSE [BECOME ψ]]’, e indirectamente de la telicidad como ‘estado resultante’, puede encontrarse en Declerck (1979).

⁴⁵ Es interesante notar que una vez desechado el análisis original de la semántica generativa, la idea —muy importante— de que un estado permite reinterpretarse como evento ingresivo también fue un tanto olvidada. Esta posibilidad interpretativa es la razón por la que ciertos verbos parecen estar a medio camino

Este cambio se convierte en una cadena causa-efecto por medio de la mención de un agente que se introduce mediante un verbo (concreto o abstracto) *causar*. A este respecto, Filip (1999:34) señala que un verbo con significado causativo no es siempre equivalente a la paráfrasis con el verbo *causar*, en particular, porque éste último no implica necesariamente causación directa, requisito indispensable en las versiones ‘léxicas’, como muestra el contraste (16a/b).

- (16) a. *La baja presión de aire causó que el agua hirviera*
 b. **La baja presión de aire hirvió el agua*
 (ejemplos de Hall 1965 *apud* Dowty 1979:97)

Sin embargo, Hall (1965 *apud* Dowty 1979), quien primero señala que los verbos causativos no son parafraseables mediante oraciones complejas con el verbo *causar* como núcleo, advierte que este hecho en sí mismo no impide el análisis de verbos causativos como *romper* en términos de un estado bajo alcance de un operador CAUSAR, siempre y cuando éste no se identifique con el significado total del verbo *causar* (Dowty 1979:96-97).⁴⁶ Cano Aguilar (1987:53) constata

entre denotar un estado o denotar un evento (cf. de Miguel 1999:3023; Hataw 1989:487 *apud* Depraetere 1995:15), o bien, de que muchos estados acepten el progresivo (cf. de Miguel 1999:3013-3014). Tenemos, por ejemplo, *sentarse/estar sentado*, *acostarse/estar acostado*, *salir/estar fuera*, *presentarse/estar presente* e incluso *tener en tener un accidente o conocer en conoció a alguien* (vs. *conoce la zona*). Esto mismo queda reflejado en la clasificación de Bach (2002 [1986]:325) —basada en Carlson (1981)— que, por un lado, propone el término de “estados dinámicos” cuando un híbrido de este tipo (*sit, stand, lie*) parece más orientado hacia su vertiente de ‘estado’ pero acepta el progresivo reinterpretado como evento puntual ingresivo. Y por el otro lado, propone el término de “culminación” cuando estos híbridos están orientados más a su vertiente de ‘evento ingresivo’ (cf. Filip 1999:38-39). Cano Aguilar (1987:59-60, 74-76, 93-95, 100-101, 107-110, 112-113) también presenta verbos [*establecer, formar, cerrar, rozar, tocar, cubrir, ocultar, cruzar*, etc.] con oscilación entre interpretación estativa e interpretación “activa” (i.e. dinámica) pero para la mayoría de ellos relaciona la oscilación a la naturaleza +/-animada del sujeto: los +animados tienden a introducir una situación activa (véase también de Miguel 1999:3015 nota 49).

⁴⁶ Dowty (1979:97) señala que si se desvincula a los operadores (postulados para la descomposición léxica) de toda pieza léxica específica de la lengua —como sugiere Hall (1965)—, se crea el problema de ya no poder poner a prueba la adecuación de dichos operadores; pues ya no puede recurrirse a alguna pieza léxica específica para comparar las implicaciones de una oración que supuestamente contiene al operador y las implicaciones de una oración con el elemento léxico correspondiente (como en algún momento se hace con los pares CAUSAR/*causar* y HACER/*hacer*). Dowty incluso advierte que “entonces el análisis está en peligro de

lo mismo —ausencia de sinonimia— con respecto a pares como *hacer grande / agrandar, hacer fácil algo / facilitar*, etc. lo que evidencia que tenemos el mismo problema para el operador DO (hacer), además de que éste parece adquirir sentidos causativos supuestamente reservados para CAUSE. Cano Aguilar (1987:54 nota 11) observa, además, que el análisis semántico-generativista de (13)-(14)-(15) debe enfrentar la complicación de que tanto *causar* como *hacer* actúan como “pro-verbos”: *hacer mención / mencionar*, contra *causar preocupación / preocupar, causar interés / interesar*. En estos casos lo relevante no parece ser tanto la ausencia o presencia de causalidad sino que éstos últimos predicados son psicológicos.

La justificación de tomar como base a los estados se encuentra también en la necesidad de acomodar las denotaciones de los predicados verbales eventivos a la usual evaluación veritativa de un predicado con respecto a un individuo y un índice (temporal). El problema, entonces, es que sólo los predicados estativos pueden evaluarse directamente a través de momentos temporales en tanto que los eventos deben evaluarse indirectamente a través de las evaluaciones de los predicados estativos que son válidos al inicio y que dejan de serlo en el término del evento en cuestión (y viceversa):

“Los estativos pueden juzgarse como verdaderos o falsos de un individuo por referencia al estado de cosas del mundo en solamente un único momento de tiempo (mientras que otras clases de verbos requieren “información” acerca de más de un solo punto temporal y en algunos casos, de más de un mundo posible). [...] Una solución diferente sería requerida para los eventos, no obstante, dado que no son literalmente verdaderos o falsos *por* un periodo de tiempo o incluso un punto temporal. Más bien, los eventos de algún modo “ocurren” *en* el tiempo. Algunos conceptos lógicos adicionales son por tanto necesarios para capturar esta noción.” (Dowty 1979:71, 74)⁴⁷

Así, los eventos son construidos como la variación de la validez de un predicado (estativo) para un individuo a lo largo de los índices tem-

aproximarse a la completa vacuidad”. Este mismo problema afecta las representaciones léxico-conceptuales de Jackendoff utilizadas por Morimoto (2001) en que ninguno de los elementos IR, POR, HACIA, A...etc. se corresponde con las piezas léxicas *ir, por, hacia, a...*etc.

⁴⁷ En el segundo renglón, traduzco “en solamente un único momento de tiempo”, cuando en el original dice “movement of time”. Es casi seguro que se trate de una errata por “moment”.

porales y no como entidades de primer orden. Éste es el origen de considerar a un evento como un ‘cambio de estado’, idea que Dowty (1979:73-74) retoma de Wright (1963; 1968):

Un evento es un cambio de un estado p a un estado q , donde $p = \neg q$ (o bien $q = \neg p$). (Dowty 1979:75)

Un detalle importante es que la definición dice ‘cambio’, no simplemente ‘paso’ de p a q . Sin embargo, la formalización de hecho no hace mención alguna de la idea de ‘cambio’ sino que reduce éste a un simple ‘paso’ temporal entre una situación estática y otra. Esta reducción es el objetivo de esta formalización, pero contiene la trampa de haber eliminado de la ecuación precisamente aquello que se quería definir: la idea *dinámica* de cambio (lo único que se logró es, en todo caso, representar la idea de transición entre *consecuencias*). El resultado (definido o indefinido) de algún evento no forma parte del evento mismo, y debiera de distinguirse entre un cambio (el evento mismo) y su consecuencia (algún estado).

Definir un evento como un “cambio de estado” (Dowty 1979:74, 138-139, 141; de Miguel 1999:3019) tiene el inconveniente de dar la idea de una pluralidad de eventos simultáneos si hay más de un cambio de estado, como en el caso de los desplazamientos:

(17) *Juan corrió de la esquina a la parada tan rápido como pudo*

Dowty (1979:142) señala que en un caso como éste tenemos dos cambios de estado:

- 1) \neg estar en la parada \rightarrow estar en la parada
- 2) estar en la esquina \rightarrow \neg estar en la esquina

Pero es anti-intuitivo tomar esta doble caracterización de (17) como indicio de un doble evento simultáneo, como la fórmula propuesta por Dowty da a entender,⁴⁸ pues claramente, el cambio en la locali-

⁴⁸ El ejemplo de Dowty es *John walked from the Post Office to the Bank* (n°12 en Dowty). La duplicación es obvia en la fórmula (n°14) de Dowty (1979:142) que es: “[BECOME $\neg P$] \wedge [BECOME B]”, P representaría el estado ‘estar en la parada’ y B representaría el estado ‘estar en la esquina’ (en Dowty, $P = \text{John is at the Post Office}$ y $B = \text{John is at the Bank}$). La fórmula (n°13): “[BECOME $\neg P \wedge B$]”, no me parece que solucione el problema, aunque en apariencia sólo haya un único operador BECOME. De todos modos, Dowty la rechaza por motivos independientes en favor de una

zación espacio-temporal cuenta como un solo cambio. Sin embargo, definiendo a los eventos como un “cambio de estado”, esta conclusión poco deseable es requerida.

Más aún, los supuestos estados que conforman las transiciones durante el desarrollo del evento, intuitivamente, sólo aparecen cuando éste queda interrumpido. De esta manera parece que es la interrupción de un desarrollo eventivo la que permite la aparición de una situación estática. Esta intuición es irreconciliable con aquella propuesta que establece al estado resultativo como *el motivo* por el que un desarrollo eventivo se detiene, pues la relación causal entre detención del desarrollo y emergencia de un estado queda invertida.

La idea de que es el estado resultativo el que *completa* a un evento, deteniéndolo, nos viene —al menos— desde Kenny (1963), quien declara que: “Performances are brought to an end by states” (citado en Dowty 1979:77). Es demasiado simplista decir que *lavar los trastes* sea lograr que los trastes estén limpios, como supone Kenny. Claramente hay muchas maneras en que los trastes puedan estar limpios sin implicar un evento como *lavar los trastes*. Podemos tener un mismo estado inicial y un mismo estado como resultado y no necesariamente tener al mismo evento involucrado entre ambos, cosa imposible de aseverar en un modelo en que los eventos se *definen* como un paso de un estado a otro (los dos tipos de evento serían indistinguibles si sus estados inicial y final son idénticos). Intuitivamente esto se corresponde con la idea de que hay diversas maneras de trasladarse de un punto a otro, sin que ambos traslados puedan considerarse idénticos. De manera que un mismo estado puede resultar de *distintos* eventos (o de ninguno),⁴⁹ por lo que no conviene reducir el concepto de evento al resultado correspondiente, como propone Kenny (1963): “performances are specified by their ends”. De hecho ese es precisamente el punto de partida de las críticas que Davidson (1995 [1967]:140) dirige al análisis que de las oraciones de acción propone Kenny y contra la adopción lingüística de la formalización del cambio al estilo von Wright (el caso de Dowty 1979):

versión similar a la fórmula (n°14). Puede consultarse a Dowty (1979:143-145) para la discusión de las alternativas, ninguna de las cuales parece del todo satisfactoria.

⁴⁹ Ésta es sin duda una de las razones por las que una definición de la causatividad en términos de enunciados contrafácticos no funciona satisfactoriamente. Si a un mismo estado resultativo pueden corresponderle varias causas, entonces no se sostiene que ‘A causa B’ sea equivalente al contrafáctico ‘ $\neg A \Box \rightarrow \neg B$ ’, a no ser que la pluralidad de causas posibles sea restringida para cada contexto (Dowty 1979:106).

“El doctor puede hacer que tenga lugar que el paciente no tenga apéndice remitiendo al paciente con otro doctor que lleve a cabo la operación, o atropellando al paciente con su Lincoln Continental. En ninguno de los dos casos diríamos que ‘el doctor quitó el apéndice del paciente’. [...] Por lo mismo, ‘Pérez caminó al almacén’ no puede tratarse como ‘Pérez hizo que tuviera lugar que Pérez esté en el almacén’, ya que esta última oración deja fuera la idea de caminar. [...] Para los propósitos de su estudio [M.P. el de von Wright] puede resultar muy fructífero concebir los sucesos [*events*] como pares ordenados de estados, pero pienso que es bastante obvio que esto no nos proporciona una manera estándar de traducir o representar la forma de la mayoría de las oraciones acerca de actos y sucesos [*events*]. Por ejemplo, si camino de San Francisco a Pittsburgh, mi estado inicial es que estoy en San Francisco y mi estado terminal es que estoy en Pittsburgh; pero lo mismo es verdadero, y más placenteramente, si vuelo [M.P., es decir, si voy en avión].” (Davidson 1995 [1967]:140, 143)

Davidson (1995:141) menciona la propuesta de Chisholm (1964) de considerar que ‘*p*’ en el análisis que Kenny propone “fulano hizo que tuviera lugar que *p*” pueda ser tanto un no-cambio (estado) como un cambio o suceso. En tal caso, claro está, los eventos ya no son definibles como subordinados a los estados a que dan lugar, sino que las ideas de cambio y de evento adquieren independencia y deben definirse por cuenta propia. No queda claro tampoco cómo determinar de manera unívoca al estado resultante (relevante), de entre todos los estados que conforman la progresión o de entre todos los estados que resultan. Como Davidson (1995:173) señala, “no hay límite a lo que podemos decir sobre las causas y consecuencias de los sucesos [i.e. eventos]”, de manera que, por ejemplo, si *Juanita se resfrió la víspera de su examen* es una oración verdadera, el estado resultante que la confirma como verdadera puede ser:

(18) *Juanita está resfriada el día de su examen*

Pero también puede ser

(19) *Juanita no está titulada (porque no se presentó el día de su examen)*

y así sucesivamente dado que cualquier cambio referido, dándose en un contexto, tiene más de un solo estado resultante imaginable. Si, por otra parte, estipulamos que el estado resultante es el estado con-

secuente inmediato, tampoco solucionamos nada. En el ejemplo que sigue:

(20) *Emilia arrastró la pesada caja del almacén al coche*

El estado resultante inmediato no puede ser el de que la caja está frente al vehículo, pues multitud de estados le preceden más inmediatamente. En último término, en el cambio de p a $\neg p$ (y todos los intermedios), el estado más inmediatamente consecuente al estado inicial p —correspondiente al momento en que se inicia el desplazamiento— es difícilmente determinable. La única manera de descartar como estados resultantes *relevantes* a todos los estados que constituyen la progresión es apelando a la situación específica que se quiere definir, en este caso *arrastrar la pesada caja del almacén al coche*, utilizándola como si ya estuviera definida (puesto que la usamos como punto de referencia). Proceder así sería caer en la vacuidad. Si definimos cualquier evento —en términos generales— como lo que lleva a un estado resultativo, nos enfrentamos con el problema de que, a menudo, el estado resultativo no tiene caracterización propia al margen del evento o ‘acción’ que le da lugar, como señala Davidson:

“Pero muchas oraciones de acción no suministran ninguna descripción del estado de cosas al que la acción da lugar excepto la de que *es* el estado de cosas al que la acción da lugar.” (Davidson 1995 [1967]:141)

Lo cual lejos de solucionar el problema anterior (determinar el estado resultante) simplemente lo envuelve en una dinámica circular. Tendríamos un evento que se define en términos de su estado resultante y, simultáneamente, a un estado resultante que se define en términos del evento que le dio lugar. Esto se añade al hecho de que los estados no tienen *per se* ningún límite o borde, de manera que es desconcertante decir que puede pasarse de un estado a otro, puesto que carecen de cualquier borde que pueda cruzarse al margen de los eventos que median entre unos y otros. Remitir luego al desarrollo de un evento como el paso de un estado a otro es incurrir en la argumentación circular recién señalada.

Si intentamos restringir lo que cuente como estado resultativo en términos de contingencia y necesidad, en vez de inmediatez (temporal o causal), volvemos a dar en un callejón sin salida. No hay manera coherente de argumentar la existencia de dos clases de estados: aquellos que surgen por la interrupción contingente de un de-

sarrollo eventivo y aquellos que surgen de o ‘causan’ la detención necesaria de un desarrollo eventivo. Caracterizados de manera independiente, los mismos estados que son ‘resultativos’ para ciertos predicados, son producto de detenciones ‘contingentes’ para otros. Por otro lado, el estado resultativo como criterio de ‘evento’ marca una diferencia demasiado tajante entre versiones télicas y atélicas de una misma frase verbal (una consecuencia es la paradoja imperfectiva): *comerse una torta* se percibe como demasiado diferente de *comer torta* o de *comer*. Nótese que en ambos casos se expresa una clase de cambio, pero sólo en el primer caso se considera que tenemos un auténtico cambio. Si la única diferencia entre una actividad y un cambio (real) es el estado resultativo asociado a éste último y —en ambos casos— tenemos una situación dinámica, estamos llevados a concluir absurdamente que un cambio *es* el estado resultante (ni más ni menos). Todo estado, por tanto, es un cambio (estoy llevando aquí el razonamiento a sus últimas consecuencias *ad absurdum*).

Pero los problemas del análisis aspectual en términos de [operadores + estado final] no se limitan a aquellos que acabamos de remarcar, si bien éstos parecen ser los más graves. Es ampliamente aceptado el punto de vista según el cual todo verbo de actividad o de *situación dinámica* lleva implícito —por sí solo— un inicio. Sin embargo, tal implícito suele encontrarse relegado a un segundo plano frente a la atención privilegiada que suele recibir la implicación de un estado resultante. Acorde con esto, en el análisis de la telicidad suele descartarse el inicio de una situación dado que ‘télico’ señala etimológicamente al término de algo, no a su inicio. Ya hemos dicho, sin embargo, que un inicio puede verse como el término de la situación preparatoria o anticipatoria correspondiente. En el análisis en términos de descomposición léxica ofrecido por Dowty (1979), la noción de borde inicial parece subordinarse a la idea de agentividad.

1.3.1.2.1.2. EL BORDE INICIAL DERIVADO DE LA SELECCIÓN CAUSAL Y LA AGENTIVIDAD

En el trabajo de Dowty (1979) aún pesa mucho el parámetro de la agentividad, sin duda por influencia de los trabajos filosóficos cuyo interés era precisamente la noción de *acción*, y no solamente la de *evento*. Como ya hemos mencionado, esto incluye el estudio de las relaciones causales entre intención agentiva y acto, por un lado, y entre acción y efecto, por el otro. En Dowty (1979), la *auténtica* relación

causa-efecto parece atribuirse solamente a la presencia explícita de un agente, la entidad que tiene el control.⁵⁰ De manera que el sentido causativo se introduce junto con el agente respectivo, de lo contrario solamente hay incoatividad espontánea. De hecho, en Dowty (1979), la agentividad como criterio para distinguir *accomplishments* de *achievements* tiene, ocasionalmente, mayor peso que el criterio de la duración (por contraste a Vendler 1957:146 nota a pie): *morir* puede considerarse como realmente válido de un instante, esto es, como un verbo puntual y, a la vez, es no-agentivo, de manera que se considera un *achievement*; pero *matar*, en cambio, —y a pesar de no ser menos puntual que *morir*— es clasificado por Dowty (1979:91) como *accomplishment* meramente por su componente agentivo-causal.⁵¹ El énfasis en la agentividad resulta de la discusión de un problema conocido como el de la ‘selección causal’ en relación al análisis contrafáctico de la causación, es decir, en aquellos análisis de la causación en que ésta se caracteriza como una implicación contrafáctica.

A) De la causación al análisis contrafáctico

Empecemos por el concepto de causación. Lewis (1973b:556) introduce la noción usual de *causación* como sigue: “se supone que una sucesión causal es una sucesión que instancia una regularidad”. Burdamente, una *causa* “es cualquier miembro de un conjunto real y mínimo de condiciones que son conjuntamente suficientes, dadas las leyes, para la existencia del efecto” (Lewis, 1973b:556). Esta concepción inicial es matizada con algunas precisiones:

⁵⁰ Nuevamente, la influencia filosófica del interés en la cadena causal *volición-acción* y *acción-efecto*. Vendler (1957: 148-149) es especialmente claro a este respecto, al deslindar el estatus de *acción* de cualquier esquema temporal específico, y considerar la agentividad y la aspectualidad de un verbo como nociones totalmente independientes (véase también de Miguel 1999:3016). El criterio de la agentividad sólo aplica para determinar si algún verbo denota o no una *acción*, pero es irrelevante en el ámbito de los esquemas temporales que ese mismo verbo pueda suponer. La autonomía entre ambas características de un verbo no excluye, sin embargo, que pueda usarse la primera como herramienta para ayudar a distinguir entre interpretaciones de un mismo verbo (cada una de esas interpretaciones implicando un esquema temporal distinto), tal como lo hace Vendler (1957:152) para el verbo *pensar* y sus interpretaciones estativa y de actividad, o para el verbo *ver* y sus interpretaciones estativa y de suceso (1957:155-156).

⁵¹ Sin embargo, Dowty (1979:113 nota 19/132) reconoce que verbos que se comportan como *achievements* —es decir, verbos que carecen del operador CAUSE— siguiendo las pruebas que él mismo recopila y extiende, pueden a menudo aparecer en contextos agentivos, es decir, la agentividad no siempre lleva a la determinación de una causa.

- 1) deben distinguirse las leyes causales de las regularidades de sucesión meramente accidentales;
- 2) una causa de e puede ser solamente una parte indispensable, no la totalidad, de la situación que antecede al efecto e siguiendo una ley;
- 3) no deben confundirse las causas genuinas con sus efectos;
- 4) una causa no debe confundirse con un epifenómeno de la historia causal considerada, es decir, no debe confundirse con un “efecto lateral ineficaz” de una causa genuina de e ;
- 5) tampoco debe confundirse la causa genuina con una causa potencial de e cancelada por la causa real que tomó prioridad sobre ella.

Dadas las dificultades para lograr una definición de causación en términos de la noción “instancia de regularidad” y que además consiga capturar los matices 1) a 5), Lewis propone seguir otro camino: propone un análisis contrafáctico de la causación.⁵² Éste consiste básicamente en profundizar una intuición de Hume: “si la causa no hubiera ocurrido, el efecto nunca hubiera existido” (Lewis, 1973b:557) —de ahí que la causa pase a caracterizarse como un elemento *necesario* (en vez de ‘suficiente’).

B) El problema de la selección causal, determinismo y similaridad entre mundos

Dowty (1979:106) explica que un enunciado de *accomplishment* siempre presenta solamente a un evento como la causa del suceso incoativo resultante que lleva al estado final (cf. Lewis 1973b:558-559). Esto contrasta con las versiones contrafácticas del enunciado, que permiten que una gran variedad de circunstancias y eventos diferentes cuenten como causa de ese mismo suceso incoativo. ¿Cómo explicar que de entre varias causas de un mismo evento (i.e. diferentes ingredientes de la *misma* cadena causal) se seleccione siempre alguna en particular como la ‘verdadera causa’ en detrimento de las demás? :

“Algunas veces aislamos una de entre todas las causas de algún evento y la llamamos “la” causa, como si no hubiera otras. O bien aislamos unas cuantas como las “causas”, denominando el resto como meros “factores causales” o “condiciones causales”. O bien hablamos de la causa “decisiva” o “real” o “principal”. Podríamos seleccionar las causas anormales

⁵² Para ello, Lewis restringe su propuesta al análisis de la causación entre eventos particulares, dejando de lado el análisis de las causaciones que no involucran a eventos y el análisis de las generalizaciones causales (Lewis, 1973b:558).

o extraordinarias o aquellas bajo control humano, o aquellas que calificamos de buenas o malas, o simplemente aquellas de las que queremos hablar.” (Lewis, 1973b:558-559)

Aunque Lewis no pretende explicar estas selecciones de una causa entre varias (en la misma cadena causal), sino explicar simplemente en qué consiste ser una de las causas, Dowty (1979) aprovecha el análisis de Lewis que apunta explícitamente a encontrar un análisis de la causación que se concilie con el determinismo. En Lewis, el determinismo es entendido como sigue:

“las leyes prevalecientes de la naturaleza son tales que no hay dos mundos posibles que sean exactamente semejantes hasta cierto momento y que difieran de ahí en adelante y en los cuales aquellas leyes no sean nunca violadas.” (Lewis 1973b; 559).

Es decir, el determinismo consiste en que dos mundos exactamente iguales no pueden dejar de serlo a no ser que se quebrante una ley en alguno de ellos. Sin embargo, a decir de Lewis, su análisis contrafáctico, por contra al análisis basado en regularidad, autoriza que los eventos indeterminados puedan ser causados (aunque no pueda explicar este tipo de causación en todas sus variedades). Precisamente por la conciliación con el determinismo basado en similaridad, Lewis toma como primitivo la relación de *similaridad comparativa global* entre mundos posibles (Lewis 1973b:559). Esta relación es tal que:

“Podríamos decir que un mundo es más cercano a la realidad que otro si el primero se asemeja más a nuestro mundo que el segundo, tomando en cuenta todo los tipos de similaridad y diferencia y evaluándolos uno contra otro”. (Lewis, 1973b:559)

Lewis establece que la relación de *similaridad comparativa* debe cumplir con dos restricciones:

- 1) Debe ser un ordenamiento total no estricto de los mundos, es decir, un ordenamiento en que los empates están permitidos y en que cualesquiera dos mundos son comparables.
- 2) Nuestro mundo real debería ser el más cercano a sí mismo.

En cambio, no tiene por qué cumplir con la restricción adicional que sigue:

3) para cualquier conjunto A de mundos hay un único mundo-A más cercano, o incluso un conjunto de mundos-A empatados en ser los más cercanos al mundo real.

Lewis propone más bien una secuencia de mundos-A cada vez más cercanos sin que haya ningún mundo del que pueda decirse que es el más cercano (Lewis, 1973b:560).

C) Implicación contrafáctica, dependencia causal y causación

Dada la concepción de similaridad antes presentada, Lewis proporciona la siguiente interpretación de la implicación contrafáctica, representada con el símbolo ' $\square\rightarrow$ ' (Lewis 1973:560).

(21) interpretación del símbolo ' $\square\rightarrow$ ':

(i) paráfrasis de $p \square\rightarrow q$: Si p fuese verdadero, entonces q también sería verdadero.

(ii) regla veritativa para ' $\square\rightarrow$ ':

$p \square\rightarrow q$ es verdadero (en un mundo w) si y sólo si se cumple (a) o bien se cumple (b):

(a) no hay mundos posibles-A (en tal caso, $p \square\rightarrow q$ es vacuamente verdadero por antecedente falso, dado que si no hay mundos posibles-A, p no puede ser verdadero en tales mundos)

(b) algún mundo-A en que se mantiene que q es más cercano (a w) que cualquier otro mundo-A en que no se sostiene que q . (cf. Dowty 1979:102)

En otras palabras:

"[...] un contrafáctico es verdadero de manera no vacua si y sólo si hacer verdadero al consecuente junto con el antecedente involucra una desviación menor de la realidad que hacer verdadero al antecedente sin el consecuente." (Lewis 1973b:560)

Si además se asumiera que siempre hay uno (o más) mundos-A que son los más cercanos, la definición se simplifica: $p \square\rightarrow q$ es verdadero de manera no vacua si y sólo si q se mantiene en todos los mundos-A más cercanos (Lewis 1973b:561). El contrafáctico no presupone que p sea falso y en caso de que sea verdadero nuestro mundo real es el mundo-A más cercano. Como consecuencia $p \square\rightarrow q$ es verdadero si y

sólo si q lo es. Lewis concluye que $p \Box \rightarrow q$ implica al condicional material. Además $p \rightarrow q$ y $p \& q$ implican conjuntamente a $p \Box \rightarrow q$.

(22) relaciones de implicación entre el condicional material y el condicional contrafáctico.

- a. $(p \Box \rightarrow q) \rightarrow (p \rightarrow q)$
- b. $(p \rightarrow q) \wedge (p \wedge q) \rightarrow (p \Box \rightarrow q)$

La relación de dependencia causal entre los eventos e y c se definiría como la dependencia contrafáctica entre las proposiciones de que esos eventos acontecen —simbolizamos el predicado *acontecer* mediante ‘ $A(x)$ ’—:

(23) **Dependencia causal:**

e depende causalmente de c si y sólo si $[A(c) \Box \rightarrow A(e)] \wedge [\neg A(c) \Box \rightarrow \neg A(e)]$.

Si los dos eventos de hecho acontecen, se satisface la primera implicación vacuamente puesto que $[A(c) \wedge A(e)]$ implica a $[A(c) \Box \rightarrow A(e)]$ (Dowty 1979:103-104). De aquí Dowty concluye que:

“El análisis contrafáctico trata a los enunciados causales y a los contrafácticos como lógicamente equivalentes (o para ser más exactos, “ A causa B ” es equivalente a “ A y B , y si no- A entonces no- B ”)” (Dowty 1979:107)

Pero Lewis (1973b:563 *apud* Dowty 1979:104) distingue la causación, que es transitiva, de la dependencia causal, que no es transitiva. De esta manera c puede causar a e sin que e dependa causalmente de c . La dependencia causal es más fuerte que la causación.

(24) **Causalidad y contrafácticos:**

- a. c causa $e \quad \neg \rightarrow \quad e$ depende causalmente de c
- b. $(A(e) \wedge A(c) \wedge e$ depende causalmente de $c) \rightarrow \quad c$ causa e
- c. $(A(e) \wedge A(c) \wedge e$ depende causalmente de $c) \quad \leftrightarrow \quad [\neg A(c) \Box \rightarrow \neg A(e)]$
- d. $\neg A(e) \wedge \neg A(c) \wedge e$ depende causalmente de $c \quad \leftrightarrow \quad [A(c) \Box \rightarrow A(e)]$

Cuando *A* y *B* acontecen, ‘*A* depende causalmente de *B*’ sería equivalente al contrafáctico ‘ $\neg A \square \rightarrow \neg B$ ’. De este modo, *A* sería un factor necesario o indispensable para tener *B*.⁵³

D. La solución agentiva al problema de la selección causal y la implicación de inicio

La solución de Dowty (1979), inspirada de Lewis (1973b:559-561), es que si los mundos posibles más próximos al considerado (es decir el ‘mundo real’) carecen de alguno de los elementos en la cadena causal, este elemento es el que se considera usualmente como *la causa* al margen de los demás ingredientes causales; esto es, como el elemento que hace la diferencia entre que ocurra el evento o no ocurra (i.e., tenemos dependencia causal). Los demás elementos causales en la cadena, al estar presentes en el resto de los mundos posibles próximos al considerado, no hacen la diferencia precisamente por encontrarse en todas las posibilidades cercanas a la real. De aquí, Dowty (1979:106-107) termina vinculando el estatus de *causa* con la agentividad. Esta vinculación se da mediante dos pasos: primero se asume —siguiendo un análisis contrafáctico— que de entre todas las causas de un cierto resultado suele resaltar más aquella que fácilmente pudo no haber sido; es decir, la causa que no se encuentra en los mundos posibles más cercanos. En otras palabras: en una cadena causal, la causa más inestable es la más prominente; segundo, se señala a las causas que dependen de un agente como las más inestables:

⁵³ Supongamos una situación como *Juan abrió la puerta*, la acción realizada por el individuo denotado por *Juan* es (la) causa *necesaria* de que la puerta esté abierta. Desde luego, no es *suficiente*, puesto que la actuación de Juan solo tendrá éxito si otras causas están presentes (como el hecho de que la puerta no esté bloqueada). Pero podríamos imaginar otras maneras en que la puerta terminara abierta y que no involucran a Juan. ¿Cómo es que Juan es un elemento causal **necesario**, entonces? La clave para entender esto es recordar que la necesidad no tiene que ser un absoluto. La necesidad puede relativizarse a ciertos mundos posibles (y no a todos) mediante una relación de accesibilidad entre mundos. El análisis contrafáctico de Lewis podría verse como una relativización de la necesidad con base en la relación de *similaridad*. Así, *Juan* no es un elemento causal necesario en sentido absoluto, sino solamente en relación a la *similaridad* de los mundos: en todos los mundos cercanos o máximamente similares al actual, en que Juan no está, la puerta sigue cerrada. Es decir, la puerta puede abrirse por otras causas, pero en mundos más lejanos al actual, en los mundos más cercanos solamente Juan puede abrir la puerta y, en ese sentido, es una causa necesaria.

“el hecho de que etiquetemos las acciones humanas como ‘la causa’ cuando aparecen en una cadena causal de eventos podría explicarse por la visión extendida de que las acciones de los agentes humanos están usualmente menos determinadas (podrían más fácilmente haber sido de otro modo) que los eventos que involucran únicamente objetos inanimados.” (Dowty 1979:108)

Supongamos un enunciado como *Juan abrió la puerta*. Como causas del resultado (una puerta abierta) pueden señalarse, por ejemplo, estas dos: había una puerta (1) y, había un agente —*Juan*— que hizo algo para abrirla (2). Queda claro que nadie tomaría la primera causa (1) como una causa *real* aunque sea requisito indispensable para el resultado. La explicación es que es más factible que no hubiera un agente a que la puerta no existiera (Dowty 1979:107). Siguiendo estos presupuestos, la verdadera causalidad va de la mano con la agentividad de manera que de los ejemplos estativo, incoativo y causativo, que repetimos aquí:

- | | | |
|------|--------------------------------------|---------------------|
| (13) | <i>El metal está duro</i> | (sentido estativo) |
| (14) | <i>El metal endureció</i> | (sentido incoativo) |
| (15) | <i>El herrero endureció el metal</i> | (sentido causativo) |

solamente (15) contaría como una oración que codifica un *evento*⁵⁴ porque es la única que tiene *agentividad* y por tanto, también, la única que tiene una auténtica relación *causa-efecto*. Ésta es una de las razones implícitas por las que los eventos ingresivos (i.e. incoativos) no siempre se tomaron en cuenta en la clasificación de situaciones. Posteriormente simplemente se siguió marginando buena parte de estos casos a pesar de haberse desechado el criterio agentivo como realmente aspectual.⁵⁵ Ya señalamos que Cano Aguilar (1987:54) observa que el uso como proverbos tanto de *causar* como de *hacer plan-*

⁵⁴ Uso aquí la palabra “evento” en el sentido restringido mencionado por Groeneveld: “Algunos autores usan el término ‘eventualidad’ para denotar estados y eventos, y reservan la noción de eventos para descripciones téticas de cambio.” (Groeneveld 1997:1189).

⁵⁵ Dini & Bertinetto (1995) hacen una distinción entre *eventos* (situaciones téticas en su terminología) y *puntuales* que no son eventos sino simples ‘cambios’ espontáneos atéticos (confróntese con de Miguel 1999:3010: “si el evento no tiene duración forzosamente ha de tener límite.”). Éstos últimos son precisamente aquellos en que la semántica generativa componía un estado con un operador incoativo ‘BECOME’ sin los operadores ‘CAUSE/DO’.

tea un problema para el análisis de (13)-(14)-(15) por parte de la semántica generativa. Los ejemplos con *causar* suelen ser predicados psicológicos que no requieren agentividad (*causar interés, causar preocupación, etc.*). Los ejemplos con *hacer* suelen requerir agentividad cuando involucran una situación compleja típicamente humana (*hacer mención, hacer la limpieza, etc.*) pero no en situaciones que pueden darse de modo natural (*hacer frío, hacer grande / agrandar*). Cano Aguilar (1987:54, 61-62, 66, 68-69, 80-81, 83, 108, 112, 125) habla de *agente* cuando el sujeto tiene el rasgo [+animado] y de *causa* cuando tiene el rasgo [-animado] de modo que agentividad y causalidad no son totalmente solidarios; sin embargo señala una clase de verbos con objeto afectado —que llama verbos de modificación— para los que el sujeto solamente se interpreta como causa si es animado y agentivo (Cano Aguilar 1987:64), y otra clase para la que la lectura dinámica —y por tanto la causal—, en vez de la estática, solamente surge con sujetos animados (cf. notas 56 *supra* p.49 y 69 *infra* p.63).

Retomando la relación entre causación, condicional contrafáctico e inicio, veamos ejemplos como (25). Éste sugiere que las puertas estaban cerradas (i.e. ‘no-abiertas’) antes de las ocho:

(25) *Las puertas (se) abrieron a las ocho*

Con respecto a estas implicaciones por parte de los verbos de ‘cambio de estado’ (i.e. *achievements* y por extensión *accomplishments*) de un “estado anterior en negativo”, Dowty (1979:76-77, 99-100) adopta la propuesta de Givón (1972), excluyéndolas de la aserción del verbo. La idea según la cual el estado vigente (es decir: ‘las puertas están abiertas’) no era el caso antes de las ocho es planteada por Dowty (1979) como implicatura convencional de (25). Podemos extender el mismo análisis del inicio de un estado resultante, al inicio de las actividades, entendiendo ‘inicio’ como la implicación de que ‘la actividad no era el caso’ siendo ésta una inferencia análoga a la de ‘el estado resultante no era el caso’ para los *achievements*. Veamos los siguientes ejemplos:

- (26) a. *La tierra gira alrededor del sol*
 b. **El piloto** giró a la derecha para evitar la colisión
 c. *Las estrellas iluminaron el cielo desde el principio de los tiempos*
 d. **El mecánico** iluminó el motor mientras su compañero cambiaba las piezas

- e. *El veloz cometa paseaba por toda la galaxia hasta que se estrelló contra Júpiter*
 f. *Juan paseaba a lo largo del embarcadero*

Observando los ejemplos en (26) y contrastando a, c y e con b, d y f, parece que más que ser parte del significado verbal, el ‘momento inicial’ es una inferencia que surge cuando los verbos de actividad toman sujetos con referente animado.⁵⁶ En ejemplos como (26a/c) queda claro que la ausencia de un momento inicial no impide el uso de verbos de actividad. Queda igualmente claro que no por carecer de momento inicial o final pasan a ser situaciones estáticas en vez de dinámicas.

1.3.1.2.1.3. LOS OPERADORES DO, CAUSE Y BECOME Y EL ABANDONO DE LA TEORÍA DESCOMPOSICIONAL-CAUSAL

Dowty (1979:98) vincula el operador DO de las actividades a la propiedad de agentividad —e incluso de volición (1979:114, 116)⁵⁷— la cual ya se había ligado a una implicación contrafáctica de la existencia de un inicio (i.e. si no hubiera habido agentividad no hubiera habido actividad, es decir, ésta no se habría iniciado). Un ejemplo como *La tierra gira alrededor del sol*, no dispone de elemento agentivo alguno y, previsiblemente, tampoco hay un inicio sugerido como existente. Siguiendo a Dowty (1979), este ejemplo remitiría más a un estado y no a una actividad. No parece haber operador DO si éste

⁵⁶ Agradezco a Josefina García Fajardo el haberme hecho notar que la inferencia de inicio tiene relación con que los enunciados en cuestión se interpreten como remitiendo a eventos individuados, es decir, con el hecho de que tengan referencia singular. En este sentido, la sugerencia de un inicio no tendría relación con la animacidad puesto que se presenta también con sujetos inanimados: *Las lluvias inundan los campos* no sugiere inicio en comparación a *La lluvia inundó el poblado*. Podríamos decir que en (26b,d) el pretérito sugiere una interpretación télico-ingresiva al margen de la animacidad del sujeto y que en (26c) tal sugerencia desaparece a causa de la pluralidad del sujeto (el enunciado ya no tendría una referencia singular). Sin embargo con (26f), inclusive con interpretación de hábito (i.e. no tenemos referencia singular a un evento), me sigue pareciendo que un sujeto agentivo sugiere la idea de un inicio.

⁵⁷ Aunque en la página 117 (y subsiguientes) termina por admitir que esta vinculación no es del todo adecuada y propone sustituir la idea de volición por la de “control no-mediado” (es decir ‘directo’), y postular que DO está bien definido únicamente cuando aplica a “propiedades controlables” (Dowty 1979:119).

debe tomarse como agentivo e implicando un inicio, pero la presencia de dicho operador es señalada por Dowty (1979:112-113) como *la única* diferencia entre una oración de actividad y una estativa. Sin embargo el ejemplo (26a) pasa muy bien la prueba de Dowty de subordinación a un verbo como *forzar*, *obligar* (aunque no a uno como *convencer*, *persuadir*, *ordenar*, que también son pruebas de agentividad en Dowty (1979:112)).⁵⁸

(27) *La gravedad {obliga/*persuade} la tierra a girar alrededor del sol*

Indudablemente (26a) es una actividad pero entonces ¿qué hacer con el operador DO supuestamente agentivo e implicador de inicio? El propio Dowty (1979:119) termina por reconocer que la evidencia para postular un operador DO es menos convincente que para los operadores CAUSE y BECOME, y que incluso es de dudarse que éste juegue un papel significativo en el cálculo aspectual y, más concretamente, que pueda realmente distinguir entre actividades y estados, como había propuesto. De manera que, en la recapitulación final del cálculo aspectual, Dowty (1979:122) incluye al operador DO con muchas reservas y casi a regañadientes “por motivos de completud”,⁵⁹ además de advertir que el cálculo aspectual así establecido sigue presentando muchas inadecuaciones. El tratamiento del aspecto léxico en términos de semántica de intervalos (orientada al aspecto temporal) no es incompatible con el tratamiento en términos de descomposición léxica (orientada al aspecto causal) sino que se complementan en la medida de que

“Por ejemplo, la teoría combinada, pero no un análisis en términos de semántica de intervalos por sí sola, puede dar cuenta de la generaliza-

⁵⁸ Cano Aguilar (1987:60, 107, 110) sugiere que ciertas frases “no-activas” (estativas) son capaces de pasar esta prueba de actividad. Sin embargo, señala que esto sólo es posible con sujetos animados: *Me obligaron a formar parte del grupo* contra **La falta de estímulos obliga al tedio a formar parte de nuestra civilización* (véase también de Miguel 1999:3016). La oración (27) muestra que *girar* pasa exitosamente la prueba de actividad, dada la gramaticalidad de la construcción “obligar + V”. Pero en nuestro caso tenemos precisamente un sujeto inanimado, de manera que no podemos adjudicar la aprobación de la prueba por parte del verbo ‘girar’, en la oración (27), a una falla de dicha prueba, puesto que estas ‘fallas’ sólo ocurren con sujetos animados.

⁵⁹ Como Dowty define un *cálculo* y sus fórmulas válidas, asumo que se refiere aquí a una completud sintáctica, esto es, al hecho de que un sistema formal tenga suficiente poder expresivo para generar todas las fórmulas necesarias (en este caso, para distinguir entre clases y subclases aspectuales).

ción (debida, en efecto, a Kenny y Vendler) de que los predicados télicos, que son los “predicados de no-subintervalo” de Bennett-Partee y Taylor (...), son en apariencia precisamente aquellos predicados que implican el advenimiento de un cambio de estado” (Dowty 1991b:xx)

Sin embargo, y a pesar de esta posible complementación, el libro de Dowty (1979) termina inclinándose por un rechazo de la teoría descomposicional-causal en favor del tratamiento basado en semántica de intervalos (Dowty 1991b:xix, xxi), en vez de mantener “una alianza algo incómoda” entre ambas teorías (Dowty 1991b:xxi). Curiosamente, la enorme influencia de Dowty (1979) en la lingüística posterior se manifiesta en la adopción casi generalizada de variantes de la teoría descomposicional-causal, que es precisamente la teoría rechazada en Dowty (1979). Paradójicamente, casi nunca se menciona a la teoría “ganadora” en Dowty (1979): a saber, aquella basada en semántica de intervalos (cabe mencionar que es esta “teoría ganadora” la que se prolonga en el punto de vista mereológico, a través de la implicación de subintervalo).

1.3.1.2.2. LA PREEMINENCIA DE LOS ESTADOS RESULTATIVOS: DESECHANDO EL EJE TEMPORAL SIN INCORPORAR EVENTOS DE PRIMER ORDEN, EL CASO DE MORIMOTO (2001)

La caracterización jackendoffiana de las representaciones léxico-conceptuales de situaciones télicas presenta problemas similares a la de Dowty (1979), por basarse igualmente en la idea de predicados estativos (vistos como ubicaciones con estatus argumental) modificados por operadores (*funtores* en Morimoto). Una novedad es que los cambios de estado se describen como cambios de localización, i.e. desplazamientos, y en vez del BECOME (HACERSE) tenemos un IR —télico cuando se especifica un destino (cualitativo o espacial)—. Por otra parte, tenemos representaciones léxico-conceptuales de verbos complementadas o caracterizadas únicamente con un funtor atélico MOVERSE para el sujeto-tema. El funtor IR está caracterizado como un evento télico relacionado a un estado resultante —concebido como destino—, el cual define la trayectoria. La sección transversal del evento [IR (Objeto-tema, Trayectoria)] es un Estado [ESTAR (Objeto-tema, Y)], siendo Y un punto de la trayectoria. De esta manera, los estados que surgen por interrupción o ‘corte’ de la trayectoria están definidos por esa misma trayectoria; en cambio, el

estado resultante es el punto de referencia conceptual que *define* a dicha trayectoria (la relación entre estados y eventos es nuevamente contradictoria y circular). Dado que el evento IR, que compone toda situación dinámica télica, es caracterizado como una trayectoria compuesta de distintos estados puntuales con índices temporales asociados, el cambio es visto de manera muy semejante a la sucesión de estados que encontrábamos en Dowty (Morimoto 2001:161-162). Sin embargo desaparece la idea modelo-teórica de evaluaciones de predicados estativos *módulo* eje temporal, y éste pasa a tener un papel secundario, casi incidental, como mero mecanismo paralelo y redundante de concordancia. El eje temporal adquiere una función casi meramente decorativa.

Aquí la idea de un estado resultante se distingue de la de un estado cualquiera recurriendo a la distinción entre contingencia y necesidad, en vez de definirlo simplemente como el estado inmediatamente consecuente. El hecho de distinguir entre causalidad externa al evento e interna al mismo, con respecto a su interrupción, es lo que lleva a autores como Morimoto (o Kozłowska) a querer distinguir estas dos clases de interrupción como *delimitación* y *telicidad* respectivamente. Con respecto a los desplazamientos Morimoto plantea que las medidas de distancia únicamente ‘delimitan’ la situación pero no la convierten en télica porque, aunque presentan una medida, no presentan un estado resultativo, para lo cual se necesitaría la mención de un lugar específico (el estado resultativo es entonces ‘*estar en X lugar*’). Para un verbo de desplazamiento, el implicar la ubicación en un lugar específicamente mencionado es lo que le da un estado resultativo que permite considerarlo como télico (en el uso que le da Morimoto a este término). Los verbos de movimiento corporal (*verbos de manera de moverse* en la terminología de Morimoto) no tienen tal estado resultativo, y para Morimoto la implicación de desplazamiento de algunos de éstos, como *caminar*, son causados por una composición mixta en su interior: están compuestos de dos eventos, el de IR y el de MOVERSE (Morimoto 2001:183-184). El hecho de presentar un movimiento corporal no da pie a una ubicación resultativa del tema, según Morimoto, de modo que todos los eventos de MOVERSE son considerados atéticos y sólo los de desplazamiento (IR) presentan un estado resultativo de ubicación (cuando toman un complemento de destino), pero ambos pueden estar delimitados temporalmente:

“[...] podemos asumir que, a pesar de que la delimitación afecta tanto al Evento de IR como al de MOVERSE (...), la telicidad constituye una pro-

piedad aspectual que sólo atañe al primero de los dos. Así, pues, la telicidad, entendida como propiedad aspectual de los Eventos que implican un determinado Estado resultativo, viene a ser un criterio decisivo para distinguir entre los Eventos de IR y los de MOVERSE.” (Morimoto 2001:191)

Por ejemplo, (28) no sería una situación télica sino tan sólo delimitada por una medida (200 mts).⁶⁰ No sería télica, siguiendo a Morimoto, porque no se puede deducir ningún estado resultativo del tipo ‘*estar en X lugar*’, el complemento de trayectoria es de simple orientación (Morimoto 2001:74-77).

(28) *Caminamos hacia Maruata doscientos metros*
(trayectoria de orientación)

(29) *Caminamos a Maruata (*doscientos metros)*
(trayectoria de destino)

En cambio (29) sí sería télico⁶¹ por implicar un estado resultativo específico (*estar en Maruata*), independientemente de que uno pueda deducir una medida *delimitativa* a partir de esto. Entonces, la telicidad de una trayectoria (de destino) se debe a que éstas “se refieren a la ubicación resultativa del Objeto-tema” (Morimoto 2001:185) y no a que haya una medida, la cual es considerada como ajena a la situación misma:

“Ello no quiere decir, por supuesto, que el Evento de MOVERSE no pueda ser delimitado ‘externamente’ —en el sentido de Verkuyl— por la delimitación del eje temporal (cf. *Caminar {dos horas/hasta las seis}*). La posibilidad de ser interrumpido no significa que el Evento de ‘actividad’ expresado por estos verbos se convierta en ‘realización’, lo que implicaría un cambio en su estructura interna.” (Morimoto 2001:185)⁶²

⁶⁰ El estudio de Wyngaerd (2001) sobre construcciones resultativas apunta a que, de hecho, lo relevante en las mismas es aportar un criterio de medida y, por tanto, de atomicidad, y no la mención de un estado resultativo como el punto terminal.

⁶¹ Cabe mencionar que Morimoto considera agramaticales construcciones como *caminar a la biblioteca* o *correr a la esquina*, de modo que no aceptaría oraciones como (29). Si las aceptara como gramaticales, serían oraciones télicas.

⁶² Si seguimos la advertencia de Krifka (1998:207) de que *no* son las situaciones mismas las que son télicas sino los predicados que les aplicamos, pierde toda su relevancia el comentario de Morimoto. En esta línea, de Miguel (1999: 3000) trata por igual como delimitativos (i.e. inductores de telicidad) a los complementos locativos y temporales introducidos por *hasta* y los introducidos por *a* y, evidentemente, a los de orientación (*hacia.../ alrededor...*) como no-delimitativos.

De modo que un complemento de orientación nunca puede llevar a la deducción de un estado resultativo aunque esté delimitado con un complemento de medida como en (28); y un complemento de destino, en cambio, sí obliga a la deducción de un estado resultativo, como en (29). Esta diferencia sería la que explica contrastes como el de (30): “[...] la incompatibilidad entre la trayectoria de orientación [complemento subrayado en (30)] y la de destino [complemento en negritas] tiene que ver con el criterio de telicidad y no con el de delimitación.” (Morimoto 2001:178). Es decir, los complementos que introducen una trayectoria de orientación son compatibles con la delimitación pero incompatibles con la telicidad. Como la telicidad se asocia a complementos de destino, éstos son incompatibles con los complementos de orientación.

- (30) *Fuimos hacia el Norte* {*hasta Zaragoza* / **a Zaragoza*}
 Vbo [trayectoria de orientación] {[compto. de delimitación]
 / **[trayectoria de destino-telicidad]*}
 ejemplo de Morimoto 2001:178)

Pero Morimoto observa que verbos inherentemente orientativos —es decir, que tienen integrada una trayectoria de orientación en su representación léxico-conceptual— sí aceptan complementos de destino (*subir al tejado, bajar al sótano, acercarse a la esquina*), por lo que se ve en la obligación de admitir que una trayectoria orientativa no es conceptualmente incompatible con una de destino. Arguye entonces que los verbos orientativos requieren un complemento de destino porque el estado resultativo no puede deducirse nada más de la orientación. Pero entonces ¿cuál es la diferencia con el caso de *hasta Zaragoza*, en (30)?:

“Esto parece sugerir que la Trayectoria orientativa y la de destino no son conceptualmente incompatibles cuando una de las dos funciona en la Estructura Conceptual como modificador restrictivo de la otra.” (Morimoto 2001:198 nota a pie)

Según esto, entonces, en (30) el complemento *a Zaragoza* no puede funcionar como restrictor del complemento orientativo *hacia el Norte* sino que ambos actúan en paralelo y por eso chocan. En cambio, en *subir al tejado* el complemento *al tejado* sí está funcionando como restrictor y no de manera independiente. Pero en (30) *hasta Zaragoza* está funcionando como restrictor de *hacia el Norte* de modo que no

queda claro por qué el complemento de destino *a Zaragoza* no pueda estar funcionando del mismo modo, especialmente si lo hace con verbos de desplazamiento orientado, en los ejemplos *subir al tejado*, *bajar al sótano*, *acercarse a la esquina*, que Morimoto acepta. Más aún, si el complemento *hasta Zaragoza* está actuando como restrictor de *hacia el Norte* ¿no resulta un tanto arbitrario decir que es una restricción delimitativa y no tética, cuando para *subir al tejado* se considera tética al tener una ubicación resultativa (Morimoto 2001:197)?

Puede verse que en ciertos casos (nada raros) parece muy problemático decidir cuándo es una delimitación ajena o no a la estructura interna del evento. En una argumentación un tanto desafortunada, Morimoto (2001:124-126) insiste en que los complementos de tipo *hasta Zaragoza* no implican un estado resultante ‘*estar en Zaragoza*’ y que, si no hay estado resultante, no hay telicidad. Para casos muy similares Moens & Steedman (1988:17), que también consideran que solamente las situaciones con consecuencias relevantes son téticas, tienen un punto de vista opuesto: la delimitación *to the top* en *Harry climbed to the top* sí se asocia con un cambio de estado. Si la telicidad se caracteriza como la implicación de un estado resultante y éste se distingue de las secciones transversales estativas del evento en que es el único estado particular *inherente* a la situación, esto lleva a considerar la telicidad como una propiedad también inherente.

1.3.1.2.3. LA INHERENCIA DE LA TELICIDAD: DEPRAETERE (1995)

Depraetere (1995) y Kozłowska (1998b) introducen un interesante deslinde entre dos maneras en que un evento puede tener un límite: por *telicidad* o por *delimitación*. La telicidad refiere —en estos autores— a la potencial culminación de la situación. Es un límite inherente a la propia situación, por contraste con la delimitación que no es una propiedad inherente de ninguna situación, sino que describe o constituye un hecho más o menos accidental (de Miguel 1999:2982, 3009, 3019, 3022 habla en el primer caso de que el evento “se encamina hacia” o “alcanza su límite *interno*”, pero no lo distingue de perfectividad, es decir, el límite no es potencial).⁶³

⁶³ Al hablar de los estados (que considera como “eventos no-dinámicos”), de Miguel (1999:3012) utiliza los términos “límite interno / externo” en un sentido similar al de Morimoto o Depraetere, como límites debidos a una causalidad interna al evento vs. a una impuesta desde fuera: “En cualquier caso, importa insistir en que el límite a partir del cual el estado cesa es un límite externo al propio evento y

“La (a)telicidad tiene que ver con el hecho de que una situación sea o no descrita como teniendo un punto final esperado o inherente; la (no-) delimitación se relaciona con que una situación sea o no descrita como habiendo alcanzado un límite temporal.” (Depraetere 1995:2-3)

El planteamiento de Depraetere es un tanto desafortunado porque “alcanzar” un borde temporal (delimitación) parece sugerir que dicho borde preexiste al desarrollo de la situación, lo cual remite más bien a telicidad. Ésta última se caracteriza como un final inherente, pero si la telicidad remite a una descripción y no a una situación, no está muy claro en qué modo puede ser “inherente”, a no ser que ‘inherente’ quiera decir ‘explícitamente codificado en la expresión’ y en tal caso, no se trataría de algo inherente a la situación:

“Una situación puede estar acotada en el tiempo: por ejemplo, una situación de *asolearse* puede durar una media hora; y alcanza un borde temporal cuando la persona en cuestión abandona la playa. [...] Esto es, aunque las situaciones del mundo real deben tener un comienzo y un final, no hay referencia lingüística a estos límites temporales. En el caso de *asolearse*, no hay un punto terminal inherente o esperado [...] Aunque [*asolearse*] se acaba en el momento en que la persona se va, el punto terminal no es parte de la semántica de *asolearse*.” (Depraetere 1995:2)

Concedido, pero si la situación es de *asolearse* durante un lapso de media hora, la frase verbal relevante sería *asolearse durante media hora* y el punto terminal sí es parte de la semántica del predicado complejo *asolearse durante media hora*, cumpliéndose la condición de Depraetere (1995:3):

“Una cláusula es télica si la situación es descrita como teniendo un punto final natural (*La bala alcanzó el objetivo, Sheila colapsó*) o esperado (*Sheila deliberadamente nadó durante 2 horas*) que tiene que ser alcanzado para que la situación **tal como es descrita en la oración** esté completa y tras el cual no puede continuar. De otro modo es atélica.” (Depraetere 1995:3 negritas mías).

no un límite intrínseco hacia el que el estado avance de forma inherente”. Sin embargo, parece que el calificativo de “interno” o “inherente” en de Miguel (1999:2989-2990) debe entenderse también en oposición al de “deíctico”, que reserva para el punto de referencia señalado por la categoría de tiempo gramatical. En tal caso, la oposición perfectivo/imperfectivo sería un límite igualmente interno o inherente, al no ser deíctico.

Pero aquí nuevamente parece que, para que un final sea “natural”, no basta con que esté explícitamente codificado en la descripción sino que debe ser natural con respecto a la situación misma, y en tal caso no es claro (de nuevo) cómo es que la telicidad es una propiedad *solamente* de la descripción. En este sentido, la formulación de Garey (1957) es más explícita. La inherencia no es entre un final y una situación (referida) sino entre las interpretaciones y la expresión verbal utilizada. La inherencia entendida de este modo es la que sugiere Garey (1957:105): “debe haber una distinción entre ASPECTO LÉXICO y ASPECTO GRAMATICAL”, refiriendo a lo que en Depraetere y Kozłowska se denomina ‘telicidad’ y ‘delimitación (flexiva)’,⁶⁴ Es interesante que Garey (1957:108) considere atélicos ejemplos como (31) y (32), ya que entonces el autor también distingue entre aspecto léxico y ‘delimitación (discursiva)’, como Kozłowska y Depraetere (cf. el ejemplo ‘delimitado’ de Depraetere 1995:4, *Judith played in the garden for an hour*).

(31) *Jugó hasta la hora del desayuno*

(32) *Jugó todo el día*

De este último ejemplo inclusive señala que tiene una referencia temporal clara (*with a well-marked reference period*). Parece entonces que Garey estaría de acuerdo con Depraetere en distinguir delimitaciones inherentes (construidas sobre la naturaleza del evento descrito) y delimitaciones no-inherentes (puramente temporales, sin relación con la naturaleza *particular* del evento descrito). Esto sin

⁶⁴ Ni Depraetere (1995) ni Kozłowska (1998b) especifican mediante los adjetivos *flexivo* y *discursivo*, pero aquí lo haremos para mayor claridad en la exposición y en las comparaciones. Con estos dos adjetivos hago explícito el hecho de que la delimitación puede darse por medio de recursos morfológicos y/o gramaticales, como las flexiones verbales de tiempo con sentido perfecto/imperfectivo (delimitación flexiva), o bien, mediante adverbios y frases adverbiales que proveen información acerca del inicio o terminación del evento (delimitación discursiva). De Miguel (1999:2980-2981, 2987) habla también de aspecto *flexivo*, y para el aspecto léxico habla de “propiedad semántica inherente a los predicados”. Adicionalmente, utiliza el término compuesto *aspecto léxico-sintáctico* cuando la consideración de la frase verbal es indispensable para fijar el aspecto de los lexemas verbales (1999:2993-2994). Sin embargo, advierte que los términos *télico* y *perfectivo* se usarán de modo intercambiable (1999:3011) en la medida en que significan lo mismo: “Los términos ‘acabado’, ‘delimitado’, ‘limitado’, ‘perfectivo’ (del latín *perfectum*, ‘acabado’) y ‘télico’ (del griego *telos* ‘fin’) aluden todos al hecho de que el evento ha alcanzado su límite y se contempla como un todo”. Esta ecuación de conceptos debe rechazarse (a este respecto véase Cap. II, nota 36, p. 213).

duda tiene relación con el hecho de que Garey describa los verbos tólicos como verbos “con una meta” en vez de considerar tólica cualquier frase verbal que tenga un criterio de medida (por contraste a Wyngaerd 2001, para quien la ‘meta’ sólo es relevante en tanto que proporciona un criterio de medida). Si hemos de considerar la (a)telicidad del predicado *jugar hasta la hora del desayuno* me parece que es tólico puesto que no puede aplicarse a una parte propia de la misma situación. *Jugar todo el día* tampoco me parece que pueda aplicarse a una parte propia de la situación (véase la comparación (46)-(47) y nuestros comentarios al respecto).⁶⁵ Evidentemente, el predicado *jugar*, en cambio, es atólico.

Entonces, si seguimos a Depraetere y Kozłowska, tendríamos que una misma situación puede presentarse como delimitada o no-delimitada (Kozłowska 1998b:222). Por ejemplo, según Kozłowska y Depraetere, (33a/b) presentarían la misma situación (una actividad), delimitada en (33a), y no-delimitada en (33b). La delimitación en estos casos se da gramaticalmente por medio de la flexión verbal, por lo que podemos referirnos a este caso particular como *delimitación flexiva*.

- (33) a. *Juan peleó tenazmente* (atólico, delimitado)
 b. *Juan está peleando tenazmente* (atólico, no-delimitado)

Pero la flexión con sentido progresivo (*estar+V-iendo/-ando*) no es la única que puede disparar una ‘no-delimitación’. Nuevamente siguiendo a Depraetere, en (34a/b) tenemos situaciones no delimitadas, a pesar de que el verbo no tiene la forma “*estar+V-iendo*”.

⁶⁵ Podría suponerse que, para ser coherentes, tendríamos entonces que aceptar como tólicos predicados que no siempre son intuitivamente vistos como tólicos, como, p.ej., *vivir hasta 1970*. Si el término *tólico* y el concepto al que remite suponen la dinamicidad y progresión de una situación (las cuales se supone tienden a determinada meta), no tendríamos este resultado. Si la interpretación que hacemos de la (a)telicidad es en términos de homogeneidad u heterogeneidad de la extensión del predicado verbal, tal concepción ya no parece suponer la dinamicidad, sino que es una propiedad más general. Podría pensarse, en consecuencia, que en esta última concepción sería difícil evitar catalogar el mencionado ejemplo como ‘tólico’. Pero si la extensión de un predicado verbal consta de eventos (como entidades de primer orden), entonces la (a)telicidad sigue suponiendo dinamicidad. La extensión de los predicados estáticos tradicionalmente consiste en el conjunto de objetos (y no de eventos) que los satisfacen; ¿cómo integrarlos a la clasificación entonces? Este es un problema que dejaremos abierto.

- (34) a. *Juan vive en Londres* (no-delimitado)
 b. *Juan come una manzana cada día* (no-delimitado)

Los ejemplos (34a/b) son percibidos como ‘no delimitados’ debido a que el tiempo presente tiende a tomarse como imperfectivo. Pero más aún, según Depraetere la flexión con sentido progresivo (*estar +V-iendo*) no solamente no es condición necesaria para la no-delimitación (puesto que otras flexiones pueden tener el mismo efecto) sino que tampoco es condición suficiente. En (35a/b) tendríamos, según Depraetere, situaciones atélicas delimitadas a pesar de estar en una forma progresiva porque el ‘presente perfecto’ impone la lectura delimitada.⁶⁶

- (35) a. *Why are your hands so dirty? I've been playing in the mud* (delimitado)
 b. *Her eyes are red. She's been crying* (delimitado)

Por esta razón, Depraetere advierte que la ausencia de flexión explícitamente imperfectiva no siempre conlleva delimitación, ni su presencia conlleva no-delimitación, de modo que:

“La (no)delimitación no debe ser equiparada con la oposición aspectual progresivo vs. no-progresivo. La forma progresiva efectivamente establece una lectura no-delimitada en la mayor parte de los casos (*Yo estaba comiendo una manzana, Juan está viviendo en Londres*), pero ésta no es la única manera en que puede obtenerse una lectura no-delimitada (*Juan come una manzana cada día, Juan vive en Londres*)” (Depraetere 1995:5)

⁶⁶ Los cuatro ejemplos (34-35) son de Depraetere. No traduzco los dos últimos porque la versión en español no tendría la conjugación verbal que ilustra el punto del autor. Obsérvese que los ejemplos no son muy afortunados en distinguir atelicidad de no-delimitación, por lo que la argumentación queda debilitada. El autor cae en el mismo error que denuncia como causa de las confusiones acerca de qué concepto está en discusión (“los ejemplos dados para ilustrar las diferentes clases son usualmente tólicos y delimitados o bien no-delimitados y atólicos”, 1995:6) puesto que elige un predicado de estado para (34a) y una actividad por iteración —con tendencia a interpretarse como habitual— para (34b). El tipo de situación elegida ayuda mucho a interpretar el presente como no delimitado en (34a/b). Compárese con la siguiente narración: *Juan rompe la ventana y entra silenciosamente*. La telicidad de *romper la ventana* induce una interpretación del presente como ‘reportativo’ (véase 1.2.1.C *supra*) y en dicha lectura, el acontecimiento narrado parece más bien delimitado (además de tólico).

Ahora, cuando tenemos interpretaciones iterativas como en (36a) *Depraetere* parece considerar que la delimitación flexiva remite solamente a algunos subeventos de la iteración, no a la iteración completa, sea ésta discontinua —con subeventos discretos (36e)— o continua —con subeventos no-discretos (36f)—. De modo que la oración es no-delimitada a pesar de dicha flexión perfectiva.⁶⁷ A no ser que se implique un final a la iteración, sea ésta discontinua (36e) o continua (36f) (la categorización entre paréntesis remite al análisis de *Depraetere*).

⁶⁷ Esta explicación no la proporciona *Depraetere*, pero tenemos que asumirla para justificar que *Depraetere* (1995:9-10) considere los ejemplos (36a), (36c) y (36d) como no-delimitados a pesar de la flexión perfectiva, lo cual me parece una decisión poco defendible. Hay otras dos alternativas para interpretar esta posición de *Depraetere* respecto de (36a,c,d) y ambas se basan en modificar el modo en que se entiende el término *delimitación*:

1) Podemos enfatizar la definición de delimitación como “alcanzar un **término** temporal”. Desde cierta perspectiva ninguno de los ejemplos señalados indica un *término* temporal, solamente indican que el *comienzo* de la situación se ha realizado. Según esto, dichos ejemplos no se consideran delimitados porque en todos ellos tenemos un borde ‘a la izquierda’ (un inicio) en ausencia de uno ‘a la derecha’ (un término) y solamente este último contaría como delimitación.

2) Podemos enfatizar el hecho de que el término ‘delimitado’ es ambiguo y puede ser que remita solamente a descripciones con doble borde: comienzo (borde a la izquierda) y término (borde a la derecha), en vez de con comienzo o *bien término*.

Con 1) bastaría un borde a la derecha para estar delimitado, con 2) haría falta además un borde a la izquierda, pero en ambos casos la delimitación requiere de un borde a la derecha, ausente en todos los ejemplos (36a,c,d).

Si asumieramos cualquiera de las alternativas 1)-2) estaríamos suponiendo que *Depraetere* es inconsistente, puesto que plantea que la atelicidad no está directamente relacionada con la delimitación (lo que descarta la primera alternativa) y que la delimitación puede ser tanto a la derecha como a la izquierda, sin que tengan que presentarse ambas, lo que descarta las dos alternativas (y en tal caso (36a,c,d) deben considerarse delimitados).

3) Una tercera alternativa es que *Depraetere* se ve obligado a suponer que (36a,c,d) son *no delimitados* a causa de la implicación de perfectivo a tético que algunos autores (yo incluido) defienden (cf. Dahl 1981 *apud Depraetere* 1995:6-7).

Puesto que (36a,c,d) le parecen a *Depraetere* indiscutiblemente atéticos, la única manera de salvar una contradicción es suponer que también carecen de delimitación flexiva, a pesar del morfema de pretérito (sí no, habría una implicación de telicidad). Nótese que (36a,c,d) son atéticos solamente si suponemos que no han sido reinterpretados como situaciones ingresivas, es decir, si enfocamos el cuerpo mismo de la situación descrita por el predicado en vez de enfocar la situación preparatoria previa. Pero la flexión perfectiva, precisamente, obliga a asignar una lectura de evento ingresivo y es de éste del que el morfema está señalando perfectividad.

- (36) a. *Tourists drank the milk in an hour*
 (en la interpretación iterativa:⁶⁸ no delimitado, atélico)
 b. *Tourists drank the milk in an hour*
 (en la interpretación ‘simultánea’: delimitado, télico)
 c. *I ate apples* (no delimitado, atélico)
 d. *John pushed the cart* (no delimitado, atélico)
 e. *I ate several apples* (delimitado, télico)
 f. *John pushed the cart into the barn* (delimitado, télico)
 g. *John was pushing the cart into the barn*
 (no delimitado, télico)

De este modo, Depraetere (1991:11) parecería considerar que la flexión perfectiva puede presentar el mismo tipo de ambigüedades que reseñamos en los apartados 1.2.3.A y B, en cuanto a qué situación o subsituación está aplicándose. Veamos ahora los siguientes contrastes:

- (37) a. *Pepe hizo su tarea de la casa a la escuela*
 b. *Pepe hizo su tarea*
 c. *Pepe hizo tareas (de la casa a la escuela)*
- (38) a. *Memo corrió de la casa a la escuela*
 b. *Memo corrió*

En (37) y (38), el complemento circunstancial *de la casa a la escuela* delimita los acontecimientos descritos. Pero esta delimitación es distinta de la anterior—la delimitación flexiva que se presentó en (33a/b) y que también se da en (37) y (38) por medio de la flexión verbal—: es una *delimitación discursiva*.⁶⁹ Se ha aducido que delimitacio-

⁶⁸ Como veremos, en realidad tenemos dos interpretaciones iterativas dependiendo de si el adverbio *in an hour* está calificando a la secuencia entera de iteraciones o a cada subevento iterado (con un turista diferente involucrado, cf. pp. 155-156).

⁶⁹ Una particularidad de la delimitación *discursiva* con respecto a las flexiones de sentido perfectivo / imperfectivo y a la telicidad, es que únicamente la primera puede referir tanto a un borde “a la izquierda” como “a la derecha”, esto puede observarse en (37a) y (38a), en tanto que las dos últimas solamente pueden establecer un borde “a la derecha”, es decir un borde terminal nunca uno inicial (Kozłowska 1998b:224; Depraetere 1995:3, 16-17). Nótese que en las interpretaciones incoativas el borde inicial “a la izquierda” es en realidad uno terminal “a la derecha” con respecto a la reinterpretación del predicado como tarea ingresiva. Desde esta perspectiva, el ejemplo *Suddenly, he was fast asleep* de Depraetere es, en realidad, un borde a la derecha y no uno a la izquierda, como propone el autor. Por la misma

nes del tipo *a la escuela* o *a la esquina* levantan telicidad, sin embargo en (37a/b) tenemos una situación télica independientemente de dicha delimitación mediante complemento circunstancial.⁷⁰ Si seguimos a Depraetere (1995) y Kozłowska (1998b), de (38a) no podemos decir que es télico (en el sentido de *límite inherente*) sino que está delimitado. En el caso de (37a) tenemos una coocurrencia de telicidad, delimitación discursiva y delimitación flexiva (pretérito perfecto). Los elementos anteriores tienen en común el representar —directa o indirectamente— alguna clase de límite en el desarrollo temporal de un evento. Sin embargo, se hallan en diferentes planos de abstracción: un límite télico se encuentra a nivel de *situación-tipo* y no a nivel de *acontecimiento*, i.e. de desarrollo de una ocurrencia de

razón podríamos no estar de acuerdo con de Miguel (1999:3011) cuando arguye que el contenido de la expresión *terminativo* “es más abarcador” (ha de querer decir *menos* abarcador o más *especializado*) que el de *delimitado*, porque todo verbo terminativo es delimitado pero no al revés. Tampoco estamos conformes con la supuesta agramaticalidad de ejemplos como *Tomás se mareó en una hora*, que de Miguel (1999:3023) explica como una presunta incompatibilidad entre el sentido de completamiento terminativo de modificadores como *en una hora* y el sentido de evento ingresivo (con el enfoque al inicio) de los verbos involucrados (*marearse, sentarse, hervir*). Dichos ejemplos me parecen plenamente aceptables (alguno que otro solamente resulta extraño por la ausencia de contexto adecuado). La propia autora termina por rectificar: “No hay, pues, fase final que pueda ser enfocada o subrayada por el SP delimitador. A menos que éste enfoque el punto inicial, el tiempo que tardó el evento en empezar”. Pero precisamente, si son eventos ingresivos, el completamiento terminativo consiste en un comienzo, de modo que los modificadores temporales déicticos de tipo *a las diez* señalan el punto inicial de la situación subsecuente, el cual se considera como el completamiento del evento ingresivo previo (cf. de Miguel 1999:3024). Si, por otra parte, el “verbo incoativo es aquel que expresa un cambio de estado que el sujeto padece”, entonces todo incoativo es un tipo de verbo ingresivo —a un estado— y no se sostiene en principio que “si es cierto que los verbos ingresivos son incoativos, la afirmación contraria no es igualmente válida”. En consecuencia, los comportamientos divergentes entre verbos incoativos expuestos en de Miguel (1999:3024-3026) deben explicarse de otra manera.

⁷⁰ Estoy asumiendo la perspectiva de Depraetere y Kozłowska, no la mía. Desde mi punto de vista el complemento *de la casa a la escuela* —en el contexto (37a/b)— únicamente se interpreta como punto de referencia temporal dentro del cual se ubica el completamiento del evento télico *hacer la tarea* (no lo delimita de ningún modo en sentido estricto, sólo le da una ubicación). El tiempo dado por dicho complemento no se corresponde con el desarrollo del evento, razón por la cual no tiene relación con la telicidad del mismo. Esta interpretación es totalmente análoga a *Palencio murió durante la batalla por Turquía* (télico-puntual incluido en un periodo de referencia) que vimos en 1.2.3.A. En cambio, en (38a), el periodo delimitado sí se interpreta como coincidente con, más que incluyendo a, la situación de *correr* (al igual que *estudió durante dos horas*).

la situación-tipo (caso de la delimitación flexiva y de la delimitación discursiva):

“Establecemos diferencias entre estas nociones desde el punto de vista del tipo de referencia temporal de los enunciados télicos y de los delimitados (i.e. referencia virtual *vs* referencia concreta) y desde el punto de vista del tipo de términos [*termes*, entiéndase como “finalización”] involucrados en los procesos (i.e. términos [*termes*] implicados *vs* no-implicados de manera inherente). [...] Dicho de otro modo, la telicidad marca *una referencia temporal virtual* y la delimitación marca *una referencia temporal concreta*. En consecuencia una misma eventualidad es o no es télica. En cambio, puede presentarse como delimitada o no delimitada. [...] La telicidad es entonces una propiedad inherente (intrínseca) de una eventualidad: una eventualidad es por defecto télica o no télica. Por el contrario, la delimitación no es una propiedad inherente (es una propiedad extrínseca). En consecuencia, es posible operar una transferencia de una eventualidad no-delimitada a una delimitada y viceversa, lo cual no es posible con eventualidades télicas.” (Kozłowska 1998b:221-222)

Una situación-tipo es télica o atélica pero un acontecimiento (una instancia concreta de situación) es delimitado o no delimitado. Kozłowska (1998b:240) propone que los enunciados delimitados (independientemente de que sean o no télicos) se equiparan a los términos contables, en tanto que los no-delimitados (aunque sean télicos) se equiparan a los términos de masa.⁷¹

Veamos ahora, en la tabla 6 (*infra*), la manera particular en que los conceptos de telicidad y delimitación se entienden en Depraetere (1995), Kozłowska (1998b) y Morimoto (2001) e, implícitamente, en Garey (1957). Como contraste tenemos a Krifka (1998) y Filip (1999), para quienes no hay diferencia relevante entre telicidad y delimitación porque “la naturaleza del punto final no afecta lo aquí tratado” (Krifka 1998:197 nota 2/232), y a Wyngaerd (2001), quien teniendo un punto de vista muy cercano a Krifka, toma una decisión terminológica distinta. Un tercer contraste, que no incluimos en la tabla 6, es Kabakčiev (2000), quien simplemente colapsa totalmente

⁷¹ Kozłowska (1998b:239 nota 12): “En este nivel, nuestro análisis difiere de ciertas referencias que mencionan la relación entre la telicidad y los términos de masa / contables: los enunciados télicos corresponden a los términos contables y los enunciados no télicos corresponden a los términos de masa. Nosotros concedemos preferencia a la delimitación”.

las tres oposiciones considerándolas equivalentes semánticamente: (a)telicidad = (im)perfectividad = (no) delimitación. En este autor, la diferencia es de mero recurso lingüístico: la telicidad es léxica, la perfectividad es morfológica-gramatical y la delimitación es oracional, pero cada una expresa lo mismo (véase también de Miguel 1999:2981, 3011, 3020):⁷²

“Los pares de términos como ‘delimitado’/‘no-delimitado’ y ‘téllico’/‘atélico’, junto con varios más, han sido utilizados como equivalentes en significado a ‘perfectivo’/‘imperfectivo’. Aquí, todos éstos serán utilizados: ‘perfectivo’/‘imperfectivo’ y ‘delimitado’/‘no-delimitado’ serán aplicados muy a menudo de manera idéntica, pero debe notarse que el último (‘delimitado’/‘no-delimitado’) será aplicado más universalmente, por ejemplo, a verbos y nombres, a referentes verbales y nominales, a lecturas aspectuales aisladas a nivel de las frases verbales y oraciones. La noción ‘téllico’ y ‘atélico’ será empleada en el dominio de la semántica léxica para significar el potencial de un verbo para implicar o desarrollar [*explicate*] los valores aspectuales ‘perfectividad’/‘imperfectividad’ (‘delimitado’/‘no-delimitado’) en Inglés y en lenguas similares que carecen de marcación gramatical abierta del aspecto en los verbos.” (Kabakčiev 2000:xx)

Vemos pues que hay una cierta ambivalencia al aplicar los mismos términos alternativamente tanto a las expresiones como a aquello a lo que refieren.⁷³ Declerck (1979:268), por ejemplo, plantea que son las proposiciones las que representan a una situación como delimitada o no delimitada y que pueden usarse alternativamente proposiciones delimitadas y no delimitadas para remitir al mismo asunto; pero al

⁷² Filip (1999:216) también toma esta visión à la *Garey* en que la distinción entre telicidad y perfectividad es fundamentalmente una cuestión del recurso lingüístico involucrado (léxico o gramática) y lo expresado por ambos puede representarse “por medio de la misma maquinaria basada en mereología”. Sin embargo, Filip se cuida de no fusionar ambas nociones y no hacerlas equivalentes, es decir, no tienen el mismo significado aunque puedan representarse acudiendo a una misma formalización.

⁷³ *Garey* (1957) oscila entre una postura —explícita— cercana a la de Kabakčiev, en la que delimitación, perfectividad y telicidad se aplican a expresiones (la distinción entre aspecto léxico y gramatical es una cuestión de recurso formal o de inherencia léxica y no de *sentidos* distintos), y una postura —más implícita— cercana a la de Depraetere y Kozłowska, en la que los términos *delimitación* y *telicidad* se aplican a distintos grados de inherencia de ciertas propiedades con respecto a las entidades eventivas referidas (en vez de con respecto a los recursos expresivos).

mismo tiempo “es la situación (evento) la que necesariamente termina al alcanzar un punto dado o la que puede seguir indefinidamente”. Si hacemos caso omiso de esta inconsistencia, Declerck (1979) usa los términos ‘delimitado / no-delimitado’ como equivalentes de ‘télico / atélico’ en forma muy similar a Krifka (1998), salvo por aplicarlos a las proposiciones en vez de a los predicados. Sin embargo, en su crítica a la ‘paradoja imperfectiva’ de Dowty (1977, 1979), termina por considerar que la imperfectividad cancela la telicidad, lo cual difiere de Krifka y pone en entredicho su ataque a la idea de la telicidad como estado resultante (Declerck 1979:270-271). Si Declerck no acepta la sustitución del punto terminal vendleriano por un estado (resultativo), debiera haber anticipado que esto favorece la independencia de la telicidad con respecto a los operadores perfectivo/imperfectivo (véase sección 1.3.1.2.6.*infra*).⁷⁴

En la tabla 6 he dispuesto a los autores en columnas y las nociones en 3 filas dobles que, en orden descendente, tratan el nivel léxico (1), el nivel flexivo (2) y el nivel oracional/discursivo (3). Cada fila tiene en el cuadro superior la(s) etiqueta(s) utilizada(s) por el autor en cuestión (si es que tienen una: Garey tiene la noción de delimitación discursiva pero no le aplica ninguna etiqueta) y en el cuadro inferior viene la manera en que se entiende esta noción, acompañada ocasionalmente de algún ejemplo. Por supuesto, la ambivalencia que acabamos de comentar se traslada también a la tabla 6. Como a menudo los textos contienen vacilaciones —e incluso contradicciones— o no proporcionan claramente criterios operativos, el contenido de las columnas para cada autor refleja mi propia percepción de los mismos.

Apelar a la misma etiqueta de *delimitado* para la flexión verbal y para los modificadores adverbiales (mensurativos como *200 metros/2 horas*, o de límite como *hasta la tienda*) termina por contribuir a la confusión entre (im)perfectividad y (a)telicidad. La confusión introducida por el término ‘delimitado’ es claramente percibida por Wyngaerd en su estudio de las construcciones con predicado secundario resultativo:

⁷⁴ No podríamos estar más de acuerdo con Declerck en su intento de refutar “la pretensión de Dowty de que el punto terminal que caracteriza a las expresiones delimitadas es el punto en que un estado de cosas es materializado” (Declerck 1979:271), sin embargo, nos parece que es esta identificación (punto terminal = estado resultativo) la que lleva a considerar que una flexión imperfectiva cancela la delimitación. Una vez que la rechazamos, como hace Declerck, la cancelación es menos justificable aún.

“Desde mi perspectiva, la terminología no es del todo afortunada, puesto que argumento que la telicidad de un evento se deriva del hecho de que el predicado resultativo está delimitado, donde el último término se usa en el sentido de poseer borde superior e inferior (...). Pero los eventos télicos, aunque contengan necesariamente un predicado secundario delimitado, pueden a su vez estar no delimitados, pero en un sentido distinto del término, que uno puede describir como ‘en proceso’ o ‘inacabado’. [M.P.: se refiere aquí únicamente a la delimitación flexiva, i.e. a perfecto/imperfectivo]. Los dos usos del término (NO)DELIMITADO deben distinguirse [...] Concretamente, un verbo de actividad que está acompañado por una medida es télico (o acotado), aunque no por consiguiente necesita estar delimitado [M.P. acabado].” (Wynngaerd 2001:76)⁷⁵

Esta imprecisión obliga a autores como Morimoto, Wynngaerd y Krifka (y muchos más) a tomar decisiones terminológicas para prevenir desastrosas confusiones en sus propios textos: Morimoto reserva *delimitación* únicamente para las frases adverbiales, Wynngaerd lo reserva para la flexión verbal perfecto/imperfectivo y Krifka excluye ésta última para considerar *delimitación* equivalente de *telicidad*. Juntando los distintos usos (incompatibles) del mismo término vemos de inmediato que la distinción entre delimitación y telicidad termina por traer más problemas que beneficios. Peor aún, incluso restringiéndonos a Depraetere (1995) y Kozłowska (1998b), la distinción está plagada de problemas como veremos en la sección que sigue.

1.3.1.2.4. DELIMITACIÓN TEMPORAL EXTRÍNSECA VS. TELICIDAD CAUSAL INTRÍNSECA

La idea de la telicidad como un final esperado de la situación termina por dar al traste con la pretendida distinción entre telicidad y delimitación (al menos si la distinción pretende ser semántica y no de recurso léxico vs. recurso morfosintáctico-discursivo). Depraetere (1995:2) arguye que el complemento adverbial *for five minutes* de (39) constituye un límite inherente porque el enunciado progresivo no implica que se haya alcanzado la meta de los cinco minutos, sino solamente que se está intentando.

⁷⁵ En inglés existen dos términos *bounded* y *delimited*. Como he decidido traducir *bounded* por “delimitado” ahora me veo forzado a traducir *delimited* por “acotado” en la cita de Wynngaerd.

Tabla 6: Telicidad vs. Delimitación en varios autores

Garey (1957)	Depraetere (1995)	Kozłowska (1998b)
Aspecto Léxico (= Telicidad) relación entre las piezas léxicas y las situaciones referidas	Telicidad relación entre las oraciones y las situaciones referidas	Telicidad propiedad ontológica de las situaciones referidas
límite marcado por un evento puntual particular que forma parte de la definición del ítem léxico en cuestión	punto final esperado o inherente (no puramente temporal), expectativa con respecto al significado del ítem léxico (o FV) en cuestión	punto final virtual temporal de una situación (propiedad intrínseca)
Aspecto Gramatical (= Perfectividad)	Delimitación [<i>flexiva</i>]	Delimitación [<i>flexiva</i>]
flexión de conjugación verbal	límite temporal de la situación concreta (propiedad extrínseca a la situación-tipo)	límite temporal de la situación concreta (propiedad extrínseca a la situación-tipo)
“Con periodo de referencia”	Delimitación [<i>discursiva</i>]	Delimitación [<i>discursiva</i>]
límite puramente temporal y explícitamente descrito como tal, mediante frase circunstancial [<i>estudiar hasta el amanecer / jugar toda la mañana</i>]	límite (inicial y/o final) puramente temporal y no intencionado ni natural (no forma parte de la descripción de la acción que el agente quiere llevar a cabo) (propiedad extrínseca a la situación-tipo)	límite (inicial y/o final) temporal (propiedad extrínseca a la situación-tipo)

Morimoto (2001)	Wyngaerd (2001)	Krifka (1998), Filip (1999)
Telicidad Propiedad ontológica de las situaciones referidas, reflejada en implicaciones estativas de la oración	Telicidad propiedad de los predicados	Telicidad (= Delimitación) propiedad de la relación de referencia entre los predicados y los eventos
punto final (no temporal), por causalidad intrínseca de una situación, descrito como su estado resultativo	criterio de medida para la denotación de un predicado (de cualquier complejidad)	criterio de medida o atomicidad para la denotación de un predicado (de cualquier complejidad)
Perfectividad (no cuenta como delimitación)	Perfectividad (=Delimitación [flexiva])	Perfectividad (no cuenta como delimitación)
?	acabado vs. en curso (temporalmente finalizado vs. no finalizado)	acabado vs. en curso (mereológicamente completo vs. incompleto)
Delimitación	Telicidad	Telicidad (= Delimitación)
límite mensurativo (generalmente temporal o de distancia) con causalidad extrínseca a la situación [correr {200 metros / 2 horas} / estudiar hasta el amanecer]	criterio de medida para la denotación de un predicado (de cualquier complejidad)	criterio de medida o atomicidad para la denotación de un predicado (de cualquier complejidad)

(39) *John is always boasting he can remain in ice-cold water. At the moment, he is staying under the cold water for five minutes*

Es decir que la situación de (39) no está representada con límites temporales (no está delimitada), sin embargo, “un intento deliberado de permanecer cinco minutos bajo una ducha fría alcanza su punto terminal una vez que los cinco minutos se agotan”. Siguiendo a Depraetere, un límite inherente —cuando se alcanza— implica un límite temporal concreto, (pero no a la inversa) y cuando no se alcanza, implica la ausencia de límite temporal concreto (pero no a la inversa):

- (40) **Implicaciones entre límite inherente y límite temporal concreto**
 Evento télico completo {→ / ←¬} delimitación temporal concreta [VER pp. 109-110]
 Evento télico incompleto {→ / ←¬} ausencia de delimitación temporal concreta

Las implicaciones contrarias no se mantienen porque la delimitación o su ausencia pueden presentarse en oraciones que codifican eventos atélicos (cf. Depraetere 1995:2). Esto difiere de las implicaciones de Dahl (1981 *apud* Depraetere 1995:6-7) según las cuales una situación en perfectivo (delimitada mediante flexión) implica telicidad.

“La línea de argumentación detrás de esta propuesta parece ser la de que si una situación no tiene un punto final inherente, no puede alcanzarse ningún punto final. Hemos argumentado, sin embargo, que una situación particular puede tener bordes temporales inclusive si no hay punto final inherente o esperado para esa situación.” (Depraetere 1995:7)

La observación de Depraetere es acertada en tanto remite a un límite temporal. Pero una flexión perfectiva o delimitación flexiva no me parece marcar directamente un límite temporal, sino más bien, la completud de la situación. En tal caso, no puede haber indicación de perfectivo si no hay un criterio de completud, es decir, de telicidad.

(41) *José estuvo deliberadamente bajo el agua fría durante 20 minutos*

Kozłowska (1998b:223-224) ejemplifica la noción de final ‘esperado’ mediante el ejemplo (41). El final esperado de (41) es que José per-

maneció bajo el agua fría durante veinte minutos. Por ser el final un final esperado, entonces la oración cuenta como télica. Lo mismo interpreta Depraetere (1995:3) con *Sheila deliberately swam for 2 hours*. El problema es que toda oración tiene una lectura potencial de este tipo sin necesidad de modificadores como *deliberadamente*. Depraetere (1995:7 nota 6) explica con respecto a *John lived in London for a year* que “será clasificada como télica si era el objetivo de Juan quedarse en Londres por un año, por ejemplo, para aplicar para un permiso de residencia permanente”, pero esto último depende de una decisión arbitraria, sea ésta apoyada por el contexto o no.⁷⁶ Por tanto, no hay manera de decidir si (42) cuenta como télica o sólo como delimitada:

(42) *José corrió {durante media hora / 200 metros}*

Es decir, no hay manera de saber si José lo tenía planeado del modo descrito o no y entonces si el resultado es ‘esperado’ o no (y por tanto intrínseco a la situación o extrínseco). Esta arbitrariedad en la distinción entre delimitación y telicidad lleva a que demasiado a menudo es imposible distinguirlas.

“Un cambio de delimitado a no delimitado causado por un factor distinto del progresivo [M.P.: es decir, excluyendo la delimitación flexiva] puede coincidir con un cambio de télico a atélico” (Depraetere 1995:5)

⁷⁶ Cuando Depraetere (1995:3) plantea que un límite que cuente como télico “tiene que ser alcanzado para que la situación **tal como es descrita en la oración** esté completa” (énfasis mío), parecería que la telicidad debe estar explícitamente codificada (en tanto que para la delimitación concede que pueda resultar “del contexto” cf. 1995:12). Lo mismo parece sugerirse con respecto a la atelicidad: “la mayoría de oraciones télicas pueden recibir una lectura repetitiva y consecuentemente ser clasificadas como atélicas. En la discusión que sigue, tales oraciones serán consideradas télicas, salvo que haya **una indicación explícita** de que se involucra repetición.” (Depraetere 1995:12 nota 8, énfasis mío) Esto significaría, en estos casos, que el matiz de intención deliberada que convierte un final externo en un final esperado debería formar parte explícita de la descripción para inducir telicidad —como en (41), que contiene el adverbio *deliberadamente*—. Pero evidentemente Depraetere no lo supone así cuando interpreta *John lived in London for a year* como posiblemente télica (lo mismo sucede con (39)); ni tampoco cuando plantea, con respecto a dos interpretaciones de *Tourists drank the milk in an hour* que “un número limitado de turistas está implicado” o que dicho límite está “implícito” y que (consecuentemente) el ejemplo es télico.

Por los ejemplos que proporciona (43-44), queda claro que, puesto que aquí *télico* = delimitado y *atélico* = no delimitado, la distinción queda completamente neutralizada más que ser simplemente una coincidencia contingente.

- (43) a. *Juan se fue a las ocho en punto* (télico-delimitado)
 b. *Juan se va a las ocho en punto* (atélico por iteración
 (hábito)-no delimitado)
- (44) a. *Juan lee un libro* (télico-delimitado)
 b. *Juan lee libros* (atélico por iteración (hábito)-no
 delimitado)

Más aún, Kozłowska (1998b:225-233) propone que las delimitaciones (a diferencia de las telicidades) crean intervalos temporales que marcan relaciones entre acontecimientos. Su distinción entre intervalos que relacionan partes de un mismo acontecimiento (mediante relaciones parte-todo) e intervalos que relacionan acontecimientos distintos (no median relaciones de parte-todo) termina poniendo en duda que las delimitaciones sean extrínsecas. Si las delimitaciones son extrínsecas a una situación ¿cómo pueden ser relacionadas como partes de un acontecimiento mayor? Las relaciones parte-todo entre sentidos de las expresiones claramente involucran características intrínsecas de las situaciones tal como se describen (para la contraparte nominal de este fenómeno véase a Kleiber 2001).

Inclusive en tratamientos que descartan la distinción entre telicidad y delimitación ‘discursiva’ (como en Krifka 1998, 2001), la manera en que se considera que se da una delimitación de una situación refleja cierta influencia de aquellas perspectivas que consideran lo temporal como extrínseco y lo causal como intrínseco. Uno puede considerar que una situación dinámica como *arder* está delimitada, no por el eje temporal, sino por la cantidad de combustible disponible para ser consumido. Este tipo de suposición es la que motiva proyecciones directas de objetos consumidos a las estructuras eventivas, muy al margen del eje temporal (Krifka 1998, 2001). De este modo permanece una imagen en la que la ‘auténtica’ telicidad no depende del eje temporal sino de esquemas causales de dependencia (por ejemplo: combustible / combustión). Esto mismo vimos que propone Morimoto (2001), siguiendo a Jackendoff, para los desplazamientos:

“De acuerdo con Jackendoff, en estas Estructuras Conceptuales es el

rasgo aspectual de la Trayectoria el que determina el del Evento, pues que en una expresión ‘estándar’ de desplazamiento, el Tiempo carece de realización sintáctica mientras que la Trayectoria sí se realiza explícitamente (Jackendoff 1996:15) [...] Lo que queremos resaltar aquí es que la delimitación del eje temporal no afecta al aspecto del Evento constituido por el verbo y sus argumentos. Volviendo a los ejemplos citados [*El ejército avanzó hacia el Norte durante dos días*], el carácter no-delimitado de *El ejército avanzó hacia el Norte* se mantiene aun cuando su duración esté explícitamente delimitada. Nótese que cualquier Evento de actividad puede ser delimitado temporalmente (cf. *dormir/cantar/estudiar/reflexionar {durante tres horas/hasta el amanecer}*), pero no por ello podemos afirmar que en tales contextos las *actividades* se convierten en *realizaciones*.” (Morimoto 2001:163)

Pero el pasar cierto lapso de tiempo realizando una actividad puede, de hecho, considerarse una realización (i.e. una tarea o *accomplishment*), como cuando decide uno tener paciencia en la fila del banco en vez de simplemente desistir y continuar la jornada sin haber realizado la transacción bancaria. Muchos de los ejemplos que Depraetere (1995) y Kozłowska (1998b) presentan como casos de actividades atéticas ‘delimitadas’ (con bordes temporales contingentes) son, a mi parecer, ambiguos entre una delimitación natural (i.e. a nivel de una situación-tipo, telicidad) y una contingente (referente al desarrollo de un *token* y no a la situación-tipo). En (45) tenemos nuevamente el problema de (42):

(45) *La estuve esperando desde las nueve hasta las once*

No está determinado si la delimitación *desde las nueve hasta las once* es casual o no, esto es, no se sabe si la estuve esperando y casualmente se dio el caso de que mi espera duró de las nueve a las once (delimitación contingente) o si fue así porque así estaba planeado, es decir, porque se completó el desarrollo de un *token* correspondiente a la situación-tipo ‘esperar desde las nueve hasta las once’ como el tiempo máximo al que uno estaba dispuesto a esperar. Esta indeterminación es una muy buena razón para considerar que, a fin de cuentas, la delimitación que he calificado de “discursiva” no debe distinguirse de la telicidad. Véanse ahora los siguientes ejemplos de Dowty (1979):

(46) *Juan pintó un cuadro (?durante una hora)*

(47) *Juan caminó durante una hora*

Dowty (1979:57) señala que “si Juan caminó durante una hora, entonces, en cualquier momento durante esa hora se sostiene (*it was true*) que Juan caminó. Pero si Juan pintó un cuadro durante una hora, entonces no es el caso que haya pintado el cuadro en ningún momento durante esa hora”. Nótese que este razonamiento no es congruente. En el ejemplo (46), el adverbio durativo se nos plantea —por parte de Dowty— como de muy difícil aceptación, de manera que no tiene mucho sentido comparar la implicación del ejemplo gramatical con la implicación del agramatical (esto es, (46) con y sin modificación adverbial). Lo que sí tiene sentido es comparar los ejemplos (46) —en su versión gramatical— y (47) es decir *Juan pintó un cuadro* vs. *Juan caminó durante una hora*. Basta con modificar ligeramente la conclusión de Dowty (1979:57) —y notar que esto de hecho es posible—, para ver que los adverbios temporales pueden verse, bajo cierta interpretación, como medidores de una tarea (*accomplishment*) o, si se quiere, a los complementos directos como adverbios durativos (en términos de las implicaciones temporales):

(48) *Juan pintó un cuadro* → *Juan pintó (es verdadero en cualquier momento durante la realización del cuadro)*

(49) *Juan caminó durante una hora* → *Juan caminó (es verdadero en cualquier momento durante esa hora)*

Este último ejemplo es aún más naturalmente visto como tarea si además sabemos que *Juan* está en fisioterapia.⁷⁷ Bach también observa esta capacidad delimitadora de los adverbios de duración:

“La combinación de un adverbio específico de duración con un predicado (u oración) de proceso actúa en todos los aspectos como un predicado (u oración) de evento [télico]. [...] Las expresiones de duración son a las expresiones verbales lo que las expresiones de cantidad son a las expresiones nominales.” (Bach 1981:74)

Las frases como *jugar {todo el día / durante dos horas}* son consecuentemente télicas, como muestra Bach con su ejemplo *It took John an hour to run for an hour*. Bien podemos decir que *Le tomó todo el día a Juan*

⁷⁷ Sin embargo, este tipo de interpretación resulta menos natural en imperfectivo —como indica la acusada preferencia por una interpretación habitual—: *Juan caminaba ??{durante una hora / un kilómetro}*, lo que quizás signifique que su interpretación como tarea (*accomplishment*) sea más marcada y sujeta a más restricciones.

jugar todo el día (por extraña que suene la redundancia). Depraetere (1995:6, 9) observa que “los factores que determinan la clasificación aspectual (FNs, FPs,...) muy a menudo inciden en la (no) delimitación tanto como en la (a)telicidad” y que “la (no)delimitación y la (a)telicidad, de hecho, coinciden muy a menudo”, lo cual desde mi punto de vista, más que simplemente dificultar la distinción entre delimitación y telicidad, indica que dicha distinción no es justificable, especialmente cuando se trata de la delimitación que llamé ‘discursiva’, es decir, aquella inducida por expansiones sintácticas más que por medios flexivos.⁷⁸

Podría aducirse, sin embargo, que el contenido de ciertas expansiones sintácticas varía en su grado de relevancia con respecto a la naturaleza de la situación codificada por el núcleo verbal, y que en ese sentido, las acotaciones temporales o espaciales no siempre transforman eventualidades atéticas en téticas (de hecho esa es la motivación inicial que subyace a las propuestas de Depraetere y Kozłowska). El sentido de *durante dos horas*, por ejemplo, podría considerarse más afín y central al sentido de un predicado como *esperar* que al de uno como *correr*, (cf. *Ricardo esperó 10 minutos en el parque* vs. *Ricardo corrió 10 minutos en el parque*) debido a la importancia primordial del paso del tiempo en el concepto mismo de *esperar*. Del mismo modo, el sentido de un complemento de trayectoria como *de la casa a la escuela* tendría una relación semántica más estrecha con un predicado de desplazamiento como *correr* (38a) que con un predicado que no es de desplazamiento como *hacer tareas* (37c).⁷⁹ Es decir que “el contenido de un mismo complemento puede ocupar un lugar formativo del marco conceptual de un predicado particular y estar fuera de ese lugar central en el marco conceptual de otro predicado particular” (c.p. de Josefina García Fajardo a quien agradezco esta observación y los ejemplos). Es decir, por ejemplo, que el paso de dos horas formaría parte del **marco conceptual** de *esperar* en tanto que no formaría parte del marco conceptual de *correr* en el mismo

⁷⁸ Si este paralelismo mensurativo entre complementos directos delimitativos y adverbios temporales no se admite, no queda más que la exclusión de cualquier delimitación de tipo temporal como irrelevante para la telicidad, tal como hace Morimoto (2001).

⁷⁹ De hecho, Depraetere (1995:11) analiza *John was pushing the cart into the barn* como tético en vez de como delimitado, pero no sabemos si por considerar al límite de trayectoria espacial como inherente a la situación de desplazamiento (i.e. por límite causal natural) o por considerar que *John* tiene la intención de empujar el carrito hasta el establo (i.e. por límite esperado).

grado. Sin embargo, la concepción más bien extensional de telicidad que adoptaremos no permite tomar como criterio esta clase de matices intensionales y, de tomarse en cuenta, me parece difícil eludir la temporalidad intrínseca de las situaciones dinámicas.

Aunque pueden excluirse las delimitaciones que provienen de expresiones temporales sin que eso signifique necesariamente excluir el concepto de tiempo de los eventos —nuevamente, debo esta observación a Josefina García Fajardo—, me parece que sí constituye un paso en esa dirección (los intentos de Morimoto y de Depraetere muestran esto mismo). Si el paso del tiempo es algo central en cualquier situación dinámica, excluir por defecto a las delimitaciones que provienen de expresiones temporales se perfila como difícil de implementar y justificar. Teniendo en cuenta que una situación dinámica se define específicamente por la sensibilidad de una propiedad al progreso temporal, la colocación del eje temporal en un marcado segundo plano es simplemente una contradicción encubierta ¿estamos hablando de situaciones sensibles al tiempo o no?⁸⁰ Aquí abogamos por retomar la intención original de Vendler (1957:143), cuya clasificación inicial se basa en cómo “presuponen e involucran la noción de tiempo” los verbos. No sin admitir que la distinción entre verbos “que sugieren procesos, estados, disposiciones, ocurrencias, tareas, sucesos [...] no pueden explicarse en términos del tiempo únicamente” porque otros factores contribuyen con su grano de arena. Simplemente debemos recordar que aunque los eventos no sean reductibles a evaluaciones estativas con respecto a índices temporales, “el elemento temporal permanece como crucial”, en fin, que:

“Si enfocamos nuestra atención primariamente sobre los esquemas temporales presupuestos por varios verbos, seremos capaces de arrojar algo de luz en algunas cuestiones oscuras que aún permanecen en estas materias. Estos esquemas temporales aparecerán como constituyentes importantes de los conceptos que nos incitan a utilizar los términos de la manera en que consistentemente lo hacemos.” (Vendler 1957:143)⁸¹

⁸⁰ Hay que admitir, sin embargo, que Morimoto es congruente en el sentido de adjudicarle un papel muy secundario al tiempo (si es que tiene algún papel) en la caracterización de una situación télica, en comparación al papel de la causalidad y los estados resultantes, como ya vimos previamente.

⁸¹ En un artículo sobre progreso temporal en el discurso, Aristar Dry (1983:23, 47 *apud* Depraetere 1995:17) se ve en la necesidad de admitir que los puntos temporales no tienen efectos menores que los cambios de estado, dándoles incluso

En relación a la reducción causalista del aspecto, el problema es que *arder* no puede estar delimitado únicamente porque la cantidad de combustible limita la cantidad de combustión. Lo que las proyecciones ‘causalistas’ directas entre evento y objeto afectado olvidan, es que la interacción causal sólo es posible si el eje temporal no está detenido, de modo que cualquier interacción causal tipo *combustible/ combustión* presupone al eje temporal, que se intenta, artificialmente, excluir o relegar a un segundo plano. En pocas palabras, las delimitaciones temporales no tienen por qué ser menos inherentes o intrínsecas que las delimitaciones puramente causales.

1.3.1.2.5. LA TELICIDAD, PROPIEDAD INHERENTE...

¿CON RESPECTO A LAS DESCRIPCIONES (EXPRESIONES LINGÜÍSTICAS) O CON RESPECTO A LAS SITUACIONES?

En la tabla 6, que presentamos en la sección 1.3.1.2.3. p.78 *supra*, puede apreciarse una cierta indecisión en cuanto a considerar la telicidad como algo concerniente a las expresiones o a las entidades referidas. Este titubeo es denunciado por Garey (1957:92) como uno de los malentendidos mayores al traspasar la noción eslava de ‘aspecto’ a lenguas romances y germánicas. Garey plantea que el aspecto (perfectivo/ imperfectivo, iterativo, perfectivo-momentáneo etc.) debe entenderse como una propiedad de la proposición y no del evento referido. De esta manera, en los ejemplos que siguen:

(50) *La bomba estalló*

(51) *Carlos resolvió el problema de geometría analítica {en un instante / después de largas horas}*

Garey señala que hablar de “aspecto momentáneo” para (50) es un error porque lo instantáneo no se encuentra en la proposición sino

mayor importancia (contra Moens y Steedman 1988): “las referencias a cambios de estado necesariamente constituyen referencias a puntos [temporales] [...] pero [...] la referencia a puntos [temporales] en secuencia que no son cambios de estado también disparan la percepción de desplazamiento temporal. [...] así que este trabajo arguye que aquellas construcciones que desplazan el tiempo refieren a puntos [temporales] en secuencia, no a cambios de estado.” (Aristar Dry 1983:23 *apud* Depraetere). Me parece que lo mismo puede decirse con respecto al efecto de telicidad asociado a un predicado: los efectos temporales son más generalizados y primarios que los cambios de estado.

en el hecho mismo del mundo, i.e. en el estallar de las bombas.⁸² En (51) es la proposición la que presenta (o no) la resolución del problema como instantáneo (*en un instante*) pero la resolución de un problema de geometría analítica no tiene nada de inherentemente instantánea como el estallar de las bombas. Por otra parte, la explosión de la bomba puede presentarse en su duración o como terminada por parte de una expresión lingüística. Entonces, siguiendo a Garey (1957:92), al trasladar la noción eslava de ‘aspecto’ a las demás lenguas indoeuropeas, “el error esencial es uno doble: la aprehensión falseada del significado de un término que designa un aspecto dado (...); y *la confusión de un rasgo del referente con un rasgo de la expresión lingüística que lo denota.*” Esta confusión es la que lleva a Kabakčiev a colapsar semánticamente perfectividad y telicidad, distinguiéndolas únicamente en términos de los recursos expresivos implicados:

“El aspecto es expresado en Inglés tanto en términos verbales como composicionales: puede expresarse directamente, mediante un recurso formal [M.P.: es decir, morfológico] en el sistema verbal, el Progresivo, o puede explicitarse composicionalmente por medio de una interacción muy sutil y compleja entre referentes nominales y verbales. [...] Este libro pretende ofrecer un modelo unificado de los dos tipos de aspecto, verbal y composicional [...]” (Kabakčiev 2000:xix)

Se nos habla del progresivo como un recurso morfológico que afecta al sistema verbal, esto es a las expresiones, y acto seguido, se equipara a la interacción composicional entre *denotaciones* (no entre expresiones). Krifka (1998:197 nota 2/232) aplica el término *télico* a los predicados verbales, no a las situaciones que éstos denotan. Advier-

⁸² Sin embargo lo instantáneo podría formar parte del significado léxico del verbo *estallar*, en cuyo caso, la expresión elegida también jugaría un papel (y no sólo ‘cómo es el mundo’). Consideremos un enunciado como *La policía neutralizó una bomba*. Claramente, el enunciado no implica instantaneidad. Podemos estar refiriendo a que la policía desarmó un artefacto explosivo, lo cual generalmente implica un proceso lento y delicado. Pero, como método para neutralizar amenazas explosivas, también es bien conocido aquel en que simplemente se provoca intencionalmente la explosión del artefacto, tras haberlo colocado en algún contenedor diseñado para absorber el impacto, o tras haber despejado el lugar. En tal caso podremos escoger entre *La policía neutralizó una bomba* o bien *Por seguridad, la policía hizo estallar el artefacto*, para referir al mismo ‘hecho del mundo’, que es instantáneo (una explosión). Sin embargo, el primer enunciado no sugiere instantaneidad, en tanto que el segundo parece hacerlo.

te, sin embargo, que también es usual hacer un uso ontológico del término, aplicándose entonces a las situaciones denotadas y no a los predicados. En esta línea, algunas posturas suelen contrastar la presentación que una expresión lingüística da de una situación y las características que ésta última presenta de manera autónoma. Esto es, una situación denotada es *ontológicamente* télica o atélica independientemente de que la expresión lingüística utilizada la presente como delimitada o no, o de manera perfecta o imperfectiva (en este punto Kozłowska se aleja considerablemente de Depraetere):

“En consecuencia, es posible transferir una eventualidad no delimitada hacia una eventualidad delimitada y vice versa, lo cual no es posible con eventualidades télicas. De esta manera, podemos decir que la delimitación es sensible a los cambios lingüísticos y que la telicidad no es sensible a los cambios lingüísticos.” (Kozłowska 1998b:222)

Lo cual contrasta marcadamente con la consideración de que la telicidad es una propiedad de las descripciones y no de las entidades denotadas, compárese la cita anterior con ésta de Krifka:

“[...] es engañoso pensar que los eventos particulares pueden ser llamados “téllicos” o “atélicos”. Por ejemplo, un mismo evento de correr puede describirse con *correr* (i.e., con un predicado atélico), o con *correr una milla* (i.e., un predicado atélico o delimitado). Por tanto, la distinción entre telicidad y atelicidad no lo debería ser con respecto a la naturaleza del objeto descrito, sino con respecto a la descripción aplicada al objeto. Esto es similar a la manera en que nos referimos a los objetos: Una misma entidad puede caer bajo los predicados *manzanas* y *dos manzanas*.” (Krifka 1998:207)

O bien con esta otra cita de Depraetere, en la que queda claro que una situación no es ontológicamente télica, sino que es vista como télica a través de la descripción lingüística empleada:

“Por razones de simplicidad, utilizaré a veces la frase *la situación es (no)delimitada/(a)télica* en vez de la frase más apropiada *la situación tal y como está representada en una oración particular es (no)delimitada/(a)télica*.” (Depraetere 1995:4)

Nótese que el énfasis en las expresiones (predicados u oraciones) no excluye que la telicidad se refleje en el tipo de entidades denotadas.

Filip (1999:5) habla de los predicados télicos como predicados que denotan eventos (es decir, tareas o sucesos) y de los predicados atélicos como predicados que denotan procesos, por lo que queda claro que aunque la telicidad corresponda más bien a los predicados, ésta se refleja en que denotan cierta clase de situaciones y no otras (eventos vs procesos). Es decir, podemos considerar la telicidad no como una *propiedad* (concepto de un lugar) de los predicados sino como una *relación* (concepto de dos o más lugares) entre los predicados y sus denotaciones —o bien como una propiedad de dicha relación—. Esto queda sugerido tanto en la definición que Krifka proporciona de la atomicidad (véase (101e/f) p.161 *infra*) como en el siguiente pasaje de Depraetere:

“Es materia de debate si la (a)telicidad es una característica de la oración, de la predicación o de una situación. Estrictamente hablando, es una situación tal como es representada en una oración más bien que la cláusula o la situación per se que es télica o atélica, i.e., el hablante es libre de decidir cómo va a referir a una situación particular que observa (...). Por ejemplo, si un niño está pintando, esta situación podría ser aludida (referida) por medio de una oración como *Susana está pintando un cuadro* (télico) igualmente bien que con *Susana está pintando* (atélico). Desde ese punto de vista, la (a)telicidad caracteriza a la descripción de una situación. Como el sujeto de una cláusula también afecta la (a)telicidad (e.g., el cambio de una FN singular a una FN plural puede coincidir con un cambio en la (a)telicidad), considero la (a)telicidad como una propiedad de la oración.” (Depraetere 1995:4)

En todos estos casos, por ser propiedad de las descripciones —o de la *relación* entre descripciones y referentes—, la telicidad es muy sensible a (de hecho totalmente dependiente de) las fluctuaciones lingüísticas. Ya vimos que Vendler (1957) enfoca su atención en las expresiones lingüísticas; su clasificación está diseñada, por tanto, para aplicar a expresiones lingüísticas *no* a situaciones del mundo. Claro que siempre puede uno clasificar a las situaciones referidas con base en qué tipos de expresiones lingüísticas permiten apelar a ellas, pero eso es un paso posterior y no el punto de partida. Garey, por su parte, también enfoca su atención en las expresiones lingüísticas en vez de en las situaciones referidas y propone rescatar las etiquetas télico/atélico para remitir a dos interpretaciones de un verbo (después de desechar el tener dos entradas léxicas para cada una de dichas interpretaciones):

“Juntamos de nuevo los dos miembros [interpretación télica e interpretación atélica] en un único ítem léxico, que colocamos en una categoría de verbos que expresan una acción que tiende hacia una meta —vista como realizada en tiempo perfecto, pero como contingente en tiempo imperfectivo—. Denominemos los verbos de esta clase TÉLICOS del Griego τέλος. Los verbos ATÉLICOS son aquellos que no tienen que aguardar a una meta para su realización, sino que están realizados tan pronto como inician.” (Garey 1957:106)

Garey denuncia la confusión y falta de rigor que invaden los escritos de aspecto, lamentándose de que “es a menudo difícil decir si una discusión dada concierne a un ‘verbo perfecto’ o a un ‘tiempo perfecto’.”, para lo cual determina que “debe haber una distinción entre ASPECTO LÉXICO y ASPECTO GRAMATICAL”. De esta manera perfecto/imperfectivo sólo debe aplicarse a conjugaciones verbales en tanto que para interpretaciones de contenidos verbales deberá reservarse el par de términos TÉLICO / ATÉLICO. Así, no tendrá ningún sentido hablar de un *tiempo télico* ni, consecuentemente, de un *verbo perfecto* (Garey 1957:105).

A pesar de la bien intencionada búsqueda de rigor, el propio Garey no escapa a algunas caracterizaciones poco claras. Garey habla de aspecto léxico para télico/atélico y de “verbos de clase télica” y “verbos de clase atélica”, pero simultáneamente, rechaza adoptar dos entradas léxicas para una misma forma verbal que tenga interpretaciones télicas y atélicas (Garey 1957:105-106). Esta última decisión raya en la inconsistencia... nuestra queja es que, siendo cuidadosos, tendría que haberse dado entonces una explicación de qué se entendía por “aspecto léxico” (Garey 1957:107-108, termina por aplicar los términos *télico* / *atélico* a frases verbales e incluso a oraciones completas).⁸³ Más aún, si las etiquetas remiten al ámbito del significado (con o sin meta, acabado o no acabado) ¿cuál es el criterio para decidir *a priori* que estos significados se encuentran ligados a expresiones de categoría gramatical o *forma* específicas? Si ciertos verbos están *acabados* (realizados, en términos de Garey) en cualquier momento, ¿no quiere esto decir que estos verbos son *necesariamente perfectivos*?

⁸³ Más adelante, Garey (1957:108) clarifica un poco más cómo debe entenderse el adjetivo ‘léxico’ en el término ASPECTO LÉXICO: “No puede decirse de un verbo dado que siempre tiene el mismo aspecto léxico. Pero el aspecto que tiene depende [...] del sentido léxico del verbo en un contexto dado”. Sin embargo, la diferencia entre *construir casas* y *construir la casa* no puede considerarse como una cuestión de presentar diferente sentido léxico.

Luego entonces, ¿hay o no hay *verbos perfectivos*?⁸⁴ Nuevamente tenemos una cierta ambivalencia entre criterios lingüísticos y criterios ontológicos, y para el mismo Garey resulta muy difícil evitar confundir “un rasgo del referente con un rasgo de la expresión lingüística que lo denota”, o si no, ¿qué sentido tendría decir que un *verbo* debe aguardar a una meta para estar realizado? Como veremos en el apartado 1.3.2, la relación misma de denotación previene una desvinculación total entre las ‘expresiones de acción’ y las propiedades de sus referidos, sin que esto nos quite la opción de utilizar diferentes expresiones para resaltar u omitir ciertas características de los mismos.

1.3.1.2.6. EL PUNTO TERMINAL COMO UN ESTADO RESULTATIVO: HACIA LA CONFUSIÓN ENTRE TELICIDAD Y PERFECTIVIDAD

La concepción de un evento télico como aquel que tiene un estado resultativo inherente, mediante la sustitución del “punto terminal” vendleriano por un “estado resultante”, está basada en una presunción no siempre explícita según la cual un evento ya no puede continuar *porque* ha alcanzado un estado resultativo. Pero me parece, como ya dije, que aquí se está invirtiendo la relación causal: si se posibilita el surgimiento de una situación estativa, estable por definición, es precisamente porque el cambio ha cesado, no al revés. El que la presencia de un estado sea una consecuencia común de la detención de un evento (independientemente de si esta detención es contingente o necesaria, esperada o inesperada, natural o no natural) no justifica la consideración de que ese estado, cuando es resultativo, sea la *causa* de que el evento no pueda continuar. Curiosamente la relación causal *detención del proceso* → *aparición de un estado* que suele aceptarse sin problemas para las detenciones contingentes de los eventos, se invierte en cambio, para detenciones ‘necesarias’: *aparición de un estado (resultativo)* → *detención del proceso*.

Por otra parte, en nuestra revisión bibliográfica sobre aspecto y telicidad, nos hemos dado cuenta de que prácticamente todas las confusiones entre (a)telicidad e (im)perfectividad, inclusive en aquellos estudios que parecen considerarlos como conceptos distintos,

⁸⁴ En tal caso los verbos *perfectivos* serían los atélicos (contrariamente a lo que se esperaría de la confusión atélico = imperfectivo, télico = perfectivo), como la implicación *Juan está comiendo pastel* → *Juan ha comido/comió pastel* sugiere (véase también de Miguel 1999:3020).

se deben precisamente a la decisión, que muchas veces resulta letal, de definir a un evento télico como aquel que implica un estado resultativo. Esta definición deja una trampa abierta para, en un momento dado, confundir —con consecuencias desastrosas— imperfectivo y atélico (éste es el caso, por ejemplo, en de Hoop 1996:95, 98, 100, 138).

Veamos cómo surge el problema:

Primera premisa: todo evento télico implica (la existencia de) un estado resultativo.

Segunda premisa: si una oración no implica un estado resultativo, es atélica.

Si una oración télica *debe* implicar un estado resultativo, entonces el ejemplo en (52), siendo coherentes, es atélico porque María nunca cruzó la calle (no hay la implicación de que el estado ‘María está al otro lado de la calle’ existe).

(52) *María cruzaba la calle (cuando la atropelló un camión)*

Inclusive si añadimos la especificación de ‘estado resultativo *final*’—Morimoto (2001:131) habla de “estado resultativo o final”—, el estado *final* del evento especificado en el ejemplo (52) es uno en que María no cruzó la calle, de modo que si la telicidad es ‘implicar un estado resultativo’, (52) sigue siendo atélico. El primer punto importante es que esta conclusión es falsa. La oración (52) sí es télica. El segundo punto importante es que según la concepción de telicidad arriba puesta —utilizada por muchos autores de manera exclusiva, sin ningún otro criterio— esta conclusión falsa es difícilmente evitable. En trabajos como el de Dini & Bertinetto (1995), la postura inicial de distinguir *accionalidad* (que remite a situaciones-tipo y a la dicotomía telicidad / atelicidad) de *aspecto* (que remite a la dicotomía perfectivo / imperfectivo) queda socavada precisamente por esta razón. En múltiples ocasiones, la definición de telicidad como una implicación de estado resultativo lleva a entremezclar, de nuevo, el nivel analítico de la (im)perfectividad con el nivel de la (a)telicidad:

“Por ejemplo, juntando un conjunto de cambios atómicos de *correr*, probablemente obtendremos una situación (no atómica) mayor que es de nuevo un *correr*. Más aún, juntando esta situación no atómica con el estado denotado por *estar en casa*, probablemente obtendremos una situación que está en la denotación del predicado *correr a casa*. [en nota a pie] Esto obviamente ocurre solamente cuando consideramos formas

perfectivas. *Cuando operadores que suspenden la telicidad de la forma verbal son introducidos (como el progresivo) también la operación de unión es suspendida.*” (Dini & Bertinetto 1995:130-131, énfasis mío).

El problema, por supuesto, es que ningún operador imperfectivo debiera poder suspender la telicidad, pues ésta se encuentra en otro nivel —virtual— de análisis, sino que sólo puede suspender la perfectividad o completud de una instancia concreta —no virtual— de una situación (cf. Depraetere 1995:4-5). La definición de telicidad como la implicación de un estado resultativo impide que la introducción de un operador modal de posibilidad ‘◇’ —que los autores proponen para el progresivo (como en Dowty 1979)— sea capaz de expresar la diferencia entre (i) no aseverar nada acerca de la completud de una instancia de la situación-tipo y (ii) aseverar que la situación-tipo no tiene criterio de completud (i.e. aseverar que la situación es atética). Esto se debe a que no hay manera de que el estado resultativo quede bajo el alcance del operador modal (para suspender la aserción de que ha sido alcanzado y dar un sentido progresivo) sin que, automáticamente, también quede bajo su alcance el estatus tético de la situación-tipo.⁸⁵ Más adelante los autores introducen dos operadores que proponen para el mismo nivel de análisis: ¡el operador TÉLICO y el operador INACABADO!:

“TÉLICO e INACABADO son operadores que toman los mismos argumentos, el primero origina un *evento acabado*, el último un *evento inacabado*.” (Dini & Bertinetto 1995:140, cursivas en el original).

La formalización que los autores proponen para UNFINISHED (inacabado) plantea, en lenguaje lógico, que “es posible que exista (o no) un estado resultativo” queriendo decir que no se tiene por seguro que se haya alcanzado un estado resultativo:

“la consecución del estado resultante está bajo el alcance de un operador modal: nada sugiere que se llevará a cabo [la consecución]” (Dini & Bertinetto 1995:141).

Pero esta explicación de los autores pasa por alto que su enunciado

⁸⁵ Véase, por ejemplo, la constante confusión entre perfectividad y telicidad en de Miguel 1999:3011 quien supone que los verbos modales ponen en entredicho la delimitación del evento subordinado —1999:3007—, o bien que si el verbo delimitado no se ha completado entonces es que no tiene en realidad límite —1999:3022—, y que los complementos contables “perfectivizan” la frase verbal —1999:3020—.

lógico no pone en entredicho nada más el “*attainment*” del estado resultativo, sino la existencia misma de dicho estado resultativo como meta, y por tanto la telicidad, cosa que queda reconocida en el momento de oponer en un mismo nivel los operadores UNFINISHED y TELIC. Esto me parece totalmente incongruente con distinguir entre accionalidad y aspecto.

La formalización de Dini & Bertinetto (1995) refleja claramente el mayor defecto (por enésima vez) de una definición de telicidad basada en la intuición de un estado resultativo: no hay una manera sencilla de decir “imperfectivo” sin automáticamente también decir “atélico”, pues si se pone en entredicho la existencia de un estado resultativo no sólo se afecta la completud de un proceso sino su telicidad (cuando ésta se define como ‘implicación de un estado resultativo’). En resumen: la telicidad exclusivamente definida con base en la idea de ‘estado resultativo’ hace indistinguibles imperfectividad (no alcanzar ninguna meta) y atelicidad (el que no haya ninguna meta que alcanzar en ningún caso). Ésta es la ‘paradoja imperfectiva’ que Dowty (1979:133-134) reconoce al preguntarse cómo distinguir entre *dibujar un círculo* y *dibujar un triángulo* cuando están en progresivo, si claramente, lo que pudiera distinguirlos (el estado de existir un triángulo o un círculo) no está implicado.⁸⁶ La ‘paradoja imperfectiva’ de Dowty (1979) es criticada —con razón— por Declerck (1979):

“La ‘paradoja imperfectiva’, tal como la formula Dowty, es el problema de cómo es posible que podamos utilizar una ‘Frase Verbal de *accomplishment*’ como *dibujar un círculo* (i.e. una FV que implica que un estado-resultante tuvo lugar) en una oración en el progresivo, que implica que el estado-resultante no necesariamente tuvo lugar. [...] cómo damos cuenta del hecho de que una FV delimitada, implicando la materialización de un punto terminal, pueda ser utilizada en una oración en progresivo, en la que esta implicación fracasa?” (Declerck 1979:271)

Sin embargo, incluso a pesar de rechazar el análisis de la telicidad como estado resultante, Declerck termina —él mismo— por declarar

⁸⁶ Una solución podría ser interpretar estas frases verbales como ejecuciones de un diseño preexistente, más bien que como creaciones de objetos inexistentes. De esta manera se interpretaría a los complementos como denotadores de un diseño (fuera del alcance del operador modal) y lo que estaría en progreso y bajo el alcance del operador modal sería la ejecución correspondiente (ver Cap. III, nota 55, p. 361).

que las oraciones en imperfectivo como *Juan dibujaba un círculo* son atéticas. Declerck (1979:270-271) concluye que las oraciones en progresivo como *Juan está dibujando un círculo* no están delimitadas, contrariamente a lo que Dowty (1979) asume, y que, por tanto, éstas no son *accomplishments* y no hay tal cosa como una paradoja imperfectiva. Esto, sin embargo, no soluciona la paradoja bajo la formulación de Garey (1957:105). Con respecto a un par perfectivo/imperfectivo como *se ahogó / se estaba ahogando (pero lo rescataron)*, ¿es la muerte parte necesaria de la definición de *ahogarse* o no lo es? Ni tampoco lo resuelve en la formulación equivalente de Dowty:

“Supongamos que Juan ha comenzado un dibujo pero no ha decidido aún si va a ser el dibujo de un caballo o de un unicornio. Mi análisis predice que tanto *Juan está dibujando un caballo* como *Juan está dibujando un unicornio* deben ser verdaderos, pero de nuevo esto es claramente falso”. (Dowty 1979:148)

Plantear que las oraciones téticas en imperfectivo son en realidad atéticas, como hace Declerck, no soluciona nada con respecto a la diferencia de significado entre *está dibujando un caballo* y *está dibujando un unicornio*. El problema fundamental es identificar la meta tética con el estado resultante que aparece *después* de alcanzarse la meta, no el hecho de plantear que las oraciones en progresivo pueden ser téticas.⁸⁷

⁸⁷ Podría suponerse que el problema no surge necesariamente de la definición de telicidad en términos de estado resultante, sino más bien de la interpretación *intensional-modal* del imperfectivo frente a una interpretación *extensional-partitiva* del mismo (o bien frente a una interpretación como *operador estativizador*). No me adentraré en tal discusión y simplemente apuntaré algunas ventajas e inconvenientes del análisis modal frente al partitivo. Bach (2002 [1986]:329-328) muestra lo que parece ser la contraparte de la ‘paradoja imperfectiva’ en el ámbito nominal. Algunas FN partitivas, como las presentadas en (i), plantean un problema.

- (i) a. *Esto es parte de un artículo acerca de metafísica del lenguaje natural*
 b. *Encontramos parte de un acueducto romano.*

Supongamos que alguien dice (i)a respecto de un borrador parcial de lo que será un artículo. El artículo como tal, claro está, no existe aún. Supongamos que durante unas obras se descubren los restos de lo que alguna vez fue un acueducto romano y alguien informa el acontecimiento con (i)b. El acueducto, por supuesto, ya no existe. ¿Cómo puede ser el referente de estos complementos parte de una entidad que no existe? es decir ¿cómo puede mantenerse una relación de parte entre una entidad que existe (digamos, cierta agrupación de piedras, referida por el complemento *parte de un acueducto romano*) y otra entidad inexistente (el acueducto)? Dowty (1991b:xxiv) se basa en esto mismo para argumentar que el imperfectivo debe interpretarse como un operador modal y no como un operador partitivo. Si

Sumado a estas inconsistencias, tenemos que la noción de situación *dinámica* sólo tiene sentido por oposición a la de situación *estática*, de modo que definir un evento télico como una situación dinámica que consta como parte final de un estado resultativo, tal y como hacen, por ejemplo, Dini y Bertinetto (1995:134), termina siendo una contradicción. Por definición, una situación estática ya no puede formar parte de una situación dinámica (tan es así que ésta última se debe detener para dar lugar al estado). Tampoco nos parece apropiada la manera en que estos mismos autores deslindan la oposición homogéneo/heterogéneo de la noción de atomicidad, vinculándola, en cambio, con la especificación de un ‘estado resultativo’, dando por resultado la existencia de situaciones atómicas que, por carecer de ‘estado resultativo’, son calificadas de ‘homogéneas’,⁸⁸ lo cual es un absurdo (si un predicado tiene referencia homogénea, entonces *no* tiene criterio de atomicidad y viceversa).⁸⁹

En gran cantidad de casos es muy difícil deslindar *telicidad* de *medida* y no pensar que, en este sentido, la deducción de un estado resultativo es más bien parasitaria o secundaria. De hecho, Wyngaerd argumenta que un estado resultativo —especificado mediante predicación secundaria— sólo tiene relevancia en términos de aportar un criterio de medida, pero no por el hecho de constituir *per se* la meta

estoy escribiendo un artículo acerca de metafísica no tiene sentido que diga que una parte del artículo está escrita, puesto que aún no existe tal artículo del que algo pueda ser una parte. Pero la interpretación modal del imperfectivo plantea problemas con los predicados atélicos. Uno de los problemas más serios es que echa por tierra la validez de la implicación de Kenny del imperfectivo al perfecto para las actividades (1.2.4.B). Como dice Levinson (1983:192) con respecto al desvanecimiento de la implicación *arrestar a tres hombres* \rightarrow *arrestar a dos hombres* en contexto modal: “uno no puede inferir lógicamente a partir de la mera posibilidad de un estado de cosas que alguna de sus partes está realizada”. Consecuentemente, de *Juan está comiendo pastel* no se seguiría *Juan ha comido/comió pastel* si el imperfectivo es modal.

⁸⁸ La definición formal que los autores proponen para ‘situación homogénea’ es como sigue: “(35) $hom(e)$ iff $\neg \exists s [s \sqsubseteq_e e \wedge s' \sqsubseteq_e e \wedge s \in Q \wedge s' \in D]$ ” (Dini & Bertinetto 1995:137) donde e y s son situaciones no-atómicas (i.e. sumas) y atómicas respectivamente (o si se prefiere, compuestas vs. simples), Q es el dominio de los estados (*Qualities*) y D el dominio de los cambios (*Dynamic situations*). En esta definición se establece que una situación compuesta e es homogénea $hom(e)$ únicamente si no contiene ninguna situación s' tal que s' sea un estado y que este estado contraste (dentro de la situación compuesta) con otra situación s tal que ésta sea dinámica.

⁸⁹ En Link (1998a:203) queda claramente explicitada la dependencia entre (a-)telicidad, (no) atomicidad y (no) homogeneidad por un lado, y la total independencia de los anteriores con respecto a la noción de un estado resultativo.

o punto final de un evento (y mucho menos por presuntamente forzarlo a detenerse):

“Asimismo, los resultativos pueden no realizarse, realizarse parcialmente, o realizarse varias veces. [...] El hecho de que un estado denotado por el resultativo pueda no ser alcanzado nunca o ser alcanzado varias veces, queda sin explicación bajo la perspectiva que trata al resultativo como un punto final, en tanto que ésta es la situación esperada si el resultativo denota una medida.” (Wyngaerd 2001:76-77)

En el marco de las hipótesis de interacción entre denotaciones verbales y nominales y la telicidad composicional, la inadecuación de esta definición de telicidad como implicación de un estado resultante vuelve a ser casi evidentemente inadecuada: en este homomorfismo verbo-nominal tenemos, del lado verbal, la presencia o ausencia de ‘un estado resultativo’... pero ¿y del lado nominal?, ¿qué puede corresponder a un estado resultativo?, nada claro está, porque los nominales típicamente no remiten a la progresión de un cambio ni a consecuencia alguna del mismo.⁹⁰

Depraetere (1995:8-9) advierte, con razón, de tremendas confusiones terminológicas si la telicidad se reduce a la implicación de un cambio de estado, como en Dini & Bertinetto, o bien a que una situación tenga *consecuencias*, como se sugiere en Moens (1987) o Moens & Steedman (1988). Moens propone que una situación será *delimitada* si se supone o se espera que empiecen y terminen en puntos temporales relativamente precisos, y que, si además tienen consecuencias, entonces serán *télicos*.⁹¹ Consecuentemente, en Moens (1987) y Moens & Steedman (1988:17) encontramos la misma disociación que en Dini & Bertinetto (1995): tenemos eventos atómicos que no

⁹⁰ Los nominales derivados de verbos plantean cierta complicación, pero la tendencia general es que los complementos nominales designen entidades no-eventivas. Cano Aguilar (1987:54, 59, 67, 74, 80, 87, 95, 106, 112, 124), por ejemplo, parece asociar la referencia a un proceso con la aparición de complementos de objeto infinitivos u oracionales, y señala que los verbos de objeto efectuado “Aunque admitan objetos ‘abstractos’, siempre éstos hacen referencia a ‘entidades’ (y, por tanto, son ‘nominales’), no a procesos o acciones.”

⁹¹ Pero por otra parte, las situaciones *delimitadas* en sentido de Moens no corresponden a las situaciones *delimitadas* de Depraetere. Como observa éste último, si las fronteras temporales son fronteras “supuestas”, entonces en la delimitación de Moens no hay referencia a los puntos temporales concretos en que la realización efectiva de una situación empieza o termina. Siguen siendo puntos temporales virtuales, en cuyo caso deberían corresponder a la telicidad, como señala Depraetere.

son télicos simplemente porque no tienen consecuencias. Puesto que dicho autor reduce la telicidad al hecho de tener consecuencias, la clase de verbos télicos (*recognize, spot, win the race, build a house, eat a sandwich*, etc.) corresponde a una subclase de lo que Depraetere considera predicados télicos (hay finales naturales o esperados que no tienen consecuencias en el sentido requerido por Moens: *hic-cough, tap, wink*), los cuales, a su vez, son una subclase de lo que aquí consideramos télico —hay criterios de medida o completud que no serían inherentes o esperados en términos de Depraetere, como *correr 200 metros, correr a la esquina*, etc—. En pocas palabras, el conjunto de verbos télicos variará de autor a autor siguiendo criterios poco objetivos (no hay criterios claros y consistentes para decidir qué cuenta como una *consecuencia*, o qué cuenta como un *estado resultante*). Nosotros, por tanto, adoptaremos el criterio de Krifka (1998) de no distinguir delimitación de telicidad ya que la inferencia de un estado resultativo no puede volver télica una situación, a nuestro parecer, más que si da un criterio de medida de la trayectoria de cambio (un ejemplo en que esto no se da es con los *degree achievements*). Preferimos por ello la noción más manejable de un predicado verbal télico como un predicado cuya extensión está conformada por individuos eventivos delimitados (no cumulables y no divisibles).

1.3.1.2.7. DE LA CAUSALIDAD A LOS EVENTOS COMO ENTIDADES POR DERECHO PROPIO

Como ya vimos, las primeras incorporaciones de la causalidad, como criterio aspectual, se dan en un marco en el que los eventos todavía siguen basados en el predicado estativo que describe el estado de cosas posterior, y no tienen estatus ontológico propio. Aunque la causalidad no requiere, como tal, de la introducción de las entidades eventivas como elementos básicos, la consideración de ésta es de algún modo un paso en esa dirección, de la preeminencia de lo eventivo, en paralelo o al margen de lo temporal y de las evaluaciones de predicados estativos. De hecho, Davidson (1995 [1967]) introduce a los eventos como entidades de primer orden con miras a facilitar el análisis de la causalidad en que ésta se entiende como una relación entre dos eventos: una causa y un efecto (cf. Filip 1999:36; véase también a Cano Aguilar (1987:61), para quien una relación causal se da entre acciones y acontecimientos). Nótese que el evento causante ya no es una sucesión de estados y el ‘efecto’ ya no es el estado resulta-

tivo, sino el hecho de ingresar en él⁹² (y el estado resultativo ya no forma parte del evento, como sucede en Dini & Bertinetto 1995).

El giro dado por la semántica de eventos consiste en introducir a los eventos como entidades elementales en el modelo, al igual que los individuos y los tiempos. En tal caso, claro está, la existencia de los eventos ya no depende directamente de momentos e intervalos temporales, y adquieren una autonomía ontológica propia (Filip 1999:16). Sin embargo, la introducción de los eventos como entidades básicas del modelo no excluye a las entidades temporales, de manera que la adopción de una perspectiva no requiere necesariamente el destierro definitivo de la otra.

La semántica de eventos surge principalmente de Davidson (1995 [1967]), quien, como ya dijimos, añade los eventos a la ontología de individuos, representando las oraciones eventivas por medio de la cuantificación existencial explícita (de primer orden) sobre eventos (Filip 1999:35):

“Propongo que ‘murió’ en la oración ‘César murió’ se tome como un predicado de dos lugares, un lugar para ‘César’ y otro para una variable cuyo rango sean los sucesos [M.P.: se refiere a lo que aquí llamamos ‘eventos’]” (Davidson (1995 [1967]):171)

De este modo, una oración como *César murió* queda representada como sigue:

$(\exists x)$ (Murió (César, x)), donde la ‘ x ’ toma sus valores en el subdominio de los eventos.

Adicionalmente, esto permite elaborar el término singular correspondiente, *la muerte de César*:

(ιx) (Murió (César, x)), donde la ‘ x ’ toma sus valores en el subdominio de los eventos, con la particularidad de que el operador de descripción ‘iota’ (ι)⁹³ únicamente dará un valor definido para la descripción si x toma un único valor (congruentemente con el artículo definido).

⁹² Los ingresos a estados tienen un estatus un tanto ambivalente en Dowty (1979), quien a veces los pone como situaciones plenamente eventivas y otras veces parece considerarlas al margen de los eventos por carecer del operador CAUSE y de la agentividad asociada a éste.

⁹³ El operador iota ‘ ι ’ es introducido en la lógica de predicados para permitir que una función proposicional pueda emplearse como una descripción definida. El operador iota o *constante de descripción* se representa con una letra griega iota inver-

A partir de este punto, se ha argumentado en favor de la inclusión de las situaciones como entidades del discurso a la par de los individuos en los trabajos de lingüística. Las teorías enfocadas a lo eventivo enfatizan, a partir de Bach (2002 [1986]), los paralelos estructurales entre los dominios denotativos de los predicados nominales y verbales, incluyendo la noción de ‘parte de’, de manera que además de ser los referentes de ambos (verbos y nominales) ‘individuos’ del universo interpretativo, estos ‘individuos’ no son atómicos sino que constan de partes. Estas ‘partes’ tienden a vincularse entre sí (las eventivas con las del objeto afectado) en el marco de una frase verbal (cf. Filip 1999:23, 38). Este cambio de énfasis, de los estados y los tiempos a los eventos, es propuesto de tal manera en Bach (1981), que inclusive la relación de dependencia entre entidades temporales y entidades eventivas se invierte. Siguiendo a Whitehead (1920), Bach adopta el punto de vista según el cual son los tiempos los que se derivan de las relaciones entre eventos, o más bien, tipos de situación (Bach 1981:69, 74-75, 79; Filip 1999:40).

“Prefiero ir en la otra dirección y analizar nuestras nociones del tiempo con base en la tipología antes proporcionada, tomándola como primitivo [M.P.: se refiere a la tipología de eventualidades]. Encuentro mucho más fácil entender estas nociones que las diversas propiedades abstractas del tiempo.” (Bach 1981:69)

En el análisis de Bach, los tiempos, en vez de ser independientes, dependen de los mundos posibles reinterpretados y rebautizados como *historias posibles*. Una historia posible es un conjunto de situaciones (‘eventualidades’) con relaciones de precedencia o inclusión entre ellas (Bach las nombra *Before* y *While*, respectivamente, y se asemejan a nuestras relaciones de precedencia y parte propia que presentaremos en el capítulo 2). De estas relaciones entre situaciones emergen los tiempos, e inclusive los adverbios de tiempo puntuales son considerados como nombres de eventos que sirven convencionalmente para medir el tiempo: eventos como el amanecer, el solsticio de verano, el que las manecillas del reloj estén en determinada

tida de cabeza (cf. Gamut 1991:159; Falguera López y Martínez Vidal 1999:414) siguiendo la usanza de Peano (*apud* Vernant 1993, sin la referencia correspondiente), Russell & Whitehead y Reichenbach —en ese orden— (cf. Garrido Medina 1994:79; McCawley 1993:205, 205 nota 16/575; Vernant 1993:306; 2001:176-177), pero por motivos tipográficos tendré que conformarme con la letra iota sin invertir, como lo hacen Grice (1998:112; 1981:188) y Garrido Medina (1994).

posición, etc. (Bach 1981:73). Esto llevará a la marginación del factor temporal en los análisis aspectuales, considerándose que basta con describir las relaciones entre una situación, como un todo, y sus partes.⁹⁴

Es importante notar que la noción causal de la telicidad puede o no incorporarse a la visión de los eventos como individuos. Una perspectiva en la que la causalidad y los estados resultativos no juegan prácticamente ningún papel importante en la semántica de eventos puede encontrarse en Krifka (1998, 2001). Trabajos como los de Dini y Bertinetto (1995) y Morimoto (2001) son representativos de la preeminencia de lo causal y los estados resultativos en la definición de telicidad, con una marcada marginación del ingrediente temporal. Dini y Bertinetto (1995) aprovechan las relaciones parte-todo y trabajan con un modelo en que no sólo los eventos sino también los estados son entidades elementales, en tanto que Morimoto (2001) no utiliza la semántica de eventos (no hay argumento-*e* davidsoniano) ni las relaciones de parte-todo.⁹⁵

1.3.2. DE LOS EVENTOS EN EL MUNDO A LAS EXPRESIONES QUE LOS DESCRIBEN Y DENOTAN

La sensación de que la telicidad es una propiedad de las expresiones es debida a que, independientemente de la situación real a la que pretendemos remitir, la información que de ella presentemos —su

⁹⁴ La influencia de esta perspectiva puede notarse en las propuestas de Dowty (1991a) y Krifka (1998, 2001) en las que la (a)telicidad de una frase verbal (con verbo de afectación/efectuación, o bien, de ‘creación/destrucción’) se analiza como una proyección homomórfica directa entre objeto afectado y argumento de evento, excluyéndose el eje temporal de la relación. El énfasis en las relaciones causa-efecto anticipa la marginación del eje temporal como origen del ordenamiento entre eventos (y subeventos). Este paso se ve claramente reflejado en Davidson (1995 [1967]:175-176), quien discutiendo la cuantificación sobre eventos y tiempos termina sugiriendo que “para la mayoría de los propósitos, si no es que para todos, los momentos son como las longitudes, abstracciones convenientes de las que nos podemos deshacer en favor de las cosas concretas que las tienen [M.P. eventos, en este caso]. [...] Según Hume, si x causó y , entonces x precedió a y . ¿Qué entidades constituyen el rango de estas variables? Sucesos, seguramente.”

⁹⁵ Los eventos en la semántica conceptual jackendoffiana —que es la utilizada por Morimoto— no parecen ser entidades de primer orden sino propiedades que se predicán de los objetos. Los eventos se representan como funciones que toman como argumentos a los objetos y a las trayectorias (de desplazamiento o de cambio de propiedad).

descripción— es variable. Incluso podríamos considerar con Strawson que no son las expresiones las que refieren a estas situaciones sino que son los hablantes, que empleando dichas expresiones remiten a un mismo hecho (Strawson 1983a [1950]:18-19). En particular, los hablantes podemos a menudo presentar una situación tética como si no lo fuera (o viceversa), si disponemos de expresiones alternativas que logren apuntar a la misma situación, aunque lo hagan iluminando un aspecto diferente de la misma. Pero también resulta que las expresiones imponen ciertas condiciones que deben cumplirse para poderlas emplear para remitir a cierta entidad. De este modo, no siempre será posible ‘omitir’ la telicidad de una situación referida. Uno puede o no usar diferentes expresiones para remitir a un hecho, pero el sentido de dichas expresiones ‘ilumina’ al hecho o lo recorta de la totalidad del mundo a través de ciertas características objetivas que posibiliten el vínculo expresión-hecho, o justifiquen la consideración del hecho como un posible referente de la expresión. La alusión a estas características constituye la *descripción* lingüística del hecho. Es útil, a este respecto, tener presente la distinción entre la *extensión* de una expresión y su *referencia* en cierta ocasión de uso, puesto que dos expresiones pueden coincidir en referencia aunque no coincidan en la extensión que su contenido conceptual o descriptivo determina, es decir, en las condiciones que el referente compartido debe cumplir en cada caso.⁹⁶

1.3.2.1. DESCRIPCIÓN, EXTENSIÓN, REFERENCIA

La extensión de una expresión, para un mundo posible, está dada de una vez por todas, y es el conjunto de aquellos argumentos para los que el predicado, empleado como función proposicional, arroja el valor de verdad ‘verdadero’ en ese mundo posible, es decir, el conjunto de entidades extralingüísticas que, al satisfacer el sentido o contenido conceptual de la expresión, se convierten en potenciales

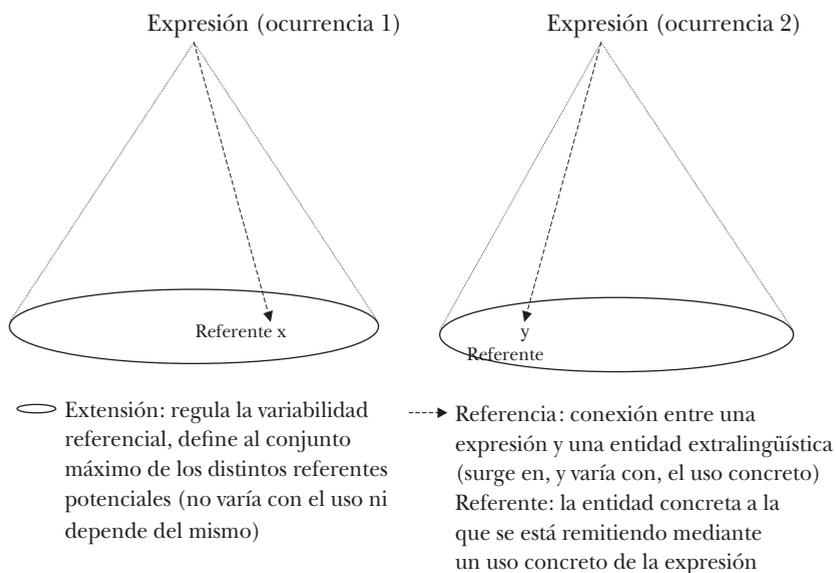
⁹⁶ Puesto que la distinción fregeana sentido/referencia es luego sucedida por la distinción carnapiana de intensión/extensión —haciendo corresponder *referencia* con *extensión*—, y buena parte de los textos filosóficos correspondientes todavía no lidian de lleno con la pragmática, es común que en dichos textos se haga converger referencia con extensión (este colapso de ambos términos es muy claro en García Suárez 1997:124 y en Falguera López y Martínez Vidal 1999:208). Al respecto de los distintos empleos del término *referencia*, puede consultarse la sección 3.1.2.2.

referentes de la expresión (Welte 1985:207).⁹⁷ Es muy sugerente a este respecto el comentario de García Fajardo:

“Con el término ‘extensión’ me refiero al ámbito de posibilidades referenciales que podrían satisfacer una expresión; es decir, a nuestra presentación mental de los objetos, hechos o relaciones que bien podrían ser los referentes de una expresión; mientras que reservo el término ‘referente’ para hablar de la actualización de una de las posibilidades referenciales, que se identifica al amalgamar el sentido de una expresión con la información del contexto en el que ésta se usa.” García Fajardo (1995:147)

Podemos ilustrar esto con la figura 1.

Figura 1: Extensión vs. Referente de una expresión



⁹⁷ Nótese que esta concepción no necesariamente supone la aceptación del Principio de Abstracción. Este principio puede expresarse de varias maneras y defiende la tesis de que “todo predicable define un conjunto”, es decir, “la idea de que para cada condición $\phi(x)$ existe el conjunto de las cosas que satisfacen esa condición” (Frápolti y Romero 1998:80, 82). Este principio, cuando se aplica de manera incondicional da lugar a la paradoja de Russell del conjunto de los conjuntos que no se pertenecen a sí mismos (Frápolti y Romero 1998:80). Ahora bien, definir la extensión de una expresión como un conjunto de objetos no nos compromete a admitir que toda expresión con contenido conceptual tenga una extensión (admitir esto sería aceptar el Principio de Abstracción, el cual lleva a una contradicción).

Aunque dos ocurrencias de la misma expresión tengan la misma extensión, pueden emplearse para referir a una entidad extralingüística distinta en cada caso, siempre y cuando se encuentre dentro de la extensión. Una expresión como *una silla*, por ejemplo, tiene como extensión al conjunto de todas las sillas, pero puede emplearse para referir a una silla particular y distinta en cada ocasión de empleo (como los referentes *x* e *y* en la figura 1), sin que por ello varíe la extensión. El conjunto que conforma la extensión queda determinado por la descripción o atributo que los potenciales referentes deben satisfacer (Falguera López y Martínez Vidal 1999:203). Strawson (1983a:28, 32-33, 35) incluye el significado descriptivo que determina a la extensión como parte de las convenciones de empleo de las expresiones referenciales con alto contenido descriptivo, pero no parece incluir como parte de tales convenciones a la extensión misma (Strawson 1983a:20, 28).

“La referencia singularizadora que se ha hecho, si es que se hace, es asunto del uso particular en el contexto particular; la significación de la expresión usada es el conjunto de reglas y convenciones que permiten llevar a cabo tales referencias.” (Strawson 1983a:28)

Es claro que la extensión sería el resultado virtual de aplicar tales reglas a la totalidad del universo del discurso, dividiéndolo en el conjunto de potenciales referentes y su conjunto-complemento. Por otra parte, el cumplir con cierto contenido descriptivo no tiene el mismo peso en toda expresión referencial (Strawson 1983a:32-33, 35). Ni las reglas ni el tipo de reglas serán las mismas para todas las expresiones. Tales reglas y convenciones no están determinadas hasta haber seleccionado una unidad léxica específica. Consecuentemente, hablar de una extensión determinada supone ya haber resuelto ambigüedades léxicas si las hay, de manera que la determinación de la referencia supone la resolución de ambigüedades de sentido (Wilson y Sperber 1998:147-148).

1.3.2.2. DESCRIPCIÓN, SEMÁNTICA VERITATIVO-CONDICIONAL Y REALISMO

Acabamos de ver que un usuario del lenguaje puede emplear cierta expresión para referir a una entidad distinta en diferentes ocasiones de uso, pero la expresión impone las condiciones bajo las cuales el

usuario puede emplearla para referir a algo, del mismo modo que la proposición impone las condiciones bajo las cuales una oración remitirá a la verdad. Esto vale tanto para las frases nominales como para las frases verbales. Consecuentemente, si suponemos que la telicidad es una propiedad de las descripciones, es posible que en algunos casos deje abierta la posibilidad de que dos expresiones (una atélica y otra télica) remitan a la misma situación en el mundo, pero definitivamente la diferencia en telicidad afectará la extensión de cada frase verbal, y, consecuentemente, la manera en que es iluminado el referente (la situación), así como las condiciones bajo las cuales las oraciones en las que aparezca son falsas o verdaderas.

“Ya ha sido mencionado que la (a)telicidad y la (no)delimitación caracterizan descripciones de situaciones y que desde ese punto de vista una situación particular no es inherentemente (a)télica o (no)delimitada. En sentido contrario (...) una oración puede ser ambigua, puede ser empleada para representar diversas situaciones. Otro punto que requiere añadirse a este respecto es que el cambio llevado a cabo por un rasgo particular a menudo resulta en que la oración refiere a una realidad extralingüística diferente. [...] aunque cambiar una FN singular a una plural, por ejemplo, probablemente cambie la clasificación de una oración como delimitada/no delimitada o télica/atélica, también podría resultar en que la oración ya no captura una situación particular. Aunque teóricamente el hablante puede escoger libremente cómo una situación particular será representada, la libertad no es completa puesto que la situación impone restricciones sobre el material lingüístico con el que puede ser representada.” (Depraetere1995:10)

La extensión determina las posibilidades referenciales de una expresión, pero a la extensión la determina el *sentido* o contenido conceptual de la expresión, i.e. su contenido descriptivo que proporciona los criterios para admitir o rechazar a cierta entidad como un posible referente. La referencia y la extensión de una expresión requieren evaluar las entidades extralingüísticas respecto de ciertos atributos objetivos, e incluso físicos, para determinar si pertenecen o no a la extensión. Dowty (1979), que basa todo su cálculo aspectual en los predicados estativos, señala que:

“Los significados de muchos o quizás de la mayoría de los predicados estativos están anclados en propiedades físicas de alguna clase —ubicación en el espacio, tamaño, peso, textura, composición física, color, etc.

La sugerencia es añadir suficiente estructura física a la definición de un modelo para hacer a los predicados estativos (o al menos a una subclase convenientemente amplia de ellos) directamente definibles en términos de esta estructura física.” (Dowty 1979:126)

Sin embargo, esta base ‘objetiva’ e incluso ‘física’ no necesariamente remite directamente al mundo real. Aunque la estructura de interpretación empleada en semántica formal para explicitar los significados de las expresiones sea una representación matemática del mundo real —incluido el mundo físico—, claramente no se identifica ni se confunde con el mismo (cf. Krifka 1998:198). A propósito de las reacciones de rechazo respecto de la transposición de la semántica de condiciones de verdad del ámbito matemático al de la lingüística, Renaud explica:

“Nos parece que esta polémica remite esencialmente a una confusión sobre el sentido de la palabra verdad. En efecto, éste ha adquirido desde Tarski el sentido técnico en lógica matemática de adecuación entre una fórmula bien formada y una estructura de interpretación. Pero la lógica no dice, por supuesto, absolutamente nada sobre las relaciones entre esta estructura y la realidad exterior.” (Renaud 1996:29)

No obstante lo cual, si la semántica de condiciones de verdad ha de aplicarse a las lenguas naturales, dicha estructura de interpretación ha de incorporar suficiente riqueza como para asemejarse a los mundos ‘reales’, con el consecuente dilema con respecto a qué aspectos de la realidad integrar.⁹⁸ En otras palabras:

“Una semántica formal para una lengua natural, si ha de ser veritativo-condicional, no puede ignorar cuestiones metafísicas.” (Bach 1981:80)

⁹⁸ En este sentido es que se justifica una “fiscalización de la semántica” (en palabras de Renaud 1996:80). Austin tiende a defender esta idea, aunque no sin antes advertir que aunque el lenguaje (no técnico) proporciona una amplia gama de conocimientos acerca del mundo, lo hace de manera variable dependiendo del área de que se trate (de ahí el dilema respecto de qué aspectos deben incluirse en la estructura de interpretación). También señala que el área concerniente a descripciones alternativas, y con diferente grado de detalle, de las mismas “acciones” es uno de los asuntos en que el lenguaje ordinario es “rico y sutil” (Austin 1989:174-176), lo cual de alguna manera justifica implementar una semántica realista (“fiscalizada”) de eventos.

A través de las condiciones de verdad, las características de los significados terminan dependiendo de las características ontológicas propias de aquello a lo que pretenden referir —al menos tal como es representado en la estructura de interpretación—, y esta dependencia sólo será menor en tanto remitan a ello de manera más o menos subespecificada. Esta perspectiva es una en la que la telicidad semántica (lingüística) es producto de la telicidad ‘ontológica’ de ciertos referentes.

1.3.2.3. DISTINTAS DESCRIPCIONES PARA UNA MISMA SITUACIÓN: EL DISCURSO DE LAS EXCUSAS

En sentido contrario, uno podría imaginar que ciertas situaciones son vistas como téticas *porque* hay una expresión tética que remite a ellas, o más precisamente, que ciertas situaciones son téticas porque podemos considerarlas potenciales referentes de expresiones téticas. Esto es, la telicidad ‘ontológica’ es producto de la telicidad ‘semántica’ de la expresión utilizada. Ésta es la impresión que nos queda cuando podemos utilizar una expresión tética como (54), o una atética como (53), para referir a una misma circunstancia (véase Declerck 1979:270; y Krifka 1998:207, para observaciones similares):

- (53) *Homero comió a su gusto* (expresión atética)
 (54) *Homero se comió todas las galletas* (expresión tética)

A este respecto es interesante la discusión de un problema similar en Frege. Valdivia (1989:12-30) observa que la ontología fregeana parece estar subordinada a la semántica en el sentido de que los referentes están estrechamente determinados por las expresiones que les aplican. Concretamente, que un referente es un *objeto* si la expresión que lo denota es un *nombre propio* y, en cambio, es una *función* si la expresión que lo denota es un *nombre de función* (para ver la analogía sustitúyase *objeto* / *función* por *situación tética* / *atética* y *nombre propio* / *nombre de función* por *expresión tética* / *atética*). Lo interesante es que, asumiendo que en Frege la ontología está subordinada a la semántica, y que las entidades ontológicas están determinadas por el tipo de expresión que les aplica, hay una importante diferencia con respecto al problema análogo en el terreno de la telicidad: en Frege es ilegal aplicar a una *función* una expresión correspondiente a un *objeto* y viceversa (Valdivia 1987:73; 1998:60), en tanto que en la relación entre expresiones téticas/atéticas y situaciones téticas/atéticas esto no siempre se sostiene.

Sin embargo, en el momento en que la referencia es el valor de una función interpretativa para una expresión de determinado lenguaje, dicha referencia depende del lenguaje empleado. En el caso particular en que la referencia (= valor de la función interpretativa) de una expresión señale a una entidad elemental del universo del discurso, ésta última aparece como resultado de interpretar dicha expresión. Consecuentemente,

“[...] toda referencia lo es bajo un aspecto. Por ejemplo, una emisión de ‘el asesino de Pérez’ presenta a un individuo bajo el aspecto de ser el asesino de Pérez [...]” (García Suárez 1997:76)

Es decir, “los referentes son el resultado de la manera como las expresiones delimitan el mundo y la perspectiva desde la cual lo hacen, por lo tanto no basta que dos expresiones resulten adecuadas a la misma situación en el mundo para decir que tienen el mismo referente” (García Fajardo, c.p.). En este mismo tenor, al adjudicar la telicidad a ciertas propiedades de las expresiones lingüísticas podemos deslindar la telicidad de la situación extralingüística pero no del referente, si por referente entendemos lo que resulta de cierta manera de recortar o describir el mundo (García Fajardo, c.p.). En el momento en que situamos la ontología en el universo de interpretación (o del discurso), tendremos una ‘contaminación’ de ontología y semántica; esto es, percibimos el mundo como lo hacemos debido a las expresiones (de determinado lenguaje) que le aplicamos.⁹⁹ Consecuentemente, Link (1998a [1983]:13) propone que “nuestra guía en

⁹⁹ Es en este sentido que Falguera López & Martínez Vidal (1999) hablan de valores “onto-semánticos” en vez de simplemente valores semánticos para lo que resulta de la función de interpretación: “Se utiliza el término ‘(onto)-semántica’ porque en definitiva los valores semánticos asignables a las expresiones de un lenguaje (formal) constituyen la ontología para ese lenguaje en el sentido de aquello sobre lo que se puede tratar con ese lenguaje.” (Falguera López & Martínez Vidal 1999:168 nota 18). Estos autores añaden que “Este sentido de ‘ontología’ no encierra compromisos con la existencia o no existencia *real*”. Cabe señalar que aunque la ontología fregeana es de ‘corte platonista’ (cf. Valdivia 1998:59), no parece del todo adecuado asumirla como realista. Frege se compromete con la existencia de la objetividad (1985b:63; 1985e:142, 150-151) pero admite que lo sensible o perceptible no agota todo lo objetivo (Frege 1985e:142). Dentro de la objetividad, Frege distingue lo “objetivo no-real” y lo “objetivo real” (Frege 1985e:150, 153, 161), y esto último es aquello que puede “actuar directa o indirectamente sobre los sentidos [es decir, percepciones]” (1985e:151). De esta manera, aunque Frege se compromete con la existencia de lo objetivo, lo objetivo no coincide con lo real.

cuestiones ontológicas ha de ser el lenguaje mismo” (cf. Bach 2002 [1986]:331)

Siguiendo la analogía con Frege, la distinción entre expresiones télicas o atélicas parece más debida a una cuestión de distintos valores cognoscitivos (diferentes maneras de darse el referente) que no a una distinción entre expresiones de distinta clase en el sentido de que sus referentes no sean del mismo tipo ontológico (de hecho su introducción como entidades del modelo se hace en calidad de ‘eventos’ sin especificación alguna en cuanto a la telicidad). Consideremos a continuación el análisis de las excusas de Austin (1989), el cual nos recuerda la idea fregeana (Frege 1985b:51-53, 85-86; Valdía 1998:65-67) de que dos sentencias “ $a = b$ ” y “ $a = a$ ”, asumiéndolas como verdaderas, no tienen el mismo valor cognoscitivo a pesar de remitir ambas al mismo objeto (el valor de verdad ‘verdadero’). La idea que nos interesa es que la manera diferente en que dos sentencias de identidad remiten a lo verdadero se asemeja a la manera en que dos descripciones señalan a la misma acción en el discurso de las excusas. Dos o tres (o más) descripciones diferentes pueden remitir —todas— a una misma acción, pero algunas de esas descripciones nos disculpan de las consecuencias y otras no, debido, precisamente, a que “no tienen el mismo valor cognoscitivo” (para usar las palabras de Frege) aunque tengan la misma “referencia” (en este caso, una *acción* entendida como entidad de primer orden).

“La lógica de esta suerte de excusas incluye, al parecer, por lo menos este tanto de estructura: se me acusa de haber hecho *b*, que es deplorable; admito que hice *a*, que es excusable. Mi excusa por haber hecho *b* se apoya en mi alegato de que yo no sabía que $a = b$.” (Davidson 1995 [1967]:138)

En este orden de cosas, podríamos ejemplificar a ‘*a*’ como una descripción atélica y a ‘*b*’ como su correspondiente versión télica:

a = golpeó (reiteradamente) al sospechoso (iteración no delimitada)
b = golpeó (reiteradamente) al sospechoso hasta la muerte
 (iteración delimitada)

O bien con un predicado de sentido más homogéneo:

a = torturó al prisionero (expresión atélica)
b = torturó al prisionero hasta la muerte (expresión télica)

Un policía puede estar acusado de haber cometido *b*, y su defensa puede basarse en confesar que hizo *a* pero que no sabía que $a = b$.¹⁰⁰

Lo que resulta de sumo interés en la discusión austinianiana de las excusas es que, como señala Davidson (1995 [1967]:138), permite rescatar la idea de que “nuestra manera común de hablar y razonar sobre las acciones se analiza de una manera sumamente natural si suponemos que existen tales entidades”; pero al mismo tiempo introduce la idea —crucial en el marco de nuestra discusión— de que una misma acción puede señalarse mediante diferentes expresiones lingüísticas que no tienen el mismo valor cognoscitivo, aunque remitan a la misma entidad (eventiva).

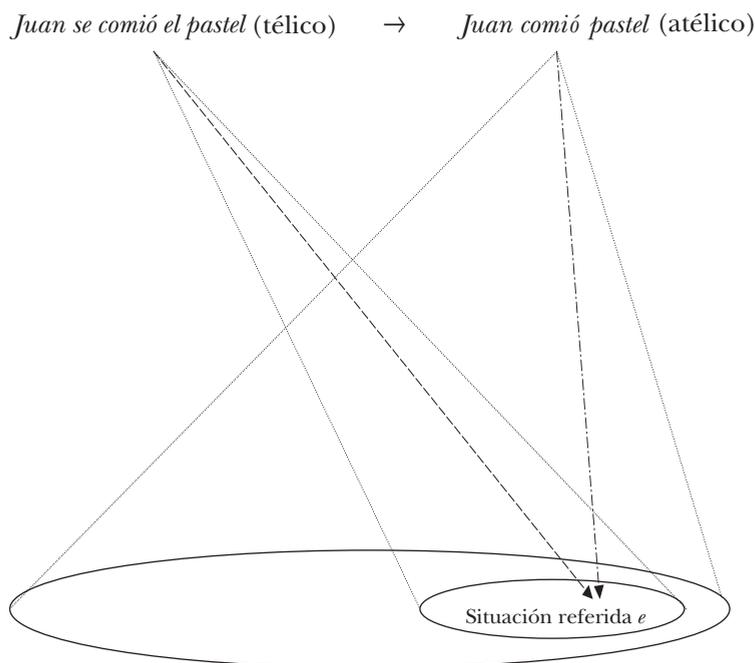
“Las excusas nos proporcionan infinidad de ejemplos de casos en los que parecemos obligados a tomar seriamente, es decir, literalmente, el hablar de ‘descripciones alternativas de la misma acción’. [...] Es difícil imaginar cómo es posible tener una teoría coherente de la acción a menos que se nos permita decir que la misma acción hace verdadera a cada una de estas oraciones.” (Davidson 1995 [1967]:139)

Si bien la misma acción hace verdaderas varias oraciones, satisfaciendo las descripciones verbales que contienen, el contenido de éstas determina aquellos aspectos que permiten identificar la acción en cuestión como referente de esa expresión: el mismo hecho debe seguir siendo reconocible a través de los detalles que quitamos o añadimos en su descripción. De modo que para remitir a una misma entidad eventiva, las descripciones alternas deben conservar un mí-

¹⁰⁰ Bach (2002 [1986]:328) formaliza un contraste idéntico (salvo porque sus enunciados *a* y *b* son ambos tólicos) utilizando el sistema de dominios diferenciados para individuos y materias que Link (1983) elabora. Los eventos atómicos (tólicos) denotados en el dominio de los individuos eventivos por *Juan envenena a la población* y por *Juan vierte veneno en la cañería principal* son distintos pero la materia (procesual) que los constituye es idéntica. Siguiendo la formalización de Bach (1986), Juan puede admitir que hizo $a = \text{verter veneno en la cañería principal}$ [*water main*] pero puede alegar sinceramente que no sabía que las distintas denotaciones de $a = \text{verter veneno en la cañería principal}$ y de $b = \text{envenenar a la población}$ en el dominio de los individuos eventivos se proyectan al mismo proceso en el dominio de las materias constitutivas (véase Cap. II, nota 61, p. 259). Es decir, “Juan podría muy bien verter veneno intencionalmente en la cañería principal de agua (en miras a librar los mantos acuíferos [*waterbeds*] de organismos nocivos [*bedfish*]) sin envenenar intencionalmente a la población.” (Bach 2002 [1986]:328). Este ejemplo está inspirado en uno que Davidson (1995b [1969]: 224-225) emplea para argumentar que el evento correspondiente a la causa de una muerte no puede equipararse al evento correspondiente a la muerte misma.

Ilustremos este último caso con la figura 2.

Figura 2: Relación de implicación entre dos versiones télica y atélica de *comer*



Las extensiones de las frases verbales *comerse el pastel* y *comer pastel* se traslapan y es precisamente en el área de intersección en que ambas pueden remitir a la misma situación. Sin embargo, el hecho de que una de las frases verbales (la atélica) pueda potencialmente usarse para referir a situaciones que están fuera de la extensión de la frase verbal télica muestra que el modo de darse el referente no es semejante. La aparición de un complemento escueto (en contraste con la ausencia de complemento) restringe la amplitud de la extensión, y la aparición de un complemento definido acota la extensión aún más. Cada vez se añaden requisitos adicionales que deben cumplir las situaciones para ser potenciales referentes de la frase verbal.

Esto puede verse como otro paralelismo verbo-nominal. Así como la denotación de ciertos compuestos N + adjetivo son un sub-

conjunto de la denotación de N, ciertos compuestos V + Objeto denotan un subconjunto del conjunto denotado por V (los objetos estarían actuando como una clase de modificadores adverbiales). Y claro, la pertenencia al subconjunto implica la pertenencia al conjunto. Pero evidentemente, la implicación no funciona en el otro sentido: la pertenencia al conjunto nunca implica la pertenencia al subconjunto.

<i>leer</i> $\neg \rightarrow$ <i>leer un libro</i>	del mismo modo que <i>es un libro</i> $\neg \rightarrow$ <i>es un libro rojo</i>
<i>comer</i> $\neg \rightarrow$ <i>comer una torta</i>	del mismo modo que <i>es una torta</i> $\neg \rightarrow$ <i>es una torta sabrosa</i>

Esto deja bien claro que las *condiciones* de verdad se alteran con un cambio de descripción télico/atélico, aunque el *valor* de verdad de una aplicación concreta pueda permanecer inalterado. Es decir, podemos emplear *proposiciones* (= condiciones de verdad) distintas, una télica y otra atélica, para remitir a una misma situación en los casos en que esto no afecta el valor de verdad, es decir, cuando ambas resultan igualmente adecuadas para el caso (cf. Declerck 1979:268).

Por otra parte, si cambiamos de nuevo la telicidad de las descripciones sustituyendo el objeto singular por un objeto plural no delimitado, de nuevo las condiciones de verdad son distintas. Si sustituimos *Juan está leyendo un libro* por *Juan está leyendo libros* no tenemos ninguna garantía de veracidad. El resultado podría ajustarse a la situación si lo que estamos diciendo es ‘Juan está leyendo libros, no revistas’. Pero si es una lectura neutra, sin foco contrastivo, es probable que el valor de verdad no se mantenga: “Si Juan no tiene el hábito de leer libros, esta declaración ya no es una presentación fidedigna [*truthfull*] de la situación” (Depraetere 1995:11). Omitiendo la lectura con foco contrastivo tenemos que:

<i>leer un libro</i> $\neg \rightarrow$ <i>leer libros</i>	del mismo modo que <i>hay un libro</i> $\neg \rightarrow$ <i>hay libros</i>
--	--

Si una expresión télica no puede aplicarse a las partes propias de su referente y la correspondiente expresión atélica sí, resulta que no mantienen las mismas condiciones de verdad aunque pueda resultar que en ocasiones determinadas tengan el mismo valor de verdad (i.e., sean equivalentes en dicho contexto). Llevando hasta sus últimas consecuencias esta distinta iluminación del referente, podríamos

decir que “si dos expresiones son aplicables a la misma situación, pero una es télica y la otra es atélica, entonces no tienen el mismo referente” (García Fajardo, c.p.)¹⁰²

La telicidad se basa —formalmente— en que determinado referente eventivo tenga un criterio de atomicidad, esto es, un criterio para establecer qué cuenta como una instancia entera del referente. Lo interesante aquí es que, como veremos más adelante, un criterio de atomicidad no puede establecerse en independencia de alguna propiedad específica en relación con la cual se fundamente. Esta propiedad tiene que ser especificada por un predicado. Si a un referente le son aplicables distintos predicados (o más precisamente, si una entidad extralingüística puede ser el referente de tal o cual predicado), este referente presentará atomicidad con respecto a unos y no con respecto a otros. Distintas descripciones para una misma situación referida tendrán el efecto de resaltar ciertos criterios de atomicidad con respecto a otros o no resaltar ninguno. Podemos considerar a los eventos como referentes, pero la telicidad es una cuestión de descripción:

“**eventos** Un evento es una unidad de cambio en el mundo externo, cuya duración es medida por un intervalo de tiempo. [...] Los eventos son contrastados con los estados, que constituyen la ausencia de cambio. A veces los eventos son clasificados como télicos o atélicos, queriendo decir que la manera en que son descritos expresa respectivamente información acerca de su término (e.g., “Jane lee un libro”) o no (e.g., “Jane lee prosa”).” (Groeneveld 1997:1189)

Que haya situaciones que no permiten describirse con (o referirse a ellas mediante) expresiones de sentido atélico (o télico) es harina

¹⁰² Dada una relación de *referencia* entre una expresión y un objeto, podríamos poner énfasis en dos aspectos de dicha relación. 1) podríamos considerar al objeto relacionado como preexistente a la relación de referencia y, consecuentemente, como una entidad independiente de la misma. Desde este punto de vista, la relación de referencia se produce entre un lenguaje y el mundo extralingüístico llamado ‘realidad’, y la referencia depende de las expresiones pero los referentes son anteriores a dicha relación. 2) podríamos considerar que tal objeto se encuentra individuado y determinado únicamente como resultado de la relación de referencia, y consecuentemente no es un objeto independiente, sino que es el resultado de un ‘recorte’ que el lenguaje aplica a la realidad de la que habla. El objeto en cuestión sólo existiría en calidad de *referente* de algo. Puesto el énfasis en este segundo aspecto, es difícil ver cómo podrían dos expresiones (que no fuesen absolutamente sinónimas) tener la misma referencia o apuntar al mismo referente (cf. 3.1.2.2).

de otro costal. Por otra parte, la descripción de un evento puede adquirir notable complejidad requiriendo entonces la utilización de secuencias oracionales en vez de oraciones singulares. En este sentido, los verbos son descripciones prefabricadas, reduciéndose su contenido a los detalles esenciales de cada situación.

1.3.2.5. LAS DESCRIPCIONES DE SITUACIÓN COMO ‘CÁPSULAS’ COGNITIVAS

Extenderemos aquí la idea fregeana de un ‘distinto valor cognoscitivo’ entre descripciones del ámbito de las oraciones al ámbito del discurso (considerado únicamente como grupos y encadenamientos de oraciones).¹⁰³ Si asumimos que toda interacción verbal es inteligible en tanto que refiere al mundo, caeremos rápidamente en cuenta de que referir al mundo sólo es posible si nuestras capacidades cognitivas lo dividen (y/o reducen) primero en porciones manejables, de las que se pueda evaluar la verdad o falsedad de un enunciado (o con las que se puedan construir condiciones veritativas manejables). Puesto que este proceso de ‘partir’ el mundo es inevitable, cuando menos debe evitar ser innecesariamente arbitrario para que el proceso resulte cognitivamente útil. Una artimaña esencial en este proceso cognitivo es la utilización de “marcos eventivos” (Talmy 1996). Los marcos eventivos son modelos cognitivos internalizados que se utilizan como punto de referencia conceptual para ‘partir’ el mundo en forma coherente e inteligible. Supongamos que un mismo acontecimiento es narrado de diferentes maneras y obtenemos (55), (56) y (57):

¹⁰³ El propio Frege da un paso en esta dirección al considerar que la integración de dos oraciones dice más que la suma de lo que las dos oraciones dicen por separado (Frege 1985b:77-78, 81-82; Valdivia 1989:67-72). Aunque Frege sólo utiliza oraciones compuestas, en vez de secuencias de oraciones, al analizarlas separa los enunciados que forman uno solo. El ejemplo clásico es *Napoleón, que se dio cuenta del peligro para su flanco derecho, dirigió él mismo sus guardias de corps contra la posición enemiga* (Frege 1985b:77, 81). Frege señala que esta oración compuesta da la idea de que lo enunciado en *Napoleón se dio cuenta del peligro para su flanco derecho* debe interpretarse como la causa de lo enunciado en *Napoleón dirigió él mismo sus guardias de corps contra la posición enemiga*. Nótese que sin componerlas en una sola oración, sino tan sólo con disponerlas en secuencia, se produce exactamente el mismo efecto. No cabe duda que estamos ante un caso de lo que enseguida denominamos como *encapsulamiento* (las descripciones de dos situaciones se toman como la descripción—compleja— de una sola).

(55) *Las macetas se rompieron*

(56) *Las macetas se rompieron al caer (sobre el pavimento)*

(57) *Con tanto viento, las macetas cayeron de la azotea. Se rompieron sobre el pavimento*

Los tres ‘textos’ refieren a un mismo acontecimiento: el rompimiento de unas macetas.

Por otra parte, veamos en (58) una secuencia de oraciones similar a (57):

(58) *Con tanto viento, la ropa tendida se secó rápidamente. Se aumentaron los impuestos*

Puede constatarse fácilmente que la secuencia en (57) tiene mayor cohesión que la de (58), y esto no mejora si tratamos de compactar la secuencia de (58) en una sola oración, como en (59):

(59) *Con tanto viento, la ropa tendida se secó rápidamente al aumentarse los impuestos*

Sucede que las dos oraciones de (57) corresponden a un mismo marco eventivo, en tanto que las de (58) corresponden a dos marcos eventivos distintos. Un marco eventivo se distingue de otro por el grado de cohesión y coimplicación que tienen las partes de que consta: los elementos presentes en él tienen mayor cohesión entre sí que con elementos fuera de ese marco eventivo. Son precisamente estas relaciones de coimplicación entre elementos las que conforman a un marco eventivo como unidad y como ‘paquete’ de información que puede *elaborarse* de diferentes maneras y con mayor o menor detalle:

“[...] los usuarios del lenguaje aparentemente tienden a concebir ciertos elementos y sus interrelaciones como formando una unidad que se constituye en núcleo central de la identidad de un evento particular o tipo de evento. Otros elementos, que desde otra perspectiva pudieran haber dado la impresión de compartir un involucramiento íntimo en el evento, son conceptualizados como periféricos o accidentales. Un conjunto de elementos e interrelaciones conceptuales que de este modo son evocados conjuntamente o co-evocados unos a otros, se dice que caen dentro de o que constituyen un *marco-eventivo*, mientras que los elementos concebidos como accidentales —sean levemente evocados o

en absoluto— caen fuera del marco-eventivo. [...] Tercero, las diferentes porciones de material [cognitivo] dentro de la delimitación son percibidas como siendo *correlevantes* unas con otras, en tanto que el material al exterior de la delimitación no es relevante al del interior.” (Talmy 1996:237-8 y 240, cursivas en el original)

Talmy (1996:235) se refiere a esta posibilidad de narrar con mayor o menor detalle —o con diferentes enfoques— un mismo evento como el “ventaneo de la atención” (*the windowing of attention*). Este proceso cognitivo, nos dice Talmy, no se da con respecto a la información cognitiva como totalidad sino tomando como punto de referencia estos ‘paquetes’ de información que son los marcos eventivos, en los que se fracciona la realidad cognoscible. Como dichos marcos eventivos son entidades cognitivas, no tienen un compromiso particular con ningún recurso lingüístico en específico, pudiendo entonces ‘empaquetarse’ lingüísticamente de distintas maneras.¹⁰⁴

1.3.2.6. EL ENCAPSULAMIENTO DE LOS EVENTOS: DEL MUNDO AL DISCURSO Y DEL DISCURSO AL LÉXICO

Un hecho no siempre claramente explicitado en la literatura acerca de telicidad y aspecto léxico es que la noción de ‘telicidad’ suele usarse exclusivamente en referencia a la interpretación semántica a nivel oracional; y que, si en algún momento se habla de la telicidad en términos de los ítems léxicos verbales (esto es, como ‘aspecto léxico’) es únicamente en el momento en que ésta tiene alguna consecuencia visible en el nivel de interpretación oracional. Pero los fenómenos semánticos no siempre se asocian a un único soporte expresivo. Hay verbos cuyo significado léxico incluye alguna clase de ‘telicidad’ iterada, que, por no manifestarse a nivel oracional, ni siquiera es considerada (e.g. *correr, caminar, martillar, ametrallar...*). A estos verbos (o frases verbales) simplemente se les etiqueta como *actividades*, sin aludir en ningún momento a estas ‘telicidades’ encubiertas a nivel léxico mediante iteración cíclica, si no es aludiendo indirectamente al hecho problemático de que no son infinitamente divisibles y, por tan-

¹⁰⁴ Lehmann plantea la relación cognición / lexema bajo los siguientes términos: “[...] los significados léxicos no están ya dados al hablante, [...]. En vez de esto, el hablante inicia con una idea. Ésta tendrá múltiples facetas, y es de acuerdo con éstas que escogerá no solamente su predicado, sino también el resto de las categorías léxicas y gramaticales mencionadas [...]” (Lehmann 1991:187-8)

to, no son completamente homogéneas (cf. Taylor 1977 *apud* Filip 1999:43 y 2.6. *infra*). En (60) tenemos un caso de iteración cíclica a nivel de lexema:

(60) *José martilló el metal con todas sus ganas*

Esta iteración a nivel léxico puede, a su vez, constituir un segundo nivel de alternancia tético/atético, al ser la iteración codificada en el verbo delimitada o no mediante algún elemento —ahora sí— a nivel oracional, como en (61).

(61) *José martilló el metal hasta el cansancio*

Esta telicidad oracional, puede también iterarse, añadiéndose esta iteración a nivel oracional a la que ya estaba presente en el significado del ítem léxico, como en (62).

(62) *José martilló el metal (iteración 1 —léxica—) hasta el cansancio una y otra vez (iteración 2 —oracional—)*

Si le damos la suficiente amplitud, la noción de ‘encapsulamiento’ en de Saussure (1998), que exponemos enseguida, ayuda a dar una visión unificada de esta perspectiva gradualista en que la ‘telicidad’, como fenómeno semántico-cognitivo, es pertinente a nivel léxico, oracional y discursivo, con este último nivel como el punto de partida de un proceso gradual de lexicalización mediante encapsulamiento. Veamos brevemente en qué consiste un encapsulamiento (*encapsulation*, en francés). Supongamos una serie de enunciados como (63) y (64):

(63) *Hubo una terrible granizada anoche. Varios espectaculares cayeron a la calle. Un árbol del jardín perdió todas sus hojas y algunas ramas. Las carrocerías de los autos sufrieron daños*

(64) *Llovía en el aeropuerto. Varias personas esperaban la llegada del victorioso equipo*

Tanto en (63) como en (64) el desarrollo de los eventos mencionados está incluido en la temporalidad en que se desarrolla el evento del primer enunciado —la granizada en (63), y la lluvia en (64)—. En (63), los eventos incluidos en el primero entran en relación de parte-todo con ese primer evento. La caída de los espectaculares, el

daño hecho a los árboles y vehículos forman parte del marco-eventivo ‘granizar fuerte’. Es decir, la inclusión no es meramente temporal sino conceptual. En (64), en cambio, existe una inclusión temporal de ‘la espera’ en el desarrollo de la lluvia, pero los dos eventos no tienen ninguna relación: no hay inclusión conceptual. En el primer caso tenemos un empalme necesario entre eventos, en el segundo se trata de un empalme meramente contingente. Casos como (63) constituyen un encapsulamiento de eventos: hay un evento encapsulador (*encapsulant*) que incluye conceptualmente —y por tanto temporalmente también— a los demás eventos mencionados, los cuales son encapsulados (*encapsulés*) en ese primer evento precisamente en virtud de que forman parte de su marco-eventivo. El encapsulamiento de un evento *e* en otro evento *E* consiste pues en dos cosas:

- 1) *e* es simultáneo a *E* y,
- 2) *e* entra en una relación conceptual de parte-todo con *E*: forma parte de su marco-eventivo.

De Saussure (1998:249-250) habla de “inclusión” en ambos casos, distinguiendo luego entre “traslapamiento” (*recouvrement*), i.e. empalme contingente, como en (64), y “encapsulamiento” (*encapsulation*), i.e. empalme necesario, como en (63). De Saussure concluye al final de su trabajo:

“Lo que parece particularmente económico en el encapsulamiento, es que exige al destinatario que construya un solo acontecimiento a partir de varios; o más bien, que junte al interior de un mismo acontecimiento otros acontecimientos de manera sintética. En cierta manera, el destinatario es llevado a ‘abrir un archivo’ en el que colocará las diversas informaciones, i.e. los diversos acontecimientos, *que darán todo su sentido al acontecimiento que figura como título del archivo*, i.e. el acontecimiento encapsulante.” (de Saussure 1998:268, cursivas mías)

Aunque estos comentarios se refieren a relaciones cognitivas entre enunciados de un discurso, resulta particularmente iluminador leerlos pensando en la condensación de información cognitiva que se da en unidades léxicas referentes a eventos (particularmente verbos). A este respecto, Berrendonner (1995:250) propone una formalización del fenómeno que aquí llamamos encapsulamiento de eventos (es decir, del uso extendido de ‘encapsulamiento’ que aquí proponemos) en términos de mereología (lógica de relaciones parte-todo).

Así como un enunciado puede figurar como “título del archivo” —el cual consta de una secuencia de acontecimientos percibidos como unidad—, los lexemas verbales tales como *correr*, *abrir*, *inspeccionar* pueden ser vistos como los “títulos” de archivos que constan de secuencias prefabricadas de eventos-tipo más elementales, los cuales darían “todo su sentido al acontecimiento que figura como título del archivo” (Esto nos recuerda la noción de *conflation* de Talmy: de dos eventos encapsulados en un tercero que corresponda, a su vez, a un lexema, dice Talmy (1985:60) que mantienen una relación de ‘conflación’ en ese lexema).

Varios autores definen la relación entre el acontecimiento encapsulante y los acontecimientos encapsulados en él como una relación de “elaboración” (en especial, Moeschler 1998:297-8, y las referencias ahí mencionadas). Regresando a la noción de ‘ventaneo’ propuesta por Talmy (1996), podemos estipular que la mención (o *windowing*) de partes del marco eventivo constituye una *elaboración* del mismo, mientras que la omisión (o *gapping*) constituye el proceso contrario. Dado que éstos son procesos cognitivos, no tenemos por qué restringir la noción de elaboración al ámbito del discurso, como lo hacen los autores antes mencionados, sino que podemos aplicarlo también al ámbito de la interpretación aspectual de los lexemas verbales y sus construcciones. Podemos considerar entonces que (65) ‘ventanea’ información que permite construir un criterio de medida para el evento y (66) la omite.

(65) *Juan está {tocando el impromptus n° 1 de Schubert / estudiándose la lección del lunes}*

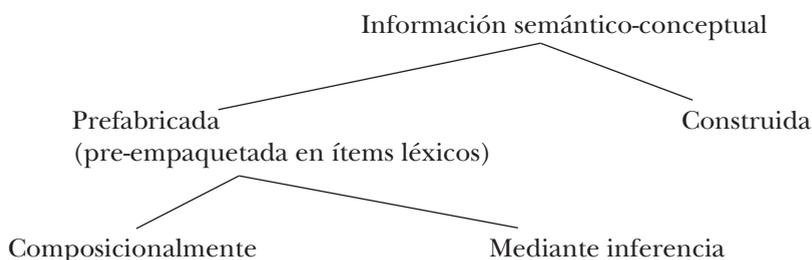
(66) *Juan está {tocando el piano / estudiando}*

Mediante los conceptos de Talmy (1996) de *ventaneo* y *omisión*, el diferente valor cognoscitivo de las descripciones alternativas encuentra su cauce natural en el caso de los eventos. Dado que dijimos que los verbos son descripciones prefabricadas (en contraste con las descripciones discursivas), y acabamos de ejemplificar que la información acerca de su delimitación es a menudo susceptible de ‘ventaneo’ y ‘omisión’, cabe preguntarse en qué medida es la telicidad (ahora sí en su sentido usual) una propiedad prefabricada y en qué medida una propiedad construida.

1.4. LA TELICIDAD COMO INFORMACIÓN CONSTRUIDA

De nuestra revisión de pruebas aspectuales en 1.2. queda claro que la telicidad o atelicidad de una oración no es algo que se encuentre fijado de una vez por todas desde el léxico. Si no es algo ya fijado desde el léxico, surge la cuestión de determinar en qué parte de la figura 3 se solidifica una oración como télica o atélica (aunque dicha figura sea algo rudimentaria, servirá para la discusión).

Figura 3: Grados de elaboración conceptual



Concretamente, si la (a)telicidad es una propiedad que se construye, ¿qué propiedad(es) prefabricada(s) —i.e. léxica(s)— toma(n) como base? ¿la telicidad forma parte de la representación semántica o es una inferencia a partir de una manipulación de la misma? ¿en qué parte del proceso surge? ¿en la aplicación de reglas composicionales o en la aplicación de reglas de inferencia, o bien, en una combinación de ambas? No pretendemos contestar tales preguntas, lo cual requeriría un desvío de gran magnitud, pero sí queremos tocar algunos puntos a este respecto para que quede claro en qué marco se sitúa el presente estudio y qué clase de cuestiones ha dejado de lado.

1.4.1. EL NIVEL SEMÁNTICO O 'NOCIONAL' Y DISTINTOS TIPOS DE SIGNIFICADO CONCEPTUAL: PREFABRICADO, CONSTRUIDO COMPOSICIONALMENTE E INFERIDO

Es ampliamente reconocido que la telicidad / atelicidad de una oración involucra recursos léxicos, y, a menudo, recursos sintácticos, pero que, además, suele involucrar ajustes de orden pragmático. No

hay consenso en cuanto al grado en que los distintos ingredientes (información léxica prefabricada, ajustes composicionales, conocimiento del mundo en el momento de la enunciación, etc.) inciden en la telicidad / atelicidad de una oración, en parte porque no todos estos factores participan en todos los casos de manera igualmente transparente, y en parte porque no siempre es claro de dónde proviene algún aspecto específico de la información semántica.

Empecemos recordando que todas las clasificaciones aspectuales propuestas hasta ahora, omitiendo variaciones menores, tienen por básica la diferencia entre una situación con un límite implícito y una situación sin dicho límite (o bien, con estructura interna o sin ella, pero véase Cap. II, nota 36, p. 213), y por otra parte, entre una situación estática y una dinámica. Como veremos a continuación, ambas distinciones presentan diferente sensibilidad al contexto; concretamente, la distinción télico/atélico, para un mismo significado conceptual, suele presentar sensibilidad al contexto, en tanto que la segunda, dinámico/estático, —también para un mismo significado conceptual— no suele oscilar con la misma facilidad. Considérense los siguientes ejemplos.

- | | | | |
|------|--|-----------|------------|
| (67) | a. <i>Juan comió pizza</i> | (atélico) | (dinámico) |
| | b. <i>Juan se comió una pizza</i> | (télico) | (dinámico) |
| (68) | a. <i>Elena fumó todo el camino hasta la playa</i> | (télico) | (dinámico) |
| | b. <i>En la reunión, algunas personas fumaron en exceso</i> | (atélico) | (dinámico) |
| (69) | a. <i>Esa tarde caminamos por la costa</i> | (atélico) | (dinámico) |
| | b. <i>Esa tarde caminamos a la tiendita</i> | (télico) | (dinámico) |
| | c. <i>Esa tarde caminamos a la tiendita una y otra vez</i> | (atélico) | (dinámico) |
| (70) | a. <i>Ismael tiene severas jaquecas</i> | (—) | (estático) |
| | b. <i>Ismael tiene una fuerte jaqueca</i> | (—) | (estático) |
| | c. <i>Ismael tuvo un accidente</i> | (télico) | (dinámico) |
| (71) | a. <i>Mariana se encuentra mal</i> | (—) | (estático) |
| | b. <i>El cubículo de Valentín se encuentra al fondo a la derecha</i> | (—) | (estático) |
| | c. <i>Alejandra encontró petróleo en Nacajuca</i> | (télico) | (dinámico) |

En un contraste como (67a/b) vemos que, dependiendo del contexto oracional, el mismo elemento léxico *comer*, con un mismo significado básico, puede interpretarse como télico (67b) o como atélico (67a). Lo mismo sucede con (68a/b) y (70a-c). En cambio, para el contraste dinámico/estático —por ejemplo (70b/c) o (71b/c)— vemos que no es posible un giro de interpretación, de estático a dinámico, sin alterar el significado básico de los verbos involucrados. Esto es, la sensibilidad al contexto oracional en los casos de (70b/c) y (71b/c) es diferente que la encontrada en (67)-(68). Los ejemplos (70c) y (71c) tienen cierto parecido con aquellos casos en que un predicado de estado se reinterpreta como ‘tarea preparatoria’, como en (72) y (73).

(72) *Doña Martha está teniendo a su bebé (llamen a una ambulancia)*¹⁰⁵

(73) *Tenlo listo para el martes*

En todos ellos nos encontramos con un giro de una situación estática a una situación dinámica. Sin embargo, este tipo de giro no es tan productivo como el de télico/atélico, precisamente porque requiere de un cambio en el significado conceptual del verbo. Los giros de télico a atélico y viceversa, en cambio, suelen presentarse preservando un mismo significado conceptual para el verbo —caso de (67), (68) y (69)—.

Cabe señalar aquí que no hay clasificación aspectual propuesta que no tenga como básica la distinción *situación estática / situación dinámica*, en tanto que la distinción *telicidad / atelicidad*, cuando aparece, lo hace como una oposición mucho menos elemental y básica (cf. Lehmann 1991:185). Lo que proponemos es que sea la primera distinción la que se considere como léxicamente establecida. La telicidad, en cambio, nos parece como construida a partir de la preservación del significado conceptual del verbo. De hecho, Vendler (1957:143) también parece considerar que los ‘esquemas temporales’ no están directamente codificados por una oración con determinado verbo, sino que su uso “*sugiere* el modo particular en que dicho verbo *presupone* e involucra la noción de tiempo”; es decir, estos esquemas surgen como inferencia o, al menos, como una parte del significado que debe construirse a partir de lo dado por los componentes básicos de una expresión oracional.

¹⁰⁵ Este uso de *tener* es bastante marcado fuera del contexto apropiado. Algunos hablantes no lo aceptan con facilidad. Ignoro en qué grado este giro esté influenciado por la construcción inglesa *having a baby*.

La telicidad (o atelicidad) de una oración involucra a menudo algo más que simple conocimiento del léxico. En el caso de (67a/b), por ejemplo, no puedo determinar la telicidad con solamente conocer el contenido conceptual del verbo *comer*, sino que debo considerar el complemento (*pizza / una pizza*), así como la implicación que *comer* dispara con respecto al referente de tales complementos (Dowty 1989; 1991a). Desde este punto de vista, al menos una parte de la (a)telicidad surge como significado construido composicionalmente, empleando a menudo las implicaciones léxicas de las palabras empleadas. Otro modo de ‘construir’ significado es manipular la información disponible de manera que se obtengan inferencias que van un poco más allá de lo que el léxico proporciona. Por ejemplo, en (68a) se infiere que *Elena* está en desplazamiento (nótese que esto no forma parte de las implicaciones léxicas de *fumar*), y que, consecuentemente, la actividad de fumar ‘recorre’ un patrón espacial. Sin dicha inferencia no podría suponerse que (68a) es télica. La expansión *hasta la playa* juega un doble papel, como base de la inferencia de que *Elena* se está desplazando y como delimitadora de dicho desplazamiento (e indirectamente, de la actividad de fumar).

Por inferencia se entiende un proceso mediante el cual se llega a una o varias conclusiones a partir de premisas (Moeschler & Reboul 1999:582). En los ejemplos de (67) y (68) la telicidad parece, efectivamente, inferida a partir de ciertas premisas cuyo contenido es predominantemente léxico. Pero en casos como (74) a (76) las inferencias parecen requerir conocimiento enciclopédico acerca del mundo: ¿Cómo es el procedimiento por el que un médico examina a un paciente?, ¿Cuándo se considera—independientemente de sus conocimientos— que alguien es arquitecto? Por ejemplo, si un examen médico consiste en una serie (finita) de pasos, (74) es télico (cf. Filip 1999:102). Asimismo, si ser o no ser un arquitecto es algo claramente definible, el proceso de llegar a ello, en (75), es una descripción télica.

- | | | |
|------|--|-----------|
| (74) | <i>El médico examinó al paciente</i> | (télico) |
| (75) | <i>Memo se convertía en arquitecto</i> | (télico) |
| (76) | a. <i>Contemplaba el atardecer</i> | (télico) |
| | b. <i>Contemplaba el mar</i> | (atélico) |

En (76a/b) tenemos que considerar información de la situación enunciativa. En (76a) tendremos una descripción télica si nos referi-

mos a un atardecer, pero atética —como en (76b)— si nos referimos a un espléndido cuadro o fotografía cuyos colores emulan un atardecer. De manera que, al menos en algunos casos, la (a)telicidad de una oración se basa en ciertas premisas —que pueden incluir desde conocimiento enciclopédico hasta información del contexto extralingüístico— y procesos de inferencia. Todo lo anterior supone la elaboración de información adicional, o cuando menos el procesamiento de la información léxica más allá de una simple decodificación.

1.4.2. TELICIDAD, CONDICIONES DE VERDAD Y EMPLEO DE UNA ORACIÓN

Vimos en 1.3.2. que la telicidad parece formar parte de las condiciones de verdad o de la proposición expresada. Pero si seguimos a Strawson (1983a/b), una oración no expresa una proposición determinada o no tiene condiciones de verdad completamente determinadas, hasta el momento de su empleo. Esto concuerda con que el paso de la extensión de una expresión a su referencia solamente se da en el uso. Depraetere describe la telicidad como una propiedad de la oración (1995:4) pero también como una propiedad de la proposición (lo mismo en Declerck 1979:268, pero con ‘delimitado’ por ‘tético’):

“Las FNs afectan la (no)-delimitación indirectamente: si una FN tiene por efecto convertir una proposición atética en una tética, y si la proposición tética es empleada en una oración no-progresiva, esta última estará delimitada.” (Depraetere 1995:9)

Si la telicidad está estrictamente en la oración (cuando es tética), se predice que (i) o bien, no debe haber empleo alguno de la misma que sea atético, puesto que es una propiedad del tipo de oración y no de su empleo (en el sentido de expresar cierta proposición determinada); (ii) o bien, la telicidad es una propiedad que, aunque está asociada a la oración, está codificada por defecto y puede verse superada por factores pragmáticos. Si la telicidad está en la proposición expresada, se predice que (iii) la misma oración puede ser ambigua en el sentido de que puede emplearse para expresar proposiciones téticas en ciertas ocasiones o proposiciones atéticas en ciertas otras; y la desambiguación —siguiendo a Sperber y Wilson (1998)— es un proceso que requiere la consideración de principios pragmáticos como la relevancia. Podrían presentarse casos de oraciones que no

están definidas para la telicidad más que en el momento de su empleo. Depraetere sugiere veladamente dos maneras, al menos, en que la (a)telicidad dependerá de la enunciación:

1) resolución de ambigüedad respecto de qué proposición se está expresando (incluiré aquí la resolución de ambigüedades léxicas).

2) aplicación de reglas de inferencia (cuyo resultado puede eventualmente enriquecer el contenido semántico de la proposición inicial, si seguimos a Sperber y Wilson 1998).

Para ilustrar estos puntos tomemos los ejemplos de Depraetere:

- (77) a. *Tourists drank the milk in an hour* (resolución de ambigüedad)
 b. *I ate several apples* (aplicación de reglas de inferencia)

Con respecto a (77a), Depraetere (1995:10) observa que son posibles tres interpretaciones, es decir, que la misma oración (77a) puede expresar distintas proposiciones, algunas télicas otras atélicas. Veamos:

a. Pluralidad secuencial, Iteración (sin límites temporales). La oración remite a un número no especificado de subsituaciones encadenadas una tras otra: los turistas beben leche uno tras otro y cada uno tarda una hora en beber su parte. La oración expresa una *proposición atélica y no delimitada*.

b. Pluralidad simultánea: La oración remite al mismo conjunto de subsituaciones, pero tienen lugar en paralelo en vez de en secuencia. En ese caso queda claro que toda la situación no duró más de una hora y, consecuentemente, la interpretamos como acotada. La oración expresa una *proposición télica y delimitada*.

c. Pluralidad secuencial, Iteración (con límites temporales). Nuevamente tendríamos una secuencia de eventos pero la totalidad de dicha secuencia ocupa una hora. La oración expresa una *proposición télica y delimitada*.

Depraetere asume que en la interpretación b. y c. la delimitación temporal (*in an hour*) implica un número limitado de turistas y que, consecuentemente, la oración sería télica en ambos casos. Leyendo entre líneas, parece que Depraetere considera esta implicación en el límite de turistas como el factor crucial en la telicidad de b. y c. (recordemos que para dicho autor, la simple delimitación temporal es generalmente insuficiente para hablar de 'telicidad'). En estos

casos, Depraetere estaría caracterizando la telicidad como algo que no necesariamente se encuentra explícito y que puede surgir como una implicación, más que como parte de la proposición expresada. Habría que objetar que la interpretación b. no implica de ningún modo un número limitado de turistas, pues aunque hubiese una infinidad de ellos bebiendo en paralelo seguiría siendo una situación acotada a una hora (prefiero pensar que la telicidad en estos casos surge del modificador temporal, que es explícito).

La selección de cuál de las distintas interpretaciones de (77a) es la correcta, evidentemente, sólo ocurre en una ocurrencia particular de la oración, en la que factores extralingüísticos pueden resolver la ambigüedad indicando cuál es el uso que el emisor dio a esta oración. Ahora bien, Depraetere (1995:9-10) también se cuestiona si la delimitación debe siempre ser parte de la proposición expresada (en cuyo caso todo se reduce a determinar cuál es la proposición expresada de entre las varias posibles), o bien si puede ser algo inferido a partir de la proposición que se expresa una vez resueltas las ambigüedades.

“La oración en (13a) [=77b] plantea la cuestión de qué tan explícita debe ser la indicación de una delimitación para que la oración pueda clasificarse como delimitada. La FN *several apples* implica, pero no necesariamente indica un número limitado [de manzanas]. Sin embargo, como hay una implicación de limitación, la oración (13a) [=77b] puede clasificarse como delimitada.” (Depraetere 1995:9-10)

Depraetere supone que en (77b) tenemos expresada una proposición atética, pero su contenido levanta la implicación de que la situación no puede durar indefinidamente. Si he entendido bien, esto se representa como en (78).¹⁰⁶

- (78) **Una oración δ no expresa telicidad sino que la implica**
 (i) La oración δ expresa la proposición atética A

¹⁰⁶ Sin embargo, para el caso de (77b), puede también proponerse que la FN *several apples* indica un número limitado cuando es una FN con interpretación fuerte (con alcance amplio, en términos más tradicionales), y en tal caso, la delimitación estará directamente recogida en la proposición expresada por (77b). Cuando la FN *several apples* se interprete de manera débil (con alcance estrecho, en términos más tradicionales), no indicará una cantidad determinada, pero entonces es el pretérito del verbo el que implicará una cantidad determinada (cf. Krifka 1998:221-222, que plantea una solución en términos de ambigüedad de alcance para enunciados como *Juan está comiendo muchas/algunas manzanas*).

- (ii) La proposición atética A implica la proposición B
(B = ‘la situación descrita en A no puede durar indefinidamente’)
- (iii) En consecuencia, la oración δ expresa A y por otra parte tenemos que $A \rightarrow B$
- (iv) Cuando se hace una aserción con δ , se plantea A como verdadero
- (v) Teniendo A y teniendo $A \rightarrow B$, se deduce mediante regla de inferencia: B
- (vi) De la *aserción* de δ , obtenemos $A \wedge B$, aunque lo dicho literalmente por δ sea *solamente* A.
- (vii) No podemos hablar de $A \wedge B$ (telicidad) antes del acto enunciativo de aserción que involucra a la oración δ .

Independientemente de que se adopte un análisis semántico o pragmático, el esquema planteado en (78) también podría aplicarse, con ligeras modificaciones, a los roles temáticos representados como implicaciones léxicas (cf. 3.2. para más detalles). El contenido de dichas implicaciones léxicas solamente despliega sus consecuencias cuando el lexema en cuestión aparece como parte de un acto de aserción (donde $A \rightarrow B$, en (78), sería la implicación léxica denominada *rol temático*).

1.4.3. LA INFERENCIA EN LA TELICIDAD: ALGUNOS ANTECEDENTES

Un primer antecedente con perspectiva *inferencial* nos viene del tratamiento de los significados ‘construccionales’, es decir, de aquellas porciones de información que están asociadas a construcciones determinadas más que solamente a elementos léxicos determinados. Aquella información que surge sistemáticamente de la combinación de ciertos elementos léxicos en determinada construcción sintáctica, sin que dicha información sea adjudicable a ninguno de dichos elementos léxicos aislados, ha sido etiquetada por varios autores como una *implicatura convencional* (Dowty 1979, 1991a; Filip 1999; Reed 1996).¹⁰⁷ No discutiremos aquí en qué medida es tal ape-

¹⁰⁷ Horn (1990:158-159) señala acertadamente que: “Aunque todos los candidatos de Grice y la mayoría de los de Karttunen y Peters (1979) para la implicatura convencional impliquen expresiones léxicas simples, no es ésta, de ningún modo, una restricción necesaria” —esto es aún más evidente desde la redefinición de implicatura convencional que Karttunen y Peters ofrecen—. No debe sorprendernos,

lación afortunada o desafortunada, y nos limitaremos a decir que la única justificación que tales autores ofrecen es que utilizan el término como una manera de designar una clase de significado que no se encuentra en ninguna de las partes de una expresión compleja, pero que surge sistemáticamente al asociarse dichas partes en una construcción.¹⁰⁸ Pero ¿a qué nos referimos con ‘significado construccional’? Para aclarar lo antes dicho, veamos los ejemplos en (79). La telicidad no viene dada directamente por la FN objeto, puesto que un complemento delimitado no siempre levanta telicidad en la frase verbal incluso aunque involucre el mismo tipo de composición, como muestra el contraste (79a/b). Podría suponerse que es la regla semántica asociada a la regla sintáctica de combinar objeto con verbo la que codifica la telicidad. Pero lo mismo que acabamos de decir respecto de los complementos puede decirse con respecto al proceso de composición en sí mismo: no parece ser solidario con la telicidad (79a/b).

- (79) a. *Juan tiene las patatas* (atélico)
 b. *Juan cocinó las patatas* (télico)
 c. *Juan cocinó patatas* (atélico)
 d. *María ganó el juego en tres minutos* (télico)
 e. *María ganó el juego durante tres meses* (atélico, iterativo)

pues, ver desfilar junto a los candidatos clásicos —expresiones como *por consiguiente, pero, incluso, hasta*, etc. — a construcciones enteras, como las escindidas (cf. Horn 1990:159) o, en este caso, las frases verbales. Debemos señalar que el concepto de implicatura convencional plantea muchos problemas, lo cual podría llevar eventualmente a su eliminación en favor de categorías más finas.

¹⁰⁸ La mayor atención a este respecto se ha dedicado a los efectos que en la telicidad tienen los complementos de ciertos verbos transitivos y los adjuntos de medida o de destino de verbos de desplazamiento y movimiento, que suelen ser los ejemplos paradigmáticos de telicidad resultativa (es decir, de la telicidad entendida como un límite terminal de la situación y/o como la posible consecución de un estado específico asociado con el completamiento de la situación). Una atención menor han recibido las lecturas iterativas disparadas por sujetos plurales o por adverbios durativos y ciertos tiempos gramaticales. Aunque suele discutirse la naturaleza de la telicidad como si se abarcara todo el fenómeno en su conjunto, es menester tener presente que lo que se dice a este respecto suele limitarse, en la ejemplificación, a un solo tipo —considerado el caso central—: la telicidad resultativa. Sin embargo, algunas de las consideraciones basadas en este tipo de casos son perfectamente extensibles a los otros casos.

Tampoco es determinado verbo el que por sí mismo levanta telicidad (79b/c) e incluso para los verbos puntuales, la telicidad depende de que otros factores no interfieran con ella (79d/e). Solo queda suponer que es la suma de los tres factores —la información léxica del verbo, el proceso de composición y la información aportada por la frase nominal— la que da lugar a la telicidad, sin que ésta se encuentre en ninguno de los tres elementos en particular (cf. Verkuyl 2001:369). Esto último sugiere que estamos frente a un significado que surge como resultado del proceso mismo de composición —dados ciertos componentes iniciales—, o bien, de alguna inferencia que podría ser semántica o pragmática. La sistematicidad del fenómeno, sin embargo, conduce a pensar que dicha inferencia sigue muy de cerca la información conceptual y/o procedimental codificada directamente por las expresiones y las reglas sintácticas de composición; es decir, su significado convencional.

Al observar ejemplos como (79b) y (79d), parece claro que en la telicidad también juega un papel central el rol temático particular que cada verbo asigna a su único argumento sintáctico (79d) o al argumento sintáctico cuya delimitación incide en dicha telicidad (79b). Los roles temáticos son un factor central en la determinación de la telicidad de una amplia variedad de frases verbales: verbos de creación y consumo con complemento, verbos de desplazamiento con o sin adjunto de meta y verbos puntuales de cambio de estado. Dowty (1989, 1991a) propone considerar a los papeles temáticos como amalgamas de implicaciones que pesan sobre algún argumento de un (grupo de) predicado(s).

“Desde el punto de vista semántico, la noción más general de rol temático (tipo) es UN CONJUNTO DE IMPLICACIONES DE UN GRUPO DE PREDICADOS CON RESPECTO A UNO DE LOS ARGUMENTOS DE CADA UNO. (Por tanto un rol temático tipo es una clase de propiedad de segundo orden, una propiedad de los predicados de varios lugares indizados por sus posiciones argumentales).” (Dowty 1991a:552)

En particular, esto incluye a un papel temático nuevo: el Tema-incremental, que relaciona el evento denotado por el verbo con la denotación del complemento de manera tal que ciertas características estructurales del argumento-objeto se transfieren al argumento de evento, lo cual explica buen número de alternancias de telicidad/atelicidad (véase 3.4.). De esta manera, toda (a)telicidad que dependa de roles temáticos tendrá un componente inferencial, aunque

cabe remarcar que no se trata aquí de implicaciones *lógicas*, sino solamente de implicaciones *semánticas*:¹⁰⁹

“Por IMPLICACIÓN, entiendo el sentido lógico estándar: una fórmula implica a otra si en cada situación posible (en cada modelo) en que la primera es verdadera, la segunda es también verdadera. Como estamos discutiendo implicaciones de predicados ‘no-lógicos’, tomaré esto como lo mismo que una implicación ANALÍTICA (para la que también empleo el término IMPLICACIÓN LÉXICA: la implicación se sigue únicamente del significado del predicado en cuestión). Esto es, un tipo de rol como ‘Agente’ es definido semánticamente como cualesquiera implicaciones de verbos acerca de los referentes de FN que sean compartidas por las posiciones verbales del argumento que etiquetamos con el término ‘Agente’ (y excluye cualquier cosa que se implique para esos argumentos que difiera de un verbo a otro).” (Dowty 1991a:552)

Aunque utiliza el término *entailment* ‘implicación’, más adelante Dowty (1991a:608) introduce cierta ambivalencia al hablar tanto de implicación como de implicatura convencional con respecto a los significados que “ciertas construcciones tienen asociados” en relación a sus argumentos, y en particular, con respecto a la relación entre las partes del argumento de evento y las partes del argumento denominado ‘de Tema Incremental’, i.e. la denotación del objeto afectado progresivamente (véase 3.2., 3.3. y 3.4.). Filip (1999:67), por su parte, adjudica la telicidad que se presenta en oraciones con verbo de movimiento y cierta clase de adjuntos locativos y direccionales a

¹⁰⁹ Una implicación lógica no depende del predicado específicamente empleado, sino de una estructura sintáctica y determinados símbolos lógicos (es decir, de un *esquema de inferencia* completamente general); la implicación lógica se mantendrá bajo cualquier sustitución uniforme de los componentes no-lógicos, entre ellos, los predicados (p.ej. *Si Juan fue a París y María fue a Madrid, entonces María fue a Madrid* es una inferencia válida, independientemente de los predicados específicamente empleados; $A \wedge B \rightarrow B$ es un esquema válido de manera absolutamente general, independientemente de qué sea A y qué sea B). Una implicación *semántica* o *analítica*, en cambio, no es un esquema general de inferencia que se repetirá para cualesquiera expresiones que ocurran en él y bajo cualquier sustitución uniforme. La implicación analítica valdrá únicamente para un caso particular, debido al significado particular de cierto ítem específico. Por ejemplo, *Si Juan es soltero, entonces Juan no está casado* es una implicación válida únicamente en virtud del significado de los ítems particulares *soltero* y *no estar casado*, y no es válido en general para cualquier sustitución sino solamente sustituyendo sinónimo por sinónimo (p. ej. *Si Juan es plomero entonces no es estudiante* no es una inferencia válida (cf. García Suárez 1997:148)).

que éstos últimos “implican una trayectoria delimitada”; y Morimoto (2001), tratando exclusivamente con los verbos de movimiento, aunque haciendo alguna comparación esporádica con verbos de afectación y de ‘ejecución’ (los *performance verbs* de Dowty 1991a), también concibe la ‘telicidad’¹¹⁰ como una clase de inferencia:

“Hasta ahora, hemos venido tratando la ‘telicidad’ del evento como una propiedad aspectual ligada a la *implicación* de un determinado estado resultativo.” (Morimoto 2001:192, las cursivas son mías)

También se menciona que si algún ingrediente de las premisas es alterado —en la estructura-conceptual—, la inferencia ya no se sostiene (Morimoto 2001:192-193), de manera que la telicidad se presenta como el resultado de cierta elaboración a partir de la información codificada:

“Sin embargo, queda pendiente aclarar en qué consiste dicha ‘implicación’. [...] la ubicación resultativa *no existe sino como una inferencia asociada a la siguiente Estructura Conceptual*: [_{Evento}IR ([X],[_{Trayectoria}A (Y)])]. En otras palabras, que el Evento referido por una determinada expresión de desplazamiento sea télico o no, depende crucialmente de su constitución interna. Esta relación de implicación entre el desplazamiento télico y la ubicación resultativa ha sido establecida por Jackendoff (1987, 1990) por medio de una *regla de inferencia*. Obsérvese (1).

(1) Al final de [_{Evento}IR ([X],[_{Trayectoria}A (Y)])], lo siguiente es válido: [_{Estado}ESTAR ([X],[_{Ubicación}EN (Y)])].” (Morimoto 2001:192, las cursivas son mías)

Que esta inferencia tenga la forma de ‘una regla’ la delata como una inferencia altamente sistemática, automatizada y muy vinculada a combinaciones específicas de expresiones lingüísticas —sin dejar de ser una inferencia—. La idea de que la inferencia ‘depende de la estructura del evento’ y surja del contenido semántico-conceptual, la hace semejante a una implicación léxica como la de Dowty (1991a). Sin embargo la ‘estructura conceptual’ parece más bien remitir al

¹¹⁰ Recordemos que en Morimoto (2001) *telicidad* remite a un concepto más limitado que el que adoptaremos más adelante. En particular, Morimoto pretende distinguir *telicidad* como algo diferente de *delimitación*, cosa que no siempre logra. En su estudio, la delimitación parece plantearse como algo directamente codificado en la oración, en tanto que la telicidad, entendida como la existencia de un estado resultativo, se propone como algo inferido.

significado de una construcción sintáctica, lo cual nos recuerda la idea básica de una implicatura convencional, si seguimos la pauta antes señalada (pero a mi parecer, poco conveniente) de designar el significado que surge de una construcción como ‘implicatura convencional’.¹¹¹ Por su parte, en un marco similar al de Dowty (1991a) —la visión mereológica de la telicidad—, Filip también habla alternativamente, según el caso, de implicación y de implicatura convencional, e inclusive de inferencia pragmática como las posibles fuentes de las interpretaciones télicas.¹¹²

“Resumiendo, la propiedad de homomorfismo [entre evento y objeto afectado], y por tanto también la lectura télica y atélica de las oraciones, tiene las siguientes fuentes: (i) es una implicación de un verbo res-

¹¹¹ Una ‘estructura conceptual’ remite, en Morimoto, al marco teórico jackendoffiano: una estructura conceptual se opone a una estructura léxico conceptual en que ésta última está ya asociada a una expresión léxica concreta, en tanto que para la primera aún está abierta la posibilidad de asociarse a un ítem léxico, o bien, a una construcción entera (de manera similar a los marcos eventivos de Talmy).

¹¹² La propuesta de telicidad como implicatura convencional en Dowty (1991a) contrasta con Dowty (1979) en que, aunque utiliza la noción de implicatura convencional, no la aplica a las alternancias de telicidad. Esto, a pesar de reconocer a las implicaturas convencionales como significados construccionales que surgen composicionalmente en expresiones complejas a partir de las implicaturas y denotaciones de las expresiones de base (Dowty 1979:20). En su trabajo de 1979, Dowty utiliza esta idea para ciertas connotaciones de agentividad adjudicadas al operador DO, propuesto para las actividades (Dowty 1979:118) y para el matiz de “relevancia actual” que ha sido asociado al *present perfect* del inglés (1979:340), así como para el significado causal asociado a ciertos enunciados contrafácticos (1979:107). Pero en ningún momento echa mano de las implicaturas convencionales para las alternancias entre lectura de actividad o de *accomplishment*, en los casos de complementos plurales *vs.* singulares, o bien, en los de desplazamiento, con o sin adjunto de meta (Dowty 1979:60-64), prefiriendo hablar de ambigüedad léxica. Parece, sin embargo, que Dowty (1979) sí consideró la composición de la frase verbal como una primera posibilidad, para luego desecharla en beneficio de una hipótesis de ambigüedad léxica, distanciándose de Vendler (1957): “Como he usado un verbo intransitivo *caminar* para ilustrar la clase de las actividades, podría suponerse que la presencia o ausencia de un objeto da cuenta de la diferencia entre las dos clases. Sin embargo, hay verbos de actividad que toman objetos. Por ejemplo, *empujar un carrito* o *conducir un automóvil* pueden suplir a *caminar* en los ejemplos de arriba con los mismos resultados.” (Dowty 1979:58). Garey (1957:107) utiliza alternativamente ambas explicaciones, composición y ambigüedad: si *jugar* es complementado por un objeto con estructura temporal finita, tenemos una frase verbal télica, si el objeto no está delimitado o no hay objeto, tenemos una frase verbal atélica, pero al mismo tiempo, “la palabra *jugar* tiene varios significados” (*jugar*, en inglés como en francés, también significa *tocar un instrumento*).

pecto de uno de sus argumentos, el Tema Incremental [...] (ii) Es una implicación (o implicatura convencional) de ciertas construcciones gramaticales. [...] (iv) El homomorfismo es determinado pragmáticamente por el contexto extralingüístico de una oración o/e implicado en el ‘marco’ interpretativo (en el sentido de Fillmore) evocado por un predicado verbal y sus saturadores de argumento: [...]” (Filip 1999:104)

Depreatere (1995:12) converge con Filip (1999) al plantear que la telicidad de ciertas oraciones puede darse por factores meramente contextuales; esto tanto en términos de que haya una delimitación implícita, como en términos de que lo que normalmente sería un caso de *delimitación* se convierta en *telicidad* al estar implícita la intención del agente de llevar a cabo una situación-tipo con tal delimitación (véase 1.3.1.2.4. *supra*). No queda claro si el papel de la pragmática en Filip (1999) es meramente el de desambiguar una oración, o bien, si tiene un papel mayor al disparar implicaturas adicionales e involucrar conocimiento enciclopédico. Sin embargo, claramente, la inferencia de telicidad surge de la forma de las construcciones, sus componentes léxicos y sus significados —incluyendo a menudo significado instruccional (las instrucciones combinatorias)—, y consecuentemente tiene mucha similitud con algunas descripciones de lo que es una implicatura convencional. Parecería que podemos acudir a la noción de implicación para la telicidad cuando bastan las implicaciones léxicas, y que podemos acudir a la idea de implicatura convencional cuando las implicaciones léxicas no bastan, sino que hace falta añadir significado convencional no conceptual (que podría asociarse tanto con las reglas composicionales como con algún ítem léxico, p.ej., ‘*hasta*’ en *fuímos hacia el norte hasta Zaragoza*).

1.4.4. LA CONSTRUCCIÓN DE LA(S) (A)TELICIDAD(ES): INTENTO DE CLASIFICACIÓN

Hemos visto algunos antecedentes respecto del carácter inferencial de la (a)telicidad; sin embargo, en vez de tener que elegir entre uno u otro tipo de caracterización (desambigüación pragmática vs. implicación vs. implicatura convencional vs. construcción composicional, etc.), quizás tengamos que conservar todas ellas. Esto por dos razones: primero, es evidente que hay diversas clases de telicidades y atelicidades, identificables por el distinto modo en que surgen y porque algunas de ellas se construyen con base en, o sobre, las otras.

Es decir, la (a)telicidad no es un fenómeno unitario y singular, por lo que dicha diversidad puede emplear recursos distintos en cada caso. Segundo, porque incluso en el mismo caso puede ser que la (a)telicidad considerada no surja por un único medio, sino que requiera de la conjunción simultánea de varios factores semánticos y/o pragmáticos. Los ejemplos (67a/b) por contraste con los ejemplos (76a/b) —repetidos enseguida—, manifiestan el hecho de que la telicidad puede surgir por medios distintos:

- | | | |
|------|------------------------------------|-----------|
| (67) | a. <i>Juan comió pizza</i> | (atélico) |
| | b. <i>Juan se comió una pizza</i> | (télico) |
| (76) | a. <i>Contemplaba el atardecer</i> | (télico) |
| | b. <i>Contemplaba el mar</i> | (atélico) |

En (67a/b) la ‘inferencia’ en uno u otro sentido depende, entre otras cosas, de la naturaleza delimitada o no delimitada de la frase nominal objeto (mediante presencia / ausencia de determinante), en tanto que en (76a/b) depende de cierto conocimiento enciclopédico relacionado con los significados de *mar* y *atardecer* (se puede observar el mar indefinidamente, pero el atardecer tiene un límite temporal), y no de la naturaleza delimitada o no de la frase nominal (ambas son definidas y presumiblemente contables). Por otra parte, el contexto situacional en que se enuncie (76a) puede forzar pragmáticamente a una asignación de atelicidad en vez de telicidad si, como ya dijimos, (76a) se emplea para remitir a una situación en la que se contempla un cuadro o una foto de un atardecer.

Las diversas (a)telicidades podrían clasificarse de dos maneras diferentes: Una estrategia sería clasificarlas en términos de qué ingredientes semánticos y pragmáticos se involucran en su formación; otra estrategia sería tomar como eje de la clasificación un concepto general de evento y la relación que cada (a)telicidad guarda con dicho concepto.

1.4.4.1. CLASIFICACIÓN INFERENCIAL

Me parece difícil establecer una clasificación nítida y general para los modos en que se determina la telicidad o atelicidad de un enunciado. Esto por varias razones. Una primera dificultad es que, a pesar de la gran cantidad de estudios sobre la telicidad, está aún pendiente un estudio detallado, exhaustivo y global sobre los modos en que

surgen las diversas interpretaciones télicas y atélicas en las situaciones de habla y el discurso, y para varias clases de oraciones. Una segunda dificultad es la falta de consenso en lo que respecta a la división de labores entre semántica y pragmática (ya no se diga respecto de los diversos análisis posibles ofrecidos en cada caso y respecto de la identificación y clasificación de inferencias). Una tercera dificultad es que cada ítem léxico particular puede tener implicaciones léxicas únicas, y por otra parte, puede tener codificado semánticamente lo que para otros ítems léxicos surge pragmáticamente. De modo que aunque ciertos fenómenos semánticos y pragmáticos suelen aparecer con recurrencia en la interpretación 'aspectual' de un enunciado, la presencia de cierto factor en particular es cuestión del caso concreto considerado, es decir, de la enunciación particular de una oración particular con determinados ítems léxicos y determinado contexto discursivo y situacional. A falta de poder agrupar la diversidad de casos en clases, vale la pena presentar un inventario, que no pretende ser exhaustivo, de los diversos factores que inciden en la telicidad o atelicidad de un enunciado (80).

(80) **Factores interpretativos que inciden en la telicidad de un enunciado**

a. **Desambiguación proposicional** (incluye desambiguación léxica)

b. **Adaptación del significado básico a contextos especiales (lingüísticos o no)**. Aquí entraría el giro entre un uso típico (predicado en su sentido básico) y un uso atípico (predicado como situación preparatoria o iterativa) del mismo lexema

c. **Conocimiento enciclopédico**. Complementación o alteración del significado léxico mediante conocimiento enciclopédico relacionado con la ocurrencia o empleo específico de un ítem (p.ej. *convertirse en arquitecto, examinar un paciente, el tren cruzó la frontera* serán télicos cuando el interpretante tenga asociadas a estas frases verbales situaciones delimitadas en su conocimiento enciclopédico del mundo real)

d. **Conocimiento contextual lingüístico**. Complementación o alteración de la interpretación de la oración mediante información previamente introducida en el discurso.

e. **Conocimiento contextual no lingüístico.** Complementación o alteración del significado (léxico u oracional) mediante conocimiento directo de la situación a la que refiere la ocurrencia o el empleo específico de un ítem (p.ej. *convertirse en arquitecto, examinar un paciente, el tren cruzó la frontera, tourists drank milk in an hour*, serán télicos cuando se refieran a una situación que el interpretante está presenciando y que son situaciones delimitadas en el mundo real)

f. **Composicionalidad.** Complementación o alteración de la información del verbo mediante unificación de la información semántica contenida en varios constituyentes, pej. *comer pastel / comerse el pastel*

Es evidente que varios de los elementos listados en (80) están muy relacionados y que a menudo intervienen todos en un solo caso. Veamos el ejemplo de Mourelatos (1981:207 *apud* Filip 1999:63-64).

- (81) *He pushed the cart three times*
 a. *He pushed the cart out of his way three times*
 b. *He pushed the cart over the hill three times*
 c. *He started pushing the cart three times.*

Un enunciado como (81) contiene una frase adverbial de frecuencia (*three times*) cuya semántica obliga a suponer que la frase verbal con la que se combina es contable (i.e. télica) —Filip (1999:63) proporciona el siguiente inventario de elementos que pueden cambiar o inducir la telicidad: frases adverbiales, verbos de fase, modo (imperativo), aspecto (progresivo), tiempo—. Pero la frase verbal es, en su sentido básico, atélica, así que surge una incompatibilidad a resolver. Que el hablante detecte esto representa el factor (80f), y para solucionarlo deberá decidir entre varias alternativas —que supone un proceso cercano a (80a)—.

(i) Puede desechar el significado básico por otro cercano pero compatible con el modificador adverbial (80b), lo que daría una interpretación de (81) como (81c).

(ii) Puede decidir que no hay que cambiar el significado básico sino añadir un constituyente que proporcione la idea de meta. En este caso, la interpretación sería (81b) si, por ejemplo, está presenciando (factor 80e) que el referente de *he* está empujan-

do el carrito sobre la colina;

(iii) O bien, sería (81a) si no está presenciando la situación pero en el discurso previo se mencionó que el referente de *he* tenía la pretensión de sacar de curso al carrito (factor 80d).

Queda claro entonces que

“Los cambios entre interpretaciones de proceso/estado y de evento también dependen de las inferencias que pueden establecerse a partir del contexto lingüístico a nivel discursivo y del contexto de la enunciación.” (Filip 1999:63)

Pero también dependen, claro está, de que el interpretante tome por sentado que su interlocutor está empleando correctamente las expresiones de la lengua o de que su enunciado es relevante —sin esto, no puede emplearse la información discursiva en (iii) o contextual en (ii)—. Veamos algunos casos de interpretación iterativa.

(82) Iteración con verbos puntuales.

- a) *Juan encontró el tesoro enterrado en su jardín *durante seis semanas*
- b) *Juan encontró pulgas en su perro durante seis semanas* (Dowty 1979 *apud* Filip 1999:60)

Los verbos puntuales, se supone, son semánticamente incompatibles con adverbios de semántica durativa (82a) a no ser que la oración sea compatible con una interpretación de pluralidad secuencial (iteración) como en (82b). La frase *encontrar pulgas* es ambigua entre aquella interpretación en la que todas las pulgas fueron encontradas de una sola vez, y aquella en que se fueron encontrando distintas pulgas en distintas ocasiones. Se ha aducido que frases adverbiales como *durante seis semanas* resuelven la ambigüedad (eliminan una de las dos interpretaciones) y coercionan el verbo de evento puntual en uno de actividad. ¿Pero no es después de todo el intérprete el que hace todo esto? ¿y cómo lo hace? Pues tratando de acomodar el significado estrictamente lingüístico con sus conocimientos generales (cf. Moens y Steedman 1988:18, 27), y mediante la suposición de que el interlocutor está siendo cooperativo.

Los verbos de consumo generalmente impiden iteración porque el paciente solamente puede ser consumido una vez. De este modo (83a) no podrá ser iterativo, pero (83c) sí, debido a la pluralidad indeterminada del complemento. La frase nominal indefinida plural

de (83b) podría permitir una interpretación de actividad iterativa similar a (83c) si este indefinido se interpreta de manera inespecífica. Si se interpretara de manera específica (hay un conjunto determinado de manzanas de las que se dice que Juan se las comió), entonces no podrá acomodarse una interpretación de actividad para (83b).

- (83) Iteración con verbos de consumo
- a. *Juan se comió una manzana*
 - b. *Juan (se) comió unas manzanas*
 - c. *Juan comió manzanas*

Pero que la FN sea interpretada como específica o no dependerá de la información de la que disponga el intérprete y del cálculo que éste haga con base en ella.

Los giros de interpretación ponen en evidencia que lo estrictamente codificado es solamente una parte de aquello que determina una interpretación télica o atélica.

“En los casos de giro entre la lectura de proceso (atélica) y la de evento (télica), el significado de la oración no es una simple función de sus partes componentes. Lo que es interesante de ejemplos como (65) [*Mary played the same waltz for an hour*] y (66) [*John rode the bus to work for three years*] (interpretado iterativamente), por ejemplo, es la observación de que *Mary played the same waltz for an hour* o bien *John rode the bus to work* por cuenta propia no implican ninguna iteración. Ni tampoco está la interpretación iterativa implicada por la frase durativa con *for*. En resumen, no hay constituyente alguno en (65) o en (66) que por sí mismo aporte el significado de iteración al significado de la oración entera. Tales datos parecen plantear problemas a los análisis semánticos composicionales.” (Filip 1999:66)

No hay tales problemas, claro está, en el momento en que la iteración sea aportada, no por la semántica sola, sino por el efecto inferencial de principios pragmáticos. El verdadero problema es decidir cuándo cierto ingrediente de la interpretación es semántico y cuándo es algo aportado por el conocimiento no-lingüístico del intérprete. Respecto de un ejemplo como (84) Filip (1999) observa que puede interpretarse homomórficamente (es decir, podemos interpretar que la disolución de los grumos en la sopa y el emparejamiento de la consistencia de ésta progresa paralelamente al modo en que progresa la situación de *menear la sopa*).

(84) *He stirred the soup until all the clumps were dissolved*

Pero la semántica de *to stir the soup* no implica que así sea, es decir, no nos obliga a tal interpretación.

“Aunque los hechos del mundo real permiten una situación en que la sopa cambia una de sus propiedades (la consistencia) en etapas sucesivas, no puede interpretarse que el verbo *menear* [*stir*] implica un homomorfismo.” (Filip 1999:96)

Lo mismo sucede con los ejemplos (74) y (75), repetidos enseguida con el mismo número:

(74) *El médico examinó al paciente* (télico)

(75) *Memo se convertía en arquitecto* (télico)

De estos casos se nos comenta lo siguiente:

“La interpretación télica no depende aquí de lo que se encuentra explícitamente codificado en las expresiones lingüísticas, sino de lo que el intérprete sabe acerca de un escenario más amplio evocado por el material lingüístico.” (Filip 1999:102)

Dicho ‘escenario más amplio’ involucra una amplia gama de posibilidades, incluida la situación extralingüística en la que tiene lugar la enunciación. Esto supone que cuando el interpretante toma en cuenta factores contextuales no lingüísticos, junto con su conocimiento del mundo, la interpretación semántica se ve supeditada a modificaciones.

“Así como no podemos clasificar verbos individuales de una vez por todas como actividades o *accomplishments*, del mismo modo no podemos clasificar verbos individuales de una vez por todas como homomórficos o no-homomórficos. El que un predicado dado (simple o complejo) implique una propiedad de homomorfismo está sujeto a influencias contextuales, tanto lingüísticas como no-lingüísticas.” (Filip 1999:99)

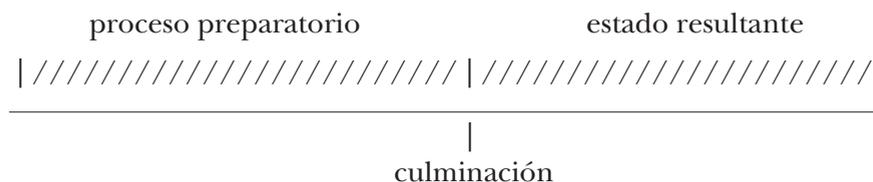
Krifka (1992 *apud* Filip 1999:103) observa que las propiedades de los roles temáticos no necesariamente se encuentran siempre indisolublemente asociadas a éstos sino que se siguen de otras fuentes de conocimiento. Consecuentemente, “[...] requerimos separar tales

distinciones lingüísticamente codificadas de las inferencias que se sacan sobre la base del conocimiento general acerca del mundo y de principios pragmáticos de interpretación” (Filip 1999:71).

1.4.4.2. CLASIFICACIÓN CONCEPTUAL

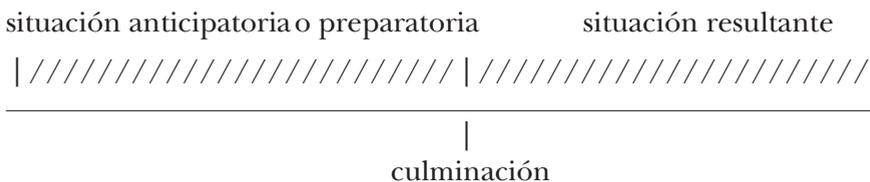
Una vez determinada la interpretación de cierto enunciado, y comparándola con otras tantas interpretaciones de otros enunciados, podemos constatar fácilmente que no todas las telicidades (o atelicidades) son equiparables en su relación con el concepto o esquema general de lo que es un evento. Tomemos como punto de partida el esquema de núcleo eventivo de Moens y Steedman (1988:18-19, 23). Proponen que un núcleo eventivo se conforma de un proceso preparatorio, una culminación y un estado resultante.

(85) estructura eventiva o unidad mínima de cambio en Moens & Steedman (1988)



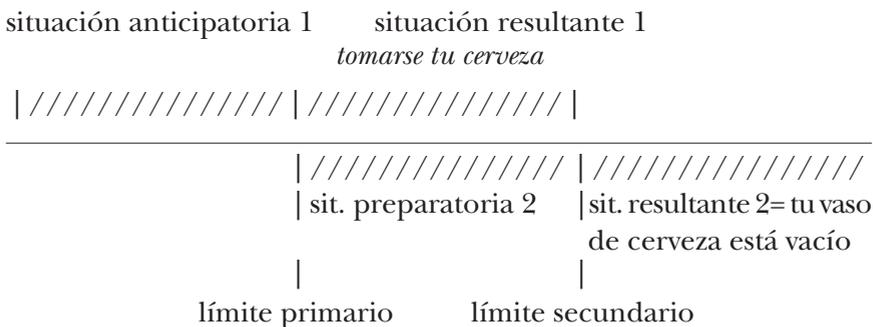
Estos autores observan atinadamente que “varias de las transiciones permisibles entre las categorías aspectuales [...] parecen estar relacionadas a una única estructura de evento elemental basada en contingencia, la cual llamamos un **núcleo**” (Moens & Steedman 1988:18). Es decir, los cambios y giros de interpretación aspectual no son azarosos, sino que se basan en un esquema general de evento que sirve como guía para la interpretación temporal (Moens y Steedman 1988:15, 27). Dicho núcleo sería algo similar a (85). En otras palabras, “cuando hacemos referencia a diferentes eventualidades, lo que hacemos es referirnos a diferentes componentes del *núcleo*” (Vázquez Rojas 2007:47). Pero quizá valga la pena modificar el esquema de (85) para lograr abarcar la generalidad de los casos. Podemos denominar el esquema (86) como una estructura eventiva bimembre, en el sentido de que consta de un antes y un después respecto de una única culminación.

(86) **estructura eventiva general** (bimembre)



Es muy común el caso en que la situación preparatoria es un proceso, pero no es algo necesario. También han recibido mayor atención aquellos casos en que la situación resultante es un estado, pero de nuevo, esto no es necesariamente así. Lo general es que el léxico y las maneras de interpretar las oraciones reflejen una tendencia a agrupar diversas situaciones en un paquete, como si estuviesen más estrechamente relacionadas de lo que el azar dicta, y dentro de estos paquetes suele percibirse un evento puntual que media entre dos situaciones: una que anticipa el evento puntual, y otra que le sucede. Dicho evento puntual suele ser el criterio que se toma para calificar la situación que antecede como una situación télica. Podemos incluso tener una situación limitada por dos culminaciones (el inicio y el término) que la separan de la situación previa y la posterior, como en (87), donde situación resultante 1 = situación preparatoria 2 = *tomarse tu cerveza*.

(87) **estructura eventiva trimembre** (*accomplishments* o tareas)



Cuando tenemos más de una culminación, como en (87), podemos distinguirlas como límite primario (inicia el *accomplishment*) y límite

secundario (se completa el *accomplishment*). La situación resultante 1 es un proceso, en tanto que la situación resultante 2 es, generalmente, un estado. Lo importante es que mediante un ítem léxico (y/o su aparición en una oración) nos referimos a veces al evento puntual, o bien, en otros casos, a la situación que sigue, o bien, a la que antecede, o por último a una situación distinta que consta de una repetición de una parte u otra del esquema. Y esto puede ser no solamente porque el significado del ítem léxico remita directamente a tal o cual parte del esquema en (86) o de un esquema compuesto como (87), sino también porque, aunque el significado del ítem léxico remite a cierta parte del esquema, el resto de la oración o el contexto indica que estamos queriendo remitir a una parte adyacente del esquema, asociado al significado básico de ese lexema pero no directamente iluminado por él. Una explicación potencial para la productividad de esta estrategia —el empleo ‘oblicuo’ del significado de un lexema para apuntar a algo diferente de lo que sería su referente directo— es el aprovechamiento de los mecanismos que generan implicaturas, es decir, las restricciones pragmáticas, que dan cuenta de la inexistencia de ciertos ítems léxicos (Levinson 1983:37, 100, 145, 163-164, 372).

Retomemos el esquema (87). Ante la presencia potencial de dos culminaciones, es claro que tanto la iteración como la imperfectividad podrían interpretarse tomando como referencia cualquiera de esas dos culminaciones. Sin embargo, parece haber una marcada tendencia a preferir tomar como punto para la interpretación la culminación que se encuentre más a la derecha. Esto resulta en que si solamente hay una posible culminación, ésta es la que se toma como punto de interpretación para la telicidad/atelicidad y para las iteraciones y la imperfectividad. En este caso hablaremos, en la tabla 8 *infra*, de un límite primario. Cuando pueda concebirse más de una culminación (generalmente dos), será la última la que se tome como punto de partida para la telicidad/atelicidad y para las iteraciones y la imperfectividad. En tal caso hablamos de límite secundario. Podemos ver tal diferencia como aquella entre telicidad incoativa (*Juan logró empujar el bloque de cemento*) y telicidad resultativa (*Juan empujó el bloque de cemento hasta la cima del cerro*). Estas interpretaciones téticas se basan en los bordes iniciales (límite primario) y finales (límite secundario) de una situación, respectivamente. La evidencia de esta distinción se encuentra en la interpretación de las perífrasis de progresivo (88) y el contraste respecto de las conjugaciones de sentido perfecto (89). Otra evidencia es la interpretación de las oraciones

que sugieren iteración (90), la cual puede basarse en la repetición del inicio o bien en la repetición de la meta terminal.¹¹³

Vemos en (88a) que la interpretación del imperfectivo toma como guía la única culminación concebible que sería la que corresponde al inicio de la situación representada por el lexema verbal. Puesto que dicha culminación se representa como no alcanzada, surge una interpretación en términos de giro preparatorio en proceso.

(88) La perifrasis con sentido imperfectivo se interpreta respecto de culminaciones diferentes según el tipo de situación codificada por la FV.

a) Una sola culminación concebible: el imperfectivo da por resultado un giro preparatorio (la incrementalidad se orienta hacia el borde incoativo)¹¹⁴

SUCESOS

Julio está adivinando la respuesta. (No la ha adivinado aún)

La soga se está rompiendo. (No se ha roto aún)

ESTADOS

Los gobernados están creyéndose la mentira (todavía no terminan de creérsela completamente, pero están en el proceso de hacerlo).

La maleza está rodeando la milpa (se está reproduciendo muy rápido, pero aún no se cierra el cerco).

b) Dos culminaciones concebibles (inicio y meta): el imperfectivo no resulta en un giro ‘preparatorio’ (la incrementalidad se orienta hacia un posible borde resultativo —la situación ha iniciado y se encuentra en desarrollo—)

ACTIVIDAD

Juan estaba empujando la pesada caja. (= ya la ha empujado)

¹¹³ En los ejemplos que siguen, los calificativos de ‘suceso’, ‘actividad’, etc. se refieren al tipo de situación que la frase verbal nuclear codificaría en infinitivo y sin modificadores adverbiales de tiempo o frecuencia. Evidentemente, una vez que tomamos en cuenta éstas últimas (o la flexión verbal), el tipo de situación codificado por la oración es diferente.

¹¹⁴ Las actividades preparatorias no suelen permitir mucha duración incluso en contextos específicos: ?? *Un compañero saltó en una hora (tiene miedo a las alturas); ?? Memo corrió en una hora (eso tardó en recuperarse de la lesión).*

La viuda estaba fingiendo tristeza. (= ya había fingido tristeza)
El helicóptero está cayendo muy rápido. (= ya está cayendo)

TAREA

El abogado estaba quemando los documentos. (= ya había quemado una parte)

Estaba empujando la caja hasta la cima. (= ya la ha empujado pero *no* hasta la cima)

Pablo estaba corriendo a la tienda. (= ya ha corrido pero *no* hasta la tienda)

María estaba comiéndose una torta. (= ya ha comido pero *no* ha terminado la torta)

En (88b) en cambio, tenemos dos culminaciones concebibles. Si una situación está en desarrollo (lo cual no puede decirse de un suceso ni de un estado), puede concebirse que dicho desarrollo apunte (o no) a una meta. En este sentido, el desarrollo de las actividades sugiere la posibilidad de una meta aunque de hecho no haya tal. En consecuencia, la culminación de inicio pierde su calidad de guía en la interpretación y es la posibilidad de una meta la que determina la interpretación del imperfectivo. Esté o no codificada tal meta, el resultado es una interpretación en que la situación ha iniciado y está en desarrollo. En (89a) sucede algo paralelo a (88a) con la interpretación del perfectivo.

(89) El perfectivo se interpreta respecto de culminaciones diferentes según el tipo de situación.

a) Con el perfectivo los sucesos y algunos estados se interpretan con respecto al borde incoativo

El avión despegó sin problemas. (= inicio o borde incoativo completado)

Julio adivinó la respuesta. (= borde incoativo completado)

Doña Martha tuvo un bebé. (= borde incoativo completado)

Los viajeros conocieron al anfitrión. (= borde incoativo completado)

b) Con el perfectivo las actividades se interpretan con respecto al borde incoativo, pero las tareas con respecto al borde resultativo:

Juan empujó la pesada caja. (= borde incoativo completado)

Juan empujó la pesada caja hasta la cima. (= meta o borde resul-

tativo completado)

María comió (torta). (= borde incoativo completado)

María se comió una torta. (= meta a borde resultativo completado)

Pero en (89b) surge una asimetría con el imperfectivo en las actividades. Puesto que no hay meta codificada, el perfectivo debe interpretarse respecto de la culminación inicial (contrariamente al imperfectivo) y simplemente refiere a que la situación ha comenzado y enfoca ese momento sin especificar que la situación esté continuando o haya cesado. Otro tanto sucede con las interpretaciones iterativas que requieren tomar como base alguna de las culminaciones.

(90) Iteración de bordes iniciales y finales

SUCESOS:

Ese funcionario ganaba mucho dinero día tras día. (= borde incoativo iterado)

Juan llegaba muy de mañana todos los días. (= borde incoativo iterado)

Ese empleado regala la mercancía como si fuéramos ricos. (= borde incoativo iterado)

Un avión despega cada cinco minutos. (= borde incoativo iterado)

ESTADOS (reinterpretados como sucesos ingresivos)

La policía nos rodeó varias veces. (= borde incoativo iterado)

Ya estuvimos tres veces en ese bar. (= borde incoativo iterado)

ACTIVIDADES:

Juan empujó la pesada caja una y otra vez. (= borde incoativo iterado)

Elena fumó y fumó. (= borde incoativo iterado)

Pablo caminó por el parque todas las mañanas. (= borde incoativo iterado)

TAREAS:

Juan empujó la caja hasta la cima tres veces. (= borde resultativo iterado)

Pablo corrió a la tienda varias veces. (= borde resultativo iterado)

María se come una langosta todas las semanas. (= borde resultativo iterado)

Tenemos además, con las actividades y las tareas, que al pasar del perfecto al imperfecto, lo imperfecto ya no refiere al evento original sino a la iteración misma:

- (91) La imperfectividad refiere a la iteración
Pablo caminaba por el parque todas las mañanas.
Juan empujaba la pesada caja hasta la cima tres veces.

En (91), lo ‘imperfectivo’ es el hábito mismo no cada instancia de ese hábito. Tenemos pues, las siguientes asimetrías:

Tabla 7: Asimetrías reflejadas por el contraste perfecto/imperfectivo en interpretaciones simples e iterativas			
	Estados/Sucesos	Actividades	Tareas
Imperfectivo	Incoativo	Resultativo	Resultativo
Perfectivo	Incoativo	Incoativo	Resultativo
Iteración con Perfectivo	Incoativo, (perfectivo tiende a calificar la iteración misma)	Incoativo	Resultativo
Iteración con Imperfectivo	Incoativo (imperfectivo califica la iteración misma)	Incoativo, (imperfectivo califica la iteración misma)	Resultativo, (imperfectivo califica la iteración misma)

Para cada caso aparece cuál es la culminación o borde que se toma en cuenta para la interpretación del perfecto o del imperfecto. El hecho de que cuando hay iteración la imperfectividad tiende a calificar dicha iteración, y no a cada miembro de la misma, refleja que en estos casos el límite considerado relevante no pertenece a ninguno de los eventos que conforman la iteración sino al meta-evento que los agrupa. A este límite lo denominamos, en la tabla 8, límite terciario.

A pesar de que toda actividad tiene disponible un borde télico-incoativo —aunque hemos matizado esto en 1.3.1.2.1.2.—, éstas se interpretan preferentemente como carentes de delimitación, esto es,

como enfocadas hacia su terminación (o falta de ella) y no hacia su inicio (o falta de él). En este sentido, parece que la interpretación télico-incoativa es más marcada que la télico-resultativa y de hecho solo se manifiesta cuando es la única concebible. También cabe señalar que las distintas interpretaciones posibles para una oración, en términos de las culminaciones relevantes, no se anulan, como generalmente se asume bajo la etiqueta de ‘coerción aspectual’, sino que se suman (esto es bastante evidente en la concepción original de *coerción* de Moens & Steedman 1988:17-18: el evento coercionado no desaparece, forma parte del evento que resulta de la coerción). El límite terciario supone un límite secundario y el límite secundario a menudo supone el primario. Distinguiremos entonces actividades ‘puras’, esto es, sin telicidad iterada, de actividades ‘derivadas’, las cuales no son otra cosa que eventos ‘télicos’ iterados. Finalmente, ubicaremos a los predicados llamados ‘puntuales’ como aquéllos en los que la telicidad incoativa es la preferente por ser la única disponible. Éstos contrastan con las actividades en que se enfocan hacia su inicio (o falta de él) y no hacia su terminación.

Los fenómenos mostrados de (88) a (91) son a mi parecer suficientes para justificar lo antes expuesto y la clasificación rudimentaria presentada en la tabla 8 (la cual explicamos en seguida).

He dividido esta tabla en tres filas, cada una de las cuales corresponde a un grupo de interpretaciones que toman al mismo tipo de límite como relevante para la identificación de la situación. Esto puede darse de varias maneras:

Primera fila: Sea porque la situación se define en relación anticipatoria a dicho límite (1a), o porque es el límite mismo (1b), o bien, porque dicho límite es el punto inicial de la situación (2). Podemos visualizar esto mediante el esquema (92).

(92) esquema correspondiente a (1) y (2) en la primera fila de la tabla 8

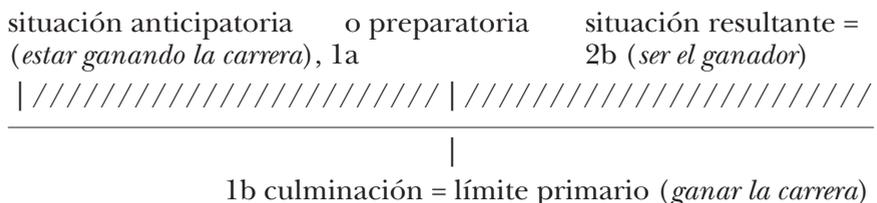


Tabla 8: Jerarquización de las (a) telicidades

El límite se encuentra a la derecha de la situación	El límite coincide con la situación	El límite se encuentra a la izquierda de la situación (en caso de haberlo), + ausencia de límite a la derecha.
Límite primario: base para el inicio de una situación singular		
<p>1a) Telicidad ingresiva. El predicado se usa para remitir a una situación anticipatoria de aquella codificada por el significado básico de dicho predicado.</p> <p><i>Manuel está ganando la carrera</i> <i>Carlos está conociendo la ciudad</i> (todavía no la conoce plenamente)</p>	<p>1b) Telicidad ingresiva. Significado básico del verbo. <i>Manuel ganó la carrera</i> <i>Pablo se deslizó por el pasillo</i> (en menos de dos minutos) <i>Carlos conoció la ciudad</i></p>	<p>2) Atelicidad de masa por carencia de cuantización: utiliza el significado básico 2a) incrementalidad sin partes atómicas <i>Pablo se deslizó por el pasillo</i> (durante dos minutos) <i>Pablo tomó cerveza</i> 2b) duración sin partes atómicas <i>Manuel está enfermo</i> <i>Manuel es el ganador</i> <i>Carlos conoce la ciudad</i></p>
Límite secundario: base para una pluralidad de situaciones		
<p>3) Telicidad por cuantización de masa. Utiliza el significado básico y presenta incrementalidad sin partes atómicas. <i>Pablo se tomó tu cerveza</i></p>	<p>No parece haber casos (salvo mediante composición con verbos de fase, p.ej. <i>Pablo terminó de construir la casa</i>)</p>	<p>4) Atelicidad por iteración. Pluralidad indefinida de repeticiones de un evento cuantizado. Presenta incrementalidad con partes atómicas. <i>Juan estornudó toda la tarde.</i></p>
Límite terciario: base para una pluralidad de pluralidades de situaciones		
<p>5) Telicidad por cuantización de una iteración. Incrementalidad con partes atómicas. <i>Juan estornudó toda la tarde hasta quitarse el resfriado.</i></p>	<p>No parece haber casos</p>	<p>6) Atelicidad por iteración de una iteración cuantizada. No es imposible que haya casos, pero de haberlos son muy marcados y poco frecuentes.</p>

Otras posibles situaciones, como *deslizarse, tomar, estar enfermo*, tendrían distintas culminaciones de inicio y distintas situaciones anticipatorias.

Segunda fila: Sea porque el límite en cuestión se concibe como una meta específica sin la cual no puede definirse la situación (3), o porque constituye la base a repetir (4) —cf. Moens & Steedman (1988:17)—. Esto puede visualizarse mediante el esquema (87) para el caso de (3).

Tercera fila: Sea porque el límite en cuestión se concibe como una meta específica sin la cual no puede definirse la situación (5), o porque constituye la base a repetir (6). Es decir, tenemos el mismo caso que el anterior, pero con respecto a una meta-situación constituida por una secuencia de situaciones semejantes entre sí.

En el capítulo tercero enfocaremos de manera privilegiada los aspectos 2) y 3) de la tabla 8 en relación con las construcciones biactanciales con verbos de consumo/efectuación (o de destrucción/creación).

1.5. CONCLUSIÓN

A lo largo del presente capítulo hemos visto una tensión constante entre la consideración de la telicidad como propiedad de las expresiones o como propiedad ontológica de los referentes, con un punto intermedio, en el que los marcos eventivos no se encuentran ni en las expresiones ni en los referentes sino en la cognición de un sujeto,¹¹⁵ o bien, en la relación objetiva entre una expresión y sus referentes. El énfasis puesto en las expresiones termina por encontrarse con el problema de que las pruebas lingüísticas nunca son totalmente concluyentes al margen del ‘conocimiento del mundo’ que aflora

¹¹⁵ A este respecto es pertinente recordar el problema proveniente de la filosofía de la lógica en torno a qué debe considerarse una *proposición*: si una entidad abstracta independiente de cualquier expresión en algún lenguaje, o bien, si es el contenido de lo expresado mediante ciertas concatenaciones de símbolos (sean lógicos o lingüísticos), o bien, si es un constructo mental de algún sujeto, que puede ser objeto de estados mentales como la creencia o el deseo (y no algo “abstracto” en el sentido lógico). No nos adentraremos en tales discusiones pero recomendamos la clarísima exposición de este problema, usualmente muy nebuloso, en Engel (1989).

en las interpretaciones. En cuanto a la integración del conocimiento del mundo a la caracterización de los significados expresados, tampoco hay consenso sobre qué factores integrar y su grado de importancia *lingüística*. Las caracterizaciones de la telicidad acuden a lo temporal o a lo causal, e inclusive a lo modal (límite *necesario* vs. *contingente*), dando mayor o menor peso al sentido o a los referentes.

En este amalgama de posibilidades, nos atenemos a la telicidad como una propiedad de las descripciones lingüísticas en tanto reguladoras de la extensión (sin descartar motivaciones externas) y, dados los problemas para definir adecuadamente a los eventos en términos de estados y tiempos, nos inclinamos por la solución davidsoniana: aceptar a los eventos como entidades de primer orden por derecho propio. La caracterización más neutra y eficiente de la telicidad nos parece aquella que la describe como la relación de atomi- cidad entre un predicado de situación dinámica y sus referentes potenciales (con esto iniciaremos el capítulo que sigue).

Sin embargo, vimos que la telicidad no parece estar totalmente determinada por un lexema verbal específico en vista de que muy a menudo presenta múltiples interpretaciones, algunas de ellas —además— sensibles a la delimitación de los complementos. Más bien parece que los medios expresivos proporcionan la base o los ingredientes para que puedan darse ciertas inferencias con respecto al evento, no solamente si es télico o atélico, sino incluso el modo en que es télico (por incoatividad o por resultatividad vía delimitación del complemento) y el modo en que es atélico (por homogeneidad o por iteración). Es difícil apreciar de manera clara los diversos mecanismos merced a los cuales la información léxica, las reglas composicionales, los principios pragmáticos y el conocimiento general de que dispone un intérprete, dependen unos de otros, o, en otros casos, ceden unos frente a otros. Es innegable que la telicidad puede entenderse como aspecto léxico si esto solamente quiere decir que la información léxica alimenta la interpretación aspectual. Pero esto es trivialmente cierto de prácticamente cualquier aspecto de la interpretación, sea semántica o pragmática. Por otra parte ya vimos que para que cierta forma lingüística pueda aportar su información convencional, primero debe resolverse la cuestión de qué expresión o qué sentido de la expresión está empleando el interlocutor. En esta resolución no necesariamente resulta suficiente la consideración del contexto de uso; como bien advierten Sperber y Wilson (1998), hace falta asumir que el interlocutor está empleando adecuadamente y de manera racional las expresiones lingüísticas. No basta, pues, advertir que

“estos perfiles aspectuales son propiedades de las oraciones o verbos empleados *en un contexto*: los sentidos-significados de las oraciones o verbos en aislamiento son generalmente compatibles con varios (o incluso todos los posibles) perfiles vendlerianos” (Moens & Steedman 1988:17)

Aún ya resueltas las ambigüedades, ningún ítem léxico por sí solo determina la interpretación aspectual (entendida como oposición télico/atélico) final de un enunciado. No parece entonces que pueda hablarse, para la telicidad, de ‘aspecto léxico’ en ningún sentido interesante del adjetivo ‘léxico’. Y peor aún si aceptamos la posibilidad de que ciertas inferencias pragmáticas enriquezcan la información semántica inicial, pasando a formar parte del contenido proposicional, es decir, de ‘lo dicho’. En tal caso, los significados están relativizados a ciertos escenarios conceptuales —en un sentido lo suficientemente amplio como para recordar la idea wittgensteiniana de que el lenguaje solo adquiere sentido en el marco de juegos del lenguaje— (Filip 1999:102). Al considerar la telicidad como una cuestión de inferencia, las clasificaciones de las frases verbales como télicas o atélicas son pertinentes únicamente en el siguiente sentido: una frase verbal télica es una frase verbal para la cual *la única interpretación posible* es télica (y para una enorme cantidad de frases verbales no se da el caso en que haya *una única interpretación posible* (Vendler 1957:143-144, 150, 152)). De modo que cuando en el presente trabajo digamos algo como “el enunciado *Y* es télico” lo decimos por resumir “la interpretación preferente o la única posible para el enunciado *Y* es télica” (a este respecto véase Bach 1981:69; 2002 [1986]:324). Esto es, el lector deberá siempre tener en mente que no son las frases verbales o las oraciones las que son télicas/atélicas sino únicamente sus respectivas interpretaciones (habiendo, generalmente, más de una sola por cada expresión, pudiendo ser, todas ellas télicas, o todas atélicas, o bien, por último, algunas télicas y otras atélicas). No volveremos a advertir este matiz en nuestro uso de los términos.

A pesar de la multitud de factores involucrados (incluido ‘el conocimiento del mundo’) la (a)telicidad parece ser construida o inferida de modo sistemático. Esto es especialmente claro en los grupos de verbos que —con el mismo significado— permiten telicidad y atelicidad (típicamente, los verbos de creación/destrucción, de ejecución y de desplazamiento), razón por la cual nos enfocaremos a tales grupos. Esta sistematicidad se percibe aún más claramente al jerarquizar los giros interpretativos en relación a un concepto muy

general de ‘núcleo eventivo’, de manera que la atelicidad por homogeneidad preceda a la telicidad por delimitación del complemento, y ésta, a su vez, preceda a la atelicidad por iteración. Lo anterior se basa en la presunción de que la denotación de masa (plural no-atómica) es más elemental que la denotación singular, y ésta, a su vez, es más básica que la denotación plural-atómica (i.e. multitud compuesta de átomos). Para justificar esta presunción y dado que consideramos a la telicidad como un caso particular de atomicidad de los predicados (en relación a sus posibles referentes y a cierta interpretación), es indispensable proporcionar un sistema de relaciones parte-todo. Eso precisamente haremos en el capítulo que sigue, no sin vincular dicho sistema a las propiedades denotativas de predicados verbales y nominales.

CAPÍTULO II. LA TELICIDAD COMO UNA CUESTIÓN DE MEREOLÓGÍA

En el capítulo primero vimos que no hay consenso en cuanto a qué debe entenderse exactamente por ‘telicidad’, esto es, no hay consenso en cuanto a qué criterios deben figurar en la noción de lo que es télico y cuáles de éstos deben aparecer en primer plano y cuáles en segundo término. Sin embargo, restringiendo el uso del término ‘situación’ a predicados verbales (marginando momentáneamente los usos puramente ‘cognitivos’ *à la Talmy*) y asumiendo que, en tanto término lingüístico, ‘télico’ debe remitir a las expresiones y sus sentidos y no a entidades extralingüísticas, sí hay un consenso *formal*. Podemos ver *grosso modo* un consenso en cuanto a que la (a) telicidad se basa en la propiedad de predicados conocida como *homogeneidad* o “de subintervalo”, independientemente de en qué términos se encuentre planteada o del contenido que se le dé.¹ En otras palabras, si uno u otro autor favorece la idea de que la homogeneidad (o heterogeneidad según el caso) de un predicado reside en la parte *causal* o bien en la *temporal* de su sentido, esto no importa tanto como el hecho de que todos ellos admitan que lo realmente relevante es que un predicado verbal pueda aplicarse (o no), para describirla, a una situación y/o a cualquiera de sus partes. Entonces la relación que parece trascender a toda la discusión es la que encontramos entre los predicados que pueden aplicarse a ciertas circunstancias y los predicados que pueden aplicarse a *particiones* de esas mismas circunstan-

¹ Este consenso parece no incluir a Vendler, para quien la propiedad de tener progresión o no tenerla es anterior y más básica que la propiedad de homogeneidad, de manera que la homogeneidad/heterogeneidad es una dicotomía que no aplica a los sucesos (esto se constata claramente en la tabla 4, p. 40). Sin embargo esto es porque en Vendler los términos homogéneo/heterogéneo no se aplican a los *predicados* sino a la *progresión*. De ahí que necesariamente tenga que haber progresión para que la clasificación sea relevante. Aunque la mayor discusión es con respecto a si la telicidad es una propiedad de carácter causal, temporal o modal, tampoco hay acuerdo respecto de qué dicotomía, de entre las cuatro que siguen, es la más primitiva: 1) homogeneidad/heterogeneidad, 2) estático/dinámico, 3) duración/no-duración (temporalidad) y 4) progresión/no progresión (desarrollo). Discutiremos brevemente la relación entre dichas dicotomías en 2.6.3.

cias (independientemente de que las admitamos como *individuos* lógicos, i.e., como posibles referentes).

2.1. LA PROPIEDAD DE SUBINTERVALO COMO PROPIEDAD SUBORDINADA A LAS ESTRUCTURAS PARTE-TODO

Una propiedad básica, y de aceptación generalizada, que permite distinguir entre situaciones atélicas y situaciones télicas es la llamada Propiedad de Subintervalo (Bennett & Partee 1972; Dowty 1979) o de Homogeneidad (Vendler 1957), la cual poseen las primeras pero no las segundas. Iniciaremos, pues, exponiendo dicha propiedad ya que, además de gozar de mucha aceptación, facilita la ubicación de las estructuras mereológicas (i.e., parte-todo) como un factor pertinente para dar cuenta de la distinción télico/atélico. La observación de la propiedad de subintervalo se encuentra ya desde Aristóteles (Krifka 2001:1; de Miguel 1999:2982, 2998). La expresión de **propiedad de subintervalo** la acuñan Bennett & Partee (1972), quienes la presentan en los siguientes términos:

“Las frases verbales de SUBINTERVALO tienen la propiedad de que si son la frase verbal principal de una oración que es verdadera para un intervalo de tiempo I, entonces la oración es verdadera en cualquier subintervalo de I incluyendo cada momento de tiempo en I. Ejemplos de frase verbal de subintervalo son: *caminar*, *respirar*, *caminar en el parque*, *empujar un carrito*.” (Bennett & Partee 2004 [1972]:72)

Esta propiedad consiste en que si un predicado de situación (dinámica o estática) se mantiene para un intervalo de tiempo x , entonces también se mantiene para cualquier intervalo de tiempo y , tal que: $0 < y < x$. Esta propiedad no se da con predicados télicos como *comerse una manzana*.

La propiedad de subintervalo se basa en la consideración de que no hay, en actividades atélicas, ningún subintervalo superior a cero para el que la situación dinámica asociada mantiene una relación de *atomicidad* con respecto a la propiedad definida por el predicado. Esto es, cualquier intervalo temporal en que se mantenga que P , es un intervalo infinitamente divisible sin afectar la aplicabilidad de P ;²

² El hecho de que en la práctica raras veces se utilice esta ‘divisibilidad infinita’ no me parece afectar la idea misma de la propiedad de subintervalo.

o, lo que es lo mismo, en ningún momento se encuentra un intervalo x tal que x sea atómico con respecto a la propiedad P . Si a determinada circunstancia le es aplicable un predicado como *caer de muy alto*, como en (93), no hay intervalo de tiempo —por diminuto que sea— para el cual deje de ser cierto que ‘el agua cae de muy alto’.

(93) *En esta cascada el agua cae de muy alto*

Krifka (1998:197) observa acertadamente que aunque la propiedad de subintervalo esté orientada hacia la sensibilidad temporal del predicado, lo esencial de ésta es la noción mereológica de ‘parte’. Si la parte tiene la misma naturaleza (le es aplicable el mismo predicado) que el todo, tenemos referencia homogénea, de lo contrario tenemos referencia heterogénea (refiriendo a que las partes tengan o no la misma naturaleza que el todo, con respecto a la propiedad relevante). En la misma línea, Dowty (1991b) percibe el tratamiento algebraico del aspecto como una continuación y resultado “de una misma línea monótonica de desarrollo” que inicia con la semántica de intervalos. Los paralelos son evidentes:

“El punto sobre el que quisiera llamar la atención es que la relación clave, en la semántica algebraica basada en eventos, de un evento (denotado por una oración) como subparte de un segundo evento (denotado por la misma oración o por una diferente) corresponde a la relación, en los análisis aspectuales de semántica de intervalos, entre el caso de una oración siendo verdadera en un intervalo y el caso de la misma oración —o una diferente— siendo verdadera de un superintervalo del primer intervalo. En términos de estas relaciones importantes que se corresponden en cada teoría, por ejemplo, la diferencia entre una oración télica y una atélica es definida de modos paralelos [...] En otras palabras, las dos clases de teorías son isomórficas en su tratamiento de las bases del aspecto — hasta cierto punto.” (Dowty 1991b:xxii)

Sin embargo, “esto no es negar que hay detalles significativos para los que las dos [teorías] no son isomórficas”. En particular, la combinación de predicados estativos + operadores con una semántica de intervalos tiene el importante defecto de una “implicación de que cuando un evento de cambio ocurre a lo largo de un intervalo de tiempo, el cambio en cierto sentido no “tiene efecto” sino hasta el final del intervalo” (Dowty 1991b:xxiii). En el tratamiento algebraico, en cambio, “se permite que el cambio de estado esté distribuido tem-

poralmente en varios pequeños constituyentes de cambio de estado sucesivos” al asociarse a subeventos incluidos en el evento completo (Dowty 1991b:xxiii). Bach (1981:70-71) también aboga en favor de sustituir la perspectiva basada en intervalos en favor de la mereología de eventos. Alega que caracterizar a un evento (télico) como propiedad de un intervalo de cierto tipo no permite siquiera decir que “no hay parte propia del intervalo que sea también un evento del mismo tipo” —aunque podríamos decir que no hay parte propia del intervalo que tenga la misma propiedad que el intervalo entero—. El argumento principal de Bach es que las implicaciones de Kenny (1963) en (94) no son implicaciones semánticamente válidas al tomarse literalmente, a no ser que sean replanteadas en términos de las nociones de ‘evento individuado’ para la primera y de ‘subdivisibilidad’ para la segunda, es decir, en términos de mereología de eventos en vez de semántica de intervalos.

- (94) a. *Si María está encontrando un unicornio, María no ha encontrado un unicornio.*
 b. *Si Juan está corriendo, Juan ha corrido.*

Más aún, la idea de relaciones parte-todo —en vez de relaciones entre intervalos— aplicada a la (a)telicidad de las frases verbales da por resultado una mayor neutralidad, facilitando un acercamiento al mismo problema (de atomicidad y conteo) en las frases nominales mediante definiciones compartidas de atomicidad y divisibilidad (cf. Doetjes & Honcoop 1997:270-271):

“La telicidad tiene que ver con el conteo e identificación de eventos atómicos. Una Frase Verbal es télica si denota un conjunto de eventos contables, y un conjunto de entidades P es contable si son proporcionados criterios para determinar qué es una entidad atómica en P. Por tanto, una Frase Verbal es télica si la Frase Verbal expresa criterios para individuar eventos atómicos, y es atélica si esto no es el caso.” (Rothstein 2004:157)

La extensión de una frase verbal télica es un conjunto de eventos todos ellos atómicos y, por tanto, contables.³ Dado que Krifka (1998,

³ Por “extensión” deberá entenderse el dominio total *dentro del cual* el predicado puede (o no) referir (véase Garrido 1994:169 y la entrada correspondiente en Welte 1985:207). El referente (salvo interpretación genérica) es usualmente un sub-

2001) asienta las propiedades de los predicados en una representación algebraica de las relaciones parte-todo, introducimos enseguida ésta última antes de examinar los distintos tipos de referencia que puede presentar un predicado (verbal o nominal).

2.2. LA REPRESENTACIÓN MATEMÁTICA DE LAS RELACIONES PARTE-TODO

Expondremos en esta sección los formalismos algebraicos básicos propuestos en Krifka (1998, 2001) para modelar las nociones de parte-todo presentes en las propiedades de los predicados verbales y nominales. Estos formalismos se inspiran —en último término— en la mereología desarrollada por el lógico polaco Stanislaw Lesniewski.⁴ Este desarrollo de Lesniewski surge como un intento de proveer al lenguaje de la teoría de conjuntos con una *interpretación* (Filip 1999:46).⁵

Las dos nociones fundamentales de la mereología original de Lesniewski son las de *clase colectiva* y *clase distributiva* (Clay 1974:638-639). La concepción usual de conjunto remite a una clase *distributiva*: un elemento es un perro si y sólo si es miembro de la clase *perro*.⁶ En otras palabras, la etiqueta que nombra la clase nombra también a cada uno de sus miembros: *perro* es una etiqueta *distributiva*. La otra noción es la que da pie a la idea usual de relaciones parte-a-todo: la noción de clase *colectiva*. Si un *ejército* está compuesto de *soldados* uno está tentado a decir que éstos son miembros de aquél. Pero la etiqueta que nombra la clase no puede nombrar a sus miembros: un *soldado* no es un *ejército* (aunque pueda ser su único miembro), *ejército* nombra una clase *colectiva* porque la etiqueta no se distribuye entre

conjunto menor (a menudo unitario) de dicho dominio o bien su individuo-suma. Esto es, extensión \neq referente (véase 1.3.2.1. *supra*).

⁴ Stanislaw Lesniewski es co-fundador, junto con Jan Lukasiewicz, de la Escuela lógica de Varsovia (Miéville & Vernant dirs., 1995). De él proviene el término ‘mereología’, que se deriva de la palabra griega *meros* “parte”, y se utiliza para designar la lógica que estudia las relaciones parte-todo.

⁵ O más bien, de proporcionar una alternativa a la teoría de conjuntos; la pretensión inicial era sustituir, pura y simplemente, el ‘cálculo de clases’ o Teoría de conjuntos tradicional con la mereología —junto con la ontología y prototética (lógica proposicional) presupuestas por ella— (Simons 1987:101; Lejewski 1995:53; Bach *et al.*, 1995:6).

⁶ En términos de Frege (1985d:119): ‘“ser Φ es una propiedad de Γ ” es solamente otra manera de decir “ Γ cae bajo el concepto de Φ ”.’

sus miembros. Sin embargo, un mismo nombre puede etiquetar *dos tipos distintos de clase*: “ejército” puede nombrar una clase *colectiva* cuyos miembros son individuos-soldado, pero también puede nombrar una clase *distributiva* cuyos miembros son las clases colectivas anteriores, es decir, ejércitos particulares.⁷ Así, *perro* también nombra la clase colectiva *perro* cuyos miembros son las partes del perro. Por esta razón es que Lesniewski parafrasea la pertenencia ‘ ϵ ’ como “ser un”: pertenecer a la clase distributiva *perro* no es otra cosa que “ser perro”. En cambio, la pertenencia a una clase colectiva debe mediar con la relación de “ingredencia” *ingr*.⁸ Así, “ $a \epsilon$ *perro*” expresa que ‘ a ’ es un perro, pero “ $a \epsilon$ *ingr(perro)*” expresa que ‘ a ’ es alguna parte de un perro. De este modo quedan diferenciados los dos distintos usos de *perro* y de *ejército*: como clases distributivas y como clases colectivas (Clay 1974; Miéville 1995; Fredj 1995:278-281).

En Krifka (1998, 2001) se utilizan el cálculo de predicados y el de conjuntos para, por un lado, interpretar las expresiones del inglés (específicamente las frases verbales y nominales), asignándoles denotación estructurada. Por otro lado, el cálculo de conjuntos es utilizado simultáneamente para representar la mereología. Esta representación adquiere la forma de un sistema algebraico (funciones en un conjunto-sede) suplementado con un sistema relacional (relaciones en el mismo conjunto-sede). El sistema relacional, por sus propiedades, adquiere la forma de un ordenamiento parcial.⁹ Como veremos más

⁷ Como cada entidad determina también un conjunto de partes (clase colectiva), toda entidad es simultáneamente una clase y cada conjunto (clase distributiva) sería una familia de conjuntos (clase de clases colectivas). Nótese que los conjuntos *à la Lesniewski* no corresponden a extensiones de predicados (como es usual) sino a extensiones de *nombres*. Pero como bien observan Bach *et al.*, (1995:5-6), esta concepción más bien lleva a la eliminación de la distinción entre nombres propios y nombres comunes, en primera instancia, o entre nombres y predicados, en segunda instancia. Lesniewski considera, en clara complicidad con Frege, que no hay diferencia entre clases e individuos, ambos son la referencia de nombres (propios), y por tanto, son *objetos* (cf. Carnap 1988:35). Como los individuos no son otra cosa que *clases colectivas* (es decir, conjuntos de partes) no hay diferencia de tipo entre conjuntos y elementos.

⁸ Que correspondería a lo que más adelante denominamos “parte impropia”, es decir, “ $a \epsilon$ *perro*” \Rightarrow “ $a \epsilon$ *ingr(perro)*” (Lejewski 1995:36).

⁹ Un orden refiere a que los elementos pueden compararse y ordenarse con respecto a una relación transitiva. En este caso el orden refiere a la relación “ser parte de”. Un orden *parcial* significa que no todos los elementos del conjunto están relacionados mediante el orden, esto es, hay elementos *no-comparables* o *inconexos* en relación al ordenamiento. Orden *parcial* se opone entonces a orden *total* (o *lineal*), sin importar la reflexividad de la relación (ésta remite a lo *estricto* o *no-estricto* del

adelante, este sistema relacional depende del sistema algebraico. En (95) presentamos el sistema tal como aparece en Krifka (1998:199).

(95) Una estructura parte-todo P es como sigue:

$P = \langle U_p, \oplus_p, \leq_p, <_p, \otimes_p \rangle$ es una *estructura parte-todo* si y sólo si:

- a. U_p es un conjunto de entidades;
- b. \oplus_p la operación de suma, es una función de $U_p \times U_p$ a U_p , la cual es idempotente, conmutativa, y asociativa, esto es:
 $\forall x, y, z \in U_p [x \oplus_p x = x \wedge x \oplus_p y = y \oplus_p x \wedge x \oplus_p (y \oplus_p z) = (x \oplus_p y) \oplus_p z]$
- c. \leq_p la relación parte-de (*part relation*), se define como: $\forall x, y \in U_p [x \leq_p y \leftrightarrow x \oplus_p y = y]$
- d. $<_p$ la relación estricta parte-de (*proper part relation*), se define como:
 $\forall x, y \in U_p [x <_p y \leftrightarrow x \leq_p y \wedge x \neq y]$
- e. \otimes_p la relación de traslape (*overlap relation*), se define como:
 $\forall x, y \in U_p [x \otimes_p y \leftrightarrow \exists z \in U_p [z \leq_p x \wedge z \leq_p y]]$
- f. principio del remanente (*Remainder principle*):
 $\forall x, y \in U_p [x <_p y \rightarrow \exists! z [-[z \otimes_p x] \wedge x \oplus_p z = y]]$

Antes de adentrarnos en los detalles de (95), presentemos el concepto de *sistema* matemático, que Krifka (1998, 2001) utiliza como medio de representación de las relaciones parte-todo en las denotaciones de los predicados verbales y nominales: cuando a un conjunto no vacío se le asocia alguna relación o función definidas en él, se dice que tenemos un *sistema* (matemático). A los sistemas se les nombra con letras mayúsculas, por ejemplo \mathcal{A} , y suelen tener la siguiente forma general (Manzano 1989:31-33, Mosterín 1989:121-122; Falguera López & Martínez Vidal 1999:185, 207-8 nota a pie):

(96) Un sistema \mathcal{A} es como sigue:

$\mathcal{A} = \langle \mathbf{A}, \langle \mathbf{f}_i \rangle_{i \in I}, \langle \mathbf{R}_j \rangle_{j \in J} \rangle$ ¹⁰ es un triplete con dos funciones aso-

orden), pues en un orden *total* todos los elementos del conjunto se encuentran conexos, ordenados en una misma fila (de ahí la linealidad), y en consecuencia todos los elementos son comparables.

¹⁰ En Mosterín (1989:122), Cori & Lascar (2003:161), Solís & Torres (1995:154) y Landman (1991:72-74) tenemos el orden inverso: primero relaciones, luego funciones y por último individuos (representados como funciones 0-arias). Esto último significa que en estos autores, los sistemas se representan como cuádrupletes, no como tripletes (el cuarto miembro son las funciones 0-arias o individuos). Nótese,

ciadas $\mu: I \rightarrow \mathbb{N}$ y

$\delta: J \rightarrow \mathbb{N} - \{0\}$

- a. $\mathbf{A} \neq \emptyset$ es el universo o ámbito del sistema
- b. I es un conjunto (posiblemente vacío) de índices para distinguir funciones. Para cada $i \in I$, $\mu(i) \in \mathbb{N}$ de modo que \mathbf{f}_i es una función $\mu(i)$ -aria tal que $\mathbf{f}_i: \mathbf{A}^{\mu(i)} \rightarrow \mathbf{A}$.
- c. J es un conjunto (posiblemente vacío) de índices para distinguir relaciones. Para cada $j \in J$, $\delta(j) \in \mathbb{N} - \{0\}$, de modo que \mathbf{R}_j es una relación $\delta(j)$ -aria tal que $\mathbf{R}_j \subseteq \mathbf{A}^{\delta(j)}$.

La letra \mathbf{A} designa al conjunto sede del sistema, es decir, al conjunto no vacío que contiene todos los elementos y las relaciones que estructuran a dichos elementos. $\langle \mathbf{f}_i \rangle$ es la familia indizada de funciones (concebidas como conjuntos de tuplos) consideradas en el sistema, a las que les son asociados índices individuales ($'i'$), y $\langle \mathbf{R}_j \rangle$ es la familia indizada de relaciones (concebidas como conjuntos de tuplos) que reciben índices individuales diferentes ($'j'$) (Cori & Lascar 2003b:123-4). I, J son los conjuntos de índices que sirven para distinguir cada función y cada relación del sistema, de tal manera que “habrá tantas relaciones como índices en el conjunto J . Así, si $J = \{1, 2, 3\}$, entonces el sistema contará con tres relaciones.” (Falguera López & Martínez Vidal 1999:207-8 nota a pie). Mediante proyección a \mathbb{N} y a $\mathbb{N} - \{0\}$, estos índices determinan la aridad o lugares de argumento de cada \mathbf{f}_i y de cada \mathbf{R}_j respectivamente. De este modo, a cada función (o relación) se le asocia un índice único para distinguirla, y ese mismo índice se proyecta a \mathbb{N} (o a $\mathbb{N} - \{0\}$) para darle su aridad. Nótese que dos funciones distintas, por ejemplo, con índices consecuentemente distintos, pueden ser proyectadas ambas al mismo número de modo que la función μ que asocia funciones y aridad puede asignar la misma aridad a varias funciones distintas. Si un sistema solamente tiene funciones ($I = \emptyset$), se le denomina sistema algebraico o simplemente álgebra, si solamente tiene relaciones ($J = \emptyset$) se le denomina sistema relacional (Manzano 1989:31-33, Mosterín 1989:121-122; Falguera López & Martínez Vidal 1999:185). Dependiendo de ciertas características de las relaciones y/o funciones que conten-

sin embargo, que los individuos aparecen una vez que la función asociada μ asigna aridad 0 a algunas de las funciones destacadas, de modo que el cuarto miembro del cuadruplete está en realidad incluido en el tercero.

ga el sistema, se dice que los elementos del conjunto-sede —en (95) este conjunto es U_p — adquieren la forma de una *estructura* (un patrón organizativo). En este sentido, la diferencia entre una estructura y un conjunto es la presencia o ausencia de operaciones y/o relaciones en el conjunto. Son estas operaciones y relaciones las que estructuran los elementos al interior del conjunto. Revisemos ahora (95) renglón por renglón:

$$P = \langle U_p, \oplus_p, \leq_p, <_p, \otimes_p \rangle$$

P es el nombre del sistema, U_p es el conjunto-sede en el que están definidas una función binaria (operación) \oplus_p , llamada *suma* y tres relaciones binarias \leq_p , $<_p$, \otimes_p , denominadas respectivamente *parte (impropia)*, *parte propia* y *traslape*. Siguiendo la pauta anterior y a Landman (1991:72-73), $\langle U_p, \oplus_p \rangle$ es un sistema algebraico que crea entidades-suma en U_p y $\langle U_p, \leq_p, <_p, \otimes_p \rangle$ es un sistema relacional que ordena los ‘productos’ del sistema algebraico. Estos dos sistemas forman un sistema $\langle U_p, \oplus_p, \leq_p, <_p, \otimes_p \rangle$ que es un álgebra relacional, i.e., un sistema mixto.

(121a —véase p. 233—) nos dice que el conjunto-sede U_p se compone de entidades, esto es, de los potenciales referentes del discurso lingüístico. Estas entidades o referentes se dividen en individuos, eventos y tiempos, los cuales forman tres dominios separados cuyos miembros se definen porque les son aplicables los predicados I de individuo (o bien O de objeto, en Ramchand), E de evento y T de tiempo: $I \cup E \cup T \subset U_p$ (Filip 1999:46; Ramchand 1997:221). En Krifka (1992 *apud* Ramchand 1997) esto es acompañado con la siguiente restricción explícita:¹¹

$$(97) \quad \forall x, y, z \in U_p [x \oplus_p y = z \rightarrow [I(x) \wedge I(y) \wedge I(z)] \vee [E(x) \wedge E(y) \wedge E(z)] \vee [T(x) \wedge T(y) \wedge T(z)]]$$

Es decir, en términos de estos tres subdominios (eventos, individuos y tiempos), la operación de suma es homogénea por definición: toma argumentos y da valores pertenecientes al mismo subdominio.¹² Cualesquiera dos entidades en uno de estos dominios particulares pre-

¹¹ La formulación está ligeramente modificada con respecto a la versión original que retomo de Ramchand (1997:221).

¹² Suele decirse de una operación que es *homogénea* cuando únicamente están involucradas entidades lógicas del mismo tipo (i.e., de la misma categoría semántica, en sentido técnico) en las posiciones de argumento y de valor.

den juntarse para constituir una entidad mayor del mismo tipo. Por ejemplo, la suma de dos entidades eventivas e' , e'' forman a su vez una entidad eventiva e : ($e' \oplus e'' = e$).

(95b) define la *suma* \oplus_p como una función binaria, idempotente ($x \oplus_p x = x$), asociativa ($x \oplus_p (y \oplus_p z) = (x \oplus_p y) \oplus_p z$) y conmutativa ($x \oplus_p y = y \oplus_p x$). El que la función de *suma* tome sus argumentos del producto cartesiano de U_p consigo mismo (es decir $U_p \times U_p$)¹³ refiere al hecho de poder juntar cualesquiera dos elementos de U_p para obtener un tercero (el valor de la función por cada par-argumento). El que este tercer elemento, valor o resultado de la función de *suma*, también se describa como un elemento de U_p , es una de tantas maneras de resumir que “el conjunto U_p se encuentra cerrado bajo la operación de suma”, esto es, que no se da el caso que la suma de dos elementos del conjunto U_p den por resultado un elemento de otro conjunto, o bien, que tal resultado no exista en U_p .¹⁴

(95c) define la *parte (impropia)* \leq_p como una relación binaria, la cual es construida a partir la función \oplus_p de *suma* ($x \leq_p y \leftrightarrow x \oplus_p y = y$). (95d y e) definen la *parte propia* $<_p$ y el *traslape* \otimes_p como relaciones binarias, las cuales son construidas ambas a partir de la relación \leq_p de parte ($x <_p y \leftrightarrow x \leq_p y \wedge x \neq y$ para la parte propia, y para el *traslape* $x \otimes_p y \leftrightarrow \exists z \in U_p [z \leq_p x \wedge z \leq_p y]$). El *traslape* se define simplemente como el hecho de compartir un elemento —como parte— en U_p . El *traslape* es la versión mereológica de la intersección conjuntista, sin embargo, hay una diferencia notoria: la *intersección* es una *función* binaria, pero el *traslape* es forzado a degradarse, siendo solamente una *relación* binaria. ¿Por qué la diferencia? Una función *debe agotar* su dominio, esto es, debe ser aplicable a todos y cada uno de los elementos del conjunto (en este caso U_p); sin embargo, el *traslape* es incapaz de cumplir con dicho requerimiento en una estructura como (95). Si el *traslape* fuese una operación, tendríamos un problema al aplicarla a elementos de U_p que no tienen partes en común,

¹³ Un *producto cartesiano* entre conjuntos no es otra cosa que otro conjunto: el conjunto de todas las combinaciones posibles de un elemento del primer conjunto con uno del segundo. Es decir, el conjunto máximo de pares ordenados que resultan de combinar todos los elementos del primer conjunto con todos los del segundo, agotando todas las posibilidades lógicas. Estos productos suelen utilizarse para representar funciones y relaciones (véase Garrido Medina 1994:31-37; Montague 1974 [1970a]:192, 196).

¹⁴ Un conjunto X está cerrado bajo determinada operación (*closed under an operation*) si al aplicar dicha operación a cualquier par de elementos de X, la operación da como resultado un valor que es él mismo un elemento de X (Lipschutz 1964:31, 122).

pues entonces el valor de esta función binaria no estaría definido. La *intersección* conjuntista tiene aplicación irrestricta, y también debe lidiar con el problema de la definición de su valor en aquellos casos en que los argumentos son conjuntos disyuntos. En este último caso simplemente se adoptó la solución-límite de asignarle como valor el individuo nulo del sistema, es decir ‘ \emptyset ’, el conjunto vacío. Si hiciésemos la misma “trampa” en el caso de (95), tendríamos que estipular un ‘individuo nulo’ (o parte nula). En ese caso, la relación de *traslape* se convertiría en operación, pues quedaría plenamente definida incluso para casos en que los individuos no tienen partes en común (se le asignaría como valor estipulado la “parte nula”). En este sentido, decir que la parte nula es la parte que comparten todos los individuos del sistema (Filip 1999:50) es un abuso —convenido— del lenguaje y *stricto sensu* es incorrecto, del mismo modo que lo es decir que el conjunto vacío es el subconjunto que todos los conjuntos tienen en común. Los individuos nulos de un sistema se utilizan para tratar casos-límite y, por tanto, no son incontrovertibles. A este respecto vale la pena recordar que el propio Lesniewski rechazaba la idea de un conjunto nulo, la cual le parecía absurda si la noción de conjunto se basa precisamente en los objetos que contiene (Miéville 1995:88-89; Lejewski 1995:48, 50, Vernant 2001:229, 241). Leonard y Goodman (1940:46) señalan este rechazo de un elemento nulo como la diferencia formal fundamental entre un ‘cálculo de individuos’ —mereología— y un álgebra booleana.

(95f) define el principio de remanente. El principio de remanente es la versión mereológica de la relación conjuntista de *complemento*. Ésta última involucra clases en tanto que el principio que aquí tenemos ($x <_p y \rightarrow \exists! z [\neg [z \otimes_p x] \wedge x \oplus_p z = y]$) involucra exclusivamente individuos (en sentido lógico) y proscribiremos objetos que consten de una sola parte propia.¹⁵

Cabe señalar que (95) no es totalmente explícita al enunciar únicamente las propiedades de la *suma* \oplus_p , pero no las de cada una de las tres relaciones. Para ello, completaremos (95) con (98), acudiendo a Filip (1999:49-50), Moltmann (1997) y Link (1998a, 1998b):

(98) Propiedades de las relaciones de parte, parte propia y traslape

¹⁵ Krifka (1998:199) también denomina el principio de remanente como “Principio de complemento relativo”.

La relación no estricta (impropia) de parte tiene las siguientes propiedades:

- i) a. reflexividad: $\forall x \in U_p[x \leq_p x]$
 b. antisimetría: $\forall x, y \in U_p[(x \leq_p y \wedge y \leq_p x) \rightarrow x = y]$
 c. transitividad: $\forall x, y, z \in U_p[(x \leq_p y \wedge y \leq_p z) \rightarrow x \leq_p z]$
 (a.& b. \rightarrow) d. extensionalidad: $\forall x, y, z \in U_p[(z \leq_p x \leftrightarrow z \leq_p y) \rightarrow x = y]$

La relación *propia* de parte tiene las siguientes propiedades:

- ii) a. antirreflexividad: $\forall x \in U_p[\neg(x <_p x)]^{16}$
 b. asimetría: $\forall x, y \in U_p[x <_p y \rightarrow \neg(y <_p x)]^{17}$
 c. transitividad: $\forall x, y, z \in U_p[(x <_p y \wedge y <_p z) \rightarrow x <_p z]$

La relación de traslape tiene las siguientes propiedades (Filip 1999:49):

- iii) a. reflexividad: $\forall x \in U_p[x \otimes_p x]$
 b. simetría: $\forall x, y \in U_p[x \otimes_p y \rightarrow y \otimes_p x]$
 c. no-transitividad: $\forall x, y, z \in U_p[(x \otimes_p y \wedge y \otimes_p z) \nrightarrow x \otimes_p z]^{18}$

(98i)a) permite que cada entidad en U_p pueda considerarse como parte impropia de sí misma. i)b indica que si una entidad x es parte impropia de otra entidad y y dicha entidad y , a su vez, es parte impropia de x , entonces ambas son una y la misma entidad. i)c señala las relaciones parte-todo como hereditarias: si x es parte de un todo y y

¹⁶ En inglés, *irreflexive* (cf. Partee & Meulen & Wall 1993:39, 207; Link 1998b:354); adopto la traducción de Amor (1997:23, 29), Solís & Torres (1995:15) y Villegas Silva & Rojas Rebolledo & Miranda Perea (2000:59) de *irreflexive* como “antirreflexivo/a”.

¹⁷ La asimetría por sí sola presupone la antirreflexividad dado que la asimetría no es sino consecuencia de la propiedad de antisimetría en el caso de que no se presente reflexividad en ningún par relacionado (Garrido 1994:33). En otras palabras, de la antirreflexividad sumada a la antisimetría se obtiene la asimetría como consecuencia. Tal como vienen caracterizadas en Filip (1999), la relación de parte estricta y la no estricta presentan la apariencia de ser mucho más diferentes de lo que en realidad son, pues superficialmente difieren en dos de sus propiedades (a. y b.), pero en realidad únicamente difieren en sólo una propiedad, la de permitir o no reflexividad (véase lo que comentamos con respecto a (121)A)b.i. en la nota 48 del Cap. II, p. 233-234 p. 189).

¹⁸ La *no-transitividad* establece que la relación puede ser transitiva en algunos casos pero no en todos (esto último sería *transitividad*). La *intransitividad*, en cambio, establecería que la transitividad no puede darse en ningún caso.

este todo es parte de z , entonces x es parte de z .¹⁹ La propiedad de extensionalidad en i)d nos dice que si dos entidades constan de las mismas partes consituyentes, entonces esas dos entidades son una sola y la misma entidad. La extensionalidad es un teorema derivable de las propiedades de antisimetría y reflexividad (Moltmann 1997:11-12).²⁰ (98ii)a) nos dice que no hay entidad alguna tal que pueda ser parte propia de sí misma. ii)b plantea que si una entidad x es parte propia de otra entidad y y no puede darse el caso de que y sea parte propia de x (ni parte impropia de x , de hecho, puesto que $x <_p y$). (98iii)a) establece que cada entidad se traslapa consigo misma.²¹ iii)b establece que la relación de *traslape* es una relación mutua. En iii)c tenemos que si una entidad a se traslapa con otra entidad b y se da el caso de que ésta se traslape con una tercera entidad c , no es necesariamente el caso que a y c se traslapen. Podemos observar que la relación de parte (propia / impropia) o la identidad son casos peculiares de *traslape*, de manera que, siguiendo a Filip (1999:49), podríamos hablar de *traslape propio* (o estricto) cuando estos casos quedan excluidos (esto es, cuando los elementos se traslapan pero ninguno es parte del otro, y por tanto, tampoco son idénticos). Las propiedades enunciadas en (98) inducen patrones de ordenamiento entre los elementos de U_p (Garrido 1994:33; Solís y Torres 1995:15; Amor 1997:23-25; Partee & Meulen & Wall 1993:50-51):

—La transitividad, antisimetría y reflexividad de ' \leq_p ', la relación de parte (impropia), induce un *orden parcial* en U_p .

¹⁹ Esto se mantiene si estamos hablando, o bien, solamente de partes impropias (i.c), o bien, solamente de partes propias (ii.c).

²⁰ Quizá valga la pena señalar que el Principio de extensionalidad puede encarnarse en definiciones superficialmente muy diferentes dependiendo del ámbito concreto en el que se está planteando la definición. A lo largo de este texto podríamos encontrarlos hasta con cuatro versiones de la extensionalidad. PRINCIPIO DE EXTENSIONALIDAD: (1. **Semántica**) dos expresiones correferenciales son intercambiables entre sí *salva veritate* en cualquier fórmula bien formada en la que aparezcan (Falguera López y Martínez Vidal 1999:166); (2. **Teoría de conjuntos**) si dos conjuntos tienen los mismos elementos, son el mismo conjunto; (3. **Mereología**) si dos entidades tienen las mismas partes, son la misma entidad; (4. **Topología**) si dos regiones x e y están *conectadas* con exactamente las mismas regiones entonces son una y la misma región. Las cuatro definiciones funcionan en ambos sentidos. Por ejemplo, para 1., si dos expresiones son intercambiables *salva veritate* entonces son correferenciales (y *mutatis mutandis* para las otras tres definiciones).

²¹ La correlación entre identidad y *traslape* puede construirse mediante la generalización de la condición establecida en (95e) para el *traslape* junto con el principio de extensionalidad en (98i)d.

—La transitividad, antisimetría y antirreflexividad de ' ζ_p ' la relación de parte propia, induce un *orden (parcial) estricto* en U_p .

El principio de remanente (95f) reduce las relaciones de ordenamiento parcial válidas únicamente a aquellas en las que cualesquiera dos elementos relacionados dan por resultado una única suma. Esto es, en términos mereológicos, que cuando un elemento x es parte propia de otro elemento y , solamente existe un elemento z que no se traslapa con x tal que $x \oplus z = y$ (Krifka 1998:199, Filip 1999:48).

Al comparar la estructura de partes de Krifka (1998), en (95), con la idea original de Lesniewski, salen a la luz algunas diferencias notorias. Como Krifka debe conformarse, presumiblemente por razones prácticas, con la teoría estándar de conjuntos, no dispone de nada parecido al concepto de *clase colectiva*. En teoría de conjuntos sólo tenemos individuos y clases distributivas llamadas conjuntos (Simons 1987:102). Por tanto, las 'clases colectivas' deben construirse a partir de dicha teoría. Como por principio de cuentas los individuos (cuyo tipo lógico es " e " por 'entidad', véase 3.1.2. y 3.6.2. *infra*) son radicalmente diferentes de los conjuntos (cuyo tipo lógico es $\langle e, t \rangle$ por 'función de entidades a valores de verdad', i.e., función característica), la noción de 'parte' de un individuo se toma como remitiendo a otros individuos. Esto es, la 'parte' de un conjunto sólo puede ser otro conjunto (concretamente un subconjunto), y la 'parte' de un individuo sólo puede ser otro individuo. Ésta es posiblemente una de las razones por las que Krifka (1998) se abstiene de utilizar la noción de *conjunto potencia* (también *conjunto de partes*, cf. 3.6.2.1. *infra*) para construir su estructura de partes. Todo conjunto, U_p incluido, tiene otro conjunto asociado: su conjunto de partes o conjunto potencia, el cual se nota $\zeta(U_p)$ e incluye a todos y cada uno de los subconjuntos de U_p . Pero estas *partes* no serían individuos sino clases. De manera que los individuos con partes deben primero construirse a partir de otros individuos, como sumas de éstos últimos (cf. Bach 1981:70). Lo que se obtiene entonces es un 'individuo-suma' (*sum-individual*).

Además de caracterizar la relación entre las partes de una entidad y dicha entidad en el caso de individuos intuitivamente concebidos como tales (como *perro, coche, casa*, que tienen cierta permanencia temporal), los *individuos-suma* también se han propuesto para caracterizar cierto tipo de referentes plurales que se perciben como una unidad ante ciertos eventos o propiedades. En (99) tenemos una oración cuya versión con artículo indefinido introduce una ambi-

güedad ausente en la versión con artículo definido. La ambigüedad es que en (99a) la respuesta puede remitir a dos referentes involucrados cada uno en la propia compra de sus respectivos departamentos, o bien puede remitir a un solo referente —y una sola compra—.²² En (99b), únicamente esta última interpretación es posible: la de que un solo referente (el individuo-suma $Isabel \oplus Pablo$) compró un único departamento.

(99) *Isabel y Pablo compraron {el / un} departamento*

a. *¿Quién compró un departamento?*

Respuesta 1 (2 compras): —*Isabel (el suyo) y Pablo (el otro)*

Respuesta 2 (1 compra): —*Isabel y Pablo [=individuo-suma] lo compraron*

b. *¿Quién compró el departamento?* —*Isabel y Pablo [=individuo-suma]*

Nótese que no puedo acudir a la idea del conjunto conformado por Isabel y Pablo como comprador del departamento. Sólo la referencia genérica permite tomar una clase (=conjunto) como referente, pero en (99b) claramente no tenemos nada parecido a una interpretación genérica,²³ ni tampoco podemos dejar de sentir que hay un referente (=entidad de primer orden) involucrado en la compra. Recordemos pues la distinción entre dos maneras muy diferentes de concebir la categoría semántica de la expresión *Isabel y Pablo*:

a) conjunto (tipo semántico: $\langle e, t \rangle$): $\{Isabel, Pablo\}$

b) individuo-suma (tipo semántico: e): $Isabel \oplus Pablo$

En a) tenemos una *pluralidad de individuos singulares* en tanto que en b) tenemos *un único individuo plural*.²⁴

²² Hoeksema (1983:67-68) no considera a estas oraciones (sus ejemplos son similares a 99) ambiguas, sino colectivas. Parece que la razón de esto es el modo en que entiende el término “distributivo”. Un predicado u oración distributiva no es una en que la interpretación distributiva sea posible, sino que cuenta como “distributiva” solamente aquella oración para la que la distributividad es *obligatoria*, como en *Juan y María están durmiendo*. Sin embargo, también admite la posibilidad de postulados léxicos alternativos para un mismo predicado, lo que da lugar a ambigüedades entre distributividad y colectividad.

²³ Además, el predicado *compraron el departamento* es episódico (*stage-level*), precisamente el tipo de predicado que suele bloquear las interpretaciones genéricas.

²⁴ Notemos que Filip (1999:51) equipara los términos *individuo-suma*, *individuo-plural* y *grupo*, sin embargo sólo los dos primeros son equivalentes, en tanto que los *grupos*, si se interpretan a la manera de Link (1983), son un subconjunto espe-

A partir de sumas de individuos obtenemos entonces otros individuos que constan de los primeros, creando un equivalente artificial de la *clase colectiva*. Los elementos que se juntan para constituir una suma se denominan *partes* de esa suma (Filip 1999:48). Esto explica que en (95) el término primitivo sea la operación de suma de la que solamente se enuncian las propiedades y no se define. A partir de la misma y de los individuos que toma como argumentos, y de aquellos a los que da lugar, se crea una estructura de partes.²⁵ Solamente una vez creada dicha estructura tiene sentido hablar de “partes de” aplicado a individuos. Así, primero se crea mediante suma una estructura a partir de la cual, retroactivamente, se define la relación de parte impropia e , indirectamente, la de parte propia.²⁶ Las propiedades de la operación de suma, incluyendo la formación generalizada de suma, convierten a U_p en una estructura semirreticular unida (*join semi-lattice*)²⁷ a través de la relación de parte impropia

cial de individuos-suma para los que las inferencias descendentes (i.e., que atañen a sus partes) están bloqueadas. Estos individuos-suma especiales —notados como ‘Isabel⊕Pablo’— son los que en realidad se emplearían para representar interpretaciones colectivas como (99b) (véase nuestras notas del Cap. III, 31, p. 327, y 108, p. 430).

²⁵ Sin embargo, en Krifka (2001:5) se propone definir las estructuras mereológicas como un subcaso de estructura topológica. La relación primitiva es entonces la relación topológica de *conexión* entre *regiones*. Ésta se define axiomáticamente como una variante del principio de extensionalidad: si dos regiones x e y están *conectadas* con exactamente las mismas regiones, entonces son una y la misma región (y viceversa) —véase notas las notas 20 y 21 p. 195, y 44, p. 230, de este capítulo—. Es a partir de la relación de *conexión* que Krifka (2001) define la relación de *parte*. Como la definición de la relación de parte (95c) es un enunciado bicondicional, si dicha relación se define independientemente con base en la *conexión*, el enunciado puede invertirse y tomar a la operación de suma como definida a partir de la relación de parte. En tal caso la dependencia entre definiciones queda invertida: la relación de parte define a la operación de suma y no al revés (Krifka 2001:5, señala la posibilidad de definir la suma a partir de la relación de parte, pero no explica el procedimiento).

²⁶ Esto explica el orden inverso con respecto a Lesniewski. En (95) la operación de suma define, primero, a la relación de parte impropia. Después, a partir de ésta, se define la relación de parte propia. En Lesniewski, el término primitivo es —directamente— la relación de parte propia, denominada simplemente ‘parte de’. Luego, a partir de ésta, se define la relación de parte impropia, denominada ‘ingrediciencia’: *ingr*(x), y , por último, se define la noción de ‘clase’ a partir de la ingrediciencia (Lesniewski 1995:35-36, 38-39, 41). Obsérvese que en Lesniewski la idea de ‘clase’ es el punto de llegada; en Krifka (1998), por obvias razones, la idea de “conjunto” es, más bien, el punto de partida.

²⁷ “Reticula” remite al aspecto visual que adquieren estos conjuntos estructurados cuando se les representa con diagramas de Hasse. No he encontrado el término

(Krifka 1998:199; 2001:1; Corblin 2002:128). Lo que esto quiere decir es que los elementos de U_p convergen en el único individuo-suma correspondiente a U_p del que todos los demás elementos son parte, y, en términos del orden parcial, ese es el elemento que está “hasta arriba” (lo mismo aplica al interior de subconjuntos ordenados de U_p). Para que un sistema como (95) pueda funcionar como ‘cálculo de individuos’ y representar eficientemente una mereología se requiere que dicha operación de suma cumpla con el siguiente postulado (procedente de Moltmann 1997:12):

(100) **Clausura o cierre bajo la operación de suma** (versión infinitaria)

Para cualquier conjunto no-vacío U_p ,

i) $\exists x [x = \oplus_p(U_p)]$

ii) $\oplus_p(U_p) = \iota x[\forall y[y \otimes_p x \leftrightarrow \exists z[z \in U_p \wedge y \otimes_p z]]]$

(100i) plantea que existe una entidad tal que ésta es idéntica al resultado de la suma generalizada (de los elementos) de U_p , y (100ii) estipula una condición para identificar a dicha entidad: la suma del conjunto U_p es la entidad que se traslapa con otra entidad ‘y’ sólo en caso de que ‘y’ se traslape con un elemento de U_p (véase Leonard y Goodman 1940:47 para una versión ligeramente diferente de esta condición). Lipschutz (1964:216) señala que no es necesario asentar explícitamente el axioma de ‘cierre’ o ‘clausura’ del que tenemos una variante en (100). Toda operación binaria, por definición, satisface el axioma de clausura. La existencia (100i) y la unicidad (100ii) son requerimientos estándar para cada valor de toda función (y por tanto operación). Desde este punto de vista, (100) caería por su propio peso al concebir la suma (95b) como una operación. De tal manera, tanto (95f) como (100) parecerían superfluas pero no es así: la obviedad de la ley de clausura en Lipschutz remite a aplicaciones *finitas* de una operación. En (100) nos enfrentamos a una aplicación *generalizada* (aplicada a todo el conjunto) y *completa* (i.e. infinitaria) de la operación de suma. Cualquier procedimiento infinito es más dudoso que cualquiera de sus versiones finitas de manera que hace falta (100) para reforzar el cumplimiento de las condiciones de clau-

correspondiente en los manuales de teoría de conjuntos, pero retomo la traducción de García Fajardo quien, en Partee (1996-97:311), traduce *join semi-lattices* (en plural) como “semirretículas unidas” (cf. Moreno Cabrera 1994:73, que traduce el término singular como *semirretículo unitivo*).

sura.²⁸ En este sentido conviene advertir que la “clausura bajo la operación de suma” únicamente plantea que para cualesquiera dos entidades x , y del conjunto U_p , la entidad $x \oplus_p y$ existe y es única. Pero lo expuesto bajo (100) no es —propriadamente— la definición de una “clausura bajo suma” sino la de sus condiciones de extrapolación inductiva al infinito.

Una vez expuestas las características mereológicas de los ámbitos denotativos en general podemos pasar revista a los tipos de relación denotativa entre predicados, extensiones y referentes.

2.3. PROPIEDADES DE LOS PREDICADOS EN RELACIÓN A SU DENOTACIÓN

Los predicados, tanto nominales como verbales, presentan comportamientos variados con respecto a sus dominios de denotación (que tienen la forma de una estructura de partes). Este comportamiento diferenciado lleva a Krifka (y a varios antes que él) a definir predicados de segundo orden para calificar la relación entre un predicado (de primer orden) y su ámbito denotativo, es decir *tipos de referencia* (Ramchand 1997:221). Estos predicados de segundo orden están definidos con base en la estructura de partes descrita en la sección previa y son aplicables tanto a predicados nominales (*agua*, *manzana*, etc.) como a predicados verbales (*beber*, *correr*, *golpear*, etc.), sean éstos simples o complejos (*dos litros de agua*, *correr a la esquina*, etc.). Procederemos primero a listar los predicados de segundo orden junto con sus definiciones formales en (101). En todas ellas léase “ $\forall X \subseteq U_p$ ” como “para todo predicado X cuya extensión define al conjunto²⁹ U_p o a alguna de sus partes (subconjuntos)”.

²⁸ Es claro que la suma es una operación generalizada (irrestringida —salvo por (97)—, para cualesquiera dos individuos existe una suma de los mismos). Como la estructura en (95) no especifica atomicidad, es posible que U_p sea infinito. No queda claro qué sucede entonces con la suma total de U_p . Krifka (1998:199) no se compromete y sólo garantiza su existencia para estructuras *finitas* de partes: “los principios asumidos garantizan que las estructuras finitas de partes tienen un elemento-tope/máximo (dado que la operación de suma puede aplicarse cualquier número de veces), pero las estructuras infinitas de partes no necesitan tener un elemento-tope/máximo”. Filip aboga por la existencia de dicha suma infinitaria (1999:48): “Podemos juntar cualquier número de individuos (inclusive un número infinito), y en este sentido, la operación de suma ‘ \oplus ’ es completa.”

²⁹ De hecho, Moltmann (1997:16-17) utiliza y define estas nociones directamente en forma de conjuntos, sin mediar la idea de conjuntos como extensiones de predicados.

(101) **Predicados de segundo orden para tipos de referencia**

a. **Cumulativo:** el predicado X tiene referencia cumulativa (pluralidad indeterminada de entidades discretas o no discretas):

$$\forall X \subseteq U_p [\mathbf{CUM}_p(X) \leftrightarrow \exists x, y [X(x) \wedge X(y) \wedge \neg x = y] \wedge \forall x, y [X(x) \wedge X(y) \rightarrow X(x \oplus_p y)]]$$

b. **Singular:** el predicado X tiene referencia singular (un único átomo- X como parte impropia de la extensión):

$$\forall X \subseteq U_p [\mathbf{SNG}_p(X) \leftrightarrow \exists x [X(x) \wedge \forall y [X(y) \rightarrow x = y]]]^{30}$$

c. **Cuantizado**³¹: el predicado X tiene referencia cuantizada (cantidad determinada, supone un criterio de atomicidad para sus referentes):

$$\forall X \subseteq U_p [\mathbf{CUA}_p(X) \leftrightarrow \forall x, y [X(x) \wedge X(y) \rightarrow \neg y <_p x]]$$

(distinta definición, pero equivalente, en Rothstein 2004:149):

$$\forall X \subseteq U_p [\mathbf{CUA}_p(X) \leftrightarrow \forall x, y [X(x) \wedge X(y) \rightarrow [y \leq_p x \rightarrow x = y]]]$$

d. **Estrictamente cuantizado:** el predicado X tiene referencia estrictamente cuantizada (cantidad determinada, supone un criterio de atomicidad para sus referentes, los cuales son analizables —constan de estructura interna—):

$$\forall X \subseteq U_p [\mathbf{SCUA}_p(X) \leftrightarrow \mathbf{CUA}_p(X) \wedge \forall x [X(x) \rightarrow \exists y [y <_p x]]]$$

e. **Atomicidad (relativa) para entidades:** x es un átomo- X :

$$\forall X \subseteq U_p, \forall x \in U_p [\mathbf{ATOM}_p(x, X) \leftrightarrow X(x) \wedge \neg \exists y \in U_p [y <_p x \wedge X(y)]]$$

³⁰ Definición ligeramente reescrita a partir de Ramchand (1997:221), quien expone a Krifka (1989, 1992). Esta definición está totalmente ausente de Krifka (1998, 2001).

³¹ En inglés *quantized / quantization*, que siguiendo el *Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary* es un término técnico que se usa en física y matemáticas para referir a la restricción de una cantidad variable a un valor discreto, en vez de a un conjunto continuo de valores. No logré tomar una decisión definitiva en cuanto a su traslado al español; dado que se habla de los predicados tólicos y las frases nominales contables como '*quantized*', inicialmente pensé en utilizar el término 'delimitado' para *quantized*. Sin embargo, dado que Krifka (1998) plantea que la cuantización es más estricta que la telicidad/delimitación, fue mucho más conveniente calcar el término para evitar distorsiones.

f. **Atomicidad para predicados:** el predicado X tiene referencia atómica (su referente contiene, propiamente o no, átomos, es decir, en caso de ser divisibles sus referentes, no lo son indefinidamente):

$$\forall X \subseteq U_p[\mathbf{ATM}_p(X) \leftrightarrow \forall x \in U_p[X(x) \rightarrow \exists y \in U_p[y \leq_p x \wedge \mathbf{ATOM}_p(y, X)]]]$$

(idéntica definición en Doetjes & Honcoop, 1997:270, un predicado P es atómico cuando $\forall x[P(x) \rightarrow \exists y[y \subseteq x \wedge \mathbf{ATOM}(y, P)]]$)

Se dan, además, las siguientes implicaciones (Ramchand 1997:221-222):

- (102) i) $\forall X \subseteq U_p[\mathbf{SNG}_p(X) \rightarrow \mathbf{CUA}_p(X)];$
 ii) $\forall X \subseteq U_p[\mathbf{CUA}_p(X) \rightarrow \neg \mathbf{CUM}_p(X)];$ ³²
 iii) $\forall X \subseteq U_p[\mathbf{CUA}_p(X) \rightarrow \mathbf{ATM}_p(X)]$

Veamos ahora más detenidamente lo contenido en (101). Empecemos por el único predicado biargumental de la serie que es (101e), el de atomicidad relativa: “ser átomo- X ”. Este predicado toma por argumentos una entidad y un predicado. Para cada par <entidad, predicado> de este tipo, del que resulta válida la aplicación de $\mathbf{ATOM}_p(x, X)$, dice que mantiene una relación de atomicidad. Esta relación consiste en que siendo un predicado X aplicable a una entidad x , el mismo predicado X no es aplicable a ninguna de las partes (propias) de x . Algo muy importante es que la divisibilidad de x depende del predicado X ; la divisibilidad de una entidad no es un valor absoluto sino que dependerá del predicado X que pretendamos aplicarle.³³ Una entidad x con la propiedad X que no tiene más partes —salvo sí misma— que posean dicha propiedad es una entidad atómica, pero lo es *únicamente* con respecto a la propiedad X (con res-

³² Sustituyo $\mathbf{SCUM}_p(X)$ por $\mathbf{CUM}_p(X)$ puesto que la definición de cumulatividad en Krifka (1998) equivale a la de cumulatividad estricta en Ramchand (1997).

³³ Esto es importante, especialmente con respecto a los *achievements*. El atractivo de un tratamiento de la telicidad en términos de mereología es bastante claro en el caso de los *accomplishments*, pero podría ponerse en duda en caso de que la entidad télica no tenga partes, como se suele asumir en el caso de los eventos puntuales. En realidad, aunque un evento puntual sea atómico respecto del predicado que lo describe, esto no obliga a suponer que no tenga partes en sentido absoluto (véase 2.6.3.).

pecto a otras propiedades puede no ser atómica). Supongamos que nos referimos a cierta entidad por medio de (103):

(103) *Un litro de agua*

Dicha entidad será indivisible en relación al predicado *Un litro de agua* porque a ninguna de sus partes propias puede aplicársele dicho predicado. En tal caso, la entidad x referida es un átomo en relación al predicado en (103). Pero la misma entidad x puede perfectamente ser divisible con tal de que, en vez de escoger un predicado como (103), escojamos el predicado *agua*. En ese caso el predicado es aplicable tanto a x como a sus partes propias. Si tengo una mascota (digámosle ' a ') que cae bajo el predicado *perro*, dicha mascota también cae bajo el predicado *carne*, pero sólo con respecto al primer predicado puede decirse que ' a ' sea indivisible, i.e. atómico, pues el segundo es aplicable tanto a ' a ' como a sus partes (aunque un lector escéptico podría argumentar que, estrictamente, no toda parte de un perro es carne).

Si (101e) plantea la atomicidad desde el punto de vista de las entidades involucradas, (101f) lo hace desde el punto de vista del predicado. Es decir, (101f) plantea las condiciones bajo las que un predicado es atómico en un dominio, en vez de en relación a referentes específicos como era el caso en (101e). Si un predicado es atómico en un dominio (101f) entonces será indivisible en el sentido de (106a), aunque podría ser divisible en el sentido (106b) (véase p. 208). Podemos parafrasear (101f) como sigue: para todo predicado X cuyos argumentos potenciales se encuentran todos en U_p , si X presenta atomicidad con respecto al dominio U_p , esto equivale a que cada aplicación de X a un argumento x implica que existe una parte propia o impropia de x (llamada y) que presenta atomicidad con respecto a X . Estas condiciones de atomicidad son más relajadas que las de (101e). Veamos un ejemplo:

(104) *Litros de agua*

Si remito a una entidad x suficientemente grande por medio de (104) resulta que generalmente algunas partes propias de esa entidad x caen bajo el predicado en (104) de modo que el par $\langle x, \text{Litros de agua} \rangle$ no cumple con los requisitos de atomicidad relativa (101e). Si refiero a 10 litros de agua mediante (104), podré usar ese mismo predicado para una parte propia correspondiente a 5 litros de agua.

Pero si utilizamos ahora la noción de ‘atomicidad para predicados’, (104) cumple con las condiciones. Todo lo que requiere (101f) para que un predicado sea atómico es que la entidad x a la que aplica tenga alguna parte (propia o impropia) que no sea posible dividirse y seguirse aplicando el mismo predicado. En (104) tenemos tales partes: cualquier parte correspondiente a menos de dos litros queda vedada para la aplicación de (104). El ejemplo en (103) cumple con ambas atomicidades en tanto que (104) sólo cumple con la segunda (101f).

Tenemos pues, que la atomicidad de un predicado depende de la existencia de átomos (en relación a él) al interior de sus referentes (individuos-suma):

“Esto es, un elemento x es un átomo- X si y sólo si tiene la propiedad X y no contiene ninguna parte propia con la propiedad X . Y una propiedad X es atómica si y sólo si cada elemento con esta propiedad tiene un átomo- X como parte. Por ejemplo, los átomos del predicado *tres o más manzanas* son individuos-suma que consisten en tres manzanas. Y este predicado es atómico en el sentido de que cada elemento al que aplica contiene elementos atómicos.” (Krifka 1998:200)

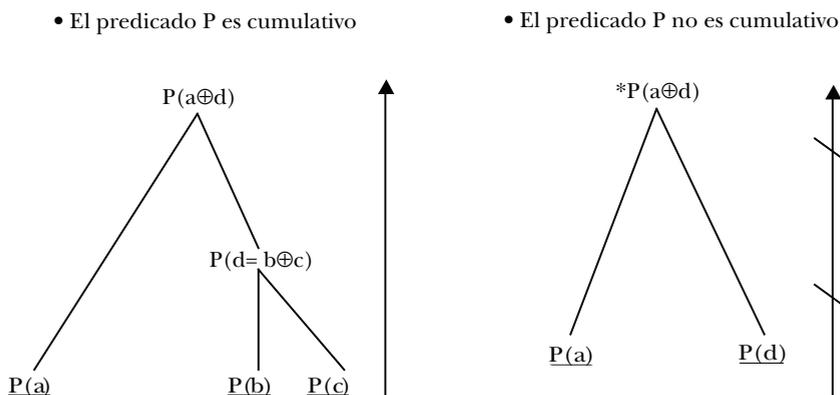
En resumen, (101f/e) plantean la atomicidad (mono/bi-argumental) como la no-distributividad de una propiedad especificada por un predicado, con respecto a (ciertas/las) partes de sus referentes, y en este sentido es lo inverso de la (no-)cumulatividad.

(101b) define un predicado singular como aquel que no puede aplicar a más de una entidad sin que sean idénticas. Esto implica que tanto (101e) como (101f), —éste último gracias a la parte impropia—, se cumplen. Nótese que no tendría sentido hablar de singularidad si no hay criterio de atomicidad para la misma.

Además de los anteriores, los dos predicados de segundo orden que más nos interesan son *cumulativo* (101a) y *cuantizado* (101c). La definición formal (101a) puede parafrasearse del siguiente modo: para todo predicado X cuya extensión está incluida en el dominio U_p , si existen dos entidades distintas x e y en el mismo dominio, tales que para cada una se mantenga que X , y que para la suma de ambas entidades ($x \oplus_p y$) también se mantenga que X , entonces, de la referencia del predicado X se mantiene la propiedad de *cumulatividad*. En la siguiente figura puede verse que la cumulatividad de un predicado consiste en que si éste se aplica en determinado nivel de una estructura de partes (predicación subrayada en la figura 4), el predicado

puede ‘ascender’ en la estructura. Hemos antepuesto un asterisco en aquellos casos en que el predicado no se sostiene del argumento.

Figura 4: Cumulatividad de las entidades (relación entre un predicado y una estructura de partes)



Lo primero que podemos notar es la exigencia de pluralidad (se requieren al menos dos entidades distintas). Dado que la suma de x e y (llamémosla z) se da en un dominio mereológico, esto equivale a decir que x e y son las *partes* de z . De modo que —mereológicamente hablando— la cumulatividad de un predicado X depende de que sea aplicable tanto a las partes de una entidad (x, y) como a la entidad misma (z). Aprovecho para remarcar que la cumulatividad sólo funciona en un sentido, esto es, un predicado cumulable *no necesariamente es divisible*.³⁴ Veamos el caso de (105).

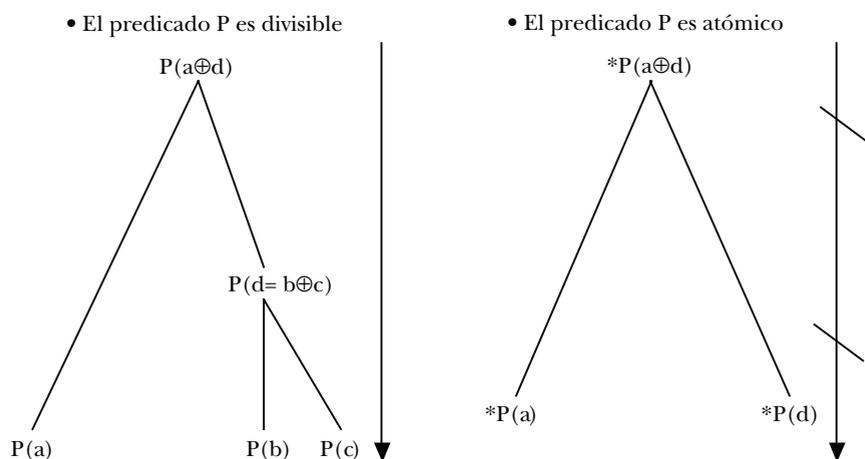
- (105) a. *Agua* [cumulativo (101a)]
 b. *Manzanas* [cumulativo (101a) y atómico (101f)]

Ambos predicados son cumulables porque aplicados a determinada entidad x también pueden aplicarse a entidades mayores que incluyan a x . A la suma de entidades bajo el predicado *agua* / *manzanas* sigue pudiéndose aplicar el mismo predicado *agua* / *manzanas*. En

³⁴ No será necesariamente divisible en el sentido fuerte o estricto (106a), pero sí será divisible en el sentido débil u holgado (106b).

este caso (105a) no presenta ninguna atomicidad en tanto que (105b) es un predicado atómico por (101f). En el primer ejemplo tenemos una acumulación de entidades no-discretas y, por tanto, indefinidamente divisible (homogéneo) —es decir con divisibilidad estricta (106a)—, y en el segundo tenemos una acumulación de entidades discretas y por tanto con divisibilidad limitada (no-homogéneo) —es decir, con divisibilidad no estricta (106b)—. Veamos la divisibilidad y la atomicidad en la figura 5.

Figura 5: Cumulatividad de las entidades (relación entre un predicado y una estructura de partes)



Un predicado es divisible si puede descender en una estructura de partes. Es, además, atómico, si dicho descenso tiene un tope inferior, es decir, si existe un nivel en la estructura de partes debajo del cual el predicado no puede seguir descendiendo.³⁵ En este punto hace

³⁵ Recordemos lo dicho en 1.3.2.2: la semántica formal estudia la relación entre expresiones de un lenguaje y una estructura matemática con la que interpretamos ese lenguaje. Pero “la lógica no dice, por supuesto, absolutamente nada sobre las relaciones entre esta estructura y la realidad exterior” (Renaud 1996). Los conceptos de divisibilidad, atomicidad, etc. están definidos en relación a la estructura de interpretación. Si de algo en la realidad no se mantiene (en términos prácticos) que sea infinitamente divisible, esto no conlleva que el predicado que le aplica no sea infinitamente divisible. La divisibilidad es una propiedad definida en relación a la estructura con la que interpretamos el predicado, no es una propiedad de algo

falta aclarar que el término ‘divisible’ puede entenderse de manera relajada (un predicado es divisible si puede descender en una estructura de partes siguiendo *alguna* ruta), o bien de manera estricta (un predicado es divisible si puede descender en una estructura de partes siguiendo *cualquier* ruta). En la interpretación relajada, un predicado puede ser divisible y atómico (pero nada más en el sentido de 101f, no en el sentido de estar cuantizado 101c), es decir, se permiten excepciones: el predicado *no implica*, pero *generalmente permite* la divisibilidad de su referente. Esta sería la interpretación de Bach (1981) de la divisibilidad. La propiedad de antisubdivisibilidad, por su parte, corresponde a la cuantización (101c) y no a la atomicidad (101f):

“Considérese primero dos eventos [=situaciones télicas] típicos: el encontrar un unicornio y el construir una cabaña. Cualquier otra cosa que sea cierta de tales eventos, ninguna parte propia de uno puede ser un evento del mismo tipo. Llamemos esta propiedad ANTISUBDIVISIBILIDAD. Esta propiedad no es compartida por los procesos [=situaciones dinámicas atéticas]. Nótese que no es correcto decir que un proceso puede siempre ser subdividido en partes que también son procesos del mismo tipo. El punto es que a veces los procesos pueden ser subdivididos de esta manera pero los eventos nunca pueden. [...] los eventos son antisubdivisibles [...] no es el caso que los procesos sean necesariamente subdivisibles [...]” (Bach 1981:70)

Para Bach, los procesos son divisibles sin que esto *implique* que el referente, o mejor, cualquier referente, de un término de proceso sea divisible. En la interpretación estricta, en cambio, un predicado no puede ser divisible y atómico, es decir, no se permite ninguna excepción: el predicado *implica* la divisibilidad de cualquier entidad que sea su referente (lo cual implica que no hay tope in-

concreto en el mundo real: la divisibilidad es una propiedad lógica más que física. Esto será relevante para el problema de la divisibilidad que discutiremos en 2.5. Algunos filósofos han rechazado el criterio de divisibilidad para los términos de masa, al confundir ‘dividir’ (división en términos de lógica puramente extensional) con ‘descomponer’ (división cualitativa y/o física en el mundo real), que generalmente involucra un proceso mucho más complicado que una mera separación referencial: “El problema es que por este criterio ‘agua’ no contaría como término de masa, pues si el método de división es la electrólisis, el resultado de dividir agua no será agua sino hidrógeno y oxígeno. Y similarmente cualquier compuesto químico” (García Suárez 1997:134; cf. Filip 1999:43 para una observación similar).

ferior). Queda claro entonces que la propiedad de subintervalo presentada en 2.1. se basa en una concepción fuerte de la divisibilidad (106a), es decir, de la divisibilidad como implicación (no hay excepción) y no simplemente como inferencia por defecto (hay excepciones).

(106) **Divisibilidad**

a. **Fuerte:** $\forall X \subseteq U_p[\mathbf{DIVIF}p(X) \leftrightarrow \forall x \in U_p[X(x) \rightarrow \neg \exists y \in U_p[y \leq_p x \wedge \mathbf{ATOM}p(y, X)]]]$

b. **Débil:** $\forall X \subseteq U_p[\mathbf{DIVID}p(X) \leftrightarrow \neg \forall x \in U_p[X(x) \rightarrow \exists y \in U_p[y \leq_p x \wedge \mathbf{ATOM}p(y, X)]]]$

(Idéntica definición en Doetjes & Honcoop, 1997:271: un predicado P es débilmente divisivo cuando $\neg \forall x[P(x) \rightarrow \exists y[y \subseteq x \wedge \mathbf{ATOM}(y, P)]]$)

La divisibilidad fuerte (106a) supone que la extensión de un predicado tal es infinitamente divisible sin restricciones, o bien, en términos de Moltmann (1997:16), que si dicha extensión contiene una entidad, entonces también contiene a cualquiera de sus partes (por pequeña que sea). Consecuentemente, cuando el predicado puede aplicarse a determinada entidad, este único hecho implica por sí solo que la entidad es infinitamente divisible respecto del predicado, o bien, que el predicado carece de atomicidad (101f), y ninguno de sus potenciales referentes presentará jamás la atomicidad relativa (101e) respecto de ese predicado. No hay tope inferior en la estructura de partes para este predicado.

No hay acuerdo respecto de cuál es la divisibilidad relevante para considerar que un predicado de una lengua natural es homogéneo. Bach (1981), Filip (1999) y muchísimos más parecen considerar que un predicado puede considerarse homogéneo con tal de que sea cumulativo, aunque no sea estrictamente divisible (retomaremos esta cuestión en 2.6.). En otras palabras, consideran que la divisibilidad relevante para predicados del lenguaje natural es la enunciada en (106b). A veces incluso se perfila cierta confusión respecto de cómo se entiende la homogeneidad:

“En otras palabras, (18) [= la atomicidad (101f)] dice que cualquier objeto del que un predicado atómico P se mantiene debería tener partes que son atómicas en P : las partes atómicas no tienen subpartes propias de las que P se mantenga. Los sustantivos de masa, por otra parte, son predicados no-atómicos (divisibles), lo cual quiere decir que no

toda entidad de la que se sostiene que P tiene átomos- P como partes” (Doetjes & Honcoop, 1997:270)

Doetjes y Honcoop definen la atomicidad de un predicado de tal manera que contiene átomos en su extensión, pero claramente es posible que no todo elemento en la extensión sea atómico (tenemos compatibilidad con la divisibilidad (106b)). Ser no atómico conlleva la divisibilidad fuerte (106a), puesto que no hay ningún átomo en la extensión del predicado. En este sentido, Doetjes y Honcoop parecen sugerir que los sustantivos de masa requieren divisibilidad fuerte (106a), pero enseguida regresan a una concepción holgada de la divisibilidad al decir simplemente que en la extensión de los sustantivos de masa “no toda entidad... tiene átomos- P como partes”; además de que definen la divisibilidad de manera única como (106b). ¿De qué divisibilidad se nos habla entonces, la fuerte o la débil? Lo mismo sucede con Filip (1999) y Vendler (1957), quienes asumen una divisibilidad débil al suponer que los plurales y las iteraciones son divisibles (u homogéneas), pero la confunden con la divisibilidad estricta al describirla como sigue: “Any part of something which is P is also P ” (Filip 1999:41), “Any part of the process is of the same nature as the whole” (Vendler 1957:146), lo cual claramente no se sostiene de los plurales ni de las iteraciones (cf. 2.6.). En la tabla 9 evaluamos algunos autores respecto de su concepción de divisibilidad.

Tabla 9: El concepto de divisibilidad en diversos autores

Bach 1981	Doetjes & Honcoop 1997	Vendler 1957; Filip 1999	Dowty 1979, Taylor 1977 (<i>apud</i> Filip 1999:43)	Krifka 1998
holgada / débil	holgada / débil (a veces confundida con la estricta)	definida de manera estricta / fuerte pero aplicándola de manera holgada como si fuese débil	estricta / fuerte	estricta y holgada (sin confundirlas)

Aunque Krifka (1998) no mencione la divisibilidad como propiedad ni, por tanto, le asigne alguna definición como las de (101), queda claro

que sus sistema de propiedades es más que suficiente para elaborar la diferencia entre la divisibilidad estricta o fuerte y la holgada o débil. La decisión de omitir el término de *divisibilidad* y emplear en su lugar otros términos y conceptos puede deberse al deseo de alejarse de las confusiones antes señaladas. Tales confusiones se deben a que la divisibilidad holgada o débil incluye los casos de predicados con divisibilidad estricta (sin embargo esto no justifica identificar la divisibilidad fuerte con la débil). Esto permite una doble manera de entender la oposición divisibilidad / atomicidad, posibilidades que muestra la tabla 10. La primera fila muestra una de las posibles divisiones, y la última fila muestra la segunda posibilidad de dividir los miembros de la oposición.

Tabla 10: Las distintas posibilidades de oposición: Divisible / Atómico		
Divisibilidad entendida como “no-cuantización” (106b), incluye los casos de divisibilidad fuerte.		Atomicidad entendida en sentido estricto (= Cuantización)
Divisibilidad fuerte (106a)	Divisibilidad débil (106b)	Cuantización
Ningún miembro de la extensión es atómico	No todo miembro de la extensión es atómico	Todo miembro de la extensión es atómico
No puede haber un sólo átomo	Puede haber (o no) algún átomo	Solamente hay átomos
Implica no-atomicidad	Compatible con Atomicidad (101f), pero no la implica	Implica Atomicidad (101e) generalizada a todo miembro de la extensión
Ausencia absoluta de átomos en la extensión	Algunos miembros de la extensión son atómicos	Todo miembro de la extensión es un átomo-X (X = el predicado)
Divisibilidad entendida como “no atomicidad (atomicidad en sentido amplio)” u homogeneidad irrestricta (106a)	Atomicidad entendida en sentido amplio como heterogeneidad o ausencia de garantía en la divisibilidad , incluye los casos de atomicidad estricta.	

La divisibilidad fuerte en (106a) corresponde a un predicado no atómico e infinitamente divisible, la divisibilidad débil en (106b) corresponde a un predicado que no es cuantizado pero que podría ser atómico (101f) (= no es divisible en sentido fuerte). Evidentemente, un predicado cuantizado no será divisible en ninguno de ambos sentidos, ni débil ni fuerte. En otras palabras, la cuantización es más fuerte que la atomicidad (101f), de la misma manera en que la divisibilidad estricta (106a) es más fuerte que la débil (y por tanto, las primeras implican las segundas).

Cuantización (101c) → atomicidad (101f) y atomicidad (101e) generalizada a toda la extensión

Divisibilidad fuerte (106a) → divisibilidad débil (106b)

Consecuentemente, la cuantización es incompatible con ambas divisibilidades del mismo modo que la divisibilidad fuerte es incompatible con cuantización y atomicidad (101f) o (101e). En cambio, por supuesto, atomicidad (101f) y divisibilidad débil son mutuamente compatibles.

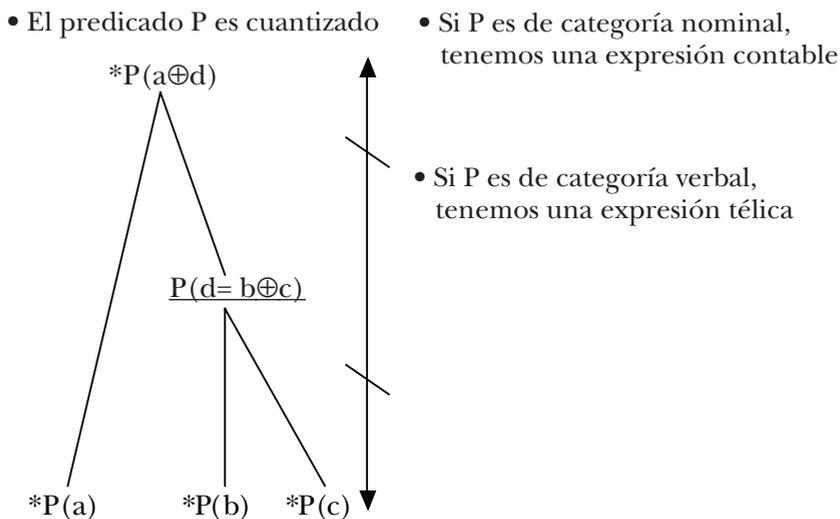
Un predicado tiene una referencia cuantizada (101c) si para cualesquiera dos entidades x e y que satisfacen dicho predicado, ninguna puede ser parte propia de la otra. Un predicado cuantizado (*quantized*) es un predicado que se mantiene de una cantidad definida de entidad(es). Un predicado no-cuantizado, en cambio, no se predica de una cantidad definida de entidad(es). Los predicados en (107) tienen referencia cuantizada porque no pueden aplicarse a las partes propias de la entidad referida. Pero hasta aquí nada más tendríamos atomicidad (101e) entre predicado y entidad referida. (101c) excluye, además, la aplicación del predicado a entidades más grandes, esto es, la cumulatividad queda vedada (recuérdese que la atomicidad —(101f)— por sí sola no es incompatible con la cumulatividad). En otras palabras, la cuantización implica que todo referente del predicado mantiene con él la propiedad (101e), y viceversa; lo cual a su vez implica que no hay cumulatividad (la cumulatividad conlleva que al menos algunos referentes no mantienen la relación (101e) con el predicado, concretamente, aquellos que resultan de la suma de otros dos potenciales referentes).

(107) a. *Tres {litros / vasos} de agua* [estrictamente cuantizado
(101d)]

- b. {*Tres/ Todas las*} *manzanas* [estrictamente cuantizado (101d)]
 c. *Una manzana* [cuantizado (101c)]
 d. *Un kilo de aguacate* [cuantizado (101c)]

El predicado *Tres litros de agua* no solamente no puede aplicar a entidades que caigan bajo *dos litros de agua* (divisibilidad excluida) sino que tampoco puede aplicar a aquellas que caigan bajo *seis litros de agua* (cumulatividad excluida). Es decir, si la atomicidad es una limitante “hacia abajo” (101f de manera no-inmediata / 101e de manera inmediata), y la no-cumulatividad es una limitante “hacia arriba”, la cuantización implica ambos límites, por abajo y por arriba —véanse las implicaciones ii) y iii) en (102) y Corblin (2002:180)—. Esto lo podemos ver en la figura 6.

Figura 6: Atomicidad + no-cumulatividad = cuantización



La cuantización estricta (101d) remite al caso en que la entidad a que aplica el predicado cuantizado es analizable, i.e., consta de par-

tes propias.³⁶ La definición puede parafrasearse como sigue: un predicado X es estrictamente cuantizado si y sólo si es cuantizado, y para toda entidad x a la que aplica el predicado X hay una entidad y tal que esa entidad es parte propia de x . En (107) los dos primeros predicados (a/b) están, además de cuantizados, *estrictamente* cuantizados. La entidad y , tal que ésta es parte de x , cae, respectivamente, bajo *un litro* y *una manzana*. El predicado *Un kilo de aguacate* no está estrictamente cuantizado porque no consta de ninguna entidad y tal que y sea parte propia de x (en este caso tenemos $x = y = \text{Un kilo}$).

La tabla 11 (*infra*, p. 215) resume la interdependencia entre tipos de referencia y se lee fila por fila. Cuando en la intersección entre fila y columna coincide el mismo predicado de segundo orden, repetimos la definición formal, en los demás casos una X significa incompatibilidad, una \checkmark significa requerimiento y como caso intermedio tenemos la “compatibilidad”. Por ejemplo, en la primera fila correspondiente al predicado de segundo orden **CUMULATIVO**, en la primera columna aparece el requerimiento que debe cumplir un predicado X para considerarse cumulativo. En la segunda y tercer columnas, la X nos indica que si un predicado X es cumulativo entonces no puede ser ni singular ni cuantizado. Como un predicado cumulativo no puede ser cuantizado, tampoco puede ser estrictamente cuantizado. La quinta columna nos indica que si un predicado X es cumulativo, puede también ser atómico siempre y cuando su referente conste de más de un átomo (con la consecuente pluralidad de entidades discretas). En la sexta columna tenemos una breve ejemplificación de predicados cumulativos.

En la tercera fila, correspondiente a **CUANTIZADO**, la primera columna nos indica que la cuantización excluye la cumulatividad; la

³⁶ Aquí cabe señalar uno de los malentendidos básicos —muy recurrente— con respecto a telicidad y perfectividad: de Miguel (1999:3019), por ejemplo, caracteriza al evento delimitado como aquel “que se concibe como un todo indivisible” y lo relaciona con un enfoque en el que el evento se contempla “como un todo inanalizable”. El malentendido es suponer que “ser indivisible” (atomicidad / telicidad) es equivalente a “contemplarse como inanalizable” (que remite más bien a perfectividad), cuando la atomicidad de una entidad no implica de ningún modo que sea inanalizable, sino solamente que sus partes no equivalen al todo. De manera inconsistente, de Miguel (1999: 3022) describe luego los verbos delimitados como aquellos que tienden a un límite interno “al que se dirigen avanzando a través de fases sucesivas” ¿cómo pueden tener fases si supuestamente eran perfectivos y se presentaban como “totalidad **inanalizable**”? En sentido opuesto, “hacer referencia a su constitución interna” (imperfectividad) no implica tampoco la divisibilidad (atelicidad) del individuo eventivo.

segunda columna nos dice que la cuantización no requiere ni excluye la singularidad; la cuarta columna indica que la cuantización no excluye la cuantización estricta en caso de que el referente conste de partes propias; y la quinta columna indica que la cuantización presupone o requiere la atomicidad del predicado —es decir, atomicidad en sentido de (101f)—. Las demás filas se leen de manera similar. Resalta el caso de la atomicidad (101f), que excluye la divisibilidad ilimitada, pero no presupone ni excluye ninguna de las propiedades restantes.

Dado que hemos admitido a los eventos como entidades de primer orden, al igual que los individuos, y que les hemos asignado un dominio compartido con forma de estructura de partes, se facilita un tratamiento en paralelo de ambas clases de referente. En tanto que los predicados (de segundo orden) en (101) aplican a predicados (de primer orden) en general, podemos enunciar las siguientes correspondencias (adaptadas de Filip 1999:52):

- (108) i) Si α es un predicado de plural, de masa, de estado o de situación dinámica atética, entonces $[[\alpha]]$ ³⁷ es cumulativo con respecto a dicho predicado.
 ii) Si α es un predicado de plural, entonces las entidades en $[[\alpha]]$ pueden dividirse de una única manera en átomos tales que todos ellos pertenezcan a la extensión de α .
 iii) Si α es un predicado nominal contable (en singular), o bien, un predicado de situación dinámica tética, entonces todas las entidades en $[[\alpha]]$ son átomos, y por tanto, cuantizados con respecto al predicado.

Cabe preguntarse por las propiedades de heterogeneidad y de homogeneidad con respecto a los tipos de referencia recién expuestos. (108i) nos dice que un predicado atético siempre es cumulativo; sin embargo, a pesar de la caracterización usual de los verbos atéticos como “homogéneos”, un predicado cumulativo no necesariamente es homogéneo. La homogeneidad es más estricta que la cumulatividad³⁸ (véase 2.6.1. así como a Doetjes & Honcoop 1997:270-271):

³⁷ Si ‘ α ’ representa a una expresión, ‘ $[[\alpha]]$ ’ representa el valor semántico de esa expresión, que es idéntico al valor que la función generalizada de interpretación arroja para la expresión ‘ α ’ (Falguera López & Martínez Vidal 1999:14, 178, 207, 209). En este caso, tratándose de predicados, le asigna su extensión (ámbito referencial).

³⁸ La homogeneidad tal como se entiende con la propiedad de subintervalo supone una divisibilidad estricta (106a). La heterogeneidad como “no-homogeneidad” da lugar a distintos casos: el más débil es la atomicidad en sentido de (101f), es decir

Tabla 11: Interdependencia entre tipos de referencia

	CUM_p(X) (101a)	SNG_p(X) (101b)	CUA_p(X) (101c)	SCUA_p(X) (101d)	ATM_p(X) (101f)	ejemplos
CUM_p(X) (101a)	$\exists x, y [X(x) \wedge X(y) \wedge \neg x=y] \wedge \forall x, y [X(x) \wedge X(y) \rightarrow X(x \oplus_p y)]$	✗	✗	✗	compatible vía pluralidad de entidades discretas	<i>agua+agua = agua / manzanas+manzanas= manzanas</i>
SNG_p(X) (101b)	✗	$\exists x [X(x) \wedge \forall y [X(y) \rightarrow x=y]]$	✓	✗	compatible vía \leq_p (parte impropia)	nombres propios y descripciones definidas
CUA_p(X) (101c)	✗	compatible	$\forall x, y [X(x) \wedge X(y) \rightarrow \neg y <_p x]$	compatible si el referente consta de partes propias	✓	<i>tres litros de agua / tres manzanas / un kilo de aguacate (no masa)</i>
SCUA_p(X) (101d)	✗ (vía CUA)	✗	✓	CUA_p(X) $\wedge \forall x [X(x) \rightarrow \exists y [y <_p x]]$	✓ (vía CUA)	<i>tres litros de agua / tres manzanas / *un kilo de aguacate (no masa)</i>
ATM_p(X) (101f)	compatible vía pluralidad de entidades discretas	compatible si el átomo es parte impropia (\leq_p) del referente	compatible por implicación 102iii)	compatible si el átomo no es parte impropia (pluralidad de átomos)	$\forall x \in U_p [X(x) \rightarrow \exists y \in U_p [y \leq_p x \wedge X(y) \wedge \neg \exists z \in U_p [z <_p y \wedge X(z)]]]$	sólo plurales discretos (no masa): <i>tres o más manzanas</i>

divisibilidad limitada (106b) compatible con cumulatividad (como en el caso de plurales de entidades discretas o en el de iteraciones de eventos discretos) y el más fuerte es el de cuantización que no sería ni divisible ni cumulativo en ninguna medida.

“En el acercamiento mereológico extensional a la distinción masa-contable, generalmente se postulan dos propiedades formales para las extensiones de los nombres de masa en oposición a los nombres contables en singular: *cumulatividad* (i.e., si un conjunto contiene dos entidades, también contiene su suma) y *divisibilidad* (i.e., si un conjunto contiene una entidad, también contiene cualquiera de sus partes). [...] Si un conjunto es a la vez cumulativo y divisivo, es homogéneo.” (Moltmann 1997:16-17)

En particular, los predicados que denotan actividades que constan de una iteración de eventos discretos son cumulativos pero no son homogéneos (son atómicas en sentido de (101f). Ejemplos nítidos de esto son (109a /b).

- (109) a. *Oliver brincó sobre la cama todo el día*
 b. *Nadhiezza estornudó frenéticamente*

Ambos casos son actividades por iteración, las cuales no son homogéneas porque no tienen divisibilidad ilimitada: sus referentes constan de átomos que caen bajo *un brinco* y *un estornudo* respectivamente. En (110) tenemos un ejemplo de predicado indiscutiblemente homogéneo:

- (110) *La ceniza volcánica cae de muy alto en la atmósfera*

El predicado *caer* no sólo es cumulativo sino que además es indefinidamente divisible (no tiene átomos). Ahora bien, dado que los predicados de “tipo de referencia” se fundamentan en la noción de estructura de partes y,

“Nada en la definición de las estructuras de partes impone la existencia de *átomos*, esto es, de los elementos más pequeños con respecto a la relación de parte.” (Krifka 1998:200)

resulta inevitable considerar a la homogeneidad como una propiedad más neutra que la heterogeneidad o la cuantización. Ésta última requiere de muchas más restricciones sobre la relación entre un predicado de primer orden y los elementos de U_p . Consecuentemente, pasar de un tipo de referencia a otro ha de consistir en el paso de la homogeneidad a la heterogeneidad y en la especificación de dichas restricciones.

2.4. DE LA HOMOGENEIDAD A LA HETEROGENEIDAD: LAS FUNCIONES DE MEDIDA EXTENSIVA

Contrastando (105a) con (107a) el lector habrá observado que los predicados homogéneos como *agua* pueden convertirse en cuantizados mediante un modificador de medida y un numeral:

- (111) a. *agua* (homogéneo) → *Tres **litros de** agua* (cuantizado)
 b. *aguacate* (homogéneo) → *Un **kilo de** aguacate* (cuantizado)
 c. *Juan corrió por la pista* (homogéneo) → *Juan corrió {400 **metros** / dos **horas**} por la pista* (cuantizado)

En (111a/b) tenemos dos predicados nominales homogéneos que se cuantizan mediante una expresión explícita de cantidad y otra de medida —ésta última en negritas— (*núm+litro*, *núm+kilo*). En (111c) vemos reflejado el mismo fenómeno con un predicado verbal (*núm+metro*, *núm+hora*).

Consideraremos junto con Krifka (1998) que los predicados simples, tanto verbales como nominales, vienen típicamente carentes de criterio cuantificacional de aplicación, esto es, vienen como predicados cumulativos. Sin embargo, la falta de criterio cuantificacional de aplicación no únicamente conlleva cumulatividad, como plantea Krifka, sino que también conlleva divisibilidad (no-atOMICIDAD). Como acabamos de ver, Moltmann (1997) es más preciso en este punto pues define la homogeneidad como cumulatividad y divisibilidad. De esta manera, se establece la no-atOMICIDAD de las denotaciones como el caso no-marcado, tal como lo señala Partee, comentando la propuesta de Link (1983) de enriquecer el dominio de las denotaciones nominales con estructuras similares a la que vimos en (95):

“Uno de los más importantes rasgos de este análisis es que la estructura de retículo correspondiente a masa surge inequívocamente como más general que la estructura de los nombres contables, es decir, como el caso no marcado. Los dominios de las interpretaciones de los nombres de masa son simplemente semirretículos unidos no especificados en cuanto a su atOMICIDAD. Los semirretículos atómicos están caracterizados como las mismas estructuras, pero con un requerimiento más, por lo que son el caso marcado. Esto significa que los lenguajes que no tengan la distinción masa/contable se describirán como si todos sus nombres fueran nombres de *masa*; sin necesidad de que busquemos alguna estructura alternativa neutral entre los nombres de

masa y los contables, dado que los nombres de masa, por sí mismos, vienen a ser el caso neutral.” (Partee 1996-97:311)

El requerimiento adicional que conforma “el caso marcado” lo constituyen las funciones de medida extensiva, las cuales aportan un criterio de atomicidad que permite cuantizar a estos predicados previamente cumulativos (y divisibles):³⁹

“Los predicados simples en el lenguaje natural típicamente son cumulativos. [...] Esto significa que los predicados simples vienen únicamente con un criterio *cualitativo* de aplicación. Los criterios *cuantitativos* de aplicación llevan a predicados no-cumulativos y cuantizados. [Estos criterios] Son expresados por *funciones de medida extensiva*, como litro, kilogramo, u hora” (Krifka 1998:200).

Sin embargo, el cálculo de conjuntos utilizado para representar las relaciones parte-todo entre referentes ya tiene un fuerte sabor cuantitativo. Una de las principales quejas contra las mereologías extensionales —como (95)— es precisamente que presentan una irremediable ceguera a los aspectos cualitativos de sus componentes. Ya vimos que los individuos complejos (i.e., con partes) son construidos como sumas a partir de otros individuos sin consideraciones cua-

³⁹ Bach (2002 [1986]:328-329) observa: “Me parece que hay una asimetría en estas relaciones entre significados contables y no-contables que apunta en la misma dirección en los dos dominios [M.P.: de individuos y de eventos]” (cf. Filip 1999:63). La asimetría que apunta Bach consiste en que el significado no-contable se deriva de manera regular y predecible a partir del significado contable de un término (nominal o verbal), y, en cambio, el significado contable no es tan predecible a partir del significado de masa, porque hay distintas maneras de empaquetar masas. La “misma dirección” hacia la que apuntan las asimetrías en el dominio nominal y verbal, me parece a mí, es que la denotación de masa es menos marcada que la contable. Bach explica la asimetría en términos de su sistema (análogo al de Link 1983, véase nuestra nota 61, p.259): el dominio de entidades atómicas o contables (subdividido en dos dominios de individuos y de eventos) se proyecta homomórficamente al dominio de la materia. De esta manera, a cada materia en el rango de la función homomórfica puede corresponderle más de una anti-imagen ‘contable’ en el dominio de dicha función, lo cual explica la multiplicidad de posibilidades y la consecuente reducción de predecibilidad. Desde nuestro punto de vista, siguiendo a Krifka (1998), la asimetría se explica como la posibilidad de cuantizar un mismo predicado de masa mediante distintas funciones de medida y lo predecible de la interpretación no-contable (la estrictamente homogénea, es decir, cumulable y divisible) se explica porque la omisión de una función de medida da siempre el mismo resultado, a saber, el predicado de masa original.

litativas acerca de los mismos: son tratados como piezas totalmente homogéneas (o si se quiere, *uniformes*, para evitar confusiones). Si las cualidades sólo están en los predicados y , los referentes (junto con sus partes) sólo constituyen *cardinalidades* (una cantidad de cierto tipo), entonces ¿Qué aporta una función de medida extensiva a un predicado de referencia cumulativa?, esto es, ¿En qué se diferencia la ‘reducción’ a ámbito cuantitativo de las mereologías basadas en la operación de suma del ‘criterio cuantitativo’ que una función de medida extensiva añade? La diferencia parece ser, a primera vista, muy tenue:

“Las funciones de medida en general son funciones que vinculan una relación empírica como ‘estar más frío que’, para cuerpos físicos, a relaciones numéricas, como ‘ser más pequeño que’, para números. [...] Las funciones de medida extensiva están basadas adicionalmente en la operación de *concatenación*, la cual está vinculada a la adición aritmética.” (Krifka 1998:200-201)

Dado que estas funciones ya aplican a un dominio previamente uniformizado (la temperatura, el peso, el volumen) del que se desterraron propiedades no-relevantes, la diferencia se encuentra en la clase de entidades cuantitativas implicadas y en la naturaleza de *su* operación de suma. Las palabras clave son ‘*número*’, ‘*concatenación*’ y ‘*aritmético*’. Pero antes de ver las implicaciones de estas expresiones, presentemos las condiciones que Krifka (1998:201) propone debe cumplir toda función de medida extensiva:

(112) **Funciones de medida extensiva.**

m es una función de medida extensiva para un conjunto o estructura de partes U con respecto a una concatenación “ \wedge ” si y sólo si:

- a. m es una función de U al conjunto de números reales positivos.
- b. $\forall x, y \in U [m(x \wedge y) = m(x) + m(y)]$ (Aditividad)
- c. $\forall x, y \in U [m(x) > 0 \wedge \exists z \in U [x = y \wedge z] \rightarrow m(y) > 0]$ (Conmensurabilidad)

La aditividad permite que los valores de medida para dos entidades contiguas puedan sumarse.

La conmensurabilidad establece que si una entidad tiene una medida superior a cero, entonces cada una de sus partes tiene igualmente una medida superior a cero. Ambas aseguran coherencia entre las posibles mediciones de una estructura de partes (la aditividad horizontalmente y la conmensurabilidad verticalmente). Krifka propone aplicar la noción de función de medida extensiva a las estructuras de parte-todo, para obtener predicados cuantizados a partir de predicados homogéneos. Pero como estas funciones únicamente operan sobre concatenaciones, debe asignarse un equivalente a esta operación en la estructura de partes original. Para ello, Krifka propone a la operación de suma, no sin advertir un problema:

“Sin embargo, nótese que mientras las operaciones de concatenación son conmutativas (esto es, $x \wedge y = y \wedge x$) y asociativas (esto es, $x \wedge (y \wedge z) = (x \wedge y) \wedge z$), fracasan en ser idempotentes ($x \wedge x \neq x$). Por tanto la operación de suma no puede tomarse como una concatenación en su valor original [*at face value*]. Pero podemos restringir la concatenación a entidades no-empalmadas.” (Krifka 1998:201)

Debido a este problema, Krifka (1998) especifica las condiciones para discriminar las entidades en una estructura de partes que pueden formar parte de una concatenación dada:

- (113) Si $P = \langle U_p, \oplus_p, \leq_p, <_p, \otimes_p \rangle$ es una estructura parte-todo, y m es una función de medida extensiva para (subconjuntos de) U_p mediante concatenación \wedge , entonces m es una función de medida extensiva para P si y sólo si se mantiene la siguiente condición:

Para todo $x, y \in U_p$, $x \wedge y$ está definido sólo si $\neg x \otimes_p y$, y si está definido, $x \wedge y = x \oplus_p y$.

La condición en (113) establece que parte de los argumentos potenciales de la función m en U_p dan valores *no definidos*, de modo que la función m es en realidad una función parcial⁴⁰ con respecto a U_p . En

⁴⁰ El concepto de ‘función parcial’ (*partial function*) es potencialmente problemático. Dado el concepto conjuntista de función, no tendría sentido hablar de una función *parcial*, entendiéndose por esto que haya elementos en el dominio a los que

términos intuitivos esto significa que gran parte de los elementos en una estructura de partes no son medibles, sea cual fuere la función de medida extensiva que se use. Una vez filtrados los elementos no-medibles de U_p tenemos que la función m preserva la estructura parte-todo (Krifka 1998:201):

- (114) Cuando m es una función de medida extensiva para una estructura de partes P , entonces $x <_m y$ (relación de parte entre números) implica $x <_p y$ (relación de parte entre las entidades medidas).

Si m es una función de medida extensiva con concatenación \wedge , entonces $<_m$, la relación parte-todo para m , está definida como sigue:

Para todo x, y en el dominio de m , $x <_m y$ si y sólo si hay algún z tal que $y = x \wedge z$.

Fusionando (112) y (113) puede omitirse el paso intermedio de *concatenación* y obtenerse una versión más simple de las condiciones para una función de medida extensiva (como tenemos en Krifka 2001:2). Presento aquí la versión menos simple por dos motivos: Primero, porque la versión simple, aunque no mencione la noción de

no aplicara la función. Sin embargo esto es precisamente lo que nos dice una de las definiciones de función parcial en Lepage y Lapierre (2000:103) —véanse también Falguera López y Martínez Vidal (1999:167 nota 15) y Partee, Meulen y Wall (1993:31-32)—: “[Definición] Sean A y B dos conjuntos. Una función parcial de A en B es una función de un subconjunto de A en B ”. Según esta definición inicial, una función parcial sería aquella en la que el conjunto de argumentos de la función no es igual al conjunto origen de la función. Una cosa es que el dominio (= conjunto de argumentos) de una función sea menor al conjunto de partida, y otra cosa bien distinta es que el dominio sea idéntico al conjunto de partida, pero que la función no proporcione un valor definido para algunos de sus argumentos. Consecuentemente, Lepage y Lapierre (2000:103) añaden: “Una de las características de una función parcial que esta definición no logra capturar es simplemente que el dominio de la función está bien definido, pero que para ciertos argumentos de ese dominio, la función simplemente *no está definida*. Esto nos conduce a la definición que sigue. [...] Una función parcial de A en B es una función de A en B que no está definida para ciertos argumentos”, y finalmente concluyen: “la definición en sí misma permanece muy problemática. Para empezar es literalmente contradictoria. En efecto, [...] la expresión ‘función’ remite a la definición usual de función, por tanto, a la definición de una función total!” No nos adentraremos más en estos detalles y simplemente remitimos al lector al capítulo correspondiente en Lepage y Lapierre (2000:103-140, “Fonctions Partielles et Théories des Types”), en el que se detalla cómo “este pequeño problema puede arreglarse muy fácilmente”.

concatenación, la presupone, de modo que dicha versión no es tanto ‘más simple’ como ‘menos explícita’. Segundo, porque la idea de concatenación resulta de interés debido a que supone la distinción entre *types* y *tokens* (Partee & ter Meulen & Wall 1993:431-432). Normalmente, la operación binaria de concatenación no aplica directamente a un conjunto dado (en este caso U_p), sino al conjunto correspondiente de *palabras* o *secuencias* sobre U_p (*mots*, en francés; *strings* en inglés).⁴¹ Siendo U un conjunto cualquiera, los elementos de U constituyen un *alfabeto*. Una ‘palabra’ p sobre U es una secuencia finita de *ocurrencias* de elementos de U . Es en el conjunto de ‘palabras’ sobre U y no en U que reside la operación binaria de concatenación (Cori & Lascar 2003:12-13). La operación binaria de concatenación, entonces, presupone el estatus de *tokens* de los elementos a los que aplica. Como las funciones de medida extensiva operan por medio de la concatenación, podemos considerar a éstas como *criterios de tokenización* de una extensión y a los referentes como tokenizaciones. Veamos un ejemplo.

- (115) a. *Agua*
 b. *Tráeme agua*
 c. *Pásame el agua*
 d. *Necesitamos dos litros de agua*
 e. *Necesitamos los dos litros de agua*

El predicado *agua* en (115a) tiene determinada extensión. Dicha extensión está compuesta de un conjunto (posiblemente infinito) de entidades que caen bajo lo especificado en la intensión del predicado *agua*. Aquí todavía no estamos *refiriendo* a nada, sino simplemente estableciendo el dominio de entidades *dentro del cual* se va a referir (el *alfabeto* de referencia para dicho predicado). En (115c), tenemos un uso del predicado *agua* en que se remite a determinada *tokenización* de la extensión de *agua*. El criterio de tokenización (una función de medida) no está explícitamente mencionada pero está más que claro que estamos remitiendo a algún referente de dimensión específica. En (115e) tenemos el mismo uso referencial pero

⁴¹ Solís y Torres (1995) traducen *string* como *palabra*. En su traducción de *Aspects of the Theory of Syntax*, de Chomsky, Carlos Otero traduce *string* (en su mismo sentido lógico-matemático) como *cadena*. Ésta última nos parece más desafortunada pues existen otros dos conceptos que se traducirían igual: *chain* (1), que en lógica matemática refiere a subpartes de un conjunto en que un orden parcial se convierte en total, y *chain* (2), que en gramática generativa refiere a un n -tuplo ordenado constituido por una frase movida y sus huellas.

con el criterio de tokenización claramente mencionado (*litro*). En (115d), en cambio, el uso puede no ser aún referencial, bastando con mencionar el criterio de tokenización que debe cumplir la —posible— actualización de dicha referencia. En (115b) se nos solicita una acción determinada mediante el predicado no-cuantizado (atético) *traer agua*. Nótese que no hay —ni siquiera implícitamente— una función de medida extensiva que proporcione un criterio de tokenización para *agua*.

Como dijimos, Krifka utiliza las funciones de medida extensiva específicamente para tratar el paso de predicados homogéneos a cuantizados:

“Las funciones de medida extensiva pueden usarse para definir predicados cuantizados. Tomemos *dos litros de agua*; el predicado nominal *agua* es cumulativo, y el predicado *dos litros de agua* es cuantizado. Esto se sigue si la función de medida denotada por *litro* es una función de medida extensiva bajo el siguiente análisis: (10) *dos litros de agua*: $\lambda x[\text{AGUA}(x) \wedge \text{LITRO}(x) = 2]$ (...) Otra propiedad interesante de la frase de medida es que sólo puede aplicarse a predicados que no están ya cuantizados.” (Krifka 1998:202)

Hay que remarcar que las funciones de medida extensiva sólo dan un criterio de atomicidad con respecto a cantidades pero no especifican dicha cantidad. Es decir, *cuantizan* pero no *cuantifican* a los referentes de los predicados plurales correspondientes. En los ejemplos expuestos por Krifka, la cuantificación de los predicados nominales la dan los números asociados (el ‘2’ en este caso), en tanto que la función de medida extensiva únicamente le confiere relevancia a dicho número con respecto a la estructura de partes en el dominio del predicado *agua*. Veamos:

- (116) a. *Juan (se) tomó dos *(litros) de agua*
 b. *Juan tomó litros y litros de agua*

En (116a) la omisión de la función de medida extensiva le quita relevancia al numeral. En tal caso, se obliga al interlocutor a asumir que sigue habiendo una función de medida extensiva, pero que está implícita. Como el complemento verbal en (116a) se interpreta como cuantizado y cuantificado, la frase verbal toda adquiere interpretación télica. En (116b), en cambio, el complemento verbal remite a átomos, i.e. entidades cuantizadas mediante *litro*, pero su pluralidad no está cuantificada, consecuentemente, la frase verbal

adquiere interpretación atélica por iteración. Wyngaerd expresa una concepción similar:

“En tanto que la ausencia de una medida implica no-delimitación, la presencia de una medida no implica delimitación. En particular, en la interpretación iterativa, la no-delimitación es resultado de un número indefinido de iteraciones de un evento télico o delimitado.” (Wyngaerd 2001:77)

Nótese que el complemento en (116b) es acumulativo pero atómico (en sentido de 101f), es decir, no es indefinidamente divisible y por tanto tampoco es homogéneo.

Hasta aquí hemos visto las funciones de medida explícitamente expresadas en construcciones de medida como (116) y (111). Funciones como *litro*, *kilo*, *metro*, *hora* son en gran medida artificiales (i.e., arbitrarias), en cuanto que no utilizan alguna característica propia del referente para su medición, por lo que son expresadas externamente al predicado nominal o verbal. Es decir, estas funciones son en cierto modo extrínsecas, y son más generales y se aplican a varios predicados nominales. Pero también es usual que la función de medida que cuantiza un predicado se encuentre incorporada o sea inherente al predicado cuyos referentes mide. Krifka (2001:2) habla en estos casos de ‘unidad natural’ de medida (en filosofía del lenguaje se habla de ‘sustantivos sortales’ para aquellos que incluyen criterios de individuación, cf. García Suárez 1997:136-137). La noción de *unidad natural* es un tanto vaga, pero Krifka (2001) la caracteriza como una función de medida específica de un nominal o construida con base en el mismo. En el caso de lenguas con clasificadores nominales, esta ‘unidad natural’ está especificada al exterior del nominal. En las lenguas sin clasificadores, la ‘unidad natural’ mediante la cual opera la función de medida extensiva estaría incorporada en el nominal ‘contable’ (Link 1998a [1991]:213-215; Moltmann 1997:37), y en el caso de los no-contables, tendría que ser recuperable del contexto (oracional o enunciativo) o bien mencionarse explícitamente mediante una construcción de medida. Veamos unos ejemplos.

- (117) a. *agua* (homogéneo) → {**El/*Un** _____} *agua* (cuantizado)
 b. *aguacate* (homogéneo) → {**El/Un** _____} *aguacate* (cuantizado)

- c. *Juan comió* (homogéneo) → *Juan se comió* {*la/una* _____} *torta* (cuantizado)
- d. *Juan corrió* (homogéneo) → *Juan corrió* {_____} *a la tienda* (cuantizado)
- e. *Juan corrió* (homogéneo) → *Juan corrió* {_____} (cuantizado)

En (117b) tenemos el caso de un predicado nominal que presenta una unidad natural de medida para sus referentes individuales. Los aguacates vienen *naturalmente* como individuos contables. Esto permite el uso de los artículos definido e indefinido que requieren de alguna medida, la cual está implícita en el mismo nominal. En (117a), en cambio, el indefinido no es lícito porque el predicado *agua* no viene con ninguna medida “natural” como *aguacate*. Sin embargo, el definido sí está permitido disparando la lectura genérica: la medida natural de último recurso para todo predicado es la de *totalidad*—de la extensión— (Corblin 2002:197 observa que la idea “de que la cuantificación por defecto es universal”, i.e., que el concepto de totalidad funciona muy a menudo como criterio de cuantificación por defecto). Vemos entonces que todo predicado nominal tiene al menos una entre dos medidas naturales disponible: la medida genérica correspondiente a toda la extensión del predicado. Los contables disponen, además de ésta, de la medida natural para sus individuos. Siguiendo a García Fajardo (1985, 1990), podemos considerar que el artículo definido dispara una lectura de conjunto y una lectura individual, en tanto que el indefinido solamente dispara una lectura individual.⁴² Esto explica la aceptabilidad del definido tanto para nominales de masa (117a), donde aplica la lectura de conjunto, como para nominales contables (117b) donde puede aplicar tanto la lectura de conjunto (genérica) como la individual. En la primera lectura, el definido fuerza la cuantización del conjunto, mediante el concepto de *totalidad*, en tanto que en la segunda lectura fuerza la cuantización de los individuos, la cual es imposible para nominales de masa. *El aguacate* puede entonces remitir tanto al conjunto total de aguacate, como a un individuo particular destacado mediante su

⁴² Nótese que la existencia de lecturas genéricas con indefinidos no afecta esta característica de “lectura individual”. *Un perro es un animal de cuatro patas* es un enunciado genérico pero el predicado *animal de cuatro patas* sólo puede aplicarse a los miembros del conjunto, nunca al conjunto mismo: la predicación es una predicación de individuo, aunque se generalice a todos los individuos del conjunto (cf. García Fajardo 1985:21).

propia medida natural. En (117e) tenemos el caso especial de una medida recuperada contextualmente. Si *Juan corrió* es enunciada en el contexto de Juan acabando de participar en una carrera de cuatrocientos metros, entonces (117e), se interpretará como cuantizado implícitamente por *400 metros*. En (117c) mostramos cómo la medida natural de un complemento verbal es heredada por la frase verbal. La medida natural para *Una torta* funciona simultáneamente como una medida natural para el predicado *comer* del mismo modo como *400 metros* funcionaba como una medida “artificial” o extrínseca para el predicado *correr* en (111c), que repetimos aquí:

- (111) c. *Juan corrió por la pista* (homogéneo) → *Juan corrió* {*400 metros* / *dos horas*} *por la pista* (cuantizado)

La medida de un recorrido como (117d) es igualmente *natural*, aunque la cuantización no es “heredada” por la frase verbal sino construida a partir del complemento de meta. De este modo, podemos considerar que los eventos también pueden ser medidos a partir de funciones de medida ‘naturales’, sin que siempre sea el caso que la medida provenga del ámbito nominal. En un caso como (117d), dicha medida es la distancia de la localización de un referente a la localización de un punto inmóvil en *Juan corrió a la tienda*, donde *a la tienda*, más que un simple ‘punto de llegada’ establece un criterio para la medición ‘natural’ de este evento de *correr* en términos de la distancia entre los referentes de *Juan* y *la tienda*. Wyngaerd analiza las cláusulas mínimas resultativas de este mismo modo, excluyendo que se trate de puntos de llegada ‘estativa’ sino caracterizándolas más bien como medidas naturales:

“De manera similar, los eventos de masa (i.e. actividades) no tienen partes mínimas: cualquier subparte de un evento de llorar sigue siendo un evento de llorar. Los eventos contables como los *accomplishments* tienen partes mínimas, cualquier subparte de *llorar hasta dejar mojado el pañuelo* no es un evento de *llorar hasta dejar mojado el pañuelo*. Un giro de masa a contable puede ocurrir mediante la adición a nombres de masa de un clasificador, el cual introduce una parte mínima (*un pedazo de información, una pieza de mobiliario*). En el dominio verbal, quisiéramos sugerir que los resultativos sean considerados los análogos verbales de los clasificadores: proporcionan una medida o parte mínima para el evento, permitiendo así que el evento pase de atético a tético. Así, la cláusula mínima *hasta dejar mojado el pañuelo* (...) introduce un criterio

de medida para el evento de llorar, [...] En otras palabras, los resultativos son al verbo de actividad lo que una copa de medición es a alguna cantidad de masa.” (Wyngaerd 2001:75)⁴³

Más adelante, también con respecto a los resultativos como medidas, argumenta que una medida permite imperfectividad e iteración, en tanto que un punto de llegada no (repetimos la cita previamente mencionada en 1.3.1.2.6.):

“El hecho de que el estado denotado por el resultativo pueda nunca ser alcanzado o pueda alcanzarse varias veces, es inexplicable bajo la perspectiva de que trata al resultativo como una meta, mientras que es la situación esperada si el resultativo denota una medida.” (Wyngaerd 2001:77)

El mismo razonamiento es aplicable a los ‘destinos’ propiamente locativos: más que puntos de llegada dan una unidad natural de medida para el evento. Veamos ahora con más detenimiento la aplicación de la estructura de parte-todo de (95) al caso de las entidades eventivas.

2.5. LAS ESTRUCTURAS DE EVENTO Y SUS PARTES

Las entidades eventivas y sus partes presentan a menudo la característica peculiar de depender notablemente de los otros dos tipos de entidades denotativas: los individuos y los tiempos. Acabamos de constatar, en la sección previa, que las funciones de medida para eventos a menudo trabajan con los individuos o los tiempos como intermediarios. Retomando los ejemplos relevantes, tenemos en (111c) a un evento medido temporalmente (dos horas), o bien, en términos de distancia (400 mts.). En (117c/d) tenemos eventos medidos a través de los individuos referidos por *una torta* y *la tienda*.

(111) c. *Juan corrió por la pista* (homogéneo) → *Juan corrió* {400 metros / dos horas} (cuantizado)

⁴³ Dado que el estudio de Wyngaerd se enfoca en las cláusulas mínimas resultativas y que éstas no son directamente trasladables al español, me veo forzado a alterar los ejemplos, que, en español, no son cláusulas mínimas.

- (117) c. *Juan comió* (homogéneo) → *Juan se comió* {*la/una* _____}
torta (cuantizado)
 d. *Juan corrió* (homogéneo) → *Juan corrió* {_____} *a la tienda*
 (cuantizado)

Ya vimos en el capítulo primero que los intentos de reducción de los eventos a tiempos (como sucesiones en la validez de un predicado) o a relaciones causales (como lo que desemboca en un estado resultativo específico) no alcanzan plena satisfacción. Sin embargo, como ya dijimos, reconocer a los eventos (y sus partes) como entidades por derecho propio no lleva a negar, claro está, que estas entidades tengan relaciones muy estrechas con las entidades temporales e individuales. Las entidades eventivas representan cambios. La concepción del cambio requiere al menos dos cosas: tiempo a lo largo del cual llevarse a cabo (incluso si es puntual), y una propiedad con respecto a la cual tenga lugar una progresión temporal. Dado que los eventos son entidades inherentemente sensibles al eje temporal, la estructura parte-todo de un evento tendrá asociada, también, una estructura parte-todo temporal en paralelo. Cuando la propiedad sobre la que un evento dado trabaja pertenece a algún individuo, también se presentará una clase de paralelismo entre las estructuras de parte-todo entre ambas entidades, la individual y la eventiva.

Esto puede notarse en nuestros ejemplos de (111) y (117). La entidad temporal correspondiente a *corrió* en (111c) está cuantizada por la función de medida *hora* y su plural está cuantificado por el numeral *dos*. Dada la relación estrecha entre tiempos y eventos, la medición del tiempo resulta en la medición del evento por simple herencia estructural (que, aún sin detallar, llamaremos *homomorfismo*). En (117c), la propiedad sobre la que trabaja el evento (digámosle “comestibilidad”) pertenece al individuo denotado por *la/una torta*. Esto permite que la estructura de parte-todo de dicho individuo entable una relación de homomorfismo con la estructura de partes del evento. De este modo, el efecto de cuantización de la función de medida natural integrada a *torta* se transfiere también al evento y al predicado que lo denota. Este hecho ha sido descrito, a partir de Dowty (1991a), como una relación temática entre ambos argumentos (el eventivo y el de individuo). Se dice entonces que el argumento de individuo se comporta como *Tema Incremental*, queriendo decir que las partes del evento se van incrementando conforme se incrementan las partes del individuo que son afectadas por el cambio. En (117d), las propiedades sobre las que trabaja el evento *correr*

pertenecen, también, a un individuo, al denotado por *Juan*. Sin embargo, las partes de *Juan* no se asocian con las partes del evento de la misma manera que en (117c): en vez de que cada parte de *Juan* se asocie con sólo una parte del evento, todas las partes de *Juan* se asocian a cada parte del evento. En este caso Juan se relaciona en conjunto, es decir, *holísticamente*, con el evento de correr. Por ello se dice, también a partir de Dowty (1991a), que *Juan* tiene el papel temático de *Tema Holístico*. Nótese, sin embargo, que una de las propiedades afectadas es la ubicación de Juan. Lo que le permite a la frase verbal construir un criterio de medida es la ubicación de Juan con respecto a la ubicación definida de *la tienda*. En tal caso podemos imaginar, como lo hacen Dowty (1991a) y Filip (1999), que la línea espacial entre la posición inicial de Juan y la ubicación de la tienda constituye un argumento implícito, y que es éste el que recibe el papel de *Tema Incremental* y transfiere su cuantización al evento.

Ahora lo que interesa es lo siguiente: de estos tres casos, aparentemente disímiles, podemos ver que lo que toda frase verbal de situación dinámica tiene en común con cualquier otra es que todas ellas poseen una *trayectoria de cambio*, y que ésta puede verse desde su faceta de incrementalidad temporal o desde alguna de sus facetas de incrementalidad causal. La noción de incrementalidad varía de autor a autor; en particular Dowty (1991a) y Krifka (1998) la limitan al papel temático *Tema Incremental*, es decir, a la existencia de una relación entre verbo y complemento a la manera de (117c). Dado que toda situación dinámica presenta sensibilidad al eje temporal y se basa en la idea de cambio, nos parece más sensato considerar que toda situación dinámica da la idea de incrementalidad, sea con respecto al objeto afectado o con respecto al tiempo mismo. Por tanto, usaremos el término en su acepción más amplia e intuitiva, esto es, dando la idea de un ‘progreso’ de algún tipo (cf. Ratté 1994).

2.5.1. LA TRAYECTORIA DE CAMBIO A PARTIR DE U_p DE LA LINEARIDAD TEMPORAL COMO PREMISA A LA LINEARIDAD DEL EVENTO

La base de la linearización en la representación del cambio o ‘dinamicidad’ se debe a la sensibilidad inherente del evento al progreso por el eje temporal (cf. de Miguel 1999:3018). De esta manera, aunque toda situación dinámica trabaja sobre propiedades particulares, en cada caso, para el cambio tienen un denominador común que permite agruparlas a todas bajo la etiqueta de ‘situación dinámica’:

la trayectoria temporal. La razón última de la constitución de una trayectoria de cambio es, entonces, la propia trayectoria temporal a la que todo cambio es sensible (por contraste a los estados, cf. de Miguel 1999:3012, 3017, 3023).

En la presente sección, siguiendo a Krifka (1998, 2001), exponemos los elementos formales necesarios para llegar a una definición de trayectoria temporal con ordenamiento lineal y sin atomicidad. Primeramente se construye una estructura de adyacencia como un caso particular de una estructura de partes. De dos entidades conectadas externamente diremos que mantienen una relación de *adyacencia*,⁴⁴ y la anotaremos como $x \infty y$. Luego, se definen las características básicas de una trayectoria a partir de la estructura de adyacencia. La definición de una estructura de adyacencia nos permitirá filtrar parcialmente los elementos de una estructura de partes que son relevantes para la constitución de una trayectoria de los que no lo son.⁴⁵ Veamos pues en (118) la definición de Krifka (1998) de una estructura de adyacencia.

(118) **Estructura de adyacencia:**

$A = \langle Ua, \oplus a, \leq a, < a, \otimes a, \infty a, Ca \rangle$ es una estructura de adyacencia si y sólo si:

- a. $\langle Ua, \oplus a, \leq a, < a, \otimes a \rangle$ es una estructura de partes,
- b. ∞a , *adyacencia*, es una relación de dos lugares en Ua tal que
 - (i) $\forall x, y \in Ua [x \infty a y \rightarrow \neg x \otimes a y]$
 - (ii) $\forall x, y, z \in Ua [x \infty a y \wedge y \leq a z \rightarrow x \infty a z \vee x \otimes a z]$
- c. $Ca \subseteq Ua$, el conjunto de elementos convexos es el conjunto máximo tal que

⁴⁴ De dos entidades conectadas internamente se dice que están en relación de *traslape* (*overlap*) (Krifka 1998:203, nota 4/232). La *conexión* es una relación reflexiva y simétrica que satisface el siguiente axioma: $[@z [x @ z \leftrightarrow y @ z]] \leftrightarrow x = y$ donde “@” es la relación de conexión. En Krifka (2001:5), ésta es la relación con base en la cual se define la relación de parte, *traslape* y, como aquí, la de adyacencia.

⁴⁵ Lo cual recuerda la idea Jackendoffiana, presentada en Morimoto (2001:157-158), de que algunos objetos con más de una dimensión (en especial los eventos) pueden seguir considerándose básicamente lineales. Los elementos de la estructura de partes excluidos por el requerimiento de adyacencia en (118), y de convexidad máxima en (119), corresponden a elementos que en Morimoto serían ‘transversales’, valga la analogía.

$$\forall x, y, z \in Ca [y, z \leq a \wedge x \wedge \neg y \otimes a \wedge z \wedge \neg y \infty a \wedge z \rightarrow \exists u \in Ca [u \leq a \wedge x \wedge u \infty a \wedge y \wedge u \infty a \wedge z]]$$

El enunciado (118a) explicita que una estructura de *adyacencia* se basa en una de *partes*. (118b) describe la relación de *adyacencia* como incompatible con la de traslape. (i) lo hace horizontalmente (relación de parte a parte), y (ii) relaciona a (i) con la verticalidad (relación de parte a todo): si dos partes son adyacentes, el contenedor de una de ellas únicamente puede ser o adyacente o traslapada con la otra. En (118c) se define un subconjunto de la estructura de partes que cumple con condiciones adicionales que lo convierten en una (sub)estructura de adyacencia: todos sus elementos son convexos.⁴⁶ Esto significa que todas las entidades que no se *traslapan* ni son *adyacentes* están conectadas por *al menos* un tercer elemento adyacente a ambos.

Krifka (1998) propone describir las partes de una trayectoria como “elementos que son convexos y lineales”, noción definible en términos de *adyacencia*. Una estructura de trayectoria sería entonces un caso especial de estructura de adyacencia, tal como se ve en (119).

(119) **Estructura de trayectoria**

$H = \langle Uh, \oplus h, \leq h, < h, \otimes h, \infty h, Ch, Ph \rangle$ es una estructura de trayectoria si y sólo si:

- a. $\langle Uh, \oplus h, \leq h, < h, \otimes h, \infty h, Ch \rangle$ es una estructura de adyacencia,
- b. $Ph \subseteq Ch$, es el conjunto máximo tal que

⁴⁶ Un conjunto *convexo* es un conjunto cerrado bajo elementos intermedios: cualesquiera dos elementos tienen un elemento intermedio que se relaciona con ambos. Más explícitamente: Ca es un conjunto convexo en Ua porque $\langle Ca, \infty a \rangle$ es una subestructura de $\langle Ua, \infty a \rangle$ que es *ininterrumpida* (de hecho, Krifka 2001 basa la noción de *convexo* en la noción topológica de *conexión* entre regiones). Aplicando la definición de *conjunto convexo* al caso que nos ocupa, tenemos que: Un conjunto convexo en $\langle Ua, \infty a \rangle$ es un conjunto $Ca \subseteq Ua$ tal que $@x, y \in Ca; @z \in Ua [x \infty a \wedge z \infty a \wedge y \rightarrow z \in Ca]$ (adaptado de Landman 1991:110). Esto tiene su contraparte en los individuos-suma creados a partir de conjuntos convexos: x es un *elemento convexo*, $x \in Ca$, si y sólo si $@y, z [y \oplus a \wedge z = x \rightarrow y \infty a \wedge z]$ (Krifka 2001:5). Nuestra adaptación es más fuerte por estar orientada a la estructura de adyacencia, en tanto que la versión original, en Krifka 2001, es más relajada: permite traslape, por ser más general.

- $$\forall x, y, z \in Ph[y, z \leq h x \wedge \neg y \otimes h z \wedge \neg y \infty h z \rightarrow \exists! u^{47} \in Ph[u \leq h x \wedge y \infty h u \infty h z]]$$
- c. $\forall x, y \in Uh[\neg x \otimes h y \wedge \neg x \infty h y \rightarrow \exists z \in Ph[x \infty h z \infty h y]]$

El enunciado (119a) plantea que una estructura de *trayectoria* se basa en una de *adyacencia*. En (119b) se define un subconjunto de la estructura de adyacencia que cumple con condiciones adicionales que lo convierten en una (sub)estructura de trayectoria: todos sus elementos son convexos, como en (119c), pero más aún, el conjunto de subtrayectorias *Ph* no solamente está *cerrado* bajo elementos intermedios, sino que está *máximamente* cerrado bajo trayectorias intermedias (Krifka 1998:203). Esto significa que todas las subtrayectorias que no se *traslapan* ni son *adyacentes* están conectadas por solamente una tercer subtrayectoria *única* adyacente a ambas. Esto último excluye aún más partes de la estructura original como relevantes para la construcción de una trayectoria e impide la posibilidad de trayectorias ramificantes, cruzadas o circulares (Krifka 1998:203). Como las trayectorias de cambio son vistas como remitiendo a una sola propiedad (independientemente de que ésta pueda considerarse como un amalgama de otras propiedades), Krifka (1998:204) propone la noción de *trayectoria unidimensional*.

- (120) Una estructura de trayectoria *H* es *unidimensional* si y sólo si $\forall x, y \in Ph, \exists z \in Ph[x \leq h z \wedge y \leq h z]$

Una estructura de trayectoria unidimensional es aquella para la que se sostiene que cualesquiera dos trayectorias son parte (impropia) de una misma trayectoria mayor. Es importante notar que esta noción se basa en la relación de parte *impropia*. Esto permite que dos trayectorias pa-

⁴⁷ En el original tenemos ‘ $\exists u$ ’, sin embargo pudiera ser un error tipográfico, pues en Krifka (2001:5, (40)) tenemos precisamente ‘ $\exists! u$ ’, tal y como esperaríamos basándonos en el comentario de Krifka sobre esta condición: “Condition (b) says that two disjoint, non-adjacent parts of a path are always connected by *exactly one* subpath.” (Krifka 1998:203, las cursivas son mías). De hecho esa es la diferencia más importante, si no es que la única, entre una estructura de adyacencia y una de trayectoria —compárese (118c) con (119b)—. Dado que un conjunto convexo presenta clausura bajo elementos intermedios (i.e., clausura bajo la operación binaria cuyos valores son elementos intermedios), pudiera pensarse innecesario explicitar la unicidad de dicho elemento (*u*), puesto que la ley de clausura presupone tal unicidad dentro del conjunto convexo (Lipschutz 1964:216). Sin embargo, los mismos comentarios que hicimos para (100) valen también en este caso: las aplicaciones infinitarias de una operación siempre son menos fiables que sus aplicaciones finitas.

ralelas de un evento (basadas en propiedades que *caracterizan* —en sentido fregeano— la propiedad afectada) puedan considerarse partes de una única trayectoria de evento (como partes impropias) en vez de quedar excluidas. Así, todas las trayectorias paralelas de un evento (o del tiempo) forman una sola. Pero hasta aquí las trayectorias carecen aún de direccionalidad. Ésta se requiere al menos para el eje temporal, y hereditariamente, para las trayectorias de cambio de los eventos.

Krifka (1998:204-205) propone precisamente caracterizar al tiempo como una estructura de trayectoria unidimensional *dirigida*. Una trayectoria será ‘dirigida’ cuando presente la propiedad de *precedencia* (que se notará ‘ \ll ’ en la definición).

(121) **Trayectoria unidimensional dirigida.**

A) Una trayectoria *dirigida* se define como:

$D = \langle Ud, \oplus d, \leq d, < d, \otimes d, \infty d, Pd, Cd, \ll d, Dd \rangle$ es una estructura de trayectoria *dirigida* si y sólo si

- a. $\langle Ud, \oplus d, \leq d, < d, \otimes d, \infty d, Pd \rangle$ es una estructura de trayectoria;
- b. $Dd \subseteq Pd$, el conjunto de trayectorias *dirigidas*, es el conjunto máximo con la relación de dos lugares $\ll d$, *precedencia*, y con las propiedades (i) a (iv):

- i. $\forall x, y \in Dd [\neg x \ll d x] \wedge [x \ll d y \rightarrow \neg y \ll d x] \wedge [x \ll d y \wedge y \ll d z \rightarrow x \ll d z]$
- ii. $\forall x, y \in Dd [x \ll d y \rightarrow \neg x \otimes d y]$
- iii. $\forall x, y, z \in Dd [x, y \leq d z \wedge \neg x \otimes d y \rightarrow x \ll d y \vee y \ll d x]$
- iv. $\forall x, y \in Dd [x \ll d y \rightarrow \exists z \in Dd [x, y \leq d z]]$

B) Una estructura de trayectoria dirigida es *unidimensional* si y sólo si

$$\forall x, y \in Dd [\neg x \otimes d y \rightarrow x \ll d y \vee y \ll d x]$$

(121)A)b Define al subconjunto Dd como una (sub)estructura con relación binaria de precedencia. A)b.i establece que la relación de precedencia es antirreflexiva, asimétrica y transitiva.⁴⁸ A)b.ii estable-

⁴⁸ La antirreflexividad convierte la antisimetría en asimetría (cf. Vernant 2001:266, 272, 326-7). Bach (1981:65) explica que una relación R es antisimétrica

ce el no-traslape entre trayectorias dirigidas como condición necesaria de la precedencia.⁴⁹ A)b.iii establece el no-traslape entre subtrayectorias dirigidas (de una misma trayectoria mayor), ahora como condición *suficiente* para un ordenamiento lineal o total (con b.i ya teníamos un orden parcial). En A)b.iv. tenemos la inversa de lo anterior: si dos trayectorias dirigidas entran en relación de precedencia, ambas son subtrayectorias dirigidas de una misma trayectoria mayor. En (121)B) se nos define una trayectoria unidimensional como la estructura en la que toda subtrayectoria es parte de la misma trayectoria mayor, y, por tanto, siempre se cumple que si dos trayectorias no se traslapan, alguna precede a la otra (la estructura unidimensional presenta orden total o lineal).

Asumiremos con Krifka una estructura de trayectoria unidimensional dirigida para describir el tiempo, donde *precedencia* es interpretada como precedencia temporal. Nótese que una vez teniendo la trayectoria temporal, la trayectoria de evento se obtiene simplemente mediante la proyección de la estructura de evento a su trayectoria temporal, de modo que la primera heredará las características formales de la segunda.

- (122) Una *estructura de tiempo* T es una estructura de trayectoria unidimensional dirigida
 $\langle Ut, \oplus t, \leq t, < t, \otimes t, \infty t, Pt, Ct, \ll t, Dt \rangle$

Algo importante es que estas trayectorias extensionales no tienen, aún, atomicidad (partes mínimas). En un principio, Dowty (1979:76) se muestra un tanto renuente a adoptar una línea temporal densa, esto es, un tiempo no-atómico. Aduce no ver claros motivos lingüísticos para adoptar una formalización densa del tiempo. Sin embargo, en el marco de la semántica de intervalos, Dowty (1979:139, 141) se ve forzado a adoptar un tiempo denso, más adecuado para definir condiciones de verdad para los cambios de estado simples y complejos (este giro de Dowty también lo nota Filip 1999:24 nota 9/74). Bennett y Partee (2004 [1972]:69-70) también abogan por un tiem-

ssi $(xRy \wedge yRx) \rightarrow x = y$; y de la asimetría de su relación de precedencia *Before*, concluye que es antirreflexiva: “la relación *Before* es transitiva, asimétrica y por tanto antirreflexiva [*irreflexive*]” (Bach 1981:69).

⁴⁹ Cuando dos proposiciones están en relación de implicación, la verdad de la primera es condición *suficiente* (pero no necesaria) de la verdad de la segunda, en tanto que la verdad de la segunda (el consecuente) es condición *necesaria* (pero no suficiente) para la primera (Falguera López & Martínez Vidal 1999:151-152).

po denso. Un motivo adicional puede ser la observación, previamente señalada, de que las denotaciones sin atomicidad especificada (denotaciones densas) son el caso no marcado (Partee 1997:311; Krifka 1998:200).⁵⁰ Vendler (1957:155) por su parte, habla de “instantes indivisibles” pero siempre en relación a predicados de suceso. Se trata de una atomicidad relativa a tipos de predicado (*achievements*), de manera que la cuestión del tiempo denso/discreto simplemente no se aborda.

Pasaremos ahora a caracterizar la incrementalidad como —al menos— un homomorfismo (proyección de varios a uno) entre entidades eventivas y temporales.

2.5.2. HOMOMORFISMO ENTRE *TRAYECTORIA TEMPORAL* Y *TRAYECTORIA DE EVENTO*, BASE DE LA INCREMENTALIDAD

Hemos venido considerando que la dinamicidad supone, por sí sola, incrementalidad, en el sentido de la presencia de una progresión a lo largo del eje temporal. En esta sección detallamos esta idea como un homomorfismo entre la trayectoria temporal asociada a un evento y la trayectoria del evento mismo, ambas definidas como estructuras de partes. Nuestra idea de incrementalidad únicamente requiere que la progresión del evento mimetice la progresión temporal, sin importar que un ‘objeto afectado’ se añada o no a este mimetismo. Esto es, no consideramos que la presencia de un constituyente con un rol del tipo tema-incremental sea ingrediente indispensable en una construcción para dar lugar a una interpretación incremental del evento, por contraposición a Dowty (1991a) y Krifka (1998, 2001). Lo anterior coincide en parte con lo que Morimoto (2001:157-161) propone siguiendo a Jackendoff (1996):

“En primer lugar, vamos a asumir, junto con Jackendoff, que el Evento es una entidad lineal progresiva. Es decir, se trata de un vector que avanza a lo largo del eje temporal.” (Morimoto 2001:158)

No estamos de acuerdo, en cambio, con decir que “El vector del Evento puede analizarse como una sucesión continua de Estados puntuales” (Morimoto 2001:158). Una suma de estados sólo da una

⁵⁰ Sin embargo, en trabajos previos de Krifka se asumen unidades temporales atómicas (Ramchand 1997:68, 222-223).

pluralidad de estados, no una situación dinámica. Si la idea es una metáfora similar a la de la sucesión rápida de fotografías estáticas, como en una película, ésta no captura la esencia de un cambio continuo y sin atomicidad (donde la metáfora de la película supone una atomicidad como la sucesión de al menos dos fotografías). Veamos ahora en qué consiste la relación de homomorfismo entre estructuras (123).

(123) **Homomorfismo entre dos sistemas en general**

En términos generales, dados dos sistemas

$$\mathcal{A} = \langle \mathbf{A}, \langle \mathbf{f}_i \rangle_{i \in I}, \langle \mathbf{R}_j \rangle_{j \in J} \rangle \text{ y } \mathcal{B} = \langle \mathbf{B}, \langle \mathbf{g}_i \rangle_{i \in I}, \langle \mathbf{S}_j \rangle_{j \in J} \rangle$$

un homomorfismo requiere

- i. que \mathcal{A} y \mathcal{B} sean sistemas del mismo tipo.⁵¹
- ii. que \mathcal{B} sea una imagen homomórfica de \mathcal{A} , es decir que cumpla con (124).

(124) **Imagen homomórfica de un sistema en general**

\mathcal{B} es una imagen homomórfica de \mathcal{A} si y sólo si existe una función $\mathbf{h}: \mathcal{A} \rightarrow \mathcal{B}$, tal que (cf. Landman 1991:76):

- i. Para cada $i \in I$ y cada $x_1, \dots, x_{\delta(i)} \in \mathbf{A}$, $\mathbf{h}(\mathbf{f}_i(x_1, \dots, x_{\delta(i)})) = \mathbf{g}_i(\mathbf{h}(x_1), \dots, \mathbf{h}(x_{\delta(i)}))$
- ii. Para cada $j \in J$ y cada $x_1, \dots, x_{\mu(i)} \in \mathbf{A}$, si $\langle x_1, \dots, x_{\mu(i)} \rangle \in \mathbf{R}_j$ entonces $\langle \mathbf{h}(x_1), \dots, \mathbf{h}(x_{\mu(i)}) \rangle \in \mathbf{S}_j$.

Lo anterior, aplicado al caso de las estructuras de partes, da por resultado (125).

(125) **Homomorfismo entre estructuras de partes** (basado en Landman 1991:74-75 y Manzano 1989:51-54, 63):

Sean $N = \langle Un, \oplus n, \leq n, < n, \otimes n \rangle$ y $O = \langle Uo, \oplus o, \leq o, < o, \otimes o \rangle$ dos estructuras de partes.

⁵¹ Es decir, que tengan mismo número de funciones y de relaciones, y que compartan las dos funciones asociadas $\mu: I \rightarrow \mathbb{N}$ y $\delta: J \rightarrow \mathbb{N} - \{0\}$. En otros términos, las funciones δ y μ que asignan la aridad a cada función y relación (del sistema) son comunes a ambos sistemas (cf. Falguera López & Martínez Vidal 1999:185). Una consecuencia importante es que a cada función del primer sistema con determinada aridad le corresponderá una única función del segundo sistema con la misma aridad (y *mutatis mutandis* para las relaciones).

La función $h: N \rightarrow O$ es un *homomorfismo* de N a O si y sólo si

- i. h es una función de N a O
- ii. h preserva la estructura:
 - a. $\forall x, y \in Un \quad [x \leq n y \rightarrow h(x) \leq o h(y)] \wedge$
 $[x < n y \rightarrow h(x) < o h(y)] \wedge$
 $[x \otimes n y \rightarrow h(x) \otimes o h(y)]$
 - b. $\forall x, y \in Un \quad [h(x \oplus n y) = h(x) \oplus o h(y)]$
 - c. $\forall z \in Uo, \forall x \in Un [h(x) = z]$
- (iii. N y O son sistemas del mismo tipo)

(125iia) enuncia las condiciones de preservación, de una estructura a otra, para las *relaciones* mereológicas entre entidades. (125iib) lo hace para la(s) *operacion(es)*, en este caso, la operación de suma. Nótese que, como las relaciones mereológicas se definieron en (95) a partir de la operación de suma, (125iib) implica (125iia). En (125iic) encontramos la descripción de un homomorfismo como “proyección de varios a uno” *sobre* el rango Uo .

El homomorfismo es una condición presente entre las extensiones eventivas y temporales previa tokenización de las mismas. Esto implica que las funciones de medida que proporcionan criterios de atomicidad para las partes mínimas implicadas en la trayectoria conjunta aún no se han aplicado. Quiere esto decir que los conjuntos ordenados de partes en las trayectorias temporales y eventivas relacionadas por el homomorfismo incremental carecen de atomicidad. Además, el homomorfismo entre ambos conjuntos de partes, eventivas y temporales, da por resultado que la linealidad y precedencia temporales fuerzan la linealidad y precedencia de las subpartes no atómicas del evento. Todo esto supone un gran contraste, en los detalles, con respecto a cómo se implementa la sensibilidad de los eventos al eje temporal en Jackendoff y Morimoto:

“Dado que el desarrollo del Evento supone necesariamente el del Tiempo, Jackendoff asume que la relación entre dichos componentes constituye una especie de ‘isomorfismo’.” (Morimoto 2001:159)

Nótese que se reconoce que la dependencia entre progreso del evento y progreso temporal es asimétrica, ya que el primero supone necesariamente el segundo (pero no viceversa). Sin embargo, dicha asimetría en la relación evento-tiempo no se reconoce en las representaciones de Estructura Conceptual propuestas por Jackendoff y

utilizadas por Morimoto, pues el ‘isomorfismo’⁵² se representa mediante una simple coindización de tiempo y evento, pareciendo que cada uno tiene su propio progreso independientemente del otro, y que la única restricción es que los progresos de ambos estén coordinados de manera casi accidental.⁵³ No se reflejan tampoco las dependencias de (no-)atomicidad, adyacencia y precedencia entre eventos y tiempos, como si fueran entidades totalmente independientes (la única dependencia se circunscribe a la concordancia entre ciertos índices en la estructura conceptual, pero esto es insuficiente pues la ‘concordancia’ parece meramente accidental). La precedencia se representa mediante el rasgo de ‘direccionalidad’:

“El rasgo de direccionalidad, [\pm DIR], distingue entre las entidades con una orientación inherente y las que no están orientadas; la diferencia entre una ‘flecha’ o un ‘vector’ y una ‘línea’, por ejemplo, puede ser representada mediante los valores opuestos de este rasgo.” (Morimoto 2001:155)

⁵² Un isomorfismo es un homomorfismo que cumple condiciones adicionales: 1) la función que *preserva* la estructura es biyectiva (proyección uno a uno). Si las estructuras en cuestión no tienen relaciones destacadas (i.e., son estructuras algebraicas no-relacionales), esta condición es suficiente para tener un isomorfismo. De lo contrario es necesaria la siguiente condición adicional: 2) la función es un *homomorfismo fuerte*, es decir, la función *anti-preserva* la estructura relacional (Landman 1991:76). Ejemplificando con (124iia) tendríamos, además de lo ahí estipulado, que $\forall x, y \in Un[h(x) \leq_o h(y) \rightarrow x \leq_n y] \wedge [h(x) <_o h(y) \rightarrow x <_n y] \wedge [h(x) \otimes_o h(y) \rightarrow x \otimes_n y]$

⁵³ En las representaciones de la Estructura Conceptual de los verbos de movimiento sin desplazamiento directamente codificado (*caminar, correr, gatear*, etc., por contraste a *ir*), Jackendoff omite la trayectoria espacial:

“(38)

$$\left[\begin{array}{l} \text{MOVE} \text{RSE } ([\text{Objeto}]_A) \\ \text{Evento } [\text{Manera } X] \end{array} \right]$$

Nótese que la Estructura Conceptual de (38) carece de eje de Trayectoria; luego, los únicos ejes que configuran la dimensión progresiva de esta EC son los del Evento de MOVESE y el Tiempo.” (Morimoto 2001:184). Esto apunta de nuevo a que Jackendoff estaría dando la primacía al eje temporal e implicando una relación asimétrica de éste con el eje de desplazamiento espacial. Nuestra queja es que cuando todos los ejes están presentes no hay nada en la representación de la EC que indique tal asimetría, y lo mismo cuando sólo están presentes el de Evento y el de Tiempo (nada indica la primacía de la trayectoria temporal sobre la de evento). Recuérdese que una situación dinámica se define en primera instancia como una sensibilidad de algún tipo con respecto al eje temporal, de manera que éste termina siendo un primitivo.

De modo que en vez de plantear la precedencia (direccionalidad, en sus términos) como algo básicamente temporal y que es heredado por dependencia temporal a las trayectorias espaciales⁵⁴, en Morimoto se asume que cada trayectoria tiene “orientación inherente” independientemente de la otra, lo cual es discutible si se considera que una trayectoria espacial no es más que un cambio (dependiente del tiempo) con respecto a la propiedad de localización. Veamos ahora la propuesta de Krifka (1998:206) para una estructura de evento:

(126) **Estructura de evento**

$E = \langle Ue, \oplus e, \leq e, < e, \otimes e, Te, \tau e, \infty e, \ll e, Ce \rangle$ es una *estructura de evento* si y sólo si

- a. $\langle Ue, \oplus e, \leq e, < e, \otimes e \rangle$ es una estructura de partes,
- b. Te es una estructura de tiempo $\langle Ut, \oplus t, \leq t, < t, \otimes t, Pt, Dt, \infty t, \ll t \rangle$,
- c. τe , la *función de proyección temporal* (*temporal trace function*), es una función de Ue a Ut ,
 ∞e , *adyacencia temporal*, es una relación de dos lugares en Ue ,
 $\ll e$, *precedencia temporal*, es una relación de dos lugares en Ue ,
 Ce , el conjunto de *eventos temporalmente contiguos*, es un subconjunto de Ue , con las propiedades (i) a (v):

- i. $\forall e, e' \in Ue [\tau e(e \oplus e') = \tau e(e) \oplus \tau e(e')]$
- ii. $\forall e, e' \in Ue [e \infty e' \leftrightarrow \tau e(e) \infty t \tau e(e')]$
- iii. $\forall e, e' \in Ue [e \ll e' \leftrightarrow \tau e(e) \ll t \tau e(e')]$
- iv. $\forall e \in Ce [\tau e(e) \in Pt]$
- v. Ue es el conjunto mínimo tal que $Ce \subseteq Ue$, y para todo $e, e' \in Ue, e \oplus e' \in Ue$.

En (126a/b) tenemos la dependencia de una estructura de evento a una estructura de partes y, crucialmente, a una estructura de tiempo con dos subconjuntos destacados: el de *trayectoria temporal* Pt y el de *trayectoria temporal dirigida* Dt . En (126c) tenemos la proyección del

⁵⁴ El estudio de Morimoto se enfoca a verbos de movimiento Interno (i.e., corporal) y verbos de movimiento Externo (desplazamientos).

desarrollo eventivo al desarrollo temporal, como consecuencia de lo cual la estructura eventiva adquiere relaciones de adyacencia y precedencia temporal entre subconjuntos de sus partes. Se nos define, además, el subconjunto *Ce* de eventos temporalmente contiguos en el que se dan propiedades especiales. En (126ci) se caracteriza a dicho subconjunto como aquel para el que la relación de homomorfismo evento-tiempo se mantiene, es decir, como el subconjunto de *Ue* que adquiere forma de trayectoria unidimensional dirigida (por el requerimiento de estructuras iguales entre homomorfismo). Lo enunciado en (126cii/iii) describe la función τ_e de traza temporal como un *homomorfismo fuerte*, —es decir, con preservación y anti-preservación de las relaciones (véase la nota 52, p. 238, de este capítulo sobre isomorfismo)— con respecto a la *adyacencia* y *precedencia* en el subdominio *Ce*. Lo enunciado en (126civ) la describe como una “proyección de varios a uno” en la trayectoria temporal *Pt*—ligeramente distinto a (125iic)—, de modo que varios (sub)eventos pueden desarrollarse al mismo tiempo (Krifka 1998:206). Además, (126civ) establece que los eventos temporalmente contiguos no son otra cosa que eventos cuyos valores de traza temporal son contiguos. En (126cv) el conjunto *Ue* se restringe ‘por lo alto’ a *Ce* y se cierra bajo suma. En términos de Krifka (1998:206, 208): “el conjunto de todos los eventos [*Ue*] es la clausura de los eventos contiguos [*Ce*] bajo formación de suma”, lo cual significa que “los eventos no-contiguos son sumas de eventos contiguos”.

La función de proyección temporal proyecta cada evento y subevento a su ubicación y duración temporal, lo cual nos da los distintos momentos *conceptuales* aislables en el desarrollo interno de un evento en estricto orden relativo (Ramchand 1997:68). Adicionalmente, Krifka (1992 *apud* Ramchand 1997) utiliza esta función para definir lo que denomina ‘punto terminal’ de un evento. Éste es el punto temporal en la duración de un evento para el cual todos los demás puntos temporales incluidos en dicha duración lo preceden. Define además un ‘punto terminal establecido’ (*set terminal point*), que se diferencia del anterior en que el primero se aplica a *tokens* de evento independientemente de su descripción léxica —en esto es similar a la noción de ‘delimitación’ *à la Depraetere* expuesta en el capítulo 1—; en tanto que éste último se aplica a eventos-tipo.⁵⁵ Los axiomas

⁵⁵ En palabras de Ramchand (1997:68-69): “Este último concepto [‘punto terminal’] se aplica a todos los tokens concretos de evento sin importar su categoría léxica, puesto que, intuitivamente, todo evento termina en algún punto en el mundo. Por ejemplo, un evento concreto de ‘correr’ termina eventualmente en el mundo justo como un evento concreto de ‘correr una milla’ lo hace. La diferencia se

para estructura de evento en (126) conllevan propiedades interesantes que enumeramos en (127):

(127) **Propiedades adicionales**

- a. $\forall e, e', e'' \in Ue[\neg[e \ll e e] \wedge \neg[e \ll e e' \wedge e' \ll e e] \wedge [e \ll e e' \wedge e' \ll e e'' \rightarrow e \ll e e'']]$
- b. $\forall e, e' \in Ue[e \leq e e' \rightarrow \tau(e) \leq t \tau(e')]$
- c. $\forall e, e' \in Ue[e \otimes e e' \rightarrow \tau(e) \otimes t \tau(e')]$
- d. $\forall e, e' \in Ue[e \otimes e e' \rightarrow \neg e \ll e e']$

El hecho de que la precedencia temporal \ll_t sea una relación antirreflexiva, asimétrica y transitiva, hace que la precedencia eventiva \ll_e también lo sea, lo cual se explicita en (127a). Si en (126) teníamos que la función de traza temporal es un *homomorfismo fuerte* con respecto a la adyacencia y precedencia, (127b/c) nos aclara que con respecto a las relaciones de parte impropia y traslape no se sostiene más que un homomorfismo (no-fuerte). Esto se sigue de (126ci) y de la definición de estas relaciones a partir de la suma, tal como ya habíamos dicho (Krifka 1998:206). El último enunciado, como en (121)A)b.ii —a saber, $[x \ll d y \rightarrow \neg x \otimes d y]$ —, establece el no-traslape entre entidades (ahora eventivas) como condición necesaria de la precedencia —nótese que por contraposición del condicional $[e \otimes e e' \rightarrow \neg e \ll e e'] \equiv [\neg \neg(e \ll e e') \rightarrow \neg e \otimes e e'] \equiv [e \ll e e' \rightarrow \neg e \otimes e e']$ —.

Ya detallado el homomorfismo entre tiempos y eventos, general para toda situación dinámica, repasemos brevemente la interacción entre éste y la noción de función de medida extensiva.

2.5.3. FUNCIÓN DE MEDIDA EXTENSIVA EN ESTRUCTURAS DE EVENTO

En 2.4. vimos que todo predicado homogéneo puede volverse cuantizado mediante una función de medida extensiva. También vimos que, en el caso de los predicados verbales, este giro corresponde al paso de atelicidad a telicidad mediante el criterio de medida. Recordemos la condición de aplicación para una función de medida extensiva que presentamos en (113) —repetimos por comodidad—:

(113) Si $P = \langle U_p, \oplus_p, \leq_p, <_p, \otimes_p \rangle$ es una estructura parte-todo, y m es

encuentra a nivel de ‘eventos-tipo’, con respecto a la manera en que un predicado describe ciertos eventos en el mundo.”

una función de medida extensiva para (subconjuntos de) U_p mediante concatenación \wedge , entonces m es una función de medida extensiva para P si y sólo si se mantiene la siguiente condición:

Para todo $x, y \in U_p$, $x \wedge y$ está definido sólo si $\neg x \otimes_p y$, y si está definido, $x \wedge y = x \oplus_p y$.

La condición esencial para que la concatenación que se mide esté definida " $\neg x \otimes_p y$ " es precisamente la que se caracteriza como condición *necesaria* de la relación de precedencia en (121)A), la cual además es *suficiente* si estamos ante un caso de *trayectoria dirigida unidimensional* (121)B). En (122) definimos el tiempo precisamente como una *trayectoria dirigida unidimensional*, la cual se incluyó en la estructura de evento (126). Debido a que el homomorfismo (125) requiere estructuras de mismo tipo, la estructura de evento proyectada mediante la función τ_e se ve obligada a tomar la forma de una *trayectoria dirigida unidimensional* también. Ante una función de medida extensiva resulta entonces que la condición de definición de $x \wedge y$ coincide precisamente con las que presenta el subconjunto de U_e que toma forma de trayectoria unidimensional dirigida.

Aplicar las condiciones de (113) al caso específico de una estructura de evento significa que, teniendo un subevento e compuesto, por ejemplo, de tres partes encimadas e' , e'' , e''' (estando éstas conceptualmente —y no sólo temporalmente— encimadas), estas partes del subevento e no podrán ser susceptibles de medición y serán excluidas de la medición de la trayectoria de cambio, pues no son eventos contiguos (se proyectan a la misma traza temporal). Supongamos un subevento e' de (128), que consiste en el patinador adelantando su pierna derecha, y otro subevento e'' consistente en cierto desplazamiento entre dos puntos muy cercanos correspondiente al avance de dicho patinador durante ese instante. Por último consideremos un tercer subevento e''' correspondiente a la cantidad de aire que da en la cara del patinador como consecuencia del desplazamiento e'' .

(128) *El patinador se deslizó por la pista*

Si los tres subeventos e' , e'' y e''' están encimados y comparten su traza temporal, entonces para la trayectoria unidimensional dirigida del evento solamente hay un subevento e correspondiente a dicha traza

temporal, el cual incluye los tres subeventos e' , e'' y e''' . En caso de haber una función de medida extensiva, estos tres subeventos serán medidos como uno solo (i.e., únicamente se medirá el subevento e).

En Morimoto (2001) se utilizan representaciones conceptuales de eventos complejos que constan simultáneamente de dos eventos paralelos y fusionados en uno solo. Por ejemplo, *caminarse* considera como la fusión de una manera de moverse (movimiento corporal) y de un desplazamiento espacial que comparten el mismo eje temporal, y que Morimoto representa respectivamente como **MOVERSE** e **IR**:

“Nótese que el Tiempo asociado al Evento de **MOVERSE** necesariamente ha de estarlo también al de **IR** (recordemos que la relación entre estos dos Eventos, representada por la función subordinante **CON**, es una relación de acompañamiento y simultaneidad). El intervalo temporal del Evento principal es, al mismo tiempo, el del Evento subordinado: el Evento de **MOVERSE** y el de **IR** comparten un único eje temporal. A partir de estas premisas, la transmisión del rasgo [+DEL] de la Trayectoria del Evento subordinado el Evento principal puede atribuirse al papel mediador del eje del Tiempo, compartido por el Evento principal y el Evento subordinado.” (Morimoto 2001:186-187)

Esto puede interpretarse como que dos subeventos respectivos de **IR** y de **MOVERSE**, al ser proyectados a un mismo eje temporal, no podrán ser medidos separadamente, volviéndose indistinguibles para una función de medida extensiva. En realidad, dichos subeventos se verán como las partes del evento encapsulante **CAMINAR** (con **IR** y **MOVERSE** como eventos encapsulados). También es interesante esta representación jackendoffiana (en que se inspira Morimoto) para comprobar una vez más la utilidad, o incluso necesidad, del eje temporal como intermediario para construir un homomorfismo (en el caso de Morimoto, un isomorfismo) entre las estructuras de partes de dos eventos (o subeventos) paralelos, o entre las de un evento y un objeto afectado.

2.6. EL PROBLEMA DE LA HOMOGENEIDAD EN PREDICADOS VERBALES DINÁMICOS

En la presente sección establecemos la necesidad de distinguir entre actividades (simples o ‘puras’) y actividades plurales (por iteración o

‘derivadas’). Las actividades *puras* presentan una incrementalidad no-atómica (homogénea) que da lugar a una estructura de evento del tipo descrito en la sección previa (2.5.). En caso de cuantizarse dan lugar a predicados de evento télicos y singulares. En el ámbito nominal, la versión no-cuantizada y la versión cuantizada corresponderían a términos de masa y contables singulares respectivamente; compárense (129a/b) y (130a/b).

- (129) a. *Debido a las intensas lluvias, un desgajo de monte se deslizó lentamente por la ladera* [atélico]
 b. *agua* [masa]
- (130) a. *Debido a las intensas lluvias, un desgajo de monte se deslizó lentamente hasta la carretera* [télico]
 b. *un vaso de agua* [contable singular]

Pero una vez cuantizados, los predicados contables singulares pueden pluralizarse, recuperando la cumulatividad debido a la pluralidad de entidades discretas:

- (131) a. *Debido a las intensas lluvias, un desgajo de monte se deslizó hasta la carretera varias veces* [télico iterado ⇒ atélico atómico (101f)]
 b. *vasos de agua* [contable plural ⇒ cumulativo atómico (101f)]

En una situación imaginaria en que los ingenieros decidieran a cada vez restituir el pedazo de monte desgajado a su lugar original en vez de eliminarlo, podríamos referir a una pluralidad de eventos del tipo de (130a). En tal caso, el predicado verbal cuantizado recupera su cumulatividad original (pero no su divisibilidad): si el monte se desliza varias veces más hasta la carretera, sigue siendo aplicable (131a), del mismo modo en que “vasos de agua” + “vasos de agua” = *vasos de agua*. Sin embargo, y éste es el punto importante, (131a) manifiesta una atomicidad (tipo101f^{supra}) que no se encontraba presente en (129a).

En 2.3 adelantamos que la *homogeneidad* es una combinación tanto de cumulatividad como de divisibilidad (fuerte o ilimitada 106a). Al principio de este capítulo recalamos asimismo que el único punto en que parece haber consenso, en lo que a la alternancia de (a)telicidad se refiere, es que los predicados verbales atélicos son *homo-*

géneos y los tólicos son *heterogéneos*. Sin embargo, en 2.3 debió quedar claro que esta clasificación binaria es insuficiente: si los dos miembros de la oposición son predicados de segundo orden (pues se aplican a predicados verbales y nominales) también resulta que se les define en términos de otros predicados de segundo orden más básicos (cumulativo, atómico, etc.) que no siempre vienen juntos. En consecuencia, es de esperar que gran cantidad de casos no cumplan (todas) las condiciones de ninguna de las dos propiedades, homogeneidad o heterogeneidad. Esto significa que la propiedad de subintervalo (consecuencia temporal de la homogeneidad) sólo se aplica a un subgrupo de los predicados cumulativos de situación, para los que no hay intervalo mínimo en que deje de ser aplicable el predicado. Para actividades atélicas como *empujar*, *traer* o *caer*, éste parece ser el caso; sin embargo, para actividades como *caminar*, *correr*, o *comer*, esto no parece posible. Esta observación lleva a la necesidad de distinguir actividades atélicas *puras* de actividades atélicas *derivadas*, donde las segundas —pero no las primeras— constan, en algún nivel, de telicidades (i.e., entidades eventivas discretas, o átomos eventivos) repetidas potencialmente *ad infinitum*. El que estas telicidades sean visibles o no a nivel de composición oracional hará la distinción entre telicidades iteradas del tipo *Juan corrió* (lo iterado es cada ‘brinco’ que constituye el correr, y se encuentra disuelto a nivel de lema), y telicidades iteradas del tipo *El cartero golpeó la puerta varias veces*, donde la iteración se manifiesta a nivel oracional. Si tomamos un ejemplo como (132), uno puede sumar indefinidamente x número de veces que Juan corra por el parque sin que nunca llegue un momento en que no pueda uno referir a esa situación con el mismo predicado *Juan corrió por el parque*. Por el contrario, dividiendo la situación referida en partes cada vez más pequeñas, llegará un momento en que uno ya no pueda seguir dividiendo la situación y seguir refiriendo a ella como *Juan corrió por el parque* (en ese momento se ha alcanzado su *atomicidad*), sin que por ello deje de ser un predicado cumulativo.

(132) *Juan corrió por el parque*

En otras palabras, (132) presenta atomicidad en sentido de (101f) al igual que el predicado *unas manzanas*, cuyos átomos caen bajo el predicado *dos manzanas* puesto que el plural exige al menos dos individuos-manzana. Aclaro esto porque la propiedad de subintervalo parece referir más a la posibilidad de dividir que a la de sumar, y

—en este sentido— sólo funciona inequívocamente para las que llamo ‘actividades puras, como *caer* o *llevar*, las cuales son indefinidamente divisibles debido a que carecen de ‘telicidades’ (átomos eventivos) en su interior. Pero para aquellas actividades que lo son en virtud de un proceso de iteración de eventos discretos en algún nivel de su estructura, la propiedad de subintervalo únicamente se sostiene para un nivel interpretativo que esté *por encima* de dicha iteración, es decir, que presentan atomicidad en el sentido de (101f). Ha sido persistente la falta de precisión en el ámbito verbal a este respecto (no así del lado nominal), de modo que todos los predicados verbales cumulativos (con y sin atomicidad) se echan en el mismo saco de la ‘atelicidad’, o de ‘verbos de actividad’.

2.6.1. SUBESTIMANDO EL PROBLEMA DE LA DIVISIBILIDAD

Dada la dificultad en evaluar la dimensión mínima que debe presentar un subevento para poder ser parte de alguna clase de situación, generalmente se ha adoptado la solución práctica de tomar la cuestión de la “divisibilidad” como algo irrelevante para la semántica lingüística. Esto, muy a pesar de que es precisamente la *propiedad de subintervalo* la que parece destacarse entre todos los criterios propuestos para distinguir entre predicados atélicos y télicos. Esta decisión equivale a que la cumulatividad ya no es solamente una condición *necesaria* para la homogeneidad, sino también *suficiente* (pues ya no cuenta el criterio de la divisibilidad) y por tanto, ambos términos se vuelven totalmente equivalentes. Filip comenta con respecto a los nominales:

“En breve, la identificación de las partes mínimas no es un problema que pertenece a la semántica lingüística. En cuanto a lo que concierne a las teorías del lenguaje natural, es justificable asumir que la propiedad de ‘divisibilidad’ o ‘distributividad’ no debe tomarse en sentido estricto como implicando que cada parte de una sustancia dada es también esa sustancia.” (Filip 1999:44)

Esto mismo le parece igualmente válido para las denotaciones de los verbos. Pero ningún autor, de los que toman esta postura, aclara cómo debe entenderse entonces la propiedad de divisibilidad (si no es en sentido estricto), esto es, no proporciona ningún criterio claro de cómo establecer cuándo se aplica y cuándo no. Esto introduce,

desde el principio, una total vacuidad en el concepto de divisibilidad. En tal caso vale más desecharlo totalmente, como algunos hacen, pero entonces surgen incongruencias y aparentes paradojas. Una de estas paradojas es que ciertos verbos aparentarían no asignar el papel temático de Tema-incremental a sus complementos en singular pero sí a sus complementos en plural (véanse los ejemplos (135)-(136), 2.6.2. *infra*, p. 255).

Generalmente, la divisibilidad se acepta entre predicados nominales para distinguir términos de *masa* y términos *colectivos* (Link 1998a [1991]:218), donde los dos tipos de predicado son cumulativos pero sólo los primeros son divisibles. En el ámbito verbal es donde verdaderamente priva una perspectiva indulgente con la cuestión de la ‘parte mínima’ de los predicados cumulativos. Esta cuestión se considera casi ciegamente como irrelevante. Tan es así que en gran número de ontologías eventivas propuestas, lo más homogéneo que se presenta son pluralidades de átomos y no hay tal cosa como una ‘masa eventiva’ de entidades no-discretas.

Por ejemplo, Dini & Bertinetto (1995:130-136) presentan una mereología de eventos similar a la de Krifka, pero con atomicidad presupuesta. Dichos autores únicamente consideran eventos atómicos en su modelo de estructura de partes:

“Veremos que todo lo que necesitamos es una distinción de especie [*sortal*] entre *cambios atómicos* y *estados atómicos*. Los *cambios atómicos* son aquellas situaciones en las que determinado predicado es verdadero, sin ser verdadero en situaciones más reducidas [*smaller*]. [...] Consideramos un *cambio atómico* a una situación tal que hay al menos un predicado que es verdadero de esa situación, sin ser verdadero de sus partes. Llamemos *D* (de dinamismos) al conjunto de todos los cambios atómicos en un modelo dado.” (Dini & Bertinetto 1995:130, cursivas en el original)

Pero este proceder me parece un tanto inconsistente y los propios autores reconocen que el criterio de atomicidad se encuentra en los predicados (razón por la cual sugieren que todo cambio atómico debe corresponder a algún predicado), no en sus denotaciones de manera independiente, a pesar de lo cual hablan de ‘cambios atómicos’ como el caso general. Por otra parte dicen que “hay predicados que denotan situaciones que pueden ser infinitamente divididas. Estos predicados son los llamados predicados *estativos*”, omitiendo el hecho irrefutable de que buen número de predicados

dinámicos también son infinitamente divisibles como *caer*, *empujar* (*el carrito*), etc.

Como ya dijimos, con respecto a la perspectiva más generalmente aceptada, la (a)telicidad remite a la diferencia entre predicados homogéneos y heterogéneos, donde los primeros son divisibles y los segundos no (i.e., son atómicos); esta perspectiva rechaza la pertinencia de considerar a las iteraciones como actividades no totalmente homogéneas y que sólo son divisibles hasta cierto punto. Nosotros proponemos que la distinción entre actividades puras (totalmente homogéneas) y actividades derivadas por iteración de subeventos discretos (atómicos) sí es relevante, al igual que lo es —en el ámbito nominal— la distinción entre términos colectivos y términos de masa. El modelo de Dini & Bertinetto (1995:130) en cambio, parece ir al otro extremo y suponer que toda actividad es una iteración de entidades discretas (atómicas)⁵⁶ o la suma de dos entidades atómicas de distinto tipo (en cuyo caso se trata de una actividad *télica*). Esto niega implícitamente la idea tradicional de actividades homogéneas como carentes de atomicidad y divisibles, esto es, admiten sólo actividades derivadas y excluyen que haya actividades puras. Dini & Bertinetto (1995:134) admiten los procesos (actividades atéticas) y los estados como situaciones homogéneas, sólo que “homogéneo” tiene un significado muy diferente. “Homogéneo” significa en estos autores lo siguiente: para una situación dinámica significa que no tiene ‘estado resultante’, y, para un estado, que éste no es producto de ningún evento. Pero en el capítulo primero ya vimos que ambas caracterizaciones son problemáticas: un estado ‘resultante’ precisamente es consecuencia de un proceso, *no* parte de él, y para los estados tampoco hay manera de comprobar o garantizar que no son resultado de algún proceso. Por otra parte, suponer que todo cambio es atómico lleva a la idea de que todo cambio es tético, lo cual es inconsistente con la idea, presentada por estos autores, de que los eventos instan-

⁵⁶ En Bach (1981:71-72) encontramos el posible origen de esta idea, puesto que este autor nos propone que si *e* es un proceso (una situación dinámica atética), entonces debe haber al menos dos eventos traslapados por *e* tales que entre ellos se mantiene la relación *Before* (i.e. precedencia). El término *evento* en Bach remite únicamente a situaciones téticas y esto se confirma además porque Bach estipula que si *e'* es un evento, entonces debe estar conectado a otro evento *e''* mediante precedencia (la relación *Before*). Por tanto, las partes de los procesos en Bach (1981) son situaciones téticas y, en ese sentido, atómicas. También encontramos la idea de que solamente los estados son divisibles en sentido pleno debido a que pueden valer en un único instante temporal gracias a su calidad de propiedad atemporal (Bach 1981:71).

táneos se dividen en télicos (*achievements*) y atélicos (*s-punctuals* y *e-punctuals*). Llegan a la conclusión adicional de que los cambios, por ser atómicos, son contables, en tanto que los estados no. Por una parte no admiten la relevancia de situaciones para las que no hay predicado que se aplique a un grado inferior de atomicidad, es decir, no consideran relevante que haya estructura eventiva en un predicado dado si no hay otro predicado que se aplique a las partes de esa estructura (como resultado *Juan corre* es homogéneo porque no hay un predicado que designe a las partes del correr). Pero en cambio, sí admiten como relevantes sumas de situaciones a las que no corresponde un predicado:

“Queremos garantizar que hay una situación correspondiente a la unión de cualquier subconjunto de $E = D \cup Q$ independientemente del hecho de que a tal situación se le pueda referir naturalmente con alguna expresión del inglés (o del italiano).” (Dini & Bertinetto 1995:131; donde E es el conjunto de las situaciones, Q refiere al dominio de las situaciones estáticas y D al conjunto de los “cambios”)

Lo cual parece un tanto infundado. Y si para ser coherentes desecharamos también las sumas de situaciones a las que no corresponde un predicado, ¿qué hacer con el procesamiento lingüístico de eventos descritos discursivamente (narrativamente), descripciones que no caben en un predicado sino en una secuencia de predicados?

Al declarar que “a cada punto temporal dentro del intervalo asociado al Evento, le corresponde un estado 0-dimensional”, Morimoto (2001:158) también está asumiendo atomicidad, tanto en las partes eventivas como en las temporales. Esto se debe a que, como ya dijimos, los rasgos utilizados en Morimoto (2001:155-164) para representar las propiedades estructurales de los eventos son retomados de Jackendoff (1991, 1996). En el sistema Jackendoffiano hay atomicidad presupuesta en todos los niveles:

“El rasgo de dimensionalidad, [n-d] (donde $0 \leq n \leq 3$), aporta información sobre la constitución dimensional de la entidad en cuestión: [0d], para una entidad puntual; [1d], para una entidad lineal; y así sucesivamente. Por ejemplo, la EC [Estructura Conceptual] de entidades tales como un punto espacial o temporal, o un evento momentáneo, llevaría el rasgo [0d], mientras que la de una línea o evento durativo estaría marcada por [1d].” (Morimoto 2001:155)

Nótese que hablar de una entidad ‘puntual’ (en el sentido literal que aquí tiene) debe presuponer atomicidad, de lo contrario nada previene que un punto se transforme en una línea de dimensión [1d]. Esto, a su vez, equivale a igualar dos cosas diferentes: la incrementalidad como progresión continua, y la iteración común y corriente (que no es otra cosa que una sucesión discontinua de eventos discretos). Cualquier parte de un evento tiene a su vez que ser un evento, si no, ¿dónde quedaron la dinamicidad y la continuidad?

El problema de la divisibilidad es que es difícil, si no imposible, establecer claramente cuál es la parte mínima de una situación en todos los casos. Es difícil especificar la dimensión mínima que debe presentar una situación para contar como un ejemplar de *hablar* o *platicar*, sin embargo sí está claro que no se perciben como ‘homogéneas’ más que por encima de cierto grado de granularidad, y que en algún sentido se entienden como iterativas, aunque no quede claro exactamente qué es lo que se itera. Wyngaerd también subestima la cuestión de la ‘divisibilidad’:

[...] ejemplos como los de 49 [*He shot the man dead / She slammed the door shut*] apuntan a una cuestión más general acerca del significado real [*proper*] de la noción ‘partes mínimas’, la cual hemos asumido que distingue nominales de masa y contables así como eventos télicos y atélicos: cuando el enfoque en una cantidad o un evento se vuelve más agudo [*sharper*], siempre hay un nivel en el que se pueden distinguir partes mínimas. Inclusive con un, nominal incontrovertido de masa como *agua*, se pueden distinguir partes mínimas a nivel molecular; [...] Pero uno no siempre tiene que llegar al nivel molecular para que partes mínimas sean distinguibles, como se muestra con nominales de masa tales que *leña* [*timber*]⁵⁷, *mobiliario* [*furniture*] o *follaje* [*foliage*] (ejemplos de Talmy 1988:181). La misma perspectiva atómica puede tomarse en el dominio verbal. Considérese de nuevo 43a, *Fred corrió toda la tarde*. Esta oración describe un evento prototípicamente atélico o de masa, uno que no tiene partes mínimas. Pero si uno mira el evento de correr (...) Esto [no tener partes mínimas] no es el caso de manera obvia. Es posible ver el evento de correr como consistiendo en átomos, esto es, movimientos corporales subsecuentes [...] Por tanto, algo puede aparecer como siendo contable o télico (i.e. aparecer como teniendo partes mínimas) sin ser éste el caso desde un punto de vista estrictamente lingüístico.” (Wyngaerd 2001:79-80).

⁵⁷ *Timber* (“maderaje, madera de construcción”) no parece traducible por un término de masa, así que lo sustituyo por *leña*.

La perspectiva de Wyngaerd lleva inevitablemente a considerar que la noción de iteración es superflua, y que toda iteración de partes mínimas es irrelevante lingüísticamente dado que se trata de simples casos de “eventos de masa”. En el caso nominal, la marca de plural también sería superflua. Pero la propia Wyngaerd (2001:77-78) reconoce que en toda iteración hay una medida mínima que se repite, siendo entonces diferentes los eventos ‘de masa’ de los eventos télicos iterados. Wyngaerd simplemente no es consistente consigo y esta inconsistencia la lleva a afirmar algo tan absurdo como que “linguistically speaking, verbs like *to shoot* and *to slam* denote an internally homogeneous activity, even though, from a nonlinguistic perspective, they clearly involve minimal parts.” (*ibid* 79). Más adelante se olvida de su propio análisis de las iteraciones como ‘mediciones —télicas— repetidas’ y analiza *He shot the man dead* como sigue (nuevamente cayendo en inconsistencia):

“Pero nótese que la interpretación del verbo como puntual no es de ninguna manera necesaria en 49a [*He shot the man dead*]: la oración es consistente con una situación en que varios disparos fueron ejecutados para conseguir el resultado *muerto*. Es realmente el predicado resultativo el que provee al evento de su telicidad, no el verbo, que podría involucrar un número indefinido de disparos individuales.” (Wyngaerd 2001:80)

Tenemos entonces a autores como Wyngaerd y Filip, que consideran irrelevante el problema de la divisibilidad porque todo predicado atélico (aunque tenga partes mínimas) es indefinidamente divisible, o bien, a autores como Dini & Bertinetto, que parecen tomar la perspectiva opuesta: la divisibilidad es irrelevante porque todo predicado dinámico (télico y atélico) es —inmediata o mediatamente— indivisible (por contraste a los estativos).

2.6.2. DISTINCIÓN ENTRE INCREMENTALIDAD-M (HOMOGÉNEA O DE MASA) E INCREMENTALIDAD-I (ATÓMICA O DE INDIVIDUO)

Siguiendo a Taylor (1977), Filip señala que el problema de ‘las partes mínimas’ o ‘divisibilidad’, relativo a la distinción Homogéneo/Heterogéneo en el ámbito de los nominales, podría tener su contrapartida en el ámbito de los predicados verbales:

“Contrariamente al alegato de Vendler (1957/1967:101) de que todos los predicados de actividad “avanzan en el tiempo de manera Homogénea”, Taylor (1977) sugiere que necesitamos distinguir verbos de actividad homogénea como *caer*, *mover*, *sonrojar(se)*, de verbos de actividad heterogénea, como *reír(se)*, *hablar*, *caminar*. Las actividades heterogéneas como reír, por ejemplo, son divisibles únicamente hasta ciertas partes mínimas, cualquier cosa más pequeña no cuenta como un reír, de acuerdo con Taylor (1977)” (Filip 1999:43)

Sin embargo, Filip —tal como acabamos de ver— no le da la suficiente importancia a la intuición de Taylor, y la minimiza diciendo simplemente que ninguna substancia mantiene su homogeneidad al dividirse una y otra vez. Bach (1981:70) también observa que “no es correcto decir que un proceso siempre puede ser subdividido en partes que también son procesos del mismo tipo” pero es evidente que no le da demasiada importancia a este hecho puesto que enfatiza que lo importante es que “algunas veces los procesos pueden ser subdivididos de este modo pero los eventos [M.P.: situaciones télicas] nunca pueden”.⁵⁸ Lo que aquí haremos, en cambio, es tomarlos muy en serio este señalamiento. Creo que lo que subyace a la idea de Taylor es que muchas actividades tienen su base en la iteración de una telicidad (atomicidad eventiva), y que ésta es la razón por la que no son infinitamente divisibles. A pesar de su desdén por el problema de las partes mínimas (i.e., el de divisibilidad), incluso Wyngaerd reconoce la posibilidad lógica de actividades cuya denotación es atómica (en sentido de 101f), y que, por tanto, no son indefinidamente divisibles.

⁵⁸ En un inicio, Bach (1981:70) intenta mantener la coherencia estipulando que la propiedad que distingue a los *procesos* es la propiedad de “sumatividad” (*additivity*) —cumulatividad, en nuestros términos— que siempre se mantiene aunque a veces no sean estrictamente divisibles. Por su parte, los eventos télicos mantienen siempre la propiedad de antidisdivisibilidad (*antisubdivisibility*). Sin embargo, esto introduciría una brecha en la que algunas situaciones son tanto atéticas como téticas. Los eventos téticos y los procesos no se distinguirían en términos de propiedades que se opongan: *antisubdivisibility* no se opone a, ni excluye, la propiedad de *additivity*, de modo que son insuficientes para distinguir, en todos los casos, ambos tipos de situación. Bach se ve obligado a enmendar la brecha a renglón seguido, añadiendo que los eventos deben ser “no-sumativos” y, por otra parte, que los procesos son siempre “sumativos”: “Así podemos decir que los eventos [téticos] son antidisdivisibles y no-sumativos; los procesos carecen de estas propiedades (Nota: Otra vez, no es el caso que los procesos sean necesariamente subdivisibles y sumativos).” Constatamos pues, que no logra librarse del problema.

“Los eventos télicos son aquellos que poseen un punto terminal inherente, pero éstos no están necesariamente delimitados temporalmente, como cuando el punto terminal ni siquiera es alcanzado, o cuando el punto terminal es alcanzado varias veces. En tales casos los eventos son télicos pero no delimitados [M.P.: tenemos una actividad derivada en el segundo caso].” (Wyngaerd 2001:76)

Su descripción no podría ser más clara: un amplísimo grupo de actividades son a las situaciones télicas lo que los plurales (y no los términos de masa) son a los singulares contables. Declerck (1979:270) plantea la misma idea en estos términos:

“Inclusive desestimando las oraciones en progresivo, muchas oraciones no-delimitadas pueden también analizarse en términos de [\emptyset CAUSE [BECOME ψ]]” (Declerck 1979:270)

refiriendo con esto a frases verbales télicas que terminan siendo “no-delimitadas”, a pesar de su telicidad precisamente a causa de la iteración. Más aún, muchos de estos verbos de actividad no homogénea (iterativa) o bien permiten una interpretación semelfactiva, en la cual aflora la base télica de la iteración, o bien tienen una variante léxica (simple o compuesta) que refiere a esta misma base télica-semelfactiva (cf. de Miguel 1999:3009, 3011). Un ejemplo del primer caso serían verbos como *toser*, *brincar*, *golpear*, *sacudir*; y ejemplos del segundo caso serían pares como *caminar* / *dar un paso*, *besuquear* / *besar*, *ametrallar* / *disparar*, *masticar* / *morder*.⁵⁹ Ésta es la clase a la que refiere Kearns (1991 cita directa en Dini & Bertinetto 1995:124) proponiéndola como un quinto tipo de situación con respecto a las cuatro vendlerianas:

“Añado aquí una quinta clase de predicados que describen eventos que puede ser momentáneos y aparentemente delimitados, pero que no son clasificados como télicos por las pruebas usuales; éstos son predicados de actividad como *toser*, *estornudar*, *patear*, *dar un puñetazo*, *golpear*,

⁵⁹ Nótese que en realidad la versión iterativa de *morder* no coincide exactamente con *masticar*: *El perro estuvo {mordiendo / ?? masticando} la sogá hasta que se soltó*. Cuando un evento semelfactivo tiene dos versiones iterativas, una con la misma forma y otra con otra forma (como *morder varias veces/masticar*) la segunda suele tener algún matiz añadido además de la simple repetición. No trataremos aquí estos problemas.

cachetear/abofetear, etc. [*tough, cough, sneeze, kick, punch, hit, slap*] en su lectura semelfactiva.”

Tomando como punto de partida la base semelfactiva, Kearns propone implícitamente separar a las actividades no homogéneas (= iterativas) de las actividades genuinamente homogéneas (asimilables a entidades eventivas de masa). Obsérvese que no se declara que estos semelfactivos no sean télicos sino únicamente que las pruebas usuales fracasan en detectarlos como tales debido a la interpretación iterativa. En esta línea, Rothstein (2004:189-190) rescata ciertas observaciones de Dowty (1979:172-173) que valen como argumentos a favor de la relevancia de la “parte mínima”. Dowty (1979 *apud* Rothstein 2004) advierte que algunas actividades disparan su célebre “paradoja imperfectiva” cuando, se supone, ésta sólo debiera presentarse con las tareas o *accomplishments*. La razón por la que suceden estos casos inusuales es porque la parte del proceso que “está en curso” es menor a la parte mínima de dichas actividades (iterativas). Es decir, si *está estornudando* se refiere a una parte en curso que es menor a la parte correspondiente a un solo estornudo (= la base semelfactiva de la iteración), entonces no puede deducirse que se haya estornudado; surge entonces la paradoja imperfectiva de no haberse producido ningún estornudo cuando ésta es precisamente la definición de *estornudar*.

Por otra parte, la mayoría de los verbos de suceso —típicamente semelfactivos— permiten usualmente una lectura de actividad iterativa (*ganar la carrera* vs. *ganar mucho dinero* o *vender un boleto* vs. *vender boletos* y *comprar* refiriendo al momento de una compra específica o *comprar* como actividad). Por supuesto, la idea es que éstos últimos no son diferentes de *toser, brincar, golpear*, sino que todo depende de la perspectiva de la que uno parta: de la base semelfactiva o de la iteración más o menos natural de la misma. En (134a/b) tenemos dos sucesos, primero en su interpretación semelfactiva y luego iterativa. Son prácticamente indistinguibles del mismo contraste en (133).

(133) *La descubrieron cuando tosió ruidosamente / Estuvo tosiendo durante toda la conferencia*

(134) a. *Adán {habrá mordido / estuvo mordiendo} la manzana durante la ausencia del Creador*

b. *El dedicado atleta {habrá ganado / estuvo ganando} el oro durante las Olimpiadas*

Algunos verbos que no presentan afectación incremental con el complemento directo en singular, la presentan, en cambio, con el complemento en plural (136b/c). Lo mismo sucede en (135) si el argumento (sujeto u objeto) pasa de singular a plural. En otros términos: los argumentos singulares se comportan como Temas Holísticos (subrayados) y aquellos en plural, para el mismo verbo y la misma posición sintáctica, se comportan como Tema Incremental (en negritas).

- (135) a. Juan visitó Atlanta
 b. Juan visitó **25 ciudades** (en dos semanas)
 c. **2,500 turistas** visitaron Atlanta (en dos semanas)
 (ejemplos de Dowty 1991a:570)

- (136) a. María se comió **un pastel** en tres minutos/*durante tres minutos
 b. María vio una nube *en tres minutos/ durante tres minutos
 c. María vio **diecisiete nubes** en tres minutos
 (ejemplos de Krifka 2001:6-7)

La comparación entre (136a) y (136c) establece que el verbo *ver*, que suele tener una lectura de cuasi-estado o bien de suceso instantáneo —en ambos casos no-medible— (136b), se comporta como verbo de actividad medible y de afectación incremental cuando su objeto está pluralizado (y dicha pluralidad, cuantizada, es decir, asociada a una cantidad definida). Para Krifka (2001) el que (136c) sea posible, si las nubes son vistas en sucesión, representa un problema en la medida de que el homomorfismo objeto-evento no es asignado uniformemente por el mismo verbo a complementos singulares y plurales, sino solamente a éstos últimos. El hecho de que una interpretación télico-iterativa pueda crear una interpretación incremental, pero con respecto a un conteo de eventos completos y no con respecto a la estructura interna de cada evento singular, es algo ya observado en Dowty (1991a):

“Algunos de los ejemplos en la literatura sobre aspecto y aktionsart involucran a FNs plurales o cuantificadas en una o más posiciones que son como Temas Incrementales en su aparente relación homomórfica a los eventos, sin embargo una FN singular con el mismo verbo no parece denotar una función semántica homomórfica (no trivial): [...] Aparentemente, un argumento de FN cuantificada junto con casi cualquier verbo télico distributivo (y algunos télicos colectivos) pueden entenderse homomórficamente, porque esta combinación genera referencia a

un conjunto de eventos individuales, uno por cada entidad referida por el cuantificador. *Es el ‘meta-evento’ que combina todos estos eventos individuales el que tiene subpartes correspondientes a las entidades individuales seleccionadas por la FN cuantificada.*” (Dowty 1991a:570, cursivas mías)

A este tipo de Incrementalidad basada en la suma de iteraciones de eventos completos sin atender a la estructura interna de cada uno de esos átomos eventivos iterados, la llamaremos, siguiendo a Caudal (1999), *Incrementalidad-i(individual)* para diferenciarla de la Incrementalidad no atómica, la cual atiende a la estructura interna del evento singular y lleva a su completamiento potencial (el cual es requisito necesario para posteriormente iterarse, cf. de Miguel 1999:3019, 3021-3022). Krifka (2001), sin embargo, no parece caer en cuenta de que la incrementalidad que propone como ‘debida a significados léxicos’ (la incrementalidad no-atómica) es lógicamente previa y de diferente naturaleza a la incrementalidad que señala como problemática en el ejemplo (136c): la incrementalidad-i. Esta diferente naturaleza entre ambas incrementalidades es la que permite a Dowty (1991a) sortear lo que Krifka ve como un problema:

“Sin embargo, resulta que solamente aquellas FN argumentales que son Temas Incrementales incluso cuando están en singular serán relevantes para la selección argumental —i.e. aquellos casos en que la tema-incrementalidad es implicada por el significado del predicado mismo— de modo que reservo el término ‘Tema Incremental’ para aquella clase más estrecha de casos [...]” (Dowty 1991a:570)

La naturaleza atómica de este tipo de incrementalidad (i.e. *Incrementalidad-i*), basada en pluralidad de eventos discretos, a semejanza de los términos nominales ‘colectivos’ antes mencionados, la capta perfectamente Dowty (1991a). Sin embargo me permito disentir de la ilusión según la cual este tipo de fenómeno se basa *únicamente* en frases nominales plurales o cuantificadas, y según la cual tiene que haber pluralidad de participantes para que se presente. Toda interpretación iterativa presenta incrementalidad-i *independientemente de si dicha interpretación iterada se origina en una pluralidad de participantes o no* (ver también, Wyngaerd 2001:77-78, 80). Es decir, basta con tener pluralidad de eventos, la cual puede o no originarse en una herencia composicional de la pluralidad de un complemento —como en (160b) y (161c)— o de un sujeto —como en (135c)— (cf. de Miguel 1999:3004-6 para más ejemplos de los efectos télico/atélicos del cons-

tituyente sujeto). La misma herencia composicional que vimos en 2.4. con respecto a la cuantización del complemento nominal a la frase verbal, se nos presenta ahora con la singularidad o pluralidad de la frase nominal. Ahora la pluralidad del objeto afectado se traduce en pluralidad de la secuencia eventiva. Esta pluralidad de entidades discretas es la responsable de la lectura incremental y medible (en vez de instantánea y no-medible). Sin embargo, esta pluralidad eventiva también puede surgir mediante un sentido imperfectivo, sin complementos o sujetos plurales, como podemos constatar en (137) o (133):

(133) *Estuvo tosiendo durante toda la conferencia*

(137) *Yohualli estuvo brincando toda la tarde*

Lo único necesario es la pluralidad de eventos, y en el caso comentado por Dowty (1991a), únicamente es relevante la pluralidad de participantes en el momento en que ésta lleva a una interpretación iterativa, que es lo que realmente importa. En esta línea, de Miguel (1999:3004-3005) observa que los sujetos colectivos —formalmente singulares pero semánticamente plurales— a veces implican “la realización de múltiples eventos” y es por esta razón que no siempre delimitan la situación.

Este fenómeno de pérdida de telicidad por iteración o pluralidad eventiva es notada por de Miguel (1999:2997, 3021), quien observa con ciertos pares de verbos (*conducir-llevar, iniciar-terminar, comenzar-acabar*) que el clítico delimitador *se* y el prefijo reiterativo *re-* se encuentran en distribución complementaria: *Juan {inició / *se inició / reinició} el trabajo con ilusión* contra *María {acabó / se acabó / *re-acabó} el bocadillo* (*ibid.* 2997). La autora señala que la distribución complementaria desaparece cuando el prefijo reiterativo codifica una repetición de la medida delimitadora a la que se asocia el clítico *se*, es decir, cuando ambos elementos tienen efecto en distintos niveles jerarquizados: “Por supuesto, *se* y *re-* son compatibles cuando el primero subraya la delimitación del evento y el segundo la repetición del evento delimitado, como en *Juan se releyó la carta varias veces*”. Es decir, que tenemos una jerarquización en la que la medida discreta se aplica a un evento que se encuentra subordinado —mediante repetición— a un *meta-evento* de actividad (para usar el término de Dowty 1991a).

La jerarquización también sale a flote en la interacción de frases adverbiales de tipo “*n* veces”: *El teléfono sonó una vez dos veces* puede

remitir a dos situaciones distintas, como nota de Miguel (1999:3003). En una de ellas tenemos un solo meta-evento que consta de dos emisiones de timbre telefónico (una sola persona ha llamado y ha colgado tras la segunda emisión). En la otra situación tenemos dos meta-eventos que constan cada uno de un solo timbrado (dos personas distintas han llamado y ambas colgaron tras el primer timbrado). Pero si la frase verbal no consta de varios niveles, es decir, si no es una actividad derivada mediante repetición, no es posible utilizar dos adverbiales de tipo “*n* veces” porque no pueden distribuirse de modo que uno de ellos cuantifique la base que se repite y el otro cuantifique la repetición misma (cf. de Miguel 1999:3003).⁶⁰ La dependencia entre repetición atélica y base télica a repetir es claramente vislumbrada por Depraetere:

“El empleo de un tiempo presente en *Juan se va a las ocho en punto* induce una lectura repetitiva; aunque los casos separados en que *Juan se va* son en sí mismos télicos, el hábito como tal no lo es. En *Juan lee libros*, el uso de una FN plural establece una lectura atélica, no delimitada.” (Depraetere 1995:5)

Con respecto a la interpretación distributiva y secuencial del ejemplo *Tourists drank the milk in an hour*, Depraetere nuevamente establece una diferencia entre el evento global y las subsituaciones incluidas en él. La iteración es atélica, pero cada subevento iterado es télico (cf. Depraetere 1995:12 nota 8).

“Puede haber referencia a un número de subsituaciones que se siguen una tras de otra. Los turistas bebieron leche uno tras otro y le tomó a cada turista una hora el beber la leche. [...] Las subsituaciones están delimitadas (y son télicas), la situación entera no está delimitada (y es atélica), puesto que la FN sujeto no indica un número limitado de turistas.” (Depraetere 1995:10)

Por otra parte, Depraetere (1995) concibe la lectura habitual, generada por el empleo de tiempo presente, como formada en base a la lectura iterativa de una situación télica:

⁶⁰ Bach (1981:74-75) plantea que los adverbios de frecuencia no siempre implican una pluralidad secuencial. El ejemplo proporcionado es que *Juan fue golpeado dos veces* [*John was hit twice*] permite que los dos golpes sean simultáneos. No estoy seguro de que así sea. En todo caso, lo importante es que, incluso en la interpretación ‘simultánea’, involucran pluralidad y que ésta supone la contabilidad de lo cuantificado.

“[...] el empleo del presente en vez de pasado puede coincidir con un cambio de lectura de evento singular a lectura de eventos en serie [...] Aunque las instancias separadas en que, por ejemplo, Nick atraviesa el puente Graffiti [en el ejemplo habitual *Nick crosses the Graffiti Bridge*] son téticas y delimitadas, el hábito o serie de instancias como tal no lo es. [...] Aún requiere añadirse que un hábito o situación repetitiva no es inherentemente atética o no delimitada. Una situación repetitiva también puede ser tética, i.e., si el número de veces que la situación se presenta está predeterminado.” (Depraetere 1995:11-12)

Es claro que la distinción entre el macro-evento que constituye la iteración misma y los subeventos iterados tiene pertinencia semántica, puesto que en esto mismo se basa la ambigüedad que Depraetere (1995:10) detecta respecto del modificador adverbial *in an hour*. Este modificador puede estar calificando globalmente al macro evento, en cuyo caso toda la secuencia duró una hora (la interpretación ‘c.’ de Depraetere), o bien puede estar calificando a cada subevento, en cuyo caso no sabemos cuánto duró la secuencia, pero sabemos que cada integrante de la secuencia duró una hora (la interpretación ‘a’ de Depraetere).

Por lo tanto, en caso de haber un complemento plural (o un sujeto plural, en el caso recién mencionado) que introduce una afectación incremental, se hace necesario distinguir ésta de la introducida por un complemento singular. Es decir, ambos tipos de afectación incremental no están en un mismo nivel de análisis.⁶¹

⁶¹ Hasta cierto punto podría considerarse que la incrementalidad-i está basada en una operación análoga a la operación de unión \sqcup_i propuesta por Link (1983) para el dominio E_i de individuos-suma (nótese que el dominio A_i de individuos atómicos es un subconjunto de E_i puesto que todo individuo atómico es el individuo-suma de sí mismo, por idempotencia). Del mismo modo, podría considerarse que la incrementalidad-m está basada en una operación análoga a la operación de unión \sqcup_m propuesta por Link para el subdominio D_i de la materia que compone a los individuos. Bach (2002 [1986]:327) extiende estas operaciones, y las relaciones de parte asociadas a ellas, al ámbito verbal y sus referentes. De este modo, Bach propone un dominio E_e de individuos-suma compuestos de eventos (en sentido estricto, es decir, eventos téticos) con una operación de unión \sqcup_e y un subdominio D_e de procesos (eventos atéticos) con la operación de unión correspondiente \sqcup_p . En dicha extensión, los procesos (eventos atéticos) son la materia que constituye a los eventos téticos. Sin embargo, estas operaciones en Link (y la extensión de Bach) no tienen mayor dependencia la una de la otra que un simple requerimiento de homomorfismo en la función que proyecta el sistema E_i de individuos al sistema D_i de sus materias constitutivas, lo cual parece insuficiente para reflejar que las interpretaciones con incrementalidad-i suponen a la incrementalidad-m.

“[...] opondré dos tipos de incrementalidad, introduciendo así una distinción entre la incrementalidad de Dowty y la extensión que propone. Denominaré *incrementalidad-m* (por *incrementalidad* de cantidad de *materia*) al tipo de incrementalidad presentada en (9a) [*Yannig terminó de comer su panqueque*] e *incrementalidad-i* (por *incrementalidad* de *individuo*) a la presentada en (10b) [*Yannig terminó de recolectar sus libros*]. Al menos dos clases de verbos pueden distinguirse a este respecto: verbos como *comer* son capaces de *incrementalidad-m*, i.e., con argumentos delimitantes referentes a individuos (tienen temas incrementales *à la Dowty*), mientras que verbos como *recolectar* [*pick up*] sólo son capaces de *incrementalidad-i*, i.e., con argumentos delimitantes referentes a colecciones (carecen de temas incrementales *à la Dowty*). Por supuesto, la no-atomicidad [M.P. i. e., la atelicidad] puede seguirse tanto de la *incrementalidad-i* como de la *incrementalidad-m*.” (Caudal 1999:3-4, negritas en el original)

Pero además de aplicar esta distinción a la relación temática entre complemento y verbo (entre sus referentes, más precisamente), debe aplicarse también al homomorfismo estructura eventiva / estructura temporal. Así captamos también la diferencia entre iteración (atómica) de eventos discretos y las actividades puras, sin depender de la presencia de un complemento plural, como en los ejemplos de Miguel (1999). La *incrementalidad-i* (de individuos) no es otra cosa que la iteración secuencial de entidades eventivas discretas, en tanto que la *incrementalidad-m* (de masa) es la iteración de entidades eventivas no-discretas con una duración homogénea, por contraste a la duración heterogénea producto de iteraciones discretas. La *incrementalidad-i*, como interpretación, se asemeja al *perfective-iterative aspect* que Garey (1957:91) describe como la repetición regular de un “proceso perfectivo”, es decir, de eventos completos (no confundir con el completamiento de una secuencia repetitiva). En el ámbito nominal esto tiene su contraparte en la distinción entre términos ‘colectivos’ y términos de ‘masa’, donde los primeros, como *ganado* y *muchedumbre*, se componen de elementos discretos en tanto que los segundos no, de modo que los colectivos no son indefinidamente divisibles (Link 1998a [1991]:214, 218):

“Ahora hay una distinción que hacer aquí dentro de la noción de término de masa; el hecho de que un nominal no tenga el rasgo *+contable* puede tener al menos tres motivos: refiere o bien a (i) alguna clase de *materia homogénea*, como *agua* o *lodo*, o bien a (ii) alguna *colección* de objetos discretos, pero de manera conjunta (ejemplo paradigmático: *ga-*

nado, rebaño); o bien, finalmente, a (iii) algún *concepto abstracto*, como *solidaridad*.” (Link 1998a [1991]:218)

De hecho, Garey (1957:110) describe las iteraciones de manera sorprendentemente similar a como se suelen describir las denotaciones de los nominales colectivos: “La iteración [...] representa la secuencia de tales acciones, no las acciones consideradas separadamente.” Nótese que, contrariamente a las denotaciones de masa, cada repetición de la acción es individualizable, pero en una iteración, todas ellas se consideran *colectivamente*. De este modo se conserva el paralelismo verbo-nominal; uno puede establecer la misma proporción entre nominales de masa y nominales colectivos que entre predicados verbales homogéneos y predicados verbales no-homogéneos pero cumulativos (i.e., de divisibilidad limitada): los segundos son menos homogéneos que los primeros por presentar pluralidad discreta.

Apelando al paralelo propuesto entre nominales de masa y verbos de actividad no delimitada, vale la pena recordar aquí a Moltmann (1997:16-17, véase la cita correspondiente en la sección 2.3. *supra* p. 216). Queda claro que para los nominales de masa —y por tanto también para las actividades no-delimitadas— sí se consideran necesarias *ambas* propiedades —cumulatividad y divisibilidad—, empezando por el hecho de que son propiedades diferentes. Por otra parte, asimilando las que llamo ‘actividades derivadas’ —mediante iteración— a frases nominales plurales, podemos acudir nuevamente a Moltmann para caracterizar ambas del siguiente modo:

“Los nombres plurales tienen una extensión que es la clausura (bajo formación de suma) de la extensión de los nombres singulares y contables correspondientes [M.P.: en las actividades, ésta correspondería a la extensión de su versión semelfactiva y télica]. Por tanto las extensiones de los nombres plurales serán atómicas y cumulativas: (31) *Caracterización mereológica extensional de los nombres plurales*. Si un nominal *f* es un nombre *plural*, entonces [*f*] es atómico y cumulativo (en cada modelo).” (Moltmann 1997:17-18, cursivas en el original)

Es curioso que la misma diferencia que se acepta comunmente para los nominales (de masa vs. colectivos y plurales), no se tome en cuenta en el ámbito verbal, como puede uno constatar en Dowty (1991a), Krifka (1998) y Filip (1999), para los cuales la diferencia entre los casos (i) y (ii), arriba citados, de Link, es irrelevante, de modo que no se toma en

cuenta el problema de los eventos homogéneos que no son indefinidamente divisibles. Es interesante, a este respecto, observar el cuadro que Morimoto (2001:156) presenta de las propiedades ‘aspectuales’ de las distintas entidades, inspirándose en Verkuyl & Zwarts (1992). El cuadro en cuestión presenta en la primera columna tres categorías, OBJETO, ESPACIO, SITUACIÓN y en la segunda y tercer columnas, los rasgos de cada tipo de objeto/espacio/situación y sus correspondientes ejemplos. Aparte de utilizar los rasgos ya mencionados de Direccionalidad, Delimitación y Dimensión, hay un cuarto rasgo:

“El rasgo [+/-i] que aparece en la caracterización de las subcategorías de Objeto señala la existencia o ausencia de una ‘estructura interna’: una entidad poseerá una estructura interna sólo cuando se constituya por agregación de miembros individuales. Aunque en adelante no haremos uso de este rasgo, queremos señalar que se hace necesario al distinguir entre la referencia de nombres continuos sin determinante (p.ej. *agua*: [-i]) y la de nombres discontinuos en plural sin determinante (p.ej. *galletas*: [+i]).” (Morimoto 2001:156).

Este rasgo “que se hace necesario” para subcategorías de objetos ni siquiera aparece en las categorizaciones de situaciones, a contrapelo de la hipótesis de que las denotaciones nominales proyectan gran parte de su estructura interna a la estructura de los eventos a los que sirven de soporte en tanto que ‘pacientes / temas’. Si los eventos tienen un mismo estatus que los objetos, este desequilibrio en rasgos parece más bien incongruente; de manera que, del lado nominal, se “hace necesario” distinguir entre *masas* como la suma (no discreta) de entidades que a su vez son no discretas, y *grupos* como la suma (no siempre discreta) de entidades discretas, en cambio, del lado de las situaciones se considera totalmente dispensable la diferencia entre las actividades atélicas resultado de la suma de entidades no-discretas (actividades homogéneas), y las actividades resultado de la suma de una repetición de entidades discretas (actividades iterativas, no divisibles indefinidamente). Esto es incongruente, pero en las posturas en las que la hipótesis central consiste en considerar que buena parte de la telicidad/atelicidad surge como resultado de que las extensiones nominales proyectan su estructura a las extensiones eventivas, esto es, con aún mayor claridad, una incongruencia flagrante.⁶²

⁶² Dado que Morimoto se enfoca en verbos de movimiento, esta hipótesis no es

2.6.3. MEREOLÓGIA, PROGRESIÓN-DURACIÓN, DINAMICIDAD: ¿QUÉ CONCEPTO ES MÁS BÁSICO?

Hemos asumido que la telicidad, como propiedad de los predicados verbales, es básicamente una cuestión de mereología, es decir, una cuestión de heterogeneidad/homogeneidad entendida en relación a las extensiones de los predicados (y no en relación a la progresión, como en Vendler 1957), o de si los potenciales referentes tienen (o no) partes con las mismas propiedades del todo. Pero entonces podría suponerse que el interés o la utilidad del criterio mereológico depende de que el referente en cuestión sea explícitamente presentado por el predicado como compuesto por varias partes (que pueden o no ser de misma naturaleza). En el caso de los predicados verbales y de las situaciones, la aplicabilidad de la mereología dependería, en consecuencia, de la propiedad de poseer duración (temporalidad extendida) o de poseer progresión (un desarrollo), con lo cual dichas propiedades tendrían un carácter más fundamental que la mereología (García Fajardo, c.p.). Siguiendo esta línea, la aplicación del criterio mereológico sería especialmente problemático para los eventos puntuales (los estados podrían acomodarse porque podríamos considerar que tienen partes temporales, es decir, pueden tener duración aunque no tengan progresión). Así, los eventos puntuales, como límites, son cambios télicos, pero al no ser durativos no se les podría aplicar una interpretación mereológica de la telicidad. De hecho, para algunos autores el que una situación tenga partes es consecuencia de tener dos límites. En este tenor, se podría aducir que la prueba mereológica de la aplicabilidad / no-aplicabilidad del predicado a las partes, del referente solamente funciona en pretérito, puesto que una oración como *Pablo hace un sandwich* es aplicable al todo y a las partes, y solamente en pretérito (*Pablo hizo un sandwich*) deja de ser aplicable a las partes.⁶³ El hecho de que la aplicabilidad de la prueba se restrinja al pretérito podría tomarse como evidencia de que la mereología no es lo fundamental respecto de la telicidad.

Sin embargo hay al menos otras dos maneras de ver este asunto: 1) los eventos puntuales carecen de partes con respecto al predicado

central en su estudio puesto que el fenómeno de homomorfismo se presenta más claramente en verbos de destrucción/creación.

⁶³ Nótese que los giros en la telicidad de una oración son perfectamente esperables cuando hay giros en los tiempos gramaticales involucrados o en los modificadores adverbiales empleados, de modo que el argumento no parece concluyente.

que los describe como tales, no es que carezcan de partes en sentido absoluto, de modo que la mereología sigue siendo perfectamente aplicable; 2) los eventos puntuales son en realidad una clase especial de *accomplishments* de corta duración (tienen partes al igual que aquellos); 3) podemos acomodarlos como los estados: aunque sean puntuales, estos eventos tienen partes *temporales*, el antes y el después (cf. Ramchand 1997).

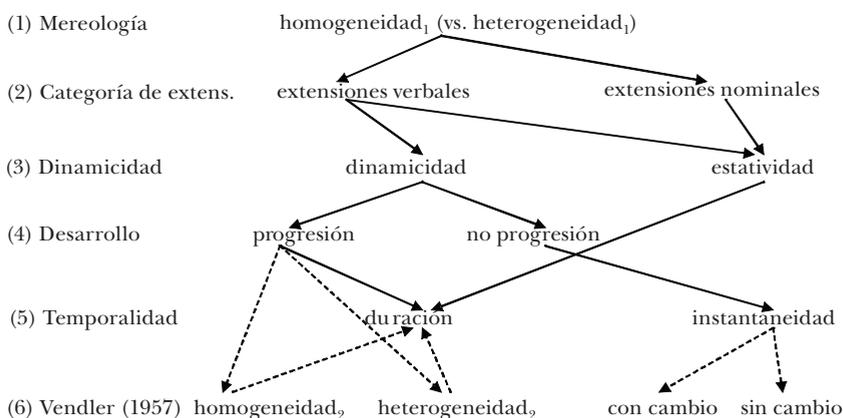
Las respuestas (2) y (3) resolverían el problema diciendo que a pesar de las apariencias, los eventos puntuales son compuestos y tienen partes. La respuesta (1) es más convincente en el sentido de que se basa en establecer que aún si un evento puntual no tiene partes (el peor caso posible), esto no supone ningún problema para el criterio mereológico. Piñón (c.p.), por ejemplo, opina que el tratamiento mereológico es igualmente efectivo en el caso de los eventos puntuales puesto que “el predicado que aplica al evento completo no aplica a sus partes” precisamente porque no hay partes. De hecho, la propiedad de atomicidad (101e) se mantiene, puesto que la conjunción $[X(x) \wedge \neg \exists y \in U_p[y <_p x \wedge X(y)]]$ es verdadera (el predicado de evento puntual es aplicable a la situación, y en dicha situación no existe alguna parte propia a la que también se aplique el predicado).

Una mirada escéptica podría argumentar que hemos invertido el orden natural de las cosas. Desde la mereología decimos que un predicado es télico porque el predicado no es aplicable a las partes propias del referente; pero podría ser que la *verdadera* explicación tenga que plantearse exactamente al revés. Si considerásemos a la telicidad y a la progresión (o duración) como primitivos, tendríamos lo siguiente: es porque un evento tiende a un límite (= es télico) que, cuando se combina con *progresión*, da lugar a *heterogeneidad*. De esta manera la heterogeneidad no es el primitivo, sería consecuencia de los dos primitivos telicidad + progresión (García Fajardo, c.p.).

Nos hemos decantado en favor de la mereología por la neutralidad y por tanto, por la generalidad que permite, al menos en relación a la naturaleza diversa de las extensiones nominales y verbales. La oposición instantaneidad contra progresión-duración solamente es relevante para las situaciones dinámicas. De este modo podemos suponer que la oposición estatividad/dinamicidad es más básica. Por otra parte, estas dos oposiciones solamente son relevantes para el ámbito verbal, no para el nominal, y, en cambio, la oposición homogeneidad/heterogeneidad —si se aplica a las

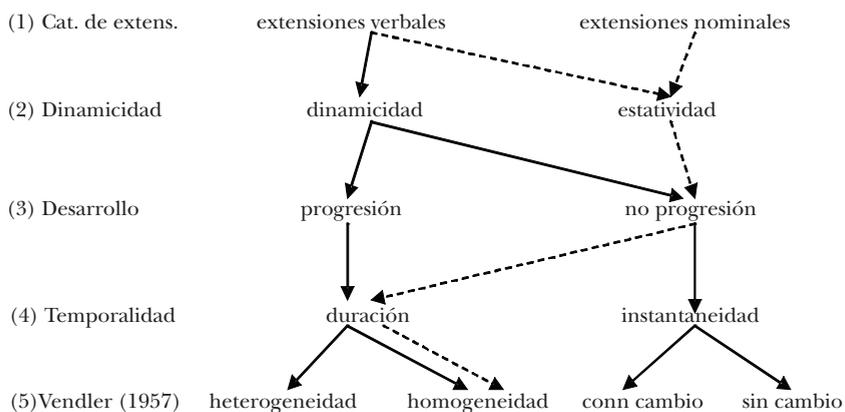
extensiones de los predicados, en vez de a la naturaleza de un proceso— abarca tanto el ámbito verbal como al nominal. Consecuentemente, me inclino a suponer que ésta es más general, y por tanto más básica, que las anteriores. Ordenando en consecuencia los distintos parámetros, a) homogeneidad/heterogeneidad (mereología), b) estático/dinámico, c) duración/no-duración (temporalidad) y d) progresión/no progresión (desarrollo), obtenemos el esquema siguiente (podríamos acomodar algunos detalles de manera diferente):

Figura 7: Jerarquización de categorías



Añado, en el renglón (6), lo que correspondería a una interpretación vendleriana de la heterogeneidad (homogeneidad) como algo aplicable a la progresión de ciertas situaciones y no a los miembros de las extensiones de los predicados en general. Sin embargo, es evidente que un giro de interpretación de télico a atélico (y viceversa) suele ser más fácil que un giro de estativo a dinámico (y viceversa). Esto favorecería la colocación de la oposición homogéneo/heterogéneo por debajo de la correspondiente a estativo/dinámico (3), en (6), al estilo vendleriano. Para acomodar el ámbito nominal podríamos intentar esta otra agrupación (figura 8), considerando a los nominales como naturalmente estativos, contra los verbales que serían naturalmente dinámicos, y pudiéndose incluir la estaticidad (las líneas punteadas señalan la estaticidad):

Figura 8: Jerarquización (alternativa) de categorías



Sin embargo, en esta figura la homogeneidad de las extensiones nominales refiere al esquema temporal y quedaría pendiente introducir la diferencia de contabilidad / no-contabilidad con la complicación adicional de que deben hacerse corresponder de alguna manera la contabilidad (nominal) con la heterogeneidad (verbal). De lo anterior se sigue que requerimos de un estudio más amplio y profundo a este respecto, pero debido a la facilidad con que la homogeneidad / heterogeneidad de las extensiones nominales se traspasa al ámbito de las extensiones verbales, prefiero, de momento, disponer la categoría homogeneidad/heterogeneidad, entendida mereológicamente, en la cúspide de la jerarquía, como en la figura 7.

2.7. CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos caracterizado la (a)telicidad como un tipo de relación entre predicados verbales y denotaciones en que los referentes (eventos) presentan ciertas propiedades con respecto a los predicados que los describen. En especial, resaltan las propiedades de cumulatividad y divisibilidad que, conjuntamente, caracterizan la *homogeneidad*. Una consecuencia temporal de ésta última es la famosa propiedad de subintervalo, que los predicados atélicos (sin iteración) presentan sin limitaciones. Dibujamos al problema de la (a)telicidad

como una cuestión de *mereología* (relaciones parte-todo), en la que la vertiente verbal tiene su contraparte en el ámbito nominal. Además, empezó a surgir un panorama en el que el argumento de evento de buena parte de los verbos transitivos hereda algunas propiedades estructurales de los referentes de sus complementos, y en este contexto de herencia, el paralelismo verbo-nominal toma la forma de un *homomorfismo*. Así, por ejemplo, vimos que si las partes del referente nominal eran no-discretas, la incrementalidad del evento conserva su no-atOMICIDAD, presentando entonces una incrementalidad-m (de masa). Si las partes (propias) de dicho referente nominal son discretas, entonces la incrementalidad del evento adquiriría atOMICIDAD (en sentido de 101f), presentando en tal caso una incrementalidad-i (de individuo) y convirtiéndose en una actividad atélica por iteración. En el marco de la incrementalidad-m, si la cantidad de masa en el referente nominal estaba cuantizada, el predicado de evento heredaba la cuantización de su complemento. De este modo, un predicado verbal resultaba atélico (y homogéneo) si su complemento introducía un argumento de masa, y resultaba télico si su complemento introducía un argumento cuantizado (i.e. contable). Estos mecanismos de herencia entre verbo y complemento presentan un indudable interés para el estudio de la composicionalidad en la frase verbal. Dado que la incrementalidad-m precede lógicamente (por recursividad) a la incrementalidad-i (como el propio Dowty 1991a da a entender con su noción de “meta-evento”), nos enfocaremos a la herencia verbo-nominal basada en incrementalidad-m.

CAPÍTULO III. TELICIDAD Y COMPOSICIONALIDAD

Planteábamos, en el primer capítulo, que la telicidad o atelicidad surge como alguna clase de inferencia basada en el conocimiento del mundo integrado en el léxico, y cuyos ingredientes se encuentran en el nivel nocional de la oración. También aclaramos que la manera en que Lazard (1984b, 1998) concibe una oración, separando el nivel comunicativo (tema-remata), el nivel actancial (relaciones gramaticales) y el nivel nocional (significado), no presenta una preferencia específica por alguna clase de semántica para el nivel nocional. Aunque ya debió quedar bastante claro en el capítulo anterior que para el nivel nocional hemos elegido la semántica modelo-teórica o de condiciones de verdad. La razón de ello es el nivel de explicitud permitida en la asignación de significados *composicionales* a las distintas expresiones como *partes de oración*. Esto en añadidura al grado de explicitud permitido en la especificación de las relaciones entre referentes nominales y verbales, por una parte, y entre referentes y expresiones, por la otra, como vimos en el capítulo segundo. Este tercer capítulo lo enfocamos al examen de la interacción, en el marco de la alternancia télico/atélico, entre predicados verbales de núcleo *transitivo* y complementos, vía papeles temáticos y atendiendo al Principio de composicionalidad. Dado que la semántica modelo-teórica tiene como principio fundamental la asignación composicional de significados a partes de oraciones, hemos reservado la debida introducción a dicha semántica para el inicio de este capítulo. Una vez introducida la teoría semántica para el nivel nocional y el principio de composicionalidad, trataremos básicamente dos hipótesis de herencia composicional de la (a) telicidad. Nos alimentaremos para ello de la tipología *morfosintáctica* de relaciones verbo-nominales (actanciales), tal como nos la presenta Lazard (1984b, 1995b, 1998), y de la tipología de *significados* de frase nominal tal como se empieza a dibujar a partir de Partee (1986) y de de Hoop (1995, 1996). Ambas tipologías apenas muestran lo que parece la punta del iceberg, quedando mucho por hacer y trabajar, de manera que no pretendemos, ni re-

motamente, agotar el tema. Lo más que intentaremos es exponerlo en sus detalles fundamentales.

3.1. EL PRINCIPIO DE COMPOSICIONALIDAD Y LA SEMÁNTICA MODELO-TEÓRICA

“Pensamos pues que la sintaxis, en su relación a la semántica, tiene un rol estructurante esencial que jugar en lingüística. No entendemos cómo Langacker y muchos otros pueden pretender descifrar las informaciones codificadas en la lengua sin pasar por reglas sintácticas precisas.” (Renaud 1996:26)

Antes de revisar brevemente los principios generales de la semántica modelo-teórica, expondré de manera muy simplificada el contexto general en el que surge. Primero hemos de notar que la semántica modelo-teórica se enraíza en el marco de la lógica y la matemática y los conflictos ahí presentes con respecto a las siguientes preguntas: ¿Qué es un lenguaje? ¿Qué es un conjunto de expresiones consistente? ¿Qué es una expresión válida?, y más fundamentalmente: ¿qué relación hay entre un signo matemático y un ente matemático? De aquí surgirá la célebre distinción fregeana entre sentido y referencia de un signo y la representación mental asociada a éste, además de posturas divergentes acerca del significado que de las teorías matemáticas se deslizan a las teorías lingüísticas del significado (Landman 1991:44).

3.1.1. ¿QUÉ ES UN CONJUNTO DE EXPRESIONES CONSISTENTE?, ¿QUÉ ES UNA EXPRESIÓN *GRAMATICAL* (“BIEN FORMADA”)?: TEORÍA DE MODELOS Y TEORÍA DE LA DEMOSTRACIÓN

Suele dividirse, de manera demasiado simplista, a las corrientes filosófico-matemáticas en tres grandes tendencias: formalismo, intuicionismo y logicismo. Muy burdamente, éstas pueden verse como distintos momentos de un mismo conflicto. El conflicto, tal como nos interesa presentarlo aquí, es con respecto a la naturaleza referencial (o no) de los signos y lenguajes matemáticos. El formalismo, por contraste a las otras dos tendencias, de algún modo trabaja sin

atender a la referencialidad de los lenguajes matemáticos: los objetos matemáticos son los símbolos mismos. Las otras dos corrientes, logicismo e intuicionismo, tienen en común la consideración de entes matemáticos anteriores a, e independientes de, cualquier expresión simbólica (Landman 1991:43-44). Si en el logicismo —y en el realismo posterior— los entes matemáticos son objetos externos al sujeto y objetivos, es decir son la *referencia fregeana* de las expresiones matemáticas, en tanto que el conocimiento matemático acerca de esos objetos son *sentidos fregeanos* expresados en lenguaje simbólico. En el intuicionismo esos entes matemáticos son más bien objetos mentales subjetivos o *representaciones fregeanas* a las que se asocian expresiones matemáticas.

Estas diferentes perspectivas dan lugar, en el siglo XX, a dos teorías matemáticas complementarias: la Teoría de la Demostración y la Teoría de Modelos. Ambas se interesan en la consistencia de ciertos sistemas expresados en determinados lenguajes. La primera estudia los sistemas como entidades aisladas, es decir, como conjuntos de expresiones sin referencia. Para ello se procede a la *formalización* del sistema bajo estudio, es decir, a su explicitación y mecanización, convirtiéndolo así en un *cálculo*, esto es, en un conjunto explícito de símbolos y de sus reglas de introducción y eliminación, todo ello vacío de contenido alguno (i.e. sin asociación a otro sistema o universo de interpretación). Desde esta perspectiva, una expresión es *válida* (gramatical, bien formada) únicamente en virtud de que respeta las reglas del lenguaje al que pertenece (incluyo aquí, de manera abusiva, a las reglas de inferencia). De cierta manera, el significado de los enunciados matemáticos está completamente determinado por las reglas de inferencia que manipulan las expresiones matemáticas (Landman 1991:43). Los conceptos de deductibilidad / derivabilidad / implicación sintáctica —en términos de reescritura “gramatical” o lícita— son el primitivo de este punto de vista. La segunda teoría se enfoca al hecho de que una expresión de un lenguaje es válida no solamente en virtud de las reglas ‘gramaticales’ de dicho lenguaje, sino además y especialmente porque tiene *sentido* y/o *referencia* (expresa un contenido y remite a algo). Para asegurar la referencia, deben plantearse explícitamente principios (‘estipulaciones’) que regulen y garanticen la relación de los símbolos con sus referencias —que después serían planteadas como *objetos en un modelo*— (cf. Frege 1985a:36; 1985b:72; 1985c:98; 1985e:141). Una expresión es entonces válida porque *preserva la verdad*, y la preserva en virtud de que remite a un *Universo de interpretación* que hace a la expresión ver-

dadera. Escuetamente, la Teoría de Modelos estudia las relaciones entre dos sistemas matemáticos donde uno es utilizado como lenguaje para enunciar propiedades referentes al otro sistema, que entonces es el *modelo* que vuelve falsas o verdaderas las afirmaciones planteadas en dicho lenguaje. Los conceptos de *validez*, *interpretación* y *verdad* son en este caso los primitivos, junto con el de implicación *semántica* (= cuando el enunciado implicativo y el de la premisa — conjuntamente— comparten todos sus modelos con el enunciado de la conclusión). Sin embargo, la fisura introducida por la competencia entre la perspectiva *sintáctica* (Teoría de la Demostración) y la perspectiva *semántica* (Teoría de Modelos) es aparente y suelen usarse ambas teorías de manera complementaria, en vez de contrapuesta (cf. Partee 1988:106).

Una vez introducida la base sobre la que surge la distinción fundacional entre sentido, referencia y representación de un signo, junto con la visión que subyace a las herramientas básicas de la semántica “formal”, es hora de exponer los mecanismos esenciales del Principio de composicionalidad.

3.1.2. DESCOMPONRIENDO LA VERDAD

La semántica modelo-teórica, en la que se basan los trabajos de Kri-fka (1998, 2001), Partee (1986), de Hoop (1996) y las discusiones más informales de Dowty (1991a), es en cierta manera una elaboración más reciente y profunda de la semántica de condiciones de verdad. Ésta última toma como punto de partida la idea fregeana de que entender una oración es entender en qué circunstancias refiere a la verdad y en qué otras a la falsedad (el sentido de una oración o de la proposición por ella expresada son *condiciones* de verdad/falsedad).¹ Es decir que el punto de partida en el análisis fregeano y montagueano de las lenguas naturales es que una expresión tiene sentido

¹ Esta idea es más conocida bajo la presentación de Wittgenstein (1922:§ 4.024) quien basa la teoría del significado en dos nociones básicas: verdad y entidad (Garrido Medina 1994:91; Carnap 1988:9-10). Thomason (1974:41) interpreta el trabajo de Montague como una generalización de la teoría del significado del *Tractatus*. Lewis (1976:5) justifica esta manera práctica de ver el significado como “condiciones de verdad” del siguiente modo: “Para poder decir qué *es* un significado, podríamos preguntar primero qué *hace* un significado, y luego encontrar algo que haga eso mismo. Un significado para una oración es algo que determina las condiciones bajo las cuales la oración es verdadera o falsa”.

preciso únicamente en virtud de que remite a lo Verdadero, en ciertas ocasiones, y a lo Falso, en otras. Desde este punto de vista, la unidad mínima con significado es la oración (y no el morfema), pues solamente de éstas puede evaluarse si son verdaderas o falsas. Consecuentemente, de entre las oraciones, son las oraciones declarativas las más elementales, y el acto de habla más básico sería la aserción (cf. Valdivia 1998:60-61). Sólo la oración posee un contenido “judicable” o “enjuiciable” (la proposición o *pensamiento* correspondiente) y una vez “enjuiciada” se determina que refiere a la Verdad o a la Falsedad.²

3.1.2.1. EL PRINCIPIO DE COMPOSICIONALIDAD Y EL PRINCIPIO DEL CONTEXTO

Veamos ahora en qué consiste el Principio de Composicionalidad. El Principio de Composicionalidad surge, en primera instancia, de notar que toda oración es una expresión compleja cuyas partes pueden sustituirse por otras, obteniendo oraciones diferentes que, de este modo, remiten a lo Falso o a lo Verdadero en condiciones también diferentes (i.e., expresan un sentido o proposición diferentes). Las ‘partes de oración’ sólo tienen significado en relación a las oraciones en que aparecen, pues siendo la oración la unidad mínima con significado, el significado de las partes más pequeñas se asigna “de arriba-abajo” descomponiendo, por un lado, las condiciones de Verdad/Falsedad en componentes de dichas condiciones y, por otro, la referencia a Verdad/Falsedad en referencia a potenciales de Verdad/Falsedad. Potenciales que únicamente se realizan al unirse los componentes en una sola expresión oracional, lo cual

² Frege (1985b:60-62) llega a la conclusión de que la referencia de las oraciones ha de ser un valor de verdad por la siguiente premisa: sea lo que fuere la referencia de una oración, por el Principio de Composicionalidad la referencia del todo depende de la referencia de las partes. Consecuentemente, la referencia del enunciado ha de ser algo que no se altera cuando se sustituye un término en la oración por otro que le es correferencial, aunque tenga un sentido distinto. Y precisamente, Frege muestra que 1) el pensamiento expresado por una oración no permanece inalterado ante una sustitución tal, 2) el valor de verdad sí se conserva con tal sustitución, 3) hay una dependencia entre la referencia de los nombres propios (incluidas las descripciones definidas) y el valor de verdad de una oración (esta dependencia surge a través de la evaluación veritativa de la oración, que requiere ubicar a los referentes de los que se predica algo). A Frege no le queda más que concluir que el valor de verdad es la referencia de un enunciado.

Carnap expresa como un mayor grado de dependencia de sus significados:

“Sólo los enunciados (declarativos) tienen, en el sentido más estricto, un significado (designativo), un significado que posee el más alto grado de independencia. El significado de todas las demás expresiones es derivado de la manera en que contribuyen al significado de los enunciados en los que aparecen. Podríamos tal vez distinguir —de manera bastante vaga— diferentes grados de independencia de esta significación derivada.” (Carnap 1988 [1956]:7)

Paradójicamente, entonces, el Principio de Composicionalidad surge de la *descomposición* de las expresiones oracionales en partes más pequeñas, pero que *per se* no tienen referencia directa a lo Falso o lo Verdadero.³ Sus denotaciones dependen de su potencial para referir a lo Verdadero o Falso en combinación con otras ‘partes de oración’, y, a su vez, los sentidos o intensiones respectivas se basan en estos potenciales denotativos para diferentes circunstancias (cf. Frege 1985b:64-65).

Al tener todas las oraciones referencia, o a lo Verdadero, o a lo Falso, surgen ciertas relaciones de ordenamiento entre ellas por motivos de coherencia; los valores en las denotaciones de grupos de oraciones implican los valores en las denotaciones de otros grupos de oraciones (Ruys & Winter 1995b:2). Esto es, surgen relaciones de dependencia entre las condiciones de Verdad/Falsedad de ciertas expresiones oracionales y las respectivas condiciones veritativas de otros grupos específicos de expresiones oracionales. El clásico ejemplo es como sigue:

(138) *Juana es muy alta* → *Juana es alta*

Si *Juana es muy alta* es una oración que denota verdad, entonces *Juana es alta* también debe denotar verdad (pero no necesariamente al revés). Aunque este ejemplo es muy simplista, sirve para dar la idea de todo el procedimiento veritativo-condicional para despejar los significados y denotaciones de las partes de expresiones oracionales. Es esta misma necesidad de coherencia entre oraciones que describen acciones y las implicaciones entre ellas la que estudia Davidson (1995 [1967]), y la que lleva a requerir la postulación de los eventos

³ Para una exposición del principio de composicionalidad en Frege, véase a Tugendhat (1998).

como entidades de primer orden. Concretamente, *Juan untó mantequilla a la tostada en el cuarto de baño* implica *Juan untó mantequilla* del mismo modo que *Juana es muy alta* implica *Juana es alta*; pero esta relación de implicación, a decir de Davidson (1995:136, 150-151, 172-173, 179-181), no queda reflejada en la estructura lógica de ambas oraciones cuando no se admite que el predicado verbal está refiriendo a una entidad de primer orden (un “suceso”, i.e., un evento). En el marco de ese interés, Davidson describe prístinamente el método veritativo-condicional:

“Me gustaría ofrecer una explicación del papel lógico o gramatical que desempeñan las partes o palabras de dichas oraciones que fuera consistente con las relaciones de implicación lógica entre esas oraciones y con lo que se sabe acerca del papel que desempeñan esas mismas partes o palabras en otras oraciones (que no versan sobre acciones). [...] Decididamente hay algo de arbitrario en la cuestión de qué tanta lógica haya que meter en la forma lógica. Pero los límites se fijan si nuestro interés radica en ofrecer una explicación del significado coherente y constructiva; tenemos que desentrañar la suficiente estructura que haga posible formular, para cualquier oración arbitraria, de qué manera su significado depende de esa estructura [...]” (Davidson 1995 [1967]:134; véanse también las páginas 177 y 182)

Estas relaciones de dependencia entre los valores de unas y otras oraciones permiten despejar el potencial denotativo de una *parte* de oración al estudiar las relaciones de implicación entre los valores de oraciones que difieren precisa y únicamente en la *parte* en cuestión (Ruys & Winter 1995b:1-3). Así, el significado de una parte de oración se analiza como la contribución que dicha parte aporta en todas las oraciones en que aparece (cf. Sanders 1984:224; y de manera más general Morris 1994:48-49, 60). El Principio de Composicionalidad fregeano remite, entonces, de manera invertida, a la dependencia ‘descomposicional’ entre los valores de verdad a los que únicamente las oraciones pueden remitir, y a las denotaciones de sus partes componentes (Frege 1985b:64-65). El Principio de composicionalidad visto como herramienta para determinar el significado de las partes se convierte en el Principio del contexto.

(139) **Principio de Composicionalidad**

El significado de las oraciones (y expresiones complejas en

general) está sistemáticamente determinado a partir del significado de sus partes componentes

(140) **Principio del Contexto**

No se debe indagar por el significado de expresiones aisladas, sino que debe investigarse su significado en el contexto de oraciones

El análisis ostensivo de los términos categoremáticos⁴ dejaba de lado un aspecto sumamente importante de su significado. El significado de un nombre (en general) no contribuye a las condiciones de verdad del mismo modo en que lo hacen los verbos, aunque ambos designen o representen entidades del mundo (entendidas como individuos o clases). Un nombre expresa un sentido completo, un verbo no expresa un sentido completo. Un nombre satura un lugar de argumento, un verbo busca que le saturen su lugar para argumento. Es decir, se dejaba de lado que los significados nominales y los significados verbales están hechos para complementarse (García Carpintero 1996:182-184). Esto queda superado mediante (139-140).

“La construcción de una teoría de las reglas composicionales que permiten determinar el significado de las oraciones a partir del significado de las palabras requiere clasificar las palabras en diferentes categorías o grupos; las palabras en el mismo grupo contribuyen del mismo modo a la determinación del significado de las oraciones en que aparecen, y de modos distintos al modo en que lo hacen las palabras en otros grupos. Estas categorías serán *categorías semánticas*. [...] El Principio del Contexto nos llama la atención sobre el hecho de que las expresiones en cada una de estas categorías contribuyen al significado de las oraciones de modos específicos, distintos del modo en que lo hacen las expresiones en otras categorías y relativos los modos propios de los unos a los de los otros.” (García Carpintero 1996:183)

⁴ La oposición categoremático / sincategoremático remite a la diferencia entre aquellas expresiones de un lenguaje que instancian una categoría sintáctica (son categoremáticas), y, consecuentemente, tienen un tipo de denotación asociada a ellas, y, por otro lado, aquellas expresiones que no instancian ninguna categoría sintáctica (son sincategoremáticas, i.e., sin categoría) sino que son introducidas por las reglas sintácticas del lenguaje y no tienen ninguna denotación asociada. Estas últimas solamente significan a través del efecto semántico de la regla sintáctica que los introduce.

Pero más aún, el Principio del Contexto ofrece la ventaja añadida de poder asignar semántica a aquellas partes de una oración que *prima facie* no parecen tener contenido conceptual alguno. De este modo, las expresiones sincategoremáticas tienen significado aunque no tengan significado autónomo. Son expresiones cuya contribución semántica es relativa a la de otras expresiones (cf. el análisis de las descripciones definidas en Russell 1981:56, 67-68).

3.1.2.2. LENGUAJE, REFERENCIA Y MODELO

La semántica modelo-teórica desarrolla adicionalmente la idea de que las expresiones de una lengua natural significan y, en particular, son verdaderas o falsas (en caso de ser oraciones) porque denotan objetos *en un modelo*. Un modelo es lo que hace verdadero a un conjunto de fórmulas o expresiones en un lenguaje (y falso el conjunto complementario de expresiones):⁵

“Decir que la semántica de un lenguaje de primer orden es una semántica MODELO-TEÓRICA significa que para establecerla es preciso recurrir a sistemas matemáticos abstractos que representan posibles parcelas del mundo. Un sistema tal, una vez supuestos los valores veritativos para las fbfs, proporciona los valores semánticos para las otras expresiones de su lenguaje formal (o de fragmentos de ese lenguaje); es decir,

⁵ Cabe advertir que tanto el término “interpretación” como el de “modelo” tienen varias acepciones. Hemos utilizado “modelo” en dos sentidos: MODELO₁ como aquello que hace verdadera a una fórmula o conjunto de fórmulas de un lenguaje, y MODELO₂ como aquello con respecto a lo cual se interpreta un lenguaje (así debe entenderse la expresión “teoría de MODELOS₂”). En lo que sigue me apego a lo expuesto en Falguera López & Martínez Vidal (1999:206-207, 211-217). Cuando tenemos un lenguaje L, aquellos sistemas que son *adecuados* para L se denominan *posibles realizaciones* de L (MODELOS₂). Un sistema es adecuado para L cuando tiene una relación y/o función por cada predicado de L con misma aridad y, además, tiene como máximo tantos individuos destacados como constantes de individuo hay en L (Falguera López & Martínez Vidal 1999:208). Cuando todas las valuaciones de L basadas en una posible realización o MODELO₂ de L hacen verdaderas a todas las fórmulas de L, se dice de esa posible realización que es un MODELO₁ de L (es decir, cuando la función de interpretación generalizada de L hace verdaderas a todas las fórmulas de L bajo todas las asignaciones posibles). Tenemos pues la siguiente relación de inclusión (Falguera López & Martínez Vidal 1999:215): conjunto de MODELOS₁ de L \subseteq conjunto de {MODELOS₂ / POSIBLES REALIZACIONES} de L \subseteq conjunto de SISTEMAS.

proporciona la ontología para una posible interpretación de dicho lenguaje [...]” (Falguera López & Martínez Vidal 1999:205)

“La semántica modelo-teórica trata de explicar las implicaciones relacionando las expresiones del lenguaje natural a ciertas entidades abstractas en una estructura dada, a la que se llama un *modelo*. En terminología técnica, decimos que las expresiones del lenguaje natural *denotan* o *refieren a* objetos en el modelo. En todo modelo hay dos entidades especiales que son denominadas 1, o *verdadero*, y 0, o *falso*. Éstos son los dos *valores de verdad* en el modelo.” (Ruys & Winter 1995b:2)

En términos de Teoría de Modelos, aplicada a los lenguajes naturales, uno puede considerar que un conjunto de enunciados verdaderos en español, por ejemplo, es una *teoría* acerca de cómo es el mundo en un momento dado. En tal caso, precisamente, también se dice que el mundo es el *modelo* que hace verdaderos a esos enunciados, y en tanto que los hace verdaderos en conjunto, se dice por esta razón que son una *teoría* del primero. Las relaciones de implicación entre grupos de oraciones, tan importantes para el método veritativo-condicional de asignar significados “de arriba-abajo” a las partes componentes de las oraciones, queda ahora fundamentado en la idea de *modelos compartidos*. Si el enunciado que expresa una implicación cualquiera —es decir un condicional *válido*— comparte su modelo (i.e., la ‘realidad’ que lo hace verdadero) con el antecedente o premisa, entonces también lo comparte con el consecuente (cf. Engel 1989:33-34, Partee 1988:93; Garrido 1997:70; García Suárez 1989:175; Dowty 1991a:552; Corblin 2002:88), o en términos de proposiciones como conjuntos de mundos posibles: “el conjunto de mundos en que A [la premisa] es verdadera es un subconjunto del conjunto de mundos en que B [la conclusión] es verdadera” (Partee 1988:110; Levinson 1983:174, 199-200). De manera que los esquemas de inferencia válida que se materializan empíricamente en las implicaciones entre oraciones particulares se vuelven materia prima para sustentar los análisis mediante evidencia tangible (Thomason 1974:52). Evidencia que se añade a las valiosas intuiciones sobre ambigüedad (Thomason 1974:54; Chomsky (1999 [1965]:22)) y, por supuesto, a aquellas con respecto a los valores de verdad que de hecho toman los enunciados del lenguaje natural.

3.1.2.2.1. REFERENCIA, REFERENTE E INTERPRETACIÓN REFERENCIAL

Dado que los conceptos de referencia y de referente ocupan un lugar central en la semántica, conviene ahora comentar más ampliamente la ambivalencia de los términos ‘referente’ y ‘referencia / referencial’. Por ejemplo, podemos entender ‘referencia’ en sentidos muy distintos pero relacionados:

(1) relación entre una expresión y su *extensión* (= un conjunto de posibles referentes o un individuo si es una constante individual): se entiende la referencia como una “relación entre un signo y un objeto” (Engel 1989:479), donde ‘objeto’ corresponde a un objeto abstracto de cualquier orden y tipo que permanece constante a través de diversos empleos de la expresión y que está fijado de antemano por una función de interpretación.

(2) relación entre una expresión y su *referente*₂: es “La relación entre las expresiones lingüísticas y las personas u objetos que designan (o identifican de alguna manera)” (Abraham 1981:388), donde por ‘objeto’ se entiende un objeto extensional de primer orden (tipo *e*) seleccionado en cierta ocasión particular de uso (es decir, solamente entidades ‘concretas’). Dichos objetos serían los referentes: “En general se designa como ‘referentes’ a los objetos o individuos del mundo de objetos (por ejemplo, la realidad) a los que se alude (...) con unidades lingüísticas en actos de habla muy determinados” (Welte 1985:521)

En ambos casos tenemos una segunda ambigüedad: si la referencia es “la relación de designación existente entre configuraciones lingüísticas (por ejemplo: ‘palabras’) y entidades extralingüísticas (como objetos y estados de cosas)” (Welte 1985:168), y si el referente es “El objeto de la realidad extralingüística que es designado por el signo lingüístico (como denotador)” (Abraham 1981:144). Esta manera de entender ‘referencia/referente’ deja abierto su significado exacto, puesto que “el mundo de objetos” o “la realidad extralingüística” puede remitir al mundo en el que estamos inmersos, o puede solamente remitir a una estructura abstracta que empleamos para interpretar el lenguaje y en la que, por supuesto, no estamos inmersos.

En los lenguajes formales interpretados tenemos una función de interpretación que a cada expresión bien formada del lenguaje le

asigna su referencia o interpretación.⁶ En el sentido en que acabamos de usar el término “referencia”, ésta no es otra cosa que un interpretación (cualquiera que ésta sea), o más técnicamente, el valor de la función interpretativa generalizada de dicho lenguaje para esa expresión (Falguera López & Martínez Vidal 1999:210). Es en este sentido en que debemos entender la siguiente explicación de Valdivia:

[...] el principio de extensionalidad [M.P.: ha de querer decir “de composicionalidad”] hace corresponder a cada parte significativa de la oración un *valor semántico o referente*, de manera que tenga lugar la evaluación del juicio expresado por una oración dada.” (Valdivia 1998:61, cursivas mías)

En un lenguaje con distintas categorías semánticas (tipos semánticos), como el que ha aparecido constantemente a lo largo del capítulo tercero, la REFERENCIA₁ (=interpretación) de una expresión dada puede o no ser referencial en un segundo sentido. En sentido estricto, una expresión es REFERENCIAL₂ cuando su REFERENCIA₁ (=interpretación) es de tipo *e*. De modo que, hablando de una expresión de un lenguaje, REFERENCIAL₁ quiere decir “que tiene interpretación” pero REFERENCIAL₂ quiere decir algo distinto, a saber, “que tiene una interpretación extensional de tipo *e*”. De manera que, por ejemplo, si *presidente* tiene interpretación predicativa (de tipo extensional $\langle e$,

⁶ El término técnico *interpretación* tiene varias acepciones (el contexto dejará claro cual estamos empleando):

INTERPRETACIÓN₁ = MODELO₂ = una **posible realización de L** = el **valor** de una función de interpretación para **L** (es decir el valor que resulta de una INTERPRETACIÓN₂).

INTERPRETACIÓN₂ = función cuyo dominio es el conjunto de expresiones básicas de L (es decir, solamente constantes de individuo y predicados, excluyendo variables de individuo y las fórmulas bien formadas) y cuyo rango es el conjunto de entidades básicas y complejas de algún sistema *adecuado* para L, es decir, de una posible realización de L. Se trata de una **función de interpretación para L**. Si el sistema relacionado no es adecuado para L, la función no está bien definida.

INTERPRETACIÓN₃ = función que a cada expresión de L le haga corresponder un valor semántico apropiado; función cuyo dominio es el conjunto de expresiones de L (incluidas variables de individuo y fórmulas bien formadas) y cuyo rango es el conjunto de entidades básicas y complejas de algún sistema *adecuado* para L, es decir, de una posible realización de L. Se trata de una **función de interpretación generalizada para L** o **valuación para L** que contiene como subfunciones a una función de interpretación (=INTERPRETACIÓN₂) y a una función de asignación de valores a las variables.

\triangleright o de tipo intensional $\langle s, \langle e, \triangleright \rangle \rangle$) entonces la expresión es REFERENCIAL₁ y decimos entonces que *refiere* a una clase o a una propiedad, pero **no** es REFERENCIAL₂. O, dicho de otro modo, tiene REFERENCIAL₁ pero **no** tiene REFERENCIAL₂. Como suele caracterizarse a los REFERENTES₂ (= entidades de primer orden REFERIDAS₁) como objetos de un modelo o del mundo extralingüístico, éstos parecen ser completamente independientes del lenguaje al que pertenecen las expresiones de las cuales son interpretación (o REFERENCIAL₁). Sin embargo, su calidad tanto de REFERENTES₁ (= interpretaciones) como de REFERENTES₂ (= entidades elementales) es totalmente dependiente del lenguaje utilizado.⁷ Pero una posible realización de L (es decir, un sistema que proporciona la ontología para interpretar a L) puede en principio presentarse como independiente de L, con la notación $\langle \mathbf{E}, \langle \mathbf{R}_j \rangle_{j \in J}, \langle \mathbf{f}_i \rangle_{i \in I} \rangle$, con \mathbf{E} como dominio de entidades, y proporcionando el listado de las relaciones y funciones destacadas en \mathbf{E} (en especial las 0-arias o individuos). Esta presentación de la posible realización de L contrasta con aquella que enfatiza la dependencia con respecto al lenguaje L: $\langle \mathbf{E}, \mathbf{f} \rangle$. Aquí simplemente se da el dominio de entidades y una función de interpretación \mathbf{f} que a cada expresión de L asocia entidades básicas o complejas en \mathbf{E} (Falguera López y Martínez Vidal 1999:207-208). De manera que una misma estructura puede verse como dependiente o como independiente del lenguaje con el que se habla de la misma.

⁷ Si alguna entidad nunca puede aparecer como valor de la función interpretativa del lenguaje utilizado, dicha entidad nunca podrá ser la REFERENCIAL₁ de una expresión. Supongamos, por otra parte, que utilizo un lenguaje formal cuyo universo de discurso es similar al del español. Es probable que los seres humanos estén en dicho universo y que el lenguaje les esté asignando la categoría semántica e (de entidades de primer orden). Como los seres humanos, en tanto que interpretación o denotación, son de tipo e , entonces son referentes en el sentido estricto (es decir, son REFERENTES₂). Pero imaginemos otro lenguaje formal que tenga características ideales para hablar, ya no de la vida cotidiana, sino de la vida a nivel celular, por ejemplo. En tal caso es muy probable que si utilizo dicho lenguaje para hablar de seres humanos, éstos no serán vistos como denotaciones de tipo e por el lenguaje (más bien, las células serían sus denotaciones de tipo e). Podemos imaginar que las expresiones que remiten a individuos *humanos* en vez de *celulares*, tengan una denotación de tipo $\langle e, \triangleright \rangle$ de manera que un ser humano, como denotación, sea visto como un conjunto de individuos celulares. En este lenguaje, los individuos humanos no serían REFERENTES₂ ni sus respectivas expresiones serían REFERENCIALES₂, de manera que su calidad de referentes de discurso (en sentido estricto) depende totalmente del lenguaje utilizado.

3.1.2.3. IMPLEMENTACIONES DEL PRINCIPIO DE COMPOSICIONALIDAD

La formulación del Principio de Composicionalidad que dimos en (139) es en realidad vago respecto de cómo debe entenderse en la práctica el hecho de que el significado de una expresión compleja esté determinado por el de sus partes componentes. Este principio de origen fregeano recibe varias formulaciones diferentes dependiendo de la manera en que se implementa:

- (141) **Reformulaciones del Principio de Composicionalidad:**
- (i) La denotación de una expresión está determinada por la denotación de sus partes y la manera en que éstas se combinan unas con otras (Ruys & Winter 1995b:3).
 - (ii) O bien, en palabras de Partee (2001:1): “el significado de un todo es una función del significado de las partes y el modo en que se combinan sintácticamente”; formulación en la que *significado* puede entenderse alternativamente como sentidos fregeanos o como referencias.

Esto último —el énfasis en el modo de combinación sintáctica— remite más propiamente a Montague, especialmente si nos referimos a una sintaxis razonablemente explícita (Partee 1988:95), aunque la idea de composición como aplicación de una función insaturada a un argumento surge de Frege. En realidad es difícil deslindar la procedencia exacta de los ingredientes que las distintas formulaciones del Principio de Composicionalidad comportan. Como acabamos de decir, la mención del “modo en que se combinan *sintácticamente*” suena muy montagueano, con la composicionalidad entendida como homomorfismo entre un álgebra sintáctica y un álgebra semántica, y la correspondencia entre reglas sintácticas y reglas semánticas asociadas (Karttunen y Peters 1979:15). En Nef (1988:104) la composicionalidad como una relación entre *denotaciones* (y no entre *sentidos*) y su consecuente implementación en términos de tipos semánticos se adjudica a una interpretación más bien ‘russelliana’ de Frege. En cambio, la composicionalidad propiamente fregeana se describe como relaciones entre *sentidos*, siendo las respectivas relaciones composicionales entre denotaciones una consecuencia —no siempre necesaria, como por ejemplo en contextos opacos o cuando el sentido no determina ningún objeto— de las primeras (la anterioridad del sentido sobre la referencia puede constatarse claramente en Frege

1985b:54-55; 1985c:97, 100-101; 1998b:82; cf. Valdivia 1998:67-68, 76).⁸ En Frege mismo parece haber indagaciones desde ambas direcciones contrarias: las denotaciones/valores de verdad —no los sentidos/condiciones de verdad— se toman como punto de partida para llegar a una descomposición de las partes de un enunciado (cf. Tugendhat 1998), pero son los sentidos (condiciones de verdad en la oración) los que determinan las denotaciones (valores de verdad

⁸ Pero Dummett (1991:19-21) observa atinadamente que a pesar de la supuesta anterioridad del sentido con respecto a la referencia, Frege siempre se apoya primero en la noción de referencia para luego definir al sentido como el modo de darse el referente, admitiendo primero que es la expresión la que tiene un referente. Consecuentemente, “antes de poder saber qué significa que una expresión tenga sentido, debemos saber qué significa que tenga referencia” (Dummett 1991:21), lo cual pondría en duda que dicha anterioridad del sentido pueda sostenerse hasta sus últimas consecuencias. A su vez, Russell (1981 [1905]:64-66) expone los serios problemas que surgen cuando confrontamos la anterioridad del sentido sobre la referencia con la importante distinción entre metalenguaje y lenguaje-objeto (o mención y uso). Si suponemos que el sentido es anterior a la referencia, resultará que tanto la expresión como su sentido tendrán referencia, la primera indirectamente, el segundo de modo más directo. Cuando *usamos* una expresión, hablamos acerca del referente mismo, y cuando la *mencionamos*, ascendemos al nivel de metalenguaje para hablar de aquello que tiene referente. Pero cuando ascendemos a nivel de metalenguaje ¿acerca de qué serán nuestras aserciones? ¿de las *expresiones* o de los *sentidos* de las expresiones? ¿a quién habrá que adjudicar la referencia? ¿cuál es la referencia correspondiente a la *mención* de las expresiones, las expresiones mismas o sus sentidos? La única manera de salvar el problema es que referencia y sentido sean lo mismo o al menos no haya anterioridad de una sobre otra, ni por tanto se mantenga la conexión entre ellas (Russell 1981:64-65). La formalización de la noción de sentido como algo independiente de la referencia pero como aquello que determina la referencia tendrá que esperar a Montague y la lógica intensional. Precisamente, la ilusión de anterioridad del sentido sobre la referencia surge de que, como ha notado Russell (1981:66), el sentido determina la referencia “sin que haya manera de remontarnos de las denotaciones a los significados, puesto que todo objeto puede ser denotado por un número infinito de diferentes expresiones denotativas.” Carnap (1988:111, 157), por su parte, defiende la primacía de la intensión sobre la extensión, hablando generalmente más de asimetría que de anterioridad, lo cual le permite conciliar esta primacía con una neutralidad de las expresiones con respecto a si remiten intensiones o extensiones —aunque reiteradamente insiste en que si las expresiones han de asociarse a una sola cosa, es a una intensión más que a una extensión—. De modo que la anterioridad siempre amenaza con reaparecer, puesto que Carnap (1988:203) parece suponer que las extensiones son resultado de un empleo concreto de la intensión respectiva: “Así que, para cada expresión que podemos comprender, está la cuestión del significado y la cuestión de la aplicación concreta [del significado]; consecuentemente, la expresión tiene primariamente una intensión y secundariamente una extensión”.

en la oración) ya que éstas son deducibles de los primeros pero no viceversa.

La distinción fregeana sentido/referencia es luego reelaborada como el dueto intensión-extensión por Carnap (1988 [1956]) quien introduce una distinción en la que una expresión compleja es *extensional* si la extensión del todo es una función de la extensión de las partes, es decir, cuando la composicionalidad es entre denotaciones. Es *intensional*, en cambio, si la extensión del todo es función de las intensiones de una o más partes y las extensiones de las partes restantes, es decir, cuando la composicionalidad es mixta entre algunas denotaciones y algunos sentidos (Carnap 1988:46-49). Parte (1988:97 nota a pie) señala que el tratamiento de Frege toma el segundo caso de Carnap como un subcaso del primero. Es decir que la composicionalidad fregeana requiere que la extensión del todo *siempre* sea función de las extensiones de las partes componentes, y las construcciones intensionales son aquellas en las que a una de las expresiones componentes debe asignársele como extensión lo que normalmente sería su intensión (cf. Frege 1985b:55, 65-67, 70, 82, 85; 1985e:138).

El principio de composicionalidad, tal como lo concibe Montague (Partee 2001:2), se basa en una visión algebraica tanto de la sintaxis (conjunto de categorías + operaciones) como de la semántica (conjunto de entidades + operaciones), de modo que la relación entre ambas se plantea como una proyección homomórfica de los elementos presentes en el álgebra sintáctica a los elementos del álgebra semántica:⁹

“La idea central es que cualquier cosa que pudiera ser tomada como una gramática debería ser capaz de ser presentada en la siguiente forma: la sintaxis es un álgebra, la semántica es un álgebra y hay un homo-

⁹ Nótese que el homomorfismo relaciona la sintaxis del sistema formal (izado) y el modelo, no la sintaxis *stricto sensu* (la del lenguaje natural) y la semántica (cf. Falguera López & Martínez Vidal 1999:185-186). Sin embargo la idea de Montague (1970a) es, precisamente, tomar a las expresiones del lenguaje natural *directamente* como instancias de las fórmulas del sistema formal, de manera que se construyen mediante simple concatenación (pero cf. Thomason 1974:11 nota 17) —la misma idea se encuentra en Chomsky (1965), cuya influencia matemática es muy evidente, por contraste a presentaciones más tardías— (Montague 1974 [1970a]:196 nota 11, Chambreuil & Pariente 1991:64; Thomason 1974:16-17). Tomar a las expresiones del lenguaje natural directamente como instancias de fórmulas de un sistema formal es parte de lo que motiva el título “English as a Formal Language” de su célebre trabajo.

morfismo en el mapeo de los elementos del álgebra sintáctica a los elementos del álgebra semántica. Esta definición, muy general, deja una enorme libertad sobre la clase de cosas que son los elementos y las operaciones de estas álgebras. Así, para el álgebra sintáctica, en el caso de un lenguaje lógico típico, los elementos pueden ser las expresiones bien formadas; pero en el caso de una lengua natural, la ambigüedad hace esto imposible puesto que el requerimiento del homomorfismo significa que cada elemento del álgebra sintáctica debe ser mapeado a un elemento único del álgebra semántica.” (Partee 1997:296)

Para acomodar las expresiones en lengua natural al requerimiento de homomorfismo, que es el que formaliza el Principio de composicionalidad, éstas se acompañan generalmente de mecanismos de reducción de ambigüedad, como descripciones estructurales, por ejemplo (Partee 2001:2).¹⁰ Las expresiones lingüísticas se asocian, una vez desambiguadas, a expresiones ‘bien formadas’ del sistema formal. Estas expresiones elementales bien formadas se definen *a priori* asignándoles una categoría y todas las demás expresiones se definen recursivamente. Estas expresiones y las operaciones de combinación entre ellas (y las correspondientes reglas de asignación de categoría) constituyen el álgebra sintáctica. Tenemos, pues, al menos, dos pasos entre tres sistemas:

1) Se inicia con (un fragmento de) el lenguaje natural, cuyas expresiones oracionales —una vez desambiguadas— se toman directamente como fórmulas del lenguaje formal sintáctico. Tanto a las oraciones como a sus partes se les asocian categorías (etiquetas de ‘partes de oración’ —nótese que la categoría “oración” sería la etiqueta de una parte impropia de oración—). Estas expresiones con-

¹⁰ Esto implicaría que sólo podemos proveer de semántica a gramáticas con *capacidad generativa fuerte*, i.e., gramáticas que además de especificar todas y cada una de las formas (fonéticas) oracionales de una lengua, también asocian a cada una con una descripción estructural que determina de manera única a cada oración (Chomsky 1999 [1965]:57). En Montague las ‘formas fonéticas’ corresponden a expresiones ζ de un lenguaje L ambiguo, las ‘descripciones estructurales’ corresponderían a expresiones ζ' de un lenguaje U desambiguado. La capacidad generativa fuerte se obtiene mediante la relación R que asocia cada expresión ζ del lenguaje ambiguo con una expresión ζ' del lenguaje desambiguado. De este modo lo que se interpreta **no** son expresiones carentes de ambigüedad sino expresiones ambiguas, pero se interpretan en relación a un análisis sintáctico particular. En otras palabras, se interpretan expresiones analizadas, concebidas como pares $\langle \zeta, \zeta' \rangle$ en que $\zeta \in L$, $\zeta' \in U$ y $\zeta R \zeta'$ (cf. Thomason 1974:10-14, 33-34).

forman, junto con las operaciones de combinación —que incluyen reglas de asignación de categoría—, el álgebra sintáctica (Chambreuil & Pariente 1991:64-73).

2) Las expresiones del lenguaje formal se asocian a entidades del universo de interpretación mediante una función homomórfica denominada *función interpretativa*. Esta función interpretativa proyecta la estructura del lenguaje formal (el álgebra sintáctica) *directamente* a la estructura del universo de interpretación (el álgebra semántica). Las expresiones saturadas —nombres propios y oraciones— se asocian a entidades básicas de dicho universo (individuos y valores de verdad respectivamente).¹¹ Las operaciones de combinación sintáctica de las expresiones se asocian, a su vez, *directamente* a operaciones de combinación entre entidades del universo, correspondiendo también las reglas de asignación de categoría. Así, las categorías sintácticas (etiquetas de ‘partes de oración’) se vinculan a categorías semánticas (etiquetas de ‘ámbitos denotativos’, partes o potenciales de referencia a Verdad denominados *tipos semánticos*). El universo de interpretación, conformado por las entidades elementales —es decir los individuos y los dos valores de verdad $\{0,1\}$ — así como por las operaciones entre ellos, constituye el álgebra semántica. Del par ordenado $\langle E, f \rangle$ formado por el universo de interpretación y la función interpretativa que asocia directamente entidades simples o complejas a las expresiones básicas, se dice que es un modelo extensional de ese lenguaje, o simplemente *modelo* (Corblin 2002:128-130; Thomason 1974:29-30). El primer elemento del par, denominado *estructura de modelo* del modelo $\langle E, f \rangle$,¹² proporciona las posibles denotaciones que podrían darse a las expresiones de algún lenguaje, el segundo —denominado la *asignación de modelo* de $\langle E, f \rangle$ — asigna estas posibles denotaciones a las expresiones de un lenguaje particular (Thomason 1974:30).

¹¹ En Frege, pero Montague caracteriza a los nombres propios de tal manera que no denotan individuos sino familias de conjuntos por lo que sólo las oraciones denotan entidades básicas (Chambreuil & Pariente 1991:72).

¹² En este caso, la estructura de modelo consta de solamente un conjunto E (que a veces hemos notado D_e). Es decir, se trata de una secuencia unitaria cuyo único miembro es E . A menudo es posible que la estructura de modelo conste de una secuencia de varios conjuntos o dominios, como en el tratamiento de la distinción masa/contable en Link (1983) o en Bach (1986), o —de manera más general— en las lógicas con distintos dominios de cuantificación, conocidas como *many-sorted logics* (cf. Gamut 1991:157, 165-166). En tal caso el modelo tendría la forma $\langle \langle E_1, \dots, E_n \rangle, f \rangle$ y es más transparente la motivación para denominar dicho primer miembro del par como “estructura” (cf. Thomason 1974:30).

El álgebra semántica así esbozado, únicamente proporciona las referencias de las expresiones (aquello a lo que remiten) pero no proporciona ningún *contenido* (sentido). No especifica “el modo en que se nos presenta el referente”, como diría Frege, o bien “el valor cognoscitivo distinto” de dos expresiones que, teniendo el mismo referente, no son igualmente informativas. Hasta aquí, una oración únicamente remite a un valor de verdad (lo Falso o lo Verdadero) pero no expresa ninguna proposición —ningún *pensamiento*, en sentido de Frege—, de manera que todas las oraciones verdaderas son, por ahora, semánticamente indistinguibles entre sí (Frege 1985b:64). Los predicados, a su vez, sólo remiten a *clases* pero no expresan ninguna *propiedad* —a no ser que ésta sea puramente extensional, es decir, equivalente a la clase—. ¹³ Únicamente hemos especificado las *extensiones* de las expresiones pero no sus *contenidos*. Frege (1985e:137) distingue precisamente estas dos cosas en un enunciado: 1) el reconocimiento de su verdad o juicio (Frege 1985b:63 nota a pie) y 2) el contenido que se reconoce como verdadero, pero que queda fuera de un análisis extensional (Valdivia 1998:64, 66). La referencia a verdad y falsedad depende entonces crucialmente de dicho contenido.

¹³ El tipo $\langle e, t \rangle$ es el tipo de los conjuntos (de individuos a los que es aplicable el predicado), pero en contextos puramente extensionales, suele convenirse en el abuso del lenguaje que consiste en equiparar el conjunto de individuos a los que se aplica el predicado (esto es, $\langle e, t \rangle$) con la propiedad misma que tienen todos ellos en común —que en lógica intensional, se nota $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$ —. De esta manera, por cuestiones prácticas, termina hablándose de $\langle e, t \rangle$ como el tipo de las propiedades (de Hoop 1996:6, 54 nota 1). Concomitantemente con esto, el tipo semántico $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ es una familia de conjuntos o la función característica que a partir del dominio de las clases da valores de verdad; pero, nuevamente mediante abuso del lenguaje, también puede considerarse un tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ como una función de propiedades (en vez de conjuntos de individuos) a valores de verdad. A este respecto es particularmente clara la caracterización que de los cuantificadores generalizados (tipos $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$) proporciona Szabolcsi (1997b:8): “Un cuantificador generalizado (en adelante CG) no es un objeto sintáctico (una expresión); es un objeto semántico (algo que las expresiones pueden denotar). Específicamente, un CG es un conjunto de propiedades, y se aduce de las frases nominales que denotan tales conjuntos de propiedades. Es importante notar que “propiedad” es entendido como nada más que un conjunto de individuos. E.g., si Juan, Bill, y María constituyen el conjunto de ‘caminadores’ [*walkers*], la propiedad de caminar es sólo {Juan, Bill, María}. En este sentido, un CG es un conjunto de conjuntos de individuos.” Nótese que esta reducción de una propiedad a los miembros de su clase anula la posibilidad de *L-equivalencia* entre expresiones designadoras de propiedades o, dicho de otro modo, degrada la *L-equivalencia* de los designadores de propiedad a simple *equivalencia* (cf. Carnap (1988 [1956]:16).

Los inconvenientes de una semántica puramente extensional son bien conocidos: ésta es generalmente ciega a propiedades cualitativas de los referentes, incluyendo su modo de presentación e identificación (Kleiber 2001:53; Fredj 1995:277-278; Nef 1995:154; Partee 1997:313-314; Moltmann 1997:13-20, 24-34; García Fajardo 1989:26-27).¹⁴

Bástenos decir, por ahora, que tomando la interpretación extensional como el objetivo final (después de todo, el punto de partida en la descomposición del significado fueron los valores veritativos), Montague propone, para la relación entre las álgebras sintáctica y semántica, un método de interpretación ‘directa’ —el que acabamos de esbozar muy escuetamente— y otro de interpretación ‘indirecta’. Esta interpretación indirecta da cabida a un significado no-extensional, mediante la traducción —también composicional— a un lenguaje intermedio de Lógica Intensional, en el que tienen cabida —ahora sí— las proposiciones y propiedades, es decir, los contenidos que permitirían determinar una denotación en diferentes modelos extensionales, denominados *mundos posibles* (Reed 1996:103, 254; Partee 1997:298; Corblin 2002:130). En otros términos, en una semántica extensional (método directo), el significado se identifica con la referencia en el mundo real —el único mundo— mientras que en una semántica intensional (método indirecto), el significado se entiende como el mediador entre las palabras y la referencia apropiada en cada mundo posible.

“[...] si el significado es algo distinto tanto de las palabras como de los referentes de las mismas, entonces el significado se entiende como el mediador entre ambas partes. Si el significado no es un mediador entre las palabras y sus referentes, y tampoco es la palabra misma, entonces el significado y la referencia son, por así decirlo, dos caras de una y la misma moneda: el significado es la referencia.” (Valdivia 1998:58)

Este es el razonamiento que sigue Frege para proponer al sentido como mediador entre expresiones y referentes (Compárese con el análisis de Strawson 1983a [1950]:37-38).

“1) Sean «a = a» y «a = b» enunciados verdaderos de identidad porque tanto «a» como «b» refieren a uno y el mismo objeto.

¹⁴ Especialmente problemáticas son las consecuencias de los principios de extensionalidad y transitividad para la cuestión —crucial— de la identidad entre referentes.

2) La diferencia notacional entre « $a = a$ » y « $a = b$ » expresa una diferencia en valor cognoscitivo, a saber, el primer enunciado es trivial en tanto que el segundo es informativo.

3) De 1) y 2) se sigue que los enunciados tienen propiedades distintas, dicen cosas distintas y son *prima facie* distintos.

(Hipótesis 1:) Si la relación de identidad se establece entre símbolos, entonces los enunciados son idénticos.

4) Pero si (Hipótesis 1) fuera verdadera, 2) y 3) serían falsos.

(Hipótesis 2) Si la relación de identidad se establece entre los referentes de los símbolos, entonces el referente es idéntico a sí mismo.

5) Pero si (Hipótesis 2) fuera verdadera, ambos enunciados dirían lo mismo; a saber, que el objeto referido es idéntico a sí mismo.

6) Si 5) fuera verdadero, entonces 2) y 3) serían falsos.” (Valdivia 1998:67)

Para Frege, 2) y 3) son indudablemente verdaderos. Si suponemos que sólo tenemos las expresiones y sus referencias, la identidad solamente puede predicarse o bien de las expresiones (hipótesis 1) o bien de las referencias (hipótesis 2), y en cualquiera de ambos casos 2) y 3) no podrían ser verdaderas, pero tienen que serlo. La conclusión es que tiene que haber algo más que solamente las expresiones o las referencias: el sentido, que sería el mediador entre ambas y explicaría 2) y 3). Sin embargo, la introducción de ‘sentidos’ entre las expresiones y sus referencias no hace mella en el estricto paralelismo del método directo:

“Cuando la traducción al lenguaje intermedio y la interpretación semántica de éste son ambas composicionales, el lenguaje intermedio resulta, en principio, prescindible, ya que la composición de ambos homomorfismos vale por una interpretación composicional directa del lenguaje original.” (Partee 1997:297-298)

Como ya dijimos, cada expresión porta una etiqueta de >parte de oración= que, a su vez, corresponde a una etiqueta interpretativa llamada >tipo semántico=. Ésta describe de qué modo se relaciona el dominio al que remite la (clase de) expresión con los demás dominios en el Universo de interpretación, de manera que funciona, en cierta forma, como un instructivo de cómo debe integrarse su denotación al fusionarse composicionalmente con las denotaciones de otras expresiones, además de distinguir claramente entre denotaciones primitivas y complejas, saturadas e insaturadas. De esta manera las

categorías sintácticas de las expresiones están íntimamente vinculadas a las categorías semánticas de sus denotaciones. La categoría sintáctica de una expresión ya no depende puramente de la posición sintáctica que ocupa sino también, de manera esencial, del tipo de denotación que tiene. Esta estrecha relación entre contenido y forma, en términos de categorías del álgebra sintáctica y categorías (denotativas) del álgebra semántica, es la razón misma del requerimiento de homomorfismo entre las estructuras sintácticas y las semánticas. Es esta correspondencia, por ejemplo, la que lleva a que una fusión entre expresiones —en términos de aplicación funcional o saturación— venga de la mano con una saturación (aplicación funcional) entre denotaciones en el modelo (García Fajardo 1989:24).¹⁵

En sentido estricto, un modelo se limita a asignar valores semánticos o denotaciones a las expresiones básicas, quedando recargado en el paralelismo de las definiciones recursivas de expresiones complejas, por un lado, y de las denotaciones, por el otro, para fijar la correspondencia sintáctico-semántica en el resto de las expresiones. En sentido más amplio, el modelo se divide en dominios diferentes para agrupar los tipos diferentes de objetos que denotan las expresiones de distinta complejidad, y consiste en una colección infinita de todos los dominios a los que, a partir de los dominios básicos, puede asignárseles una categoría semántica (llamada “tipo”) mediante ciertos procedimientos recursivos previamente establecidos (Ruys & Winter 1995c:1, 3; Thomason 1974:31-32). Los tipos más simples corresponden a los dominios más simples, y son éstos los que contienen los individuos más primitivos de los que ‘se habla’ en el sistema (en este caso, nuestro sistema es el español o un fragmento del mismo):

- a) El dominio de las entidades se nota “ D_e ” y las expresiones que remiten a él son de tipo e (=tienen una denotación de tipo e).
- b) El dominio de los valores de verdad sólo contiene dos miembros: $\{0, 1\}$ y se nota “ D_t ”, las expresiones que remi-

¹⁵ Esto se debe, en particular, a que las reglas semánticas están formuladas mediante una definición recursiva que recrea la construcción sintáctica de las expresiones a interpretar. Como consecuencia de este estricto paralelismo, casi cualquier ambigüedad de interacción entre operadores —como la negación, y/o cuantificadores— será, casi inevitablemente, vista como una ambigüedad en la estructura sintáctica (Corblin 2002:59-61; Thomason 1974:26-29, 31-32, 46).

ten a él son las oraciones declarativas y su tipo es t (por ‘*truth-value*’ en inglés).

Los demás dominios y tipos semánticos se definen recursivamente con base en los dos anteriores, de modo que el modelo enumera entidades y proporciona (la ontología para) una (posible) interpretación de las expresiones del lenguaje, con base en estas entidades básicas y en constructos conjuntistas definidos a partir de esas entidades (Corblin 2002:27, 128-130; Falguera López & Martínez Vidal 1999:205). Esto se logra mediante una simple regla:

- c) Si a es un tipo y b es un tipo, entonces el par ordenado $\langle a, b \rangle$ es un tipo (para cualesquiera a y b) y $D_{ab} = D_b^{D_a}$ es el dominio cuyos elementos tienen la forma $\langle a, b \rangle$ y es el dominio de las funciones de D_a a D_b , es decir, que toman sus argumentos en D_a para dar valores en D_b (Ruys & Winter 1995c:1-3; Dowty 1979:352; Reed 1996:118).

Recordemos que un par ordenado $\langle a, b \rangle$ pertenece al conjunto que resulta de un producto cartesiano $A \times B$, donde A es el dominio de una función y B su rango (por supuesto, también existen funciones que remiten a subconjuntos de $A \times B$). Todos los tipos semánticos definidos recursivamente refieren, por tanto, a una función de un dominio de partida a otro de llegada. Toda denotación de categoría (o tipo) $\langle a, b \rangle$ es una función $\langle \text{argumento}, \text{valor} \rangle$ que se aplica a denotaciones de tipo a , para dar, como resultado de la composición, una denotación de tipo b (Garrido Medina 1994:172):

“En general, así, la aplicación de una función nos da a partir de dos denotaciones de tipos $\tau\sigma$ (el tipo de la función) y τ (el tipo del argumento) una nueva denotación de tipo σ , el resultado de aplicar la función al argumento.” (Ruys & Winter 1995c:3)

Veamos un ejemplo simplificado:

(142) *Maribel estudia tarahumara*

La expresión en (142) es una oración declarativa empleada como aserción por lo que sabemos que refiere a un valor de verdad. La expresión *Maribel* refiere a un individuo, por lo que su denotación es de tipo e . El predicado $[x]$ *estudia tarahumara* no refiere por sí solo a

un valor de verdad, pues no es una oración completa. Por comparación a (142) que es una expresión de tipo t (refiere a valor de verdad) y a *Maribel* que es de tipo e , podemos inferir que el predicado [x] *estudia tarahumara* denota una función que aplicada a denotaciones de tipo e da por resultado denotaciones de tipo t . Es decir, dicho predicado tiene una denotación de tipo $\langle e, t \rangle$, lo que quiere decir que toma entidades como argumento y da valores de verdad como educto de la aplicación.

Del lado de las categorías sintácticas, esto se traduce en que las expresiones de categoría ‘frase verbal’ requieren aplicarse a expresiones de categoría ‘nombre propio’ para dar como resultado expresiones de categoría ‘oración’, que son las unidades mínimas con significado (i.e., “judicables” o con *condiciones de verdad-falsedad*). El estricto paralelismo sintáctico-semántico permite observar el proceso composicional de ambos lados de la moneda:

a) el lado sintáctico de la composición: *Maribel* es un nombre, por tanto no conforma una oración por sí solo pero denota una entidad de manera que, en cierto modo, es una expresión saturada. Por esta razón a la expresión se le asigna un nombre de categoría que refleje ambas cosas: que no es una oración pero que está sintácticamente saturada: **nombre** =_{Df} ‘N’. Por su parte, la frase verbal se describe no sólo como que no es una oración, sino que al no denotar ninguna entidad u objeto (de primer orden), debe ser una expresión sintácticamente insaturada. Se le caracteriza entonces como una categoría no-saturada, concretamente, como aquella a la que le falta un nombre o expresión de categoría N para dar como resultado una oración, es decir, **frase verbal** =_{Df} ‘O/N’. Así, en (142) sintácticamente ocurre que una expresión insaturada de categoría O/N se aplica a una categoría saturada N, obteniéndose otra categoría saturada: una oración (= expresión de categoría ‘O’).

b) el lado semántico de la composición: la denotación de toda expresión de categoría N es de tipo e y la denotación de toda categoría FV —que en **a)** reescribimos como ‘O/N’— es de tipo $\langle e, t \rangle$ (una denotación insaturada). La aplicación sintáctica que de FV aplicado a N da O, tiene como consecuencia, del lado semántico, que la categoría $\langle e, t \rangle$ (denotación de FV) se aplica a la categoría e (denotación de N) dando lugar, precisamente, a una categoría t (deno-

tación de las expresiones de categoría sintáctica O). Es decir, la denotación insaturada de $[x]$ *estudia tarahumara* aplicada a la denotación saturada de *Maribel* da por valor otra denotación saturada y veritativa: un valor de verdad (V si es cierto que el individuo Maribel estudia, de hecho, el tarahumara y F en caso contrario).

Tal como acabamos de constatar, esta dependencia recursiva entre tipos de argumento y tipos de función en ambas álgebras permite fácilmente estar al tanto de los procesos composicionales entre las expresiones lingüísticas, por un lado, y sus posibles denotaciones, por otro:

“Puesto que en la teoría de Montague hay una única regla de interpretación semántica por cada regla sintáctica, el árbol de análisis que presenta la derivación sintáctica de una expresión corresponde simultáneamente a los pasos en la interpretación composicional de la oración.” (Partee 1988:104)

Parece entonces que el doble método, composicional y veritativo-referencial/condicional (en relación a un modelo), permite representar eficientemente los mecanismos generales de significación de una lengua natural. Sin embargo, en adelante utilizaremos una noción adicional: la de los papeles temáticos. Esta noción apela a la manera en que un argumento se relaciona con el verbo que satura (como objeto o como sujeto), lo cual alude implícitamente a alguna clase de principio de composicionalidad. Sea como relaciones entre expresiones, o bien, como relaciones entre entidades denotadas en el mundo real, los papeles temáticos tienen un rol regulador en la saturación de las expresiones y/o denotaciones verbales.

3.2. COMPOSICIONALIDAD Y PAPELES TEMÁTICOS

Tal y como advierte Dowty (1989:69), la noción de papel o rol temático se había mantenido acotada al ámbito de semánticas no modelo-teóricas y, en especial, como un término típico de la gramática generativa. Las etiquetas de *agente*, *paciente*, *experimentante*, *tema*, *fuerza* y *meta* son vistas como utensilios cómodos para clasificar o distinguir tipos de argumentos verbales. En un caso como (143), es útil distinguir entre *José* como agente (143a), y *José* como experimentan-

te (143b), de manera que no resulte tan extraño que un sustantivo pueda aparecer en dos contextos distintos (a/b) mientras que otros sustantivos, como *insecticida*, solamente puedan aparecer en el primer contexto.

- (143) a. {José / *El insecticida*} mata a los mosquitos
 b. {José / **El insecticida*} teme a los mosquitos

Nótese que en términos de tipos semánticos —y siguiendo con el ejemplo simplificado de (142)— ambos sujetos, *José* y *El insecticida* tienen denotaciones del mismo tipo (tipo *e*). Ambas frases verbales (143a/b) pueden caracterizarse como de tipo $\langle e, \triangleright \rangle$, por lo que no habría *a priori* un impedimento para que ambas frases nominales de sujeto cumplan igualmente bien su papel saturador en cualquiera de los dos casos. La herramienta que permite explicar el contraste en (143b), como acabamos de decir, es la de los papeles temáticos (cf. Cano Aguilar 1987:36).¹⁶

Uno de los problemas persistentes de los papeles temáticos es la falta de consenso en cuanto a cuántos y cuáles papeles temáticos deben considerarse básicos y/o universales, junto con el hecho de

¹⁶ Lewis (1976:13-14) muestra, aludiendo al famoso ejemplo chomskiano *The green ideas sleep furiously*, que es posible dar cuenta de las restricciones de selección semántica como (143a/b), y otras más generales, mediante solamente los tipos semánticos y las reglas usuales de aplicación funcional, sin apelar a roles temáticos. La idea es que la aplicación funcional de ciertas intensiones a ciertas otras (p.ej. la de *green* aplicada a la de *idea* y la de *furiously* aplicada a la de *sleep*) dan por resultado un valor indefinido, o bien, dan por resultado la “intensión nula”. Si las funciones “denotadas” por *green* y *furiously* arrojan como valor la “intensión nula”, entonces estas funciones tienen su valor definido para cualquier argumento y, por tanto, las intensiones siguen siendo funciones totales tradicionales. Los dos tratamientos alternativos sugeridos por Lewis son entonces: 1) que los tipos intensionales asociados a *green* y a *furiously* sean funciones parciales que arrojan valores indefinidos precisamente cuando se aplican a tipos intensionales de expresiones temáticamente incompatibles; 2) que los tipos intensionales asociados a *green* y a *sleep* sean funciones totales que arrojan como valor la “intensión nula” en exactamente los mismos casos. Lewis toma esto último como más conveniente, aunque la posibilidad de que las intensiones sean funciones parciales es propuesta por motivos independientes, p.ej., para reflejar que el nombre *Pegaso* no denota nada en este mundo: la intensión de *Pegaso* arroja un valor indefinido cuando el índice asociado tiene a este mundo como coordenada (i.e., recorreremos en sentido inverso la idea fregeana de que una expresión tiene significado aunque carezca de referente, Valdivia 1998:70), y *mutatis mutandis* para las oraciones cuyas presuposiciones no se cumplen (Lewis 1976:8-9). El propio Lewis advierte que solamente muestra la posibilidad de estos tratamientos de la selección semántica de argumentos sin simpatizar con ellos.

que casi cualquier decisión al respecto tiene ineludibles tintes de arbitrariedad (Dowty 1989:70). Dado un cierto número de papeles temáticos, es usual el caso de que una oración no presenta una clara preferencia por un rol u otro para uno de sus argumentos, y la decisión la termina tomando el lingüista conforme a la generalización sintáctica que está intentando defender (Dowty 1989:70). Esta decisión a nivel sintáctico es una consecuencia del origen ‘distribucional’ de estos roles; como acabamos de ejemplificar con (143), se trata de justificar diferentes posibilidades distributivas entre tipos de sustantivo y tipos de verbo. Si el uso del papel temático es como discriminador de posiciones sintácticas, resulta problemático admitir ambivalencia, o peor, pluralidad de roles temáticos para una misma posición, como en (144), en que *Pablo* puede ser tanto *tema* como *agente* (cf. Dowty 1991:549-550).

(144) *Pablo se deslizó por el pasillo*

Esta primera utilización de los roles temáticos como discriminadores de posiciones sintácticas lleva a la visión de éstos como un mecanismo sintáctico de indización de expresiones saturantes y posiciones a saturar. La indización no sólo lleva a la discriminación de posiciones sintácticas en diferentes construcciones, sino a una jerarquización de las mismas dentro de una misma construcción (cf. de Hoop 1996:152). En este marco ‘sintáctico’ los papeles temáticos son más bien un pegamento entre una expresión saturante y su posición sintáctica, y, como tales, los papeles temáticos ya están dados de una vez por todas y son asignados por los verbos a sus sujetos y complementos. Puede establecerse un etiquetamiento de uno a uno entre roles y expresiones o bien un sistema en que solamente hay una restricción en términos de respetar una jerarquía entre roles (Dowty 1989:74-75), lo cual lleva en ambos casos a una diferenciación temática de los argumentos verbales (Dowty 1989:79; 1991a:549, 576, 578).

Estos papeles temáticos forman un sistema de etiquetas que no sólo establecen cómo se integra el significado de la expresión al significado del verbo considerado. También son un modo de explicar que la presencia de estas expresiones sea obligatoria.¹⁷ Así, por ejem-

¹⁷ Nótese que la asociación de los verbos a una categoría semántica insaturada ($\langle e, t \rangle$) ya explica la obligatoriedad de los argumentos saturadores para la categoría verbal *en general*; pero no explica por qué para *determinado* verbo en particular es necesario *determinado* argumento en particular.

plo, los complementos son obligatorios porque el verbo los requiere para ‘descargar’ sus papeles temáticos, uno por posición sintáctica argumental; y los adjuntos son expresiones opcionales porque el verbo no les asigna papel temático alguno. La idea se sigue de la conocida metáfora de Tésnière (1966:102, 106, 239), en la que un verbo constituye el guión de una representación teatral o “drama” en miniatura que corresponde a cierta situación. Podemos considerar que esta “obra de teatro” consta de un guión y de personajes principales y secundarios y, eventualmente de un “escenario”. Los personajes principales son aquellos cuya representación es indispensable para que la “obra” pueda tener lugar (Tésnière 1966:107). De este modo, el verbo debe “contratar” a actores (= frases nominales) para que cada uno represente a uno de los personajes que el “guión” del verbo tiene como indispensables. A cada “actor” (frase nominal) se le entrega el guión (papel temático) de su personaje. Una vez contratados los actores mínimamente indispensables (es decir los “argumentos”), puede eventualmente admitirse a actores adicionales que representen “personajes” dispensables pero enriquecedores, es decir, los adjuntos (cf. Haegeman 1994:44, 49, 189). La idea es, entonces, que una frase nominal es requerida porque la situación que el verbo representa tiene un personaje principal que asignarle, y un adjunto no es requerido porque su papel en la “obra” es secundario y dispensable (cf. Predicación nuclear vs. Predicación periférica en Moreno Cabrera 1987:47-51).

A esta clase de concepción la denomina Dowty (1989:71) *sistema de roles temáticos*, que ejemplifica con la *gramática léxico-funcional* y la *teoría de rección y ligamiento*. La intención de estas etiquetas, tal y como su papel de explicación de la obligatoriedad de las expresiones argumentales deja traslucir, no es meramente la de fungir como etiquetas sintácticas, sino que se trata de una indización complementaria y paralela a las marcas de función gramatical a las que le dan una especie de fundamento léxico (Dowty 1989:72). Sin embargo, desde el punto de vista de una semántica modelo-teórica, estos roles temáticos se aplican a las expresiones del lenguaje-objeto, y, consecuentemente, no son conceptos verdaderamente semánticos:

“Tal como es utilizado en ciertas teorías lingüísticas, el término *semántico* no involucra necesariamente a la relación entre un lenguaje y los objetos o situaciones denotadas por el lenguaje (...) sino a un componente de una teoría lingüística cuya relación con objetos no-lingüísticos es dejada sin especificar. [...] nociones como *Agente*, *Tema*, *Meta*

serán vistas como “semánticas” simplemente porque se estipuló al construir la teoría que pertenecen al “componente semántico” de la teoría y no al “componente sintáctico”, o bien, porque los términos “Agente”, etc., son usados para etiquetar partes de un objeto formal denominado “representación semántica” en vez de las partes de uno denominado “representación sintáctica”. Desde nuestro punto de vista, i.e., la semántica lógica, una de estas dos representaciones es cuestión de sintaxis tanto como lo es la otra, de manera que es en difícil ver cómo una visión tal de las relaciones temáticas es en algún grado realmente diferente a su uso como índices puramente sintácticos de los argumentos, al menos hasta que algo más se haya dicho acerca de la “verdadera” semántica.” (Dowty 1989:72-73)

A este respecto vale la pena recordar que el Criterio Temático de *rección y ligamiento* opera en las estructuras sintácticas (cf. Dowty 1989:78), y que el nivel de representación denominado *Forma Lógica* es igualmente una estructura sintáctica, no una estructura semántica. De este modo la queja de Lewis con respecto a las “semánticas lingüísticas” se aplica también a los roles temáticos:

“Mis propuestas en torno a la naturaleza de los significados no se ajustarán a las expectativas de aquellos lingüistas que conciben la interpretación semántica como la asignación de compuestos de ‘marcadores semánticos’, o algo semejante, a las oraciones y sus constituyentes. (...) Los marcadores semánticos son *símbolos*: items en el vocabulario de un lenguaje artificial que podríamos llamar *Marcadores semánticos*. La interpretación semántica por medio de ellos se reduce meramente a un algoritmo de traducción del lenguaje objeto al lenguaje auxiliar Marcadores. Pero podemos conocer la traducción a Marcadores de una oración inglesa sin saber lo básico acerca del significado de la oración inglesa, a saber, las condiciones bajo las que sería verdadera. Semántica sin tratamiento de condiciones de verdad no es semántica.” (Lewis 1976:1)

Pero la fundamentación léxica de estos etiquetamientos sintácticos de los argumentos se basa, en último término, en las situaciones reales a las que remiten las oraciones:

“[...] cuando digo que un sistema de roles temáticos distingue un argumento de otro semánticamente, me refiero a que permite distinguir objetos (del mundo real, no-lingüísticos) entre sí en virtud de las pro-

iedades distintivas que tienen al participar en un evento nombrado por un verbo, propiedades que pueden ser identificadas (“en el mundo real”) independientemente de un lenguaje o de sus “representaciones semánticas”” (Dowty 1989:73)

Se ha argumentado, por supuesto, que los roles temáticos tienen un significado cognitivo (y no referencial en el sentido antimentalista) en el procesamiento lingüístico y no-lingüístico, lo cual evita que sean meros índices de alguna representación (Dowty 1989:73).

Otra manera de ver a los papeles temáticos es lo que Dowty (1989:71) denomina *sistema de argumentos-ordenados*, que tiene su origen en la lógica de predicados. Un verbo que denote una relación de n lugares que se vea complementado con n expresiones pasará a ser una oración que denote un valor de verdad. Pero esto sólo es así en virtud de que esas n expresiones vienen acompañadas de sus n denotaciones que saturan los participantes requeridos por la relación introducida por el verbo. El orden de saturación que se elija no es tan importante como el hecho de que una vez fijado para determinado verbo, todos los verbos de n -aridad¹⁸ similar deberán seguir el mismo orden (Dowty 1989:74). De entre esos órdenes posibles,

¹⁸ En Dowty (1989:74, 90) se usa el término *adicity* (adicidad), sin embargo prefiero usar aquí el término “aridad”. En ciertos contextos suele hablarse indistintamente de relaciones unarias/monarias o unádicas/monádicas, binarias o diádicas, n -arias o n -ádicas (e.g. Garrido 1994:47, 66, 70, 239; Falguera López & Martínez Vidal 1999:167-8). Prefiero usar el término *aridad* para calificar a las relaciones según sus **lugares** de argumento (siguo en esto a Cori & Lascar 2003:140, a Falguera López & Martínez Vidal 1999:185 y a Mosterín 1989:122, que hablan de relaciones r -arias en que r es el número *ario* o *aridad* de la relación) y reservar el término *adicidad* para calificar a los **argumentos** mismos según su complejidad (en esto siguo a Corblin 2002:104, 153-154). Hay una conexión entre ambos términos cuando, en lógica de segundo orden, la relación insaturada se convierte en argumento de una función de orden superior, como un cuantificador —véase nota 81, p. 397, de este capítulo—. En tal caso, la “ n -aridad” de la relación se convierte en “ n -adicidad”, es decir, en vez de numerar los lugares de argumento se pasa a calificar la complejidad de un argumento, a saber, la relación misma. Por ejemplo, si un cuantificador toma como argumento a **una** relación R de dos lugares (aridad de $R = 2$), decimos que se trata de un cuantificador unario porque solamente toma **un** argumento, pero dicho argumento es complejo: se trata de una relación de dos lugares; por tanto decimos que además es un cuantificador *poliádico* (más precisamente *diádico* donde la adicidad del cuantificador corresponde a la aridad del argumento). Podemos también tener un cuantificador de dos lugares cuyos argumentos son simples (de aridad < 2); en tal caso es un cuantificador *binario* pero *monádico*. De modo semejante, se califica a una fórmula de *monádica* / *n*-ádica (calificando su complejidad) cuando está compuesta de símbolos *monarios* / n -arios.

también está aquel que consiste en una saturación simultánea, mediante un n -tuplo ordenado absorbido de una sola vez.

En esta perspectiva, un papel temático “ z ” se entendería como aquello que permite coordinar las saturaciones de un mismo grupo de verbos n -arios para su argumento “ z ”. El contenido semántico de estos roles temáticos puede detallarse en términos de implicaciones léxicas de la relación n -aria introducida por el verbo con respecto a cada uno de sus n -argumentos semánticos (Dowty 1989:75; 1991a:552). Algunas de estas implicaciones léxicas coincidirán bastante bien con el fundamento empírico de la noción de agente, por ejemplo, y otras con el de la noción de paciente. Los papeles temáticos iniciales ya no serían primitivos sino que surgirían como conglomerados de implicaciones léxicas más finas (Dowty 1989:76; 1991a:571-573). La definición general que Dowty (1989:76) ofrece para un rol temático individual es como sigue:

(145) **Rol temático individual:**

Dado un predicado δ de n lugares y un argumento particular x_i , el *rol temático individual* $\langle \delta, i \rangle$ es el conjunto de todas las propiedades α tales que la implicación que sigue se sostiene:

$$\square[\delta(x_1, \dots, x_i, \dots, x_n) \rightarrow \alpha(x_i)]^{19}$$

Esta clase de rol temático es totalmente específico de una posición argumental y de un verbo particular, de manera que no sólo incluye implicaciones que caerían bajo las etiquetas usuales de papel temático, sino que incluiría a muchas más. En (145), α tiene la misma presentación que δ , es decir, como un predicado (que denotaría una propiedad definida por una clase).²⁰

¹⁹ Dowty (1989) no hace comentarios con respecto al operador de necesidad ‘ \square ’ en la fórmula (145). Asumo que su presencia garantiza que un predicado dado levante las mismas implicaciones léxicas para sus argumentos en cualquier mundo posible. De este modo se asegura, por ejemplo, que los roles temáticos de un predicado verbal no cambien si se encuentra flexionado en futuro o pasado, o si se encuentra describiendo un hecho ficticio, planeado o hipotético.

²⁰ Algo que se debe detallar es que, puesto que α es, asimismo, un predicado (o propiedad, en términos de 145), no queda claro cuál es el límite en la transitividad de las implicaciones léxicas, es decir, cuándo o cuántas veces es válido sustituir δ por α y obtener más contenido para el rol temático inicial.

Dowty (1989:76-77) establece como implicación trivial de todo rol temático individual la existencia de otros argumentos correspondientes a los demás roles temáticos individuales de un verbo. Esto último significa que parte del rol temático individual del argumento introducido por *Juan* en (146) es que existe otro argumento con la implicación léxica de ser comido.

(146) *Juan se come dos tortas en el recreo*

(147) *Juan come pastel*

De modo que en (147), o bien el rol temático individual del argumento introducido por *Juan* es el mismo que en (146) y *pastel* introduce un argumento con la implicación de ser comido, o bien no ocurre tal cosa y el rol temático de *Juan* en (146) y (147) es diferente en al menos la implicación de existencia de otro argumento, con la consiguiente diferencia de que *come* tiene dos conjuntos de implicaciones léxicas en (146) y solamente una en (147). Las distintas posibilidades se presentarán más adelante (sección 3.3.) como dos hipótesis distintas (I/II) en torno al complemento de (147).

Una vez definida, así sea tentativamente, la noción de rol temático individual, Dowty (1989:77) propone la noción de *tipo de rol temático*:

(148) **Tipo de rol temático**

Dado un conjunto T de *pares* $\langle \delta, i_\delta \rangle$ en que δ es un predicado de n lugares e i_δ el índice de uno de sus argumentos (posiblemente i refiera a un argumento distinto por cada verbo), un *tipo de rol temático* τ es la intersección de todos los roles temáticos individuales determinados por T .

Si queremos hacer coincidir los tipos de rol temático con las etiquetas usuales de *agente*, *tema*, etc., el conjunto relevante de intersecciones es un subconjunto propio L de las intersecciones de T que contiene precisamente a los tipos de rol temático que coinciden en utilidad teórica con los roles usuales —denominados por Dowty tipos L de rol temático— (Dowty 1989:77). Pero más aún, como la idea de hacer coincidir un subconjunto de (148) con las etiquetas tradicionales es recuperar su relevancia teórica en términos de distribución sintáctica de argumentos, este grupo reducido de intersecciones —una vez definido— debe adquirir cierta independencia con respecto a los conjuntos iniciales T , T' , T'' de cada rol. Al menos eso

es lo que parece cuando Dowty (1989:78, 82) pone sobre la mesa los criterios que estos tipos de rol “lingüísticamente útiles” deben cumplir (149) a) y b), lo cual luego se confirma con el añadido de un tercer criterio c).

(149) a) *completud.* Todo rol temático individual *contiene* al menos un tipo de rol temático-*L*, o bien, a cada posición argumental de cada verbo le es asignado al menos un tipo de rol temático-*L*.

b) *distintividad.* Cada posición de argumento de cada verbo debe distinguirse de las otras posiciones del mismo verbo por algún tipo de rol temático-*L* que es asignado a cada una de ellas.

c) *independencia.* Las propiedades de un tipo de rol temático-*L* deben ser caracterizables con independencia de las relaciones (denotadas por los verbos) que las implican.

Estas condiciones son suficientes para la distinción de argumentos con respecto a su distribución sintáctica, y es lo suficientemente relajada como para permitir, si se desea, una versión más fuerte análoga al criterio temático chomskyano, o bien, para permitir cierta acumulación de roles temáticos-*L* en un solo argumento, o bien, que ciertos roles-*L* estén incluidos, como subtipo, en otros roles-*L* (Dowty 1989:79).

Sin embargo, Dowty (1989:79-80) advierte que si los roles temáticos son aplicados directamente a las denotaciones, no es posible cumplir con (149). Ejemplifica con la noción de rol-theta de Chierchia (1984): los roles-theta son funciones de eventos a individuos participantes. En la versión de Chierchia, el rol temático *agente* es la función que a partir del evento denotado por un predicado *n*-ario más *n*-argumentos, selecciona al participante que enarbola dicho rol en el evento. En tal caso no hay manera de distinguir argumentos en una configuración como (150).

(150) *El fugitivo se entregó*

Tanto el sujeto como el objeto (clítico reflexivo) denotan al mismo individuo “*f*”. Los roles agente y paciente (o tema) seleccionarán invariablemente al individuo *f*, de manera que no se distingue entre

El fugitivo y se. Si los roles temáticos han de ser acerca de la “verdadera” semántica, es decir, la que remite a objetos extralingüísticos, esto no debiera ser sorprendente, al igual que no lo es que en (151) la denotación de *Juan* tenga tanto las implicaciones léxicas correspondientes a un agente como las correspondientes a un tema:

(151) *Juan corría por el parque*

Pero en (145) tenemos definidas las implicaciones léxicas con respecto a un argumento con una posición específica en la secuencia de argumentos del predicado. Esto permite que de hecho se pueda seguir distinguiendo entre argumentos mediante roles temáticos, aunque introduzcan el mismo individuo (caso de 150). Inclusive se logra una cierta neutralidad:

“Nótese que distinguiendo los tipos de rol temático en términos de posiciones de argumento, no nos comprometemos a definir los roles temáticos en términos de expresiones lingüísticas en vez de en términos de entidades no-lingüísticas del mundo real: la posición en una secuencia, en que la secuencia o es un n -tuplo ordenado en la denotación de un predicado o es parte de una situación, es igualmente buena para nuestros propósitos como la posición de argumento en la expresión lingüística misma. [...] aún podemos, cuando sea necesario, identificar al individuo denotado en una posición de argumento a la que le es asignada determinado tipo de rol temático [...] así no perdemos realmente lo que provee la manera de Chierchia de definir el rol temático.” (Dowty 1989:81)

Esta neutralidad y la generalidad de los tres criterios propuestos (149) aún permiten distintas maneras de construir una teoría de los roles temáticos (Dowty 1989:82). Esta diversidad puede verse como variedades de dos clases fundamentales de sistemas temáticos.

3.2.1. EL SISTEMA DE ARGUMENTOS ORDENADOS VS. EL SISTEMA NEO-DAVIDSONIANO

Los dos sistemas de roles temáticos que Dowty (1989) examina tienen especial interés en la medida de que se basan en la inclusión davidsoniana de los eventos como entidades de primer orden, estrategia que hemos adoptado siguiendo a Krifka (1998, 2001). El primer sistema es fiel a Davidson (1995 [1967]) y solamente añade el

argumento de evento a la *n*-aridad original del verbo. En tal caso, una oración como *Juan durmió* simplemente establece que hay una relación del tipo DORMIR que se mantiene de *Juan* con respecto a cierto evento (Krifka 1998:208-209).

El segundo sistema se basa igualmente en la inclusión de individuos eventivos como argumentos, pero contiene modificaciones importantes, como es el desprendimiento de los argumentos tradicionales (los individuos agente, paciente... etc.) de la matriz verbal, de manera que los papeles temáticos y las posiciones argumentales asociadas a éstos se independizan del verbo. Esta concepción de roles temáticos como relaciones entre un individuo eventivo y un individuo no-eventivo la encontramos precisamente en Krifka (1998, 2001), quien desarrolla la idea inicial de Dowty (1991a) de representar la interacción verbo-nominal, con respecto a la telicidad, como dos papeles temáticos, el incremental y el holístico.

Tal como vimos en el capítulo primero, la propuesta de Davidson es que todo verbo de evento *n*-ario es en realidad *n+1*-ario con el lugar extra correspondiente al individuo eventivo descrito mediante dicho verbo. Así, una oración como (152a), el ejemplo inicial de Davidson (1967), se representaría como (152b).

- (152) a. *Juan untó la tostada con mantequilla a media noche en el baño.*
 b. $\exists e[\text{untó}(\text{Juan}, e) \wedge \text{con mantequilla}(e) \wedge \text{a media noche}(e) \wedge \text{en el baño}(e)]^{21}$

Dowty (1989:83-84) propone que los tres criterios en (149) motivan una alteración de (152b) con miras a incluir a los roles temáticos como predicados binarios que denotan relaciones entre el argumento de evento y los individuos que participan en él. Como resultado obtenemos (153).

- (153) $\exists e[\text{untó}(e) \wedge \text{Agente}(\text{Juan}, e) \wedge \text{Paciente}(\text{la tostada}, e) \wedge \text{con mantequilla}(e) \wedge \text{a media noche}(e) \wedge \text{en el baño}(e)]$

Este sistema caracteriza a los argumentos del verbo (si éstos son el *agente* y el *paciente*, en vez de los individuos respectivos) como predicados binarios sobre el argumento de evento, haciéndolos más similares a los adjuntos adverbiales que desde Davidson (1967) se analizan

²¹ El verbo original es *buttered*, que al traducir tuve que sustituir por “untar” y alterar la oración incluyendo el elemento adicional “con mantequilla”.

precisamente como predicados sobre el argumento-*e*. Como son predicados binarios, los roles temáticos denotan relaciones en tanto que el verbo pasa a ser meramente el nombre de un individuo: el evento. De paso, como señala Dowty (1989), tenemos una representación transparente de la independencia de los roles temáticos-*L* con respecto a los verbos particulares y los eventos específicos que describen.

Por otra parte, la obligatoriedad de *Juan y la tostada* con respecto al verbo queda oscurecida (cf. Dowty 1989:88-89). Para remediar esto, Dowty (1989:84-85) propone que el argumento-*e* esté asociado a una colección de participantes como implicación del significado léxico del verbo que lo denota, lo cual ejemplifica con el verbo *dar* (154)

$$(154) \quad \forall e \square [\text{dar}(e) \rightarrow \exists x \text{Fuente}(x, e) \wedge \exists y \text{Tema}(y, e) \wedge \exists z \text{Meta}(z, e)]$$

Para todo evento denotado mediante *dar* se da la implicación léxica de que hay una entidad que da (Fuente), una entidad que se da (Tema) y otra entidad que recibe lo dado (Meta). Aprovechemos el ejemplo para remarcar la diferencia fundamental, en la representación de un verbo, entre el sistema que Dowty (1989) denomina de “argumentos ordenados” y el sistema que denomina “Neo-Davidsoniano”:

(155) **El verbo *dar* en ambos sistemas:**

a. *sistema de argumentos ordenados o “relacional”:*

dar es un verbo que denota una relación de tres lugares entre individuos, es decir, $\text{DAR}(x, y, z)$, o bien, una relación (davidsoniana) de cuatro lugares entre tres individuos y un evento, es decir, $\text{DAR}(x, y, z, e)$

b. *sistema Neo-Davidsoniano :*

dar es un verbo que denota una propiedad de un solo lugar para eventos, es decir, $\text{DAR}(e)$

Este último sistema de roles (155b), eventualmente complementable con una implicación léxica de participantes (154), ya no constituye un sistema de argumentos ordenados puesto que el verbo ha sido desplazado como denotador de la relación. En sistemas como (155a) los roles temáticos son secundarios en tanto que se derivan de las denotaciones en la frase verbal, mediante implicaciones intersectivas como (148). Los papeles temáticos son entonces nociones

de segundo orden al estar basadas en intersecciones, es decir, en conjuntos (Dowty 1989:84; 1991a:552).

El sistema Neo-Davidsoniano puede complementarse no solamente con (154), sino además, con implicaciones más específicas de verbos individuales con respecto a los participantes de sus eventos. Este tipo de implicaciones individuales de cada verbo, nos las ejemplifica Dowty (1989:85) con el verbo *cantar* (156) en que surge la implicación de que el individuo-agente emplea las cuerdas vocales.

$$(156) \quad \forall e \forall x \square [[\text{cantar}(e) \wedge \text{Agente}(x, e)] \rightarrow \text{empleo de cuerdas vocales}(x)]$$

Este tipo de implicación corresponde a las implicaciones que en un sistema de argumentos ordenados quedan excluidos de todas las intersecciones que en (148) definen algún tipo de rol temático-*L* (Dowty 1989:85).

Puesto que el sistema (155b) puede o no ser complementado con postulados como (154) y (156), resultan tres sistemas Neo-Davidsonianos de creciente capacidad expresiva. Mediante complementación con (154), el conjunto de argumentos de un predicado es recuperable y mediante (156) es posible añadir implicaciones adicionales para cada argumento de cualquier verbo. Esta última versión de (155b) sería equivalente a un sistema como (155a), pero tendría distintos efectos sintácticos (Dowty 1989:87-88).

El rol explicativo de los papeles temáticos como vínculos entre verbos y frases nominales toca tanto a la cuestión de la obligatoriedad de los complementos como a la herencia de su cuantización (o carencia de ella) por parte del predicado verbal. Postergamos la discusión hasta después de haber expuesto las dos hipótesis principales del papel nominal en la atelicidad de la frase verbal.

3.3. LA INTERACCIÓN ENTRE DENOTACIONES VERBALES Y NOMINALES: DOS HIPÓTESIS

Un modo de abordar la (a)telicidad, con respecto a la herencia composicional de la cuantización u homogeneidad del complemento en la frase verbal, es asumir una perspectiva de significado ‘referencial’ tradicional (i.e. extensional). Si las características de los complementos son heredadas por la frase verbal, debe haber algún fundamento en las entidades mismas denotadas por los verbos y los

complementos que justifique este hecho. En el caso contrario, en que las características del complemento no parecen influir en la telicidad de la frase verbal, también ha de haber algún fundamento para ello en la relación entre los denotados del verbo y del complemento. La interacción entre ciertas características de verbos y complementos es entonces resultado de una interacción entre los argumentos o las denotaciones introducidos por ellos. Esto supone, claro está, que usualmente tenemos de hecho dos argumentos, el de evento y el del complemento, que interactúan de algún modo mediante un rol temático ‘semántico’ (es decir, con referencia a un modelo). La idea de una relación entre un evento denotado y la entidad afectada o involucrada en el mismo se basa en intuiciones incontrovertibles que en seguida presentamos.

Es algo de aceptación general que los verbos de situación dinámica —por contraste a los estativos— se caracterizan por la idea de cambio (cf. de Miguel 1999:3012, 3017-3018, 3023). El cambio, como tal, es una entidad abstracta que nunca puede observarse directamente (pero de Miguel 1999:3018 supone que ciertos eventos se perciben directamente y otros indirectamente). ¿Cómo se percibe entonces? Ciertas propiedades de los objetos afectados (‘objetos’ y ‘afectados’ en sentido amplio) suelen presentar una asimetría, —ésta sí, perceptible— entre el momento previo al inicio de un cambio y el momento, posterior al inicio, en que dejaron de ‘monitorearse’ dichas propiedades. Una asimetría de este tipo en alguna propiedad de un objeto se toma generalmente como comprobante de que hubo un cambio. Dichos cambios se materializan progresivamente a lo largo de una trayectoria temporal. Vimos en el capítulo segundo que el tiempo puede describirse básicamente como una estructura lineal, unidimensional y direccionalmente orientada, siendo esta característica lineal del tiempo la que parece obligar a linearizar cognitivamente los cambios percibidos, esto es, las asimetrías en las propiedades de los objetos. Esta dependencia de lo perceptible de un cambio hacia la entidad misma objeto del cambio es la que fundamenta la intuición de que en ciertas clases de frase verbal, las características del denotado que funge como paciente han de manifestarse en la telicidad o atelicidad de dichas frases. Recordemos con (157) lo ya constatado en el capítulo segundo. En (157a) la frase nominal de masa *cerveza* está asociada a una lectura atélica de *tomar* en tanto que en (157b) la frase nominal contable *un cartón* está asociada a una lectura télica del mismo verbo.

- (157) a. *Tomó cerveza el viernes* (atélico)
 b. *Se tomó *(un cartón de cerveza) el viernes* (télico)
 c. *Tomó _____ el viernes* (atélico)

La tercera posibilidad (157c) añadida a (157a) abre dos posibilidades iniciales:

(I) en (157c) hay un argumento-paciente (implícito) no-cuantizado que se proyecta homomórficamente al argumento de evento, al igual que en el ejemplo (157b).

(II) en (157c) no hay ningún argumento-paciente, razón por la cual la frase verbal es atélica al no tener argumento-paciente sobre el que medirse.

La solución de (I) supone un verbo binario con ambas posiciones —de sujeto y objeto— saturadas, pero con un objeto implícito. Nótese que la presencia de un argumento implícito no es, en sí misma, nada descabellada si comparamos (157c) con lo que Dowty (1991a:569), y después Filip (1999) denominan *Tema Incremental de Trayectoria*. Dowty (1991a) señala atinadamente que en (158b) el argumento cuyas partes se proyectan a las del evento es el que correspondería a la trayectoria que Juan atraviesa. Pero éste no es un argumento sintácticamente realizado en (158b), como sí lo es en (158a) (subrayado y en negritas).

- (158) a. *Poncho atravesó/cruzó **el desierto** en seis días* (télico)
 b. *Juan condujo _____ de Nueva York a Chicago* (télico)
 c. *Juan condujo _____* (atélico)

Esto hace de (158c)-(157c) ejemplos paralelos. Pero más aún, si en (158b) tenemos una *tema incremental de trayectoria* que no requiere manifestación sintáctica, esto hace más factible, por analogía, que (157c/158c) sean atélicos debido a un tema incremental no cuantizado, más que a la ausencia de tal tema. Veamos ahora la segunda posibilidad.

En el tratamiento (II) de (157c), o bien, tenemos una posición que carece de su argumento-paciente, o bien, no hay posición argumental alguna para paciente. Con respecto a (I)-(II) los casos como (157a) pueden verse de variadas maneras: o bien se asemejan a (157b) y el complemento introduce un argumento no-cuantizado que se proyecta homomórficamente al argumento de evento, siendo el verbo bina-

rio y saturado —de modo semejante al tratamiento (I) de (157c)—, o bien, se asemejan al enfoque (II) de (157c). En este último caso, o bien, el complemento escueto no introduce argumento alguno sino que califica al núcleo verbal, siendo el verbo monario; o bien, el escueto introduce una condición sobre una posición vacía existencialmente cuantificada de un verbo binario (cf. Dobrovie-Sorin & Laca 2003:246-247; Dowty 1989:76-77, 88). En estos dos subcasos de (II), el enunciado (157c) es atético porque no hay posición de argumento-paciente, (II)a, o hay tal posición pero sin argumento-paciente, como en (II)b, es decir: podría ser que tenemos una posición argumental que en vez de saturarse es cuantificada existencialmente a la manera de Dowty (1989:88)²² como consecuencia de la implicación “trivial” de un segundo participante por parte del agente de *tomar* (cf. Dowty 1989:76-77).

En relación a la ambigüedad de los adverbios *en X tiempo* que pueden describir tanto la duración del evento mismo como el tiempo que se tarda en ingresar a él, de Miguel (1999:3002) arguye que la interpretación ingresiva no se da en verbos como *cenar*, *comer*, *desayunar*, *merendar*, *barrer*, *planchar* etc. La razón que la autora propone es que las frases verbales correspondientes siguen presentando un complemento delimitador inclusive cuando no tiene manifestación material, es decir, en enunciados como (157c). Esto sería, a primera vista, un argumento a favor de una solución como (I). Sin embargo no lo es, puesto que de Miguel arguye que la razón por la que el adverbio *en X tiempo* no puede tener interpretación ingresiva, en *comió en una hora*, es que hay un objeto implícito, pero **delimitativo**, cuando en (I) requerimos que el objeto implícito sea **no-delimitativo**. Además, la interpretación ingresiva sigue siendo posible y, si bien no es natural para *comió en una hora*, sí lo es para *comerá en una hora* —de Miguel (1999:3001, nota 29) observa que la interpretación ingresiva es más natural en futuro, de manera que la razón por la que no se da en su ejemplo *comió en una hora* no tiene por qué deberse a la presencia implícita de un objeto delimitador—.

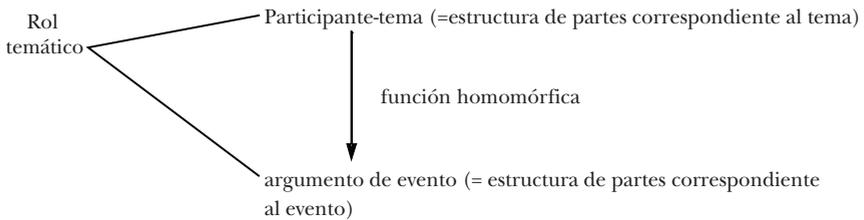
Esta sensibilidad a las características del complemento y a su ausencia o presencia fue notada desde mucho antes de que se aplicaran formalismos algebraicos para dar cuenta de propiedades generales en predicados verbales y nominales:

²² Dowty explica que la cuantificación existencial sobre una posición vacía es parte del procedimiento estándar para reducir un predicado n -ario a uno $(n - 1)$ -ario y, desde ese punto de vista, las dos variantes de (II) podrían no ser más que dos lados de la misma moneda. Por esta razón trataremos a (II) como una sola hipótesis, aunque sospecho que (II)a y (II)b no son equivalentes.

“Si hay un objeto directo, y si el objeto designa algo que posee una estructura con un término temporal para ella —un juego de ajedrez o de tennis, una sonata de Beethoven— la expresión verbo-más-objeto es télica. En el caso contrario, si el complemento del verbo es atélico —*aux échecs* ‘al ajedrez’, *du violon* ‘violín’, *du Beethoven* ‘algo de Beethoven’— o si no hay objeto (...), la expresión es atélica”. (Garey 1957:107)²³

La posibilidad de formalizar las propiedades mereológicas de predicados verbales y nominales mediante una misma álgebra —tal como vimos en el capítulo anterior— llevó a reformular estas observaciones en términos más precisos, utilizando el concepto de función homomórfica para describir esta interacción entre predicados verbales y nominales. La existencia de tal función homomórfica se encuentra determinada por las características del rol temático particular que relacione el argumento de evento y otro participante.

Figura 9: Rol temático y función homomórfica



Tal homomorfismo entre evento y participante puede denominarse homomorfismo relacional en la medida de que preserva las relaciones mereológicas de la primera estructura en la segunda.

²³ Vendler (1957:143-144, 150) también señala este fenómeno pero solamente en términos de la presencia/ausencia de un complemento (no tanto de la naturaleza del mismo) y aunque percibe la sistematicidad con que sus ejemplos intransitivos de actividad contrastan con sus ejemplos transitivos de *accomplishment*, también señala que frecuentemente es irrelevante (como en *empujar el carrito*). La diferenciación de estos casos lleva a proponer la división entre Temas Incrementales, Temas Incrementales de Trayectoria y Temas Holísticos (Dowty 1991a). Es interesante observar que en Garey se habla de “estructura con término temporal”, cuando posteriormente (Dowty 1991a; Krifka 1998) el eje temporal pasa a segundo plano en el homomorfismo entre denotaciones de complementos y verbos.

Los análisis aspectuales mereológicos basados en relaciones de parte-todo modeladas algebraicamente se remontan a Bach (1981, 1986). Una vez asemejados los eventos a entidades de primer orden, como el resto de los individuos, Bach señala directamente el hecho de que predicados verbales y nominales presentan estrechas analogías estructurales en sus denotaciones (cf. Filip 1999:38). El elemento central de estas analogías lo constituye la siguiente proporción: un predicado de actividad es a un predicado de evento télico lo que un nominal de masa es a un nominal contable. Esto le permite a Bach extender a los predicados verbales el análisis mereológico —y las estructuras matemáticas que modelan la noción de ‘parte’—; las cuales fueron primeramente implementadas en el análisis de los nominales de masa y plurales en los influyentes trabajos de Link (1983, 1987) y posteriormente en Landman (1989), quienes modelan la noción de estructura mereológica mediante semirretículas unidas completas (*complete join semi-lattices*), como la que expusimos en (95). A partir de estas analogías, Dowty (1991a) propone que la denotación de un predicado verbal télico sea una función homomórfica del argumento introducido por el complemento al argumento de evento (Krifka 1998:211 reformula la idea en términos de un homomorfismo *relacional* más que funcional, véase la cita al final de 3.4, en la p. 323):

“La propuesta es que el modo —ya familiar— en que el aspecto de los predicados télicos (o ACCOMPLISHMENTS y ACHIEVEMENTS) depende de sus argumentos realizados mediante Frase Nominal (Verkuyl 1972, Dowty 1979) puede describirse formalmente por el principio según el cual EL SIGNIFICADO DE UN PREDICADO TÉLICO ES UN HOMOMORFISMO DE LAS DENOTACIONES (ESTRUCTURADAS) DE SUS ARGUMENTOS TEMA AL DOMINIO (ESTRUCTURADO) DE LOS EVENTOS, vía sus otros argumentos. [...] Puesto de manera sencilla, un homomorfismo es una función, de su dominio a su rango, la cual preserva alguna relación estructural definida en su dominio en una relación similar definida en el rango. [...] En el caso de los predicados télicos, esta relación que se preserva es la relación ‘parte-de’: Si x es una parte de y , entonces si un predicado télico proyecta y (como Tema) a un evento e , debe proyectar x a un evento e' que es parte de e .” Dowty (1991a:567)²⁴

²⁴ La hipótesis es que la telicidad se da en el marco de una frase verbal y, no obstante, Dowty no tiene empacho en declarar que “*beber* es un predicado télico” (Dowty 1991a:568) como si esto no dependiera, precisamente, de un complemento. El lector tiene que adivinar en cada ocurrencia de *predicado télico* si significa “frase verbal” o “verbo” en un tema en que la diferencia es crucial. La confusión,

La relación estructural ‘parte-de’, mencionada por Dowty, es la que el homomorfismo entre eventos y entidades afectadas deja intacta. En la formalización de este proceso homomórfico la teoría de ‘retículas’ (*lattices*) —mencionada más arriba— ha probado ser muy eficiente (Filip 1999:6, 51).

Con respecto a las dos posibilidades (I)-(II) de analizar los casos como (157a) —*Tomó cerveza el viernes*—, Dowty (1991a) es un tanto ambivalente. Dowty (1991a:568) limita explícitamente el papel temático ‘Tema-Incremental’ únicamente a argumentos que sufran cambios cuantizados —o “definidos”, para usar sus palabras— (en seguida contrasta *construir una casa* con *empujar un carrito*). La afirmación de que los argumentos que tradicionalmente se consideran ‘Temas’ no califican como ‘Temas Incrementales’ en virtud de que están involucrados en un cambio “indefinido” (i.e. no-cuantizado) refuerza la impresión de que el homomorfismo incremental es entendido como incompatible con la atelicidad. O, en otras palabras, que si hay atelicidad no hay homomorfismo entre argumento-paciente y argumento de evento, lo cual no afirma la inexistencia del primero pero la sugiere, acercándose a una visión de la atelicidad similar a (II). Tal como Dowty (1991a:567-569) discute las nociones de homomorfismo, Tema-Incremental, Tema-Holístico y Tema-Incremental de Trayectoria, éstas parecen circunscritas *exclusivamente* a las versiones téticas de los predicados, y no se aplican a las respectivas versiones atéticas:

“La hipótesis de que *los predicados téticos son homomorfismos* [M.P.: entonces, los atéticos **no** son homomorfismos] explica nítidamente el persistente problema de Verkuyl (1972) acerca de la manera en que los argumentos plurales escuetos y los términos de masa pueden hacer que una oración con un predicado tético se comporte como si estuviera en aspecto ‘durativo’ o ‘imperfectivo’, [...]” (Dowty 1991a:567, énfasis mío)

claro está, surge de que un predicado aislado como *beber* no puede ser por sí mismo tético o atético, y el resultado es una redacción muy oscura (por esta razón Filip 1999 decide sustituir “tético” por “incremental” para referir a verbos como *beber*). Nunca se aclara tampoco qué se supone que sea un “cambio definido” y uno “indefinido”, cuando los términos escogidos son poco transparentes en vista de que el correspondiente contraste en frases nominales no se ajusta a la distinción tético/atético de las frases verbales. Todas estas vaguedades sumadas hacen difícil evaluar realmente qué se dijo y qué no se dijo en Dowty (1991a) con respecto a ciertos detalles.

Pero si gran parte del atractivo de estos papeles temáticos es que explican que una frase nominal como *cerveza* convierta a la frase verbal *Juan tomó cerveza* en atélica (Dowty 1991a:567), ¿qué sentido tiene excluir los predicados atélicos de la propiedad de homomorfismo entre el desarrollo del cambio y el objeto afectado por el cambio? Aquí es donde Dowty (1991a) es ambivalente, porque su manera de restringir los Temas Incrementales a objetos de frases verbales télicas no se corresponde con su tratamiento de *beber cerveza* (ejemplo 19b en Dowty) del que dice:

“El ejemplo 19b es similar [a *Juan se bebió un vaso de cerveza*], y por supuesto tiene precisamente el mismo [*the very same*] predicado homomórfico [*beber*] que mapea cierta cantidad de cerveza y sus subpartes en un evento y subeventos correspondientes. La diferencia es que la FN *cerveza* no especifica una cantidad definida de cerveza [...]” (Dowty 1991a:568)

Ahora parece que Dowty (1991a) se inclina definitivamente por una perspectiva en que la atelicidad se explica mediante (I): presencia de un argumento no cuantizado. Una hipótesis de este tipo asume que la alternancia entre telicidad y atelicidad en la frase verbal se debe a dos factores: las características de las denotaciones de los complementos y las características del rol temático que éstas denotaciones entablan con el argumento de evento. Éstos son los únicos factores puesto que se asume, crucialmente, que *siempre hay un argumento “de individuo” relacionado con el argumento de evento.*

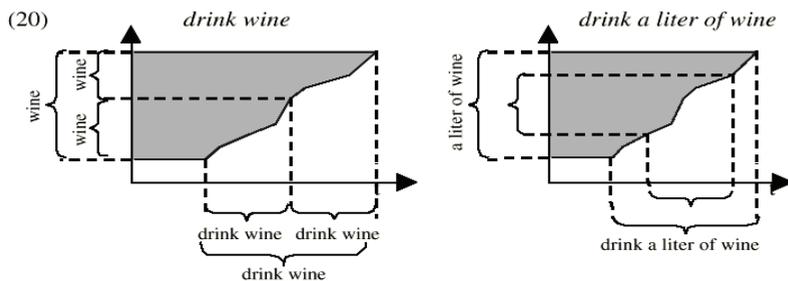
3.4. PRIMERA HIPÓTESIS: COMPOSICIONALIDAD VERBO-NOMINAL UNIFORME, DOS ARGUMENTOS EN TODOS LOS CASOS, TÉLICOS Y ATÉLICOS

En la interpretación de las oraciones con núcleo de sentido ‘dinámico’, hay una marcada preferencia por conciliar predicados verbales homogéneos con complementos nominales también homogéneos. Más concretamente, Dowty (1991a) y Krifka (1998) proponen que los predicados verbales ‘episódicos’ que toman argumentos de Tema Incremental establecen una relación (o papel temático) que codifica una proyección homomórfica desde la frase nominal respectiva, de manera que la homogeneidad/cuantización de ésta última afecta la distinción correspondiente en el predicado verbal. Se postula que,

haciendo a un lado las diferencias particulares de significado, todos los verbos dinámicos (Filip habla de ‘verbos episódicos’) tienen una base común, y que la parte más esencial de su significado es modelada cognitivamente en términos de un homomorfismo entre la estructura reticular asociada a su argumento ‘Tema-Incremental’ y la estructura reticular asociada a su argumento de evento (Filip 1999:7). Ilustramos a continuación, mediante un diagrama tomado de Krifka (2001:3), las relaciones de homomorfismo incremental para predicados del tipo *tomar vino / tomar (se) un litro de vino*. El eje vertical representa el espacio (volumen de vino linearizado) y el eje horizontal el tiempo durante el cual transcurre el evento ‘tomar vino / un litro de vino’. El diagrama de Krifka (2001) ilustra claramente que la divisibilidad del predicado nominal *vino* se corresponde con la divisibilidad del predicado verbal atélico *tomar vino*.

Figura 10: Diagrama de Krifka

4.2.1 Incremental relation, illustrated by space-time diagrams



The “gradual” or “incremental” relation (Dowty 1991) of events to objects is crucial for transfer of reference properties; does not obtain for *buy wine / buy a liter of wine*.

La razón por la que la relación que se propone entre denotaciones verbales y nominales es la de homomorfismo (función de varios a uno), y no —por ejemplo— la más restrictiva de isomorfismo (función de uno a uno) es la de dar cierta flexibilidad a las interpretaciones incrementales de modo que, por ejemplo, se permita considerar que un caso como *comer un sandwich* sigue presentando paralelismo incremental entre el argumento de evento y el argumento-Tema, aún en el caso de que el ‘sandwich’ sea literalmente tragado de un solo bocado (cf. Dowty 1991a:567 nota 14). Por esta misma razón, en las formalizaciones de la relación ‘parte-de’ se consideran dos defini-

ciones: una amplia, en la que toda entidad puede contar como parte de sí misma, y otra estricta en la que una entidad sólo puede contar como parte de otra si no es equivalente a la misma (Dowty, *ibid*).

Tenemos pues que el paralelismo entre el modo en que una propiedad del objeto se va afectando gradualmente y el modo en que se desarrolla el evento se replantea en términos lingüísticos como un paralelismo entre las denotaciones de los predicados nominales y verbales correspondientes por medio de un papel temático específico. El marco general propuesto desde esta perspectiva es que los criterios de cumulatividad, divisibilidad y cuantización establecen dos grandes grupos de predicados nominales y verbales (Filip 1999:6):

a) los cuantizados (*quantized*):

- frases nominales contables y en singular.
- frases nominales cuantificadas de medida.
- predicados de situación ‘télica’.

b) los cumulativos, de los cuales un subconjunto es además homogéneo:

- frases nominales de masa.
- frases nominales en plural.
- predicados de situación ‘atélica’²⁵

La correspondencia entre a y b depende de que al complemento le sea asignado el rol de Tema Incremental. La designación de Tema *Incremental* surge para designar un subconjunto de casos que tradicionalmente se clasifican como temas, pero que se destacan por la siguiente peculiaridad: la relación temática incluye la especificación de un homomorfismo entre la estructura de partes del argumento-paciente y la estructura de partes del evento del que es paciente (Dowty 1991a:567). La implicación de Tema Incremental para un argumento dado consiste en que las partes de dicho argumento son sujetas a distintos subeventos del evento, de manera que cada una se involucra en distinto momento durante el desarrollo del evento. Esto desarrolla la idea intuitiva de que el argumento es afectado por el evento de manera incremental o gradual y que, observando al referente del argumento-tema, puedo sacar conclusiones precisas sobre el progreso del evento.

²⁵ Filip incluye los predicados estativos, pero se podría considerar que la distinción entre predicados estativos y dinámicos es previa, lógicamente, a la de predicados télicos/atélicos, que se entendería entonces como una oposición interna a la vertiente ‘dinámica’ y, por tanto, no relevante para la ‘estática’ (la postura tomada en Ramchand 1997:124-131 muestra esta preferencia).

“Por ejemplo, tómesese el evento télico descrito por *cortar el césped* [*mow the lawn*]. Si le digo a mi hijo que segue el césped (ahora mismo), y después veo el césped una hora después, estaré en condiciones de concluir algo acerca del ‘aspecto’ del evento de su corte del césped, viz., que el evento no ha comenzado, o está parcialmente hecho pero no acabado, o que está completado, en acuerdo con que si el pasto en el césped está alto todo, parcialmente corto, o bien, corto todo. En contraste, no necesariamente podré inspeccionar el estado de mi hijo y concluir alguna cosa acerca del completamiento de su corte del césped. [...] La exigencia de homomorfismo significa que, a causa del significado de cortar [*mow*], el estado de las partes del césped y sus relaciones parte-todo está reflejado en las partes del evento de cortarlo y en sus relaciones parte-todo.” (Dowty 1991a:567)

Luego proporciona la siguiente caracterización —más precisa— de una relación temática de Tema Incremental, con el ejemplo *beber un vaso de cerveza*:

“La FN *un vaso de cerveza* refiere a una entidad que tiene varias subpartes propias que son, por supuesto, cantidades de cerveza de varios tamaños, aunque ninguna de éstas es por sí misma un VASO de cerveza: si *beber*, un predicado télico, es un homomorfismo de Tema-a-evento, mapea las denotación de este argumento en subeventos de beber subcantidades de dicha cerveza; pero también se sigue que ninguno de tales subeventos propios es un evento de beber un VASO de cerveza.” (Dowty 1991a:568)

Basándonos en Dowty (1991a) y Filip (1999) hemos agrupado en la tabla 12 los siguientes ejemplos de verbos con la implicación léxica de Tema Incremental para alguno de sus argumentos —sujeto u objeto— señalado en cursivas (para posibilitar el cotejo, hemos indicado la ubicación exacta de cada ejemplo en el texto de Dowty (1991a) y en el de Filip (1999)).

Estos ejemplos contrastan con otros que, siendo temas, no corresponden a un tema incremental por que no presentan un homomorfismo de argumento-tema a evento (tabla 13):

Si el constituyente en cuestión porta otro papel temático que no proyecta las partes del objeto a las del evento, las características de cuantización u homogeneidad de dicho objeto no afectan ni se corresponden con las del evento. No podemos observar al referente de dicho constituyente y deducir algo, a partir de su estructura de partes, acerca del evento.

Tabla 12: Temas Incrementales (INCREMENTAL THEMES): cada subparte del referente se proyecta a un subevento distinto	
Posición de Sujeto	Posición de Objeto
<p><i>El submarino</i> emergió <i>El Titanic</i> se sumergió/hundió en tres horas <i>Pablo</i> entró lentamente a la piscina helada <i>El agua del recipiente</i> se evaporó en una tarde <i>La multitud</i> dejó el auditorio en 20 minutos <i>El iceberg</i> perforó el casco del navío <i>El tren</i> cruzó el río en 20 segundos <i>El globo</i> se desinfló <i>El presidente</i> pasó por esta puerta</p> <p><i>The crowd</i> exited the auditorium (in 21 minutes) Moving slowly but inexorably, <i>the iceberg</i> took several minutes to pierce the ship's hull to this depth. 2.500 <i>tourists</i> visited Atlanta (in two weeks)^a <i>John</i> entered the icy water (very slowly) (Dowty 1991a:570) <i>John</i> entered the water (gradually) (Dowty 1991a:571 nota 15) At the turtle race, <i>the winning turtle</i> crossed the finnish line in 42 seconds. (Dowty 1991a:571)</p> <p>verbos transitivos de desplazamiento con sujeto incremental: <i>reach, leave, depart, abut, abandon</i> (Dowty 1991a:570), <i>enter, exit</i> (Filip 1999:96)</p> <p>verbos intransitivos que implican cambios de estado complejos <i>emerge, submerge, deflate, bloom, vaporize, decompose</i> (Dowty 1991a:571) <i>melt</i> (Filip 1999:96)</p>	<p>objetos efectuados construir <i>una casa</i> escribir <i>una carta</i> (Dowty 1991a:568) knit <i>a pullover</i> (Filip 1999:96)</p> <p>objeto de ejecución (Filip 1999:96) tocar/ejecutar <i>una sonata</i> (Dowty 1991a:568)</p> <p>objetos destruidos destroy <i>a presidential finding</i> (Dowty 1991a:568)</p> <p>objetos consumidos (Filip 1999:96) comer(se) <i>una torta</i> beber <i>una cerveza / cerveza</i> (Dowty 1991a:567-568)</p> <p>objetos de los que se implica un cambio de estado (objetos afectados) leer <i>una novela</i> dictaminar <i>un artículo</i> pintar <i>una casa</i> pulir <i>un parque</i> polish <i>a shoe</i> proofread <i>an article</i> (Dowty 1991a:568)</p> <p>Juan visitó <i>Guadalajara/20 monasterios</i></p>

^a Obsérvese que, a pesar de Dowty (1991a), este ejemplo presenta una incrementalidad-i inducida por la FN plural y no parece que *visitar* tenga una implicación léxica de Tema Incremental (incrementalidad-m), al menos con respecto al argumento sujeto. Con respecto al argumento objeto (p.ej. Juan visitó *Guadalajara/20 monasterios*) queda a discusión el que la incrementalidad pueda o no ser una implicación léxica, o bien, una consecuencia del conocimiento no-lingüístico del intérprete.

Tabla 13: Temas tradicionales que no son temas incrementales	
objetos de los que se implica un cambio de estado , pero que no son temas incrementales y dan lugar a FV atéticas que implican un cambio de estado o posición INDEFINIDOS (Dowty 1991a:568)	objetos de los que se implica un cambio de estado , dan lugar a FV téticas que implican un cambio de estado o posición DEFINIDOS, pero que no son homomorfismos (Dowty 1991a:568)
<i>push a cart</i> <i>raise the thermostat</i> <i>dim the lights</i>	<i>die</i> <i>touch the finish line</i> <i>recognize a face</i>

“Si Juan conduce de Nueva York a Chicago, Juan necesariamente padece un cambio definido de ubicación de un lugar al otro; pero si este viaje fuese interrumpido antes de terminar, no inferiríamos que parte de Juan a llegado a Chicago mientras el resto de él está aún en Nueva York [es decir: Juan no es un Tema Incremental].” (Dowty 1991a:568-569)

Los Temas Holísticos son casos de este tipo, al proyectarse todo el objeto simultáneamente a cada parte del evento. Veamos unos ejemplos en la tabla 14 (el argumento holístico está en cursivas):

Tabla 14: Temas Holísticos (HOLISTIC THEMES): todas las partes del referente se proyectan simultáneamente al mismo subevento	
Posición de Sujeto	Posición de Objeto
<i>La camioneta</i> cruzó el desierto <i>La caravana</i> atravesó los EE.UU. <i>Juan</i> condujo (un auto) de Nueva York a Chicago (Dowty 1991a:568) <i>Felipe</i> corrió una milla (Dowty 1991a:568-9; Filip 1999:97) <i>Felipe</i> corrió a la tienda <i>La maceta</i> cayó al suelo <i>El visitante</i> caminó a la esquina <i>Alfredo</i> se convirtió en arquitecto (Dowty 1991a:568-9; Filip 1999:97) <i>Juan</i> caminó del banco al correo (Dowty 1991a:568; Filip 1999:97) <i>Este arbolito</i> crecerá hasta viejo <i>John</i> grow into an adult (Dowty 1991a:568-9; Filip 1999:97)	empujar <i>la caja</i> a la salida arrastrar <i>la bolsa</i> para afuera

Dowty (1991a:569) también nota que, ya habiendo dividido los temas tradicionales en temas incrementales y temas holísticos, algunos temas incrementales presentan peculiaridades propias dentro de su grupo. Por ejemplo, con respecto a un tema incremental efectuado o consumido típico, los temas incrementales “fuente de representación” presentan la peculiaridad de que permiten iteración, precisamente porque sus objetos son incrementales pero no son ni efectuados ni consumidos.

“Los objetos preposicionales en 23 [en la tabla 15, B] y los objetos directos en las respectivas paráfrasis en 22 [en la tabla 15, A] no son Temas tradicionales, porque refieren a cosas que no están efectuadas (o afectadas) por la acción relevante. Sin embargo, son como Temas Incrementales de un modo indirecto: puesto que las representaciones tienen partes que reflejan las estructuras de los objetos que representan, una representación producida de manera incompleta puede muy bien ser una representación de una parte propia del objeto a ser representado, de manera que la estructura de la fuente del objeto puede reflejarse indirectamente en el evento de producir la representación. Por esta razón, los argumentos de fuente-de-representación, que son las únicas FN objeto en 22 [en la tabla 15, A] actúan aquí como Temas Incrementales de facto.” (Dowty 1991a: 569-570)

Ejemplos de esta clase son los de la columna izquierda (tabla 15 ‘fuente de representación’ *infra*) que, a decir de Dowty, se basan en paráfrasis (columna derecha) en las que el objeto sí es un objeto efectuado además de incremental. En estos casos el objeto efectuado es una representación de lo denotado por la frase prepositiva. Como caso adicional de temas incrementales “fuente de representación”, considera también a complementos de los llamados verbos de ejecución.

Otro grupo peculiar dentro de los temas incrementales son los llamados Temas Incrementales de Trayectoria. Estos temas, como su nombre lo dice, suelen remitir a trayectorias de desplazamiento, aunque el desplazamiento puede ser físico o abstracto (p.ej., el trayecto abstracto recorrido para *convertirse en arquitecto*, Dowty 1991a:569). Con respecto al ejemplo *Juan conduce de Nueva York a Chicago*, Dowty comenta:

Tabla 15: Temas Incrementales ‘Fuente de representación’ (REPRESENTATION-SOURCE THEME)	
(A) ejemplos	(B) paráfrasis de los ejemplos, con objetos directos efectuados e incrementales, denotan representaciones de alguna clase de las cosas mencionadas en las respectivas frases prepositivas
fotografiar <i>una escena</i> (Dowty 1991a:569; Filip 1999:98) copiar <i>un archivo</i> (Dowty 1991a:569) memorizar <i>un poema</i> (Dowty 1991a:569) leer <i>un libro</i> (Dowty 1991a:569) tocar <i>una sonata</i>	tomar/sacar <i>una fotografía</i> de una escena (Dowty 1991a:569) hacer <i>una copia</i> de un archivo (Dowty 1991a:569) hacer <i>memoria</i> de un poema (Dowty 1991a:569) hacer <i>una lectura</i> de un libro adquirir <i>la información</i> de un libro (Dowty 1991a:569) hacer <i>una ejecución</i> de una sonata

“Tras reflexionar, es claro que lo que está parcialmente pero no totalmente afectado en este caso [= desplazamiento interrumpido], de modo paralelo a los Temas en 20 [tablas 12 y 15], es la TRAYECTORIA que Juan atraviesa al conducir de NY a Chicago: si parte del evento ha empezado pero no terminado, entonces parte de esta trayectoria ha sido atravesada por Juan, no toda ella, pero las posiciones de las partes de JUAN por supuesto permanecen intactas unas respecto de las otras. Podríamos distinguir los Temas en 21 [tabla 14] mediante un nuevo término TEMAS HOLÍSTICOS: aunque padecen un cambio de estado por etapas, el cambio es ‘incremental’ solamente por alguna relación que mantienen con el verdadero Tema Incremental, no porque padezcan un cambio parte por parte. Un aspecto interesante de estos ejemplos es que el ‘argumento’ con respecto al cual estos predicados son homomorfismos en esta hipótesis, a saber, el argumento de trayectoria, no es (...) un argumento sintácticamente realizado en absoluto: las frases prepositivas *de Nueva York y a Chicago* refieren a los puntos de comienzo y fin de la Trayectoria. Sin embargo, un Tema Incremental de Trayectoria puede realizarse sintácticamente como un Objeto Directo en ejemplos tólicos semánticamente paralelos como *cruzar el desierto, atravesar los Estados Unidos* [...]” (Dowty 1991a:569).

Como en los casos anteriores, hemos reunido los ejemplos correspondientes en una tabla:

Tabla 16: Temas Incrementales de Trayectoria (INCREMENTAL PATH THEMES)	
Posición de Sujeto	a menudo implícito pero puede llegar a realizarse en posición de Objeto en algunos casos
<p><i>El convoy</i> atravesó/ cruzó el río en 3 minutos</p> <p><i>La audiencia</i> abandonó la sala en 20 minutos</p> <p><i>Pablo</i> entró lentamente en la piscina helada</p>	<p>argumento de trayectoria explícito cruzar <i>el desierto</i> (Dowty 1991a:569)^b atravesar <i>los EE.UU.</i> (Dowty 1991a:569) drive <i>the Blue Ridge Skyway</i> (from beginning to end) (Dowty 1991a:569) correr <i>una milla</i> (Dowty 1991a:569)</p> <p>argumento de trayectoria implícito (no realizado sintácticamente) aunque Filip (1999:97) prefiere decir que no está realizado sintácticamente como un argumento único sino que las frases prepositivas aluden a su inicio y término. correr <i>trayectoria implícita</i> a la tienda / caminar <i>trayectoria implícita</i> del banco al correo (Dowty 1991a:568) conducir (un auto) <i>trayectoria implícita</i> de Nueva York a Chicago (Dowty 1991a:568) Alfredo se convirtió <i>trayectoria implícita</i> en arquitecto (Dowty 1991a:568-9; Filip 1999:97) grow <i>trayectoria implícita</i> into an adult (Dowty 1991a:568)</p>

^b Nótese que el verbo *cruzar* aparece tres veces: en la tabla 14 con la implicación léxica de Tema Holístico para el sujeto y en la tabla 16 (derecha) con la implicación léxica de Tema Incremental de Trayectoria para el objeto; pero también (izquierda) con esa misma implicación léxica para el sujeto. Pero más aún, si suponemos que las fronteras atravesadas en ejemplos como *cruzar* {*el río, la puerta, la frontera*} están sujetas al evento de manera holística (son cruzadas globalmente y no parte por parte), entonces el objeto también tendría el carácter de Tema Holístico (esta posibilidad está implícitamente sugerida por la manera en que Dowty (1991a) discute estos y otros ejemplos). Esto supondría que *cruzar* tiene las implicaciones léxicas que siguen:

SUJETO (Tema Holístico \wedge Tema Incremental de Trayectoria) - *cruzar* - OBJETO (Tema Holístico \wedge Tema Incremental de Trayectoria).

Esto plantea una muy seria dificultad que en seguida comentamos en el texto; pero además, introduce una inconsistencia flagrante en la discusión de los ejemplos: cuando aquello que se cruza es un objeto de grandes dimensiones en relación al objeto que lo cruza (*Juan cruzó el desierto*), se le clasifica como Tema Incremental de Trayectoria, pero cuando es al revés (aquello que se cruza es un objeto de pequeñas

Algo que Dowty (1991a) no señala es que los temas incrementales de trayectoria (tabla 13) son similares a los de ‘fuente de representación’ (tabla 15) en que permiten fácilmente su iteración. Una clase peculiar de tema incremental de trayectoria²⁶ surge en posición de sujeto, en la que, usualmente, se suma el papel temático de agente. La peculiaridad es que, en tanto que trayectorias, parecen invertir el desplazamiento: es el borde cruzado el que “recorre” incrementalmente el cuerpo de la entidad-sujeto.

“Los significados de estos verbos tratan la frontera o treshold estacionaria (y el referente del objeto directo) como una línea o plano más que como una región, pero permite que el cuerpo que ocupa espacio (el referente del sujeto) lo atravesase gradualmente, lo que significa que el sujeto es un Tema Incremental. Verbos como *cross* (*penetrate*, *permeate*, *pass*, *skirt*, etc.) permiten tanto que la cosa atravesada (como en 26a) o el cuerpo en movimiento (26b), o ambos (26c), sean regiones (y por tanto Temas Incrementales):

- (26) a. *She crossed the dessert in a week*
 b. *At the turtle race, the winning turtle crossed the finnish line in 42 seconds.*
 c. *It took Hurricane Archibald 31/2 hours to cross the Florida peninsula*

También, como ya se ha hecho notar, tanto una frase prepositiva como un objeto directo pueden expresar un Tema Incremental (*She walked across the desert in a week*).” (Dowty 1991:571)

dimensiones en relación al objeto que lo cruza y al modo de cruzar, *El tren cruzó el río* se le clasifica como Tema Holístico. Puesto que la dimensión relativa es entre agente y paciente, exactamente la misma inconsistencia se presenta con los sujetos (*Juan atravesó la frontera* vs. *Juan atravesó el desierto*; y *El tren atravesó la frontera* vs. *El tren atravesó el desierto*). Pero la relatividad de las dimensiones, además de invitarnos a la inconsistencia, nos invita a la completa arbitrariedad en muchos casos: ¿cómo decidir cuándo las dimensiones de un referente son suficientemente voluminosas o relevantes para contar como superficie atravesada parte por parte, o cuándo no lo son como para contar como límite atravesado globalmente y no parte por parte? Tolerar que la calidad de Tema Holístico o de Tema Incremental dependa de las dimensiones relativas de los referentes involucrados y no solamente del significado del lexema verbal es contradecir abiertamente el concepto mismo de ‘implicación léxica’.

²⁶ En Dowty (1991a:571), simplemente se les denomina “tema incremental”, pero son comparados con los ejemplos de tipo *cruzar el desierto*, y tienen en común que el constituyente no representa una entidad efectuada o consumida y permiten fácilmente iteración.

En estos casos la entidad-sujeto es simultáneamente un tema holístico (todas sus partes se desplazan al mismo tiempo) y un tema incremental (sus partes traspasan una frontera de manera gradual), p.ej. *Pablo entró lentamente a la piscina helada, El presidente pasó por esta puerta*. Obsérvese que no hay ningún problema por el hecho mismo de recibir simultáneamente dos roles temáticos diferentes. En otras palabras, las implicaciones léxicas no son exhaustivas y generalmente no se excluyen unas a otras. Esto es importante puesto que significa que un mismo constituyente puede tener las implicaciones correspondientes a un tema incremental (con respecto a cierta característica del evento) y las implicaciones correspondientes a un tema holístico (con respecto a otras características del evento). Las implicaciones de tema incremental y tema holístico **son** contradictorias si se presentan simultáneamente en el mismo constituyente con respecto a la misma característica del evento. El problema en este caso es que si las implicaciones léxicas que atañen a cierto argumento versan sobre exactamente el mismo evento, no pueden ser contradictorias, pero eso es precisamente lo que sucede con la implicación simultánea de ser un tema holístico y ser un tema incremental. No puede ser que las partes del mismo objeto se relacionen cada una con un subevento diferente del evento (implicación de Tema Incremental) y, al mismo tiempo, se relacionen todas holísticamente con cada parte del evento (implicación de Tema Holístico). La implicación de incrementalidad y la de relación holística, suponiendo que puedan presentarse para el mismo argumento de un verbo, probablemente involucren dos facetas distintas del evento de manera que no impliquen contradicción. Pero implementar la representación semántica de estas ‘distintas facetas’ de un mismo evento es imposible sin traer complicaciones de gran calibre, incluida muy seguramente la intensionalización de los roles temáticos. Este es un problema que Dowty (1991a) omite mencionar y que se relaciona con otro: es problemático decidir si la incrementalidad es en todos los casos una implicación léxica, es decir, resultado de la interpretación puramente semántica; o bien, si es una influencia o efecto del conocimiento enciclopédico del mundo, en cuyo caso no podemos hablar de Tema Incremental aunque la oración sugiera incrementalidad. Una implicación léxica deberá aparecer en todas las ocurrencias del verbo en cuestión (recordemos además que las implicaciones no son cancelables), mientras que una incrementalidad sugerida por el conocimiento del mundo en un caso particular, puede no surgir en otras ocurrencias del verbo. El mismo problema

se presenta con los Temas Holísticos, los Temas Incrementales de Representación y los de Trayectoria.

En Dowty (1989) los roles temáticos-*L* son construidos como conjuntos de implicaciones léxicas que resultan de la intersección de implicaciones léxicas específicas, es decir, que se mantienen para una cierta generalidad de verbos con respecto a cierto argumento. En Dowty (1991a) las etiquetas usuales de paciente y agente pasan a ser meta-categorías, denominadas proto-roles, que se caracterizan como un conglomerado de roles temáticos más finos (los roles temáticos-*L* de Dowty 1989) pero que no son específicos de un solo verbo. Estos roles temáticos más finos pueden o no aparecer juntos para un mismo argumento verbal, correspondiendo dicho argumento más o menos fuertemente a uno de los dos proto-roles. Pero en Dowty (1991a) estos roles temáticos o implicaciones que conforman criterios para discriminar un argumento como Proto-agente o Proto-paciente no reciben aún contenidos estrictamente definidos.

Para algunas de estas implicaciones léxicas o roles temáticos, Krifka (1998, 2001) propone elaboraciones más detalladas de las mismas, definiendo predicados de segundo orden que, aplicados en diferentes combinaciones, describan lo esencial de dichos roles. De modo que, en vez de definir papeles temáticos específicos, se describen los ingredientes formales que, combinados, dan lugar a distintas interacciones entre la estructura del argumento de evento y la estructura del argumento relacionado por el rol temático. El énfasis de esta interacción se encuentra en la noción de *parte* como puede verse en la observación de que “una propiedad importante y muy general de los roles theta es que forman un homomorfismo relacional con respecto a las relaciones de parte de los argumentos semánticos.” (Krifka 1998:211)

3.4.1. PROPIEDADES DENOTATIVAS DE LOS PAPELES TEMÁTICOS

En el capítulo segundo vimos que todo argumento de evento, junto con sus partes, se proyecta mediante una función homomórfica al eje de trayectoria temporal. Esto de alguna manera representa la idea de incrementalidad del progreso de un cambio con respecto al tiempo. Adicionalmente, la estructura eventiva y la temporal pueden relacionarse con una tercera estructura: la del objeto que porta la propiedad sujeta a cambio. Así, en un ejemplo como (159), la propiedad afectada por *pulir* coincide extensionalmente con la estructura denotada por *el parque*.

(159) *Antes de colocar la alfombra, pulimos el parqué*

De las tres clases de individuos relacionados en una situación, los eventivos, los temporales y los objetuales, los dos primeros están representados por el verbo y el tercero está representado por un complemento de objeto directo y el sujeto (y en algunos casos, por un segundo complemento o un adjunto). Los individuos temporales con los que se relacionan las partes del evento están veladamente presentes en el significado propio de un verbo de situación dinámica, en tanto que el evento se introduce como argumento adicional de la relación *n*-aria denotada por el verbo. La relación entre evento y objeto afectado se formaliza entonces como un papel temático, en tanto que la relación entre tiempos y eventos no conforman papel temático alguno. Pero inclusive con individuos realizados mediante un constituyente, la relación entre éstos y las partes del evento no son siempre tan transparentes como en (159). Casos como (160) constan de un objeto afectado, al igual que (159), pero la propiedad relevante, si bien sigue incluida en la estructura extensional del objeto, ya no coincide propiamente con dicha extensión.

(160) *El ayudante asó el filete / cocinó el arroz / hirvió el agua*²⁷

En casos como (161) *infra* se da un paso más en la independización de la propiedad afectada con respecto a la extensión del objeto afectado. Ya no solamente la propiedad afectada —la localización espacial en este caso— no coincide con la estructura extensional del objeto denotado por *la pesada caja*, sino que inclusive parece a punto de desligarse del mismo (Tenny 1994, *apud* de Miguel 1999:2998, también observa que la delimitación del evento por medio de un complemento se da de diversas maneras). Por ello, Krifka (1998:211) considera que la relación entre el objeto y el evento es no-incremental en estos casos. De hecho este es el típico Tema-Holístico de Dowty (1991a), en que las partes del objeto denotado por *la pesada caja* se relacionan todas juntas, holísticamente, con cada parte del evento.

(161) *Manuel empujó la pesada caja hasta la bodega*

²⁷ Nótese que aunque hervir puede tener una interpretación como evento ingresivo (*el agua hirvió en 15 minutos*) es un proceso: el agua puede estar hirviendo por tiempo prolongado (*el agua hirvió durante dos horas*).

Si la localización de un objeto es una de sus propiedades, es en todo caso una de las propiedades más externas al mismo y la que con mayor facilidad fluctúa. A este respecto es interesante recordar que el Principio de los Indiscernibles de Leibniz requería la exclusión de las propiedades o relaciones espacio-temporales por ser consideradas extrínsecas o externas a los individuos (Engel 1989:235).²⁸

En todos estos casos en que ambos miembros de una relación son argumentos, ésta puede regularse mediante un papel temático. Esa es la estrategia propuesta en Dowty (1991a) y desarrollada en Krifka (1998) para lo que es la influencia de los complementos verbales en su telicidad. Pero para el caso de la relación entre individuos eventivos y temporales, únicamente los primeros son argumentos, de modo que dicha relación al interior de una estructura de evento debe regularse o reglamentarse aparte. Krifka (1998:208) propone que, al interior de una estructura de evento, no debe haber ningún individuo temporal para el que no haya una parte eventiva asociada. En otras palabras, los argumentos de evento no deben tener ‘huecos’, a lo cual Krifka se refiere como “riqueza” de los eventos.²⁹ Dos maneras alternativas que propone para explicitar esto son (162) a y b.

²⁸ Dicho Principio enuncia que si dos objetos tienen todas sus propiedades en común entonces son uno y el mismo objeto. El problema era el siguiente: si un objeto se desplaza, podemos considerar dos objetos: uno previo y otro posterior al desplazamiento. Si dos objetos comparten todas sus propiedades salvo las espacio-temporales, ¿son o no son el mismo objeto? En el caso de un objeto en desplazamiento —en el espacio— la intuición dice que sí. Para un objeto en desplazamiento en el tiempo (envejecimiento) la intuición no siempre dice que sí (especialmente porque el envejecimiento o ‘desplazamiento en el tiempo’ suele acarrear cambios en otras propiedades más centrales del objeto). Pero si tenemos dos objetos que comparten la coordenadas temporales y no las espaciales, —un objeto idéntico ocupando simultáneamente espacios distintos— claramente la intuición dice que estos objetos no son el mismo objeto. ¿Cómo conciliar satisfactoriamente estas intuiciones? Esto lleva a una discusión acerca de si las propiedades espacio-temporales son o no son parte de las propiedades de un objeto (Engel 1989:236-237) aunque cabe señalar que buen número de filósofos optan, simple y llanamente, por debilitar el Principio de Indiscernibilidad de los Idénticos rechazando la Identidad de los Indiscernibles (cf. García Suárez 1997:140). En otras palabras, un objeto es indiscernible de sí mismo, pero que dos objetos sean indiscernibles no prueba que sean el mismo objeto.

²⁹ Nótese que esta “riqueza” se estipula con respecto a la traza temporal interna al evento, no con respecto a la línea temporal en general con base en la cual se evalúan los predicados, de manera que se evita reintroducir el problema del *gappi-ness* de los tiempos (cf. 1.3.1.1. *supra*, p. 66).

- (162) a. $\forall t \in Ut \exists e \in Ue[\tau e(e) = t]$
 b. $\forall e, e' \in Ue \forall t \in Ut [e' \leq e \wedge \neg t \otimes t \tau e(e') \wedge \tau e(e) = t \oplus t \tau e(e') \rightarrow \exists e'' \in Ue[\tau e(e'') = t \wedge e = e' \oplus e'']]$

El primer requerimiento simplemente formaliza de manera general que todo individuo temporal debe tener un individuo eventivo asociado. Krifka (1998) señala que quizás sea preferible (162b), que coloca a (162a) en contexto. Si un evento (en particular) tiene una parte temporal, debe tener un complemento eventivo para esa parte temporal. Pero dicha parte temporal no existe más que en la medida de que corresponda a una diferencia de traza temporal entre el evento particular considerado y una parte suya. Como consecuencia, en (162b) la propiedad general de (162a) queda relativizada a estructuras de evento específicas de manera que trate estructuras eventivas con partes temporales de distinta granularidad, es decir, partes temporales ajustadas a las exigencias de granularidad de cada tipo de evento considerado. Otra fuente para la “riqueza” de los eventos es (126c)v. (cf. sección 2.5.2.), que especifica que un evento es la suma de eventos contiguos, y otra más es que ningún evento pueda tener pluralidad de participantes (Krifka 1998:208-209). A partir de Carlson (1984), Krifka propone para todo predicado verbal eventivo la propiedad (163) denominada *unicidad de los participantes*.

- (163) Para todos los predicados verbales de n -lugares, donde α es la interpretación del predicado, debe sostenerse que:
 $\forall x_1, \dots, xn, e[\alpha(x_1, \dots, xn, e) \rightarrow \forall x'_1, \dots, x'_n[\alpha(x'_1, \dots, x'_n, e) \rightarrow x_1 = x'_1 \wedge \dots \wedge xn = x'_n]]$ ³⁰

Como esta es una propiedad general de dichos predicados, también deben tenerla las relaciones temáticas específicas (Krifka 1998:210-211), véase más adelante (170i). Dowty (1989:85) propone un requerimiento similar de unicidad (164) para los individuos portadores de un rol temático Neo-Davidsoniano, de manera que para un evento dado únicamente un individuo corresponda al portador de determinado rol (pero el mismo individuo puede portar más de un rol, Dowty 1989:85).

³⁰ La fórmula original (41) en Krifka (1998:209) contiene una errata: la primera variable en el antecedente del condicional viene marcada con tilde: “ $\forall x_1, \dots, xn, e[\alpha(\tilde{x}'_1, \dots, xn, e) \rightarrow \dots]$ ”, con lo cual se interpretaría —erróneamente— como variable libre.

(164) **Unicidad del portador de rol temático**

Para todo rol temático Th_i : $\forall e \forall x \square [Th_i(x, e) \rightarrow \forall y [Th_i(y, e) \rightarrow x = y]]$

Tanto Dowty (1989) como Krifka (1998) plantean que podría suponerse que los plurales son problemáticos con respecto a (164) y (163), respectivamente. Dowty (1989:85-86, 100) propone que las FN plurales designen invariablemente a grupos al estilo de Link (1983) o de Hoeksema (1983). Los grupos de Link (1983) son individuos-suma, es decir plurales tipo e , para los que las inferencias descendentes están bloqueadas (Landman 1989 *apud* Corblin 2002:181 suaviza esta propiedad: las inferencias descendentes no están proscritas pero tampoco están garantizadas).³¹

³¹ La doble referencia de Dowty a los grupos de Link (1983) y a los de Hoeksema (1983) es confusa. En un paréntesis Dowty (1989:86) caracteriza a los grupos como conjuntos no-unitarios (*non-singleton sets*). Pero los grupos de Link son tipos e en tanto que los conjuntos son tipos $\langle e, \triangleright \rangle$. El problema se encuentra en Hoeksema (1983:63-64) que habla de los *grupos* a la vez como “entidades plurales” —invitando a la confusión con Link (1983)— y como “conjuntos de dos o más entidades”. Claramente estos “grupos” no son equivalentes a los grupos que Link (1983) propone. Los grupos de Hoeksema son de tipo distinto —conjuntos— (consecuentemente el autor habla de “cuantificación de orden superior sobre grupos” —1983:66—) y además no bloquean por sí mismos las inferencias descendentes como sí lo hacen los grupos de Link (en Hoeksema p. 67 las inferencias descendentes no se bloquean por parte de los grupos *per se* sino por parte de los predicados específicos que se les apliquen). Veamos un resumen de las diferencias:

Grupos (Hoeksema 1983)	Grupos (Link 1983)
son <i>conjuntos</i> (tipo semántico: $\langle e, \triangleright \rangle$)	son <i>individuos</i> (tipo semántico: e)
notación: el grupo $A := \{a, b, c\}$, donde $a \in A$, a pertenece a A	notación: el grupo $A := 'a \oplus b \oplus c'$, donde $a \leq A$, a es parte de A
el bloqueo de las inferencias descendentes es relativa a un predicado	el bloqueo de las inferencias descendentes no es relativa a un predicado, sino inherente a los grupos (pero obsérvese que dependerá de cada predicado el que se requiera, como argumento, a un grupo o no)
los predicados aplicables a FNs plurales son de segundo orden (véase también Lønning 1997:1019)	los predicados aplicables a FNs plurales son de primer orden

Siguiendo a Dowty (1989), las diferencias entre lecturas distributivas y colectivas como en (99), que repetimos aquí bajo (165a/b), no se deben a un diferente tipo semántico en la denotación de las frases nominales. Las distintas lecturas son resultado de diferentes implicaciones léxicas de los verbos (Dowty 1989:86).

(165) *Isabel y Pablo compraron {el / un} departamento*

a. ¿Quién compró **un** departamento?

Respuesta 1 (2 compras): —*Isabel (el suyo) y Pablo (el otro)*

Respuesta 2 (1 compra): —*Isabel y Pablo [=individuo-suma] lo compraron*

b. ¿Quién compró **el** departamento? —*Isabel y Pablo [=individuo-suma]*

c. *Isabel y Pablo cantaron / se durmieron*
(distributivo)

d. *Isabel y Pablo pintaron la casa / compraron el coche*
(distributivo o colectivo)

e. *Isabel y Pablo se reunieron, son parecidos*
(colectivo)

Dowty (1989) reduce las diferentes lecturas a la distinción entre predicados verbales distributivos o colectivos. En (165c) los predicados distributivos *cantar* y *dormir* implican que si son verdad del grupo denotado por *Isabel y Pablo*, entonces son verdad de todos los miembros del grupo individualmente. Dowty (1989:86) propone que entonces tendríamos tres eventos: el de Isabel cantando, el de Pablo cantando y el del grupo {Isabel, Pablo} cantando —en realidad: ⟨Isabel⊕Pablo⟩ si es un grupo de Link (1983)—, cada uno con un Agente distinto.

Pero si una canción particular requiere de al menos dos voces, (165c) tendría que ser colectivo en dicho contexto. No parece una cuestión de mera implicación léxica, como algo ya prefijado. En

Parece entonces que a pesar de la referencia a Link (1983), en Dowty (1989) *grupo* debe entenderse como “grupo de Hoeksema” y no como “grupo de Link”, lo cual explicaría el paréntesis mencionado y la aclaración de que “la variable *x* en (22) [M.P. en nuestro texto (164)] recorre un dominio de discurso que contiene tanto grupos como individuos” así como el hecho de que dichos individuos son (o no) *miembros* del grupo (en vez de *partes* del grupo, como en Link).

(165d) de hecho sólo se permite la lectura colectiva a pesar de lo aducido en Dowty (1989), salvo en el caso marcado de que la unicidad de *la casa y el coche* remitan a una clase de casa o coche y no a un ejemplar, o bien, la oración remita a distintas ocasiones en que la misma casa fue pintada (y el mismo coche comprado). Inclusive un caso como (165e) no siempre es reducible a una cuestión de significado léxico prefijado como único factor en juego. Considérese (166), en que tenemos, nuevamente, la doble posibilidad distributiva o colectiva:

(166) *El comité olímpico y el comité nacional de deportes se reunieron*

Claramente, el predicado *se reunieron* puede ser cierto tanto de ambos comités como unidad o bien de cada comité por separado. Es evidente que la interpretación de la frase nominal plural no remite invariablemente a un grupo como denotación, y que esto juega un papel en la manera en que afloran o no ciertas implicaciones.

En Krifka (1998:209), en cambio, las FN plurales o coordinadas refieren a individuos-suma. Un mismo evento de *cantar* no puede tener diferentes cantantes. Esto no excluye a eventos complejos como (165c), simplemente se establece que los eventos de Isabel cantando, el de Pablo cantando, el de Isabel⊕Pablo cantando, cada uno con un Agente distinto, no son el mismo evento. Concretamente, los dos primeros eventos son partes del tercero, que es el argumento de evento de (165c). Krifka más bien señala que el verdadero problema de la unicidad de participantes se encuentra en verbos del tipo de *ver* o *tocar*, en que puede haberse tocado solamente una parte del objeto y, simultáneamente, puede decirse que se ha tocado todo el objeto. Por tanto, Krifka considera que la unicidad de participantes no se aplica a predicados como *leer* o *tocar*, ni tampoco a *ver* (Krifka 2001:4; Ramchand 1997:228). Pero el mismo problema surge con casi cualquier verbo en las construcciones de “ascenso de poseedor”, tal como señala Krifka (1998:232 n°5). En (167) el perro ha mordido al policía y, simultáneamente, ha mordido su pierna:

(167) *El perro mordió {la pierna del policía / al policía}*

Ramchand argumenta que, en tal caso, la unicidad tampoco se aplica a temas holísticos como (168), donde también tenemos dos participantes para un mismo evento.

(168) *empujar* {*el manubrio del carrito* / *el carrito*}

La conclusión de Ramchand (1997:228) es que la unicidad de participantes se mantiene para todo predicado y que, consecuentemente, *tocar a alguien* y *tocar el hombro de alguien* son eventos distintos, y lo mismo vale para (167)-(168). De hecho puede observarse que el evento que involucra la parte implica al evento que involucra el todo, pero nunca al revés (169).

- (169) a. *El perro mordió la pierna del policía* { \rightarrow / \Leftarrow } *El perro mordió al policía*
 b. *empujar el manubrio/mango del carrito* { \rightarrow / \Leftarrow } *empujar el carrito*
 c. *tocar el hombro de alguien* { \rightarrow / \Leftarrow } *tocar a alguien*

La cuestión de si verbos como *tocar* o *ver* manifiestan o no *unicidad de los participantes* es un debate abierto que simplemente señalo y en el que no pretendo ahondar. Salvo por este debate, se supone que la propiedad (163) tiene como consecuencia para todo rol temático la propiedad (170i), es decir, la unicidad de participantes no-eventivos en las relaciones temáticas. Otra propiedad general (sin debate) es la *cumulatividad*. De este modo los distintos tipos de rol temático han de contrastar mediante propiedades diferentes de las recién enunciadas, pero todos ellos surgen de esta base en común. Veamos pues, en (170), las distintas propiedades en términos de las cuales son clasificados los papeles temáticos.

(170) **Predicados de segundo orden para papeles temáticos**

- a. θ es *cumulativo*, $CUM(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x, y \in U_p, \forall e, e' \in Ue[\theta(x, e) \wedge \theta(y, e') \rightarrow \theta(x \oplus_p y, e \oplus e')]$ ³²
 b. θ muestra *proyección a eventos*, $PE(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x, y \in U_p, \forall e \in Ue[\theta(x, e) \wedge y \leq_p x \rightarrow \exists e' [e' \leq e \wedge \theta(y, e')]]$
 c. θ muestra *proyección a subeventos*, $PSE(\theta)$, si y sólo si:
 $\forall x, y \in U_p, \forall e \in Ue[\theta(x, e) \wedge y <_p x \rightarrow \exists e' [e' < e \wedge \theta(y, e')]]$

³² En trabajos anteriores esta propiedad es denominada *sumatividad* (Ramchand 1997:224; Krifka 1998:211). También las propiedades de (170)h/i “unicidad general de eventos” y “unicidad de participantes” reciben nombres distintos en Ramchand (1997:224-225) y en Krifka (2001:4): *unicidad de eventos* y *unicidad de objetos*, respectivamente —etiquetas que en Krifka (1998) son utilizadas para otras propiedades, (170)d/g—.

- d. θ muestra *unicidad de los eventos*, $UE(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x, y \in Up, \forall e \in Ue[\theta(x, e) \wedge y \leq p x \rightarrow \exists! e' [e' \leq e \wedge \theta(y, e')]]$
- e. θ muestra *proyección a objetos*, $PO(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x \in Up, \forall e, e' \in Ue[\theta(x, e) \wedge e' \leq e \rightarrow \exists y [y \leq p x \wedge \theta(y, e')]]$
- f. θ muestra *proyección a subobjetos*, $PSO(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x \in Up, \forall e, e' \in Ue[\theta(x, e) \wedge e' < e \rightarrow \exists y [y < p x \wedge \theta(y, e')]]$
- g. θ muestra *unicidad de objetos*, $UO(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x \in Up, \forall e, e' \in Ue[\theta(x, e) \wedge e' \leq e \rightarrow \exists! y [y \leq p x \wedge \theta(y, e')]]$
- h. θ muestra *unicidad general de eventos*, $UGE(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x \in Up, \forall e, e' \in Ue[\theta(x, e) \wedge \theta(x, e') \rightarrow e = e']$
- i. θ muestra *unicidad de participantes*, $UP(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x, y \in Up, \forall e \in Ue[\theta(x, e) \wedge \theta(y, e) \rightarrow x = y]$
- j. θ es *estrictamente incremental*, $SINC(\theta)$, si y sólo si
 (i) $PSO(\theta) \wedge UO(\theta) \wedge PSE(\theta) \wedge UE(\theta)$, en que UO es una consecuencia de UP
 (ii) $\exists x, y \in Up, \exists e, e' \in Ue [y < x \wedge e' < e \wedge \theta(x, e) \wedge \theta(y, e')]$
- k. θ es *incremental*, $INC(\theta)$, si y sólo si
 (i) hay una relación estrictamente incremental θ' tal que $SINC(\theta')$ y
 (ii) θ es la relación más pequeña que contiene a θ' y está cerrada bajo formación de suma:
 $\theta' \subseteq \theta$ y $\forall x, y \in Up, \forall e, e' \in Ue[\theta(x, e) \wedge \theta(y, e') \rightarrow \theta(x \oplus p y, e \oplus e')]$
- l. θ muestra *integridad de objeto*, $IO(\theta)$, si y sólo si
 $\forall x, y \in Up, \forall e, e' \in Ue[\theta(x, e) \wedge \theta(y, e') \wedge e' \leq e \rightarrow x = y]$

Estas propiedades pueden o no presentarse simultáneamente en un rol temático (Krifka 1998:211-213; 2001:4). La propiedad definida en (170a) es una extensión de (101a) —la cumulatividad, p. 201— a predicados binarios y constituye una condición general para los participantes de un evento (Krifka 2001:4). Esta propiedad solamente consiste en que dos eventos del mismo tipo, relacionados cada uno con una parte de un objeto, pueden considerarse como subeventos de un evento que involucra ambas partes del objeto.

La propiedad (170b) es un primer paso hacia la relación incremental entre eventos y objetos al asegurar que si el individuo relacionado por el papel temático a un evento consta de partes, haya siempre

un subevento relacionado temáticamente a cada una de esas partes. Pero al estar basada en la relación impropia de parte, permite que el evento en su totalidad (como parte impropia de sí mismo) se relacione con solamente una subparte (propia) del objeto (Krifka 1998:211). La propiedad enunciada en (170c) es similar a la anterior pero restringida a partes propias. Krifka propone reforzar la proyección a subeventos (170c) especificando que los subeventos que corresponden a subobjetos son únicos (170d), es decir, que dos subeventos no pueden relacionarse temáticamente con el mismo subobjeto. Como la unicidad de evento está definida en términos de la relación de parte impropia, también garantiza que un único evento (completo) se relacione mediante cierto papel temático con el individuo-objeto. Una consecuencia relevante de la unicidad de eventos es que no puede darse el caso de que para algún trío x, e, e' tengamos simultáneamente $\theta(x, e)$, $\theta(x, e')$ y $e' < e$.³³ Esto es, si una relación θ se mantiene entre x, e , entonces dicha relación temática abarca la totalidad del evento e y ninguna de sus partes (Krifka 1998:212). En otros términos, e es indivisible con respecto a la relación θ con x : ninguna subparte de e mantiene dicha relación con x . Esta es la razón por la que la cuantización de *las manzanas* en *comerse las manzanas* afecta a la frase verbal, pero la cuantización del objeto en *empujar el carrito* no la afecta (en éste último no hay unicidad de eventos). En efecto, como la entidad cuantizada puede relacionarse temáticamente con cualquier cantidad de subeventos dicha cuantización no previene la divisibilidad del evento *empujar el carrito*. En cambio, la entidad cuantizada *las manzanas* solamente puede θ -relacionarse con un único evento, a saber, el evento completo de *comerse las manzanas*.

Las mismas propiedades se enuncian, pero ahora para los objetos, en (170e/g). Es decir, si el individuo está relacionado temáticamente a un evento con subeventos, se garantiza la existencia de partes del individuo que correspondan temáticamente a cada parte del evento (170e). Al basarse en la relación de parte impropia, (170e) permite que una parte propia de e sea proyectada a la totalidad del objeto x , como es el caso de los temas holísticos. Si además

³³ Krifka (1998:212) atribuye esta consecuencia a la unicidad de objetos, lo cual constituye un lapsus evidente. Obsérvese que la incompatibilidad que Krifka atribuye a la unicidad de objetos es muchísimo más cercana a la unicidad general de eventos (de la que la unicidad de eventos es una consecuencia particular) y no a la unicidad de participantes. Su ejemplificación con subeventos de *empujar* relacionados todos con *el carrito* claramente remite a la propiedad de proyección a subeventos en ausencia de la propiedad de *unicidad de eventos*.

la parte del individuo correspondiente a un subevento es única en todos los casos —incluido el del individuo total con respecto al evento total—, tenemos un papel temático con unicidad de objetos (170f). Por último tenemos (170g), que especifica que la parte, propia o impropia, de un objeto relacionada temáticamente con algún evento o subevento, es única, propiedad implicada por la *unicidad de participantes* (170i). Un efecto de la unicidad de objetos es que si el evento completo e se θ -relaciona con un objeto x , entonces no puede relacionarse con ninguna parte y de x a no ser que sea la parte impropia, es decir, que $y = x$. Por tanto, cualquier evento e' que se relacione con sólo una parte propia z del objeto x es necesariamente un evento distinto de e , es decir, $[\theta(x, e) \wedge \theta(z, e') \wedge z <_p x] \rightarrow e' \neq e$.

Las propiedades de *unicidad general de eventos* y *unicidad de participantes* (170h/i) son las dos facetas de una misma moneda: un rol temático θ relaciona un único individuo a un único evento. La razón por la que se enuncian por separado es, precisamente, que pueden fallar por separado. Por ejemplo, un tema holístico presenta unicidad de participantes pero no mantiene la unicidad general de eventos porque el tema está relacionado con una multitud de eventos: el evento completo y cada subevento. Por último, tenemos la propiedad de (170l) como condición específica de los temas holísticos (Ramchand 1997:231). Examinemos ahora las propiedades de incrementalidad e incrementalidad estricta (170j/k).

Incrementalidad estricta e incrementalidad

Cuando un papel temático reúne las cuatro propiedades (170)c-d-f-g obtenemos un papel temático que codifica una proyección uno a uno entre las partes de x y las partes de e (Krifka 1998:213). Dicha conjunción de propiedades son la base para definir el papel temático *estrictamente incremental* (170j). Sin embargo, este conjunto de propiedades sigue siendo insuficiente para definir una relación incremental ya que, siguiendo a Krifka (1998), hay que descartar los eventos instantáneos y objetos atómicos (en el sentido de 101e), en cuyo caso no puede decirse que haya un incremento en el completamiento del evento. Para que un papel temático entre eventos y objetos pueda ser incremental, éstos deben ser entidades extendidas, es decir, se requiere garantizar que tanto x como e consten de partes propias.³⁴ Esto se establece en (170j) (ii).

³⁴ En esto, Krifka sigue a Dowty (1991a:568) quien considera que los eventos

La combinación de *cumulatividad* (170a) y de *incrementalidad estricta* (170j) proporciona suficientes elementos para lidiar con los temas incrementales de Dowty (1991a), pero presenta algunos problemas para los temas incrementales “fuente de representación”. El problema es que (170a/j) son compatibles solamente si van acompañadas de (170h), es decir, de *unicidad general de eventos* (Krifka 1998:213), pero esto es precisamente lo que no se mantiene en el caso de los temas “fuente de representación”. En (171a) un pasaje particular puede ser leído más de una vez sin que esto requiera “desleer” la primera lectura de dicho pasaje (Krifka 1998:218; 2001:4). En (171b) podría suceder que cierta parte de la casa fuera construida varias veces. Pero en tal caso, dicha parte requiere ser “desconstruida” para ser “reconstruida”, lo cual no sucede con (171a).

- (171) a. *Leer el artículo*
 b. *Construir una casa*

Como consecuencia, (171a) viola la *unicidad de eventos*: un pasaje particular puede estar asociado con más de un subevento de lectura. En otras palabras, para verbos como *leer*, una configuración como $[\theta(x, e) \wedge \theta(x, e') \wedge e' \neq e]$ es posible.

Para este tipo de roles temáticos, Krifka (1998, 2001) propone la propiedad de *incrementalidad* (170k) que se basa en la de *incrementalidad estricta*. Con miras a reconstruir roles que no presentan unicidad de eventos como roles incrementales, se propone considerar que en estos casos tenemos un rol temático que aunque no es estrictamente incremental, constituye la suma de roles que sí son estrictamente incrementales. Nótese que la segunda condición de (170k) (ii) no es otra cosa que la *cumulatividad* (170a) que se asume para todo rol temático. Sin embargo, con un objeto cuantizado, la propiedad de (170k) garantiza solamente la atomicidad (en sentido de 101f) y no la cuantización, como sería el caso de la *incrementalidad estricta* (Krifka 1998:219; 2001:4). Distinguir entre *incrementalidad estricta* e *incrementalidad* equivale a mantener lingüísticamente separados los temas incrementales regulares y los de “fuente de representación”. Una cuestión por resolver es qué tan literalmente deben ajustarse las especificaciones de cada propiedad a la relación entre evento y participante-tema en el mundo objetivo. Aunque de hecho

instantáneos son incrementales (“homomórficos”) en un sentido demasiado trivial para ser interesante.

se perciba un contraste entre enunciados del tipo *Juan se comió tu torta* y enunciados del tipo *Juan leyó el artículo*, en el sentido de que sólo los del segundo tipo permiten una interpretación en la que una parte del evento se repite con exactamente el mismo participante, esto podría adjudicarse a nuestro conocimiento general de cómo es el mundo. Ratté (1994:15-16) observa algo similar con el contraste entre *cortar el pasto* y *comerse una manzana*. Como sabemos que el pasto vuelve a crecer, nos parece aceptable una interpretación repetida del mismo evento, pero en el segundo caso, esa misma interpretación nos parece inaceptable. Ratté (1994:15-16) argumenta que si en un futuro imaginario la tecnología lograra crear alimentos que, como el pasto, volvieran a crecer en el plato una vez consumidos, nada impediría la interpretación ilícita. Prolongando la objeción de Ratté a este caso, la diferencia entre *incrementalidad estricta* (donde la repetición de subeventos es ilícita) e *incrementalidad* (la repetición es permitida) no sería pertinente en el nivel de la relación lingüística entre argumento de evento y argumento afectado sino en el mundo real. ¿Cuánto y qué conocimiento del mundo es parte de lo codificado en un predicado y cuánto se deja al libre albedrío del usuario? El propio Krifka adopta una posición distanciada con respecto al ‘mundo real’ y admite que interpretaciones demasiado literales crean problemas que desaparecen una vez que se toma en cuenta que los formalismos algebraicos propuestos refieren a los conceptos y no a la realidad.³⁵

“Permítaseme empezar con el caso *construir una casa*, un predicado télico. El problema es que la relación temática carece de proyección a objetos en el sentido estricto: No cada parte de construir una casa es proyectada a una parte de la casa (piénsese en el levantamiento de un andamio que luego es retirado). [...] Primero, podemos decir que solamente estamos interesados en estructuras conceptuales, no en la realidad. Los eventos que no contribuyen a las partes de la casa como el levantamiento de un andamio podrían no jugar ningún papel en las estructuras conceptuales, y pueden ignorarse.” (Krifka 1998:219)

³⁵ Un planteamiento similar se encuentra en Filip (1999:70): “[...] hay más de un modo en que el mundo *es* independientemente de nuestras representaciones lingüísticas (u otras) del mismo. El mundo tiene toda la estructura que le atribuimos cuando utilizamos nuestro esquema conceptual particular (...) y tiene más estructura de la que somos capaces de captar con nuestras categorías lingüísticas. Esta estructura existe de manera bastante independiente del hecho de que atribuyamos ciertas propiedades estructurales al mundo.”

Para ser aplicable a una situación del mundo real, una estructura conceptual contenida en el predicado no tiene que corresponderse en forma literalmente exacta en todos los detalles con esa situación. Pero del mismo modo podría pensarse con respecto a la posibilidad de releer un mismo pasaje. Esta posibilidad del mundo real no nos impediría seguir considerando conceptualmente que leer algo es un evento estrictamente progresivo con respecto a las partes de lo leído. Pero si se quiere mantener la distinción entre tema-incremental {efectuado/consumido} y tema incremental “fuente de representación” acudiendo a propiedades de los roles temáticos, la distinción entre (170j) y (170k) es importante.

En Krifka (1998:224-231) se proponen y discuten numerosas propiedades adicionales de distintos roles temáticos, referentes a desplazamientos espaciales y cualitativos como (161)-(160), respectivamente. Ramchand (1997:117-131) también añade la *Proyección a propiedades* para cambios cualitativos (160) y la *Proyección a localizaciones* para desplazamientos (161). Pero para la discusión de las dos hipótesis de (a)telicidad es más que suficiente con lo expuesto aquí y en las secciones 2.3. y 2.4. Asimismo, resumo la información recién expuesta en la tabla 17, p. 340 *infra* basada en Ramchand (1997:77, 225) y Krifka (1998; 2001:4).

Puede constatarse que en esta hipótesis la telicidad de una frase verbal depende del complemento-tema únicamente si éste tiene partes propias, y el rol temático que lo relaciona con el argumento de evento, o bien 1) presenta las cuatro propiedades (170)c-d-f-g, es decir, Proyección a subobjetos, Proyección a subeventos, Unicidad de Objetos y Unicidad de eventos, o bien 2) presenta la propiedad de incrementalidad (170k) basada en la anterior. En ambos casos la telicidad de la frase verbal dependerá además de la cuantización del complemento. El tratamiento de la alternancia en casos como (159), que repetimos como (172a), se basa en una interacción de las propiedades enunciadas en (101) y en (170).

- (172) a. *Antes de colocar la alfombra, pulimos el parque*
 b. *El ayudante asó el filete / cocinó el arroz / hirvió el agua*
 c. *Manuel empujó la pesada caja hasta la bodega*

Las alternancias de telicidad con respecto a casos como (160)-(161), repetidos aquí como (172b/c), se tratan de manera similar, es decir como resultado de la interacción entre el argumento de evento y alguna otra denotación en términos de (101), interactuando con roles

temáticos caracterizados de manera similar a (170) pero con respecto a desplazamientos y cambios cualitativos de estado. Esta manera de dar cuenta de la telicidad en la frase verbal tiene la ventaja de ser sumamente explícita y de permitir un tratamiento uniforme para las frases verbales transitivas al asumir la presencia de un argumento semántico en todos los casos de (157), repetido como (173).

- (173) a. *Tomó cerveza el viernes* (atélico)
 b. *Se tomó *(el cartón de cerveza) el viernes* (télico)
 c. *Tomó _____ el viernes* (atélico)

Quedaría pendiente explicar en qué casos un rol temático requiere la presencia obligada de un constituyente, como en (173b), y por qué no sucede en casos como (173a/c). Obsérvese que la omisión del complemento escueto con verbos como *tomar* o *comer* no requiere ninguna presunción contextual, conocimiento o mención previa de lo tomado y lo comido. En cambio, tenemos frases verbales del tipo de (174) en que el complemento escueto también es omisible, pero con menor facilidad. El empleo de (174c) presupone que el interlocutor sabe previamente qué es lo que estaba sujeto a venta, contrariamente a casos como (173). Tenemos, pues, una libertad de omisión ligeramente menor.

- (174) a. *María de Lourdes vendió calabaza el viernes* (atélico)
 b. *María de Lourdes vendió *(las calabazas) el viernes* (télico)
 c. ? *María de Lourdes vendió _____ el viernes* (atélico)

En (175) tenemos un complemento obligatorio en todos los casos. Sin embargo, en (175) la telicidad ya no depende del complemento y la semántica del verbo tiene un sabor más estático —por tanto el empleo de la etiqueta *atélico* para este caso no es del todo apropiado—.

- (175) a. *El periódico contiene *(artículos interesantes)* (atélico)
 b. *El periódico contiene *(los artículos interesantes de que te hablé)* (atélico)
 c. **El periódico contiene _____* (atélico)
 (ejemplos adaptados de de Hoop 1995:443-444; 1996:111)

Podríamos pensar que (173)-(174) forman una clase de frases verbales por contraposición a (175), que pertenecería a una clase distinta: tenemos que en la primera clase —contrariamente a la clase repre-

sentada por (175)— el contraste entre complemento escueto y determinado tiene un efecto sistemático en la atelicidad / telicidad de la frase verbal y el complemento escueto puede omitirse con relativa o total facilidad. Pero veamos ahora (176).

- (176) a. *El pelotón de ciclistas cubrió / recorrió etapas peligrosas el viernes* (atético)
 b. *El pelotón de ciclistas cubrió / recorrió* (la etapa que quedaba el viernes)* (tético)
 c. **El pelotón de ciclistas cubrió / recorrió _____ el viernes* (atético)

(ejemplos adaptados de de Hoop 1995:441-442; 1996:139 nota 18)

Tenemos nuevamente el contraste de complemento escueto vs. determinado con la consiguiente atelicidad / telicidad de la frase verbal. Pero el complemento no puede omitirse tan fácilmente (si es que se puede). La única manera de ‘salvar’ (176c) es que *el viernes* sea interpretado como objeto de *cubrir* y *recorrer*. Podríamos interpretar a (176) como un caso intermedio o mixto entre (173)-(174) y (175), o al menos suponer que las diversas clases de frases verbales no están totalmente desvinculadas entre sí. Sin embargo, parece que los casos como (176) son más difíciles de encontrar³⁶ que los de (173)-(174), por un lado, y los de (175), por el otro lado. Estos contrastes de (173) a (176) serán motivo de discusión más adelante (3.6.5. *infra*).

Es tiempo de echar un primer vistazo a las nociones de frase verbal transitiva, de objeto y de adjunto, que, examinadas más de cerca, nos llevarán a una segunda hipótesis que ya vislumbramos brevemente bajo el nombre de (II) en la sección 3.3.

³⁶ Parece que verbos como *despedir* y *devorar* se comportan de manera semejante: *Manuel devoró* (pastel de carne) el viernes*, *Los ejecutivos despidieron* (empleados) el viernes* (aunque pueda llegar a decirse *Los ejecutivos estuvieron despidiendo el viernes*, esta oración deja un sabor más marcado en comparación a *Juan estuvo tomando el viernes*). Un grupo de verbos que no admite la omisión del complemento escueto es el de la alternancia causativo / anticausativo: *Los submarinos hundieron* (barcos civiles)*. La razón puede estar en que la ausencia del complemento hace demasiado semejante la frase verbal causativa a la versión anticausativa: *Los submarinos* (se) hundieron*.

3.5. PROBLEMAS PARA LA PRIMERA HIPÓTESIS: LA COMPOSICIONALIDAD VERBO NOMINAL NO PARECE *SINTÁCTICAMENTE* UNIFORME

La hipótesis que acabamos de presentar, como dijimos, enfoca la interacción entre denotaciones del verbo y del complemento. En este enfoque, la diferencia entre una frase verbal télica como *Juan se tomó una cerveza el viernes* y una frase verbal atélica como *Juan tomó cerveza el viernes* está constituida por las propiedades referenciales distintas de ambos complementos *una cerveza* y *cerveza* (referencia cuantizada para el primero; cumulativa y no-atómica para el segundo). Dichas propiedades se transfieren a la frase verbal, en ambos casos mediante exactamente el mismo tipo de papel temático: una relación de incrementalidad estricta (cf. Tabla 17 *supra*). Una característica general es que se da por sentado que la composicionalidad toma la misma forma en todos los casos: la interacción entre dos argumentos —el de evento y el del complemento— mediante un rol temático con ciertas propiedades.

En nuestra introducción a la semántica modelo-teórica vimos dos maneras de considerar un lenguaje: como combinaciones de expresiones desprovistas de significado, o bien, como combinaciones de expresiones inseparables de sus significados (sección 3.1.1.). Un punto importante que vale la pena rescatar aquí es que incluso para las perspectivas que enfocan la semántica de un lenguaje como algo fundamental, la forma de las expresiones complejas —o sintaxis— sigue siendo primordial. Por tanto, no está fuera de lugar buscar en las formas evidencia en favor de alguna hipótesis semántica. En el caso que nos ocupa, podemos suponer que si en las frases verbales cuya telicidad depende del complemento hay en todos los casos dos argumentos semánticos (además del introducido por el sujeto) y que, por tanto, la composicionalidad opera en general del mismo modo entre verbo y complemento, entonces cabría esperar la misma uniformidad desde el punto de vista puramente sintáctico. Sin embargo, esto es precisamente lo que no sucede.

Tabla 17: Descomposición de Papeles temáticos en términos de Propiedades de segundo orden

<i>Ejemplos</i>	<i>Objeto con partes propias</i>	<i>Proyección a Objeto 170e</i>	<i>Proyección a Subobjetos 170f</i>	<i>Unicidad de Objeto 170g</i>	<i>Unicidad de Participantes 170i</i>
Incrementalidad estricta 170j	✓	✓	✓	✓	✓
escribir una carta/dibujar un círculo	✓	✓	✓	✓	✓
dibujar un punto	✗	✓	✓	✓	✓
comerse una manzana	✓	✓	✓	✓	✓
Incrementalidad 170k	✓	✓	✗	✗	✓
leer una carta	✓	✓	✗	✓Ramchand ✗ Krifka	✓Ramchand ✗ Krifka
tocar un gato	✓	✗	✗	✓Ramchand ✗ Krifka	✓Ramchand ✗ Krifka
ver un caballo	✓	✗	✗Ramchand, Krifka (2001) ✗ Krifka 1998:212	✓Ramchand ✗ Krifka	✓Ramchand ✗ Krifka
Integridad de objeto 170l	Irrelevante	✓	✗	✓	✓
Empujar un carrito	✓	✓ (y = parte impropia)	✗	✓ (y = parte impropia)	✓
Montar (<i>ride</i>) un caballo	✓	✓ (y = parte impropia)	✗	✓ (y = parte impropia)	✓

<i>Proyección a evento 170b</i>	<i>Proyección a Subeventos 170c</i>	<i>Unicidad de Evento 170d</i>	<i>Unicidad General de Eventos 170h</i>	<i>Papel temático</i>
✓	✓	✓	✓	
✓	✓	✓	✓	Paciente gradualmente efectuado
✓	✓	✓	✓	
✓	✓	✓	✓	Paciente gradualmente consumido
✓	✓	✗	✗	
✓	✓	✗ (relectura)	✗	Paciente gradual "fuente de representación"
✗	✗	✗	✗ ^c	Paciente efectuado
✗	✗	✗	✗	Estímulo
✗	✗	✗	✗	Paciente holístico
✗	✗	✗ (relación holística con todas las partes de e)	✗	
✗	✗	✗ (relación holística con todas las partes de e)	✗	

^c Krifka (1998:211) advierte que la proyección a subeventos puede llegar a mantenerse para estos verbos (*ver*, *tocar*) en interpretaciones específicas pero que son, claramente, no-incrementales (i.e. no es una proyección secuencial). Krifka observa que de asumirse la unicidad de participantes incluso en estos verbos (como en Ramchand 1997:228, cf. p. 329 *supra*) se excluiría esta posibilidad.

3.5.1. TIPOLOGÍA MORFOSINTÁCTICA DE FRASES VERBALES

Presentaremos aquí la tipología general de frases verbales de Lazard con especial énfasis en los llamados ‘complementos directos’. Acudiremos además a Herslund (2002) y Delbecque (2002) para ajustar esta tipología general al caso del español. En particular, será necesario deslindar dos fenómenos que en Lazard aparecen subordinados uno a otro: la marcación diferencial de objeto (los célebres objetos directos preposicionales) y la polarización de objeto. Los contrastes del español muestran claramente que no hay relación directa entre el primero y el segundo (en Lazard se maneja que el primero es un recurso de marcación para el segundo). Una vez esbozada la situación del español con respecto a dicha tipología, señalamos el vínculo entre ésta y la alternancia de (a)telicidad, lo cual nos llevará a modificar la hipótesis previamente expuesta en 3.4. en favor de la hipótesis (II) que habíamos dejado pendiente en 3.3. Esta última hipótesis es que las frases verbales de tipo *Juan comió pastel / tomó cerveza* son atélicas porque no hay argumento paciente sino solamente el argumento de evento.

3.5.1.1. DISTANCIAS ACTANCIALES Y CORRELACIONES SEMANTICO-COMUNICATIVAS

Como vimos en la sección 1.0.1., Lazard introduce una perspectiva gradualista con respecto a la transitividad sintáctica³⁷ y a la dicotomía que en la literatura anglosajona viene llamándose de adjunto vs. complemento. De hecho, la clásica tricotomía *complemento-oblicuo-adjunto* se desdobla en muchas más tipificaciones de constituyentes en las que cada “clase” es más un punto de referencia que una categoría absoluta. Esto se manifiesta también dentro de la clase de constituyentes que tradicionalmente se han venido llamando *objetos directos*.

“Hay un acuerdo bastante general en que todas las distinciones de objeto, donde son viables, son por regla menos que categóricas: ser tal o cual objeto es fundamentalmente una cuestión de grado” (Plank 1984b:7)

³⁷ La gradualidad es por tanto de forma y no una gradualidad semántico-cognitiva al estilo de Hopper y Thompson (1980).

Razón por la cual Lazard prefiere simplemente hablar de “zona de objeto” que dar por sentados un número finito de tipos de objeto directo. A partir de Lazard (1995b:393; 1999a:100-101) podemos presentar el siguiente esquema:

[construcción bipolar]	[[construcción tripolar]	[construcción bipolar]
NV	N _i	N _k
término incorporado-objeto próximo-objeto máximamente distante -término ‘dativo’ u ‘oblicuo’-actante periférico- circunstante		
[zona de objeto]	- adjeto	- adstante - circunstante
(requerido y regido)	(regido pero no requerido)	(no regido pero requerido) (ni regido ni requerido)

De izquierda a derecha se escalonan las clases de constituyente en términos de su dependencia con respecto al verbo, de manera que primero vienen los más íntimamente relacionados al verbo. A esta gradación se le llama *escala de distancias actanciales*, en que “distancia” refiere al grado en que se presenta dicha dependencia gramatical con respecto al verbo (Lazard 1995b:392-394; 1998:238-240; 1999b:321). Encima de dicha escala presentamos el tipo de construcción, en la tipología de Lazard (véase la tabla 1, p. 29), con la que va asociada cada clase de constituyente por sí sola. Debajo de la escala presentamos distintas denominaciones empleadas para estas clases y los criterios sintomáticos de dependencia que suelen presentar. Los términos de *adjeto* y *adstante* se utilizan por contraste a los de *objeto* y *circunstante* respectivamente, para remarcar convenientemente tanto parentesco como diferencias. El típico adjeto es el complemento dativo o indirecto, también llamado “oblicuo” por Lazard.³⁸ Cualquier otro complemento local que esté regido y los objetos con régimen preposicional [*prepositional objects of traditional grammar*] serían, también, adjetos (Herslund 2002:16). “Regido” significa aquí que el verbo restringe la forma que puede tomar el constituyente en

³⁸ Otros autores como Herslund (2002:16-18) reservan el término *oblicuo* para cualquier constituyente que, siendo un argumento principal, no esté en nominativo. Concretamente, serían oblicuos el acusativo y ablativo pero genitivo y dativo no serían ni oblicuos ni “rectos”. Sin embargo, el uso de la terminología nunca es muy tajante y Herslund (2002:19) ocasionalmente vuelve a hablar del genitivo y dativo como “oblicuos” apartándose de su propio uso inicial. En Abraham (1981:89-90), tenemos que el nominativo es el único *casus rectus*, y se agrupan como *casus obliquus* al acusativo, dativo y genitivo.

cuestión, de lo contrario éste puede adquirir distintas formas.³⁹ El requerimiento se refiere, claro está, a su opcionalidad. De momento nos interesa evaluar sintácticamente la hipótesis presentada en la sección previa (3.4.), con respecto al contraste que repetimos aquí como (177).

- (177) a. *Tomó cerveza el viernes* (atélico)
 b. *Se tomó*(el cartón de cerveza) el viernes* (télico)
 c. *Tomó _____ el viernes* (atélico)

De manera que la parte relevante de la escala es la que Lazard denomina *zona objetal o de objeto*. Esta es la zona de la escala definida por las distintas manifestaciones de la relación de objeto directo (Herslund 2002:17).

Antes de proseguir, vale la pena recordar una peculiaridad de la escala que acabamos de presentar: de entre todos los actantes hay uno señalado con el índice “0” es decir N_0 . A la izquierda la indización numérica decrece y a la derecha, crece. Esto simplemente señala que el punto “0” de la escala es el de máxima transitividad (sintáctica) de una construcción que posea un constituyente adicional al del sujeto. Si el constituyente se aleja de dicho punto, la transitividad decrece *en ambas direcciones*. El límite de la zona objetal coincide precisamente con el punto de transitividad (sintáctica) máxima. Aunque la escala de ‘distancia actancial’ refiere a un fenómeno puramente morfosintáctico, Lazard señala una serie de correlaciones semánticas asociadas a dicha escala. Esto es lo que nos permite utilizarla para examinar un tipo específico de alternancia télico/atélico: la que se da por sensibilidad a la distinción masa/contable de la frase nominal objeto. La tabla 18 resume las correlaciones semánticas que han resultado ser relevantes translingüísticamente con respecto a las distintas posiciones en la zona objetal y, de manera más general, con respecto a las variaciones actanciales, incluyendo distintas diátesis.

³⁹ Esto remite básicamente a la forma gramatical, sin embargo Cano Aguilar (1987:37) sugiere que la exigencia, por parte del verbo, de que el objeto tenga ciertos rasgos temáticos puede verse como una parte de la noción de rección, en cuyo caso la rección también incluiría la determinación de la “forma semántica” del complemento.

Tabla 18. Escala combinada de humanidad y definitud (Lazard 1984b, 283)

1	2	3	4	5	6
Pronombres de 1ra y 2da persona.	Pronombres de 3ra pers. & Nombres propios	Definido	Indefinido	Masa	Genérico ^d
		Humano	No-humano		
	A	B	C	D	E

+CONTABLE

+Referencial

+temático

D –CONTABLE

–Referencial

+remático

^d Es menester alertar al lector de que el uso del término *genérico* no es del todo parejo entre sintactistas y semantistas de diversas corrientes (una observación similar con respecto al término ‘partitivo’ se encuentra en Ramchand 1997, véase nuestra nota 101, p. 421). Esta divergencia se origina en la ambivalencia del término *genérico*, que puede estar remitiendo, o bien, al concepto de **objeto general** (un objeto cualquiera sin particularidades que lo distinguan de otros), o bien, al concepto de **género** (clase). En algunos textos de tipología (cf. Lazard 1984b, 1999b), el término *genérico* suele usarse en el sentido de **objeto general** (como un representante cualquiera de una clase) para calificar frases nominales que no parecen referir a individuos particulares y que, por tanto, se consideran con una referencia deficiente o menos precisa, si es que tienen (cf. Lazard 1999b:310, habla de “objeto parcial” o de “objeto menos individuado”). Cano Aguilar (1987:54, 58, 77, 79, 108) utiliza el término *genérico* como equivalente de “más general” en el sentido de menos preciso. En este uso, por ejemplo, la palabra *competición* es genérica cuando se usa para referir a *cualquier* competición (pero no a *todas* las competiciones ni a una específica); “genérico” es, pues, “no-específico” y engloba tanto la referencia a individuos en su calidad de instanciaciones de una propiedad, como la referencia a la propiedad misma. En un ámbito de semántica formal, y especialmente a partir de Carlson (1977), la lectura *genérica* es algo más restringido y específico: una referencia genérica remite al uso de una frase nominal en la que ésta tiene por referente a la totalidad de una clase o conjunto de individuos (y refiriendo a ellos de manera *inclusiva* —i.e., exhaustiva—, para usar el término de Hawkins 1978), es decir, con referencia al **género**. En el sentido de que la referencia a la clase es exhaustiva, ésta se considera una interpretación *fuerte* y bien definida de la frase nominal (al contrario de lo que el uso previamente señalado del término suele tener implícito). Si una frase nominal se usa remitiendo a una clase, pero no de manera exhaustiva (esto es, la referencia es *exclusiva*, para usar la terminología de Hawkins 1978), ya no tenemos una interpretación genérica *sin importar que la frase nominal esté remitiendo a una clase* (véase, por ejemplo, el comentario de de Hoop 1996:116 nota 25/140). Ésta última sería una interpretación *débil* o *existencial* de una frase nominal de clase. Por último, si una frase nominal es utilizada para remitir, no a una clase —ya sea de manera inclusiva o exclusiva— sino a la propiedad definitoria de ésta, tenemos una inter-

El punto de quiebre entre un objeto N_0 máximamente distante (y mayor transitividad de la construcción) y un objeto “cercano” suele ser, según Lazard, el punto marcado como “C”, es decir el de la definitud vs. indefinitud.⁴⁰ A la derecha de este punto se encuentran las interpretaciones semánticas que corresponden a un objeto cercano o coalescente con el verbo y a la izquierda las que disparan (o son disparadas por) un objeto pleno N_0 . Sin embargo para el español, y muchas lenguas más, resultará evidente que el punto de quiebre relevante es en realidad “D”, para lo que es el objeto lejano y cercano.

Como la Tabla 18 no está diseñada para una lengua en particular ni menos aun para un tipo de variación específico, sino como principio muy general para varias lenguas y clases de variación (cambio de diátesis, incorporación, marcación diferencial, cambio de caso...etc),

pretación intensional que, aquí sí, no tiene referencia, al menos en el sentido acostumbrado. Un uso laxo del término *genérico* pondría bajo la misma etiqueta a todos los casos anteriores y les daría una connotación de frase nominal no-argumental, no-referencial, no-individualizada o con cierta debilidad. Para remarcar el carácter ‘fuerte’ de lo que los semantistas llaman “interpretación genérica”, es interesante notar que autores como McNally (1995) señalan que estas interpretaciones únicamente son accesibles para las frases nominales (del español) que tengan un determinante definido. En esta misma línea, Hawkins (1978:159, 165, 214-221) equipara la interpretación genérica de las frases plurales y de masa —del inglés— a las FN con artículo definido. Más aún, dado que la interpretación genérica se basa únicamente en el contenido semántico del núcleo nominal (cf. Kleiber 2001), ésta es un candidato ideal para la referencia definida en la medida de que satisface el requerimiento de que tanto el hablante como el oyente compartan el conjunto de entidades relevantes. Por último, podemos interpretar el genérico como un razonamiento por defecto que abre la posibilidad de excepciones (Kleiber 2001:124, 287). Como habrá podido constatar el lector, la fluctuación en las implicaciones de la etiqueta *genérico* pueden ir casi en direcciones contrarias según el punto de vista desde el cual se emitió: para buen número de sintactistas “genérico” es casi sinónimo de “no-referencial” y de “vago”, en tanto que para semantistas “genérico” tiene un sabor fuertemente referencial e individualizador de clase. Es importante tener esta disparidad en mente ya que de Hoop (1996) y McNally (1995) utilizan el término en el segundo sentido y Lazard lo utiliza en el primer sentido, que, en ciertos contextos, es casi opuesto.

⁴⁰ Pero señala que cada letra A, B, C, etc., corresponde a puntos críticos en relación a variaciones actanciales en las lenguas del mundo, ejemplificando diferencias de diátesis o de caso e incorporación con respecto a todos los puntos de la escala mediante distintas lenguas (Lazard 1984b:283-284). También concluye que una misma lengua puede tener más de un punto crítico en esta escala (Lazard 1984b:284). En Lazard (1998:220) se ejemplifica esto mismo con respecto a la marcación diferencial de objeto. Para el español, propone el punto C con respecto a la marca preposicional *a* pero no menciona a D para los objetos despolarizados/polarizados.

presenta cierta vaguedad. Con respecto a la correlación semántica hay al menos cuatro jerarquías distintas entremezcladas. En el nivel notional de la oración tenemos dos posibilidades: la oposición definido/indefinido y la oposición referencial/no-referencial. En el nivel de perspectiva comunicativa tenemos la oposición tema-remata. Por último tenemos una escala de “empatía”, es decir, diferentes grados en que la primera persona (el hablante) puede identificarse o ponerse en los zapatos de la entidad denotada por el objeto en cuanto a autonomía, animacidad/humanidad e individualidad (Herslund 2002:27-28). Cualquiera de estos cuatro factores puede, translingüísticamente, disparar una distinción en la codificación del objeto (cf. Lazard 1999b:305-307). Por ello la tabla resulta un tanto confusa en el sentido de que las distintas correlaciones semántico-comunicativas no tienen por qué coincidir y usualmente no lo hacen.

3.5.1.2. LA MARCACIÓN DIFERENCIAL: DEL PERSA AL ESPAÑOL

La confusión surge cuando a un fenómeno denominado *marcación diferencial de objeto* Lazard le asigna el mismo conjunto de correlaciones semántico-comunicativas que a la polarización/despolarización de objeto:

“En un gran número de lenguas el objeto está o no está marcado por un morfema relacional (preposición, posposición, etc.), de acuerdo con su definitud y/o humanidad (o animacidad) y/o tematicidad. Este fenómeno ha sido denominado ‘marcación diferencial de objeto’ (cf. Bossong 1985a).” (Lazard 1998:168)

Luego simplemente se identifica la variación entre objetos cercanos o coalescentes con el verbo y objetos “máximamente lejanos” o polarizados, con la *marcación diferencial de objeto* como si ésta última sólo fuera un medio, entre otros, de señalar dicha polarización (Lazard 1998:96):

“Por otra parte, existen en diversas lenguas construcciones en las que puede identificarse más de un objeto. Esto conduce a plantear la existencia de una *zona objetal*, que puede comprender varias posiciones actanciales (...). Esta zona es la de los actantes que son, gramaticalmente, los más «próximos» del verbo: esta proximidad gramatical toma a menudo, pero no necesariamente, la forma de una proximidad en la cade-

na. Cuando hay varios objetos, es decir varios actantes al interior de la zona objetal, el más *próximo* (gramaticalmente) del verbo tiende a ser no-referencial y no-humano; el más *distante*, por el contrario, tiende a ser referencial y definido. **En caso de «marcación diferencial», es este objeto distante el que porta una marca morfológica.**” (Lazard 2001b:162, las negritas son mías)

Recordemos que el objeto distante no es otra cosa que el objeto polarizado, pero en tal caso, lo que Lazard afirma aquí es que en lenguas con marcación preposicional de objeto (como el español), *todos los objetos polarizados llevan esta marca*, lo cual obviamente no se sostiene para el español. Este colapso entre polarización de objeto y marca diferencial se basa en un inicio en datos del persa que el propio Lazard (2003:2) califica de lengua “muy peculiar” con respecto a la sintaxis de sus objetos. El persa carece de índices actanciales de objeto y de un sistema de artículos plenamente desarrollado, con posesivos y demostrativos pero con solamente el artículo indefinido:

“La variación a menudo toma la forma de “marcación diferencial de objeto”. En Persa, por ejemplo, un objeto definido es marcado mediante la posposición *râ*. [...] *râ* no es un artículo: no aparece ni con un agente ni con una FN oblicua. Siempre acompaña al objeto definido, ocasionalmente acompaña al objeto indefinido específico pero nunca (excepto en caso de tematización) acompaña al objeto no-referencial.” (Lazard 1998:184-5)

Pero esta preferencia por la definitud (Lazard 1984b:273, 284) como factor semántico en la polarización de un objeto es cuestionable. Es posible que en persa y, de manera más general, en las lenguas sin artículo definido, la marcación diferencial se utilice como mecanismo compensatorio para sugerir definitud en vista de la ausencia del artículo correspondiente.⁴¹ La marca diferencial, en persa, levanta la lectura definida para el objeto escueto, levanta la lectura específica para el objeto con artículo indefinido y acompaña a los objetos con

⁴¹ La prueba de que la marca diferencial no es un artículo y no marca definitud está en el hecho señalado por Lazard de que nunca aparece con sujetos o con oblicuos (como se esperaría de un artículo o de una marca de definitud). La consideración de que funcione como un mecanismo compensatorio en la posición de objeto puede justificarse por la posición sintáctica particular que se presta a interpretación predicativa y/o adverbial.

demostrativo o posesivo (Lazard 1984b:278; 2003:2).⁴² En español, como ya señalamos en 1.0.1., tenemos artículo definido que puede o no ser acompañado de una marca diferencial (la preposición *a*).

Lazard (1984:286) declara que la construcción biactancial tripolar está marcada en persa con el morfema *râ* y la construcción biactancial bipolar no lo está, identificando así la marcación diferencial de objeto con la polarización/despolarización. Tras presentar los datos del persa, Lazard (1984, 1998, 2003) siempre señala que al igual que ésta, otras lenguas —entre ellas el español— tienen marcación diferencial de objeto, pero nunca advierte que en algunos de estos casos la marcación diferencial debe disociarse del contraste bipolar/tripolar. En particular se habla de la marcación diferencial de objeto y de la concordancia de objeto como si fueran dos recursos excluyentes de polarización⁴³ que se presentan en lenguas distintas (Lazard 1998:235-236; 2003:6-7). Para el recurso de la marcación prepositiva señala como ejemplos al persa, al hebreo, al rumano y al español; y para la concordancia de objeto señala al húngaro, al bantú, al náhuatl, al ostiak, pero...; No al español ! (Lazard 1998:168-9, 184-6, 204, 222-3, 235-7, 243; 1999b:305-306, 317).⁴⁴

⁴² Esta explicación en términos de mecanismo compensatorio podría no ser correcta. En Herslund (2002:36) se observa que el rumano, a pesar de poseer artículo definido, suele botarlo tras una preposición, y en especial cuando dicha preposición es la marca diferencial de objeto (sin perder la interpretación definida). Quizás sea mejor verla como una marca general que acompaña a todo complemento de objeto en “lectura fuerte” (véase 3.6.3.2. y 3.6.4.2. *infra*). La posición predicativa del complemento puede estar en la raíz de esta necesidad de marcar claramente lecturas fuertes contra débiles.

⁴³ Justo al inicio de su libro, Lazard (1998:1) advierte que la relación entre nombre y verbo se marca mediante diversos recursos que son utilizados a menudo simultáneamente en una misma lengua. La presentación por separado y mediante distintas lenguas de dos de estos mecanismos (marcación pre/positiva y concordancia de objeto) obedece posiblemente a razones de claridad en la presentación, sin embargo llama la atención que no se exponga explícitamente un caso de copresencia entre ambas marcaciones, y que el caso del español se ponga en el mismo rango que el del persa y no se mencionen sus clíticos de objeto, que valen por una conjugación objetiva “a la húngara” (salvo porque en húngaro los objetos son actantes dúplex y en español suelen ser actantes símples, véase 1.0.1). Cano Aguilar (1987:31 nota a pie 41) observa que la propuesta de una “conjugación objetiva” para el español es bastante añeja.

⁴⁴ Lazard (1998:11) menciona en un principio que las lenguas romances tienen índices actanciales de acusativo y dativo, con la peculiaridad de que éstos suelen aparecer en distribución complementaria de los actantes (i.e. en ausencia). Pero posteriormente sólo enfoca la marcación prepositivo-acusativa del español sin mención alguna de la “conjugación” acusativa mediante clítico; Herslund (2002:32)

En Lazard (1998) se señala como diferencia general entre objetos polarizados y despolarizados que los primeros pueden pasivizarse en tanto que los segundos no.⁴⁵ O bien, en términos más generales, que los objetos polarizados son más accesibles a manipulaciones morfosintácticas que los despolarizados (Lazard 2003:5), como por ejemplo, la relativización (Alonso Ramos 2004:213-226, 251). Otras diferencias remiten al hecho de que una lengua utilice el recurso de marcación diferencial prepositiva, en cuyo caso el objeto polarizado es el marcado. Si *en lugar de la marcación prepositiva* tienen índices actanciales para objeto, entonces el objeto polarizado aparece en la frase verbal con conjugación objetiva pero si es el despolarizado, aparece con la conjugación subjetiva.⁴⁶ El problema es que no sola-

en cambio, remarca que el español y el rumano son de las pocas lenguas romances que utilizan sistemáticamente [*consistently*] la concordancia de clítico aunque el actante en cuestión no esté dislocado. Si bien esto es definitivamente el caso para el clítico dativo, que es obligatorio, el clítico acusativo en co-presencia me parece muy alejado de un “uso consistente” con constituyentes no-dislocados.

⁴⁵ Hago caso omiso de los ejemplos con doble acusativo del latín que pasivizan cualquiera de los dos objetos, uno más “cercano” al verbo que el otro (contrariamente a las construcciones de doble acusativo del alemán, cf. de Hoop 1996:71-72 y nuestra nota 67, p. 375).

Ejemplo sin pasivizar: *consul-Ø* [NOM] *roga-t* [3SG] *senator-em* [ACC] *sententia-m* [ACC].

Ejemplo con pasivización del objeto “más lejano”: *senator-Ø* [NOM] *roga-tur* [PASS:3SG] *sententia-m* [ACC].

Ejemplo con pasivización del objeto “más cercano”: *sententia-Ø* [NOM] *roga-tur* [PASS:3SG] *a senator-e* [ABL] (o bien *senator-i* [DAT]).

Cuando uno de los objetos se pasiviza, el otro queda inalterado en acusativo (si es “el más cercano”), o bien queda como oblicuo (si es “el más lejano”). Aunque Lazard habla en este caso de menor y mayor cercanía del objeto —subrayado y en negritas respectivamente— lo hace en términos relativos. Y aunque Fugier (1991/1994 *apud* Lazard 1995b:391; 2003:9; 1998:87) habla de incorporación para el objeto “cercano” en estas construcciones, no me parece que la situación sea equiparable a la de objetos polarizados y despolarizados. Más bien tendríamos un objeto regular y una especie de adjeto en acusativo (en tal caso estoy asumiendo que el objeto que permanece en acusativo es más lejano al verbo, y no más cercano, con respecto al objeto *senatorem*). Por ello tampoco podría decirse que en estas construcciones tenemos un ejemplo de objeto despolarizado que puede pasivizarse —cosa que de hecho Lazard se cuida de decir— (véase para más detalles: Lazard 1995b:390-392; 1998:86-87; 2003:9).

⁴⁶ Los términos *conjugación subjetiva* / *objetiva* suelen usarse para el caso específico en que los índices actanciales de objeto forman un amalgama inanalizable con la concordancia de sujeto, sin embargo, puede usarse para calificar las frases verbales romances transitivas para distinguir aquéllas en las que hay índices actanciales

mente el español tiene ambos recursos sino que las oposiciones no coinciden. La pasivización en este caso depende de que los complementos tengan índices actanciales asociados —clíticos de concordancia— (sin que éstos últimos garanticen siempre la posibilidad de pasivización, Delbecque 2002:110-111), y parece no tener ninguna relación con la preposición *a*. La posibilidad de pasivizar y la conjugación objetiva fueron ejemplificadas en 1.0.1. con (6) para el objeto polarizado, y con (7) para el objeto despolarizado o “cercano”, repetidos aquí como (178)-(179):

- (178) a. *La empresa constructora despidió*(a los empleados)*
 b. *La empresa constructora*(los) despidió*
 c. *Los empleados fueron despedidos (por la empresa constructora)*
- (179) a. *Alejandra comió (marisco) gustosamente*
 b. *Alejandra (*lo) comió gustosamente*
 c. **Marisco fue comido gustosamente (por Alejandra)*

Pero es evidente que los objetos con artículo indefinido del español (y de muchas lenguas más)—sin ser necesariamente específicos— cumplen con el criterio de pasivización (180c) y de clítico de concordancia (180b), aunque carezcan de la preposición *a*.

- (180) a. *La empresa constructora despidió*(unos empleados)*
 b. *La empresa constructora*(los) despidió*
 c. *Unos empleados fueron despedidos (por la empresa constructora)*
 d. *Unos empleados son despedidos todas las noches como escarmento*⁴⁷

Son por tanto objetos polarizados e indefinidos. No queda más que decir con Sanz (2001:51) que “nociones como la definitud o la especificidad no proveen una manera adecuada de describir la naturaleza de los objetos involucrados”. Todo esto sugiere que la tipología de construcciones de Lazard requiere aún mayor refinamiento: la construcción biactancial, esto es transitiva, se divide en bipolar y tripolar.

de acusativo (patentes o latentes), frente a aquellas en que no los hay, ni en presencia ni en potencia.

⁴⁷ Un breve sondeo indicó que esta oración pasiva con sentido habitual y sujeto indefinido inespecífico les suena extraña a algunos hablantes, pero les sonó totalmente normal a otros (el autor incluido).

Ahora bien, considerando los criterios, tanto de la asociación con un índice actancial de objeto (positiva para la tripolar, negativa para la bipolar) como la de marcación preposicional/diferencial, queda claro que en lenguas como el español, la marcación diferencial (o su ausencia) no se corresponde con la polarización del objeto. Consecuentemente, dicha marcación diferencial (preposición *a/∅*) es con toda seguridad —en este caso al menos— paralela y distinta a la (des)polarización de un objeto. Por otra parte, en la sección 1.0.1., ya vimos que Lazard (1984b:288) considera —y en esto sí es tajante— que la posibilidad de distinguir entre actantes polarizados y despolarizados es exclusiva de los objetos directos, y que los sujetos siempre son un ‘polo’ de la construcción. En otras palabras:

“La relación de objeto, realizada mediante una zona internamente diferenciada, se opone así a la manifestación individual y unitaria del argumento constituyente de proposición, el sujeto.” (Herslund 2002:17)

Pues bien, el concepto de *marcación diferencial de objeto*, que proviene de Bossong (1985), parece no ser exclusiva del objeto, sino que también puede —en ciertas lenguas— presentarse con actantes-sujeto:

“Según las lenguas, la diferencialidad de marcación puede referirse sea solamente al acusativo (A), sea al acusativo y al nominativo (A, N); esto en acuerdo con una implicación universal que he observado y formulado en publicaciones anteriores, implicación según la cual la marcación diferencial de objeto puede encontrarse aislada en una lengua, pero que una eventual marcación diferencial de sujeto no se observa más que en presencia simultánea de la marcación diferencial de objeto. En otros términos, MDS implica MDO, pero no a la inversa (...)” (Bossong 1997:213)

Por todas estas razones⁴⁸ adoptamos el punto de vista de que es la estructura de frase y la oposición determinado/escueto la que distin-

⁴⁸ Sin embargo, en relación a la despolarización como recurso exclusivo de la zona objetual —sea en forma de coalescencia o de incorporación—, Herslund (2002:21) observa que a veces también se encuentra en función gramatical de sujeto, y de Hoop (1996:116, 178-187) propone que así como los objetos pueden formar “parte del predicado” (incorporarse), algunos sujetos también pueden incorporarse. También Lazard (1998:15-16) advierte que a pesar de la rareza del fenómeno, los sujetos llegan a sufrir incorporación inclusive en construcciones biactanciales. De esta manera, tanto la marcación diferencial —mediante presencia/ausencia de adposición— como la (des)polarización —mediante presencia/ausencia de concordancia y/o de determinantes— no son siempre exclusivos de la zona objetual.

que objetos distantes y cercanos en la zona objetal del español, en tanto que la marcación diferencial con *a* señala algo adicional. Nos distanciamos pues de la persistente tendencia a tratar ambos fenómenos como si fueran uno mismo (cf. Farkas 2001:24).

3.5.1.3. POLARIZACIÓN MEDIANTE DETERMINANTES Y ESTRUCTURA DE FRASE

Consideraremos, pues, que un objeto directo cuya frase nominal está marcada para el contraste definido/indefinido mediante determinante es un objeto *formalmente*⁴⁹ polarizado, independientemente de si está marcado con preposición o no. En este sentido, nuestra visión es similar a la de David Gil (1987), en que el español correspondería a una lengua del Tipo A:

“Voy a argumentar que la tipología de Frase Nominal es un producto combinado de dos parámetros que co-varían, el de configuracionalidad y el de la distinción masa-contable. Específicamente, las lenguas de Tipo A tienen FNs configuracionales y distinguen entre nombres contables y de masa, mientras que las lenguas de tipo B tienen FNs no-configuracionales y no distinguen entre nominales contables y de masa, sino que tratan a todos los nominales como masa. [...] Por tanto, en las lenguas Tipo A la distribución de nominales escuetos, como *libro*, es considerablemente más restringido que la de los nominales contruidos con artículos, como *un libro*, *el libro*. Por consiguiente, a estas expresiones les son comunmente asignadas categorías sintácticas diferentes. Específicamente, si a un nombre escueto —u otra expresión nominal— le es asignada la categoría Nn (FN de nivel-barra n), entonces la misma expresión en construcción con un determinante definido o indefinido le es asignada la categoría $Nn+1$. [...] *siendo la función de los artículos definido e indefinido en las lenguas de Tipo A la de ‘elevar’ una expresión de la categoría Nn a la categoría $Nn+1$ e incrementar con esto la cantidad de estructura sintáctica X-barra interna de la FN [the amount of NP-internal bar syntactic structure].*” (Gil 1987:255-57, énfasis mío).

⁴⁹ Como se verá más adelante (3.6.5.1. y 3.6.5.3.), el que un complemento tenga toda la apariencia de objeto pleno, polarizado, no siempre garantiza su interpretación semántica como argumento independiente, comportándose a veces —en términos de interpretación— como un objeto despolarizado.

En convergencia con Gil (1987), Herslund (2002:17, 20) plantea que la emergencia de un sistema regular de determinantes paralelo al surgimiento, como consecuencia, de una estructura de frase fija, proporciona una nueva posibilidad de diferenciar objetos, tras la pérdida del sistema de casos latino. La frase nominal latina se basa sólo en la concordancia de caso, en tanto que la incipiente frase nominal “romance” conserva la concordancia de número y género pero pierde la de caso, auxiliándose entonces en la dependencia estructural:

“[...] la creación de artículos cambia el panorama en cuanto que es creada una nueva estructura de grupo en la que el nombre y sus modificadores, por sí mismos, dependen de un elemento pronominal, el determinante-artículo” (Herslund 2002:20)

Consecuentemente, también emerge la posibilidad de distinguir entre nominales ‘articulados’ y nominales escuetos. En (181) presentamos los contrastes de Herslund (2002:20).

- (181) **Relación directa con el verbo: ausencia de estructura de frase, concordancia de caso dentro de la FN**
- a. ... *Illu-m ... caballu-m ... nigru-m ...* [latín]
Relación mediada: dependencia con el núcleo nominal vía concordancia de género y número
- b. ... *Illu - caballu - nigru ...* [romance]
Posibilidad de explotar funcionalmente la oposición articulado/escueto
- c. *Vendere caballu* / *vendere {unu / illu} caballu*

En (181a), tenemos la frase nominal latina que, con concordancia de caso, tiene mucha libertad estructural —representada por los puntos suspensivos internos—. En (181b), la frase nominal ha perdido la concordancia de caso, lo que lleva a la pérdida de libertad estructural. De la dependencia directa al verbo se pasa a la dependencia intermedia con respecto al determinante que, mediante concordancia de género y/o número, se encarga ahora de mantener relacionados los constituyentes internos de la FN. Estas frases nominales dependientes del artículo contrastan ahora con las frases nominales escuetas que se “anclan” directamente al verbo (181c). Esta divergencia morfosintáctica entre objetos tiene consecuencias semánticas porque, como señala Herslund (2002:21), la

utilización más natural de los nominales escuetos es como predicativos. Al desaparecer las marcas de caso, la frase nominal de objeto escueta es ahora idéntica en forma a estos nominales utilizados en contexto predicativo. Como consecuencia, y en analogía a los nominales predicativos aplicados a frases nominales, los objetos escuetos tienden a interpretarse como predicativos sobre el verbo en vez de como argumentos. Sin embargo, una posición de actante, en una oración simple, típicamente requiere de una interpretación referencial que proporcione un argumento semántico. Ante la sorpresa de encontrar interpretaciones predicativas en posiciones actanciales —típicamente referenciales—, Herslund (2002:26-27, 35) plantea que las lenguas (o distintas etapas de una misma lengua) reaccionan de distinta manera. O bien aceptan la similitud objeto escueto-predicativos y adoptan la incorporación de objeto —en calidad de predicativo sobre el verbo—, o bien, prohíben los nominales escuetos en posición de actante. Una reacción de este tipo debe buscar entonces una solución diferente para señalar complementos no-referenciales en la zona objetal. Esto da lugar a contrastes del tipo mostrado en (182), en que el francés moderno, que rechaza los nominales escuetos en posición de actante, marca el objeto predicativo mediante preposición *de* para señalar su uso adverbial (Herslund 2002:26), estrategia que Herslund (2002:37) llama “versión restringida de incorporación”, en tanto que el español usa el objeto escueto “incorporado” como una estrategia menos restringida.

- (182) a. *Il n'a pas vu un petit chat* [referencial fuera del alcance de la negación]
 No ha visto a un pequeño gato (= hay un pequeño gato que él no ha visto)
- b. *Il n'a pas vu de petit chat* [no referencial bajo el alcance de la negación]
 No ha visto gato pequeño alguno
- c. *No traço el pastel* [referencial-específico fuera del alcance de la negación]
- d. *No traço pastel* [no referencial bajo el alcance de la negación]

En cualquier caso, la aceptación de complementos predicativos en posiciones de actante es progresiva y comienza por los contextos de “referencia reducida”, es decir, contextos de negación, intensionales y con modalidades “irrealis” o hipotéticas, condicionales e interroga-

tivas (Herslund 2002:21, 25-27, 35). Esto se muestra en (182) con la interacción entre referencialidad del objeto y la negación; y en (183) en que el objeto “predicativo” no-referencial es más natural en contexto interrogativo.

- (183) a. † *Te apartamos un lugar !*
 b. ‡ *encontraron lugar ?*
 c. † *Te apartamos lugar !*
 d. ‡ *encontraron un lugar ?*

Nótese que las cuatro combinaciones de (183) son posibles pero que (183c/d) son, así sea ligeramente, más marcadas que (183a/b). Pero a pesar de que en el español la utilización de estos “objetos no referenciales” tiene poca restricción, en otras lenguas sucede lo contrario. Para el francés moderno, los objetos predicativos adverbializados mediante preposición son ilícitos en casi cualquier enunciado afirmativo (184).

- (184) a. *Il n'a pas vu de petit chat*
 b. **Il a vu de petit chat*

Por supuesto este recurso de adverbializar mediante una preposición —reductor de transitividad— debe diferenciarse de la marcación diferencial bajo la cual la preposición marca una mayor prominencia del objeto (cf. Lazard 1998:164).

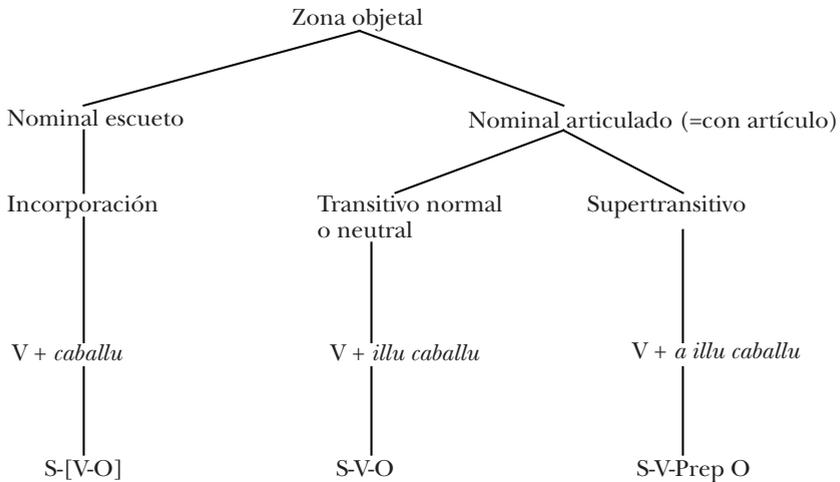
En la zona objetal del español, los fenómenos de concordancia pronominal clítica y pasivización perifrástica no son concomitantes con la aparición de la marca diferencial prepositiva *a* (ni viceversa). Puesto que, al menos para el español, hemos deslindado la *polarización* de un objeto de su *marcación diferencial*, nos encontramos ante lo que parece un sistema doble.

3.5.1.4. UN SISTEMA DOBLE DE TRANSITIVIDAD: POLARIZACIÓN + MARCACIÓN DIFERENCIAL

Si la frase verbal del español consta de un sistema doble de codificación del objeto cabe preguntarse cuál es la relación entre ambos sistemas. Concretamente, la cuestión es si debemos considerar que ambos sistemas están alineados en una misma escala, o bien, si debemos considerarlos paralelos. Una primera hipótesis es que la marca-

ción con preposición únicamente atañe a la construcción tripolar (en vez de distinguir entre la tripolar y la bipolar, como sugiere Lazard basándose en el persa), de la cual, por tanto, tenemos dos clases: con objeto preposicional o sin preposición. Tendríamos una escala morfosintáctica única en que, de menor a mayor transitividad, vendrían los objetos escuetos, después los objetos polarizados y por último los objetos polarizados con el añadido de una preposición *a*. Esta es precisamente la propuesta de Herslund (2002:18, 28, 34-35) para el Protorromance que esquematiza con sus figuras 4 y 6, fusionadas a continuación en la figura 11:

Figura 11: transitividad en el protorromance



La preposición *a* distingue entre dos construcciones tripolares, una transitiva y la otra ‘supertransitiva’ o ‘anti-incorporante’, para usar los términos de Herslund. Esto converge con el trabajo de Delbecque (2002) en el que se propone precisamente que en español tenemos una doble clase de construcciones transitivas⁵⁰: con *a* o sin *a*.

⁵⁰ Como criterio de transitividad apela a la cliticación acusativa y a la posibilidad de pasivización perifrástica, de modo que considera implícitamente a las construcciones con objeto escueto como intransitivas (la pasivización también juega un papel importante en de Hoop 1995:444; 1996:71-72). “Transitivo” remite entonces a la categoría lazardiana de “transitivo tripolar”. Cano Aguilar (1987:16, 28-31, 97) observa, respaldado por buen número de autores y ejemplos, que la transitividad

Herslund (2002:34-35) va más allá y propone que este esquema transparenta las siguientes implicaciones tipológicas:

- 1) si una lengua posee la construcción incorporante (verbo con nominal escueto), entonces posee la construcción transitiva ‘normal’ o ‘neutra’ (verbo con nominal y determinante), pero no viceversa. Ejemplos del primer caso: francés antiguo e italiano; ejemplos del segundo caso: francés moderno: ✓ *chercher un mari* / **chercher mari* / ✓ negación + *chercher de mari*.
- 2) si una lengua posee la construcción “supertransitiva” (con marcación diferencial pre o pospositiva) entonces posee también la construcción incorporante; ejemplos: español y rumano. (Pero no viceversa. El italiano —por ejemplo— tiene la construcción incorporante *cercare marito*, que contrasta con la transitiva “neutra” *cercare un marito*, pero no tiene la construcción “supertransitiva” **cercare a un marito*)

El esquema claramente refleja que la distinción entre transitivo normal y supertransitivo presupone la distinción entre nominal escueto y articulado, es decir, la polarización de objeto. Sin embargo, Herslund (2002) no es lo suficientemente explícito en cuanto a la amplitud de validez para estas implicaciones. Por ejemplo, no queda claro si estas implicaciones deben restringirse a lenguas con estructura de frase o si se pretenden universales. Tendríamos de inmediato un problema con el persa, que tiene marcación diferencial pero no reconoce la distinción entre nominal escueto y articulado.⁵¹ A estas dos implicaciones añade tentativamente una tercera.⁵²

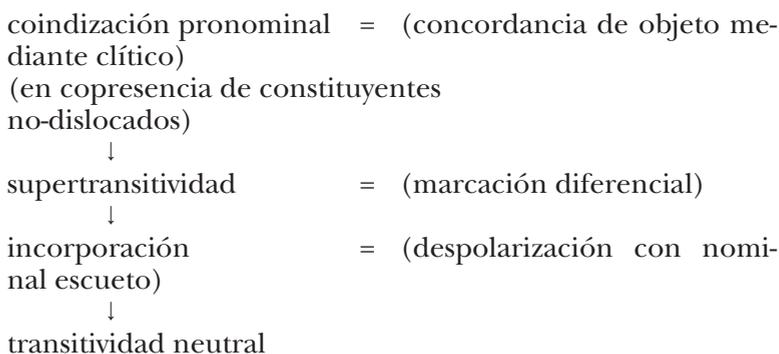
definida con base en la posibilidad de pasivizar no coincide con la transitividad definida con base en la presencia de un objeto pronominalizable. Éste último es el criterio que Cano Aguilar toma por más fiable (1987: 31, 57). Alonso Ramos (2004:251) parece asociar la imposibilidad de pasivizar con la ausencia de determinante, sin que dicha ausencia afecte la posibilidad de pronominalizar y relativizar. Los ejemplos que presenta con objetos escuetos pronominalizados y relativizados, sin embargo, me parecen algo extraños, aunque sean definitivamente más tolerables que las versiones pasivizadas: {*Juan prendió fuego a la casa* y *María lo prendió al chalet* / *El fuego que le prendieron a la fábrica causó grandes destrozos* / **Fuego fue prendido a la casa por María*}. Cabe observar, por ejemplo, que el objeto relativizado ha dejado de ser escueto y aparece con el artículo definido.

⁵¹ Para un ejemplo persa de objeto cercano no escueto y que, en particular, admite determinante indefinido, véase Lazard (2003:3); sin embargo, como criterio general, se sostiene que el nominal coalescente con el verbo típicamente carece de determinantes (Lazard 1998: 14-15).

⁵² Herslund (2002:35, figura 9) únicamente propone la cadena implicativa que sigue. La implicación n°3 no la escribe textualmente, pero se deduce directa-

- 3) Si una lengua tiene concordancia de objeto mediante clítico pronominal y la utiliza (al menos ocasionalmente) con constituyentes no-dislocados, entonces también tiene marcación diferencial de objeto (supertransitividad)

Con esto queda una cadena implicativa aún más osada (cf. figura 9 de Herslund 2002:35):



Otra manera de ver el sistema doble es que, en realidad, la marcación diferencial sea paralela y, en cierta medida, independiente de la (des-)polarización de objeto, en vez de simplemente añadir un grado más en la misma escala. El propio Lazard (1984b:282) reconoce que, translingüísticamente, la marcación diferencial se da también por tematización de objeto —independientemente de que sea definido/referencial o no—. Esto apuntaría a que la marcación diferencial en algunas lenguas pudiera tener que ver más con el nivel comunicativo que con el semántico-nocional, en el que operaría la polarización/despolarización de un objeto.⁵³ Esto explicaría que la marca preposi-

mente a partir de dicha cadena implicativa; y la restricción (“con constituyentes no-dislocados”) se deduce de los comentarios al respecto del rumano y el español —las dos únicas lenguas con las que ejemplifica la parte más alta de la escala— (Herslund 2002:32).

⁵³ Claro que, como es natural, el fenómeno es mucho más complicado, puesto que ambos niveles, el nocional-semántico y el comunicativo, dependen de recursos morfosintácticos compartidos y se imponen restricciones uno a otro (cf. Lazard 1998:19-20). Como el sujeto suele ser temático por defecto, algunas tematizaciones requieren un cambio de diátesis, por ejemplo, y en sentido inverso, la coalescencia entre verbo y objeto requiere que ambos sean temáticos o, más usualmente, remáticos (Lazard 1998:16). Para el español también se ha propuesto una vinculación con la tematización para el objeto directo preposicional, dada una correlación es-

cional del complemento español tenga una distribución que no converge siempre con la de los objetos plenos.

Una propuesta menos radical es que ambos recursos, el de polarización y el de marcación diferencial son sistemas paralelos pero que codifican sobre el mismo nivel, el semántico-nocional. Esto es lo que encontramos en Delbecque (2002:81), quien, para el español, propone que ambos recursos refieren a la transitividad, pero que la marcación con *a* califica a toda la construcción en que aparece y no solamente al objeto directo. En tal caso, la polarización/despolarización marcaría la transitividad localmente, enfocando el complemento directo, en tanto que la preposición *a* (o su ausencia) marcaría la transitividad globalmente, marcando la construcción oracional como un todo. Semánticamente, la transitividad “neutral” de Herslund sería un evento presentado unilateralmente, de manera que la “energía” o “causalidad” se transfiere en una sola dirección. La construcción marcada con preposición *a* presenta un evento bilateral, en que los efectos fluyen en ambas direcciones y en que cada extremo, sujeto y objeto, realiza un doble rol de agente y paciente, o bien, de fuente y meta, con un antagonismo (o protagonismo) acentuado (Delbecque 2002:82-83, 89-90, 97, 102, 105-107, 121-122). La supertransitividad de Herslund (2002) sería entendida entonces como el correlato sintáctico de la presencia de dos agentes y dos pacientes, es decir, de dos procesos semánticamente transitivos, uno de los cuales es la reacción⁵⁴ al otro, y en donde el objeto representa un “contra-agente” (en palabras de Herslund 1999:46 *apud* Delbecque 2002:86).

Básicamente, Delbecque (2002) sostiene que la preposición *a* no solamente señala una mayor autonomía de la entidad paciente, presentándola en cierto modo como antagonista, con capacidad de reaccionar o con parte de responsabilidad en lo que sucede, sino además presenta una inversión en la dependencia entre agente y paciente. Esto es, en la construcción transitiva con objeto directo preposicional,

taística entre anteposición, co-presencia de clítico y preposición *a* (cf. Delbecque 2002:85 nota 10/124); una propuesta más es que la motivación de la marca prepositiva se halla en la similitud con el objeto indirecto (Delbecque 2002:87 nota 14/124). Delbecque (2002:105) invierte esta última relación, proponiendo que es el complemento dativo de construcciones que expresan “afección emotiva” el que se asemeja al objeto preposicional acusativo, y no al revés: como las situaciones de este tipo tienen inherentemente una duplicación de roles, las construcciones portan todas la marca prepositiva *a*, en analogía a la construcción supertransitiva de Herslund, que codifica una transitividad semántica duplicada con cuatro roles distribuidos en dos actantes.

⁵⁴ Que puede ser tanto una reacción de rechazo como de cooperación.

este objeto se presenta como haciendo un cierto contrapeso. Nótese que esto tiene mucha similitud con la idea original de Lazard de que la función de la marcación diferencial era señalar al objeto como un polo de la construcción. Sin embargo, ya vimos que la mayoría de los objetos directos a los que se aplica la preposición en español ya están polarizados. Debemos entender entonces que se está hablando de dos tipos de “independencia”, una independencia ‘existencial’ y una independencia ‘agentivo-volitiva’: una —sin preposición— en la que la entidad referida por el objeto se entiende como existente al margen del evento,⁵⁵ y sujeta al mismo de manera más o menos pasiva o incidental, en tanto que la segunda construcción tripolar, con objeto prepositivo, presenta esta entidad no sólo con existencia propia, sino que ya no está sujeta tan pasiva o incidentalmente al evento.

Si la marca prepositiva *a* califica la oración como un todo, su aparición requiere la consideración tanto del tipo de evento descrito por el verbo, como de la clase de participación tanto del (denotado por el) sujeto como del (denotado por el) objeto. Una consecuencia inmediata es que ninguna escala o combinación de escalas o correlaciones semánticas que sólo enfoquen al objeto puede dar cuenta correctamente del comportamiento de *a*. Esto explicaría por qué ha sido tan difícil proporcionar un criterio efectivo para predecir qué clase de objetos van a ser precedidos de la marca diferencial (cf. Delbecque 2002:83-85). Adicionalmente, si la preposición *a* o su ausencia remite a una relación bilateral entre dos participantes en la semántica de una construcción, su campo de operación abarca también la relación entre participantes nominativos y participantes no-acusativos. Es decir, “la alternancia *a/∅* es operativa más allá de la sintaxis transitiva” (Delbecque 2002:103, 106, 122).

A partir de la propuesta de Herslund (2002) y de la preposición *a* como discriminadora (entre otras cosas, según Delbecque) de dos construcciones tripolares, una neutral y otra “supertransitiva”, los ejemplos de (185b/c) son en cierta medida normales.

⁵⁵ Lo cual explica que en un primer momento los objetos escuetos aparezcan en contextos negativos e intensionales. Incluso en frases verbales de objeto efectuado, la interpretación con existencia independiente sigue posibilitada por una interpretación del verbo de creación como si fuera verbo de ejecución. En vez de “construirse una casa”, por ejemplo, se ejecuta un diseño preexistente de la casa. Cano Aguilar (1987:78) hace la sugerencia en sentido contrario: los verbos de ejecución como *cantar* o *bailar* pueden verse como verbos de “objeto efectuado” (éste sería lo cantado y lo bailado), y observa que el objeto efectuado sería “la repetición de un modelo preexistente”.

- (185) a. *Esa nueva ley (*los) discrimina a musulmanes, no a cristianos*
 b. *Busco secretaria / *la busco / ??busco a secretaria*
 c. *Busco una secretaria / la busco*
 d. *Busco a una secretaria*

Pero (185a) es, en el mejor de los casos, algo inesperado. Según la gradación transitiva de Herslund, los objetos escuetos no debieran ser compatibles con la marca preposicional. En particular, la coindización pronominal sistemática mediante clítico es analizada como un medio para que el verbo conserve su influencia sobre el objeto, cuya independencia ha sido acentuada por la intervención de la marca prepositiva (Herslund 2002:34). Esto lo lleva a suponer que la marcación diferencial es el mecanismo que ‘fuerza’ al verbo a utilizar clíticos en copresencia de argumentos no-dislocados,⁵⁶ base de las implicaciones tipológicas que presenta. De hecho (185b) muestra que la aceptación de marca diferencial por parte de objetos escuetos es un hecho restringido. La aceptabilidad de (185a), además, parece relacionarse con el hecho de que los escuetos marcados con preposición son focos contrastivos. En el caso de Delbecque (2002), este ejemplo es menos extraño, puesto que la preposición está marcando toda una construcción y no solamente un objeto, además de que su ámbito de aplicación no se restringe a construcciones estrictamente transitivas, sino solamente requiere de dos participantes, de los cuales uno puede ser oblicuo (o no ser el típico objeto acusativo, como los escuetos de 185).

Con respecto a la telicidad y la manera en que el complemento verbal *inside* en ella, nos interesa esencialmente el contraste entre nominales escuetos y nominales articulados. De hecho, estamos de acuerdo con Herslund en que éste es el contraste relevante para la polarización/despolarización de un objeto.⁵⁷ En la mayoría de los con-

⁵⁶ De hecho, Lazard (1998) propone que la función principal de la concordancia verbo/sujeto es mantener la cohesión entre ellos dado que, típicamente, el primero pertenece al rema y el segundo al tema. En este caso sería algo similar; sin embargo, a pesar de la marca prepositiva, el clítico acusativo no puede emplearse en (185a). Pero esta suposición —junto con la hipótesis de Delbecque con respecto a que la *a* acusativa es la misma *a* del dativo— explicaría por qué el clítico dativo es obligatorio.

⁵⁷ También coincide Alonso Ramos (2004:251-252), quien describiendo al objeto escueto de *prender fuego* (en dialectos no-estándar en los que se utiliza *dar vuelta la tortilla- darle vuelta / prender fuego algo-prenderlo fuego*, en detrimento de las usuales construcciones con objeto directo e indirecto, *darle (la) vuelta a la tortilla / prenderle fuego a algo* cf. nota 162, p. 524 *infra*) explica: “No parece existir objeción

tinción romance entre nominales escuetos y articulados, es difícil mantener que la composicionalidad funciona en modo similar para frases verbales télicas, con complemento articulado, y frases verbales atélicas, con complemento escueto. Dados los criterios de Herslund (2002) y de Lazard (1998:11, 14-16) —presencia vs. ausencia de determinante, asociación a índice actancial acusativo y pasivización—,⁵⁸ podemos identificar fácilmente los complementos de (187) como objetos despolarizados, o bien, a la construcción atélica toda como bipolar. Los complementos de (188), en cambio quedan fácilmente identificados como objetos máximamente distantes, i.e. polarizados, y la construcción télica respectiva como tripolar.

- (187) a. *Tomó **cerveza** el viernes / construyó **casas** sobre cimientos firmes*
 b. *(*La) Tomó el viernes / (*Las) construyó sobre cimientos firmes*
 c. **Cerveza fue tomada el viernes / *Casas fueron construidas sobre cimientos firmes*

⁵⁸ Delbecque (2002:110-111, 116-117) enfatiza estos dos últimos criterios morfosintácticos para las construcciones transitivas porque “parecen constituir el núcleo común que mantiene cohesionado el sistema transitivo, i.e., que lo unifica más allá del contraste *a/∅*”. En ese trabajo se propone que el contraste *a/∅* divide los recursos de cambio de diátesis:

1) cambios de diátesis asociados con la construcción activa marcada con *a* (a menudo sigue presente en la versión reducida).

- a) construcción media “inergativa” o “refleja”, e.g. *Esta reacción asustó a Eva.
Ella se asustó (de la reacción)*
 b) construcción pasiva con *se* reflexivo/recíproco, *El sistema se corrige a sí mismo*
 c) con *se* causativo, *Durante la Inquisición los moros y judíos se hicieron matar*
 d) con *se* de pasiva impersonal, *Se atacó a la guarnición (*por los guerrilleros)*

2) cambios de diátesis asociados a la construcción activa marcada con \emptyset .

- a) construcción media “inacusativa”, e.g. *Juan ha cocido las patatas. Las patatas {se / \emptyset } han cocido*
 b) pasivas no impersonales con *se* con concordancia, *Sabés que se han prohibido los ascensores por la ley*
 c) pasivas no impersonales con *se* sin concordancia, *Cuando se tiene hijos también piensa uno lo que fue la mamá*

La pasiva perifrástica y la cliticización acusativa se distribuyen a ambos lados **1)-2)** y atraviesan la alternancia *a/∅* en el ámbito transitivo, quedando excluidas del lado “intransitivo” de la alternancia *a/∅*, en contraste con la cliticización dativa (Delbecque 2002:106, 116-117). La cliticización dativa, en cambio, se asocia exclusivamente con la marcación construccional mediante *a* (Delbecque 2002:116-122).

- (188) a. *Se tomó ***(un cartón de cerveza)** el viernes / construyó ***(la casa)** sobre cimientos firmes*⁵⁹
 b. *Se ***(lo)** tomó el viernes / ***(la)** construyó sobre cimientos firmes*
 c. ****Un cartón de cerveza** fue tomado el viernes / **La casa** fue construida sobre cimientos firmes*

En (188b/c) puede constatarse, tal como ya se advirtió, que la pasivización es más restricta que la asociación a un índice actancial, de modo que no todos los complementos polarizados son efectivamente pasivizables; pero la pasivización queda vedada, en principio, para todo objeto escueto. De cualquier manera, la alternancia télico/atélico de las frases verbales con tema incremental puede considerarse como correlato semántico de la distinción morfosintáctica entre construcción biactancial bipolar y tripolar en términos de un objeto despolarizado vs. polarizado (cf. Lazard 1998:16; Herslund 2002:21, 23). Concretamente, parece sobresalir una versión de lo que denominamos ‘hipótesis II’ en la sección 3.3. Las frases verbales atélicas como (189a) son atélicas porque son intransitivas, no porque el argumento introducido por el complemento *cerveza* sea de “masa” y sea homogéneo, de manera tal que el rol temático entre argumento de evento y tema-incremental transfiere la homogeneidad del tema incremental al evento.

- (189) a. *Juan tomó cerveza el viernes* [atélico - intransitivo]
 b. *Juan se tomó una cerveza el viernes* [télico - transitivo]

En otras palabras, los complementos de “objeto directo” en (189a) y (189b) no son interpretados del mismo modo y no entran al principio de composicionalidad con el mismo estatus. En palabras de Herslund,

“El nominal escueto denota solamente el concepto, i.e. tiene una lectura puramente intensional, y por tanto está en principio restringido a usos predicativos. Un nominal articulado, por otra parte, denota la instancia del concepto, i.e. tiene una lectura extensional. Un nominal escueto en entornos sintácticos en que la lectura extensional y por tanto

⁵⁹ La existencia de verbos ‘semi-transitivos’ (cf. nota 70, p. 378), en el sentido de que pueden llegar a ocurrir sin objeto directo, no afecta la prueba de obligatoriedad más que en términos prácticos. En este caso tendríamos un ejemplo aceptable como *En el Pedregal se construyó sobre cimientos firmes* (agradezco el ejemplo a Josefina García Fajardo). Algunos consideran entonces que tenemos un uso intransitivo del verbo y otros que en realidad el objeto directo sigue estando presente de manera implícita (se requiere suponer que hay un objeto directo para la interpretación de la oración).

el nominal articulado es lo esperado producirá un significado especial, i.e., el significado intensional de un modificador cualitativo o cuantitativo en vez del significado extensional de un argumento. [...] La extensión de nominales escuetos a entornos en que alternan con frases nominales plenas [*full-fledged*] induce una lectura en que, en vez de una situación verbal planteada en términos del verbo y un argumento, hay una combinación del verbo con un concepto nominal puro, una intensión, sin valor referencial, formando los dos juntos un predicado complejo.” (Herslund 2002:20-21)

Aunque la dicotomía en términos de extensión/intensión no es totalmente adecuada puesto que una lectura predicativa puede ser extensional y una intensión podría ser, al menos técnicamente, una referencia⁶⁰, queda clara la idea central: el objeto polarizado es una frase nominal articulada que introduce un argumento en tanto que el objeto despolarizado o incorporado es una frase nominal escueta que no introduce ningún argumento, sino que se fusiona con el predicado verbal formando juntos un predicado complejo *intransitivo*. Como ya vimos, Herslund (2002:21) explica diacrónicamente este hecho observando que la pérdida de marcas de caso hace de los objetos sin artículo actantes indistinguibles de los usos de frase nominal como predicativos (en contextos no-argumentales). Como consecuencia, los nominales escuetos en posición de actante reciben una interpretación predicativa con respecto al verbo, es decir adverbial, por analogía a la predicación nominal. La distinción semántica más sobresaliente entre los objetos y los constituyentes adverbiales es que los primeros introducen argumentos y los segundos son modificadores del verbo. Esto se refleja en que los objetos cumplen con la función pragmática de evocar referentes y los adverbios

⁶⁰ Dos maneras en que esto se puede implementar es mediante la estrategia carnapiana de un metalenguaje neutro con respecto a la oposición extensión/intensión. En Carnap, de hecho, las intensiones son entidades extra-lingüísticas y pertenecientes al mundo en la misma medida en que lo son las extensiones. La otra estrategia es convertir o reducir las intensiones en un tipo de extensión: la extensión de una expresión a lo largo de varios mundos posibles o índices relativizadores de diverso tipo (intensión = el conjunto de todas sus extensiones), considerando a la intensión como “un género de referencia múltiple” (Hintikka 1957, 1962:140 *apud* Rivenc & Rouilhan 1997:29; cf. Thomason 1974:38) —i.e., como una referencia *extensional* en una pluralidad de mundos—. Pero Thomason (1974:37 nota 35) advierte que, a pesar de que las intensiones sean posibles denotaciones de expresiones, usualmente éstas nunca llegan a ser denotaciones *de hecho* a no ser en un lenguaje expresamente construido para ello.

cumplen con la función de explicitar restricciones en la aplicación de un predicado verbal:

“En general, pues, los adverbiales se distinguen semánticamente de los objetos en que los primeros funcionan prototípicamente como predicados (más específicamente, como predicados de no-argumentos) y estos últimos como argumentos (más específicamente, como los argumentos no-sujetos o con relativamente menos iniciativa de los predicados de dos lugares). [...] Las expresiones nominales, incluyendo los nominales objeto, tienen como función contribuyente la **evocación de referentes**: cosas acerca de las cuales cosas son dichas, preguntadas, especuladas [*wondered*], etc. La función contribuyente prototípica, pragmática, de los adverbiales, por otro lado, es la **evocación de las limitaciones relevantes en la pretendida aplicabilidad** de los estados, actividades, características, etc., predicadas; a la cosa de la que se pretende predicarlo. Pero la frontera entre los rangos pragmáticos de los objetos y los adverbiales es cuando menos poco clara y no-discreta. De hecho, pareciera que ciertos tipos de expresión que pudiera verse como claramente adverbial en términos de forma y/o significado tienen la función pragmática típica de los objetos, y viceversa.” (Sanders 1984:228-229)

Desde este punto de vista, la despolarización de objeto crea una continuidad entre complementos argumentales y complementos adverbiales. Esta continuidad en la oposición adjunto adverbial/objeto es claramente percibida en Sanders (1984:221) quien señala el hecho de que diversos criterios morfosintácticos, semánticos y pragmáticos son compartidos por algunas variedades de constituyentes adverbiales y los objetos directos. Observa que estas características compartidas comienzan desde la teoría, en el sentido de que ambas categorías (adverbio/objeto) son definidas “en negativo”: el adverbio como aquello que no es nominal, adjetival, verbal o adposicional en forma o en función y el objeto como aquello que no es sujeto; y que el contenido positivo de ambas definiciones son, a lo más, disyunciones de diversas características. Esta aparente vaguedad simplemente apunta al hecho empírico de que ambas categorías permiten cierta fluctuación en torno a un prototipo ideal (Sanders 1984:222-223), sin embargo queda claro que, con respecto a la morfosintaxis interna y externa de estos constituyentes, el objeto es mucho más homogéneo comparado con los adverbiales (Sanders 1984:232-233). De cualquier manera, esta última divergencia es de esperar dado que éstos últimos casi nunca están regidos por el verbo en tanto que sucede lo opuesto con los objetos,

cuya forma y distribución queda bajo control del verbo (Lazard 1995b). Cabe señalar, además, que la clase adverbial ha sido generalmente establecida como un cajón de sastre en que cabe casi cualquier modificador no-argumental, libremente añadido a una frase verbal. Una consecuencia es que las expresiones adverbiales muestran una enorme diversidad en características formales, sintácticas y semánticas (más allá de su carácter modificador). Así, el calificativo de *adverbio* varía desde una clase de palabras (p.ej. *casi, ya, aun, ayer...*etc.) hasta casi cualquier frase preposicional no-argumental, es decir, los circunstancias. Esta variedad morfosintáctica de modificadores adverbiales permite que la continuidad objeto-adverbio pueda establecerse en dos frentes. Cuando observamos la escala de distancias actanciales constatamos que, en términos de forma, si el objeto ha de parecerse a un constituyente adverbial, puede hacerlo ‘hacia la izquierda’ o ‘hacia la derecha’.⁶¹ En el primer caso será más semejante a los adverbios como una ‘clase de palabra’ y en el segundo se parecerá más a los adverbios introducidos por preposición. Esto correspondería a las dos estrategias de incorporación que Herslund (2002) ejemplifica: la incorporación productiva mediante nominal escueto (190a), preferida por el español, y la versión ‘restringida’ de incorporación mediante adverbialización preposicional (190b), preferida por el francés moderno.

- (190) a. *No vio gatos / vio gatos*⁶²
 b. *Il n’a pas vu de chat / *Il a vu de chat*

Ambas posibilidades están latentes en una lengua y sus diversas variantes, lo cual puede comprobarse con el giro dado entre el francés

⁶¹ Esta consideración también se encuentra explícita en Lazard (1998:231-232) que propone dos posibilidades para la construcción biactancial bipolar: X - YV (despolarización hacia la izquierda) y X - V (-Y) (despolarización hacia la derecha). No queda claro hasta qué punto quedaría incluido (190b) como un caso de X - V (-Y) puesto que Lazard habla en estos casos de (construcciones y/o diátesis) pasivas y antipasivas. Lazard ha señalado en otro lugar (1999a:107) que un cambio de diátesis (fenómeno construccional) y un cambio de voz (fenómeno morfológico en el verbo) no son siempre solidarios. En tal caso (190b) podría ser un cambio de diátesis “sin cambio de voz” y entrar bajo el tipo X - V (-Y). Un caso similar podrían ser las construcciones antipasivas observadas en Bogard (1999). Por otra parte, el constituyente *de chat* parece ser solidario con el verbo y si está de algún modo incorporado, se analiza mejor como X - YV.

⁶² Sin embargo, la incorporación singular parece casi tan restringida como la “adverbialización” preposicional del francés moderno: *No vio gato alguno / *No vio gato / *vio gato*.

antiguo —con incorporación estilo español ‘hacia la izquierda’— y el moderno, con incorporación adverbial ‘hacia la derecha’ de la escala actancial (Herslund 2002:21-24, 26-27, 35).

Precisamente por la variedad morfosintáctica de los adverbiales, Sanders (1984:235) concluye que no queda más que un criterio sintáctico que pudiera distinguir entre interpretaciones “objetivas” y “adverbiales” de frases adpositivas como (190b). Ese criterio es el de la obligatoriedad. Los modificadores adverbiales así sean solamente una palabra o sean circunstanciales (frases prepositivas diversas) son sistemáticamente opcionales, en tanto que los objetos suelen ser sistemáticamente obligatorios. Esto se debe a que, semánticamente, los objetos introducen argumentos saturantes en tanto que los constituyentes adverbiales son modificadores de predicados verbales, i.e., operadores predicativos que convierten componentes predicativos menos específicos en componentes predicativos más específicos. Usualmente se considera que B es un modificador de A si BA es un tipo o especie o subclase de A (Sanders 1984:226).⁶³ En (191) tenemos este criterio aplicado a un adverbio (ejemplos de Sanders 1984:230).

- (191) a. *Juan corre **velozmente***
 b. El correr de Juan es del subtipo correr-velozmente
 c. *Juan es un corredor **veloz***

La modificación adverbial de (191a) se transfiere al ámbito nominal como adjetivo en (191c) y puede parafrasearse como (191b). San-

⁶³ Sin embargo, Sanders (1984:226-227) amplía el criterio para poder incluir también a los circunstanciales. Plantea que deben considerarse también las “instancias” u ocurrencias de A y no sólo los “tipos” de A, de modo que casos como *Henry caminó ayer* cuenten como un tipo de modificación a semejanza de los casos como *Henry caminó lentamente*. Nótese que la caracterización de los adverbios como “predicados de no-argumentos” es opuesta a la estrategia de Davidson (1967) —expuesta en 3.2.1. *supra*— que Dowty (1989) extiende a los roles temáticos (véase los ejemplos (152-153) en esa sección). Dicha estrategia consiste precisamente en reducir la modificación adverbial a una simple predicación sobre el argumento de evento. Sanders (1984:228) considera la posibilidad de esta estrategia para los adverbios “de actitud” (*attitudinal adverbials*), epistémicos y modales (p.ej. *sorprendentemente, probablemente, seguramente*, etc.), en los que es difícil presentarlos como modificadores del verbo o como formando un predicado complejo con él. Desde la perspectiva de Renaud (1996:42) una de las principales ventajas de la introducción de la variable de evento consiste en que mediante predicación sobre dicha variable “la puesta al día de la base de conocimientos [del hablante] puede hacerse por simple añadidura de informaciones sin retocar las informaciones previamente memorizadas”.

ders propone que la manera en que se interpretan ciertos objetos es totalmente análoga a (191), lo cual ejemplifica con (192).

- (192) a. *Juan caza tigrés*
 b. El cazar de Juan es del subtipo cazar-tigrés
 c. *Juan es un caza-tigrés / cazador de tigrés*

Sanders (1984:240 nota 3) señala que el objeto *tigrés*, más que ser un argumento, es un operador en (192a) puesto que *caza* puede funcionar por sí solo como predicado del mismo modo que *caza tigrés*, de modo que tenemos (193) además de (192a).

- (193) *Juan caza (los fines de semana)*

Esto contrasta con *Juan*, que sí es un argumento puesto que (192a) y (193) no pueden funcionar como predicados: han sido saturados. En términos fregeanos, (192a) y (193) son ahora *nombres* de alguno de los dos valores de verdad. Del mismo modo, la función pragmática prototípica de los adverbios, tal como la evocación de condiciones o restricciones sobre la aplicabilidad de las predicaciones, es desempeñada por parte del objeto *tigrés*. Estas dos oraciones muestran que los objetos escuetos —despolarizados— se comportan como adverbios inclusive en que son opcionales, por contraste a los objetos ‘articulados’. Esto ya lo habíamos notado el final de la sección 3.4.1. con el ejemplo (173), repetido aquí como (194)

- (194) a. *Tomó cerveza el viernes* (atélico)
 b. *Se tomó *(el cartón de cerveza) el viernes* (télico)
 c. *Tomó _____ el viernes* (atélico)

A la sospecha de que el objeto *polarizado* es el elemento que marca definitivamente una construcción como *transitiva* (las construcciones biactanciales bipolares —con objeto despolarizado— son mucho más semejantes a las *intransitivas*), puede ahora añadirse que esto es así porque el objeto despolarizado tiende a confundirse formal y funcionalmente con un adverbio (Lazard 1984b:285-6; 1998:96; Sanders 1984:236-7), a través del uso predicativo de nominales escuetos (Herslund 2002). Esta convergencia entre modificadores adverbiales y objetos próximos (=despolarizados) es una tendencia general translingüística. Refiriendo a su escala de distancias actanciales, Lazard explica:

“Los objetos más próximos tienden a la coalescencia con el verbo: están bajo estrecha dependencia y no tienen autonomía semántica o gramatical alguna. Son más bien calificativos del predicado que términos de la proposición, forman por cierto a menudo locuciones con el verbo, es decir, secuencias en las que cada una representa una unidad semántica. Es en esta región de proximidad máxima que se sitúan los «objetos internos» y ciertos elementos más bien adverbiales”. (Lazard 2001b, 162).

Más aún, “en ciertas lenguas, objeto y adverbios tienen la misma marca casual, como en árabe clásico (el caso en *-an*) y en quechua (el sufijo *-ta*).” (Lazard 1995b [2001a]:397). La nueva hipótesis es, entonces, que la alternancia entre telicidad y atelicidad en frases verbales similares a (194) es debida a la despolarización del objeto, que pasa de interpretarse como argumento a interpretarse como predicativo adverbial. Podemos ahora retomar la tabla 1 de la sección 1.0.1. e integrar la información adicional:

Tabla 19. (basada en Lazard 1984b:287, 1998 y en Herslund 2002)

Construcción tripolar o biactancial ‘izquierda’ (objeto polarizado: frase nominal articulada)	Construcción bipolar o biactancial ‘derecha’ (objeto no-polarizado: frase nominal escueta)
[X] - [V] - [Y] → frase verbal tética	[X] - [VY] → frase verbal atética
Dirección de selección: V → Y	Y → V (suponiendo una interpretación de Y como <i>adjunto</i>) ^e
El argumento introducido por Y se constituye en escala de medida para el argumento- <i>e</i> de V	Y no introduce ningún argumento, sino que modifica adverbialmente a V. ¿El argumento- <i>e</i> cuantifica existencialmente la posición semánticamente insaturada de Y?
Y se pasiviza a menudo y está en relación con el índice actancial acusativo (<i>lo/la</i>) en cuya ausencia es obligatorio.	Y no se pasiviza y no está en relación con índice actancial alguno. No es obligatorio sino opcional, a veces forma un compuesto lexicalizado con V y en adyacencia al mismo.

^e Los adjuntos suelen tratarse como los núcleos selectores de las construcciones que modifican, siendo los verbos o frases verbales sus complementos. Filip (1999:128-129) propone este trato para las construcciones con adjunto preposicional de trayectoria incremental: “we can treat the adjunct as the functor and the verb as its argument. This view of adjuncts is standard in categorial syntax”, y Ramchand (1997:94) para los pseudo-objetos, que serían interpretados como *predicate modifiers* los cuales constituyen “a non-standard NP type and is a functor which takes the verb as its argument”.

3.5.2. CONVERGENCIA DE DOS TEORÍAS: LA DESPOLARIZACIÓN (TIPOLÓGICO-ESTRUCTURAL) Y LA ASIGNACIÓN (GENERATIVISTA) DE CASO ESTRUCTURAL DÉBIL

Vale la pena observar que la perspectiva tipológica y morfosintáctica de Lazard no pone un especial énfasis en los fenómenos semánticos ni, de entre ellos, en la telicidad de las frases verbales. Esta característica hace que sus resultados, que tienen consecuencias muy específicas para el tratamiento de la composicionalidad, no puedan verse como sesgados por un interés previo en la manera de considerar este problema semántico. Desde otro punto de vista, generativista, y con especial interés en la semántica (de corte modelo-teórico), dos autoras, Ramchand (1997) y de Hoop (1996) llegan a conclusiones que convergen casi exactamente con las que se pueden extraer de la tipología de Lazard o que ya están planteadas en la misma.

El estudio de Ramchand (1997) y de de Hoop (1996) están enfocados en el marco de la gramática generativa (Rección y Ligamiento). Lo que en Lazard son relaciones actanciales, aquí se representa como diversas asignaciones de Caso Abstracto. La idea del Caso Abstracto es que la ausencia de marcas morfológicas que señalen explícitamente la relación de un constituyente con el núcleo que lo rige no significa que no haya relaciones de caso. Esta postura es muy similar a la expuesta en Lazard (1998:29) para el concepto de ‘estructuras de actancia’.

Generalmente se distingue entre Caso estructural, directamente asignado por el verbo (para el acusativo), además de temáticamente ‘ciego’, y diversos Casos inherentes o ‘léxicos’, que se asignan mediante preposición o algún otro recurso⁶⁴ y están temáticamente constre-

⁶⁴ En Chomsky (1981 *apud* de Hoop 1996:61) las reglas de asignación de Caso pueden describirse como sigue: **Caso estructural** (asignado en la estructura-S): 1) la FN es nominativa si está regida por AGR (núcleo funcional de concordancia), 2) la FN es objetiva si está regida por un V transitivo, 3) la FN es oblicua si está regida por P(reposición), 4) la FN es genitiva en [_{FN} X'] (asignado por nombres y adjetivos); **Caso inherente** (asignado en la estructura-P): la FN está marcada con Caso inherente por propiedades de su rector de categoría [-N] (i.e., verbo o preposición). El Caso inherente se reserva para construcciones de doble objeto tipo *Jackie gave Jane a book*, en las que *a book* recibe Caso inherente. Sin embargo, en Chomsky (1986 *apud* de Hoop 1996:62) la teoría del Caso es modificada. Los Casos estructurales 3) y 4) pasan a ser Caso inherente y se distingue entre la *asignación* (en la estructura-P) y la *realización* (en la estructura-S) del Caso inherente. En los ejemplos *Baghdad's destruction / the destruction of Baghdad* (de Hoop 1996:62), el núcleo nominal *destruction* es quien asigna el Caso inherente a *Baghdad*, pero éste se realiza a través de la marca morfológica ‘s en el primer caso y a través de la preposición *of*

ñidos —i.e., deben ser asignados junto con el rol temático por parte del mismo núcleo— (de Hoop 1996:76, 80). *Grosso modo* los Casos estructurales (de un verbo) corresponderían a los actantes sujeto y objeto en tanto que los Casos inherentes o léxicos corresponderían a la parte de la escala que va de los adjetos (oblicuos) hacia la derecha hasta los adstantes, excluyendo los circunstantes que, con respecto al verbo, no tienen ni Caso estructural ni Caso inherente; estas FNs son marcadas con Caso estructural por las preposiciones que las introducen (cf. de Hoop 1996:61-62).

De Hoop (1996) considera insuficiente distinguir entre Caso inherente o léxico (mediante preposición) y Caso estructural (directo). Con base en datos del turco, esquimal [*Greenlandic eskimo*] y finlandés, observa que algunos constituyentes marcados con morfología ‘oblicua’ se comportan de manera análoga a los objetos y diferente de los auténticos constituyentes oblicuos (de Hoop 1995:442-443, 1996:75-79, 90, 108). Propone que los verbos transitivos en general tienen disponibles dos tipos de Caso estructural: un Caso estructural débil y un Caso estructural fuerte, dando lugar en cada caso a dos tipos distintos de objeto directo:

“El punto a notar aquí es que hay dos posibles Casos para lo que podría llamarse el objeto de un verbo transitivo y que cada uno de estos Casos objetivos se correlaciona con cierta interpretación.” (de Hoop 1996:74)

El conjunto de propiedades generales que de Hoop asocia a cada Caso es sorprendentemente similar a lo que vimos que Lazard propone para objetos cercanos y lejanos:⁶⁵ el objeto marcado con Caso estructural débil suele presentar un requerimiento de adyacencia al verbo, i.e., no puede desplazarse, y además, su significado se integra como parte del predicado y no como argumento (de Hoop 1995:441, 444; 1996:100). Ambos, de Hoop y Lazard, notan también una relación entre la posibilidad de objetos *fuertes* o *polarizados* y la riqueza

en el segundo. Los recursos formales ‘*s* y *of*’ no asignan el Caso inherente, solamente lo realizan. El Caso inherente 3) —oblicuo— puede estar asignado, además de realizado, por una preposición (de Hoop 1996:76).

⁶⁵ Salvo por la oposición, crucial para la polarización/despolarización de un objeto, entre presencia y ausencia de determinante (la oposición escueto / articulado de Herslund) —cf. 3.5.1.3., 3.5.1.4. *supra*—. Ésta parece, a primera vista, irreconciliable con la propuesta en de Hoop (1995, 1996) de alternancia entre Caso fuerte y débil, independientemente de la determinación de una FN.

semántica del núcleo verbal (Lazard 1998:230, 237; 1999b:304-6, 318-321; para de Hoop remito a 3.6.5. *infra*).

Así como Lazard (1998:2-3) advierte que a menudo se presenta la ambigüedad entre frases nominales marcadas con caso y frases prepositivas, de Hoop (1996:76) señala que un objeto de este tipo —con caso oblicuo o preposición (p.ej. finlandés, turco, etc.)— no debe confundirse con una verdadera frase preposicional con Caso Inherente, sino que se trata de frases nominales marcadas con Caso sintáctico (i.e., estructural) superficialmente semejantes a las frases prepositivas o a las marcadas con caso oblicuo. El objeto marcado con Caso estructural fuerte, en cambio, es el objeto prototípico argumental.

Inclusive diferencias de fondo entre una sintaxis monoestratal, como la de Lazard, y una sintaxis multiestratal, como la chomskiana, no impiden el acercamiento de ambas propuestas.⁶⁶ De Hoop (1996:80) propone que ambos Casos de objeto se asignan en distintos niveles: el Caso estructural fuerte se asigna en la estructura-S (como es usual en R&L) pero en cambio, el Caso estructural débil se asigna en la estructura-P, al igual que el Caso inherente, lo que explicaría el requerimiento de adyacencia. Esto viene como anillo al dedo si recordamos que una de las características que Lazard plantea para las frases verbales con objeto cercano es que ambos tienden a formar un compuesto lexicalizado. El nivel ‘léxico’ por antonomasia es la estructura-P, en donde se insertan los lexemas y se cumple con sus requerimientos léxicos.

⁶⁶ Aunque no ahondaremos en el tema, una sintaxis multiestratal es susceptible, en principio, de verse como ‘monoestratal’ y viceversa (independientemente de que algunos detalles particulares, como en toda traducción, no puedan recuperarse en el paso de una perspectiva a otra). En todo caso concordamos con de Hoop cuando considera que: “El filtro del Caso refiere a cadenas en vez de a FNs; [...] Este análisis en términos de cadenas y huellas hace posible interpretar la estructura-P como una sub-estructura de la estructura-S. En ese caso sólo queda un único nivel de representación.” (de Hoop 1996:61). La estructura-S ha sido considerada el nivel de representación más superfluo en tanto que es totalmente interno al sistema gramatical —no hace interfase—, y sus propiedades se derivan de los niveles de estructura-P, Forma Fonética y Forma Lógica (interfase con el léxico, interfase con el sistema articulatorio-perceptual e interfase con el sistema conceptual-intencional, respectivamente). Desde ese punto de vista podría considerarse que es el nivel menos adecuado para reducir los múltiples estratos a uno solo, sin embargo, también es el único punto de la derivación que tiene contacto con todos los niveles restantes (Chomsky 1995:132). Alternativamente podría considerarse como único estrato a la Descripción Estructural toda, a partir de las condiciones que sus componentes tienen en común (cf. Chomsky 1995:21-23, 26-28, 130-133, 167-171).

En términos generales, la distinción entre objeto polarizado/des-polarizado en Lazard y la marcación fuerte vs. débil de Caso estructural (o ‘sintáctico’) en de Hoop son, hasta aquí, convergentes.⁶⁷ En relación a la interacción entre telicidad y composicionalidad en la frase verbal también hay una convergencia general en cuanto a que el complemento del verbo juega un papel central en la (a) telicidad de dicha frase. Este es el punto que de Hoop (1996), Ramchand (1997), e implícitamente Lazard, tienen en común tanto con Krifka (1998) como con Dowty (1991a) y Filip (1999):

“Aparentemente, los factores nominales y aspectuales interactúan de un modo que tiene consecuencias para la composición del significado de la oración como un todo. Obviamente, no toda lengua expresa la (ir)resultatividad por medio del Caso en las FNs, pero la conexión entre aspecto resultativo y fuerza del objeto parece estar más allá de una coincidencia.” (de Hoop 1996:95)⁶⁸

⁶⁷ Sin embargo, en las construcciones de doble objeto acusativo, los constituyentes que Lazard (1998:87-90; 1995b:390-392; 2003:9) analiza como objetos cercanos son analizados como oblicuos por de Hoop (1996:61, 71-72), es decir, como constituyentes con Caso Inherente (“acusativo inherente”) y no con Caso estructural débil. El problema es que de Hoop parece descartar la posibilidad de que un mismo verbo pueda asignar ocasionalmente sus dos Casos de objeto, de manera que si hay dos acusativos, concluye que uno de ellos ha de ser inherente (originalmente el caso inherente se propone para tratar construcciones de doble objeto, cf. nuestra nota 64, p. 372). Por tanto, en su ejemplo alemán *daß er mich Deutsch gelehrt hat* / [que él me_{ACC} Alemán_{ACC} enseñado ha], elige al «verdadero» objeto mediante el criterio de la pasivización: solamente *mich* puede pasivizarse. Pero de Hoop parece olvidar que si los objetos con Caso débil son parte del predicado, es esperable que no pasivizen sin que esto signifique que sean oblicuos. Del criterio de pasivización ya vimos, además, que es a menudo demasiado fuerte: aunque descarta a todo objeto cercano también descarta incluso algunos objetos polarizados.

⁶⁸ Por “(ir)resultatividad” de Hoop se refiere a (a-)telicidad. Recuérdense que muchas perspectivas sobre telicidad definen a ésta como la implicación de un resultado (estado) específico como potencial culminación. El ejemplo que de Hoop proporciona en este caso es un contraste entre *beberse el vino* y *beber vino* (*drink up the wine/drink wine*), lo cual deja claro que se está hablando de telicidad (no de perfectividad). Los inconvenientes de definir telicidad de este modo ya han sido señalados en el capítulo primero. Más adelante, de Hoop se contradice ya que, habiendo asumido una visión composicional de la telicidad, junto con una relación entre ésta y la “fuerza” (*strenght*) del objeto directo, luego —siguiendo a Van Hout (1992)—, afirma que la telicidad de un verbo está totalmente determinada desde el léxico (de Hoop 1996:90, 114). Ya advertimos de una inconsistencia similar en Dowty (1991a) y de la solución de Filip (1999): si de léxico se trata, mejor es decir que los verbos son *incrementales* pero sólo las frases verbales son *télicas*.

La diferencia estriba en cómo analizan esta interacción composicional. En las aproximaciones de Krifka (1998, 2001) y Dowty (1991a) así como en Filip (1999), las distintas relaciones semánticas propuestas se limitan a papeles temáticos específicos —entendidos como predicados binarios— que proyectan el contenido de la frase nominal objeto al contenido del verbo. En ciertas clases de proyección (las que cumplen con las propiedades 170j o k, cf. sección 3.4.1 *supra*), la duración del evento, a través de la estructura eventiva, toma como escala de medida la estructura interna de su argumento-objeto, presentándose un homomorfismo entre ambas estructuras, la del evento y la del objeto, responsable de lo que Krifka (2001:3-4) denomina ‘transferencia de propiedades referenciales’:

“Krifka (1989, 1992) asume que ciertas relaciones temáticas asignadas por ciertos verbos son especiales en que imponen un homomorfismo de objetos a eventos, el cual preserva la estructura reticular. Lo que esto significa es que hay una proyección entre un evento (tal que lo representa el verbo) y su objeto, de tal modo que cualesquiera propiedades constitutivas que el objeto tenga, el evento también las tendrá. Así que si la proyección se mantiene, un objeto directo cuantizado siempre hará surgir un evento cuantizado, y un objeto directo acumulativo siempre hará surgir un evento acumulativo. Algunas relaciones temáticas tienen esta propiedad, otras no la tienen.” (Ramchand 1997:76)

Se asume que las frases verbales transitivas tienen una posición argumental para eventos y otra para individuos y que, en ambos casos (lectura télica, lectura no-télica), las posiciones de argumento están saturadas por elementos *referenciales*: un argumento-*e* y un argumento de Tema-Incremental. En ejemplos del tipo *Juan (Ø / se) come (pizza / una pizza)*, se trata la sensibilidad de la telicidad al complemento de manera que tanto en el caso de una construcción biactancial ‘izquierda’ (tripolar) como en el de una construcción biactancial ‘derecha’ (bipolar) —véase la tabla 19 *supra*— se considera que hay *dos referencias*, una para ‘comer’ y otra para ‘pizza’ y, por tanto, sigue dándose un homomorfismo entre ambas referencias (si la segunda de las cuales es no-delimitada, esto *provoca* la lectura atélica del verbo). Pero esto no solamente sigue asumiendo una composicionalidad uniforme. Además el rol temático es en ambos casos idéntico de manera que, una vez establecido el tipo de verbo (y la clase de rol que asigna al objeto), la telicidad no depende de la relación entre el verbo y el complemento sino únicamente de la estructura interna de

la referencia introducida por el nominal-objeto con respecto a las propiedades de la frase nominal que lo encarna, en términos de la distinción masa/contable.

La visión que parece emerger de la tipología de frases verbales de Lazard es una —opuesta parcialmente a la anterior— en la que para ejemplos como *Juan come pizza* no hay ya dos referencias sino *sólo una*: la de la situación. Que, además, al no haber dos referencias, tampoco hay homomorfismo alguno. Se atribuye la lectura atélica no a una no-delimitación de la referencia del actante-Y, sino, de hecho, a la ausencia *total* de referencia alguna. Con respecto a la primera hipótesis (representada por Dowty, Krifka y Filip), esto apunta directamente a un giro inesperado, simplemente resulta que ni siquiera importa si el actante objeto es de masa o es contable puesto que de todos modos:

- i) la relación temática homomórfica ha sido rota⁶⁹
- ii) el actante ha sido degradado de modo que, a pesar de estar en contexto argumental, ha dejado de interpretarse como tal.

Esto es, la alternancia télico/atélico ya no tiene que ver directamente con que una frase nominal objeto tenga un contenido de masa o contable, sino con la manera en que se integra composicionalmente a la frase verbal. En palabras de Ramchand:

“[...] la diferencia en la interpretación nominal [...] debe buscarse en la relación semántica entre el verbo y sus argumentos de FN y no en la estructura semántica interna de las FNs mismas.” (Ramchand 1997:75)

Esta distinta relación semántica se implementa en términos de distintos tipos semánticos para cada clase de objeto, de manera que el Caso estructural débil desencadena un “cambio de tipo” de referencial a modificador de predicado. La hipótesis del *type-shifting* (cambio de tipo) simplemente sugiere que en los giros atélicos debidos a un objeto escueto, no hay homomorfismo entre frase nominal objeto y verbo, sino que el contenido semántico de la frase nominal es integrada de tal manera a la frase verbal que *no están dadas las condiciones*

⁶⁹ En el contexto de la telicidad, Ramchand (1997:220) opone los objetos marcados con caso fuerte a los objetos marcados con caso débil en términos de objetos *aspectuales* frente a objetos *no-aspectuales* (éstos últimos carecen de homomorfismo verbo-nominal, puesto que “sólo a los primeros podría asignárseles los roles temáticos aspectuales”).

para un homomorfismo semántico. Esto es, los objetos despolarizados tienen un tipo semántico que los hace integrarse como modificadores, de modo que su contenido semántico no tiene independencia referencial con respecto al verbo (Ramchand 1997:88). Esta independencia —ausente en objetos despolarizados— es un ingrediente necesario para que sea posible una comparación entre ambos ámbitos referenciales y por tanto un homomorfismo del tipo planteado en los trabajos de Krifka. Los trabajos de Lazard sugieren fuertemente lo mismo: una construcción biactancial bipolar únicamente presenta dos entidades como independientes: la del sujeto y la de la situación. Así, las construcciones con objeto despolarizado (biactanciales bipolares) son más semejantes a las uniactanciales (intransitivas) y dichos objetos cercanos se asemejan a modificadores. La segunda hipótesis, estudiada por de Hoop y Ramchand, y de manera más general por Lazard y Herslund, puede resumirse como sigue:

“Más específicamente, verbos de actividad atélica requieren un argumento, en tanto que los télicos requieren dos argumentos. Esto implica que el objeto de un verbo de actividad atélica es un predicado más que un argumento real. Esto está en consonancia con el hecho de que el objeto de un verbo de actividad atélica puede ser omitido y también con que tal objeto muy a menudo toma el aspecto de una Frase Prepositiva y no de una FN.” (de Hoop 1996:98)

Siguiendo a van Hout (1992), de Hoop propone que en su interpretación atélica un verbo es opcionalmente transitivo y en su interpretación télica es obligatoriamente transitivo (de Hoop 1996:97). La opcionalidad de la transitividad se basa en ejemplos como (173) *supra* —*tomar cerveza / tomar*___— y en toda una serie de verbos con comportamiento similar,⁷⁰ pero como ya advertimos, no siempre

⁷⁰ Robert B. Lees (1960 *apud* Newmeyer 1982) captura esta opcionalidad mediante una transformación que denomina “Pseudo-intransitiva” la cual permitía elidir opcionalmente al nominal que complementara a cualquier miembro de una clase de verbos formada por *respirar, comer, martillar, leer, robar*, etc. El punto de vista de que estos verbos eran transitivos en la Estructura Profunda (en la concepción inicial, en que ésta es la base de la interpretación semántica) y de que el objeto era elidido por una transformación opcional fue rápidamente desechada ante el problema de que las elisiones no-recuperables provocaban una infinidad de estructuras profundas posibles para una misma oración (Newmeyer 1982:96-97). Con respecto a esta clase de verbos hay —al menos— dos maneras de considerar a los verbos con objeto cognado: una en que los verbos de objeto cognado constituyen el extremo más intransitivo dentro de la clase de “pseudo-intransitivos”, y otra en

funciona: —*recorrer mucha distancia* / ?? *recorrer*__; —*hundir barcos civiles* / ?? *hundir*__.

Esta segunda perspectiva en que las frases verbales atéticas son sólo aparentemente transitivas, pero intransitivas de hecho, se acompaña necesariamente de la idea de que el único objeto genuino es el polarizado. En palabras de Ramchand:

“[...] ciertas clases de objetos (los marcados con caso estructural fuerte en sentido de de Hoop (1992)) son verdaderos argumentos individualizados del verbo, mientras que otros (los marcados con caso estructural débil) son meramente modificadores de predicado. Intuitivamente, lo que esto semeja estar diciendo es que algunos objetos son objetos ‘reales’, en tanto que otros son meramente ‘pseudo-objetos’. [...] Lo que quisiera argumentar en este capítulo es que los objetos ‘reales’ o ‘fuertes’ tienen una relación con la traza temporal del evento verbal que los ‘pseudo’-objetos u objetos ‘débiles’ no tienen.” (Ramchand 1997:115)

Se pone en tela de juicio la naturaleza de los constituyentes señalados en negritas —en apariencia complementos— que tenemos en frases verbales como (195)

- (195) a. *En algunas regiones, la gente toma **vino** en cada comida*
 b. *María de Lourdes vendía **diseños florales***
 c. *La abuelita hace **galletas** para consentir a los nietos*
 d. *El proyecto de nación hace **agua** por todos lados*

Dado que estos objetos, contrariamente a lo que tradicionalmente se supone, no aparecen en construcciones verdaderamente transitivas, se remite a ellos mediante etiquetas que, a la vez que recuerdan su

que toda la clase de “pseudo-intransitivos” son en realidad “pseudo-transitivos” en el sentido de que todos los objetos de esta clase son cognados (cf. Delbecque 2002:108) o basados en una versión cognada (cf. Cano Aguilar 1987:76-79, 92). La postura de Delbecque me parece un tanto extrema. Si bien *leer una lectura interesante* parece efectivamente una frase verbal con objeto cognado, me parece cuestionable que todos los objetos de este verbo sean cognados: *leer un artículo*, *leer la escritura cuneiforme*, *leer novelas de terror*, etc. De Miguel (1999:2998-2999) lista en calidad de intransitivos con objeto cognado a verbos como *andar*, *bailar*, *correr*, *dormir*, *llorar*, *nadar*, *navegar*, *trabajar*, *vivir*. Lazard (1984a [2001a]:177-178) menciona el término “semi-transitivo” con respecto a los verbos con objeto cognado, los cuales en ciertas lenguas dan lugar a construcciones que Lazard bautiza de “anti-impersonales” porque el índice actancial de objeto es “vacío” o expletivo del mismo modo que lo es el índice actancial de sujeto de verbos impersonales.

parentesco con los objetos prototípicos, señalan su distinta naturaleza. Se han empleado hasta ahora términos como *objeto cercano / coalescente* (Lazard 1984b, 1995a/b, 1998, 2001a),⁷¹ *pseudo-objeto* (Ramchand 1997:115; Bogard 2002, 2005, 2009); *objeto con Caso débil* (de Hoop 1995, 1996), {*objetos / complementos directos*} *fraseológicos, cuasi-complementos directos* o bien *complementos directos defectivos* (Alonso Ramos 2004:249, 252), *adverbio de quiddidad* (Tésnière 1966).⁷² Muchos más han notado su naturaleza especial sin denominarlos de algún modo específico.

Cabe señalar que así como distintas perspectivas teóricas han llegado a puntos de vista sorprendentemente similares, también presentan problemas en común. El principal de ellos, como quizás el lector ya puede darse cuenta, es la manera en que surge la noción de un ‘pseudo-objeto’, como una especie de categoría defectiva. Si un pseudo-objeto es un objeto no-argumental sigue habiendo muchas maneras y motivaciones diferentes por las que un objeto no sea argumental (esta vaguedad ya es notada por Ramchand 1997:88 y denunciada por Alonso Ramos 2004); previsiblemente la categoría incipiente de ‘pseudo-objeto’ ha de incluir muchas cosas diferentes. Esta vaguedad es el origen de tales contradicciones como plantear que el objeto cercano se comporta como modificador adverbial y por tanto es opcional, como efectivamente lo es en ciertos casos; pero también que “conforma un compuesto léxico con el verbo” y “suele presentar requerimiento de adyacencia” que apuntan en sentido contrario, caracterizando al pseudo-objeto como una parte indispensable del núcleo verbal. Antes de discutir algunos de estos

⁷¹ Estas son las denominaciones más frecuentes. Los términos *objeto despolarizado* para el objeto coalescente y *objeto polar o polarizado* para el objeto “máximamente lejano” casi nunca son empleados por Lazard (véase Lazard 1998:231, 280 para el primer término, 224 para el segundo y 223, 232 para el tercero; y también Lazard 1999b:305), pero son más elocuentes puesto que la diferencia entre objeto argumental y ‘pseudo-objeto’ es la que caracteriza a la construcción biactancial tripolar y bipolar respectivamente (cf. Alonso Ramos 2004:249).

⁷² El término de Tésnière se aplicaría de hecho a un subconjunto propio de pseudo-objetos, como un caso más específico en que el verbo es semánticamente vacuo y el complemento aporta la especificación de la situación referida (por ejemplo, los complementos en *hacer coraje, hacer mención*, etc). Los términos de Alonso Ramos también parecen enfocarse a este tipo de complementos (cf. 2004:249-250, 253), en tanto que para los complementos escuetos de frases como *comer carne*, Alonso Ramos simplemente retoma el término lazardiano de “objeto despolarizado”. Sin embargo parece que este último término es más abarcador, en vez de excluyente, porque en la misma página (2004:250) la autora utiliza la expresión *objeto despolarizado* para remitir a un objeto “fraseológico” (*dar vuelta, prender fuego*).

problemas, conviene profundizar en los detalles de esta segunda hipótesis.

3.6. LA SEGUNDA HIPÓTESIS: LA COMPOSICIONALIDAD VERBO-NOMINAL NO ES UNIFORME

La hipótesis que empieza a tomar forma implica que las frases nominales no tienen todas la misma interpretación ni, por tanto, contribuyen del mismo modo en la composición de una oración. Un recurso usual para formalizar estas diferentes maneras en que un contenido semántico es integrado en el significado de un constituyente mayor es la utilización de tipos semánticos, que se basan en la idea fregeana de las oraciones con referencia a ‘lo verdadero’ y en la idea de modelo, que vimos rápidamente en 3.1.2. Mediante dicha herramienta podemos asignar diferentes tipos semánticos a las frases nominales-objeto, de manera que caractericen su interpretación en la frase verbal télica como argumental y en la frase verbal atélica como no-argumental. La exposición de esta aproximación requerirá detallar un poco lo visto en 3.1.2. con respecto a la frase nominal y la multitud de interpretaciones diferentes que alberga (como designador, como predicado, como cuantificador, etc...). Acerca de los diferentes tipos semánticos posibles para una frase nominal, la discusión surge en torno a los siguientes puntos básicos:

- 1) ¿Tienen todas estas interpretaciones el mismo grado de preferencia por parte de una frase nominal, o una de ellas es básica y las demás derivadas por ‘reglas de cambio de tipo’? Esto es, ¿puede decirse que la frase nominal tiende ‘naturalmente’ a comportarse como cierto tipo específico?
- 2) Si hay tal preferencia por un tipo semántico, ¿tienen todas las clases de frase nominal la misma preferencia?, ¿cuál sería el tipo no-marcado para cada tipo de sintagma nominal? Si no tienen todas la misma preferencia, ¿qué factores deciden cual es el tipo no-marcado de determinada frase nominal?
- 3) Si hay una interpretación o ‘tipo’ no-marcado, ¿qué factores disparan las lecturas marcadas?
- 4) ¿Son estos ‘tipos-semánticos’ suficientes para reflejar el funcionamiento de las frases nominales en las lenguas naturales?

Estas preguntas son mixtas en la medida de que involucran tanto aspectos empíricos como técnicos y/o teóricos. Como en seguida veremos, hay dos tendencias complementarias en el tratamiento de

la frase nominal: el intento de unificar su tipo semántico resaltando las semejanzas, y el tratamiento diversificado, con el consiguiente énfasis en las particularidades de cada subclase de frase nominal.

Las propuestas, por parte de de Hoop (1996) y Ramchand (1997), de que la alternancia de telicidad dependiente del objeto del verbo se debe a una diferente utilización del contenido semántico del objeto y no a un diferente contenido *per se*—en particular la diferencia masa/contable— se basan en trabajos anteriores de Partee & Rooth (1983) y Partee (1986). El objetivo de estos trabajos era el de sistematizar la idea intuitiva según la cual una misma frase nominal tenía diferentes lecturas posibles, y que dichas posibilidades de interpretación estaban más o menos restringidas o posibilitadas por el contexto sintáctico en que aparecían. Así, partiendo del trabajo de Richard Montague (1973), se propone asociar una frase nominal, no con sólo un tipo semántico sino con una familia entera de tipos semánticos, en los que cada uno dispara una lectura particular del contenido de la frase y se encuentran relacionados entre sí por reglas de alternancia de tipo.

Análogamente a como se asociaron distintas interpretaciones posibles a distintas frases nominales en distintos tipos de frase verbal, habría que vincular lo anterior a la diversidad interpretativa de los verbos mismos, como bien hace notar Ramchand (1997). Esto trae como resultado la constatación de que la diversidad semántica de objetos directos excede con mucho una simple alternancia entre dos posibilidades morfosintácticas (polarización - Caso fuerte / despolarización - Caso débil) debido a la gradación en el peso semántico de los verbos.

3.6.1. EL PRINCIPIO DE COMPOSICIONALIDAD Y LA INTERPRETACIÓN SEMÁNTICA DE LA FRASE NOMINAL

El principio de composicionalidad y de homomorfismo sintáctico-semántico alberga dos estrategias complementarias: el intento de dar un tratamiento unificado para toda frase nominal (asignando el mismo tipo para todas sus denotaciones) como lo hace Montague (1973), o por otro lado, la estrategia de un tratamiento diversificado en que se establece una tipología semántica de frases nominales que asignan una clase de denotación preferente para cada subgrupo en la tipología (Partee 1986).

Empecemos por recordar que la semántica propuesta en 3.1.2. consta de un universo de interpretación U, compuesto por el domi-

nio $E (= D_e)$ de las entidades elementales o *individuos* —en sentido lógico— y el dominio de los valores de verdad $\{0, 1\}$, junto con una función f denominada *función de interpretación*. Ésta es la responsable de asignar interpretaciones a las expresiones del lenguaje considerado, proyectando cada categoría sintáctica a un tipo semántico. Una estructura $\langle E, f \rangle$ constituye un *modelo extensional* de dicho lenguaje (Corblin 2002:128). En tanto que la interpretación semántica de las expresiones es una *función*, por principio de cuentas cada categoría sintáctica debe tener un único tipo semántico, puesto que las funciones excluyen la multiplicidad de valores. La motivación para un tratamiento unificado de la categoría sintáctica N (nominal) es, por tanto, inicialmente técnica más que empírica (cf. Corblin 2002:133).⁷³ Un paso intermedio entre ambas perspectivas, la unificadora o “estrategia del erizo” (cf. Farkas 2001), y la diversificadora o “estrategia del zorro” (*ibid*), es preservar la unicidad del valor semántico para la categoría nominal, pero introduciendo una pluralidad de tipos posibles dentro de ese valor. De este modo, a la categoría de frase nominal se le asigna uniformemente un conjunto de distintos tipos semánticos con funciones de cambio de tipo entre ellos (Partee 1986:115-116). En este último caso, en principio, la frase nominal en general tiene disponibles distintos tipos semánticos, los cuales, fuera de un contexto específico, presentan un diferente grado de marcación dependiendo de la frase nominal *per se*. Esta asignación del mismo conjunto de tipos a toda la categoría N, pero asumiendo que no todos los tipos en dicho conjunto serán igualmente inmediatos o siquiera posibles para todas las subclases específicas de frase nominal, es un compromiso conciliador entre la unificación y la diversificación.

Sin embargo, una vez que se ha tomado el sendero de la diversificación, resulta claro que la tipología semántica de frases nominales

⁷³ Además, la faceta empírica se ve tensionada por el requerimiento teórico del homomorfismo sintáctico-semántico: sintácticamente la categoría ‘sintagma nominal’ se comporta de manera relativamente uniforme (cf. Farkas 2001:18), pero esta uniformidad no se conserva del lado de la interpretación semántica. Para preservar el homomorfismo, o bien, hay que escindir la macrocategoría ‘sintagma nominal’ en diversas microcategorías, o bien, hay que uniformar las interpretaciones. Como veremos en seguida, Montague (1973) escinde la macrocategoría sintáctica en Nombre Común, Nombre Propio y Grupo Nominal, por un lado, y unifica las interpretaciones de las dos últimas microcategorías —correspondientes a frases nominales plenas— asignándoles la categoría semántica de cuantificador generalizado. En un primer paso hacia la particularización y diversificación, Barwise y Cooper (1981) clasifican las diversas manifestaciones de esta denotación única mediante sus propiedades inferenciales (Farkas 2001:18).

está incompleta si se excluyen los contextos. Asociar un abanico de tipos semánticos a la frase nominal es aún insuficiente si la marcación de cada interpretación con respecto a ciertas clases de frases nominales no se relativiza, además, al contexto sintáctico en que éstas aparezcan (de Hoop 1996; Ramchand 1997). En nuestro caso, el mayor interés está en los distintos resultados en posición de complemento del verbo.

3.6.2. LA UNIFICACIÓN DE MONTAGUE

Dada la diversidad de frases nominales, que pueden componerse de un nombre común más algún determinante, o bien, de sólo un nombre propio o un pronombre, y dado el requisito de asignar un solo valor semántico a una categoría dada, Montague simplemente adopta la estrategia de asignar a una categoría sintáctica (en este caso la frase nominal) el tipo semántico más alto o complejo requerido por cualquier miembro de la categoría (Partee 1986:117). Como los tipos de denotación son constructos conjuntistas sobre $D_e \cup \{0, 1\}$, es más sencillo tomar el constructo más incluyente para las denotaciones posibles de una categoría sintáctica, y asumir que las interpretaciones más bajas simplemente se obtienen por deducción cuando sea necesario. Veamos algunos ejemplos de frase nominal y de interpretaciones propuestas para ellas en (196)

- | | | |
|-------|---|----------------------------|
| (196) | a. <i>Vicente Fox</i> abundó en buenas noticias | [lectura referencial] |
| | b. <i>Vicente Fox</i> es <i>presidente y empresario</i> | [lectura predicativa] |
| | c. <i>Algunas personas</i> creen todavía en él | [lectura cuantificacional] |

La lectura referencial es aquella en la que un nombre es utilizado para designar directamente a un individuo específico del modelo; es la lectura más natural para los nombres propios, pero también se presenta en casi todas las frases nominales determinadas no cuantificacionales, singulares o plurales (si son plurales, designan a un grupo). Como la referencia al individuo es directa, a la interpretación de *Vicente Fox* en (196a) se le asignaría el mismo tipo que al dominio D_e de los individuos, es decir, el tipo e . El tipo e remite a los referentes del universo del discurso del modelo considerado. En nuestro caso,

el dominio de las entidades de tipo e está subdividido en eventos e individuos tanto singulares como plurales y son los referentes más ‘concretos’ del modelo.⁷⁴ En (196b) tenemos la lectura predicativa en que los nominales *presidente* y *empresario* no se interpretan como designando a un individuo del modelo, sino como etiquetas de clases de individuos: los que son presidentes y los que son empresarios. En términos de tipos semánticos esto equivale a que *presidente* denomina a la función característica del conjunto de presidentes, la cual asigna verdadero a todos los individuos que son presidentes y falso a todos los que no lo son. Por tanto su denotación tiene la forma de una función del dominio de las entidades al dominio de los valores de verdad, es decir, $\langle e, t \rangle$ (cf. Thomason 1974:31).⁷⁵ $\langle e, t \rangle$ es el tipo semántico de los predicados (o clases) de primer orden (de primer orden porque toman entidades básicas como argumentos). Por último, en (196c) tenemos una lectura “cuantificacional” para una frase nominal. La denotación de *algunas personas* es la familia de todos los conjuntos que contengan personas (pero sólo algunas), de manera que si entre esos conjuntos se encuentra el que corresponde a los que “creen en él”, la oración es verdadera, y de lo contrario, falsa. Puesto que $\langle e, t \rangle$ representa la función característica del conjunto de entidades definido por un predicado (asignándoles alternativamente 0 si no pertenecen, o 1 si pertenecen al conjunto), de manera análoga, una familia de conjuntos puede representarse como la función característica que define a dicha familia asignando 0 a los conjuntos que no pertenecen a la familia y 1 a los que sí pertenecen. Es decir, como una función de conjuntos (entidades de tipo $\langle e, t \rangle$) a valores de verdad (entidades de tipo t), sea $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$.

De manera general cualquier tipo de forma $\langle _ , t \rangle$ es una función característica (es decir, una función que define/enumera a un conjunto y que usualmente se toma como equivalente al conjunto mismo). Esto viene de la idea fregeana de *término conceptual* (= nombre común en Frege 1985c:100), cuyo referente es un concepto y cuya extensión es un conjunto —recorrido de una función característica— (cf. Frege 1985a:35; Valdivia 1998:69):

⁷⁴ Filip (1999:48) y Krifka (1992) añaden el subdominio T de los tiempos, y Reed (1996:118), siguiendo a Dowty (1979) y a Montague, considera como tipo primitivo, además de las entidades y los valores de verdad, los tipos i del dominio de los intervalos (de tiempo).

⁷⁵ Recordemos nuevamente que $\langle a, b \rangle$ es la notación conjuntista para funciones que toman argumentos de tipo a y dan valores de tipo b , y que ‘ t ’ es de *truth-value*, valor de verdad.

“Según esto, podemos designar como extensión del concepto el recorrido de una función, cuyo valor para cada argumento es un valor veritativo.” (Frege 1985a:33)

Entonces, dependiendo de la clase de entidades que una función característica $\langle _ , t \rangle$ tome como argumento, obtendremos conjuntos de distinta índole. Si el argumento es de tipo e (= entidades), tenemos un conjunto de primer orden, si el argumento es de tipo $\langle e, t \rangle$ (= conjunto de primer orden) obtenemos un conjunto de segundo orden, es decir, una familia de conjuntos.

Si las frases nominales cuya denotación es de tipo $\langle e, t \rangle$ son *predicativas*, por contraste con las frases nominales cuya denotación es de tipo e , del mismo modo, las frases de tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ son *predicativas* con respecto a las denotaciones de tipo $\langle e, t \rangle$, esto es, las interpretaciones de frase nominal como cuantificadores son interpretaciones como *predicados de segundo orden* (predican sobre predicados, i.e., conforman clases de clases):

- a) predicación de primer orden: $e \rightarrow \langle e, t \rangle$ (se aplica a entidades, creando clases de entidades)
- b) predicación de segundo orden: $\langle e, t \rangle \rightarrow \langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ (se aplica a clases, creando familias de clases)

De hecho, Frege propone que los cuantificadores sean semánticamente conceptos de segundo orden (Corblin 2002:146-147; Valdivia 1989:138-139, 142; 1998:62-63, 76; Thomason 1974:58) como predicados que califican algo (de la cardinalidad de) un concepto de primer orden. Retomaremos esta noción de cuantificación y la relación entre tipos en las secciones que siguen.

Por el momento simplemente observemos que ante la existencia de, al menos, tres lecturas distintas para las frases nominales en (196), y el requerimiento de que toda categoría —en este caso la nominal— tenga un solo tipo semántico, hace falta elegir una de entre las tres lecturas como el tipo semántico de la categoría. De los tres tipos, el más alto es $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ de manera que éste es el que propone Montague para toda la categoría nominal. Esto implica que los nombres propios se interpreten de manera similar a (196c). Los tipos $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ denotan familias de subconjuntos en el dominio de las entidades D_e . De esta manera, un nombre propio no se interpreta como remitiendo directamente a un individuo (sino, en todo caso, indirectamente, mediante la intersección de los conjuntos de la familia, o bien

mediante la conjunción de las propiedades extensionales que estos conjuntos representan).

- (197) a. *Juana dibuja al carbón*
 b. *No más de seis lingüistas se titularán esta década*

En (197a) *Juana*, si se interpreta como tipo *e*, remite a un individuo del universo del discurso; pero interpretado como tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ remite ya no a un individuo sino a la familia de todas aquellas clases (de individuos) en las que se encuentra el individuo *Juana* (Corblin 2002:142). Dichas clases están definidas por alguna propiedad que se aplica a *Juana*, de manera que *Juana* también puede reinterpretarse como el conjunto o colección de propiedades extensionales que son verdaderas del individuo *Juana* (Engel 1989:106; Dobrovie-Sorin & Beyssade 2004:15-16). En esta interpretación, *Juana* remite simultáneamente a la clase de los humanos, a la clase de las mujeres, a la clase (supongamos) de los veinteañeros..., etc. Si además resulta que de entre todas esas clases, *Juana* también remite al conjunto de los individuos que pintan al carbón, entonces la oración *Juana pinta al carbón* es verdadera. La pertenencia de *Juana* a un conjunto es tomada como propiedad de segundo orden de ese conjunto, de manera que *Juana* predica sobre clases: si pertenece a una clase, le asigna 'verdadero' a la oración que resulta de la predicación, y si no le pertenece le asigna 'falso'. Semánticamente, es el sujeto el que toma por argumento o el que se aplica funcionalmente al predicado verbal. Esta clase de proceder es claramente útil para casos como (197b) en que *no más de seis lingüistas* realmente se percibe como una propiedad de la clase de los titulados en esta década. Cada conjunto de la familia (denotada por *no más de seis lingüistas*) representa una de las propiedades (predicados) que se aplica a lingüistas pero a no más de seis (cf. de Hoop 1996:5). Si entre éstos se encuentra la de *titularse en esta década*, (197b) es verdadera. Pero no es tan usual considerar la interpretación de un nombre propio como el conjunto de las propiedades (estrictamente extensionales, véase la nota 13 p. 287, de este capítulo) que corresponden al individuo nombrado (cf. Thomason 1974:61-62). Evidentemente, resulta en principio anti-intuitivo suponer que los nombres propios no son de tipo *e* (referencial), además del efecto adicional de invertir la relación función-argumento en una proposición. En efecto, tal como ejemplificamos en 3.1.2. con (142), si una frase verbal denota un conjunto (el conjunto de individuos de los que es verdadero lo predicado) y es de tipo $\langle e, t \rangle$, y si la frase no-

minal sujeto es de tipo e (referencial), es la denotación de la FV la que toma a la denotación de la FN como argumento, dando un valor de verdad. Es decir,

La función $\langle e, t \rangle$ (denotada por FV) se aplica a e (denotada por FN) dando por resultado t . Es decir: $\langle e, t \rangle \bullet e \Rightarrow t$ ⁷⁶

Pero si las frases nominales son de tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$, la relación de aplicación-aplicado se invierte:

La función $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ (denotada por FN) se aplica a $\langle e, t \rangle$ (denotada por FV) dando por resultado t . Es decir: $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle \bullet \langle e, t \rangle \Rightarrow t$

El cazador (i.e., la FV) se convierte en presa, es la FN la que se aplica a la FV.⁷⁷ Como la relación de aplicación semántica no se corresponde con la de aplicación sintáctica (O/N + N → O), el ajuste semántico (todas las FN son $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$) requiere de un ajuste sintáctico: en vez de ser de categoría N va a ser de categoría sintáctica O/(O/N).

Si comparamos ahora (196b/c) *supra*, vemos que la lectura cuantificacional (196c) surge con una FN que se compone de un determinante y un nombre común. Cuando tenemos solamente nombres comunes sin determinante, como *presidente* y *empresario* en (196b), surge la lectura predicativa $\langle e, t \rangle$. El principio de composicionalidad obliga a tomar por sentado que la lectura tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ de (196c) se debe a la composición de las denotaciones de *algunas* y de *personas*. Si además, los predicados verbales intransitivos son de tipo $\langle e, t \rangle$, los predicados nominales también han de ser del mismo tipo (lo que coincide con 196b). Como a toda la frase nominal determinada se le asigna el tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$, los determinantes

⁷⁶ La aplicación funcional a un argumento suele notarse mediante el símbolo ‘•’ vinculando la función que se aplica y el argumento al que se aplica (Renaud 1996:107-8).

⁷⁷ La interacción entre Frases verbales transitivas (tipo $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$) y las FNs en posición de objeto plantea un problema: los tipos $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$ (correspondiente a FV) y $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ (correspondiente a la FN-objeto) no son combinables bajo ninguna aplicación funcional. Las soluciones pueden agruparse alrededor del cambio de tipo *in situ* y alrededor de un movimiento encubierto de la FN-objeto (Heim & Kratzer 1998: 178-208). En lo que sigue me apego a la estrategia de de Hoop (1996) y Ramchand (1997), de no tomar en cuenta el “problema de los cuantificadores en posición de objeto” (Curiosamente, de Hoop 1996:208 menciona la posición de objeto como un problema pero para la visión relacional de los determinantes más que para la funcional. Véase nota 130, p. 466 *infra*).

se interpretan entonces como denotaciones funcionales que se aplican a denotaciones nominales tipo $\langle e, t \rangle$ para dar lugar a tipos $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$, y los nombres comunes sin determinar son siempre de tipo $\langle e, t \rangle$.

Una consecuencia importante de lo anterior es que, de hecho, la categoría N es referencial, pero en la práctica no aparece ningún representante de dicha categoría. Los nombres propios son de tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ y de categoría O/(O/N) (toman al verbo como argumento para dar lugar a una oración). Los nombres comunes son de tipo $\langle e, t \rangle$ y de categoría sintáctica O//N,⁷⁸ y son tomados como argumentos por verbos copulativos y determinantes. Los “grupos nominales” (frases nominales determinadas) son de tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ y tienen categoría O/(O/N) (Corblin 2002:141).

La unificación por medio del tipo semántico más alto ($\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$) se basa en un doble ajuste sintáctico-semántico (Corblin 2002:140-143): el planteamiento sintáctico de que ninguna expresión de la lengua es de hecho un representante de la categoría sintáctica N y el planteamiento semántico de que, consecuentemente, ninguna de estas expresiones tendría que ser de tipo referencial (inclusive si mantenemos la idea intuitiva de que la categoría N tiene denotación referencial).

Tenemos entonces que los tres tipos de lectura o ‘tipos semánticos’ estudiados para las frases nominales son, inicialmente, las que siguen:

- i) la lectura referencial (o de individuo), asociada al tipo semántico e
denota: [entidad(es) de primer orden]
- ii) la lectura predicativa (o de clase), asociada al tipo semántico $\langle e, t \rangle$
denota: [conjunto compuesto de entidad(es) de primer orden] (= entidad de segundo orden)
- iii) la lectura cuantificacional (o de clase de clases), asociada al tipo semántico $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ denota: [conjunto compuesto de entidad(es) de segundo orden] (= familia de conjuntos)

⁷⁸ Como los verbos intransitivos y los nombres comunes son semánticamente predicados, se les asigna la misma categoría sintáctica salvo por la doble barra que distingue entre predicado nominal y verbal (éste último con barra simple), para explicitar, por ejemplo, que los determinantes no pueden tomar verbos como argumentos.

En la aproximación unificadora de Montague, la lectura iii) corresponde a nombres propios como *María, Juan*, etc., a nombres comunes determinados como *algunas personas, no más de seis lingüistas, los gatos*, etc. La lectura ii) corresponde a nombres comunes sin determinante, en analogía a los predicados verbales intransitivos. La lectura referencial i) no corresponde, de hecho, a ninguna expresión, en conjunción con el hecho de que ninguna expresión de las anteriores es de categoría sintáctica N, sino de categoría sintáctica equivalente O/(O/N) y de categoría no-equivalente O//N (véase también Chambreuil & Pariente 1991:72).

Pero tal como nota Thomason (1974:59-60), agrupar los nombres propios y las frases nominales determinadas y cuantificadas bajo la misma categoría sintáctica —en vez de mantenerlas separadas como en lógica de predicados de primer orden (constantes de individuo por un lado, cuantificadores por otro)— tiene ventajas que van más allá de la simple economía. Además de que pueden aparecer en los mismos contextos sintácticos, se da cuenta de ciertas ambigüedades.⁷⁹

(198) **Ambigüedades de alcance sintáctico: los cuantificadores se combinan con diversas categorías sintácticas al igual que los nombres propios** (Thomason 1974:59-60, Montague 1973)

- a. *Juan busca frecuentemente un unicornio*
- b. *Juan habla acerca de un unicornio*
- c. *Juan le debe a Pepe un caballo*

Los tres enunciados (198a-c) tienen una lectura neutra en que Juan busca o habla acerca de un unicornio cualquiera cuya existencia depende del buscar y del hablar de Juan, y le debe un caballo cualquiera a Pepe. Pero tienen además disponible una lectura referencial en

⁷⁹ La diferencia entre forma gramatical y forma lógica, como defecto adjudicado por Russell a las lenguas naturales, queda abolida. La idea de que las descripciones definidas no son unidades independientes (y por tanto son radicalmente diferentes de las constantes de individuo), porque se definen en base a cuantificadores e identidad y, al igual que los cuantificadores, su definición es contextual, solamente se sostiene en lógica de predicados de primer orden. En lógica de segundo orden, con cuantificación generalizada, las descripciones definidas, al igual que los cuantificadores, pueden interpretarse como unidades independientes y la forma gramatical que Russell consideraba engañosa puede rehabilitarse (Gamut 1991:164).

la que Juan busca o habla acerca de un unicornio particular que de hecho existe, y le debe un caballo particular, ya acordado, a Pepe. Es decir, las frases nominales *un unicornio*, *un caballo* escapan de los respectivos contextos intensionales. El hecho de que (198a) sea triplemente ambiguo es un argumento que Thomason (1974:60) avanza para descartar la ambigüedad léxica en favor de una ambigüedad sintáctica. (198a) podría significar que Juan busca unicornios frecuentemente, pero con el afán de encontrar uno distinto cada vez, además de las dos lecturas ya dadas (Juan busca unicornios con el afán de encontrar alguno y lo hace frecuentemente, frente a Juan busca a un unicornio particular y lo hace frecuentemente).

“Para obtener árboles de análisis que permitan las lecturas no referenciales de estas oraciones, debemos permitir que las frases de cuantificador se combinen con verbos y preposiciones del mismo modo en que lo hacen los términos singulares. Por ejemplo, ‘un unicornio’ debe combinarse con ‘buscar’ para formar ‘buscar un unicornio’ y con ‘acerca de’ para formar ‘acerca de un unicornio’. Pero estas son precisamente las combinaciones que ocurrirían necesariamente si la distinción sintáctica entre términos singulares y frases de cuantificador queda abolida.”

porque

“si las frases de cuantificador sólo pudieran combinarse con fórmulas, ninguna otra lectura más que la referencial sería adecuada.” (Thomason 1974:60)

Este era precisamente el argumento para tratar a las expresiones con cuantificador de manera sintácticamente similar a los términos singulares.

La manera en que Montague (1973) trata el ligamiento de variable hace transparente el camino inverso: serían los términos singulares los que hay que tratar como cuantificadores. En su tratamiento, Montague realiza morfológicamente las variables libres como formas del pronombre \hat{e}_n , en que el índice numérico n indica que distintas de sus ocurrencias con el mismo índice deben interpretarse del mismo modo (Thomason 1974:60). Cuando una fórmula es combinada con un cuantificador en relación a la variable \hat{e}_n , otras ocurrencias de \hat{e}_n en la fórmula quedan ligadas por el cuantificador, perdiendo el subíndice y concordando en género.

- (199) **Los nombres propios ligan variables al igual que los cuantificadores** (Thomason 1974:60-61, Montague 1973)
- a. $\acute{e}l_4$ cree que María habla acerca de $\acute{e}l_4$.
 - b. **Una mujer** cree que María habla acerca de **ella**.
 - c. $\acute{E}l_1$ dice que $\acute{e}l_2$ encuentra a una mujer tal que ella lo ama a $\acute{e}l_2$.
 - d. $\acute{E}l_1$ dice que **toda mascota** encuentra a una mujer tal que ella la ama a **ella**.
 - e. **Susana** cree que María habla acerca de **ella**.

(199a) por ejemplo, tras la aplicación de la regla mencionada, quedaría como (199b). La segunda ocurrencia de $\acute{e}l_4$ pierde su índice y concuerda en género como consecuencia de quedar ligado por el cuantificador **una mujer**, que sustituyó la primera ocurrencia. Lo mismo sucede con (199c/d). En (199e) se observa que la sustitución de una ocurrencia de $\acute{e}l_4$ por un nombre propio tiene el mismo efecto ‘ligador’. Es decir,

“Para dar cuenta de estas construcciones, los términos singulares deben poder aparecer en una regla sintáctica similar a aquella para frases con cuantificador, una regla que los introduzca en las fórmulas en relación a una variable. En respuesta a consideraciones como éstas, Montague elige en su último trabajo [PTQ] asignar los términos singulares y las frases con cuantificador a la misma categoría sintáctica.” (Thomason 1974:61)

Con respecto a la denotación, las frases con cuantificador como *un hombre, todo el mundo, nadie* no pueden alinearse con los nombres propios y denotar entidades; eso dejaría sin explicación algunas asimetrías entre cuantificadores y nombres propios, en especial (200)a y b.

- (200) **Asimetrías de consistencia y ambigüedad entre nombres propios (o expresiones referenciales en general) y cuantificadores** (Thomason 1974:61, Montague 1973)
- a. **Consistencia entre pares afirmado / negado**
 Cuantificadores: ✓ *Un hombre camina* es consistente con *Un hombre no camina*.
 Nombres propios: ✗ *María camina* **no** es consistente con *María no camina*.
 - b. **Presencia de ambigüedad frente a otro cuantificador**

Cuantificadores: ✓ *Todo hombre ama a una mujer* (una persona en particular vs. una diferente en cada caso)

Nombres propios: ✗ *Todo hombre ama a María* (una persona en particular)

c. **Inconsistencia entre pares afirmados (con ciertos sujetos)**

Cuantificadores: ✓ {*Alguien / algún hombre*} camina es inconsistente con {*Nadie / ningún hombre*} camina.

Nombres propios: ✗ *María camina* **no** es inconsistente con *Juan camina*. (No hay inconsistencia con ningún par de nombres propios cualesquiera que sean)

Si los cuantificadores denotaran entidades, como los nombres propios, no puede explicarse que dos enunciados con la misma expresión cuantificacional como sujeto, uno negativo y otro afirmativo, sean consistentes —como en (200a)—. De hecho, ése es el argumento que Russell emplea para decidir que los indefinidos son siempre cuantificacionales y nunca referenciales. Si la expresión cuantificacional denotara una entidad, sería contradictorio afirmar y negar una predicación acerca de dicha entidad. A este respecto Dobrovie-Sorin & Beyssade (2004:12, 17) observan que las expresiones referenciales (nombres propios y definidos) tienen una propiedad excepcional frente al resto de los sintagmas nominales: conservan las leyes de contradicción ($p \wedge \neg p$ es contradictorio) y del tercio excluido ($p \vee \neg p$ es una tautología). Por la misma razón no podría haber ambigüedad frente a otro cuantificador si el valor de *una mujer* es una entidad: todo hombre amaría a esa entidad en particular (200b). Thomason (1974:61 nota 56) señala que la última asimetría (200c) es menos aguda y podría resolverse mediante postulados semánticos en relación a *algún / ningún*, de manera que la asimetría surgiría del significado específico de dichas expresiones.

La estrategia inversa de asimilar los nombres propios a cuantificadores, asignándoles la misma denotación que a éstos últimos, no plantea problemas similares (pero véase nota 89, p. 406, de este capítulo *infra*). Veamos ahora en más detalle la estructura del dominio de las entidades D_e en relación a la idea de los nombres comunes (sin determinar) como denotadores de conjuntos en D_e .

3.6.2.1. PREDICADOS NOMINALES Y VERBALES COMO IDENTIFICADORES (ETIQUETAS SOBRE LAS PARTES DE D_e) Y LA FUNCIÓN INTERPRETATIVA COMO CO-ETIQUETADORA

Empecemos por introducir la noción de *conjunto potencia* o *conjunto de partes* de \mathbf{A} .⁸⁰ En teoría de conjuntos, todo conjunto \mathbf{A} tiene a su vez un conjunto de sus partes: $\wp(\mathbf{A})$, donde $\mathbf{A} \neq \wp(\mathbf{A})$ con las siguientes equivalencias (Pichon 1995:10-11, Solís & Torres 1995:13):

- (201) **Equivalencias entre un conjunto \mathbf{A} y su conjunto de partes (= subconjuntos de \mathbf{A})**
- $|\mathbf{A}| = n \Leftrightarrow |\wp(\mathbf{A})| = 2^n$.
(Número de elementos o ‘cardinalidad’ de $\mathbf{A} = n \Leftrightarrow$ cardinalidad de $\wp(\mathbf{A}) = 2^n$)
 - $\{a, b\} \subseteq \mathbf{A} \Leftrightarrow \{a, b\} \in \wp(\mathbf{A})$.
(Si $\{a, b\}$ es *subconjunto* de \mathbf{A} entonces $\{a, b\}$ es *elemento* de $\wp(\mathbf{A})$, y viceversa)

Lo interesante del conjunto potencia de \mathbf{A} es que, a partir de la relación de inclusión, se define de manera natural una estructura parcialmente ordenada entre sus elementos —los subconjuntos de \mathbf{A} — (Partee & Meulen & Wall 1993:278; Ruys & Winter 1995d:3). Si consideramos el conjunto de partes de D_e , obtenemos relaciones precisas entre denotaciones de tipo predicativo mediante dicha estructura parcialmente ordenada. En otras palabras: $\wp(D_e)$ consta precisamente de todas las denotaciones posibles de tipo $\langle e, t \rangle$ en el modelo. Todos los predicados verbales intransitivos y los nombres comunes pueden interpretarse como etiquetas sobre las partes de D_e o, lo que es lo mismo, sobre los elementos de $\wp(D_e)$ con relaciones precisas entre ellas (Corblin 2002:128-138).

Supongamos un modelo sencillo para explicar esta idea de modo que $D_e = \{j, m, p\}$ y nuestro vocabulario sólo conste de las siguientes expresiones:

⁸⁰ Ruys & Winter (1995d:4), Partee & Meulen & Wall (1993:11) denominan $\wp(\mathbf{A})$ como *power set* de \mathbf{A} y no ‘*set of parts*’ de \mathbf{A} . Pichon (1995:10-11) sí denomina $\wp(\mathbf{A})$ como “*l’ensemble des parties de A*”; Manzano (1989:25, 93) habla de “partes o potencia de un conjunto”, al igual que Amor (1997:13). Hay que remarcar que en varios lugares (incluido Pichon) no se hace diferencia entre \subset y \subseteq , es decir, que la inclusión siempre es impropia y ésta se representa con \subset en vez de con el símbolo más explícito \subseteq .

Nombres propios: (con interpretación montagueana tipo $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$)
Juan, cuya denotación es el conjunto de todos los conjuntos que contienen al individuo “Juan” ($=j$), sea $\{\{j\}, \{j, m\}, \{j, p\}, \{j, m, p\}\}$,

María, cuya denotación es el conjunto de todos los conjuntos que contienen al individuo “María” ($=m$), sea $\{\{m\}, \{m, j\}, \{m, p\}, \{m, j, p\}\}$
 y

Pablo, cuya denotación análogamente es $\{\{p\}, \{p, j\}, \{p, m\}, \{p, j, m\}\}$.

Nombres comunes: (tipo $\langle e, \triangleright \rangle$)

presidente, que denota el conjunto de los individuos que son presidentes, sea $\{j\}$

lingüista, que denota el conjunto de los individuos que son lingüistas, sea $\{p, m\}$

mujer, que denota el conjunto de los individuos que son mujeres, sea $\{m\}$

astronauta, que denota el conjunto de los individuos que son astronautas, sea \emptyset

Tenemos pues que Juan es presidente, Pablo y María son lingüistas, María es mujer y nadie es astronauta.

Predicados verbales intransitivos: (tipo $\langle e, \triangleright \rangle$)

correr, que denota el conjunto de los individuos que corren, sea $\{j, m\}$

respirar, que denota el conjunto de los individuos que respiran, sea $\{j, m, p\}$

investigar, que denota el conjunto de los individuos que investigan, sea $\{p\}$

Es decir: Juan y María corren, Pablo investiga y todos los individuos del modelo respiran.

Lo primero que puede constatarse es que todas las denotaciones de los nombres comunes y verbos intransitivos son subconjuntos de $D_e = \{j, m, p\}$, o sea, elementos de $\wp(D_e) = \{\emptyset, \{p\}, \{m\}, \{j\}, \{p, j\}, \{p, m\}, \{j, m\}, \{p, j, m\}\}$. Dado que la función de interpretación es la que asigna estas denotaciones a las expresiones, y en este caso se trata de subconjuntos de D_e , podemos considerar el efecto de la función de interpretación —cuyo valor se representa con $\llbracket \]$, véase nota 37, p. 214— en el ámbito de los nombres comunes y los verbos intransitivos como el de una función co-etiquetadora en $\wp(D_e)$, es decir, como una función que a cada etiqueta o *identificador* en el vocabulario le asigna su co-etiqueta —el conjunto que nombra— en $\wp(D_e)$ (sobre

las nociones de identificador, etiquetamiento y co-etiquetamiento, véase Bell 2000). Tenemos entonces:

$$\begin{array}{ll} \llbracket \textit{presidente} \rrbracket = \{j\} & \llbracket \textit{correr} \rrbracket = \{j, m\} \\ \llbracket \textit{lingüista} \rrbracket = \{p, m\} & \llbracket \textit{respirar} \rrbracket = \{j, m, p\} = D_e \\ \llbracket \textit{mujer} \rrbracket = \{m\} & \llbracket \textit{investigar} \rrbracket = \{p\} \\ \llbracket \textit{astronauta} \rrbracket = \emptyset & \end{array}$$

Veamos ahora la interpretación de *Juan* como tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$:

$$\llbracket \textit{Juan} \rrbracket = \{\{j\}, \{j, m\}, \{j, p\}, \{j, m, p\}\}$$

Nótese que considerando a los predicados del vocabulario como etiquetas sobre subconjuntos de D_e podemos describir la denotación de *Juan* de otro modo, como conjunto de propiedades extensionales:

$$\llbracket \textit{Juan} \rrbracket = \{\llbracket \textit{presidente} \rrbracket, \llbracket \textit{correr} \rrbracket, \{j, p\}, \llbracket \textit{respirar} \rrbracket\}$$

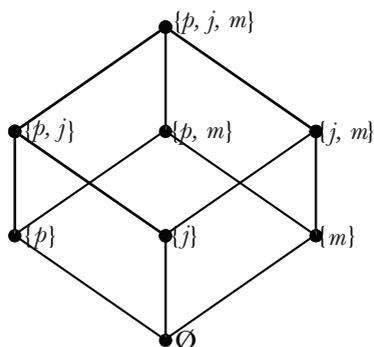
y $\{j, p\}$ no corresponde a ninguna propiedad especificada en el vocabulario. Así, podemos describir la denotación del nombre propio *Juan* como el subconjunto de $\wp(D_e)$ que tiene como miembros a los subconjuntos de D_e de los que el individuo Juan es miembro y solamente a esos. En general, podemos describir los nombres propios como etiquetas sobre elementos de $\wp(\wp(D_e))$ es decir, subconjuntos de $\wp(D_e)$, o bien, sobre familias de subconjuntos de D_e . Dada la estructura ordenada en $\wp(D_e)$, podemos visualizar las posibilidades denotativas de los predicados mediante diagramas de Hasse, como (202a/b).

Esta disposición en retícula, como conjuntos de individuos y como propiedades extensionales etiquetadas representa más claramente la manera en que funcionan las denotaciones de nombres comunes sin determinar, determinantes, nombres propios y frases nominales determinadas (recomendamos ampliamente la presentación sumamente clara y detallada de Corblin 2002:127-184, en la que nos inspiramos).

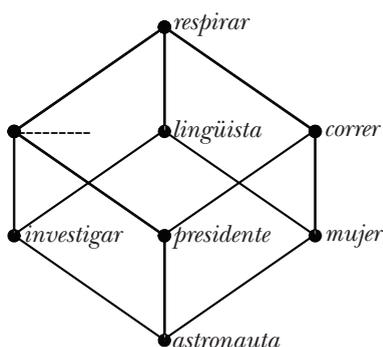
A continuación detallamos este funcionamiento desde el punto de vista unificante en que el tipo de los nombres propios y las frases nominales determinadas es $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, más conocido como de “cuantificador generalizado”. El vínculo entre la intuición tradicional de un nombre propio como denotador de un solo individuo y el ahora considerado como denotador de una familia de propiedades extensionales o conjuntos resultará ser el concepto de *generador de filtro*.

- (202) **Denotaciones estructuradas tipo $\langle e, \triangleright \rangle$ en $\wp(D_e)$** , como co-etiquetas o conjuntos de individuos (a), como propiedades extensionales asociadas a identificadores (b)

a) *co-etiquetas*



b) *identificadores* a los que se aplica la función de interpretación



3.6.2.2. CUANTIFICADORES GENERALIZADOS COMO FILTROS SOBRE $\wp(D_e)$ Y EL TRATAMIENTO FUNCIONAL DE LOS DETERMINANTES EN LA FRASE NOMINAL

Montague no utiliza el término —actualmente omnipresente— de “cuantificador generalizado” para la denotación de tipo $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$, correspondiente a nombres propios y “grupos nominales” (determinante+nombre común) (Corblin 2002:132 nota 2). Sin embargo el término se adopta a partir de Barwise y Cooper (1981 *apud* Corblin 2002:132), que observan que la denotación de frases nominales construida como una familia de conjuntos es similar al concepto de cuantificación generalizada. Esta concepción de la cuantificación se inicia en Frege, que considera al cuantificador como un concepto de segundo orden, es decir, como un concepto que se aplica a otros conceptos (Corblin 2002:146-147; Frege 1985d:117).⁸¹

⁸¹ Valdivia (1987:59-60) parece restringir la noción fregeana de *concepto* a funciones veritativas que toman *objetos* como argumento, es decir a funciones veritativas de primer orden: “Estos últimos [los nombres de función], cuando pertenecen al primer nivel, denotan *conceptos*. Los conceptos son *funciones* (proposicionales) de un argumento, cuyos valores son siempre veritativos”. Pero si los conceptos son funciones proposicionales, esto también admite conceptos de segundo orden puesto que Frege advierte de dos maneras en que pueden “saturarse” estas funciones:

“He dicho que la asignación de número dice algo acerca de un concepto; hablo de propiedades que pueden decirse de un concepto y admito que un concepto caiga bajo otro superior. He llamado existencia a la propiedad de un concepto.” (Frege 1985d:115)

“Así quedará establecido definitivamente que la asignación de número contiene una afirmación sobre un concepto.” (Frege 1985f:171)

Dado que los conceptos son funciones características, tenemos en el cuantificador una función característica cuyos argumentos son también funciones (Frege 1985a:43-44; Valdivia 1987:59, 64, 66, 71-72; 1989:138-139, 142). Frege asigna de este modo una denotación propia para los cuantificadores (que reduce a solamente el cuantificador universal unario; Frege 1985a:41-43), sin embargo, en sintaxis de primer orden la expresión es un operador, es decir, una constante lógica o expresión sincategoremática (=sin categoría) (Garrido 1997:53). El tratamiento usual de la cuantificación en sintaxis de primer orden se aleja mucho de la estructura sintáctica y gramatical de los enunciados con cuantificación en lenguaje natural (Barwise y Cooper 1981:159). Por una parte, se trata al nombre común que restringe la cuantificación del mismo modo que a un verbo intransitivo (Thomason 1974:18-19). Por otra parte, en sintaxis de primer orden, la constante de individuo (el nombre propio) se combina con el predicado (la frase verbal) para formar enunciados, mientras que los cuantificadores se combinan con una fórmula para dar lugar a otra fórmula. Esto contrasta con la mayoría de las lenguas naturales en que los nombres propios y las frases nominales con cuantificador se comportan de manera muy similar y, consecuentemente, se les clasifica como frases nominales (Thomason 1974:59). En palabras de Thomason (1974:59) “es muy difícil encontrar instancias en que la sustitución de un tipo de expresión por el otro afecte la gra-

tomando un objeto —con lo que resulta una fórmula simple como Fa —, o bien, convirtiéndose ella misma en argumento de una función proposicional de orden superior (cf. Frege 1985d:118), por ejemplo, un cuantificador —con el resultado de una fórmula más compleja de tipo $QxFx$, en que Q es un cuantificador que toma como argumento a Fx o que “se predica de” Fx — (cf. Frege 1985d:114; Corblin 2002:147; Valdivia 1998:62-63, 76). Además Frege (1985a:32) habla del *concepto* de manera más amplia como “una función cuyo valor es siempre un valor veritativo”, sin restringir o especificar si dicha función debe ser de primer o segundo orden, si bien “es una función de un argumento” (Frege 1985c:90). Más adelante menciona ambas posibilidades: “Igualmente distingo entre conceptos de primero y segundo orden.” (Frege 1985a:43-44; 1985e:138; 1985d:118-119).

maticidad”, en tanto que en lógica de predicados es imposible que un cuantificador ocupe la misma posición que una constante de individuo y viceversa.

Las constantes lógicas —definidas fuera del sistema de categorías sintácticas— tienen en común poseer *alcance* y no poseer denotación veritativo-condicional propia con independencia de las expresiones no-lógicas. Dado que, desde el punto de vista modelo-teórico, las posibles denotaciones se asocian a categorías sintácticas (y viceversa), los elementos sin denotación propia independiente se consideran expresiones sincategoremáticas o sin categoría (Carnap 1988 [1956]:7; Thomason 1974:5).⁸² Puesto que la función de interpretación no asigna denotaciones en el universo más que a expresiones categoremáticas (i.e., pertenecientes a alguna categoría), las constantes lógicas están al margen de los procesos de composición en los que entran sólo de manera indirecta a través de las expresiones categoremáticas con las que se asocian (Karttunen & Peters 1978:28). Una expresión sincategoremática es interpretada a través de la regla sintáctica de la que forma parte, es decir, a través de la operación semántica que constituye el valor de la función de interpretación para dicha regla (Thomason 1974:46 y 48 nota 44); en otras palabras, en vez de asignarles directamente contenido semántico, “sólo se establece la manera en que éstas contribuyen a asignar un determinado valor semántico a las fórmulas bien formadas en las que ocurren” (Falguera López y Martínez Vidal 1999:168-9).

La “generalización” de la cuantificación surge al emparejar el estatus sintáctico de estas expresiones con la semántica que Frege propone para ellas.⁸³ Si los cuantificadores, como predicados de segundo orden, tienen denotación propia (Valdivia 1987:59), enton-

⁸² Obsérvese que estamos hablando de las expresiones básicas de un lenguaje. Una expresión compleja perteneciente a alguna categoría puede carecer de interpretación, o bien, tener una interpretación no definida si el valor semántico de uno de sus componentes no está definido.

⁸³ Es interesante observar que Russell (1981 [1905]) casi llega a proponer una especie de teoría de cuantificadores generalizados, pero en sentido contrario en lo que respecta a emparejar sintaxis y semántica. En vez de asemejar los cuantificadores a las descripciones y nombres propios (asignándoles denotación independiente), agrupa a cuantificadores y descripciones como expresiones denotativas que no denotan tipos *e* y que, por tanto, se combinan con fórmulas abiertas en vez de saturar un lugar de argumento. De hecho, propone que los cuantificadores son las descripciones más primitivas de las que derivan las demás. Sin embargo, no alcanza a establecer una teoría de cuantificación generalizada al excluir los nombres propios como expresiones de distinta naturaleza.

ces han de ser categoremáticos y no constantes lógicas (cf Barwise & Cooper 1981:162-163). El paso crucial es entonces “introducir los cuantificadores, no ya de manera sincategoremática, sino como representantes de una categoría sintáctica por derecho propio [*à part entière*], cuya interpretación en un Modelo es regida por el principio de composicionalidad” (Corblin 2002:148).⁸⁴ Desde este punto de vista, los cuantificadores universal y existencial instancian una categoría sintáctica con denotación propia, de segundo orden, y sus denotaciones son simplemente familias de conjuntos⁸⁵ (Thomason 1974:58):

(203) **Cuantificadores como conjuntos de segundo orden** (Corblin 2002:149, Väänänen 1999:6; Barwise & Cooper 1981:163-164)

- a. $\forall = \{X \subseteq \mathbf{M} : X = D_\phi\}$
- b. $\exists = \{X \subseteq \mathbf{M} : X \neq \emptyset\}$

El cuantificador universal (203a) se define como el conjunto de aquellos conjuntos incluidos en el modelo (\mathbf{M}) para los que se cum-

⁸⁴ Barwise y Cooper (2002 [1981]:78; 1981:162-163) no solamente muestran que es preferible tomar las expresiones cuantificacionales como expresiones con denotación en el caso del lenguaje natural, sino que consideran desafortunada, de manera general, la tendencia a considerar los cuantificadores como expresiones lógicas: “Hay una noción equivocada de que el significado de los cuantificadores debe construirse en la lógica [M.P., es decir, en las reglas sintácticas], y que por tanto no puede variar de un modelo a otro. Esto es erróneo por varios motivos, incluso para ejemplos matemáticos.” (Barwise y Cooper 2002 [1981]:78; 1981:162).

⁸⁵ Obsérvese que en Montague (1970a) tenemos una etapa intermedia en el tratamiento de la cuantificación: el tratamiento se aleja de la sintaxis usual de primer orden en que las variables no se ligan, sino que son pura y simplemente sustituidas por términos del tipo “cuantificador + nombre común”, como si éstos “saturaran” los lugares de argumento, es decir, como auténticos sujetos (de modo semejante a la manera en que Lewis (1975) sustituye las variables por los términos indefinidos que las restringen (cf. sección 3.6.4.2.5.1., ejemplos (279), p. 494). El cuantificador, en cambio, sigue siendo sincategoremático en que no es una expresión perteneciente a alguna categoría sintáctica, sino que es introducido como parte de la regla sintáctica de cuantificación (Thomason 1974:19, 23-24). Posteriormente, en Montague (1973), el cuantificador es tratado como una expresión que forma términos a partir de nombres comunes (predicados) —de modo semejante al tratamiento funcional de (214-215)— y la frase nominal con cuantificador y nombre común es tratada como expresión saturante en vez de como fragmento de fórmula universal (Thomason 1974:19 nota 22).

ple que son idénticos al universo del discurso del modelo. Cambiando dicha condición por otra, como la de tener una cardinalidad no-nula, obtenemos un cuantificador diferente, en este caso el existencial (203b). Un cuantificador descrito de este modo es equivalente a una función característica que toma sus argumentos en $\wp(D_e)$ y les asigna valores de verdad: verdadero si cumplen con la condición $X = D_e$ para el cuantificador universal y la condición $X \neq \emptyset$ para el existencial, y falso en caso contrario. Los cuantificadores son entonces funciones de la forma $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ puesto que toman argumentos de tipo $\langle e, t \rangle$ (subconjuntos de D_e) y les asignan valores en $\{0, 1\}$, es decir, de tipo t .

(204) **Cuantificadores como funciones características unarias de segundo orden** (Corblin 2002:147, 149-150; Barwise & Cooper 1981:163-164)

- | | | | |
|----|--------------------------|--------------------------|---------------------------|
| a. | $\forall(X) \rightarrow$ | 0 si $X \neq D_e$; | 1 si $X = D_e$; |
| b. | $\exists(X) \rightarrow$ | 0 si $X = \emptyset$; | 1 si $X \neq \emptyset$ |

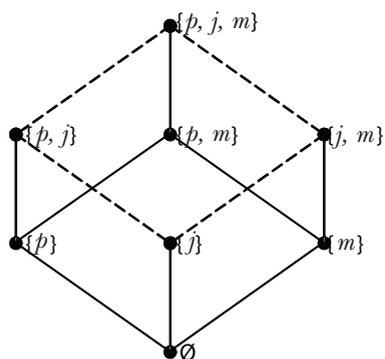
Las formulaciones de (203) y (204) son —como ya dijimos— equivalentes, pero (204) nos permite considerar la idea de cuantificadores con n -aridad > 1 , es decir, que puedan tomar más de un argumento. En la formulación de (203) los cuantificadores binarios, por ejemplo, serían familias cuyos elementos son pares ordenados de conjuntos $\langle X, Y \rangle$, en vez de conjuntos X (Corblin 2002:151-154). Esta concepción lleva a un tratamiento *relacional* de los determinantes, que dejaremos para la sección que sigue.

La denotación como cuantificador generalizado es entonces un subconjunto o *parte* de $\wp(D_e)$, o dicho de otro modo, pertenece al conjunto de partes (o conjunto potencia) de $\wp(D_e)$. Si Q es un conjunto tal que $Q \in \wp(\wp(D_e))$, o bien, lo que es lo mismo, que $Q \subseteq \wp(D_e)$ —por equivalencia (201b)—, denominamos Q un *cuantificador generalizado* sobre D_e (Ruys & Winter 1995e:1). Esta clase de interpretación selecciona un patrón de puntos tipo $\langle e, t \rangle$ en una estructura como (202), que repetimos aquí como (205).

(205) **Denotaciones estructuradas tipo $\langle e, t \rangle$ en $\wp(D_e)$, como co-etiquetas o conjuntos de individuos (a)**

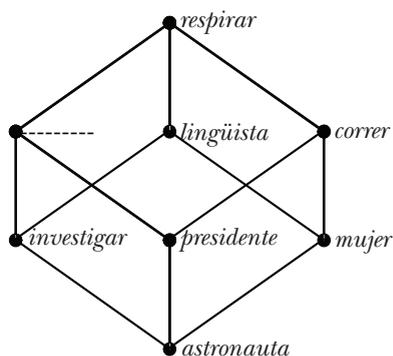
como propiedades extensionales asociadas a identificadores (b)

a) *co-etiquetas*



●-----● Filtro generado por $\{j\}$

b) *identificadores* a los que se aplica la función de interpretación



Asimismo aprovechamos el esquema para ilustrar la noción importante de *filtro* que usaremos más adelante. En (206) proporcionamos la definición de filtro —de una retícula como (202/205)—, seguida de las propiedades que caracterizan a un ultrafiltro (207).

(206) Filtro de $\wp(D_e)$

Un filtro F de una retícula $\wp(D_e)$ es un subconjunto (propio o impropio) de $\wp(D_e)$ tal que:

- a) $x, y \in F \rightarrow x \cap y \in F$
- b) $x \in F \wedge z \supseteq x \rightarrow z \in F$

Si $F \neq \wp(D_e)$ tenemos un *filtro propio*, y F es un *filtro máximo* si es un filtro propio que no está incluido en ningún otro filtro propio de $\wp(D_e)$.

De modo que un filtro es una familia de conjuntos con ciertas características especiales, y no toda familia de conjuntos logra reunir los requisitos para considerarse un filtro.

(207) **Ultrafiltro**

Si para un *filtro propio* tenemos que $x \cup y \in F \rightarrow x \in F \vee y \in F$ ese *filtro propio* es un *ultrafiltro*

En las retículas booleanas como (202/205) las nociones de filtro máximo y ultrafiltro tienen la misma extensión (son equivalentes).

(Partee & Meulen & Wall 1993:285-6; Corblin 2002:184; Manzano 1989:203)⁸⁶

La denotación de *Juan* como cuantificador generalizado es un filtro, es decir, una selección de puntos en las estructuras (205a/b), a saber, todos los puntos (=conjuntos) que se encuentran ascendiendo ininterrumpidamente a partir del punto definido por el conjunto unitario que contiene a Juan, es decir, a partir de $\{j\}$. Se dice entonces que $\{j\}$ es el generador de dicho filtro. El conjunto de filtros de $\wp(D_e)$ también es una retícula de modo que los distintos filtros están ordenados entre sí mediante inclusión.⁸⁷ Consideremos el conjunto de filtros de (202/205), es decir, de $\wp(D_e)$:

(208) $\wp(D_e)$ y su conjunto de filtros (generados de abajo-arriba en 205)

$$\wp(D_e) = \{\emptyset, \{p\}, \{m\}, \{j\}, \{p, j\}, \{p, m\}, \{j, m\}, \{p, j, m\}\}$$

$$F_0 = \{\emptyset, \{p\}, \{m\}, \{j\}, \{p, j\}, \{p, m\}, \{j, m\}, \{p, j, m\}\} \text{ generado por } \emptyset \text{ sea } \llbracket \text{astronauta} \rrbracket$$

$$F_1 = \{\{p\}, \{p, m\}, \{p, j\}, \{p, j, m\}\} \text{ generado por } \{p\} \text{ sea } \llbracket \text{investigar} \rrbracket$$

$$F_2 = \{\{m\}, \{p, m\}, \{j, m\}, \{p, j, m\}\} \text{ generado por } \{m\} \text{ sea } \llbracket \text{mujer} \rrbracket$$

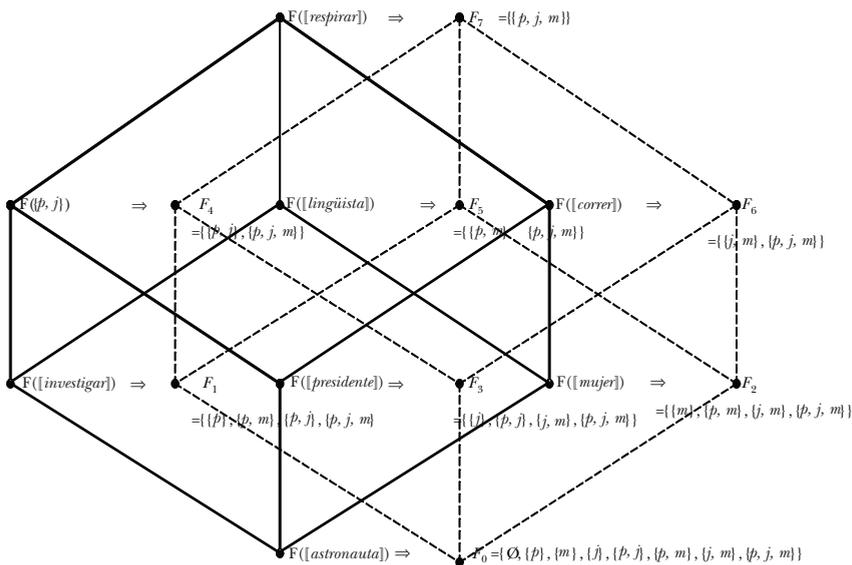
⁸⁶ Como estamos ante el caso específico en que x e y son conjuntos, sustituí los símbolos \wedge / \vee por \cap / \cup respectivamente (cf. Moreno Cabrera 1994:72-73).

⁸⁷ Nótese que en el diagrama de (209) el ordenamiento de los Filtros queda invertido con respecto al ordenamiento de los conjuntos generadores: el Filtro más incluyente F_0 queda en el extremo inferior de la estructura y el Filtro menos incluyente F_7 queda en el extremo superior.

- $F_3 = \{\{j\}, \{p, j\}, \{j, m\}, \{p, j, m\}\}$ generado por $\{j\}$ sea $[[presidente]]$
- $F_4 = \{\{p, j\}, \{p, j, m\}\}$ generado por $\{p, j\}$
- $F_5 = \{\{p, m\}, \{p, j, m\}\}$ generado por $\{p, m\}$ sea $[[lingüista]]$
- $F_6 = \{\{j, m\}, \{p, j, m\}\}$ generado por $\{j, m\}$ sea $[[correr]]$
- $F_7 = \{\{p, j, m\}\}$ generado por $\{p, j, m\}$ sea $[[respirar]]$

La retícula (con puntos de tipo $\langle e, \triangleright \rangle$) formada por el conjunto $\wp(D_e)$ puede incrustarse en la retícula (con puntos de tipo $\langle \langle e, \triangleright, \triangleright \rangle \rangle$) formada por el conjunto de filtros $\{F_0, F_1, F_2, F_3, F_4, F_5, F_6, F_7\}$ mediante la función **F** que a cada elemento de $\wp(D_e)$ le asigna su filtro (Moreno Cabrera 1994:75-76). Se dice entonces que **F** genera un filtro a partir de un elemento de $\wp(D_e)$ que pasa a denominarse *generador* del filtro (cf. Partee 1986:129). En (208) puede verificarse fácilmente que el conjunto generador de la denotación tipo $\langle \langle e, \triangleright, \triangleright \rangle \rangle$ de una FN es la intersección de todos los conjuntos en la familia denotada por esa FN (cf. de Hoop 1996:219)

(209) **Incrustación de $\wp(D_e)$ en $\{F_0, F_1, F_2, F_3, F_4, F_5, F_6, F_7\}$ mediante generación por **F****



Puede observarse que algunos de estos filtros corresponden exactamente a la denotación de ciertos nombres propios como tipos $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$:

(210) **Nombres propios tipo $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$ como filtros de $\wp(D_e)$ = familias de partes de D_e**

$$\begin{array}{ll} F_3 = \{\{j\}, \{p, j\}, \{j, m\}, \{p, j, m\}\} = \llbracket \text{Juan} \rrbracket & \text{generado por } \{j\} \\ F_2 = \{\{m\}, \{p, m\}, \{j, m\}, \{p, j, m\}\} = \llbracket \text{María} \rrbracket & \text{generado por } \{m\} \\ F_1 = \{\{p\}, \{p, m\}, \{p, j\}, \{p, j, m\}\} = \llbracket \text{Pablo} \rrbracket & \text{generado por } \{p\} \end{array}$$

El cuantificador generalizado $\llbracket \text{Juan} \rrbracket$ puede entonces caracterizarse técnicamente como el *filtro* generado a partir del conjunto unitario que contiene al individuo “Juan” —en este caso equivalente al conjunto $\llbracket \text{presidente} \rrbracket$ — (Corblin 2002:142-143).⁸⁸ Esta vinculación de la familia de conjuntos etiquetada como *Juan* con el individuo “Juan”, mediante la noción de filtro, asegura que las condiciones de verdad para la interpretación $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$ de los nombres propios dará exactamente los mismos resultados que la interpretación clásica de los nombres propios como tipos e . La oración en (211) dará el mismo resultado para cualquiera de ambas estrategias, a saber, la aplicación más tradicional de la frase verbal al sujeto como denotador de individuo ($\langle e, \triangleright \bullet e \Rightarrow t$), o la aplicación inversa del sujeto como cuantificador generalizado al predicado verbal ($\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle \bullet \langle e, \triangleright \Rightarrow t$).

(211) *Juan corre*

Denominemos C al conjunto de individuos que corren. La estrategia tradicional es que (211) será verdadera sólo en caso de que el individuo Juan se encuentre en ese conjunto, o dicho de modo equivalente, que el conjunto unitario que tiene a Juan como único elemento está incluido en C. Denominemos J a tal conjunto unitario: $J = \{j\}$, de manera que esta condición se enuncia como sigue: (211) es verdadero si y sólo si $J \subseteq C$. La otra estrategia es que (211) es verdadero en caso de que el conjunto denotado por *correr*, es decir C, sea miembro de la familia de conjuntos denotada por *Juan* como tipo $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$. Pero ya vimos en (210) que la familia de conjuntos que *Juan* denota se define más precisamente como el filtro generado por $J = \{j\}$. Si $\mathbf{F}x$ es

⁸⁸ Un filtro máximo si el nombre propio denomina a un solo individuo.

la función que genera el filtro correspondiente a x , entonces esto se enuncia como sigue: (211) es verdadero si y sólo si $C \subseteq \mathbf{FJ}$ (el conjunto C está incluido en el filtro generado por J). Siendo X, Y cualesquier conjuntos tenemos la siguiente equivalencia (Corblin 2002:143)

$$(212) \quad X \subseteq Y \leftrightarrow Y \subseteq \mathbf{FX}$$

De manera que las dos estrategias para las condiciones de verdad de (211) son equivalentes: $J \subseteq C \leftrightarrow C \subseteq \mathbf{FJ}$. El primer miembro de la equivalencia correspondería a la interpretación del nombre propio como referencial (tipo e), y el segundo correspondería a la interpretación como cuantificador generalizado (tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$).⁸⁹ Esta caracterización también permite que, a partir de los nombres comunes (tipo $\langle e, t \rangle$), se generen los filtros que constituyen denotaciones de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ de manera análoga, y mediante la aparición explícita de un determinante (213).

- (213) a. *Presidente* (nombre común) \Rightarrow [*presidente*] de tipo $\langle e, t \rangle$ (el conjunto de los presidentes)
- b. *Un presidente* (determinante + nombre común = grupo nominal) \Rightarrow [*Un presidente*] de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ (el filtro generado a partir del conjunto de los presidentes)

⁸⁹ Sin embargo, Thomason (1974:62) advierte que aunque la interpretación como cuantificador generalizado de un nombre propio como *Juan* (= la familia de propiedades que Juan tiene) no altera los valores verdad, sí “debilita la teoría lógica a un grado incómodo; trata como inválidas muchas cosas” (Cabe mencionar que Thomason (1974:61) está pensando en el tipo semántico intensional $\langle s, \langle\langle s, \langle e, t \rangle \rangle, t \rangle \rangle$ más que en el tipo extensional $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$). El ejemplo que se nos proporciona es que, en la interpretación como familia de propiedades de un nombre propio, una sentencia como ‘*Juan es alto o Juan no es alto*’ es contingente, es decir, no es verdadera en toda interpretación. En particular, ‘*Juan es alto o Juan no es alto*’ puede resultar falso en una interpretación en la que el generador del filtro (el individuo Juan) no tiene ninguna propiedad. En la interpretación estándar del nombre propio como denotador de una entidad, en cambio, esta disyunción es válida (i.e., no es un enunciado contingente sino una verdad lógica correspondiente a la ley del tercio excluido) y, además, es *intuitivamente* válida. También predice ambigüedades en oraciones que no se intuyen como ambiguas, e.g., *Juan ama a María*, por la simple razón de que presentan la misma estructura que oraciones que sí son ambiguas, como *Juan busca un unicornio*. Lo anterior se resuelve mediante “un postulado semántico que estipule que para alguna entidad, el nombre propio expresa la propiedad de segundo orden de ser una propiedad que es poseída por esa entidad” (Thomason 1974:62).

- c. *Vicente Fox* (nombre propio) \Rightarrow [*Vicente Fox*] de tipo $\langle\langle e,t\rangle,t\rangle$ (el filtro generado a partir del conjunto unitario que contiene al individuo “Vicente Fox”)

Los nombres propios generan directamente un filtro de forma $\langle\langle e,t\rangle,t\rangle$ (213c), en tanto que los nombres comunes (213a) —con denotación similar a los verbos intransitivos— tienen que combinarse con un determinante para generar el filtro correspondiente a la interpretación cuantificacional $\langle\langle e,t\rangle,t\rangle$ (213b).

La comparación entre los nombres comunes escuetos (interpretación predicativa $\langle e,t\rangle$) y los determinados (interpretación cuantificacional $\langle\langle e,t\rangle,t\rangle$) sugiere, mediante principio de composicionalidad estricto, la interpretación de los determinantes como funciones que toman interpretaciones predicativas (conjuntos) como argumentos, y dan interpretaciones cuantificacionales (familias de conjuntos) como valor, es decir, como funciones de tipo $\langle\langle e,t\rangle, \langle\langle e,t\rangle,t\rangle\rangle$. El paso de (213a) a (213b), del predicado *presidente* a la frase nominal *un presidente*, puede representarse como la siguiente aplicación funcional:

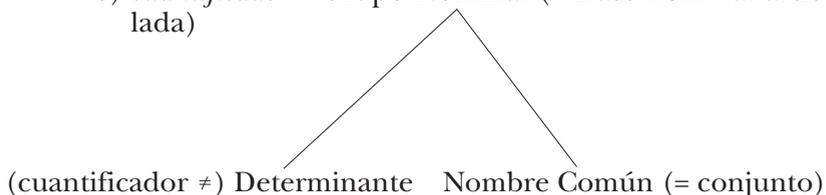
(214) **El tratamiento funcional de los determinantes**

$$\begin{array}{lcl} \langle\langle e,t\rangle, \langle\langle e,t\rangle,t\rangle\rangle \bullet \langle e,t\rangle & \Rightarrow & \langle\langle e,t\rangle,t\rangle \\ \text{DET aplicado a NC} & \Rightarrow & \text{FN} \\ \text{función} \bullet \text{argumento} & \Rightarrow & \text{valor} \end{array}$$

Una consecuencia de (214) es que ningún determinante, incluso si es numeral, es cuantificacional por sí mismo; la cuantificación es resultado de la frase nominal toda (Barwise & Cooper 1981:162; Corblin 2002:155):

(215) **El cuantificador como expresión compleja**

- a) *predicado* (= conjunto) = Nombre común (= frase nominal escueta)
- b) *cuantificador* = Grupo Nominal (= frase nominal articulada)



Dicha comparación entre nombres comunes escuetos y con determinante también sugiere el complemento semántico para la dicotomía que Herslund (2002) propone para la zona objetal del romance entre frases nominales escuetas, que se interpretan como predicativos adverbiales sobre el verbo, y frases nominales articuladas que reciben la interpretación argumental usual. También sugiere que las propiedades generales de la denotación de una frase nominal con nombre común dependen primordialmente no sólo de la ausencia o presencia de un determinante, sino también de las distintas propiedades de los determinantes mismos.⁹⁰ Las propiedades de estos tipos de determinante afectan la manera en que pueda potencialmente interpretarse el contenido de una frase nominal. Esto lleva a una dicotomía en la que, trivialmente, una frase nominal se considera “débil” si tiene un determinante *débil*, y se considera “fuerte” si tiene un determinante *fuerte*.⁹¹

En la sección que sigue exponemos brevemente una distinción general binaria entre frases nominales. Ésta se adjudica en un principio al tipo de determinante involucrado y luego se adjudica a una interacción entre las propiedades de las FN y las del contexto sintáctico.

3.6.3. TIPOS DE FRASE NOMINAL: FUERTE VS. DÉBIL

En un inicio, la oposición fuerte/débil se basa predominantemente en el grado de aceptabilidad de una frase nominal en una construcción de tipo existencial, dependiendo directamente del tipo de determinante que la encabeza (esto último especialmente a partir de Barwise & Cooper 1981). La FN hereda su fuerza referencial de las propiedades de su determinante, es decir, una FN es “fuerte” si tiene determinante “fuerte” y una FN es “débil” si tiene determinante “dé-

⁹⁰ Nótese que esta preeminencia del tipo de determinante y su presencia o ausencia converge en cierto modo con la alternativa generativista —a partir de Abney (1987)— de que las frases nominales en realidad deben analizarse como frases determinantes (FD) y cuyo complemento es una frase nominal.

⁹¹ Con respecto a la dicotomía frase escueta/articulada de Herslund (2002) hay que tener presente que las frases escuetas también entran en la tipología de fuerte/débil a pesar de que no tengan determinante aparente. De Hoop (1996:18) lista el “cero” entre los determinantes indefinidos, clase que enumera como “los artículos indefinidos *a / an* y \emptyset ”, es decir que tenemos un determinante indefinido “cero” (*ibid.* 47). Por tanto, una frase nominal escueta se considera generalmente débil en de Hoop, aunque algunas interpretaciones (las genéricas-fuertes) parecen ser resultado de “un determinante cero” fuerte (de Hoop 1996:50).

bil”. De esta manera se estipula que si una frase nominal es tolerada fácilmente en una construcción existencial, el tipo de determinación de la misma es débil, y si, por el contrario, no es tolerada en ese contexto sintáctico, porta un determinante fuerte (de Hoop 1995:421; 1996:14; Corblin 2002:171):

(216) **La prueba sintáctica del contexto existencial:** Los determinantes fuertes no son tolerados en contexto existencial (Milsark 1977 *apud* de Hoop 1996)⁹²

a. Frases nominales con determinante débil

Hay gatos/unos gatos/dos gatos en el jardín

b. Frases nominales con determinante fuerte

**Hay los gatos/ambos gatos en el jardín*

La oposición fuerte/débil para los determinantes en relación a la construcción existencial es propuesta inicialmente por Milsark (1977) y luego semantizada y formalizada por Barwise y Cooper (1981), quienes proponen la prueba de la tautología/contradicción vs. contingencia (de Hoop 1995:422-423; 1996:14; Corblin 2002:170-172).

⁹² Sin embargo, Milsark (1977 *apud* de Hoop 1996:179) ya constata que algunas FN con determinante débil se comportan como FNs fuertes cuando se asocian a ciertas interpretaciones (las específicas y las partitivas). En tales casos también son rechazadas por el contexto existencial —véase (231), p. 421— por lo que Milsark las clasifica entonces como “fuertes”. Una excepción es el holandés que acepta en contexto existencial a las FNs con determinante débil aún con interpretación “fuerte” (de Hoop 1996:178-180). Pero más aún, se ha notado hace ya algún tiempo que la exclusión de determinantes fuertes en contexto existencial no es absoluta. Tenemos, por ejemplo, *Hay toda clase de herramientas aquí*, o bien, *Hay la manera de brincarse el reglamento*. Se han ofrecido análisis tanto semánticos como pragmáticos (McNally 1998; Dobrovie-Sorin & Beyssade 2004). A partir de estos hechos, McNally (1998:387) advierte: “Si seguimos asumiendo que la construcción existencial es un diagnóstico para esta distinción [fuerte vs débil], debería quedar claro que la distinción no puede basarse únicamente en la semántica de los determinantes puesto que, de hecho, ningún determinante está completamente excluido de las oraciones existenciales. [...] Las únicas FNs excluidas categóricamente de las oraciones existenciales son las que no pueden denotar propiedades o cuantificar sobre ellas. Esto abre la posibilidad de que ser débil sea simplemente ser denotador de propiedad, y que las FNs fuertes sean las que no denotan propiedades”. La prueba semántica de Barwise y Cooper (1981) que presentamos en (217) también enfrenta dificultades, como enseguida señalamos (cf. McNally 1997:25-26; 1998:367 nota 15).

(217) **La prueba semántica de la {tautología/contradicción} vs. contingencia** (Barwise y Cooper 1981 *apud* Corblin 2002; Barwise & Cooper 2002 [1981]:95; 1981:182)

a. Frases nominales con determinante débil: interpretación contingente

{*un / cierto / algún*} *hombre es hombre*

{*unos / ciertos / algunos / muchos*} *hombres son hombres*

b. Frases nominales con determinante fuerte: interpretación necesaria (tautológica: determinante positivo o, contradictoria: determinante negativo)

{*el / todo / ningún*} *hombre es hombre*

{*los / muchos / todos los*} *hombres son hombres*

a'. *Un, exactamente uno, a lo más un, muchos, pocos*

b' (positivo) *Todo, el*

b' (negativo) *Ningún*

Esta prueba consiste en usar el mismo predicado en posición de objeto del verbo copulativo que en la composición del cuantificador generalizado en posición de sujeto —por aplicación funcional como (214). Si la interpretación de la oración es verdadera en todo modelo (i.e., tautológica), el determinante que construye la denotación $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ es *fuerte positivo*, y si la interpretación de la oración es falsa en todo modelo (i.e., contradictoria), el determinante es *fuerte negativo* (217b/b'). En caso de que la interpretación de la oración sea contingente, es decir, que dependa de los individuos en el modelo particular considerado, el determinante que construye la denotación $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ es *débil* (217a/a'). En términos de esta reinterpretación semántica se trata de explicar la restricción sintáctica como una incompatibilidad entre el significado de los determinantes fuertes y el significado de la construcción existencial:

“Milsark argumenta que los determinantes débiles son *cardinales*, mientras que los determinantes fuertes son *cuantificacionales*. [...] Barwise y Cooper asumen además que el significado de una oración-*there* [es decir, existencial] es que el conjunto de individuos en el modelo es un miembro del cuantificador denotado por la FN. Un determinante fuerte positivo o negativo en tal oración-*there* arroja una tautología o una contradicción.” (de Hoop 1995:422-423)

Es decir, Barwise & Cooper (1981) asignan la siguiente interpretación para construcciones existenciales:

“Una oración de la forma *there is/are* FN puede interpretarse con el significado de que el conjunto de individuos del modelo (E) es miembro del cuantificador denotado por la FN.” (Barwise & Cooper 2002 [1981]:96; 1981:183)

Lo cual McNally (1997:25) formaliza como sigue:

$[[\textit{Hay FraseDeterminante}]^{M, g}$ es verdadero si y sólo si $U \in [\textit{Frase Determinante}]^{M, g}$, donde U es la propiedad universal, es decir, el conjunto que contiene a todas las entidades en el dominio del modelo —puesto que toda entidad pertenece al dominio de entidades, dicho conjunto es extensionalmente equivalente a D_e —.

Consecuentemente, la denotación de una construcción existencial corresponde al valor de verdad ‘verdadero’ únicamente en el caso de que el predicado existencial (o el conjunto correspondiente) pertenezca al conjunto de predicados (o conjuntos correspondientes) que conforman el cuantificador generalizado denotado por la Frase nominal con determinante (tenemos $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ —FDet— aplicado a $\langle e, t \rangle$ —FV—). Si tenemos una oración como (218), la propiedad universal forma parte del cuantificador generalizado denotado por *todo gato* en todo modelo (si tenemos gatos en D_e), consecuentemente, la afirmación es tautológica y la negación contradictoria (o a la inversa si **no** tenemos gatos en D_e).

(218) **Hay todo gato en el jardín.*

La restricción de FN fuertes en contexto existencial se debe, entonces, a que las oraciones resultantes no tienen valor informativo (McNally 1997:25-26, Barwise & Cooper 2002 [1981]: 96; 1981:183). Sin embargo, la explicación semántica según la cual son la tautología y la contradicción las que provocan la agramaticalidad de ejemplos como (216b) sería insuficiente, puesto que, como remarca de Hoop (1996:14), “en general, las tautologías o contradicciones no llevan a la agramaticalidad en las lenguas naturales sino, a lo más, a extrañeza”. Pero peor aún, la agramaticalidad con Frases nominales fuertes se mantiene aún si rompemos el carácter tautológico de la construcción añadiendo modificadores a la FN (McNally 1997:25-26).

(219) **Hay todo gato agresivo en el jardín.*

Obsérvese que, aunque tengamos gatos en D_e , no en todo modelo tenemos gatos *agresivos*, de manera que afirmar que el conjunto de gatos agresivos es miembro del conjunto universal (i.e., afirmar su existencia *en el modelo*⁹³) no es tautológico. Pero aún así, la agramaticalidad se mantiene. En otras palabras, las tautologías o contradicciones suelen ser perfectamente gramaticales, cosa que Barwise & Cooper (2002 [1981]:96; 1981:183) se apresuran a decir para evitar malentendidos, de manera que sólo se está señalando una deficiencia pragmática, y la agramaticalidad quedaría pendiente de una explicación más específica. La definición semántica de “fuerte” y “débil” en Barwise & Cooper no explica por sí misma —ni pretende hacerlo— la inaceptabilidad de los determinantes fuertes en contexto existencial.

Consecuentemente, la tesis de de Hoop (1995, 1996) es que la imposibilidad de (216b) ha de ser una cuestión de sintaxis al menos en igual medida en que ha de ser una cuestión semántica, cosa que se refleja en su uso doble (sintáctico-semántico) de la oposición fuerte/débil.

Como la distinción entre frases nominales fuertes y débiles nace del diferente comportamiento en contexto existencial, se inicia un cambio de perspectiva con respecto a los determinantes. Si el enfoque funcional de alguna manera enfatiza la cohesión de la frase nominal como expresión compleja frente al resto de la oración, la consideración de contrastes como (216) vuelve a la visión de los determinantes como mediadores entre el nombre común y la oración. El enfoque funcional de los determinantes —el análisis de los mismos como una función que se aplica al nombre común y da por resultado un grupo nominal con denotación de cuantificador generalizado— podría considerarse introvertido y asimétrico, en tanto que aquel segundo enfoque, *relacional*, podría, verse como más extrovertido y simétrico.

⁹³ Barwise & Cooper (1981:183 nota 7/216) deslindan la existencia en el modelo de la existencia en el mundo real. Proponen que el conjunto de entidades que existen es un subconjunto propio de las entidades del modelo o de su respectivo dominio E.

3.6.3.1. LAS RELACIONES FREGEANAS DE SEGUNDO ORDEN⁹⁴ COMO CUANTIFICADORES BINARIOS Y EL TRATAMIENTO RELACIONAL DE LOS DETERMINANTES

Aunque en la generalización de la cuantificación Frege parece detenerse en los cuantificadores de segundo orden con n -aridad = 1 —es decir, unarios— (Corblin 2002:146-151), la idea de cuantificadores binarios, ternarios, etc., parece ya estar implícita en su tratamiento de las relaciones como un caso de función.⁹⁵ De hecho, el tratamiento relacional para los cuantificadores —y de ahí para los determinantes en general— puede percibirse en la consideración de que las expresiones *todo*, *cada* y *ningún* aplican a todo el enunciado y no solamente a la frase nominal que encabezan (Heim & Kratzer 1998:148 también notan este precedente fregeano del tratamiento relacional de los determinantes):

⁹⁴ Éstas serían de primer orden en Frege cuando los argumentos son conjuntos (que son “objetos”), y de segundo orden cuando éstos se representan mediante sus respectivas funciones características.

⁹⁵ Usualmente se definen las funciones como subcaso de relación, y tanto relaciones como funciones se definen en términos conjuntistas como conjuntos de pares ordenados —si son funciones unarias y relaciones binarias respectivamente—, o más generalmente como conjuntos de n -tuplos —si son funciones $(n-1)$ -arias, y relaciones n -arias, respectivamente— (cf. Manzano 1989:32, Mosterín 1989:121-122). Con respecto al conjunto PC_n (por “Producto Cartesiano”) resultante de un producto cartesiano entre n conjuntos, el conjunto de funciones como conjuntos de n -tuplos ordenados siempre resulta ser un subconjunto propio del de las relaciones, que a su vez coincide con $\wp(PC_n)$ el conjunto de partes de PC_n (van Frassen 1987:26-27; Garrido Medina 1994:30-33, Amor 1997:23; Falguera López & Martínez Vidal 1999:209 en nota a pie y 211; Montague 1970a [1974]:192, 196). Una diferencia notable entre las relaciones y las funciones es que en las primeras la aridad (número de lugares de argumento que se deben saturar) es siempre igual a la longitud de los tuplos de su definición conjuntista. Las segundas, en cambio, tienen aridad siempre inferior en 1 a la longitud de sus tuplos. Una consecuencia de esta disparidad entre la perspectiva del ‘nombre de función’ como expresión insaturada junto con la consecuente noción de función como objeto incompleto (privilegiada por Frege 1985a:23-26; 1985d:124) y la función como conjunto de tuplos, es que en la perspectiva conjuntista las funciones son subcasos de relaciones para la misma longitud de tuplos. Pero para la visión fregeana de funciones como expresiones insaturadas, la aridad es más importante puesto que los conjuntos de tuplos sólo aparecen una vez que la función ha dejado de ser función (i.e., una vez que se ha saturado; cf. Valdivia 1989:125-126, 130, 133, 149; Frege 1985a:35; 1985c:91, 94-95; 1985d:112-113). Entonces son las relaciones las que son subcasos de función para la misma “aridad”, a saber, el subconjunto de funciones que tienen por rango el conjunto de valores de verdad $\{0, 1\}$. La inclusión entre funciones y relaciones o viceversa depende entonces de que se dé prioridad a la longitud de tuplos o a la aridad (lugares de argumento).

“A esto hay que observar que las palabras “todos”, “cada”, “ningún” aparecen delante de términos conceptuales. En los enunciados universales y particulares, afirmativos y negativos, expresamos relaciones entre conceptos e **indicamos la naturaleza particular de esta relación por medio de aquellas palabras, las cuales se refieren al enunciado entero más que a los términos conceptuales que las siguen.**” (Frege 1985d:114, énfasis mío)⁹⁶

Veamos un ejemplo de cuantificador considerado unaria y binariamente (221) en relación a ejemplos como (220).

- (220) a. *La mayoría* [*necesita tiempo para lograr metas*]_Y
 b. *La mayoría de* [*los estudiantes*]_X [*necesita tiempo para lograr metas*]_Y
 c. *Todos* [*necesitan tiempo para lograr metas*]_Y
 d. *Todos* [*los estudiantes*]_X [*necesitan tiempo para lograr metas*]_Y

El encorchetamiento corresponde a los argumentos semánticos a los que se aplica el cuantificador, y los subíndices *X*, *Y* los relacionan con las formulaciones de (221), si bien éstas únicamente explicitan los casos (221)a/b (para c/d tendrían que cambiarse las condiciones de cumplimiento).

- (221) ***La mayoría (de X) : cuantificación unaria vs. binaria*** (adaptado de Corblin 2002:150-151)

- a. $Q_{mayoría} = \{Y \subseteq D_e : |Y| > |D_e - Y|\}$
 $Q_{mayoría}(Y) \Rightarrow \begin{cases} 0 & \text{si } |Y| \leq |D_e - Y|; \\ 1 & \text{si } |Y| > |D_e - Y| \end{cases}$
- b. $Q_{mayoría} = \{ \langle D_e, Y \rangle : |D_e \cap Y| > |D_e - Y| \}$
 $Q_{mayoría}(D_e)(Y) \Rightarrow \begin{cases} 0 & \text{si } |D_e \cap Y| \leq |D_e - Y|; \\ 1 & \text{si } |D_e \cap Y| > |D_e - Y| \end{cases}$

⁹⁶ En varias traducciones (incluida la cita que Heim y Kratzer hacen de Frege) aparece el término adicional “alguno”: “Ha de señalarse además que las palabras «todo», «cada uno», «ninguno», «alguno», se colocan delante de palabras de concepto. En las oraciones universales y particulares, afirmativas y negativas, expresamos relaciones entre conceptos e indicamos el género especial de esta relación por medio de aquellas palabras que, lógicamente hablando, no han de asociarse estrechamente con las palabras de concepto que las siguen, sino que han de relacionarse más bien con la oración como un todo.” (Frege 1998a:130).

$$c. \begin{array}{l} Q_{mayoría} = \{ \langle X, Y \rangle : |X \cap Y| > |Y - X| \} \\ Q_{mayoría}(X)(Y) \Rightarrow \begin{array}{l} 0 \text{ si } |X \cap Y| \leq |Y - X|; \\ 1 \text{ si } |X \cap Y| > |Y - X| \end{array} \end{array}$$

En (221a) tenemos el cuantificador *la mayoría*⁹⁷ expresado como cuantificador unario, en términos conjuntistas, y como función característica. El argumento *Y* representa cualquier conjunto (sin restricciones), el cual $Q_{mayoría}$ selecciona si contiene más elementos que su complemento en D_e (Corblin 2002:150). Esta representación de *la mayoría* puede dar cuenta de (220a) en que se cuantifica sobre todo el dominio D_e sin restricción: (220a) resultará verdadero cuando el conjunto determinado por *x necesita tiempo para lograr metas* tenga más elementos que su complemento en D_e . Esto mismo puede alternativamente representarse como un cuantificador binario en que su primer argumento, que restringe el dominio de aplicación, coincide con D_e (221b). En la definición conjuntista tenemos ahora pares ordenados de conjuntos, y en la definición como función característica de segundo orden tenemos ahora dos lugares de argumento que deben saturarse. El caso más general es (221c), que expresa una relación entre dos conjuntos cualesquiera.

En (220a), entonces, las formalizaciones (221a/b) dan los mismos resultados, pero (220b) solamente es expresable como cuantificador binario general a la manera de (221c). En este caso el argumento *X* restringe la cuantificación a *los estudiantes* en vez de permitir que se dé en todo D_e como en (221b). Consecuentemente (220b) será verdadero cuando el conjunto de los estudiantes que caen bajo el conjunto *Y* (*x necesita tiempo para lograr metas*), como subconjunto de *X*, tenga más elementos que su complemento en *X*. Esto, independientemente de que dicho subconjunto tenga menos elementos que su complemento en D_e .

En términos más generales esto significa que los cuantificadores unarios pueden reformularse como cuantificadores binarios (221a/b), pero hay cuantificadores binarios que no pueden formularse como cuantificadores unarios (221c) (Corblin 2002:151). Para el caso del cuantificador universal esta asimetría había pasado desapercibida, debido a que dicho cuantificador tiene un comportamiento peculiar: cuando se representa binariamente, la restricción impues-

⁹⁷ En inglés tenemos *most* pero en español este “cuantificador” debe expresarse junto con el artículo definido; para no complicar la exposición haremos caso omiso de esta diferencia.

considerar que las propiedades de una frase determinada dependen en cierta medida también del modo en que integra al contexto mayor en que se encuentra. Otra consecuencia apreciable en (222a/b) es que en el tratamiento relacional de los determinantes se les devuelve a éstos su estatus de cuantificadores, que les había sido arrebatado en el tratamiento funcional (en éste último el estatus de cuantificador lo porta la frase nominal toda). De hecho, es manifiesta la similitud entre el tipo cuantificacional $\langle \underline{\langle e, t \rangle}, t \rangle$ y el de determinante relacional $\langle \underline{\langle e, t \rangle}, \underline{\langle e, t \rangle}, t \rangle$, el primero con un solo lugar de argumento (en negritas y subrayado) y el segundo con dos lugares de tipo similar $\langle e, t \rangle$. La composición sintáctica de la oración simple a partir del nodo FV se realiza mediante una doble aplicación funcional unaria en (222a), del determinante al nombre común y luego del grupo nominal resultante a la frase verbal. Esta composición en (222b) se realiza mediante una sola aplicación funcional binaria del determinante al nombre común y a la frase verbal.

Este tratamiento relacional de los determinantes permite caracterizar sus propiedades como tipos de relación entre conjuntos.⁹⁸ Se ha propuesto como una propiedad común a todos los determinantes la de *conservatividad* (223a), que se ejemplifica con (223b) (Corblin 2002:158-9; de Hoop 1996:7-9). La notación $\text{Det}_{D_e}(\mathbf{A}, \mathbf{B})$ significa que la relación denotada por el determinante en cuestión vale en el modelo cuyo universo es D_e entre subconjuntos de D_e denotados por \mathbf{A} y \mathbf{B} .

(223) **Conservatividad:** *el primer argumento es restrictor*

- a. Siendo Det un determinante, para todo modelo \mathbf{M} con universo $D_e \cup \{0, 1\}$ y cualesquiera $\mathbf{A}, \mathbf{B} \subseteq \mathbf{M}$: $\text{Det}_{D_e}(\mathbf{A}, \mathbf{B}) \leftrightarrow \text{Det}_{D_e}(\mathbf{A}, \mathbf{A} \cap \mathbf{B})$
- b. *Todo [hombre]_A es [mortal]_B \leftrightarrow Todo [hombre]_A es [hombre y mortal]_{A \cap B}*
Ciertos [hombres]_A son [comprensivos]_B \leftrightarrow Ciertos [hombres]_A son [hombres y comprensivos]_{A \cap B}

⁹⁸ Una novedad introducida en García Fajardo (1985) es enriquecer esta relación entre conjuntos con la distinción entre predicación de conjunto y predicación de individuo, en cuanto a la manera en que el primer argumento de la relación interactúa con el segundo, además de examinarlas en distintas funciones sintácticas más allá de la acostumbrada posición de sujeto.

La propiedad de conservatividad se basa en el rol de restrictor del primer argumento del determinante. Este rol consiste en que solamente los elementos de **A** son relevantes para la evaluación de $D(\mathbf{A}, \mathbf{B})$, lo cual es una reconciliación con la visión “introvertida” o funcional de los determinantes; en el fondo parecería que éstos sí enfocan el nombre común que determinan y sólo “ven” el conjunto referido por la frase verbal en tanto que sus elementos caigan bajo \mathbf{A}^{99} (cf. Corblin 2002:158).

Otra propiedad general de los determinantes tiene que ver con el hecho de que, para evaluar en un modelo **M** la relación expresada por un determinante entre dos conjuntos **B** y **A** (uno para la FV y el otro para el NC), solamente son relevantes los elementos de dicho modelo que se encuentren en alguno de esos dos conjuntos. Si la relación es satisfecha en un modelo, será satisfecha en todos los modelos distintos que dejen intactos los conjuntos **A** y **B**. Esta propiedad es denominada *extensión* (224)

- (224) **Extensión:** *el determinante no “mira” fuera de **A** y **B***
 $[\mathbf{A}, \mathbf{B} \subseteq D_e \subseteq D_e'] \rightarrow [\text{Det}_{D_e}(\mathbf{A}, \mathbf{B}) \leftrightarrow \text{Det}_{D_e'}(\mathbf{A}, \mathbf{B})]$

Este principio es denominado también de “neutralidad contextual” (de Hoop 1996:7) en la medida de que establece que la relación entre conjuntos denotada por un determinante no depende del contexto (conjuntista) en que **A** y **B** están insertos y en particular de D_e (Corblin 2002:160). De Hoop observa que al añadir (224) a (223) obtenemos una *conservatividad fuerte*.

- (225) **Conservatividad fuerte:** *la relación denotada por Det sólo vale en el argumento restrictor*

Siendo Det un determinante, para todo modelo **M** con universo $D_e \cup \{0, 1\}$ y cualesquiera $\mathbf{A}, \mathbf{B} \subseteq \mathbf{M}$: $\text{Det}_{D_e}(\mathbf{A}, \mathbf{B}) \leftrightarrow \text{Det}_{\mathbf{A}}(\mathbf{A}, \mathbf{A} \cap \mathbf{B})$

Esto nuevamente constituye una reconciliación con el tratamiento funcional en cuanto a la asimetría denotacional entre el núcleo no-

⁹⁹ Además de converger con el tratamiento de las frases determinantes como cuantificadores generalizados, esta propiedad también se encuentra en los adverbios de cuantificación y las “condiciones dobles” de la DRT (*Discourse Representation Theory*), puesto que constituye la base de toda estructura tripartita: cuantificador (det.)-restrictor (**A**)-ámbito nuclear (**B**) (Corblin 2002:159).

minimal determinado y la frase verbal (asimetría que ya teníamos en 223, pero que se fortalece).

3.6.3.2. DETERMINANTES FUERTES VS. DÉBILES: UN DIAGNÓSTICO RELACIONAL

Como vimos, Milsark asocia la posibilidad frente a la imposibilidad de la ocurrencia de un determinante en contexto existencial con el hecho de que éste sea cardinal o cuantificacional respectivamente. El carácter cuantificacional se refleja presuntamente en una ambigüedad de alcance con respecto a si el conjunto en el que se fundamenta la relación es **A**, o bien **B**. En ambos casos tendríamos una lectura *asimétrica*, dando lugar al problema de la *proporción* de la relación entre **A** y **B** (cf. de Hoop 1996:21-25). En caso de que la relación expresada por el determinante se fundamente en ambos conjuntos **A** y **B**, tenemos una lectura *simétrica* en la medida de que sólo cuentan los elementos que están tanto en **A** como en **B** (es decir, en un único conjunto $\mathbf{A} \cap \mathbf{B}$). Sin embargo, resulta que la distinción entre determinantes cardinales y proporcionales (= cuantificacionales) no coincide con las pruebas sintáctico-semánticas (216-217) para determinantes fuertes y débiles. Un determinante cardinal denota una relación tal entre conjuntos **A-B**, que la relación valdrá para cualesquiera pares de conjuntos cuya intersección consiste en el mismo número de elementos (Corblin 2002:161).

(226) **Cardinalidad:** *la relación denotada por Det vale para una familia de todos los pares de conjuntos cuyas intersecciones son biyectables (equinómicas)*

$$(|\mathbf{A} \cap_{De} \mathbf{B}| = |\mathbf{C} \cap_{De} \mathbf{D}|) \rightarrow (\text{Det}_{De}(\mathbf{A}, \mathbf{B}) \leftrightarrow \text{Det}_{De}(\mathbf{C}, \mathbf{D}))$$

Los determinantes no cardinales son proporcionales. Sabemos por conservatividad que:

$\text{Det}_{De}(\mathbf{A}, \mathbf{B}) \leftrightarrow \text{Det}_{De}(\mathbf{A}, \mathbf{A} \cap \mathbf{B})$. A partir de esto tenemos lo siguiente.

(227) **Determinantes cardinales vs. proporcionales**

- a. *Proporcionales:* expresan una relación entre dos cardinalidades: la de **A** y la de $\mathbf{A} \cap \mathbf{B}$ (p.ej., *la mayoría*)
- b. *Cardinales:* expresan únicamente la cardinalidad de $\mathbf{A} \cap \mathbf{B}$ (p.ej., *tres, algún*)

Un caso limítrofe es el determinante *todo(s)*, que se puede definir únicamente con $|\mathbf{A-B}|$, pero no es cardinal sino proporcional (Corblin 2002:161). Keenan (1996 *apud* Corblin 2002:162) propone una propiedad más general que (226). Puede verse en (227b) que la cardinalidad no es más que un caso particular de una característica más general: el hecho de que un determinante se defina únicamente a partir de la intersección $\mathbf{A \cap B}$ sin la utilización de \mathbf{A} . A esto lo denomina Keenan *intersectividad*, precisamente porque la interpretación de una relación de determinación entre dos conjuntos (el conjunto denotativo del nombre determinado y el conjunto denotativo del predicado que se le aplica) se ve afectada únicamente por la *intersección* de esos dos conjuntos, sin que importen los demás elementos de cada conjunto (Ramchand 1997:84 nota a pie).

$$(228) \quad \textbf{Intersectividad:} \quad \text{Det}_{De}(\mathbf{A}, \mathbf{B}) \leftrightarrow \text{Det}_{De}(\mathbf{A \cap B}, \mathbf{A \cap B})$$

Usualmente el primer argumento de un determinante (\mathbf{A}) tiene el rol de restrictor con respecto al segundo. En este caso, el segundo argumento también tiene un rol restrictor con respecto al primero. El determinante no “ve” los elementos de ninguno de los dos conjuntos a no ser que también estén en el otro: ambos argumentos *restringen* al otro. Como consecuencia, los argumentos pueden invertirse, dando lugar a la propiedad de *simetría*.

$$(229) \quad \textbf{Simetría:} \quad \text{Det}_{De}(\mathbf{A}, \mathbf{B}) \leftrightarrow \text{Det}_{De}(\mathbf{B}, \mathbf{A})$$

Barwise y Cooper (1981:210-211 *apud* de Hoop 1996:13) demuestran que la propiedad de simetría es equivalente a la de intersectividad. Ya vimos dos propiedades con las que se pueden contrastar los determinantes fuertes y débiles: la prueba sintáctica de la tolerancia en contexto existencial (216) y la prueba semántica de la contingencia o no de las interpretaciones de oraciones tipo $\text{Det}_{De}(\mathbf{A}, \mathbf{A})$ (217). Podemos añadir ahora una segunda prueba semántica: la de simetría. Los determinantes se clasifican en fuertes o débiles atendiendo, entre otras, a la propiedad de simetría. Esta propiedad la presentan los determinantes débiles (por ejemplo, *algun(os), tres*), (230a), en tanto que los determinantes fuertes no la presentan (230b):

(230) **La prueba de la simetría (o intersectividad)**

- a. Los determinantes débiles son simétricos

Algunos lingüistas son holgazanes ↔ *Algunos (individuos) holgazanes son lingüistas*

Tres atletas son nigerianos ↔ *Tres nigerianos son atletas*

b. Los determinantes fuertes son asimétricos (no-interseccionales)

Los lingüistas son holgazanes ↔ *Los holgazanes son lingüistas*

Todo lingüista es holgazán ↔ *Todo holgazán es lingüista*

(ejemplos adaptados de de Hoop 1996:13)

Sin embargo, el asunto se complica cuando ciertas frases nominales encabezadas por un determinante débil pueden comportarse como frases con determinante fuerte en contexto existencial (231):

(231) *Hay dos gatos/*dos (de los) gatos en el jardín.* (Frases nominales con determinante débil)¹⁰⁰

De Hoop interpreta este hecho como un desemparejamiento entre las propiedades básicas de una frase nominal —debidas al determinante— y sus interpretaciones en contexto sintáctico (cf. de Hoop 1996:144). Aparentemente las frases nominales débiles (i.e., con determinante débil) dan lugar, a menudo, a interpretaciones “fuertes”, muy a pesar de tener un determinante débil.

(232) **Lecturas “fuertes” de frases nominales “débiles”** (de Hoop 1996:51):

a. referencial-específica: *Un amigo mío es paleontólogo*

b. partitiva:¹⁰¹ *Dos {de los} peces son negros*

¹⁰⁰ Nótese que la frase nominal *dos de los gatos* puede verse de diferentes maneras, por ejemplo, podría considerarse como una frase prepositiva (*de los gatos*) inserta en una frase determinante cuyo núcleo sería *dos*, o considerarse que *dos de los* es un determinante complejo, pudiendo resultar que este determinante complejo sea, en realidad, inherentemente fuerte. No nos adentraremos en estas complicaciones.

¹⁰¹ Ramchand (1997:86 nota a pie) señala atinadamente que el uso de ‘partitivo’ en sintaxis no se corresponde al uso semántico del mismo término, porque en sintaxis el ‘caso partitivo’ suele referir a un caso menos ‘fuerte’, que muchas veces marca constituyentes referencialmente vagos: “En este idioma [Finlandés], el caso débil está señalado por lo que tradicionalmente se denomina caso ‘partitivo’ [...] Esta terminología está algo contrapuesta con el uso de los semantistas del término ‘partitivo’, el cual refiere a la lectura fuerte de ‘dos vacas’, por ejemplo (i.e., en la lectura parafraseada como ‘dos de las vacas’).” Nuevamente, lo que en sintaxis suele impli-

- c. genérica: *Fishes are vertebrates* / **Peces son vertebrados*¹⁰²
- d. genérica-colectiva: *Tres cabezas piensan mejor que una*

Como veremos más adelante de Hoop (1995, 1996) propone que el tipo de Caso estructural que recibe una frase nominal favorece lecturas *fuertes* o lecturas *débiles* de un mismo determinante.

De cualquier manera, hay bastante consenso en adjudicar la base del fenómeno a las propiedades semánticas de los determinantes, que posteriormente interactúan en mayor o menor grado con otros factores.

“Resumiendo, las propiedades semánticas independientes de contexto de los determinantes son de la máxima importancia para una descripción y explicación adecuadas de diferentes efectos ‘débil-fuerte’. [...] Pondré atención a otros efectos ‘débil-fuerte’, que por el contrario son fuertemente dependientes de contexto, a saber, las lecturas débil y fuerte de las FNs.” (de Hoop 1995:440)

Entonces la polémica surge más bien en torno a la caracterización precisa de en qué consiste el contenido semántico que se supone tiene cada determinante, por un lado, y en torno a la naturaleza de la interacción entre éste y otros factores (y cuáles), por otro. Es aún motivo de discusión qué caracterización de los determinantes, de entre las varias posibles, es la más adecuada, incluyendo enfoques “dinámicos” de interacción en discurso (cf. de Hoop 1995:422-440; 1996:18, 202-229). Con respecto al primer punto, y sin incluir las perspectivas dinámicas (que no hemos presentado), podemos ver, por ejemplo, que los determinantes *débiles* se asimilan a los que tienen denotación intersección-cardinal. Pero hemos visto que Keenan (1996 *apud* Corblin 2002) propone la intersección como un requisito previo y más general para la cardinalidad: la cardinalidad implica intersección pero no al revés (233).

car *grosso modo* debilidad, en semántica precisamente apunta a lo contrario. Esto es, una frase nominal calificada de “partitiva” tiene implicaciones contrarias dependiendo del contexto en que se dé la calificación; si el contexto es sintáctico, la frase en cuestión suele asociarse a la parte baja de la jerarquía gramatical de casos, pero si el contexto es semántico, entonces la frase en cuestión suele asociarse a la parte ‘alta’ de las jerarquías interpretativas (al igual que sucede con el término ‘genérico’).

¹⁰² Las frases nominales escuetas se consideran como frase con determinante débil, véase nota 91, p. 408 *supra*.

- (233) **Inclusión entre propiedades** (intersectividad \equiv simetría)
 \supset (cardinalidad)

Tenemos, pues, que la intersectividad engloba la cardinalidad como subcaso, y que tanto la cardinalidad como la intersectividad remiten a determinantes *débiles*. La pregunta es, entonces, ¿qué sucede con interpretaciones intersectivas no-cardinales?, ¿son o no son *débiles*? De Hoop (1995:421, 437) advierte que la subclasificación semántica de los determinantes es mucho más difusa de lo que en un principio se creía:

“Esto es, diferentes propiedades dividen a los determinantes en varias subclases, algunas de las cuales pudieran en primera instancia parecer totalmente coincidentes [*to overlap*], cuando de hecho sólo coinciden parcialmente.” (de Hoop 1995:421)

de manera que una vez establecida una clasificación, los miembros de cada subclase no comparten todas sus propiedades. Al final de su tesis doctoral, de Hoop (1996:229) concluye que:

“Ha quedado claro que las diferentes propiedades semánticas apuntan cada una a una clasificación particular de los determinantes, y que la distinción general débil-fuerte es demasiado gruesa para dar cuenta de todas las diferencias sutiles en la interpretación de los determinantes en varios contextos lingüísticos.” (de Hoop 1996:229)

La solución de de Hoop es que las FN débiles pueden interpretarse como fuertes y las FN fuertes como débiles, en relación a un contexto dado y, en particular, al Caso estructural asignado. Debido a la asociación de cada uno de los dos Casos objetivos con una interpretación fuerte y débil respectivamente (véase sección 3.5.2. *supra*), de Hoop los denomina Caso estructural fuerte (objeto directo canónico y argumental) y Caso estructural débil (pseudo-objeto, objeto coalescente que se integra como ‘parte del predicado’).¹⁰³

Algo que debe tomarse en cuenta es que hasta aquí la distinción fuerte/débil no se refleja directamente en el proceso de composición. Todos los grupos nominales con núcleo “nombre común” tienen determinante del mismo tipo: $\langle\langle e, t \rangle\rangle$, $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle\rangle$ en el tratamiento funcional, o bien, $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle, t \rangle$ en el tratamiento relacional. En am-

¹⁰³ Como ya advertimos, la dicotomía entre ambos Casos no es exclusiva de la posición de objeto directo.

bos casos, los grupos nominales débiles y fuertes terminan con un mismo tipo semántico. Las diferencias están en los postulados semánticos para cada determinante pero no en los tipos semánticos. Ahora bien, si el comportamiento semántico de una frase nominal ya no depende únicamente del determinante mismo sino además del contexto sintáctico en que está inserto, habría que reconsiderar la estrategia de relegar las distintas interpretaciones fuerte/débil a postulados semánticos “libres de contexto”, para pasar a codificarlas más directamente en los tipos semánticos y, de pasada, en los procesos de composición mismos.

“Los determinantes débiles y fuertes se combinan con nombres para formar FNs débiles y fuertes respectivamente. Afirmaré que, adicionalmente, las FNs débiles y fuertes pueden tener ambas lecturas débiles y fuertes. Las lecturas posibles débiles o fuertes de las FNs dependen del entorno sintáctico y causan diferentes tipos semánticos.” (de Hoop 1995:421-422)

Es decir, si hemos de integrar el contexto de manera más detallada,¹⁰⁴ no es conveniente mantener que todas las Frases Nominales tienen uno y el mismo tipo semántico. Así, de Hoop (1995, 1996) postula distintos tipos semánticos para frases nominales, siguiendo en esto a Partee (1986), y considera que alguno de los dos Casos estructurales actúa como un operador de “cambio de tipo”, haciendo surgir en una frase nominal una interpretación distinta de la esperada: las FN fuertes adquieren interpretación débil y/o viceversa.

3.6.4. CUANDO LOS AMIGOS SE ENEMISTAN: CONTEXTO VS. COMPOSICIONALIDAD ESTRICTA

Es usual reconocer en Frege a uno de los principales responsables de la revalorización del papel que juega el contexto oracional en el significado de las expresiones. El principio fundamental es precisamente, como vimos, que las expresiones sólo tienen sentido en virtud de que son *partes* de oración. En un inicio parece que la consideración

¹⁰⁴ El tratamiento relacional de algún modo ya integra el contexto, pero de manera tal que es el determinante el que domina. Retomando la expresión de Corblin, “es el determinante el que “hace” la semántica de la oración” y no viceversa (en la perspectiva de de Hoop, la oración “rehace” la semántica del determinante y frase nominal involucrados por medio de la asignación de Caso).

del contexto y la asignación de significados categoriales únicos para grupos de expresiones conviven simbióticamente. Sin embargo, el principio de composicionalidad estricto hereda los problemas de la teoría fregeana en cuanto a muy baja tolerancia y poca flexibilidad, ocasionadas en esta teoría por la prohibición de insertar diferentes categorías semánticas, mutuamente excluyentes, en una posición dada (cf. Valdivia 1987:73; 1998:60). A partir de este inconveniente, se ha argumentado que debe retomarse el punto inicial que vimos en 3.6.2. de que las frases nominales tienen distintas interpretaciones, a expensas del tratamiento unificado de Montague, y las más usuales son la referencial, la predicativa y la cuantificacional:

i) la lectura referencial (o de individuo), asociada al tipo semántico e

denota: [entidad(es) de primer orden]

ii) la lectura predicativa (o de clase), asociada al tipo semántico $\langle e, t \rangle$

denota: [conjunto compuesto de entidad(es) de primer orden] (= entidad de segundo orden)

iii) la lectura cuantificacional (o de clase de clases), asociada al tipo semántico $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$

denota: [conjunto compuesto de entidad(es) de segundo orden] (= familia de conjuntos)

Recordemos que estos tipos semánticos formalizan la manera en que el mismo contenido de alguna frase nominal se integra composicionalmente al significado del constituyente que la incluye (o viceversa). Los tipos compuestos representan funciones, en sentido extensional, de ciertos dominios a otros dentro del modelo semántico (véase sección 3.2. *supra*). Admitir distintos tipos para la frase nominal en general podría solamente significar que la frase nominal tiene en realidad distintas categorías, pero cada una con su única interpretación. Esta sería la visión que vimos en 3.6.2: tenemos la categoría NC (nombre común) o bien O//N y la categoría FN o bien O/(O/N) para nombres propios y nombres comunes con determinante (o siguiendo algunas versiones de gramática generativa, FD, frase determinante). Cada categoría nominal tendría un único tipo semántico. Sin embargo, admitir además que una *misma* frase nominal puede adquirir varias de las interpretaciones de i) a iii) dependiendo del contexto equivale, de algún modo, a desechar la uniformidad del proceso de composición para una misma categoría.

Lo anterior podría verse como un giro de énfasis, de la unificación a la diversificación semántica de las frases nominales (sean nombres propios, frases determinadas o frases escuetas).

3.6.4.1. DISTINTAS INTERPRETACIONES PARA LA MISMA FRASE NOMINAL

La idea fundamental de Partee (1986:115) es reconciliar ambas perspectivas, la unificadora y la diversificadora. Para ello la autora retiene la correspondencia sistemática entre categorías y tipos, con lo que le otorga una concesión a Montague, pero en vez de asignar un solo tipo a la categoría FN le asigna una familia de tipos, con lo que integra la segunda perspectiva. Los tres tipos semánticos están relacionados mediante principios de cambio de tipo (*type-shifting rules*), formando un sistema que es común a toda la categoría de FN, sea ésta determinada o escueta, y con nombre propio o común como núcleo. En consonancia con la perspectiva montagueana, el tipo más complejo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ es también el más general en el sentido de que todas las frases nominales tienen esta interpretación como efectivamente disponible (Partee 1986:115). Los tipos semánticos $\langle e, t \rangle$ y e , en cambio, a pesar de estar disponibles para la categoría FN, no son efectivamente realizables en todos los casos, en consonancia con la perspectiva diversificadora.

La propuesta de Partee (1986) se basa en un trabajo previo (Partee & Rooth 1983), cuyo espíritu puede resumirse en los siguientes puntos:

“[...] una modificación de la estrategia de Montague de asignar a todos los miembros de una categoría sintáctica dada el tipo ‘más alto’ requerido para cualquiera de ellos. Ahí propusimos que: (i) a cada expresión básica le es asignada léxicamente el tipo *más simple* adecuado para capturar su significado; (ii) hay reglas generales de elevación-de-tipo [*type-lifting rules*] que proveen significados adicionales de tipo más alto para las expresiones, de modo que los significados uniformes de tipo más alto que Montague planteó para una categoría sintáctica dada estarán, de hecho, *entre* los significados disponibles para todas las expresiones de esa categoría, y (iii) hay una estrategia general de procesamiento de intentar primero con los tipos más bajos, y de utilizar los tipos más altos únicamente cuando se requieran para combinar los significados por medio de reglas composicionales disponibles.” (Partee 1986:117)

La estrategia interpretativa de intentar los tipos semánticos más bajos primero hace justicia a la intuición de que las frases nominales pueden clasificarse con base en diferentes interpretaciones preferentes, como las que ejemplificamos en (196), que repetimos como (234).

- (234) a. *Vicente Fox* abundó en buenas noticias [lectura referencial]
 b. *Vicente Fox* es *presidente y empresario* [lectura predicativa]
 c. *Algunas personas* creen todavía en él [lectura cuantificacional]

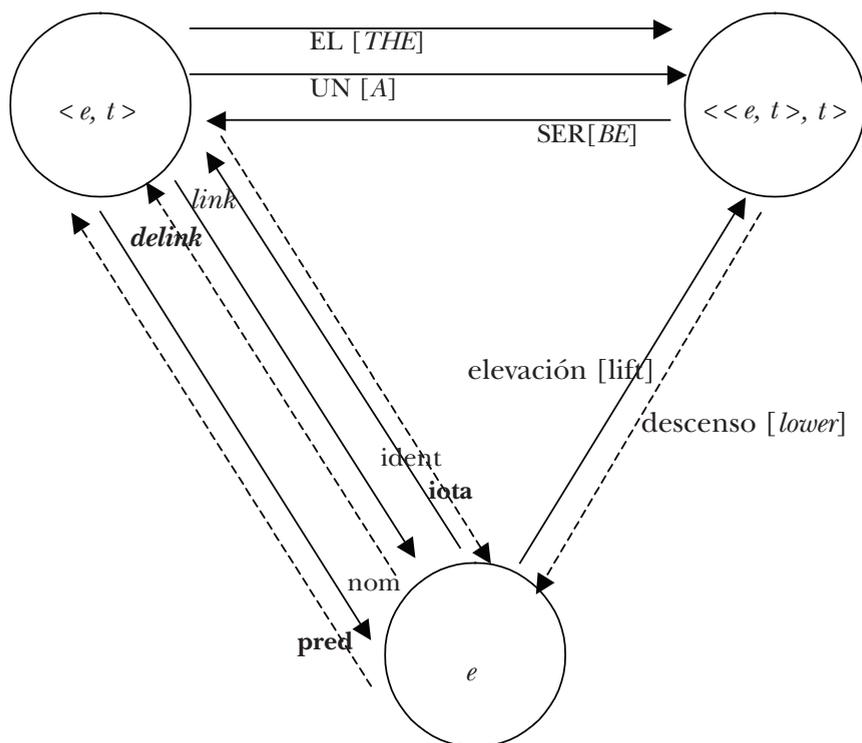
También hace depender la uniformidad semántica de la categoría sintáctica “frase nominal” de las reglas de cambio de tipo que relacionan conjuntamente estas interpretaciones:

- (235) **Reglas (funcionales) de cambio de tipo semántico** (Partee 1986:121, 130)

a.	elevación [<i>lift</i>]	$\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ ↑↓ <i>e</i>	descenso [<i>lower</i>]
b.	EL [<i>THE</i>], UN [<i>A</i>]	$\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ ↑↑↓ $\langle e, t \rangle$	SER [<i>BE</i>]
c.	delink , ident, pred	$\langle e, t \rangle$ ↑↑↑↓↓↓ <i>e</i>	nom, iota , <i>link</i>

Aunque no todas las funciones que aparecen en (235) serán utilizadas en lo que sigue, las presento por dar el cuadro general que proporciona Partee (1986). Vistas en conjunto dan lugar a una apariencia cíclica de los cambios de tipo semántico, pero las flechas punteadas representan funciones parciales:

Figura 12: La ciclicidad de los cambios de tipo semántico



3.6.4.1.1. LA FUNCIÓN TOTAL *LIFT* Y LA FUNCIÓN PARCIAL *LOWER* (260a)

En (235a) tenemos dos funciones que mapean el dominio de las entidades al de las familias de conjuntos y viceversa (es útil tener en mente la relación vista en 3.6.2.2 entre los cuantificadores generalizados como filtros y las entidades —empaquetadas en forma de conjuntos unitarios— como generadores).

La función de *elevación* es inyectiva, es decir, proyecta sólo un individuo a determinada familia de conjuntos (o de propiedades extensionales), sin que necesariamente se agoten todas las familias posibles de conjuntos; más específicamente, proyecta toda entidad

a al ultrafiltro principal¹⁰⁵ generado por a , quedando familias $\ll e, \triangleright, \triangleright$ que no corresponden a ningún individuo tipo e (Partee 1986:122).

En cambio, la función de *descenso*, su inversa, sí agota todas las posibles entidades (=es una función suprayectiva) mediante aplicación a familias de conjuntos, pero deja algunas de éstas sin entidad correspondiente en D_e , es decir, tenemos una función parcial (cf. nota 40, p. 220). La función de descenso se aplica a cualquier cuantificador generalizado que sea un ultrafiltro principal (y sólo a esos) y lo proyecta sobre su elemento generador en D_e .

En el caso de las FN definidas singulares, la denotación tipo $\ll e, \triangleright, \triangleright$ es un ultrafiltro principal (Partee 1986)¹⁰⁶ por lo que la función *lower* nos da directamente denotaciones tipo e para ellas. En el caso de las frases definidas plurales, la denotación tipo $\ll e, \triangleright, \triangleright$ no es un ultrafiltro sino simplemente un filtro, de modo que la función *lower* lo proyecta a un conjunto generador tipo $\langle e, \triangleright$ y no nos proporciona directamente ningún tipo e . Los indefinidos singulares en su traducción usual (1) no son ni siquiera filtros (Partee 1986:129), de manera que la función *lower* no puede aplicarse. En su traducción no-estándar (1)' los indefinidos son nuevamente filtros (véase la tabla 21, p. 436, para las traducciones (1) y (1)'). En la tabla 20 (p. 431) se muestra que en algunos casos la función de descenso o *lower* puede basarse en la relación entre filtros y generadores.

Veamos ahora cómo obtener tipos e para definidos plurales (236) y, más adelante, para indefinidos cardinales y/o numerales. Partee (1986:130) propone dos rutas: (236a) y (236b).

(236) **Tipo e para definidos plurales como *los tres hombres***
 a. *Partiendo de la lectura distributiva de Barwise y Cooper*¹⁰⁷

¹⁰⁵ Un filtro principal es un filtro cuyo generador es elemento de un conjunto ordenado. En una retícula finita (como 202, 205, 209 *supra*) todo filtro es principal (Corblin 2002:184). Recordemos que en las retículas booleanas los conceptos de ultrafiltro y filtro máximo son extensionalmente equivalentes, véase (206), (207) *supra*.

¹⁰⁶ “Técnicamente, nombre propio, definido singular y universal (*Cada N*) tienen por denotación el filtro generado por la denotación del nombre correspondiente. Nombre propio y definido singular corresponden a filtros máximos [= ultrafiltros en retículas booleanas, como 202, 205 y 209], mientras que el universal corresponde a un filtro cualquiera.” (Corblin 2002:144)

¹⁰⁷ Ante la falta de explicitud en Partee (1986), me veo obligado a buscar el pasaje original en Barwise y Cooper para verificar exactamente a qué se refiere la autora con “la lectura distributiva de Barwise y Cooper”: “**los tres hombres corren** [...] sólo tendrá un significado en aquellos modelos en que hay exactamente tres

Las frases definidas plurales como *los tres hombres*, interpretadas como tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, son un filtro principal. Mediante la operación que Partee denomina *genset* (la inversa de la función **F** en (209)) obtenemos el conjunto generador tipo $\langle e, t \rangle$, a saber, $\{h, h', h''\}$, siendo h, h', h'' los tres únicos hombres en el modelo. A partir de aquí, la operación *link* proporciona el tipo e para frases definidas plurales como *los tres hombres*, a saber, el individuo-suma $h \oplus h' \oplus h''$.

- b. *Partiendo de las lecturas de individuo grupal estilo Link* (i.e., como $\lambda P[\langle h \oplus h' \oplus h'' \rangle]$)¹⁰⁸

En este caso, podemos aplicar descenso [*lower*] directamente para obtener el individuo-suma (o plural) tipo e , es decir, $h \oplus h' \oplus h''$.

Veamos cómo funciona (236a). En (209) hemos representado la incrustación de una estructura reticular de conjuntos generadores $\{X: X \in \wp(D_e)\}$ en una estructura reticular de filtros $\{Y: Y \in \wp(\wp(D_e))\}$

hombres. En tales modelos será verdadero si todos ellos corren.” (Barwise y Cooper 1981:167). Asumo, pues, que “lectura distributiva” refiere aquí a que el predicado *corren* se distribuye a cada hombre, es decir, hay tres entidades singulares corriendo en vez de una sola entidad plural.

¹⁰⁸ A partir de la observación de que distintos predicados aplicados a una misma FN plural pueden distribuirse de manera distinta entre los miembros o partes de dicho plural, se ha argumentado que la introducción de objetos plurales de múltiples niveles es inevitable. Los distintos niveles se producen porque el plural se forma a partir de distintas agrupaciones de individuos en vez de directamente como simple suma de todos los individuos relevantes (cf. Link 1998a:172). De un conjunto como $\{a, b\}$ podemos obtener, además de individuos-suma, notados $a \oplus b$, individuos-grupo, notados $\langle a \oplus b \rangle$, donde $\langle \rangle$ es la función de un lugar para formar “el grupo de” (Link 1998a:66). “El grupo $\langle j \oplus m \rangle$ es esencialmente como $j \oplus m$, excepto que denota otra vez un átomo en el dominio de los individuos.” (Link 1998a:80-81). Supóngase un ejemplo de dos matrimonios que están compartiendo un juego de mesa: *Jorge y Martha y Nick y Honey están jugando unos con otros*. En este ejemplo el predicado se aplica colectivamente al individuo-suma $j \oplus m \oplus n \oplus h$. La traducción de esta oración sería: [jugar uno con otro] $\langle j \oplus m \oplus n \oplus h \rangle$. Supongamos ahora que comparáramos los ingresos de los dos matrimonios utilizando un enunciado como el que sigue: *Jorge y Martha y Nick y Honey ganan lo mismo*. Link (1998a:78) observa que la noción de individuo-suma es insuficiente para estos casos. La predicación colectiva no se da sobre la suma de los cuatro individuos, sino sobre la suma de dos grupos, a saber, los dos matrimonios. Como traducción tendríamos [ganar lo mismo] $\langle \langle j \oplus m \rangle \oplus \langle n \oplus h \rangle \rangle$ y no [ganar lo mismo] $\langle j \oplus m \oplus n \oplus h \rangle$. Es decir, se predica sobre el individuo suma $a \oplus b$ con $a = \langle j \oplus m \rangle$ y $b = \langle n \oplus h \rangle$, i.e., $\langle j \oplus m \rangle \oplus \langle n \oplus h \rangle$.

para un ejemplo de dominio D_e . En tal ejemplo, una frase definida plural como *Los dos hombres* tendría al filtro F_4 como denotación de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ —la familia de aquellos conjuntos de los que j (*Juan*) y p (*Pablo*) son miembros—. La función \mathbf{F}^{-1} —es decir la inversa de \mathbf{F} — (*genset* en Partee 1986:130) nos daría el conjunto generador correspondiente al filtro F_4 , es decir, el conjunto $\{p, j\}$. Hasta aquí tenemos la denotación tipo $\langle e, t \rangle$, pero nos hace falta aún aplicar la operación *link* para obtener la denotación tipo e como individuo-suma (o individuo-plural), es decir, $p \oplus j$.

Tabla 20: La relación entre filtros y generadores como un paso hacia los tipos e

	Denotación como $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$	generador del filtro $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$
FN definida singular	ultrafiltro principal	tipo $\langle e, t \rangle$ unitario, define por sí solo un tipo e (su único miembro)
FN definida plural	filtro principal	tipo $\langle e, t \rangle$ no define por sí solo un tipo e^f
FN indefinida singular (1)	no son filtros principales	ninguno
FN indefinida singular (1)'	filtro principal	tipo $\langle e, t \rangle$ unitario, define por sí solo una variable tipo e (2)'

Veamos ahora los indefinidos cardinales y/o numerales. Partee (1986:130) propone que los cardinales *dos, tres, etc...* sean adjetivos (tipo $\langle e, t \rangle$) que se aplican a individuos-suma, significando “exactamente dos, exactamente tres”. Hoeksema (1983:66), en cambio, reserva la lectura “exactamente tres” para la interpretación genérico-colecti-

^f Recuérdese que el generador de la denotación tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ de una FN es la intersección de todos los conjuntos en la familia denotada por esa FN (de Hoop 1996:219). De modo que si la intersección nos da un conjunto con sólo un miembro, dicho conjunto define por sí solo a una denotación tipo e —el miembro único de la intersección— (véase, por ejemplo, (208), p. 403); pero si la intersección contiene más de un miembro, ya no queda definida una única denotación tipo e (al menos al margen de la operación *link* que formaría el individuo-suma correspondiente a esa pluralidad de miembros).

va —del tipo ejemplificado en (232d, p.421)— y la lectura “al menos tres” para la interpretación existencial de la FN¹⁰⁹ que, en ambos casos, considera como FN escueta. Nótese que aquí el numeral es adjetivo tanto en interpretaciones débiles como fuertes, mientras que de Hoop (1996) sólo califica de “usos adjetivos” a los usos débiles.

Partee propone que estos adjetivos cardinales podrían elevarse al tipo $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle\rangle$ como adjetivos prenominales interseccionales (Obsérvese que la “e” remite aquí a entidades plurales). De aquí es fácil convertirlos en determinantes relacionales $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle, t \rangle$ —de interpretación grupal, i.e., toman conjuntos de *grupos* como argumento— mediante composición con la función UN [A] en (235b).

Otra alternativa propuesta en Partee (1986) es tratar los adjetivos cardinales al estilo en que Kamp-Heim tratan los indefinidos (véase la tabla 21, p. 436), en vez de mediante la función UN [A]. La autora no abunda en detalles, pero asumo que la idea es tratar estos adjetivos cardinales como *condiciones nominales* sobre una variable tipo *e* (véase nota 114, p. 440, y la sección 3.6.4.2.5.1), sólo que grupal en vez de individual —sólo podrán sustituirla entidades de la forma $\langle a \oplus b \oplus \dots \rangle$ —. De este modo se obtiene un determinante con lectura de grupo.

En ambos casos se incorpora el cuantificador existencial, que automáticamente da cuenta del cambio de sentido desde “exactamente tres” a “al menos tres”, significado asociado a los determinantes cardinales (Partee 1986:130). A partir de aquí, Partee (1986:130) propone que la operación *delink* —véase 3.6.4.1.3— podría extenderse a los determinantes, de manera que se obtengan determinantes distributivos partiendo de determinantes de grupo.¹¹⁰ Es decir, el

¹⁰⁹ Más precisamente, el significado de «exactamente tres» se conserva intacto en la interpretación genérica, mientras que en la interpretación existencial termina siendo equivalente a «al menos tres»: “puesto que una oración como *Tres muchachas caminaron*, que Barwise & Cooper leen como *Al menos tres muchachas caminaron*, será también verdadera en caso de que más de tres muchachas hayan caminado —bajo nuestra definición— a causa del hecho de que cuando un grupo de más de tres muchachas camina, un grupo (de hecho muchos grupos) de tres muchachas estará caminando.” (Hoeksema 1983:66)

¹¹⁰ En el contexto de las construcciones partitivas, De Hoop (1996:113, 224-226) empareja las lecturas distributivas de los determinantes con las cuantificacionales, y las colectivas con las no-cuantificacionales (para las que propone los tipos $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle\rangle$ y/o $\langle e, e \rangle$). Los determinantes **distributivos** seleccionan entidades como argumento y los **colectivos** seleccionan conjuntos como argumento. Dependiendo del tipo de determinante que domine la construcción, de Hoop (1996:224) divide los partitivos en *partitivos de entidad* y *partitivos de conjunto*. “La mitad de...”

plural colectivo tipo e (individuo-suma grupal) se reescribe como conjunto distributivo tipo $\langle e, t \rangle$ en las respectivas denotaciones (sin embargo, véase Lønning 1997:1018-1020).

3.6.4.1.2. LAS FUNCIONES TOTALES A , THE Y BE (260b)

En (235b) tenemos dos funciones emparentadas que de conjuntos dan familias de conjuntos. Partee (1986) las nombra como los determinantes definido e indefinido [THE / A] del inglés, en relación al tratamiento “categoremático” de los determinantes en Montague como funciones que convierten los nombres comunes predicativos en cuantificadores generalizados (Partee 1986:126). De hecho, se retoman las traducciones de Montague para *the*: $\lambda Q \lambda P [\exists x [\forall y [Q(y) \leftrightarrow y = x] \wedge P(x)]]$ y para *a*: $\iota Q [\lambda P [\exists x [Q(x) \wedge P(x)]]]$. El punto esencial es que si bien estas funciones pueden verse como un efecto de la presencia de un determinante, son independientes, en principio, de la aparición de dichos determinantes. Esto se debe a que son funtores “naturales” de cambio de tipo (Partee 1986:126): no se correlacionan necesariamente con un elemento que señale sintácticamente el paso de un uso predicativo a uno cuantificacional —como es el caso en el tratamiento montagueano—, sino que pueden no estar expresados explícitamente.

Como función en sentido contrario tenemos [BE], que, al igual que las dos funciones anteriores, es independiente de la aparición de un verbo copulativo. De hecho esta función y la traducción semántica de la cópula son distintas en Partee (1986). Para el verbo copulativo *ser* [be] se propone $\lambda P \lambda x [P(x)]$, una función que toma dos argumentos heterogéneos (tipo $\langle e, t \rangle$ y tipo e) con el significado de “aplíquese el predicado” P a x (Partee 1986:124, 136). Para la fun-

sería un partitivo de entidad (*la mitad de la población, la mitad del agua, la mitad de una galleta*); “uno de ...” sería un partitivo de conjunto (**uno del agua, *uno de la galleta*). Algunas FNs aceptan ambos partitivos, de lo que concluye que ciertas FNs pueden denotar tanto una entidad compleja (individuo-suma) como un conjunto de entidades, p.ej., *La mitad de los lingüistas, Uno de los lingüistas*. Sin embargo, posteriormente (1996:229) admite que los determinantes cuantificacionales pueden tomar tanto lecturas colectivas como distributivas. Aunque de Hoop (1996) se basa en Partee (1986), sus términos *distributivo* y *colectivo* no son formalizados de la misma manera. El determinante *distributivo* toma argumentos tipo e —miembros del conjunto— en de Hoop, pero en Partee la lectura distributiva toma el tipo $\langle e, t \rangle$. Por el contrario, el determinante *colectivo* toma argumentos tipo $\langle e, t \rangle$ en de Hoop, pero tipo e —individuos-suma correspondientes al conjunto— en Partee (1986).

ción *BE* se nos propone $\lambda P \lambda x [P(\lambda y [y = x])]$ —la traducción original de Montague (1973) para la cópula—. En términos conjuntistas, $\lambda P [\lambda x [\{x\} \in P]]$.

3.6.4.1.3. LAS TRES FUNCIONES DE $\langle e, t \rangle$ A e Y SUS INVERSAS (260c)

En (235c) tenemos tres funciones con sus inversas:

(i) **nom** (función casi total) / **pred** (función parcial), que mapean propiedades a sus entidades-correlato si las hay (por ejemplo, de “ser azul” obtenemos “lo azul”), y las entidades-correlato a las propiedades correspondientes (por ejemplo, de “lo azul” obtenemos la propiedad “ser azul”). Esta relación podría verse como un análogo distributivo del mapeo de identificadores a co-etiquetas, véase 3.6.2.1. y (202)-(205) *supra*.

(ii) **ident** (función total) / **iota** (función parcial): el primero proyecta cualquier entidad a a su conjunto unitario $\{a\}$, y el segundo proyecta cualquier conjunto unitario $\{b\}$ a su único elemento b . Es decir, tendríamos, respectivamente, una función total de tipo $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$ y una función parcial de tipo $\langle \langle e, t \rangle, e \rangle$ (Dobrovie-Sorin & Beysade 2004:12).

(iii) **delink** (función parcial) / **link** (función total): el nombre de estas dos funciones se debe a que, para los plurales, Partee (1986) retoma la propuesta de Link (1983) de tratar a algunos plurales como individuos-suma dentro del dominio de referentes tipo e .

“Podemos ver que hay un mapeo natural que relaciona los individuos plurales de Link en el dominio e a conjuntos de individuos ordinarios, en el dominio $\langle e, t \rangle$; llamemos estos mapeos *link* y *delink* [...] Entonces $link(\{a, b\}) = a \oplus b$; $delink(a \oplus b) = \{a, b\}$. *Link* es total (los conjuntos unitarios se mapean sobre los individuos singulares que son los átomos de la estructura de individuo-plural) e inyectiva; *delink* es parcial y suprayectiva.” (Partee 1986:129-130)

Esta última función y su inversa es un caso más generalizado que *ident*/*iota*, las cuales sólo se aplican a conjuntos unitarios e individuos vistos atómicamente. Es decir, (ii) puede formularse en todos los casos mediante (iii) pero no viceversa: $link(\{a, a\}) = a \oplus a$; $delink(a \oplus a) = \{a, a\}$, en que por idempotencia tenemos que $a \oplus a = a$ y que $\{a, a\} = \{a\}$.

3.6.4.1.4. PANORAMA GENERAL DE LAS FRASES NOMINALES ‘PLENAS’

Esta estructura constituida por distintos tipos (referencial, predicativo, cuantificacional) cohesionados mediante proyecciones de un dominio a otro es la que se asocia a la categoría FN toda, incluyendo nombres propios y comunes, determinados o sin determinar y pronombres. Esto da como resultado general una tabla como la que reproducimos enseguida (tabla 21), extraída de Partee (1986:116). Teniendo en cuenta la propuesta de Herslund (2002) con respecto a la dicotomía entre objetos articulados/escuetos, añadimos una línea oscura, demarcando potenciales objetos polarizados (arriba) de potenciales objetos “incorporados” (abajo).

Podemos observar que no toda frase nominal específica tiene posibilidad de aparecer bajo las tres lecturas, referencial, predicativa y cuantificacional. Para el nombre propio tenemos la interpretación como cuantificador generalizado y la más tradicional como expresión directamente referencial, pero no tenemos posibilidad de interpretación predicativa. La interpretación como cuantificador generalizado se describe como una función que se aplica a predicados (o propiedades extensionales), a saber, la función λP , cuyo instructivo selecciona los predicados o propiedades que de hecho se aplican al individuo j (*Juan*), es decir, $\mathbf{P}(j)$, siendo \mathbf{P} el lugar para argumento de segundo orden.¹¹¹ En otras palabras, $\lambda P[\mathbf{P}(j)]$ puede leerse como “(la función que selecciona) el conjunto de predicados P tales que P se aplica a j ”. En términos conjuntistas obtenemos la familia de conjuntos a los que el individuo j (*Juan*) pertenece: $\lambda X[j \in X]$ (Partee 1986:122). Pero la interpretación preferente es aquella en la que *Juan* apunta directamente al individuo j , en vez de señalar al conjunto de sus propiedades extensionales: el tipo e —el más bajo— es el que “se intenta primero” siguiendo la línea de Partee (1986).

¹¹¹ De hecho puede verse que todas las traducciones correspondientes al tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ inician con “ λP ” en señal de que esta interpretación es una en la que la frase nominal se aplica a las frases verbales (y no al revés), como vimos en 3.6.2. De manera más general, $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ se relaciona en las traducciones con “ λP ”, que indica que se trata de una función de predicados —es decir, que toma propiedades como argumento— del mismo modo que el tipo $\langle e, t \rangle$ se relaciona con “ λx ”, que indica que se trata de una función de entidades —es decir, que toma entidades como argumento— (cf. Dobrovie-Sorin & Beyssade 2004:16-17).

Tabla 21, Algunas frases nominales y sus interpretaciones alternativas (Partee 1986)

Frase Nominal	Traducción semántica	Tipo semántico
<i>Juan</i>	1) $\lambda P[P(j)]$ <i>Montague</i> 2) j	Cuantificador Generalizado <<e,t>, t> Referencial e
$\acute{e}l_n$	1) $\lambda P[P(x_n)]$ <i>Montague</i> 2) x_n	Cuantificador Generalizado <<e,t>, t> Referencial e
<i>todo hombre</i>	1) $\lambda P[\forall x[\text{hombre}'(x) \rightarrow P(x)]]$ <i>Montague</i>	Cuantificador Generalizado <<e,t>, t>
<i>el hombre</i>	1) $\lambda P[\exists x[\forall y[\text{hombre}'(y) \leftrightarrow y = x] \wedge P(x)]]$ <i>Montague</i> ^g 2) $\iota x[\text{hombre}'(x)]$ 3) $\lambda x[\text{hombre}'(x) \wedge \forall y[\text{hombre}'(y) \rightarrow y = x]]$	Cuantificador Generalizado <<e,t>, t> Referencial e Predicativo <e,t>
<i>un hombre</i>	1) $\lambda P[\exists x[\text{hombre}'(x) \wedge P(x)]]$ <i>Montague</i> 1)' $\lambda P[P(x_n^*) \wedge \text{hombre}'(x)]$ <i>Zeevat-Partee</i> ^h 3) <i>hombre'</i> 2) variable x tal que $[\text{hombre}'(x) \wedge x$ es 'nuevo'] <i>Kamp-Heim</i> 2)' $[1]' + \text{lower}] = [x_n^* \wedge \text{hombre}'(x)]$ <i>Zeevat-Partee</i>	Cuantificador Generalizado <<e,t>, t> Predicativo <e,t> Referencial e
<i>perros</i>	2) $\cap \text{perro}'$ <i>Chierchia</i> 1) $\lambda P[P(\cap \text{perro}')]$ <i>Carlson</i> (reinterpretado) 3) <i>perro'</i>	Referencial e Cuantificador Generalizado <<e,t>, t> Predicativo <e,t>
Pseudo-objetos		

^g Esta traducción semántica trata al determinante artículo definido como sincategoremático (sin significado, como constante lógica). La traducción “categoremática” (determinantes con significado propio) sería $\lambda Q\lambda P[\exists x[\forall y[Q(y) \leftrightarrow y=x] \wedge P(x)]]$ (Partee 1986:123).

^h Partee (1986:129) introduce un asterisco del que solamente explica que “juega un rol en las reglas no-estándar para ligamiento de variable”. No explicita en qué consisten exactamente tales “reglas no-estándar” ni el rol en cuestión.

Las frases nominales que únicamente disponen de interpretación cuantificacional, como *todo hombre*, sirven de contraste para poder comparar el comportamiento de otras frases nominales con el comportamiento de una FN cuya interpretación es indudablemente de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$. Las frases adjetivas hacen lo propio con respecto al tipo $\langle e, t \rangle$ (Partee 1986:119). Así podemos comprobar que la lectura referencial (como el tipo más bajo) es la preferente en nombres propios, indefinidos y definidos. Los tres anteriores pasan la prueba de las anáforas discursivas (237), que las frases puramente cuantificacionales no logran legitimar.

- (237) **La prueba de las anáforas discursivas** (Partee 1986:117, 119)
- a. El tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ no las legitima
 {*Todo / ningún / más de un*} *hombre entró*. *{*Él / pro*} *se veía cansado*
 - b. El tipo e las legitima
 {*Juan / el hombre / un hombre*} *entró*. {*Él / pro*} *se veía cansado*

Tal como advierte Partee, esta prueba es fuerte en la medida de que la frase nominal indefinida la pasa junto con los nombres propios y definidos: si solamente los dos anteriores pasaran la prueba, podría argumentarse que la diferencia no se debe a distintos tipos, sino que, siendo los nombres propios, los definidos y los cuantificacionales, todos de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, sólo los dos primeros filtros dan un único individuo generador (Partee 1986:119). Pero el indefinido no es un filtro, de manera que no puede acudir al éxito o fracaso de la función de descenso (*lower*) como la diferencia entre (237b/a), quedando únicamente la posibilidad de explicarlo en términos de distintos tipos: $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ para (237a) y tipo e para (237b).¹¹²

¹¹² Sin embargo, Ramchand (1997:95 nota a pie) señala que la posibilidad de servir como antecedentes de una anáfora discursiva pudiera no ser un diagnóstico totalmente confiable para distinguir tipos e de tipos $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$. McNally (1998: 384-385, 387-388) advierte y muestra que el funcionamiento de una FN como legitimador de anáfora no es garantía de su referencialidad tipo e . En particular, muestra que una FN que denota propiedad (FN tipo $\langle e, t \rangle$) puede perfectamente legitimar una anáfora de tipo e . Adicionalmente, tenemos la traducción no-estándar para indefinidos (1)' que permite integrar su lectura de cuantificadores generalizados como un filtro (lo cual permite obtener un individuo a partir de un CG), y no solamente como una familia de conjuntos, a la manera de los definidos y nombres propios. Todo ello hace que la prueba de las anáforas discursivas no sea definitiva para suponer que un indefinido es de tipo e .

Si asumimos que la conjunción de constituyentes requiere la uniformidad de los tipos semánticos correspondientes, podemos considerar la conjunción como prueba de que determinada frase nominal puede interpretarse de manera predicativa (238b) o cuantificacional (238a) (Partee 1986:119).

(238) **La prueba de la coordinación de constituyente**

- a. Tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ para nombres propios

Juan y no más de seis lingüistas entraron a la biblioteca

- b. Tipo $\langle e, t \rangle$ para frases nominales indefinidas

*María considera a Juan **competente** en semántica y una **autoridad** en unicornios*

(ejemplos de Partee 1986:119)

La diferencia entre nombre propio y pronombre puede caracterizarse en términos de que el primero es una constante y el segundo una variable, siendo similares en lo restante. Las frases más nitidamente cuantificacionales introducidas por *todo*, *algún*, *ningún*, *más de seis*, etc., como ya dijimos, no tienen más que una interpretación disponible ($\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$), puesto que ninguna de las operaciones de cambio de tipo proporciona interpretaciones de tipo *e* para esta clase de frases nominales (Partee 1986:132). La interpretación predicativa, aunque en principio posible, no es factible tampoco para estas frases nominales cuantificacionales:

“En general, la posibilidad de que una FN tenga interpretación predicativa parece predecible a partir de las propiedades modelo-teóricas de su interpretación como cuantificador generalizado; de hecho argumentaremos más adelante que todas las FNs en principio tienen una interpretación $\langle e, t \rangle$, pero algunas de ellas (como *cada isla*, *la mayoría de las islas* [*most island*]) dan predicados que no pueden satisfacerse o que están degenerados de algún otro modo.” (Partee 1986:119-120)

En cambio, las frases definidas singulares tienen disponibles las tres interpretaciones. Supongamos la oración *El hombre corre*. Como cuantificador generalizado *el hombre* se interpreta como la función que toma a la (denotación de la) frase verbal [*x*] *corre* como argumento. En la traducción de la tabla 21, el predicado ‘P’ corresponde a *corre* en *El hombre corre*. El referente se presupone como existente, correspondiendo al cruce entre el grupo de referentes de *hombre* y el grupo de referentes ‘que corren’, si la intersección cons-

ta de varios elementos, todos ellos se relacionan mediante identidad, es decir, todos son el mismo referente (esto se deriva de la *inclusividad* en Hawkins 1978).¹¹³ En la interpretación 2) —referencial— se señala directamente un único referente de *hombre* como la única entidad susceptible de satisfacer la definición constituida por toda la oración abierta [*x*] *corre* con respecto a la posición de argumento-sujeto. Si la entidad señalada no satisface la oración, entonces ésta es falsa:

“El operador iota se combina con una oración abierta para dar una expresión denotadora de entidad, denotando al único satisfactor de la oración abierta si sólo hay uno, y fracasando en denotar en caso contrario” (Partee 1986:117)

En la tercera lectura simplemente se establece que toda entidad (*y*) a la que se aplica *hombre*, corresponde a una única y misma entidad (*x*):

[...] una lectura predicativa para definidos [...] selecciona el conjunto unitario (o la propiedad de ser) el único hombre si hay solamente

¹¹³ Esto se presta a confusión con el uso distinto que Russell (1981:57-58) otorga al término *exclusividad*. Los términos ‘inclusivo/exclusivo’, en Hawkins (1978), refieren al hecho de que por medio de una frase nominal definida se da a entender que lo que de ella se predica remite o *incluye* a la **totalidad** de los referentes que el interlocutor pueda ubicar en su universo de discurso, en tanto que con una frase nominal indefinida se da a entender (entre otras posibilidades) que lo que de ella se predica remite a referentes que el interlocutor no puede ubicar, esto es, referentes que se encuentran *excluidos* de la totalidad compartida por la memoria discursiva del interlocutor. Presento a continuación los dos pasajes en que se proponen ambos términos en Hawkins (1978:157-168, 175-187), primero **inclusividad** de la referencia: “A esta propiedad del artículo definido de referir a todos los objetos o toda la masa en el dominio pragmáticamente acotado de cuantificación, con la cual la oración como un todo hace una afirmación acerca de estos objetos, me referiré como ‘inclusividad’. Este término tiene el propósito de captar el hecho de que la referencia es inclusiva con respecto a la totalidad [*is all-inclusive*], i.e., todos los objetos en el conjunto compartido [M.P.: compartido por hablante y oyente] que satisfacen el predicado descriptivo están siendo referidos, y ninguno está siendo excluido.” (Hawkins 1978:161), por último, **exclusividad** en la referencia: “el oyente debe estar en capacidad de entender la referencia como la referencia a un subconjunto propio solamente del número total de objetos en el conjunto compartido, si ha de localizar el/los referente(s) en este conjunto. Y si no puede construir la referencia como refiriendo a no-todos-los objetos en el conjunto compartido, entonces está obligado a no localizar los referentes ahí en absoluto. [...] Y tal como el artículo definido refiere inclusivamente a todos los objetos, podríamos decir que los determinantes indefinidos refieren ‘exclusivamente’ a sólo algunos.” (Hawkins 1978:186).

uno, y el conjunto vacío (o propiedad vacía) en caso contrario” (Partee 1986:117)

Las frases indefinidas singulares tienen también las tres interpretaciones. Como cuantificadores generalizados 1) son semejantes a la anterior (definida singular) salvo porque no hay pretensión de exhaustividad (*inclusividad* en términos de Hawkins 1978). La lectura predicativa señala a la clase (de manera inclusiva —genérica— o exclusiva —existencial— según el contexto). Kamp y Heim proponen una lectura tipo *e* como variable pronominal restringida 2). Esta lectura sería similar a la del pronombre con la añadidura de una condición nominal:¹¹⁴ el candidato a sustituir la variable debe ser miembro de la clase *hombre*; y una condición discursiva: el referente debe ser nuevo en el discurso. Así tendríamos, por ejemplo, que (239a) se interpreta como (239b).

(239) **Las FN indefinidas como variables pronominales restringidas**

a. *Un hombre viene*

b. $Un_{\text{introduccion de variable}} \textit{hombre} (x)_{\text{restringido}} \quad x \textit{viene}_{\text{alcance nuclear}}$

La condición de “novedad discursiva” se encuentra en las reglas de construcción de la DRS¹¹⁵ para el indefinido (Corblin 2002:21). Partee (1986:129) retoma una reelaboración de la propuesta de Kamp y de Heim por parte de Zeevat (1989 *apud* Partee 1986, que consulta

¹¹⁴ En algunas versiones de DRT se distingue entre condiciones *predicativas* (aseveradas y/o nucleares) y condiciones *nominales* (presupuestas y/o restrictoras). En relación a la cuantificación, las primeras se comportan como el *alcance nuclear* en una estructura tripartita y las segundas se asemejan al *restringido* del dominio del cuantificador (Corblin 2002:18 nota a pie y 81-83). De este modo, “Para el indefinido, la Condición nominal puede asimilarse a una restricción sobre el dominio de la variable (*hombre*), y la Condición predicativa al dominio nuclear del cuantificador que asevera que al menos un elemento de ese dominio verifica la proposición (*viene*)” (Corblin 2002:82). Las condiciones nominales se notan con la variable entre paréntesis *hombre (x)* y las condiciones predicativas se notan sin paréntesis: *x viene*. También se han asimilado las condiciones nominales a lo presupuesto y las condiciones predicativas a lo aseverado. Esto corresponde parcialmente al alegato de Strawson (1983a [1950]:31) en el sentido de que el cumplimiento de las condiciones de uso son presupuestas (“implicadas”) en el caso de la función referencial, pero son parte de lo enunciado en el caso de la función predicativa / adscriptiva.

¹¹⁵ En la DRT se considera que la información de cada oración nueva se va integrando a una DRS o *Discourse Representation Structure*, la cual representa la información construida a partir del procesamiento de las expresiones lingüísticas previas.

la versión no publicada de 1984) que posibilita una interpretación tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle - (1)$ — de la que se deriva el tipo- e mediante descenso (*lower* 2)'. Esto permite conservar la traducción del indefinido como variable y añadir el paralelismo con el pronombre y la frase definida singular cuyo tipo- e se obtiene mediante descenso a partir del cuantificador generalizado (Partee 1986:129).

Hasta aquí las FNs que constituyen normalmente los objetos lejanos o polarizados de Lazard. La FN que sigue, un plural escueto, cae dentro de los objetos coalescentes de Lazard (o 'incorporados' de Herslund 2002). Este tipo de FN no fue tratado por Montague (cf. Partee 1986:118), de modo que la autora se basa en Carlson (1977) y en Chierchia (1982, 1984).

3.6.4.1.5. NOMINALES ESCUETOS ¿PREDICADOS O NOMBRES DE MASA? LAS FUNCIONES *NOM* Y *PRED*

Carlson (1977 *apud* Dowty 1979) propone tratar los plurales escuetos —en su lectura como cuantificadores generalizados— como nombres propios de especies (*kinds*). Una especie no equivale al conjunto de individuos que conforman o representan la clase. Una especie se toma como entidad elemental de tipo e (es miembro de D_e). Una relación R especifica qué cosas “instancian” a la especie. Como Carlson separa a las especies de los conjuntos de individuos que las representan, por analogía hace lo mismo con los individuos. A éstos también los separa de sus representaciones o “instanciaciones” espacio-temporales denominadas *episodios* (*stages*). El paralelismo consiste en que es la misma relación R la que vincula los individuos a las especies y los episodios a los individuos (Dowty 1979:85):

(240) **La doble distinción *type-token* de Carlson** Especies - R - Individuos - R - Episodios

Así como los plurales escuetos denotan especies, de modo análogo, un nominal escueto singular como *vino* podría verse como un nombre propio o *sustantivo* de masa que denota una sustancia. La otra posibilidad es que *vino* sea un *predicado* de masa que califica entidades de algún tipo pero que, desde luego, no denota una sustancia. Según lo que parece, ambas posibilidades deben coexistir puesto que, en tanto que *predicado*, “vino” puede aplicarse a otra ocurrencia de la expresión “vino” interpretada *à la* Carlson como nombre pro-

pio de especie (*kind*), como vemos en (241a). Ese mismo predicado también puede aplicarse a otras entidades como porciones de materia y objetos coincidentes con dichas porciones de materia¹¹⁶ (241b). De esta manera, podemos seguir a Pelletier y Schubert (1989 *apud* Partee 1986:131) en la clasificación de los predicados de masa atendiendo al tipo de entidades del que pueden ser verdaderos (241).

- (241) **Varietades (*sorts*) de predicados de masa** (Pelletier y Schubert *apud* Partee 1986:131)
- a. verdaderos de especies (*kinds*): *El vino tinto es vino* / *Red wine is wine*
 - b. verdaderos de cantidades/porciones de materia: (i) mediante objetos coincidentes con o constituidos por dichas porciones; (ii) mediante modos convencionales de servir (*conventional servings*):
 - (i) *El charco en el suelo es vino*
 - (ii) *Un trago de vino*
 - (i) y (ii) *La copa de vino*

El caso no marcado sería que un mismo predicado de masa como *vino* se aplique indistintamente a entidades como (241a) o como (241b), siendo la construcción específica la que en cada caso restringe el abanico de aplicabilidad a alguno de los subcasos (Pelletier y Schubert 1989 *apud* Partee 1986:131). Ambos usos, el referencial como nombre de sustancia y el predicativo —presentes en las respectivas ocurrencias de *vino* en (241a)—, deben distinguirse y ser mediados mediante algún operador que cambie la denotación predicativa de masa por la denotación referencial de sustancia. Para esto, Pelletier y Schubert (1989 *apud* Partee 1986:131) adoptan dos operadores propuestos por Chierchia. Los operadores *pred* y *nom* son utilizados por Chierchia para un caso muy similar a (241a/b), sólo que en vez de un término de masa tenemos un término de cualidad abstracta (242).

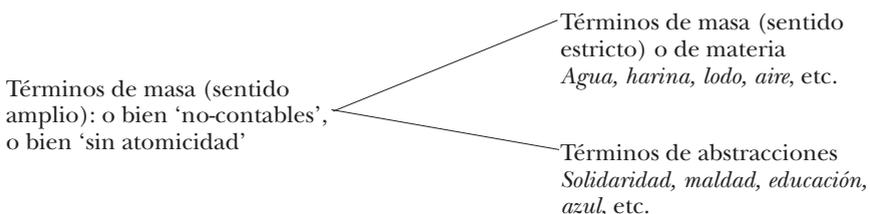
¹¹⁶ Link (1998a [1983]) desdobra el universo en individuos y sus materias correspondientes. Desde su punto de vista, la relación entre la porción de la materia de que está hecho mi anillo, y el anillo mismo, no es una relación de *identidad* notada '=' sino que es una relación de *constitución* notada '▷'. La relación de constitución, que Link retoma de Parsons (1979), se da entre los individuos y las porciones de materia que les corresponden, y la relación de identidad se reserva para aquella que relaciona a un individuo consigo mismo; de modo que, en el caso del "anillo hecho de oro", tenemos lo siguiente: (*oro ▷ anillo*) ∧ (*oro ≠ anillo*).

- (242) **La cualidad azul como propiedad predicada o como entidad nombrada**
- a. Como adjetivo tipo $\langle e, t \rangle$: *Esta playera es azul*
- b. Como sustantivo tipo e : *El azul es un lindo color / Blue is a nice color*

En la teoría de Chierchia (1982a/b, 1984 *apud* Partee 1986:133), el (242b) es una nominalización de (242a): el operador *nom* deriva la denotación tipo e en (242b) de la denotación tipo $\langle e, t \rangle$ en (242a), y el operador *pred* procede al revés.

Ambos tipos de término, los de masa y los abstractos, pueden colapsarse bajo la etiqueta de *masa* si ésta sólo significa carecer del rasgo *countable*—sin distinguir entre términos que remiten a materia y los que remiten a alguna cualidad abstracta— (recuérdese la cita de Link 1998a:218 en las pp. 260-261). Es decir, podríamos tener un sentido estricto de masa y uno amplio (cf. García Suárez 1997:132-133):

Figura 13: términos de masa



De aquí que estos operadores, *nom* y *pred*, se extiendan al caso de (241).

Algunos nombres comunes con uso adjetivo se aplican a propiedades en vez de a entidades.¹¹⁷ A éstos los llama Partee (1986:134) nombres de atributo (*attribute noun*).

- (243) **Usos adjetivos de primer orden sobre individuos y sobre propiedades**
- a. *Esta playera es azul*
- b. *El azul es un color fuerte*

¹¹⁷ Partee (1986:133-134) advierte que estos usos predicativos de nombres comunes de atributo parecen especiales y tienen productividad limitada.

Se habla aquí de adjetivos “de primer orden” para recalcar que ambos se aplican a entidades y dan valores de verdad, es decir, son de tipo $\langle e, t \rangle$. Nótese que *azul* se aplica a entidades (*esta playera*) en tanto que las entidades bajo la extensión de *color* no son individuos como *esta playera* sino colores (*rojo, verde, azul, etc.*). Es decir, el nominal *color*, empleado predicativamente, como una especie de adjetivo, representa una propiedad de propiedades en (243b). A primera vista, calificar a un predicado que se aplica a propiedades (véase 243b) como de ‘primer orden’ suena a una violenta contradicción. Sin embargo, el tipo involucrado ($\langle e, t \rangle$) es como predicado de primer orden. En todo caso la ‘contradicción’ se encontraría en asignar a propiedades (*rojo, verde, azul, etc.*) el tipo de las entidades (el tipo e). Pero *azul* en (243b) se interpreta como si remitiera a una entidad, a saber, a “lo azul”. Precisamente ésta es parte de la motivación para un operador de nominalización que permita introducir propiedades como referentes (tipo e) en vez del usual tipo $\langle e, t \rangle$, en cuyo caso, el nominal *color* en (243b) tendría que denotar un cuantificador generalizado $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$. Pero ésta última interpretación es precisamente la que no se quiere para *color* en la posición predicativa de (243b).

En el análisis de Chierchia, un nominal (de propiedad) no puede pluralizarse ni utilizarse referencialmente sin antes quedar sometido a un operador de nominalización que proyecta una propiedad a su entidad-correlato (es decir, la propiedad “entificada”). Por tanto, Chierchia analiza la interpretación de los nominales escuetos (tipo e) como el valor de la aplicación de un operador de nominalización \cap que proyecta propiedades¹¹⁸ a correlatos de propiedades en el dominio de las entidades, si tales correlatos existen (cf. Partee 1986:118, 121-122). Es decir, un nominal como *perro* en posición predicativa señalaría al conjunto de los perros, pero en posición de argumento *perro* se interpreta como \cap perro, es decir la propiedad nominalizada: “lo perro”.

(244) **De adjetivos y nombres comunes (*common noun phrases*) tipo $\langle e, t \rangle$ a nombres escuetos (*determinerless full NPs*) tipo e y viceversa: *nom* y *pred***

a. *nom*: $P \rightarrow \cap P$ (de la propiedad como etiqueta a la propiedad como entidad)

¹¹⁸ Definidas originalmente en lógica intensional y presentadas bajo la forma de propiedades extensionales en Partee (1986).

(i) De la clase definida por el **adjetivo** *perro* ($\langle e, t \rangle$) obtenemos la entidad abstracta “lo perro” (e), es decir el correlato de la propiedad en el dominio de las entidades como denotación del **nombre propio** \cap *perro*.

(ii) De la clase de cosas a las que se aplica el **adjetivo** *azul* ($\langle e, t \rangle$) obtenemos la entidad abstracta “lo azul” (e) denotada por el **nombre propio** \cap *azul*.

b. *pred*: $x \rightarrow \cup x$ (de la propiedad como entidad a la propiedad como etiqueta)

(i) De la entidad abstracta “lo perro” (e) denotada por el **nombre propio** *perro* obtenemos la clase ($\langle e, t \rangle$) [\cup *perro*] denotada por el **adjetivo** \cup *perro*.

(ii) De la entidad abstracta “lo azul” (e) denotada por el **nombre propio** *azul*, obtenemos la clase de los objetos que caen bajo el **adjetivo** *azul* ($\langle e, t \rangle$) denotada por el **adjetivo** \cup *azul*.

Se puede tomar al adjetivo como básico y al nombre propio de cualidad como derivado, en cuyo caso tenemos (244a) (Partee 1986:133). En caso contrario tenemos (244b) con los nombres propios como básicos y los adjetivos como derivados. El hecho de que en español no pueda tenerse el uso referencial —denotador de sustancia o propiedad “entificada”— sin el determinante definido (contrástese con los ejemplos ingleses en 241a, 242b) apuntaría quizá a los usos adjetivos como básicos y a los referenciales como derivados mediante (244a).

3.6.4.1.6. FORMA Y DISTRIBUCIÓN DE LOS NOMINALES ESCUETOS: SINGULARES, PLURALES Y NEUTROS

Si los nombres comunes (de cualidad o de masa) no pueden pluralizarse sin antes someterse al operador *nom*, se predice que los usos no-referenciales de éstos no pueden aparecer en plural, pero más aún, que un singular no referencial no es un singular. Doetjes (2001:119) señala también que los términos no-contables (i.e., de masa en sentido amplio) no pueden aceptar el plural más que bajo

reinterpretación contable. Implícitamente esto sugiere que un verdadero término de masa no es singular, sino que no está marcado ni para singular ni para plural: es neutro. Ésta es la hipótesis que Doetjes (2001) defiende mediante la comparación de las posibilidades distributivas de las “expresiones cuantificacionales” con respecto a los singulares, los plurales y los términos de masa. En su estudio, Doetjes utiliza las propiedades distribucionales de los determinantes para examinar las diferencias y semejanzas entre términos escuetos de masa, escuetos contables singulares y escuetos contables plurales. Dicho examen le lleva a plantear primero que de siete clases combinatoriamente posibles de expresiones cuantificacionales, solamente cinco se realizan en las lenguas naturales examinadas (francés, inglés y holandés). Para explicar tanto la imposibilidad de las dos clases no atestiguadas como las posibilidades distributivas de las cinco restantes, Doetjes (2001:127, 129-130) asume las siguientes hipótesis en cuanto a la selección de la expresión cuantificada por parte de la expresión cuantificadora.

- (245) **Restricciones de selección categorial (para expresiones cuantificacionales)**
- a. La selección categorial está limitada a una sola categoría
 - b. (i) La selección categorial de una expresión morfosintácticamente singular exige que la semántica respectiva sea singular (en particular, se excluye la referencia cumulativa)
 - (ii) La selección categorial de una expresión morfosintácticamente plural exige de dicha expresión que posea las propiedades semánticas de un plural (en particular, la referencia cumulativa)

La selección sintáctica con base en la categoría morfosintáctica (frase nominal singular, frase nominal plural o frase nominal sin distinción de forma plural/singular) tiene consecuencias a nivel semántico como una selección indirecta en (245b), lo que explica la selección semántica en expresiones cuantificacionales que basan su selección en la forma.

La hipótesis (245a) se sigue directamente del requerimiento de un lenguaje desambiguado para una semántica de condiciones de verdad. La idea es que si una expresión selecciona con base en la categoría, solamente puede seleccionar una, lo cual explica que las clases 1, 2 y 7 de Doetjes sean expresiones cuantificacionales que son

siempre determinantes y nunca adverbios (véase la tabla 22, p. 450). Si, en cambio, una expresión cuantificacional selecciona expresiones de más de una categoría, en particular verbos además de núcleos nominales, se sigue que no selecciona categorialmente (i.e., a partir de la categoría sintáctica) sino semánticamente.

Las clases 1, 2 y 7 de Doetjes seleccionan con base en la categoría o forma: la clase 1 selecciona expresiones de categoría nominal con forma singular (246), la clase 2 selecciona expresiones de categoría nominal con forma plural (247) y la clase 7 selecciona expresiones de categoría nominal en general (250).¹¹⁹ Esta selección basada en la categoría impide su uso como modificadores adverbiales, permitido para las clases 2 y 3, que no seleccionan con base en la categoría de la expresión sino con base en su semántica. Veamos los contrastes:

(246) **Clase 1: selecciona categorialmente a FNs morfológicamente singulares**

- a. {*Un / cada / todo / algún / ningún / cualquier*} *caballo*(*s)
- b. ?? {*Un / cada / todo / algún / ningún / cualquier*} *agua*
- c. **pasea* {*Un / cada / todo / algún / ningún / cualquier*}
- d. *pasea* {*Una / cada / toda / alguna / ninguna / cualquier*}
vez

La clase 1 permite singulares contables (246a) en tanto que difícilmente acepta término de masa (246b). Su selección categorial impide la combinación directa con verbos, es decir, el uso adverbial (246c). Este uso vuelve a ser tolerado si la expresión cuantificacional se relaciona con un nominal como mediador (*vez*), el cual, evidentemente, debe tener forma singular (246d).

(247) **Clase 2: selecciona categorialmente a FNs morfológicamente plurales**

- a. {*tres / varios / diferentes / muchos / pocos / algunos / ningunos / cualesquiera*} *caballo**(s)
- b. {*tres / varios / diferentes / muchos / pocos / algunos / ningunos / cualesquiera*} *vino**(s) [reinterpretado como contable]

¹¹⁹ En su estudio de las frases nominales coordinadas, Hoeksema (1983:70-71) propone, en cambio, que “las frases nominales plurales y las frases nominales singulares tienen la misma categoría sintáctica, y no se distinguen por rasgos de número”, sino que la distinción es puramente semántica.

- c. **pasea* {*tres / varias / diferentes / muchas / pocas / algunas / ningunas / cualesquiera*}
- d. *pasea* {*tres / varias / diferentes / muchas / pocas / algunas / ningunas / ?cualquiera*} *veces*

La clase 2 tiene un comportamiento análogo a la clase 1 en que no permite su combinación directa con verbos (247c). En caso de medirse el uso adverbial mediante un nominal, éste debe ser plural (247d) en concordancia con (247a/b). En (247b) vemos que los términos de masa sólo son tolerados en plural, pero entonces tienen interpretación contable.

Las clases 3 y 4 no seleccionan categorialmente, razón por la cual sí aceptan el uso adverbial directo (248c), (249c). El contraste (248a/b) muestra que la clase 3 selecciona semánticamente a los términos de masa en detrimento de los contables singulares o plurales.

(248) **Clase 3: selecciona semánticamente expresiones no-contables**

- a. *{*mucho / poco*} *caballo(s)* [aceptable en singular si tiene reinterpretación de masa]
- b. {*mucho / poco*} *vino*
- c. *pasea* {*mucho / poco*}
- d. **pasea* {*mucha / poca*} *vez / veces*

La clase 4 selecciona los términos de masa (249b) pero adicionalmente acepta los términos contables si vienen en plural (249a). El contraste entre (249d) y (248d) muestra que la razón por la que se rechaza el uso adverbial indirecto en la clase 3 es debido al rechazo simultáneo de los contables singulares (*vez*) y plurales (*veces*) en concordancia con (248a).

(249) **Clase 4: selecciona semánticamente expresiones no-contables y contables plurales**

- a. {*un montón de / bastantes / más / menos*} *caballo**(s)
- b. {*un montón de / bastante / más / menos*} *vino*
- c. *pasea* {*un montón / bastante / más / menos*}
- d. *pasea* {*un montón de / bastantes / más / menos*} *veces*

La clase 7 de Doetjes parece más escasa translingüísticamente por lo que me veo obligado a presentar los ejemplos ingleses (no me pare-

ció encontrar algún caso en español). Esta clase vuelve a rechazar el uso adverbial directo (250c/d) por lo que se deduce que selecciona categorialmente a las FNs. Los contrastes (250a-b) muestran que acepta cualquier FN singular o plural, contable o de masa.

(250) **Clase 7: selecciona categorialmente a FNs**

- a. {no / any} horse
- a'. {no / any} horses
- b. {no / any} wine / trouble
- c. *walk {no / any}
- d. walk {?no / any} time

Las clases 5 (selección exclusiva de contable singular y plural) y 6 (selección exclusiva de contable singular y no-contable) de Doetjes no se atestiguan empíricamente. Retomo la tabla original de Doetjes con algunos agregados en la tabla 22 (se eliminaron los ejemplos del francés y holandés y se agregaron los del español)

Doetjes observa que la clase 1 —por contraste con la clase 7— no selecciona términos de masa a pesar de que dicha clase no selecciona semánticamente sino categorialmente a FN singulares. La forma de las expresiones de masa aparecen entonces como distintas de las formas singulares: son formas *neutrales* más que *singulares*. Esta hipótesis de Doetjes se apoya en el uso de la concordancia verbal singular como concordancia neutra por defecto en verbos impersonales:

(251) **El singular como marca por defecto** (Doetjes 2001:131)

- a. *El* (sg) *caballo* (sg) *es* (sg) *blanco* (sg)
[genuinamente singular]
- b. *La* (sg) *arena* (ni sg ni pl) *es* (sg) *blanca* (sg)
[concordancia singular por defecto]
- c. *Llueve* (sg)
[concordancia singular por defecto]

A la luz de la inesperada exclusión de los nominales de masa por parte de la clase 1, el ejemplo de (251b) debe considerarse análogo a (251c) más que como similar a (251a). Es decir, *la arena* tiene forma singular por defecto, al igual que el sujeto impersonal de llover, ambos sin correlato semántico alguno. Esta visión de la forma singular en las expresiones de masa sugiere que, incluso en contextos de “entificación” del predicado de masa —como (251b)— o la primera ocurrencia de *vino* en (241a) *supra*, la entidad no es contable aun-

Tabla 22: Clases de expresiones cuantificacionales y su distribución (Doetjes 2001:126, 132)

clase de cuantificador y nominales con los que se combina	ejemplos	¿siempre determinante?	Tipo de selección
clase 1: contable singular	inglés: <i>a, one, each, every</i> español: <i>un, cada, todo, algún, cualquier, ningún</i>	sí	categorial: FN morfológicamente singular
clase 2: contable plural	inglés: <i>two, three, several, different, many, few</i> español: <i>dos, tres, varios, diferentes, muchos, pocos</i>	sí	categorial: FN morfológicamente plural
clase 3: no-contable	inglés: <i>much, little, a bit, a little</i> español: <i>mucho, poco</i>	no	semántica
clase 4: no-contable y contable plural	inglés: <i>a lot¹, more, less, enough</i> español: <i>un montón (de), más, menos, bastante</i>	no	semántica
clase 7: contable singular y contable plural y no-contable	inglés: <i>any, no</i> español: <i>?</i>	sí	categorial: FN
clase 5: contable singular y plural	no está atestiguado	?	semántica
clase 6: contable singular y no-contable	no está atestiguado	?	semántica

¹ Para mostrar el paralelismo entre referencia nominal y verbal con respecto a la distinción masa/contable, Bach (2002[1986]:324) compara dos frases verbales y dos frases nominales con respecto a la posibilidad de combinarlas con ciertas expresiones cuantificacionales (en esta idea se inspira el estudio de Doetjes). Muestra que solamente las FNs con núcleo contable pueden combinarse con *many* (clase 2 en Doetjes): *Many dogs were in the yard* / **Many muds were on the floor*, en paralelismo con que sólo las frases verbales télicas (i.e., contables) pueden combinarse con una expresión como *three times* (*three* también es clase 2 en Doetjes): *John fell asleep three times during the night.* / **John slept three times last night.* (El segundo enunciado es aceptable si la FV se reinterpreta como contable). Para el paralelismo FN de masa / FV de masa, Bach no utiliza expresiones cuantificacionales de la misma clase, sino que emplea la clase 3 para la FN y la clase 4 para la FV: *Much mud was in evidence* / **Much dog was in evidence*, *John slept a lot last night* / **John found a unicorn a lot last night.* La pertenencia de *a lot* a la clase 4 predice que este último ejemplo es aceptable bajo interpretación iterativa.

que esté nombrada “en singular”. Sin embargo, en 3.4. vimos que los predicados se “entifican” mediante funciones de medida que determinen qué cuenta como una entidad. Dos criterios son generalmente posibles: el genérico (lo que cuenta como entidad es la totalidad de la extensión del predicado) posible en (117a/b) —que repetimos aquí como (252a/b)—; y el criterio de la presentación “natural” de muestras individuales (lo que cuenta como entidad es un ejemplar) únicamente posible en (252b).

- (252) a. *agua* (homogéneo) → {*El/*Un* ____} *agua* (cuantizado)
 b. *aguacate* (homogéneo) → {*El/Un* ____} *aguacate* (cuantizado)

El indefinido, como ya dijimos, bloquea la predicación de conjunto (cf. García Fajardo 1985) de manera que el criterio de totalidad no puede aplicarse. En (252a) tenemos, precisamente con el indefinido, un intento de entificación de una masa no-contable: el intento fracasa. Me parece que la “entificación” de los predicados de masa —(244a)— se podría describir bastante bien en términos de la creación del individuo-suma correspondiente a la interpretación genérica del predicado de masa. Pero entonces, dicha manera de referir a sustancias pasa por la cuantización como totalidad. En tal caso, el singular de (251b) es un singular genuino que se aplica a una entidad cuantizada: la totalidad de arena relevante. Los términos de masa, entonces, están excluidos de la clase I porque el sentido de totalidad continua —base de la cuantización y de la singularidad en los términos de masa— está bloqueado por el significado inherente de las expresiones cuantificacionales de dicha clase. Desde este punto de vista, los términos de masa pueden verse como una forma singular cuyos correlatos semánticos imponen ciertas restricciones (tienden a requerir un interpretación de totalidad no-disgregable) más que como una forma neutra en una oposición ternaria neutro-singular-plural (sin embargo, remito a Doetjes 2001:131, para más argumentos en favor de una oposición ternaria de formas, y a de Hoop 1996:222-224 para el comportamiento de los determinantes frente a la oposición nominal contable / de masa).

Hemos visto en esta sección que la visión unitaria de la frase nominal no es incompatible con una visión más diversificada. Esta conciliación, empero, requiere la postulación de mecanismos de cambio de tipo que mantengan la cohesión semántica de la categoría. Cuantos más tipos distintos se propongan, más difícil será la tarea. Sin

embargo, una vez iniciado el camino de la diversificación de interpretaciones, este aumento de tipos parece casi inevitable. En la sección que sigue detallamos el intento por parte de de Hoop (1995, 1996) de extender el trabajo de Partee (1986) en un área particular: la relación entre las interpretaciones de las frases nominales en posiciones de argumento y el Caso estructural asignado por el verbo.

3.6.4.2. LA INTERPRETACIÓN DE UNA MISMA FN DEPENDE DE SU RELACIÓN MORFOSINTÁCTICA CON EL VERBO: LA HIPÓTESIS DEL *TYPE-SHIFTING* SINTÁCTICO

En de Hoop (1996:3-55) se nos resume el debate en torno a las frases nominales y sus interpretaciones, enfocando primero el hecho de que el tipo de determinante que tenga una frase nominal decide mucho de la relativa marcación de las interpretaciones para esa frase (de Hoop 1996:4-18), y dando preeminencia a interpretaciones más referenciales (o ‘fuertes’), o bien, a interpretaciones menos referenciales (o ‘débiles’). En un segundo momento se señala que las dificultades en clasificar semánticamente a las frases nominales surge de la poderosa influencia del contexto sintáctico: las características propias —en aislamiento— de una FN y su determinante tienden a preferir cierto uso de su contenido, pero el contexto puede revertir esta preferencia en favor de otro uso. Este hecho está en la base misma de la propuesta de Partee (1986) que acabamos de perfilar. Ramchand (1997:112-113), por su parte, señala que los distintos tipos semánticos para frases nominales-objeto deben complementarse con una pluralidad de tipos semánticos para verbos, señalando, además, que la pluralidad de interpretaciones es susceptible de aparecer en una *misma* forma verbal. Hasta aquí se integra el contexto oracional pero con primacía del factor semántico. Es decir, si determinado contexto o posición sintáctica favorece cierta lectura de una FN es únicamente en la medida de que la *semántica* de ese contexto requiere un ajuste del tipo semántico de la FN.

La novedad en de Hoop es proponer que la sintaxis influye *directamente* en estos cambios de tipo semántico. Es decir, que la influencia del contexto oracional no se da únicamente de semántica (de la frase verbal) a semántica (de la FN objeto y/o sujeto) con solamente el principio *semántico* de composicionalidad involucrado, sino de sintaxis a semántica. El papel de la sintaxis ya no se limita a simplemente “hermanar” dos constituyentes con tipos semánticos que requieren

el ajuste de alguno de ellos o de ambos (un caso sería el de la coordinación, véase (238), p. 438).

“Una de las asunciones básicas que hace Partee (...) es que los tipos más elevados son utilizados únicamente cuando se requieren por razones de composicionalidad. (...) En mi aproximación, el Caso fuerte funciona como disparador de cambio de tipo [*type-shifter*] en todos los objetos. (...) Esto significa que el tipo básico de *Jane* es presumiblemente *e* en la estructura-P, pero que el Caso fuerte siempre eleva el tipo a $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$.” (de Hoop 1996:106-107)

Lo que era una consecuencia de la composicionalidad, al margen de la sintaxis,¹²⁰ ahora es directamente vinculado a una asignación sintáctica de Caso fuerte vs. Caso débil. Otra novedad es que a la propuesta de Partee (1986) de distintos tipos semánticos para la frase nominal, de Hoop (1996) añade dos interpretaciones adicionales a la baraja: la de modificador opcional de predicado y la de modificador destransitivizador de predicado.

- (253) a. *Vicente Fox abundó en buenas noticias*
[lectura referencial]
- b. *Vicente Fox es **presidente y empresario***
[lectura predicativa]
- c. *Algunas **personas** creen todavía en él*
[lectura cuantificacional]
- d. *Amanda no come (**carne**)*
[lectura como modificador]
- e. *El periódico contiene *(**artículos**)*
[lectura como modificador destransitivizador]

Consecuentemente tenemos ahora cinco tipos semánticos para la frase nominal (254). En el marco de las frases verbales y sus complementos y con respecto a los dos nuevos tipos considerados por de Hoop (254d/e), es útil recordar que el tipo de los verbos intransitivos es $\langle e, t \rangle$ y el de los transitivos es $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$

¹²⁰ Nótese que en una aproximación montagueana, con correspondencia sintáctico-semántica estricta, afirmar esto no tendría ningún sentido. Sólo desde la perspectiva de que la sintaxis y la semántica no son dos lados de la misma moneda, sino dos monedas distintas —valga la analogía—, como en gramática generativa, puede decirse que la sintaxis no jugaba ningún papel directo.

(254) **Tipos semánticos para la frase nominal**

- a. tipo semántico e
FN designa individuos
- b. tipo semántico $\langle e, t \rangle$
FN designa clases, se aplica a individuos y da valores de verdad
- c. tipo semántico $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$
FN designa familias de clases, se aplica a predicados intransitivos (o clases) y da valores de verdad
- d. tipo semántico $\langle \langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$
FN se aplica a predicados intransitivos (o clases) y da predicados intransitivos (o clases) más restringidos
- e. tipo semántico $\langle \langle e, \langle e, t \rangle \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$ (de Hoop 1995:444)
FN se aplica a predicados transitivos (o relaciones) y da predicados intransitivos (o clases) más restringidos

En términos de la posición de complemento (y eventualmente la de sujeto), de Hoop (1996) considera al tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ como la interpretación verdaderamente argumental en tanto que el tipo e , curiosamente, queda desplazado como interpretación incuestionablemente argumental. Las lecturas (253-254)d/e, en cambio, son interpretaciones débiles y no-argumentales.

Como señalábamos en 3.5.2. *supra*, los cambios de tipo semántico en la frase nominal objeto en relación a la alternancia entre dos Casos sintácticos, propuestos por de Hoop (1996), y adoptados con algunas reservas por Ramchand (1997), parecen apuntar en la misma dirección que la distinción entre objeto polarizado/despolarizado de Lazard (1984b, 1998) y sus correlaciones semánticas. En relación a los objetos escuetos que adquieren lectura predicativa (Herslund 2002) hacen falta dos precisiones.

Primero, que el uso predicativo en contexto no-argumental no necesariamente tiene el mismo tipo semántico que el uso predicativo extendido a contextos típicamente argumentales (como las posiciones de objeto de verbos transitivos).

(255) **Predicativos sobre expresiones nominales y verbales**

- a. *Esa masa es carne*

b. *Amanda no comió (carne) / Juan cazó (tigres)*

Si consideramos junto con Partee (1986:124) que en (255a) el verbo copulativo toma un argumento tipo e (el sujeto) y otro de tipo $\langle e, t \rangle$ (el predicado nominal *carne*) y significa “aplíquese el predicado *carne* a *esa masa*”, entonces vemos que el uso predicativo de un nominal en contexto no-argumental puede asociarse con el tipo $\langle e, t \rangle$ al aplicarse el predicado a designadores de entidad. Pero el uso predicativo extendido a posiciones típicamente argumentales (255b), no puede asociarse al tipo $\langle e, t \rangle$ porque no se aplica a designadores de entidad sino a otro predicado: el predicado verbal. Tampoco da como resultado una expresión saturada, sino un predicado intransitivo complejo. El tipo semántico correspondiente debe entonces corresponder a $\langle \langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$. De modo que aunque sigamos a Herslund (2002) en que el uso predicativo adverbial de los objetos escuetos surge a partir de los usos predicativos en contexto nominal/copulativo,¹²¹ ambos usos podrían presentar etiquetas semánticas distintas.¹²²

¹²¹ Los ejemplos de Herslund (2002:21) son construcciones copulativas. Esta posición de complemento de verbo copulativo, aunque actancial desde un punto de vista general, no es la típica posición actancial en que se introduce un argumento y, translingüísticamente, es algo común que estas construcciones carezcan del verbo copulativo cuando no hay marcas de tiempo que portar. Por ello puede decirse que, a pesar de la presencia formal de un verbo en (255a), la predicación se realiza sobre el sujeto nominal no sobre el verbo.

¹²² Como mencionamos en 3.3. el problema es más complicado. En tales contextos podemos también suponer que el complemento predicativo se aplica, no al verbo, sino a la posición vacía de argumento-paciente existencialmente cuantificada, a la manera de una ‘condición nominal’ sobre ella (esto se asemeja al modo en que Russell elimina los términos singulares en favor de términos predicativos en su teoría de las descripciones: las expresiones nominales no representan argumentos sino complejos predicativos sobre una variable, cf. Valdivia 1998:72-76; Strawson 1983a:34). En ese caso, el complemento puede tener el mismo tipo $\langle e, t \rangle$ que en los contextos predicativos como (280a) suponiendo que $\langle e, t \rangle$ se aplica a una variable tipo e , a saber: la variable que representa la posición vacía de argumento-paciente (pero de Hoop supone que el tipo de los argumentos es $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$, de modo que el tipo de la variable correspondiente a la posición de objeto es un problema que dejamos abierto). Esto es exactamente lo que sucede en Farkas (2001:28-33), que divide los sintagmas nominales en tres grupos: predicativos (como 255a), argumentales por descripción o “modificadores de predicado” (como 255b) y argumentales por especificación de un objeto o “argumentos plenos”, como los objetos polarizados. La “modificación de predicado” toma la forma de una condición nominal sobre la posición de objeto existencialmente cuantificada, por lo que no habría distinción de tipo semántico entre los dos primeros casos.

La segunda precisión es que de Hoop (1996) no asocia el tipo <<*e*,*▷*>, <*e*,*▷*> únicamente a objetos escuetos como propondría Herslund (2002), sino que considera que algunos complementos “articulados” reciben esta misma interpretación de ‘modificadores de predicado’. En sus términos, una frase nominal fuerte puede recibir una interpretación débil.

De cualquier manera, sigue habiendo convergencia en la idea general de dos distintas clases de complemento de objeto, uno fuerte / distante / articulado (términos de de Hoop, Lazard y Herslund, respectivamente), y otro débil / coalescente / escueto-incorporado, con interpretaciones de argumento y modificador adverbial respectivamente. Estos cambios de interpretación de una frase nominal, que de interpretarse como argumento (253c)-(254c) pasa a interpretarse como parte del predicado (253d/e)-(254d/e), los adjudica de Hoop a la diferencia entre recibir Caso estructural fuerte (*strong structural Case*) y recibir Caso estructural débil (*weak structural Case*), respectivamente; de modo que esta distinción apunta directamente al problema que nos ocupa: la diferente manera en que una frase nominal se integra semánticamente a una frase verbal (con el respectivo efecto aspectual) y la motivación morfosintáctica de estas diferentes integraciones.

En el marco del efecto del complemento en la (a)telicidad de la frase verbal, el espíritu de la propuesta del *Type-shifting* (giro en el tipo-semántico) es el de deslindar la alternancia télico/atélico en la interpretación de verbos con objeto afectado del contenido mismo de la frase nominal objeto y relacionarla, más bien, con la manera en que se integra dicho contenido al resto de la frase verbal. Así, un objeto con Caso fuerte vs. Caso débil remite a cierta relación morfosintáctica con el verbo, y su correspondiente efecto en la relación semántica entre ambos.

“Es importante que esta clasificación no sea vista como una que caracteriza la naturaleza de la denotación nominal per se (como los términos originales de FNs débiles y FNs fuertes originalmente lo hacían (cf. Milsark 1977)), sino como una clasificación que caracteriza a la *relación* semántica entre un verbo y su objeto.” (Ramchand 1997:91, cursivas en el original)

Sin embargo, el estudio de de Hoop (1996) va más allá de la interacción entre referentes nominales y verbales en el marco de la telicidad, a pesar de que enfoca buena parte de su tesis en la posición de objeto. El objetivo en de Hoop (1996) es tratar de ordenar el aparen-

te caos que surge en las posibilidades interpretativas de la frase nominal, especialmente las indefinidas, en el marco de la discusión brevemente reseñada arriba en la que el factor *contexto* va adquiriendo una influencia cada vez más diversificadora.

Presentaremos en la tabla 23 *infra* (página 472) muy escuetamente el conjunto de interpretaciones fuertes y débiles de frase nominal, para resumir el fondo en el que de Hoop trabaja su noción de Caso fuerte vs. Caso débil, la cual propone precisamente para explicar dichas posibilidades interpretativas. Pero antes de pasar a comentar dicha tabla, afinemos algunos detalles de la propuesta Caso débil vs. Caso fuerte, de la que hemos presentado las características más generales en 3.5.2. *supra*.

3.6.4.2.1. CASO ESTRUCTURAL DÉBIL / CASO ESTRUCTURAL FUERTE

La base de la propuesta en de Hoop (1996) es considerar que las propiedades básicas de una FN pueden alterarse mediante la asignación de dos Casos sintácticos distintos. Uno de ellos favorece interpretaciones fuertes (asimétricas, proporcionales, cuantificacionales, genéricas, partitivas, específicas, o como *token*, etc.) de la frase nominal. Es decir, cualquier frase nominal que reciba dicho Caso sintáctico se comportará como si fuera una FN con determinante fuerte, aunque su determinante sea de hecho débil o carezca de tal determinante. Por ello, a este Caso lo denomina de Hoop (1995:441-446, 1996) “Caso estructural fuerte”, en asociación a las características de los determinantes fuertes. Lo mismo sucede con el segundo tipo de Caso sintáctico: favorece las lecturas débiles (simétricas, intersectivas, cardinales, adjetivales, existenciales, o como *type*, etc.) de la frase nominal. Así, a éste se le dirá “Caso estructural débil” en asociación a las características de los determinantes débiles. Estos Casos sintácticos/estructurales se asignan por parte del verbo, sea en posición de sujeto o de objeto. Para esta última posición de Hoop (1996:92-93) propone la siguiente generalización.

- (256) **Generalización de la relación entre Caso estructural e Interpretación**
- a. Si un objeto tiene Caso fuerte (*strong Case*), entonces tiene una interpretación ‘fuerte’ (*strong reading*)

- b. Si un objeto tiene Caso débil (*weak Case*), entonces tiene una interpretación ‘débil’ (*weak reading*)

No se considera qué sucede con estas interpretaciones en el caso de los oblicuos (Caso inherente), por lo que la generalización se restringe a los objetos, de manera que esta generalización implique otra:

“La generalizaciones (...) junto con el filtro de Caso nos permiten concluir que las implicaciones (...) también se mantienen en el sentido opuesto, al menos si nos abstraemos de las FNs que portan Caso léxico oblicuo. Esto puede hacerse porque solamente estamos considerando las FNs-objeto, y por tanto, las FNs que adquieren Caso estructural (sea débil o fuerte). Efectivamente, si un objeto tiene una lectura fuerte, entonces debe portar Caso fuerte, puesto que el Caso débil llevaría a una lectura débil y la ausencia de Caso llevaría a la violación del filtro de Caso.” (de Hoop 1996:93)

De lo cual concluye que “un objeto está marcado con Caso fuerte si y sólo si tiene una interpretación fuerte” (de Hoop 1996:94) independientemente, claro está, de si la frase nominal tiene de hecho un determinante con propiedades fuertes o débiles: el Caso tiene la última palabra. Estos Casos, como dijimos en 3.5.2., se asignan en distintos niveles: el débil es un Caso sintáctico por defecto, que se asigna en la estructura-P. El Caso fuerte se asigna en la estructura-S dando lugar a lecturas “fuertes” y argumentales. En verbos transitivos el resultado es, en el primer caso, una lectura atética y en el segundo, una lectura tética:

“Asumo que en el lexicon un verbo de actividad está caracterizado como tético o atético (siguiendo a Van Hout 1992). Si es atético, entonces el “objeto” tiene el tipo de un modificador de predicado (tipo $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle\rangle$) y este tipo es legitimado por el Caso débil en la estructura-P. Si no, entonces el tipo e es legitimado en un objeto en la estructura-P, dando lugar a una lectura existencial débil. El Caso fuerte en la estructura-S funciona como un operador de cambio de tipo que traslada el tipo de una FN de e a $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, llevando a una lectura fuerte.” (de Hoop 1996:114)

Poniendo aparte la idea general de objetos débiles en frases verbales atéticas y objetos fuertes en frases verbales téticas, hay varios puntos sumamente controversiales aquí. Enumeremos todos ellos.

(257) **Problemas aparentes de la propuesta**

- a. Los mismos lexemas verbales son télicos y atélicos desde el léxico. Si son atélicos seleccionan un objeto tipo $\langle\langle e,t\rangle,\langle e,t\rangle\rangle$ o bien tipo e , legitimados sintácticamente con Caso débil (Ramchand 1997:93-94 interpreta que de Hoop propone el tipo $\langle\langle e,t\rangle,\langle e,t\rangle\rangle$ para FNs que modifican a verbos intransitivos y el tipo e para FNs que modifican verbos transitivos). Si son télicos seleccionan un objeto tipo e reconvertido al tipo argumental $\langle\langle e,t\rangle,t\rangle$ mediante Caso fuerte.
- b. El tipo semántico tradicionalmente referencial (el tipo e) es una lectura débil y no es argumental
- c. El Caso fuerte es un operador de cambio de tipo y el Caso débil es el Caso “no-marcado” o por defecto (de Hoop 1996:134)
- d. Los cambios de tipo desde los tipos $\langle\langle e,\langle e,t\rangle\rangle,\langle e,t\rangle\rangle$, $\langle\langle e,t\rangle,\langle e,t\rangle\rangle$, $\langle e,t\rangle$ y e (no-argumentales) hacia el tipo argumental $\langle\langle e,t\rangle,t\rangle$ implican más de un único operador y no siempre es obvio cómo funcionaría dicho cambio de tipo.

El problema de considerar a los verbos como télicos o atélicos desde el léxico (257a) ya lo hemos señalado en el capítulo primero, y no es grave en la medida de que puede desecharse fácilmente. Es evidente que no sólo no es necesario considerar que *comer* en *comer pastel* es atélico desde el léxico y que *comer* en *comer el pastel* es télico también desde el léxico; sino que es contradictorio con el fundamento mismo de la propuesta, a saber, que el contexto oracional es el que decide estas cuestiones.

La consideración del tipo e como lectura ‘débil’ —(257b)— parece en un principio contraintuitiva (Ramchand 1997:94, 110 lo rechaza totalmente) pero el rechazo de que el tipo e pueda aparecer en objetos débiles entraña algunas dificultades, y de Hoop parece apostar a que el tipo e por sí solo no es fuerte ni débil, sino que depende de que la expresión considerada sea una *constante* tipo e o bien una *variable* tipo e (cf. de Hoop 1995:447, 1996:113).¹²³ En

¹²³ Véanse también los breves comentarios de Dowty (1979:84-85 nota 10/130).

todo caso, lo desecha completamente como interpretación fuerte/argumental.

A mi modo de ver, el problema mayor en de Hoop (1996) tiene que ver con (257c). Se propone que la asignación de Caso fuerte funciona como un mecanismo de cambio de tipo semántico, convirtiendo toda frase nominal en una frase con interpretación argumental y/o fuerte. Si las frases nominales no son, desde un inicio —es decir, desde la inserción léxica—, argumentales (es decir de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ si seguimos a de Hoop) surgen algunos problemas:

—¿Cómo es que las frases que son inherentemente cuantificacionales (tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$) pueden recibir Caso fuerte si éste está motivado por una necesidad de cambio de tipo (precisamente al tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$)?

La respuesta inicial¹²⁴ de de Hoop es que estas frases no son de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$:

Tampoco puedo mantener la idea de que una FN realmente cuantificacional como *cada mujer* debe siempre ser de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, como sugiere Partee, sin embargo concuerdo con que no pueden ser de tipo *e*.” (de Hoop 1996:107).

Sin embargo, la propuesta de reservar los tipos $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ como resultado de un cambio de tipo mediante Caso fuerte está motivado en el trabajo previo de Partee (1986) en la medida de que el tipo más simple es utilizado primero y, sobre todo, porque dicha autora asume como hecho general que ninguna posición es subcategorizada como tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, salvo en contextos intensionales (Partee 1986:124 nota 13/140).

“Aunque no detalla esta idea, Partee asume que ciertas posiciones son subcategorizadas como *e* o $\langle e, t \rangle$, pero nunca como $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, el tipo

Nótese que no hay contradicción en tratar a una variable, a la vez, como tipo referencial y como expresión dependiente o de referencia no rígida (cf. Chomsky 1988:37, 40, 42; Haegeman 1994:414-415, 470-471, 495; Dobrovie-Sorin & Beyssade 2004:8, 10).

¹²⁴ Más adelante se retracta y acepta que las frases cuantificacionales “son $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ ya desde la estructura-P” (de Hoop 1996:134) y como el Caso débil no puede legitimar este tipo semántico, se le asigna Caso fuerte... pero nuevamente, ¿qué hacer con la función del Caso fuerte como operador de cambio de tipo en estos casos en que el tipo ‘deseado’ ya se encuentra desde la estructura-P?

del cuantificador generalizado. Esto estaría en acuerdo con la hipótesis introducida en la subsección previa. La subcategorización está conectada a la estructura-P; el Caso fuerte puede verse entonces como un functor de cambio de tipo de la estructura-P a la estructura-S que cambia el tipo de una FN argumento (presumiblemente de tipo e o $\langle e, t \rangle$) al tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ con la lectura fuerte concomitante.” (de Hoop 1996:106)

Como de Hoop (1996) maneja en distintos momentos los cuatro tipos $\langle \langle e, \langle e, t \rangle \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$, $\langle \langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$, $\langle e, t \rangle$ y e como lecturas débiles en la estructura-P, y quedando eliminado el tipo e para las frases cuantificacionales, éstas sólo podrían ser de alguno de los tres tipos anteriores, aunque de Hoop nunca propone una en particular. A pesar de manejar las cuatro posibilidades en un momento u otro,¹²⁵ de Hoop asume que las frases nominales son todas de tipo- e al entrar en la estructura-P (salvo las cuantificacionales que serían de tipo $\langle e, t \rangle$).

Es evidente que la necesidad de excluir el tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ incluso para las FNs cuantificacionales se debe a la intención de mantener que este tipo únicamente se obtiene mediante cambio de tipo al serle asignado a la frase nominal el Caso estructural fuerte en la estructura-S. Pero el tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ es el único que Partee (1986:117) asocia a las FN cuantificacionales, excluyendo tanto al tipo e como al $\langle e, t \rangle$, lo cual convierte en poco defendible la postura de de Hoop a este respecto. Este no es el único momento en que de Hoop tiene problemas por insistir en la exclusión del tipo $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ de la inserción léxica en la estructura-P; por ejemplo, no encuentra manera de relacionar el tipo e para objetos débiles con el de modificador destransitivizador $\langle \langle e, \langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$ si no es a través del tipo que se supone está vedado en la estructura-P: $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ (de Hoop 1996:112-113).

Pero más aún, es de muy larga tradición considerar a la categoría nominal como la categoría cuya vocación más natural es la de funcionar como argumento de los predicados,¹²⁶ de manera que el tipo

¹²⁵ Para ser justos, en relación a mi crítica de la multitud de cambios de tipo que el Caso fuerte debe suponer, de Hoop nunca baraja que haya más de dos posibilidades simultáneas para la FN en la estructura-P (en total considera cuatro tipos pero con el claro objetivo de elegir los dos más apropiados y desechar los restantes). Por ejemplo, los tipos $\langle \langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$ y $\langle \langle e, \langle e, t \rangle \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$ se consideran como alternativas de las que se concibe que sólo una de ellas permanezca. Los datos, como veremos, sugieren que ambos tipos deben conservarse.

¹²⁶ Aquí podría señalarse el hecho de que en lenguas como el náhuatl clásico (entre muchas otras), los nominales suelen funcionar como predicados con la misma naturalidad que como argumentos, pero no nos adentraremos aquí en la cuestión, planteada desde la tipología, de si la oposición nombre/verbo (i.e., argumento

$\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ (si éste es el tipo natural de un argumento) debiera ser el tipo no-marcado de una FN al entrar en la estructura-P, en vez de ser adquirido mediante cambio de tipo por asignación de Caso fuerte. Relacionado con lo anterior, si las FNs ingresan a la sintaxis en calidad de modificadores (esto es, como frases débiles) y sólo posteriormente adquieren el estatus de frases nominales fuertes, que las capacita para ser interpretadas como argumentos, entonces, ¿cómo puede esto ser compatible con la idea de que en la estructura-P se satisfacen los marcos de subcategorización argumental de los núcleos léxicos, si desde un inicio se propone que un argumento sólo se convierte en tal en el curso de la derivación?¹²⁷

De todos modos, la idea de Partee de aplicar primero tipos más simples no viene al caso en el paso de la estructura-P a la estructura-S, y si esta idea justificara postergar el tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ en el caso de los tipos $e y \langle e, t \rangle$, resulta contrario en el caso de los tipos $\langle\langle e, \langle e, t \rangle \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$, $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$, más complejos.

Por último, si Partee (1986) considera que una posición no puede subcategorizar un tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ sin ser además intensional, esto no es necesariamente un obstáculo para tomar éste como el tipo semántico de partida (como de hecho era el caso en Montague). La traducción de las expresiones sintácticas a denotaciones se hace, al

prototípico/predicado prototípico) es tan natural como suele presentarse en los trabajos de lógica.

¹²⁷ Dobrovie-Sorin & Beyssade (2004:7) proponen que los indefinidos tienen el tipo de las propiedades $\langle e, t \rangle$ como tipo básico. Eso significa que cuando los indefinidos aparecen en posiciones argumentales, lo hacen inicialmente como sintagmas que no tienen un tipo semántico argumental (sea referencial o cuantificacional). Esta perspectiva es más afín con la idea de de Hoop de partir de tipos no argumentales en la E-P y ajustarlos a un tipo semántico de argumento en la E-S. Dobrovie-Sorin & Beyssade (2004:7) observan que la suposición generalizada de que una FN en posición sintáctica de argumento ha de tener el tipo semántico de un argumento se debe a la voluntad de “defender un homomorfismo estricto entre sintaxis y semántica: las posiciones sintácticas de argumento no pueden, según ellos [los autores que defienden el homomorfismo estricto], estar ocupadas más que por elementos que tengan un tipo de denotación característico de los argumentos (es decir, del tipo de los individuos y del tipo cuantificacional). Este principio excluye la denotación del tipo de las propiedades, característico de los predicados, de las posiciones argumentales”. La sintaxis generativa es, de por sí, problemática para implementar un homomorfismo estricto, y desde ese punto de vista, quizás no valga la pena mantener apriorísticamente la veda sobre tipos predicativos en posición argumental. Sin embargo, el requerimiento de complementos por parte de un verbo se ha venido explicando, en generativa (y muchas otras teorías), como consecuencia de un requerimiento de saturación semántica de los lugares de argumento del predicado lógico involucrado por el verbo.

menos en el método indirecto, vía Lógica Intensional, como lenguaje intermedio, entonces es posible considerar que toda posición pida, en primera instancia, intensiones (que luego éstas, puedan o no, traducirse en extensiones ya es otra cuestión). De manera que no me parecería tan descabellado plantear que las frases nominales entran en las relaciones actanciales, primeramente como tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ (si ésta ha de considerarse la lectura argumental). Por otra parte, las intensiones apuntan unívocamente a extensiones específicas, pero de una extensión nunca puede retrotraerse la intensión original (véase 3.1.2. *supra*). En Karttunen & Peters (1979:17-19) es aparente la convención según la cual cualquier expresión que sea “tomada como argumento” por otra, aparece con el operador de intensión ‘ \wedge ’. Igualmente en Reed (1996), cuya regla de traducción para “argumentos internos” es como sigue:

“Regla de traducción para argumentos internos: Si α es una categoría X^0 y β es una XP y α subcategoriza para β y α se traduce a α' y β se traduce a β' , entonces el X' o XP que domina inmediatamente α y β , denominado γ , se traduce a $\alpha'(\wedge\beta')$.” (Reed 1996:112, 273).

Esta regla hace aparente la idea de que todo argumento interno es seleccionado-*spor* su núcleo rector, donde la ‘selección-s(emántica)’ remite tanto a intensión como a extensión (aunque si toda extensión es deducible de la intensión pero no viceversa, lo verdaderamente indispensable en la selección semántica por parte del núcleo parece ser el sentido y no la denotación, pero véase Moreno Cabrera 1991:456-459 para un punto de vista opuesto). Siguiendo la propuesta de Montague de asignar el tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ como el básico para toda FN, y manteniendo la de de Hoop (1996) en el sentido de que éste es el tipo de una frase nominal interpretada argumentalmente, podemos tomar la senda que de Hoop señala como posible alternativa:

“Otra posibilidad, que me fue sugerida por Henriette de Swart, es considerar el tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ como el tipo básico de las FNs. En tal caso, uno podría argumentar que las FNs en lectura fuerte conservan ese tipo, mientras que las FNs en lectura débil deben girar al tipo de un destransitivizador $\langle\langle e, \langle e, t \rangle \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$. Esto significaría que la falta de Caso estructural fuerte tendría el efecto de una operación de cambio de tipo obligatoria.” (de Hoop 1996:113 nota 21/139)

Lo interesante de este sendero es que explica cómo es que un pseudo-objeto ocupa una posición subcategorizada a pesar de ser un modificador. Esto es, explica cómo es que un núcleo verbal puede ‘atraer’ una frase nominal a su posición de argumento en la estructura-P, puesto que su tipo inicial es de argumento: $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$. Es interesante que Ramchand, al elaborar una propuesta en la que los verbos que toman objetos plenos tienen un tipo semántico distinto de los que toman pseudo-objetos (mismo problema que (257a) *supra*), no asimila estos últimos a *verdaderos* verbos intransitivos:¹²⁸

“Específicamente, debe haber una diferencia de tipo entre verbos que son asignadores de caso fuerte y aquellos que son asignadores de caso débil. Los asignadores de caso fuerte tienen el tipo de verbos transitivos propiamente $((e, (e, t)))$, y sus argumentos son verdaderos argumentos referenciales (interpretados como tipo e). [en nota: Estoy abstrayéndome de la lectura como cuantificadores generalizados de los argumentos que siempre es posible con argumentos referenciales, y sus asignadores de caso fuerte]. Los asignadores de caso débil por otra parte no son del tipo de los verbos transitivos, contienen un argumento interno en su estructura argumental, pero son de tipo (e, t) . Por tanto, deben ser modificados por objetos marcados con caso débil de tipo $((e, t), (e, t))$.” (Ramchand 1997:111)

Los describe como verbos que tienen un argumento interno, lo cual explicaría de algún modo que requieran a sus pseudo-objetos y sean capaces de atraerlos a su posición de complemento y, además, asignarles caso. En términos de Lazard, esto significa explicar el hecho de que los pseudo-objetos están ‘más cercanos’ al verbo (a pesar de ser modificadores y, en ese sentido, circunstantes) porque son inicialmente atraídos en calidad de argumentos y, posteriormente degradados a pseudo-objetos.

Esto en cuanto a (257c), y el problema (257d) se deriva del anterior. De Hoop (1995, 1996) nunca llega a proponer operaciones de cambio de tipo para relacionar los tipos no-argumentales con el tipo argumental $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ ni, por tanto, explica cómo es que el mismo

¹²⁸ No tienen el tipo semántico de los transitivos pero tienen argumento interno. Alonso Ramos (2004:252) habla de verbos (cuasi-) transitivos. La indecisión entre etiquetar a los verbos en construcción biactancial-bipolar como transitivos (por lo biactancial) o intransitivos (por lo bipolar) es constante en la literatura (Véase la nota 70 p. 378 *supra*).

mecanismo (asignación de Caso estructural fuerte) logra realizar todas esas operaciones.

Independientemente de si desechamos la idea de un cambio de tipo de la estructura-P a la estructura-S de no-argumental a argumental, la razón por la que de Hoop elige el tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ como el tipo de los argumentos es seguir una doble tradición. La primera, evidentemente, es Montague, y la segunda es aquélla que asocia las propiedades ‘fuertes’ (en determinantes y frases nominales) a las lecturas cuantificacionales (de Hoop 1996:47) y las propiedades ‘débiles’ a las interpretaciones no-cuantificacionales.

“Afirmo que los argumentos reales denotan cuantificadores generalizados, en concordancia con el hecho de que la distinción cuantificacional versus no-cuantificacional ha jugado a menudo un papel en la formalización de los objetos débiles y fuertes.” (de Hoop 1996:102)¹²⁹

Las lecturas fuertes corresponden a argumentos reales y las lecturas débiles a modificadores de distintas clases que se integran como parte del predicado. La hipótesis en (256) es complementada entonces con esta reinterpretación:

(258) **Hipótesis del tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ como argumento real versus los tipos restantes como ‘parte del predicado’** (de Hoop 1996:102, 133, 179)

- a. Un objeto es interpretado como cuantificador generalizado si y sólo si está marcado con Caso fuerte
- b. Un objeto que está marcado con Caso débil es interpretado como parte del predicado

Es hora de examinar más de cerca esta asociación entre el tipo cuantificacional y la interpretación ‘como argumento real’. El paso intermedio es que las frases nominales interpretadas como argumentos han de tener la lectura fuerte más que la débil. El segundo eslabón es que si la lectura fuerte es cuantificacional (por contraste con la

¹²⁹ La expresión “objetos débiles y fuertes” es ambigua. En el libro queda claro que esto debe leerse como “frases nominales débiles y fuertes (es decir: con determinante débil y fuerte)” no como “frases nominales con Caso débil y fuerte” (de Hoop remite inmediatamente a su capítulo sobre la semántica de las FNs, lo cual confirma que esa es la lectura correcta).

débil) entonces el tipo de los argumentos ha de ser el cuantificacional ($\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$). Pero si las expresiones cuantificacionales suelen encontrarse en ambos lados (lecturas fuertes y débiles), ¿en qué sentido las lecturas débiles son no-cuantificacionales? y ¿en qué sentido las fuertes sí son cuantificacionales?

3.6.4.2.2. EL PARALELISMO FUERTE / DÉBIL - CUANTIFICACIONAL / NO CUANTIFICACIONAL

De Hoop decide que el tipo semántico de los argumentos verdaderos es el de cuantificador generalizado $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$.¹³⁰ Como vimos en la subsección previa, una de las razones fundamentales es la percepción de las interpretaciones fuertes como interpretaciones que, en algún sentido por aclarar, son *cuantificacionales*, y de las interpretaciones débiles como interpretaciones que, en un sentido también por aclarar, son *no-cuantificacionales*. Precisamente el objetivo de este párrafo es intentar aclarar en qué sentido específico debe entenderse esto. Para ello recordemos brevemente que una cuantificación exitosa depende de tres componentes, y que *solamente uno de ellos* es el cuantificador. Esto significa por principio de cuentas dos cosas: no basta con tener un cuantificador para hablar de “interpretación cuantificacional”, y que si alguno de los tres elementos no tiene un funcionamiento adecuado, la estructura tripartita¹³¹ no produce tampoco una

¹³⁰ Notemos que la asignación del tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ para las FNs argumentales no compromete irrevocablemente a la visión funcional de los determinantes (como tipos $\langle\langle e, t \rangle, \langle\langle e, t \rangle, t \rangle\rangle$). De Hoop (1995:435) considera ambas perspectivas —relacional y funcional— como equivalentes. De hecho en 3.6.3.2. *supra*, vimos que de Hoop expone la semántica de los determinantes fuertes y débiles en términos relacionales, sin que esto sea un obstáculo para asignar el tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ a las FNs en interpretación fuerte. Asimismo, de Hoop (1996:224, 229) habla indistintamente tanto de interpretaciones “cuantificacionales / no-cuantificacionales” de los determinantes como de interpretaciones “relacionales / no-relacionales” (véase la nota que sigue). Sin embargo, de Hoop (1996:208-209, 211) advierte que la perspectiva relacional de los determinantes es difícil de implementar en ciertas posiciones incrustadas de la oración (en particular la de objeto directo), en la medida de que es difícil establecer de qué modo o en qué orden son seleccionados los argumentos de la relación.

¹³¹ La noción de “estructura tripartita” es introducida por Lewis (1975) en su análisis de la cuantificación adverbial (véase 3.6.4.2.5.1. *infra*). La extensión del análisis tripartito a toda clase de cuantificación es adoptada por de Hoop (1996:208) a partir de Partee (1990) (“Domains of Quantification and Semantic Typology”, en Frances Ingemann (ed.), *Proceedings of the 1990 Mid-America Linguistics Conference*, University of Kansas). El análisis de toda cuantificación como estruc-

“interpretación cuantificacional”. En sentido inverso, una “interpretación no-cuantificacional” no excluye la presencia de un cuantificador. Concretamente, las interpretaciones débiles de los indefinidos suelen llamarse “existenciales” porque se asume que la fórmula correspondiente fue “cerrada” mediante cuantificación existencial (enseguida explicamos con más detenimiento). Pero evidentemente, esto no las convierte en “interpretaciones cuantificacionales”.

Tenemos en (259) la estructura tripartita para cuantificación de primer orden, es decir, para cuantificadores que ligan variables tipo e . El primer componente es el cuantificador propiamente dicho con un índice que señala la variable que se encuentra ligada. El segundo componente es una condición restrictiva sobre el dominio de variación de dicha variable: ‘ x ’ solamente vale por algún elemento de **A**. El último componente es el *alcance nuclear*, es decir, el ámbito en relación al cual se materializa la cuantificación.

- (259) **Esquema tripartito de cuantificación unaria de 1er orden**
 cuantificador _{x} - ($x \mid x \in$ conjunto restrictor **A**) \wedge ($x \in$ conjunto de alcance nuclear **B**)

En la versión de segundo orden, la cuantificación se afirma directamente del conjunto **B** en relación al conjunto **A**. El cuantificador toma directamente como argumentos la restricción y el alcance nuclear.

- (260) **Esquema tripartito de cuantificación binaria de 2do orden**
 cuantificador - primer argumento (conjunto restrictor **A**) - segundo argumento (conjunto de alcance nuclear **B**)

Veamos ahora un ejemplo de interpretación cuantificacional (i.e., fuerte) vs. no-cuantificacional (i.e., débil) para el caso de (259). Para ello empleamos el análisis de las FN indefinidas como variables, introducido en (239) *supra*, repetido aquí como (261) (una exposición más completa nos espera en 3.6.4.2.5.1. *infra*):

- (261) **Las FN indefinidas como variables pronominales restringidas**

tura tripartita parece llevar a que los tratamientos funcional y relacional de los determinantes son globalmente equivalentes. Sin embargo, el tratamiento relacional implica un relajamiento en la composicionalidad semántica puesto que suponen añadir operaciones de composición distintos de la aplicación funcional (cf. Dobrovie-Sorin & Beyssade 2004:14; Heim & Kratzer 1998:149).

- a. *Un hombre viene*
 b. $Un_{\text{introduccion de variable}} \text{ hombre } (x)_{\text{restringido}} \quad x \text{ viene}_{\text{alcance nuclear}}$
 b'. Variable libre x - ($x \mid x \in \text{conjunto restringido } \mathbf{A} \wedge (x \in \text{conjunto de alcance nuclear } \mathbf{B})$)

En términos de (259), (261b) se reescribe como (261b') en tanto que \mathbf{A} = el conjunto de los hombres y \mathbf{B} = el conjunto de las entidades que 'vienen'. El resultado de la interpretación de (261b) es la introducción de una variable que —al menos en principio— se encuentra libre. En (261b') tenemos una estructura tripartita a la que sólo le falta un cuantificador para realizar una interpretación cuantificacional exitosa. Si en el proceso de interpretación en discurso hay algún cuantificador (ausente en el contexto inmediato de 261), es posible que éste ligue la variable que quedó libre en (261), proporcionando a la estructura tripartita el cuantificador que le faltaba. El resultado es una interpretación fuerte o cuantificacional. En este caso se dice que el indefinido —incapaz de alcanzar una interpretación fuerte por sí mismo— hereda su fuerza cuantificacional del contexto mediante algún operador que liga su variable 'desde fuera'. Si en el proceso interpretativo no aparece ningún operador capaz de ligar la variable del indefinido, se estipula la introducción, como último recurso, de un cuantificador existencial para cerrar la fórmula, es decir, para no dejar ninguna variable libre, lo cual equivaldría a dejar un lugar de argumento sin saturar y a dejar la fórmula incompleta. A esto se le llama "cierre existencial".¹³² En este caso, se obtiene una lectura débil no-cuantificacional (el operador existencial introducido en el alcance nuclear no convierte la estructura tripartita en una estructura cuantificacional exitosa —puesto que no tiene alcance sobre toda ella—, solamente la cierra). Esto lo encontraremos en la tabla 23 *infra* (página 472) como el análisis propuesto en DRT: del lado izquierdo (interpretación fuerte) como variable-*e* ligada (i.e., cuantificación existosa), y del lado derecho (interpretación débil) como variable-*e* libre con cierre existencial (i.e., cuantificación fallida; la fórmula se clausura mediante el operador \exists). Obsérvese que el indefinido *un* en

¹³² Un término *cerrado* es un término que no contiene ocurrencias de variables. Así, se habla de *cierre existencial* en una fórmula como $\exists xPx$ porque el operador \exists convierte el término en un término cerrado (sin ocurrencia de variables) por sustitución: $\exists xPx \equiv Pa \wedge Pb \wedge Pc \wedge Pd \wedge Pe \wedge \dots$ etc. Lo mismo sucede con el operador \forall , que convierte una fórmula $\forall xPx$ en un término cerrado (sin ocurrencia de variables) por sustitución: $\forall xPx = Pa \vee Pb \vee Pc \vee Pd \vee Pe \vee \dots$ etc. (cf. Vernant 2001:163, 166).

(261) podría llevar a confusión en la medida de que expresa un número. Sin embargo, funciona más bien como adjetivo que como cuantificador. Nuevamente, esto lo reencontramos en la tabla 23: del lado izquierdo suele aparecer el calificativo *cuantificacional* y del lado derecho los calificativos *adjetivales-existenciales*.

Veamos ahora qué sucede con la versión de segundo orden (260). El esquema típico de cuantificación es uno en que los argumentos **A** y **B** entran en relación asimétrica: **A** pone las condiciones presupuestas con respecto a lo que el cuantificador expresa de **A** y **B**. Es decir, la relación cuantitativa entre **A** y **B** se “recarga” en **A**, y solamente la parte de **B** que se empalme con **A** es relevante. Como vimos, esto se denomina la propiedad de *conservatividad* (223). Esto hace que los dos componentes ‘restringidor’ y ‘ámbito nuclear’ sean claramente distinguibles y que, por tanto, la estructura tripartita funcione de manera idónea como una *proporción* del restringidor (**A**) a la parte relevante del ámbito nuclear ($\mathbf{A} \cap \mathbf{B}$).

En contraste, los cuantificadores intersectivos (228) o simétricos (229) expresan una relación tal que el conjunto restringidor **A** no tiene, de facto, ningún efecto restringidor asimétrico con respecto a **B**: ambos se restringen mutuamente y ambos son el ámbito nuclear del otro. En tales condiciones, la estructura tripartita ya no es idónea porque los componentes de restringidor y ámbito nuclear son indistinguibles entre sí. El resultado es que dicha estructura ya no funciona como una *proporción* del restringidor al ámbito nuclear (Keenan 1996:59; Corblin 2002:195). Todo se reduce a la expresión de la cardinalidad de ($\mathbf{A} \cap \mathbf{B}$), que es, a la vez, el restringidor y el ámbito nuclear. En tanto que la estructura tripartita ha quedado reducida a una estructura bipartita como (262),

(262) **Estructura tripartita ‘reducida’ a bipartita**
 cuantificador - un único conjunto ($\mathbf{A} \cap \mathbf{B}$)¹³³

¹³³ Más adelante (3.6.4.2.5.1. y nota 147 p. 493) veremos que Lewis (1975), quien propone el análisis tripartito, considera una reducción a estructura “bipartita” pero que conserva todas las propiedades de la versión tripartita. La reducción que Lewis considera sólo es aplicable a adverbios de tipo *siempre*, y consiste en fusionar el restringidor y el ámbito nuclear en un condicional factual. La relación entre conjuntos sería, en tal caso, la siguiente: $\mathbf{B} \supset \mathbf{A}$, **A** está incluido en **B** (en ella podemos apreciar que la asimetría restringidor/ámbito nuclear sigue vigente), y por tanto $x \in \mathbf{A} \rightarrow x \in \mathbf{B}$. (Nótese que el doble uso de los símbolos ‘ \supset ’ y ‘ \subset ’ como símbolos de la implicación en lógica proposicional y de la inclusión en teoría de conjuntos, puede llevarnos a confusión. Supongamos que *p* es un predicado cuya extensión es el conjunto P y *q* es otro predicado cuya extensión es Q. En tal caso tenemos que si

la presencia de un cuantificador ya no es suficiente para hablar de una verdadera interpretación cuantificacional y, en este sentido, estas interpretaciones serían no-cuantificacionales (cf. de Hoop, 1996:228) y los determinantes cardinales pueden considerarse “formas *debilitadas* de la cuantificación” (Corblin 2001:103; 2002:195-196, cursivas mías). Dicho cuantificador puede pasar a entenderse como un mero adjetivo sobre la cardinalidad de un conjunto; la interpretación es en este sentido *cardinal*. Nuevamente, estos términos los encontramos en la tabla 23 *infra* (página 472): proporcional a la izquierda y cardinal a la derecha (véase también (227), p. 419).¹³⁴

Espero haber logrado aclarar en qué sentido específico las interpretaciones fuertes son “cuantificacionales” y en qué sentido las lecturas débiles son “no-cuantificacionales”, independientemente de la presencia de cuantificadores a ambos lados de la oposición:

(263) **Asociación entre cuantificación y fuerza de la interpretación**

a. **Cuantificacional:** lectura fuerte en el sentido de que tienen un restrictor de efecto pleno con el consecuente resultado de *proporcionalidad y asimetría*

b. **No-cuantificacional:** lectura débil en el sentido de que no tienen una estructura tripartita completa (indefinidos estilo DRT), o bien se presenta el caso especial en que el restrictor de la estructura tripartita no tiene ningún efecto o poder real sobre el alcance nuclear, con el consiguiente resultado de *intersectividad y simetría*, de manera que el cuantificador no logra la prototípica interpretación cuantificacional (la estructura tripartita se vuelve equivalente a una bipartita)

$P \subset Q$, entonces $\forall x(px \supset qx)$, es decir, el símbolo ‘ \subset ’ de inclusión y el símbolo ‘ \supset ’ de implicación van en sentido inverso, no se corresponden. Cuando X e Y remiten a proposiciones ‘ $X \supset Y$ ’ significa que X implica a Y , pero si X e Y nombran conjuntos, entonces ‘ $X \supset Y$ ’ significa que la pertenencia a Y implica la pertenencia a X —se invierte el sentido de la implicación—).

¹³⁴ La caracterización de las FNs fuertes como “cuantificacionales” y las FNs débiles como “cardinales” proviene de Milsark (1977 *apud* de Hoop 1995:422, 1996:176, 219). De ahí de Hoop extiende la oposición a las interpretaciones mismas (fuertes *vs.* débiles). Esta extensión ya está implícita en Milsark, que clasifica a las FNs con determinante débil como “fuertes” cuando se comportan del mismo modo que las FN fuertes, es decir, de modo incompatible con contextos existenciales (de Hoop 1996:179).

A partir de aquí podemos pasar a comentar la tabla 23 *infra*, donde resumo parte del trabajo de de Hoop (1996). En esta tabla puede visualizarse el cruce que de Hoop estipula con respecto a la interpretación de una FN: horizontalmente y de arriba-abajo tenemos la clase de determinantes (débil arriba, fuerte abajo). Verticalmente, y de derecha a izquierda, tenemos las asignaciones de Caso débil y de Caso fuerte, respectivamente, junto con sus efectos semánticos impuestos sobre las propiedades inherentes de la frase determinada (de Hoop 1995:440-441, 446; 1996:144). Este cruzamiento refleja el intento de utilizar la sintaxis (en términos de Caso abstracto) para reordenar el aparente caos interpretativo de las frases nominales.

3.6.4.2.3. LA SINTAXIS COMO ORDENADORA DEL CAOS INTERPRETATIVO

En el momento en que se admite que las frases nominales, cualquiera que sea su determinación (débil o fuerte), pueden adquirir una *lectura* fuerte o débil debido al contexto oracional-discursivo, la clasificación de FNs en débiles y fuertes se vuelve un tanto caótica. Como mencionábamos antes, la idea central de de Hoop (1995, 1996) es tratar de reencontrar el orden en este caos a partir de la postulación de dos distintos Casos sintácticos/estructurales con repercusiones en la asignación de tipo a una FN. El contexto idóneo para esto es la posición de objeto de cierto grupo de verbos: los denominados “incrementales” en Filip (1999) o de “creación/consumo” en Ramchand (1997). En este contexto particular, los dos tipos de Caso junto con sus efectos semánticos son particularmente transparentes, tal como vimos en 3.5. *supra*. Dos objetos contrastan notoriamente en forma, con claras asociaciones semánticas: interpretación argumental para el objeto y tética para la frase verbal, en un caso; e interpretación no-argumental “como parte del predicado” para el objeto y atética para la frase verbal, en el otro caso.

“[...] parece cierto que los objetos con Caso fuerte funcionan como argumentos reales del predicado, mientras que los objetos que portan caso débil son interpretados más fácilmente como parte del predicado en algún sentido.” (de Hoop 1996:100, véase también de Hoop 1995:441)

Sin embargo, de aquí, y en vista de la transformación de los condicionales (256a/b, p. 457) en bicondicionales, de Hoop asocia la lectura

Tabla 23: Frases nominales y sus interpretaciones (de Hoop 1995, 1996)

Clases de FN,	todas tipo-e en la estructura-P
Clase de determinante	Ejemplificación de la frase nominal DISPARADORES DE INTERPRETACIÓN FUERTE/DÉBIL ^{ES}
∅	Escueta Singular
∅	Escueta Plural (<i>scrambling</i> posible en lectura fuerte)
Objetos Despolarizados	<i>Unicorns are white</i> <i>Unicorns are available</i>
Objetos Polarizados	Indefinido <i>un(a/o)s / ∅</i> <i>Un_i hombre</i> entró. <i>pro_i pidió café</i> <i>Cada (Op^{pl}) gato_k (var^{pl})</i> al que <i>le_k agrada un_i gatito (var^{pl})</i> , <i>lo_i lame</i>
Determinante Débil = interseectivo o simétrico	<i>Siempre (Op^{pl}) que a un_k gato (var^{pl}) le_k agrada un_i gatito (var^{pl})</i> , <i>lo_i lame</i> <i>Un gato (var+∓)</i> está durmiendo en la azotea. Riqueza descriptiva: <i>Una hermana de Jackie que vive en París fue asaltada la víspera.</i> Pobreza descriptiva: <i>Una mujer fue asaltada la víspera.</i>
	Numeral <i>uno, dos, tres</i> <i>Dos chicas</i>
FN CARDINALES	<i>Tres cabezas piensan mejor que una</i> Cuantificador <i>algún(o/a)s / ningún</i> <i>Existen/hay algunos unicornios</i> <i>Algunos (*de los) aviones</i> aparecieron en el horizonte // <i>Algunos (de los) aviones (de los varios que esperamos)</i> aparecieron en el horizonte
	Cuantificador <i>much(os/as), poc(os/as), varios</i> <i>Hay pocos (*de los) estudiantes</i> en esta ciudad Pocos (de los) estudiantes logran pasar al ámbito laboral
Determinante Fuerte = no-interseectivo	Artículo definido: <i>El / la / los / las</i> Cuantificador Indefinido <i>Cada, Todo/a (*todos los)</i> Cuantificador <i>Ambos, todos los</i> nunca son de tipo-e, su tipo en Estructura-P es <<e,t>,t> o bien <e,t>

Clases de Interpretaciones			
Interpretación Fuerte	Token	Interpretación Débil	Type
Asimétrica		Simétrica o Intersectiva	
Caso estructural fuerte		Caso estructural débil	
Predicados a nivel de individuo (<i>Individual-level</i>)		Predicados a nivel de episodio (<i>Stage-level</i>)	
Posición de sujeto, <i>Scrambled position</i>		Oraciones existenciales	
Adverbios de tipo <i>siempre</i>		Posición adjetival, <i>Unscrambled position</i>	
énfasis entonativo en el determinante		Adverbios de tipo <i>ayer</i>	
		énfasis entonativo en el núcleo nominal	
véase 4.6.4.1.5.-4.6.4.1.6. <i>supra</i>		véase 4.6.4.1.5.-4.6.4.1.6. <i>supra</i>	
Genérica (clase específica) causada por un determinante 'Ø' fuerte		Existencial	
		<<e,<e,t>>,<e,t>> - <<e,t>,<e,t>> - e	
Específica-Referencial o Genérica (clase específica)		Cuantificacional-Existencial	
Variable- <i>e</i> ligada en el restrictor en DRT (efecto de <i>alcance amplio</i>)		Variable- <i>e</i> libre con 'cierre existencial' en el ámbito nuclear en DRT (efecto de <i>alcance estrecho</i>)	
Pronombre tipo-E en Heim (1990)			
Riqueza Descriptiva		Pobreza Descriptiva	
<<e,t>,t>		e - <<e,t>,<e,t>>	
Específica <<e,t>,t>		Cardinal-Adjetival-Existencial	
(las 2 chicas)		<<e,<e,t>>,<e,t>> -	
Cuantificacional-Partitiva- Proporcional: (2 de las chicas)		<<e,t>,<e,t>> - e	
Genérica-Colectiva		Cardinal-Adjetival-Existencial	
Cuantificacional-Partitiva Proporcional <<e,t>,t>		<<e,<e,t>>,<e,t>> -	
'algunos, pero no los otros'		<<e,t>,<e,t>> - e	
'Algunos de ellos'		Cardinal-Adjetival-Existencial 'un todo vs. otro todo'	
Cuantificacional-Partitiva-Proporcional 'parte vs. parte de un mismo todo'		e - <<e,<e,t>>,<e,t>> <<e,t>,<e,t>>	
<<e,t>,t>		<<e,<e,t>>,<e,t>>	
Específica-Referencial		<<e,t>,<e,t>> - e	
Genérica (clase específica) <<e,t>,t>		<<e,t>,<e,t>>	
<<e,t>,t>			
		(de Hoop 1996:113)	

argumental/télica con las lecturas fuertes y la no-argumental/atélica con las lecturas débiles. Dado que la fluctuación entre interpretaciones débiles y fuertes excede con mucho la sola posición de objeto de verbos incrementales (para usar el término de Filip 1999), de Hoop extiende la oposición entre Caso débil y fuerte a toda posición-A de todo verbo. Como resultado, la zona objetal es tan sólo el punto de partida y la idea se extiende a la posición de sujeto y a toda clase verbal. A su vez, Ramchand (1997) nota que la oposición Caso fuerte/débil es mucho más abarcadora que el fenómeno de la influencia entre las denotaciones de los objetos directos y la telicidad de los verbos que los toman como complementos:

“La distinción entre caso estructural débil vs. fuerte, donde se encuentra en las lenguas, es mucho más general que la situación de los verbos de creación/consumo en Inglés.” (Ramchand 1997:114)

Pero más aún, puesto que la idea es utilizar esta oposición de dos Casos para explicar —al menos en buena parte de las ocurrencias— cómo es que las interpretaciones fuertes y débiles ya no están sistemáticamente vinculadas a ciertos determinantes específicos, los dos Casos sintácticos no tienen *a priori* ninguna relación directa con los determinantes. En lenguas con un sistema pleno de determinación, esto tiene un efecto convergente y otro divergente con respecto a Lazard (1984b, 1998) y Herslund (2002). El efecto convergente es que, en principio, no tendría por qué ser relevante para la ‘fuerza’ del objeto que el determinante sea fuerte o débil (vagamente, definido o indefinido), tal como sucede en Herslund (2002): lo importante para la ‘fuerza’ del objeto es que esté ‘articulado’ y no qué artículo tiene.

- (264) a. *Invitaron a {la / mi / esa / toda / cada} chica*
 b. *Invitaron a {unas / dos / algunas / muchas} chicas*
 c. **La(s)** *invitaron*

En (264a) tenemos objetos con determinante fuerte y en (264b) con determinante débil, pero (264c), que los pronominaliza a todos ellos, muestra que todos son objetos igualmente plenos. El efecto divergente, en cambio, es que la presencia de un determinante no garantiza la ‘fuerza’ del objeto ni su ausencia garantiza su ‘debilidad’, lo cual entra en directa contraposición con la oposición escueto/articulado de Herslund (2002). En la medida de que los determinantes

están del lado semántico —en de Hoop— más que del sintáctico, la división ‘interpretación fuerte/débil’ no es paralela, sino perpendicular a la división que correspondería a la distinción entre objeto polarizado/despolarizado, que en romance se manifiesta como una oposición objeto escueto / articulado. Esta divergencia, nuevamente, es claramente visible en la tabla 23 *supra*.

3.6.4.2.4. LA DIVERGENCIA EN EL CASO DE OBJETOS DEFINIDOS VS. ESCUETOS

En (265a/b) presentamos un ejemplo de FN escueta ‘fuerte’ y otra de FN definida ‘débil’ tomados de de Hoop (1996).

- (265) a. *Fishes are vertebrates* [frase escueta-sujeto ‘fuerte’]
 b. *To do the laundry* [objeto pleno ‘débil’ no-argumental]

La misma frase escueta que, en posición de sujeto, adquiere interpretación fuerte-genérica (265a), no parece poder adquirir tal interpretación con la misma facilidad en posición de objeto (266a). En español esta imposibilidad se extiende además a posición de sujeto (266b). McNally (1995) presenta argumentos que apuntan, de hecho, a la imposibilidad en cualquier caso de una interpretación fuerte para un plural escueto en español. La misma de Hoop (1996) utiliza este hecho como argumento adicional de que las interpretaciones genéricas son ‘fuertes’:

“Es más bien incontrovertible analizar los genéricos como fuertes, más aún cuando en numerosas lenguas como el francés y el árabe la genericidad de las FNs sólo puede representarse por FNs fuertes [M.P. es decir, con determinante fuerte].” (de Hoop 1996, 49)

Esto contrasta con los ejemplos en inglés en que la interpretación fuerte sí es posible, aunque, aún para los plurales escuetos del inglés, uno de los disparadores para una interpretación fuerte de la frase nominal escueta es precisamente estar en la posición de sujeto, por contraposición a la de objeto.

- (266) a. *John eats fishes* [frase escueta-objeto “débil”]
 b. **Peces son vertebrados* [frase escueta-sujeto]

La convergencia de la distinción ‘lazardiana’ de objetos con la hipótesis de de Hoop en el sentido de la relación entre atelicidad y frase nominal interpretada ‘como parte del predicado’ (en su interpretación débil) predice —en la tabla 23— que arriba de la línea gruesa que distingue objetos polarizados (abajo) de despolarizados (arriba), las interpretaciones ‘fuertes’ de una frase nominal son muy difíciles de obtener.

“El hecho de que los plurales escuetos y nombres de masa tengan dificultad en ocupar la posición de objeto de verbos de actividad télica, habría de indicar entonces que tales objetos no pueden ser fuertes. (En nota: [...] se ha argumentado que los plurales escuetos pueden tener lectura fuerte, a saber una lectura genérica, pero siguiendo la línea del argumento, tendríamos que decir que esta lectura no está disponible en la posición de objeto de verbos de actividad télica.) (de Hoop 1996:100).¹³⁵

De hecho, al ver en la tabla 23 *supra* la fila de “disparadores de interpretación fuerte/débil”, buena parte de los disparadores de ‘lectura fuerte’ están inherentemente excluidos de la posición de ‘pseudo-objeto’:

(267) **Exclusión de los disparadores de lectura fuerte para FN escuetas en posición de objeto**

- a. Estar en la posición de sujeto gramatical, por razones obvias, queda excluido.
- b. Por tanto, adicionalmente, la frase nominal no puede ser sujeto lógico de un predicado a nivel de individuo (*individual-level predicate*)¹³⁶, salvo mediante predicación secundaria o bien subcategorización de cláusula mínima en posición de objeto, pero parece que éstas son menos factibles con objetos despolarizados (escuetos) que con los polarizados (articulados)

¹³⁵ “Verbo de actividad télica” debe entenderse aquí como equivalente del término “verbo incremental” de Filip (1999) —un verbo que todavía no es ni télico ni atélico— más que como “núcleo de frase verbal télica”.

¹³⁶ Y los adverbios *siempre* / *ayer* actúan como desambiguadores de las lecturas de un mismo predicado como *individual-level* / *stage-level* respectivamente. Si los objetos escuetos no logran ser sujetos de dichos predicados, los adverbios tampoco tienen efecto en ellos.

- c. De Hoop (1995:439; 1996:178) propone que la entonación sobre el núcleo nominal favorece la lectura débil y la entonación enfatizada sobre el determinante favorece la lectura fuerte. Pero en este caso, dicho énfasis entonativo sobre el determinante queda —evidentemente— excluido puesto que primero habría que tener determinante¹³⁷
- d. El factor restante de ‘*scrambling*’ es más bien típico de los objetos polarizados y muy marcado para objetos despolarizados; de hecho, de Hoop advierte que los objetos con Caso débil pueden topicalizarse aunque no pueden sufrir *scrambling*.¹³⁸

De Hoop (1996) no pone especial atención a la diferencia entre escuetos singulares y plurales, aunque de hecho se enfoca más a estos últimos, razón por la cual dejamos vacío el renglón correspondiente a escuetos singulares en la tabla 23 *supra* y remitimos a lo examinado en Partee (1986) y Doetjes (2001), 3.6.4.1.5./6. *supra*. En todo caso, (267) parece vigente para cualquiera de ambas variedades de objetos escuetos, singulares o plurales. De cualquier manera, el uso de escuetos singulares de núcleo contable es notoriamente más restringido, y los escuetos singulares de masa tienen mucho en común con los escuetos plurales (Dobrovie-Sorin & Laca 2003:236 nota 4). En la fila de escuetos plurales (véase tabla 23) tenemos ejemplos ingleses para ilustrar que los predicados a nivel de individuo disparan lectura genérica-fuerte (escueto en negritas) y los predicados a nivel de episodio disparan lectura existencial-débil (escueto subrayado).¹³⁹ Esto muestra de pasada que, aunque en general para las FNs de determinante débil (i.e. indefinidas y cardinales) y escuetas, la posición sintáctica de sujeto es más favorable a lecturas fuertes y la posición de objeto favorece las lecturas débiles, no se trata de un

¹³⁷ De hecho, este factor “entonativo” es propuesto — a partir de Milsark (1977)—, específicamente para las FNs con determinante cardinal, más que para las FNs en general, pero McCawley (1993:586, nota 10) y Corblin (2002:187) también lo aplican a los indefinidos *some* y *certain*s, respectivamente.

¹³⁸ Habría que ver en este caso si no tenemos más bien una ausencia total de pseudo-objeto más un elemento escueto ‘dislocado a la izquierda’, no en el sentido de ser resultado de un movimiento sino en el sentido lazardiano de encontrarse *hors syntaxe*.

¹³⁹ Para mayor claridad, en la tabla 23 *supra* subrayamos en la sección de ejemplos a las FN con interpretación débil y ponemos en negritas a las FNs con interpretación fuerte.

absoluto. Para la posición de sujeto el tipo de predicado a nivel de episodio, o un adverbio como *ayer*, revierte la preferencia hacia una lectura débil (y el predicado a nivel de individuo o un adverbio como *siempre* la mantiene).

(268) **La preferencia sujeto-fuerte reforzada o anulada mediante tipos de predicado y/o adverbios** (de Hoop 1996)

- | | | |
|-----|---|---------------------|
| a. | <i>Unicorns are white</i> / <i>Fishes are vertebrates</i> | [genérica-fuerte] |
| b. | <i>Unicorns are available</i> | [existencial-débil] |
| a'. | <i>Unicorns are always available</i> | [genérica-fuerte] |
| b'. | <i>Unicorns were white yesterday</i> | [existencial-débil] |
| c. | <i>A unicorn is white</i> / <i>Un unicornio es blanco</i> | [genérica-fuerte] |
| c'. | <i>A unicorn was eating grass</i> / <i>Un unicornio estaba comiendo pasto</i> | [existencial-débil] |

La lectura fuerte preferida por la posición de sujeto se mantiene en (268a) gracias al predicado a nivel de individuo. En (268a'), en cambio, se mantiene gracias al adverbio *always* que fuerza la reinterpretación estándar a nivel de episodio de *available* a casi una propiedad inherente del género *unicorns*. La lectura existencial-débil se impone, en cambio, en (268b/b'), gracias al predicado a nivel de episodio en el primer caso y gracias al adverbio *yesterday* en el segundo. En (268c/c') mostramos el mismo fenómeno con los indefinidos (de Hoop 1996:49), que al contrario que los escuetos, también ocurre en español.¹⁴⁰ Nótese que en estos ejemplos los predicados a nivel de episodio parecen imponerse por sobre la preferencia de la posición de sujeto hacia lecturas fuertes, pero en cambio, los adverbios *always* / *yesterday* parecen imponerse a su vez sobre los predicados a nivel de episodio e individuo (268a'/b'). El que las posiciones adjetivales favorecen la lectura débil es algo que ya debió quedar claro en (241a) y (242) *supra*. En el caso de la posición de objeto, acabamos de señalar que la preferencia no puede revertirse para los

¹⁴⁰ Los nominales escuetos pueden llegar a ocupar la posición de sujeto en español, pero siempre en posición posverbal y en interpretación débil-existencial (Dobrovie-Sorin & Laca 2003:236): *En la calle jugaban niños* / ??*Niños jugaban en la calle*. Sin embargo, los sujetos escuetos modificados con relativa pueden aparecer en posición preverbal e inclusive con interpretación genérica: *perro que ladra no muerde*, *obrero que arme alboroto será despedido*.

escuetos, pero sí para los indefinidos y cardinales, como se verá en la sección que sigue.

El ejemplo (265b) *supra* es algo peculiar en el sentido de que la oración tiende a ser fraseológica, de modo que esta frase nominal con determinante fuerte —pero lectura “débil” como “parte del predicado”— deberá considerarse aparte de los ejemplos de frases verbales de creación y consumo con objeto escueto y lectura atélica (esto lo reservamos para la sección que sigue). Muy a pesar del comentario de Ramchand (1997:85) en el sentido de que “las frases nominales fuertes pueden presentar lecturas débiles”, en realidad éstas son muy difíciles de obtener para FNs con determinante en posiciones de objeto estándar,¹⁴¹ especialmente si esto significa “ser parte del predicado”. Nótese que la propia de Hoop (1996:113, cursivas mías) no habla en términos muy contundentes con respecto a esta posibilidad: “Sin embargo, es *imaginable* que ciertas FNs fuertes o definidas pueden de hecho adquirir lectura débil también”. Esta dudosa posibilidad contrasta con las frases nominales ‘débiles’ (i.e., con determinante débil o escuetas) cuyo rasgo característico parece ser precisamente la de presentar una persistente ambigüedad entre interpretaciones fuertes y débiles (peculiaridad de la que carecen las FNs “fuertes”). Ya señalamos que los factores que levantan la lectura fuerte están casi totalmente enfocadas a posición de sujeto y la posición de sujeto es muy restringida para los escuetos del español (si pueden ocuparla debe ser en posición posverbal e interpretación débil), de modo que esta peculiaridad —la constante ambigüedad entre lecturas fuertes y débiles— también se encuentra ausente en los nominales escuetos del español:

“La ausencia de ambigüedades de alcance que caracteriza a los plurales escuetos parece acercarlos a las expresiones referenciales (las descripciones definidas y, en particular, los nombres propios), y podría interpretarse como indicio de su estatus como nombres propios de especies (Carlson 1977, Chierchia 1998b). Sin embargo, la semejanza solamente concierne a la ausencia de variabilidad en el alcance, no al tipo de alcance: el de los nombres escuetos es siempre el más estrecho posible mientras que el de los nombres propios es siempre el más abarcador posible.” (Dobrovie-Sorin & Laca 2003:241)

¹⁴¹ Es decir, la posición de objeto de un verbo con contenido semántico y papeles temáticos más o menos “ricos”. Posiciones “no-estándar” en este sentido serían las de verbos copulativos, verbos-comodín (*do* en inglés, *hacer* en español) y/o verbos ligeros o de apoyo (cf. Cano Aguilar 1987:48, 56, 96-98, 104-105).

Para respaldar el deslinde de los plurales escuetos con respecto al resto de frases nominales débiles (los indefinidos), Dobrovie-Sorin y Laca muestran los siguientes contrastes.

- (269) **Contrariamente a los indefinidos, los plurales escuetos no son ambiguos y siempre son débiles (Dobrovie-Sorin & Laca 2003:239-244; McNally 1995:2)**

Actitudes proposicionales: presencia vs. ausencia de distintas lecturas e imposibilidad de escapar al contexto modal

- a. *María piensa que Pedro robó **un libro*** [lectura específica *de re* vs. lectura débil *de dicto*]
- b. *María piensa que Pedro robó **libros*** [solamente lectura débil *de dicto*]

Indicativo vs. subjuntivo en la relativa en contexto modal

- c. *María quiere leer **un libro** que describe / describa la conquista de México*
- d. *María quiere leer **libros** que ?? describen / describan la conquista de México*

Presencia vs. ausencia de distintas lecturas en presencia de una expresión cuantificacional

- e. *Todos los profesores nos recomendaron **un libro*** [específica vs. débil]
- f. *Todos los profesores nos recomendaron **libros*** [solamente lectura débil]

Presencia vs. ausencia de contradicción en la conjunción con la negación

- g. *Llegó **una carta** y no llegó **una carta*** [no hay contradicción]
- h. *Llegaron **cartas** y no llegaron **cartas*** [contradicción]

Los escuetos no pueden legitimar expresiones anafóricas del tipo *otros*

- i. *Juan recomendó **unos libros** y María recomendó (los) **otros***

j. **Juan recomendó **libros** y María recomendó (los) otros*

Cuando logran legitimar una anáfora, la relación no es coreferencial

k. *Juan quema **unos libros** y María los escribe*

l. *Juan quema **libros** y María los escribe*

Incluso en posición de sujeto posverbal, los escuetos del español no toleran la lectura genérica (contrariamente al inglés)

m. ***Tigers** are becoming extinct in India*

n. *En la India se están extinguiendo **los tigres** / ***tigres***

o. *A Juan le gustan **los gatos** / ***gatos***

p. *En la calle jugaban **niños***

En el contexto de un verbo de actitud proposicional epistémica, como *pensar*, tenemos que el indefinido (269a) permite tanto la lectura ‘opaca’ (lectura débil *de dicto*: la aseveración de existencia de *un libro* queda confinada al universo epistémico del sujeto de la actitud proposicional, es decir, María) como la lectura ‘transparente’. Ésta última consiste en la lectura fuerte *de re* en la que *un libro* remite a un objeto específico cuya existencia no se hace depender de lo que María piense. En cambio, el plural escueto (269b) únicamente permite la lectura opaca débil.

El plural escueto, en contexto modal, exige a su relativa el subjuntivo (269d), contrariamente a una expresión indefinida que permite también el indicativo. Este confinamiento al subjuntivo señala una dependencia de la expresión escueta modificada con relativo con respecto al contexto modal, del que aparentemente no logra escapar (Dobrovie-Sorin & Laca 2003:239).

En (269e) observamos que la expresión indefinida crea al menos dos lecturas: una específica en que el indefinido “escapa” al alcance del cuantificador *todos* y cada profesor recomienda un mismo libro (si la expresión está en plural: el mismo conjunto de libros) y otra lectura no-específica (débil) en la que el indefinido cae bajo el alcance de *todos* y cada profesor está recomendando un(os) libro(s) diferente(s). El plural escueto en (269f) solamente permite esta última lectura ‘débil’ bajo alcance del cuantificador.

La imposibilidad del escueto plural de escapar a la negación (269h) levanta una lectura contradictoria, en tanto que el indefini-

do del segundo miembro de (269g) logra escapar a la negación y se obtiene un enunciado extraño, pero no contradictorio.

Los plurales escuetos tampoco logran legitimar las anáforas que el indefinido legitima (269i/j), y cuando logran hacerlo no establecen una relación de correferencia (294k/l). Obsérvese que la relación de correferencia en (269k) levanta una interpretación extraña del enunciado: María escribe unos libros que, por lo que entendemos, Juan acaba de quemar. Esta interpretación un tanto extraña desaparece en (269l) confirmando que la relación no es de correferencia. Los libros que Juan quema no tienen ninguna relación con los que María escribe.

Por último, los plurales escuetos pueden ser sujetos en posición posverbal, pero en tal caso no toleran ser sujetos de predicados verbales que disparen lecturas genéricas (contrariamente al inglés (269m)), tales como los predicados ‘de especie’ (269n) o los predicados ‘permanentes’ como *gustar* (269o), sino que solamente permiten predicados episódicos compatibles con la lectura débil-existencial (269p). Esto excluye extender el análisis de Carlson a los escuetos del español (cf. (240) en la sección 3.6.4.1.5. *supra* y el comentario al ejemplo 232d, página 422), en que éstos serían nombres propios de especies (Dobrovie-Sorin & Laca 2003:245-246).

Por tanto, a pesar de la aparente divergencia inicial —y si separamos el caso (265b) aparte— parece que la asociación de interpretaciones fuertes y débiles para FNs con determinante fuerte y sin determinante, en posición de objeto, se acomodan a la oposición escueto/articulado de Herslund (2002). El problema aquí vuelven a ser los indefinidos o, de manera más general, las frases con determinante débil (excluidos los escuetos). Decimos que “vuelven” a ser un problema porque el mismo dilema ya se nos había presentado en Lazard (1984b, 1998) —véase la tabla 18 p. 345—: ¿son los objetos indefinidos “fuertes” o “débiles”? Veamos primero el problema global de los indefinidos.

3.6.4.2.5. EL PROBLEMA DE LOS INDEFINIDOS

Lazard (1984b) clasifica los objetos con FN indefinida como objetos coalescentes o despolarizados (aunque lo hace más patentemente en lenguas que no tienen artículo indefinido, es decir, cuyos objetos “indefinidos” son escuetos al igual que los de “masa”). El dilema es éste: si la oposición relevante para la polarización de objeto es, en

español, entre presencia o ausencia de un determinante (sea éste débil o fuerte), entonces los indefinidos son objetos “fuertes” (o ‘polarizados’ en términos de Lazard). Pero si lo relevante es que sólo las FNs con determinante fuerte pueden ser objetos “fuertes” o “polarizados”, los indefinidos se juntan con los objetos “de masa”. Los indefinidos inespecíficos, por ejemplo, suelen resistirse a las pruebas de pasivización y pronominalización. En términos de interpretación, los indefinidos en posición de objeto suelen tomarse unas veces como argumentales y otras veces como predicativos. ¿qué hacer con ellos?

Antes de intentar respuesta alguna, revisemos con mayor detenimiento las lecturas fuertes y débiles de los indefinidos y cardinales en la tabla 23 (p. 472). El primer ejemplo en dicha tabla es una variante de la prueba de las anáforas discursivas (Partee 1986) que expusimos anteriormente. Ésta solamente es válida para los indefinidos con interpretación fuerte: repetimos aquí (237) como (270)

- (270) **La prueba de las anáforas discursivas** (Partee 1986:117, 119)
- a. El tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ no las legitima
 {*Todo / ningún / más de un*} *hombre entró*. *{*Él / pro*} *se veía cansado*
 - b. El tipo e las legitima
 {*Juan / el hombre / un hombre*,} *entró*. {*Él_i / pro_i*} *se veía cansado*

Solamente la lectura fuerte (referencial-específica) de *un hombre* es capaz de ligar el pronombre, tácito o explícito, de la oración que le sigue. La prueba anafórica de Partee (1986) para diferenciar tipos $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ de tipos e entra en directa confrontación con la hipótesis de de Hoop (1996), a saber, que la lectura fuerte del indefinido en (270b) es fuerte precisamente por ser de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ mientras que la correspondiente lectura débil podría ser $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$ o e . Si aceptamos esta hipótesis, la prueba en (270) ya no es válida: las expresiones en (270)a y b son todas de tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ pero las primeras no ligan los pronombres por motivos distintos que su tipo semántico.¹⁴²

¹⁴² Recuérdese que Partee (1986) nos advirtió que esta prueba era sólida únicamente de la medida de que la traducción de los indefinidos como tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ no es representable como filtro —al contrario de los nombres propios y definidos— (traducción (1) estándar en la tabla 21 p. 436). Pero ella misma propone a partir de Zeevat (1984) una traducción alternativa ((1)’ en la misma tabla 21) que permi-

Este tipo de relación anafórica entre indefinidos (en lectura fuerte) y pronombres ha sido particularmente estudiada en las construcciones conocidas como condicionales factuales, tales como (271a).

- (271) **Indefinidos en las condicionales factuales y la relación anafórica con el consecuente**
- Si un_k estudiante encuentra un_i libro, pro_k lo_i hojea*
 - {Cada / Todo} estudiante_k que encuentra un_i libro, lo_i hojea*
 - Siempre que un_k estudiante encuentra un_i libro, pro_k lo_i hojea*

Los condicionales factuales como (271a) pueden reescribirse con adverbios de cuantificación como *a cada vez que*, *cuando*, *en general*, *siempre que* etc. (271c) o bien reemplazando el primer indefinido por un cuantificador universal (distributivo) —(271b)—. Los ejemplos del tipo (271a) son conocidos como *donkey sentences* (“oraciones burro”) debido al célebre ejemplo de Geach (1962 *apud* Partee 1997:312; Heim & Kratzer 1998:295): *if a man owns a donkey, he beats it* (si un hombre tiene un burro, le pega)

Las propuestas parten de que la traducción estándar a lógica de predicados y el principio de composicionalidad no logran dar cuenta de la interpretación de estructuras como (271a). Predicen lecturas que no se dan y tampoco logran ofrecer todas las lecturas que de hecho se dan. En una traducción estándar tenemos correspondencias como (272): los indefinidos se traducen como cuantificadores existenciales, los pronombres como ocurrencias de variables libres y “si hay un ligamiento interpretativo (anáfora) entre un indefinido y un pronombre, el único medio que ofrece la lógica de primer orden es el ligamiento de la variable que corresponde al pronombre por el cuantificador que corresponde al indefinido” (Corblin 2002:90).

- (272) **Traducción estándar a lógica de predicados (Corblin 2002:91)**

<i>un N</i>	<i>todo N</i>	pronombre	anáfora
↓	↓	↓	↓
∃x	∀x	x (libre)	ligamiento

te homologar la traducción tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$ del indefinido a la de los nombres propios y los definidos. La prueba (270) no es entonces un verdadero obstáculo —por sí solo— a la hipótesis de de Hoop (1996), véase también la nota 112, p. 437 *supra*.

Como bien señala Corblin, esto satisface una composicionalidad estricta en que cada expresión es remitida a un elemento en el lenguaje de traducción, y la relación original (anafórica) se corresponde a una única relación en el lenguaje de traducción: la relación de ligamiento operador-variable. El problema es que (272) no nos proporciona los medios para representar las interpretaciones de (271a).

(273) **Traducciones tentativas para (271a) (Corblin 2002:91-92)**

Si un_k estudiante encuentra un_i libro, pro_k lo_i hojea

- a. Formalización del significado intuitivamente asociado a (271a)

$\forall x \forall y$ [[estudiante x \wedge libro y \wedge encuentra x, y] \rightarrow hojea x, y]

- b. Traducción composicional de (271a) mediante (272)

$\exists x$ [estudiante x \wedge $\exists y$ [libro y \wedge encuentra x, y]] \rightarrow hojea x, y

- c. Extensión del alcance para reflejar el ligamiento anafórico

$\exists x \exists y$ [[estudiante x \wedge libro y \wedge encuentra x, y] \rightarrow hojea x, y]

- d. Sustitución de cuantificadores existenciales por universales, para reintroducir la interpretación universal (= 273a)

$\forall x \forall y$ [[estudiante x \wedge libro y \wedge encuentra x, y] \rightarrow hojea x, y]

- e. Solución de Lewis (adaptado de Ruys 1992:64)

$\forall \langle x, y, t \rangle$ [[estudiante (x, t) \wedge libro (y, t) \wedge encuentra (x, y, t)] \rightarrow hojea (x, y, t)]

Los problemas empiezan desde que la traducción del sentido de (271a) suele describirse como lo que tenemos en (273a): para toda entidad que sea estudiante y para toda entidad que sea libro, si el primero encuentra al segundo, esto implica que el primero hojea al segundo. Pero aplicando el principio de composicionalidad y las correspondencias de (272) no obtenemos tal traducción sino (273b). Pero en esta traducción, las variables x, y en el consecuente se encuentran fuera del alcance de los cuantificadores en el antecedente: están libres, no hay ligamiento, de modo que la relación anafórica entre *un_i libro* y el clítico pronominal *lo_i*, por una parte, y entre *un_k estudiante* y el sujeto pronominal implícito, *pro_k* en (271a) no encuen-

tran traducción (Corblin 2002:91-92). Si intentamos traducir dicha relación anafórica permitiendo que los cuantificadores ligen las variables del consecuente mediante la extensión de su alcance, obtenemos (273c), pero esta traducción tampoco arroja los resultados deseados: toda posibilidad de interpretación universal —parafraseada de dos maneras en (271b/c)— queda bloqueada. La traducción (273c) simplemente asevera que existe al menos un par estudiante/libro que verifica la implicación, sin ninguna generalización del tipo “todo / cada / siempre...”.

“El único medio clásico conocido para obtener una interpretación universal a partir de una cuantificación existencial en una implicación es en efecto restringir el dominio del cuantificador al antecedente de la condicional.” (Corblin 2002:92)

Precisamente lo contrario de lo que necesitábamos para traducir las relaciones anafóricas entre los indefinidos y los pronombres clíticos de objeto y tácitos de sujeto. De cualquier manera, ésta es la estrategia que sigue la única traducción composicional permitida por (272), es decir, (273b), cuando el significado del condicional se corresponde más con (273a).

“El problema de las *donkey sentences* tomado desde este ángulo es muy exactamente el siguiente: no es posible obtener una traducción composicional de una condicional (al traducir el indefinido por el operador existencial) si el consecuente contiene un pronombre que anaforice un indefinido del antecedente.” (Corblin 2002:92)

Para traducir a lógica de predicados se requieren dos manipulaciones arbitrarias. Primero, sustituir los cuantificadores existenciales por universales, o para seguir a Corblin (2002:93), “traducir los indefinidos por cuantificadores universales en tanto que en cualquier otro contexto se traducen como existenciales”. Segundo, extender sus alcances del antecedente a toda la condicional. Con ambas manipulaciones pasamos de (273b) a (273d), es decir, a (273a), la interpretación deseada; una interpretación simétrica o proporcional en la que un libro posiblemente distinto es encontrado y hojeado por cada estudiante. En el caso de (271b) la traducción composicional (274b) se parece más al significado deseado (274a), porque uno de los dos indefinidos es sustituido por una expresión explícitamente universal (*todo / cada...*). Pero aún así nos queda el otro indefinido que debe

nuevamente traducirse arbitrariamente como un cuantificador universal (primera inconsistencia) y además, el dominio subordinado del mismo (en la relativa) debe extenderse máximamente a toda la oración (segunda inconsistencia).

(274) **Traducciones tentativas para (271b) (Corblin 2002:91-92; Ruys 1992:75)**

{Cada / Todo} *estudiante que encuentra un, libro, lo, hojea*

- a. Formalización del significado intuitivamente asociado a (271b) (= significado de (271a)).

$\forall x \forall y [[\text{estudiante } x \wedge \text{libro } y \wedge \text{encuentra } x, y] \rightarrow \text{hojea } x, y]$

- b. Traducción composicional mediante (272)¹⁴³

$\forall x [\text{estudiante } x \wedge \exists y [\text{libro } y \wedge \text{encuentra } x, y]] \rightarrow \text{hojea } x, y]$

- c. Traducción con indefinido ‘referencial’ (existencial de alcance amplio sobre el cuantificador universal y toda la fórmula).

$\exists y \forall x [[\text{estudiante } x \wedge \text{libro } y \wedge \text{encuentra } x, y] \rightarrow \text{hojea } x, y]$

- d. Traducción con indefinido ‘no-referencial’ (existencial de alcance amplio sobre toda la fórmula salvo el cuantificador universal).

$\forall x \exists y [[\text{estudiante } x \wedge \text{libro } y \wedge \text{encuentra } x, y] \rightarrow \text{hojea } x, y]$

Las representaciones (274c/d) tomadas de Ruys, muestran que el intento de eliminar la inconsistencia más grave, conservando la traducción del indefinido como cuantificador existencial y con ligamiento anafórico del consecuente, no da buenos resultados con

¹⁴³ En la traducción de Gutiérrez-Rexach (2003:74), que “respeto la estructura composicional”, y en la traducción (104)a de Ruys (1992:75), el alcance del cuantificador universal está ya extendido a toda la fórmula. Tendríamos algo como $\forall x [[\text{estudiante } x \wedge \exists y [\text{libro } y \wedge \text{encuentra } x, y]] \rightarrow \text{hojea } x, y]$. Aún así seguimos con el problema de sustituir el cuantificador existencial por el universal. La razón por la que Gutiérrez-Rexach considera que esta extensión respeta la estructura composicional podría ser la de que (271b) es una sola cláusula, y por tanto, que no puede decirse que el alcance de ‘ $\forall x$ ’ a toda la fórmula sea una extensión. Contrastando con esto tenemos que la traducción “composicional” de Gutiérrez-Rexach para (271a) es idéntica a (273b), es decir, el alcance del cuantificador no abarca toda la fórmula sino solamente al antecedente. El enunciado en español consta precisamente en este caso de dos cláusulas.

cualquier alcance que se maneje. (274c) es inadecuado porque da lugar a una interpretación asimétrica o no-proporcional: el mismo libro es encontrado y hojeado por cada estudiante; (274d) es inadecuado porque predice erróneamente que la fórmula será verdadera si para cada estudiante hay algún libro que no es encontrado por dicho estudiante (por el principio *ex-falso sequitur quodlibet*), a pesar de que otros libros que sí encuentre no sean hojeados. La tercera posibilidad (274b) no manipula el alcance, pero deja de reflejar el ligamiento anafórico.

Aparentemente, estas manipulaciones arbitrarias (sustitución de existencial por universal y extensión de alcance) deben hacerse aunque no tengamos el problema de traducir una relación anafórica entre el consecuente y el antecedente, de manera que no son necesarias únicamente en virtud de dicha condición. En otras palabras, las manipulaciones no se pueden acotar a ciertos contextos idiosincráticos sino que permean la lengua a un nivel más general y profundo:

(275) **Persistencia del problema en contextos no-anafóricos (Corblin 2002:93)**

{Cada / Todo} *estudiante que encuentra un libro está contento*¹⁴⁴

- a. $\forall x \forall y$ [[estudiante $x \wedge$ libro $y \wedge$ encuentra x, y] \rightarrow está contento x]
- b. $\forall x$ [estudiante $x \wedge \exists y$ [libro $y \wedge$ encuentra x, y]] \rightarrow está contento x

Obsérvese que la posición de sujeto de [x *está contento*] está ocupada por un sujeto explícito (*Todo estudiante que...*). En este caso, no tenemos un *pro* en dicha posición, ni por tanto, relación anafórica entre un sujeto tácito *pro* y un antecedente. El indefinido restante *un libro*, por su parte, no contrae ninguna relación anafórica con algún constituyente del consecuente. No hay ningún problema anafórico y, sin embargo, las mismas manipulaciones deben hacerse de (275b) —la traducción composicional— a (275a) —la formalización correcta para el significado intuitivo de (275)— con un indefinido en la relativa.

¹⁴⁴ Si suponemos que el sujeto tácito se ha desplazado a una posición de tópico y ha dejado una segunda huella en la posición de especificador de flexión (la primera huella estaría en especificador de FV), tenemos una huella [+anafórico, -pronominal] en posición de sujeto. Haré caso omiso de las complicaciones que esto traería para el análisis de (275) y (274).

Esta clase de desajustes dan lugar a un gran debate en torno a cómo traducir los indefinidos y las consecuencias que tenga la decisión tomada, para con el resto de las expresiones.

“Lo que estos ejemplos demuestran, es que en una teoría semántica de las lenguas naturales que procede por traducción en alguna lógica, es imposible conciliar las restricciones que siguen: 1 / el principio de composicionalidad estricta aplicado a la traducción; 2 / el empleo de la lógica de predicados como lenguaje de traducción.” (Corblin 2002:93-94)

Y como señala el autor: siempre podemos proponer excepciones a las reglas de traducción para acomodar ambas restricciones, pero entonces se pierde mucho del interés explicativo de la teoría.

“La fuerza de los argumentos fundados en las *donkey sentences* es precisamente que «pasamos», para la misma forma, de una traducción del indefinido como cuantificador existencial a su traducción como cuantificador universal. Pero, la distinción de estos dos cuantificadores es realmente una piedra angular de la lógica clásica; cómo es posible que la lengua natural tenga un comportamiento tan errático sobre este punto ?” (Corblin 2002:94)

Todo apunta a que lo que debe modificarse o reemplazarse no es, por supuesto, la lengua natural, sino su representación en términos de lógica de predicados de primer orden. Esta gran sacudida es lo que convierte a los indefinidos en el quebradero de cabeza. Una solución para la traducción de los indefinidos es que éstos se traduzcan como simples variables libres y que, dependiendo del contexto, adquieran fuerza cuantificacional de algún operador (ajeno) que los ligue. Si el operador es existencial, se interpretan como existenciales y, si es universal, se interpretan como análogo al cuantificador universal. Para el caso que hemos estado discutiendo, esto daría por resultado (273e). La idea para esta solución proviene del estudio de los adverbios de cuantificación por parte de Lewis (1975).

3.6.4.2.5.1. CUANTIFICACIÓN ASELECTIVA DE VARIABLES LIBRES Y ESTRUCTURAS TRIPARTITAS

En su estudio de esta clase de adverbios, Lewis (1975:3-5) primero considera brevemente la posibilidad de que adverbios como *siempre*,

nunca, a veces, etc., cuantifiquen tiempos o momentos, y luego examina la posibilidad de que cuantifiquen eventos. Con el ejemplo (276a) Lewis argumenta la inviabilidad de la cuantificación sobre tiempos: la oración puede ser verdadera aunque la mayor parte del día los autobuses vengan vacíos; basta con que en la(s) hora(s), así sean pocas, a la(s) que la mayoría de los pasajeros acude —la(s) hora(s) pico— sea difícil encontrar lugar.

- (276) **Los adverbios de cuantificación no cuantifican ni tiempos ni eventos**
- a. *Los pasajeros en la avenida Insurgentes **rara vez** encuentran asientos desocupados* (adaptado de Lewis)
 - b. *Un hombre que tenga un burro **siempre** le pega ahora y antes*
 - c. *Una ecuación cuadrática **nunca** tiene más de dos soluciones*

El ejemplo (276b) se levanta contra la cuantificación sobre eventos puesto que la posesión de un burro es un estado. Y el último ejemplo (276c) ataca ambas posibilidades porque el adverbio de cuantificación se utiliza acerca de entidades abstractas (las ecuaciones cuadráticas), que no tienen ubicación temporal ni tampoco participan en ningún evento (Lewis 1975:4-5). La conclusión de Lewis es que:

“Lo que podemos decir, sin peligro y con plena generalidad, es que nuestros adverbios de cuantificación son cuantificadores sobre casos. Lo que se sostiene siempre, a veces, nunca, habitualmente, a menudo, o rara vez es lo que se sostiene en, respectivamente, todos, algunos, ningún, la mayoría de, muchos, o pocos casos. Pero hemos ganado seguridad diciendo casi nada. ¿Qué es un caso?” (Lewis 1975:5)

Para contestar a la pregunta, Lewis examina qué tienen en común las cuantificaciones de (276a-c) ejemplificando con (277).

- (277) **Los casos son n -tuplos de asignaciones admisibles para las variables libres ligadas (todas) aselectivamente por el adverbio**
- a. ***Algunas veces** sucede que x vende bienes robados a y , quien los vende a z , quien los vuelve a vender a x .*
 - b. ***Siempre**, p divide el producto de m y n sólo si algún factor de p divide m y el cociente de p por ese factor divide n .*

Examinando (277) se observa que todos los elementos involucrados son variables libres.¹⁴⁵ En (277a) el cuantificador *algunas veces* cuantifica sobre las asignaciones conjuntas a x , y , z , tales que cada una satisfaga su respectivo predicado y “*sucede que x ...etc.*” resulta verdadera. En (277b) el adverbio *siempre* cuantifica sobre las asignaciones conjuntas a p , m , n , tales que cada una satisfaga su respectivo predicado y “ *p divide el producto ...etc.*” resulta verdadera. Entonces, con respecto a los “casos”, puede concluirse al menos esto:

“Aquí parece que si estamos cuantificando sobre casos, entonces hemos de tener un caso correspondiente a cada asignación admisible de valores a las variables que ocurren libres en la oración modificada. [...] Nuestros adverbios son cuantificadores sobre casos; un caso puede verse como el ‘tuplo de sus participantes; y estos participantes son valores de las variables que ocurren libres en la oración abierta modificada por el adverbio. En otras palabras, estamos tomando los casos como las asignaciones admisibles de valores a esas variables.” (Lewis 1975:6-7)

Este tipo de cuantificación es tal que no liga una sola variable sino que liga toda y cualquier variable libre en el contexto pertinente (su alcance). A esto es lo que se denomina “cuantificación aselelectiva”.¹⁴⁶ Lewis (1975:9-10) observa que a menudo —dadas las características aselelectivas del cuantificador— una modificación adverbial de esta clase suele acompañarse de una cláusula cuyo objetivo es restringir el carácter indiscriminado de dicho cuantificador. Así, (276b) se reescribe del siguiente modo:

¹⁴⁵ Lewis (1975:8) propone como posibilidad que alguna de estas variables corresponda a una entidad temporal o eventiva, en cuyo caso la cuantificación sobre tiempos y eventos descartada en (276) resurge como casos particulares en que la única variable libre es la temporal o la eventiva, respectivamente.

¹⁴⁶ Lewis (1975:8) advierte que un adverbio puede resultar indirectamente selectivo si, por ejemplo, alguna de las variables es libre en su ámbito pero ligada por un cuantificador selectivo de mayor alcance en un contexto más amplio. En tal caso, dicha variable no es ligada aselelectivamente por el adverbio aunque en su ámbito aparezca “libre”. Dicho de otro modo, los cuantificadores aselelectivos pueden encontrarse en el dominio de un cuantificador selectivo superior que “saca” o “extrae” las ocurrencias de las variables que liga del campo subordinado del cuantificador aselelectivo. Es decir, “le roba” posibles variables que “secuestra” para su propia acción ligadora. En DRT esto se representa como la introducción de esas variables en la DRS (*Discourse Representation Structure*) o “caja” más incluyente —en la que opera el cuantificador selectivo— en detrimento de la DRS subordinada que representa una condición en la que opera el cuantificador aselelectivo (Corblin 2002:104).

(278) **Restricción del operador aseleactivo**

[Siempre]_{Operador}, [si x es un hombre, si y es un burro, y si x posee a y]_{restricciones}; [x le pega a y ahora y antes]_{ámbito de aplicación / oración adverbialmente modificada}

Lewis asume en (278), además de las variables para individuo x , y y una tercera variable implícita para tiempos, de manera que los casos a evaluar son tripletes de asignaciones. Los casos admisibles para cuantificar son entonces aquéllos que satisfacen las tres condiciones de restricción en (278), es decir, los tripletes que constan de un hombre, un burro y un tiempo tal que en ese tiempo el hombre posee o tiene al burro (Lewis 1975:9). El autor advierte que las tres condiciones pueden verse por separado, calificando entonces a cada variable, o bien, de manera más natural, pueden verse como conjunto que restringe los casos globalmente, en vez de participante por participante. Esto es aún más adecuado en los casos en que tenemos varias variables en una sola condición o una misma variable que aparece en varias de las condiciones (Lewis 1975:10).

En tanto que la cuantificación adverbial califica a n -tuplos de asignaciones en relación a la oración modificada (i.e., el ámbito nuclear), puede decirse que estos cuantificadores aseleactivos toman argumentos complejos (los n -tuplos o casos) de manera que serían cuantificadores poli-ádicos (Corblin 2002:103-104) en contraste a los cuantificadores selectivos usuales, cuyos argumentos son individuos o conjuntos y resultan ser, por tanto, monádicos (= de argumento simple).

Considerando todas las condiciones en conjunto, los ejemplos como (276b) / (278) adquieren la forma de una “construcción de tres partes”: primero el cuantificador adverbial, luego una cláusula introducida por “si...” (la condición restrictora) y por último la cláusula propiamente modificada por el adverbio. La cuantificación aseleactiva de Lewis presenta entonces la forma de una estructura tripartita como (280d) *infra* (p. 495) —término introducido por Lewis y que hemos utilizado en 3.6.4.2.2.*supra*—, con un cuantificador aseleactivo (1), condición restrictora que especifica el dominio de casos (es decir n -tuplos) admisibles para la cuantificación (2) y el dominio cuantificado o alcance nuclear, constituido por una fórmula abierta (3). El Cuantificador asevera que esta fórmula abierta es *siempre*, *a veces*, *nunca*, etc., verificada para los casos admisibles (Corblin 2002:104-105).

Pero Lewis (1975:10-11) observa que la construcción de tres partes, en la que el adverbio *siempre* modifica sólo la última de ellas,

puede considerarse como equivalente a una versión en la que las dos últimas partes se fusionan en una sola: la restricción y la cláusula modificada se fusionan en una estructura condicional.¹⁴⁷ De este modo se propone tratar los casos de (271a) —de formato similar a (278)— como casos de cuantificación no-selectiva.

Para ello se requiere que el indefinido no se traduzca ni como operador existencial ni como universal; el indefinido simplemente introduce una variable libre x y la condición respectiva *estudiante* (x), lo cual elimina el problema de la extensión de alcances: el operador aselectivo liga toda variable libre, incluso en el consecuente. También se elimina la ambivalencia entre la traducción del indefinido como cuantificador existencial o universal, puesto que en cada caso, la fuerza cuantificacional es heredada por el indefinido a través de su ligamiento con el operador correspondiente. Este tratamiento es retomado luego por los iniciadores de la teoría conocida como *Discourse Representation Theory* (cf. de Hoop 1996:19-20).

Lewis (1975:13) no plantea explícitamente que el término indefinido introduzca una variable. Más bien plantea que en las cláusulas restrictivas de forma “*si* α es τ ” en que τ es un indefinido, como en (279a), la variable α se encuentra ya presente y el indefinido simplemente estipula una condición restrictora al respecto (de aquí las “condiciones nominales” de la DRT). El indefinido funciona entonces como un *término restrictor* (terminología de Lewis) sobre una variable libre introducida de manera independiente. Llegados a este punto,

“Podemos entonces suprimir la cláusula-*si* y colocar el término restrictivo τ en aposición a una ocurrencia de la variable α en otra parte de la oración. Esta ocurrencia de α puede encontrarse en la oración modificada, o en otra cláusula-*si* [...]” (Lewis 1975:13)

Aplicado a la primera condición, este procedimiento nos lleva de (279a) a (279b) o bien a (279c)

¹⁴⁷ Pero esta equivalencia depende del adverbio considerado: “[...] si el adverbio es *siempre* obtenemos la equivalencia adecuada interpretándolo [= el condicional “si...”] como el condicional veritativo-funcional $\Psi \supset \Phi$, mientras que si el adverbio es *a veces* o *nunca*, esto no funciona, y debemos interpretarlo en su lugar como la conjunción $\Psi \& \Phi$. En los casos restantes no hay ninguna interpretación natural que funcione.” (Lewis 1975:11). Para el adverbio *always*, Lewis (1975:12) observa, además, que existe un adverbio equivalente que combina las dos oraciones, restrictora y nuclear: el adverbio *whenever*.

- (279) **Los indefinidos como términos restrictores desplazados**
- a. [si x es un hombre, si y es un burro, y si x posee a y]_{restricciones} [x le pega a y ahora y antes]_{ámbito de aplicación / oración adverbialmente modificada}
 - b. [si y es un burro, y si (x) un hombre posee a y]_{restricciones} [x le pega a y ahora y antes]_{ámbito de aplicación / oración adverbialmente modificada}
 - c. [si y es un burro, y si x posee a y]_{restricciones}; [(x) un hombre le pega a y ahora y antes]_{ámbito de aplicación / oración adverbialmente modificada}
 - d. (*Siempre*) si x un hombre posee y un burro, x un hombre le pega a y un burro
 - e. (*Siempre*) si un hombre posee un burro {le pega / el hombre le pega al burro / ese hombre le pega a ese burro / etc.}

El proceso de desplazar a todos los términos restrictores (indefinidos) para todas las condiciones lleva a algo como (279d).¹⁴⁸ Pero más aún,

“En vez de solamente entrar en aposición con una ocurrencia de la variable α , el término restrictor τ puede sustituir enteramente una ocurrencia de α . De aquí todas las demás ocurrencias de α deben reemplazarse también, sea por pronombres de caso y género apropiado o por términos *ese v* o *el v*, donde *v* es el nombre principal en el término τ .” (Lewis 1975:14)

con lo que obtendríamos (279e). Es en este sentido que las frases indefinidas son *términos restrictores desplazados*. Son meras condiciones y no se consideran como cuantificadores existenciales a la manera de las aproximaciones más tradicionales como (272) *supra*. Una vez que los indefinidos sustituyen las ocurrencias de variables, el tratamiento de las condicionales factuales tanto en (271) como en (280) es fácilmente deducible.

¹⁴⁸ Aquí es importante tener en cuenta que para Lewis (1975:11), el “*si*” inicial en (279d) sería parte del adverbio y no los restos de alguna cláusula condicional. En un esquema tripartito con *siempre* tendríamos algo así como [*siempre si...*] [*si x es hombre, si y es burro etc...*] [*x le pega a y*]. El primer *si* es parte del operador.

(280) **Los indefinidos en las condicionales factuales como variables ligadas por operador no-selectivo (Lewis 1975; Corblin 2002:89, 103-105)**

- a. *Condición factual con cuantificador universal implícito*
 $\text{---}(Op^\alpha)$ Si un_k **estudiante** (var^α) encuentra un_i **libro** (var^α),
 pro_k (var^α) lo_i (var^α) *hojea*
- b. *Cuantificación-D sobre individuos*
 $\{Cada / Todo\}$ (Op^α) **estudiante**_k (var^α) que encuentra un_i **libro** (var^α), lo_i (var^α) *hojea*
- c. *Cuantificación-A sobre casos (n-tuplos de asignaciones o individuos)*
Siempre (Op^α) que un_k **estudiante** (var^α) encuentra un_i **libro** (var^α), pro_k (var^α) lo_i (var^α) *hojea*
- d. *Estructura tripartita*
 $[En\ general]_{\text{Cuantificador implícito}} [Si\ un_k\ \text{estudiante}\ (var^\alpha)\ \text{encuentra}\ un_i\ \text{libro}\ (var^\alpha)]_{\text{restringtor}}, [pro_k\ (var^\alpha)\ lo_i\ (var^\alpha)\ \text{hojea}]_{\text{alcance nuclear}}$

En los ejemplos damos entre paréntesis la representación que Lewis (1975 *apud* Corblin 2002) propone para estas estructuras; en cada ocasión el ejemplo contiene un operador no selectivo (señalados como Op^α) que liga cualquier variable que se encuentre libre (señaladas como var^α) en el contexto que sigue. A esto se le conoce como el tratamiento en términos de “cuantificación y/o ligamiento no-selectiva/o” —tratamiento retomado por la DRT— y al operador se le dice *cuantificador o ligador aselectivo* (*unselective binder / unselective quantifier*, de Hoop 1996:20-21). En (280a) el operador está implícito y lo explicitamos en (280d) (cf. Lewis 1975:12-13). Dicho operador liga aselectivamente los indefinidos un_k **estudiante** y un_i **libro** y los pronombres pro_k y lo_i . En (280b) tenemos el mismo fenómeno con un cuantificador-D(eterminante) sobre individuos y una condición restrictora en forma de relativa y en (280c) con un cuantificador-A(dverbial) sobre n -tuplos de asignaciones a variables de individuo, n -tuplos que Lewis denomina “casos”. En este ejemplo el n -tuplo es un par <estudiante, libro> que asocia un estudiante con un libro al cuantificar.¹⁴⁹

¹⁴⁹ O más detalladamente, una terna <estudiante, libro, tiempo > con “t” co-

3.6.4.2.5.2. INTERPRETACIONES EXISTENCIALES-DÉBILES
Y ESPECÍFICAS-FUERTES / GENÉRICAS-FUERTES
SIN OPERADOR ASELECTIVO

Vimos en la sección previa que el dilema de traducir a los indefinidos como operadores existenciales o universales se soluciona independizando su carácter de operador cuantificacional (existencial-débil o universal-fuerte) de los indefinidos mismos. El carácter cuantificacional es un efecto heredado de algún operador aselectivo que liga los indefinidos (entendidos como simples variables libres). De este modo, si surge una interpretación existencial del indefinido se asume que hay en el contexto discursivo un operador aselectivo de sentido existencial que lo liga. Si surge una interpretación fuerte (genérica o referencial-específica) del indefinido se asume igualmente que hay en el contexto discursivo un operador aselectivo de sentido universal que lo liga. Cualquier contexto en que surjan las interpretaciones existenciales, por un lado, o genéricas y específicas, por el otro, y no haya suficientes argumentos para suponer que el operador aselectivo responsable de las mismas esté al menos implícito, da lugar a oraciones-problema. Vimos un ejemplo de interpretación genérica de frases escuetas del inglés en (268a) y otro de frase indefinida (268c) (lo repetimos aquí con el mismo número).

- (268) a. *Unicorns are white / Fishes are vertebrates*
[genérica-fuerte]
c. *A unicorn is white / Un unicornio es blanco*
[genérica-fuerte]

Uno podría considerar que hay un operador aselectivo implícito (*always fishes are vertebrates*), o bien, que un operador de genericidad implícito —Gen_x— se introduce en la forma lógica (cf. de Hoop 1996:49). En DRT el indefinido (incluido el escueto) interpretado débilmente se representa en el alcance nuclear —para respetar la idea de un alcance estrecho—, donde se aplica un “cierre existencial”, como veremos en seguida. El indefinido interpretado genéricamente, en cambio, se representa en la restricción —para respetar la idea de un alcance amplio— donde se asume que es ligado por un

respondiendo al momento del “encontrar”. Acerca de ciertos efectos de simetría / asimetría debidos al contraste entre cuantificación-D y cuantificación-A en las estructuras tripartitas, véase a de Hoop (1996:164-165).

operador genérico implícito (de Hoop 1996:120). Pero también podría argumentarse que la interpretación ya es fuerte y que el operador *always* suena francamente redundante con dicha lectura, más que como disparador de la misma. El operador de genericidad, por su parte, podría verse como un ajuste *ad hoc* de dudosa sustancia lingüística puesto que ni siquiera puede parafrasearse.

Algo similar sucede con ciertas lecturas existenciales. Heim (1982 *apud* de Hoop 1996:20) retoma el análisis de Lewis (1975), pero señala los casos de frases indefinidas que se interpretan existencialmente sin ningún ligamiento aparente por parte de un operador aseselectivo que le transfiera el sentido de cuantificador existencial (281). Ninguno de los indefinidos subrayados parece estar ligado, según Heim.

(281) **El indefinido como variable libre con cierre existencial (DRT)**

- a. *Un gato (var+ \exists) está durmiendo en la azotea.*
- b. *Probablemente, si un gato está agresivo, tiene un gatito (var+ \exists)*

De modo que Heim (1982 *apud* de Hoop 1996) propone un mecanismo denominado *cierre existencial* que se aplica como último recurso. En tanto que ninguna fórmula puede quedar abierta (es decir, con una variable libre o lugar de argumento sin saturar ni ligar), por default, toda fórmula con variables que aún quedaron libres después de que se aplicaron todos los operadores, selectivos y aseselectivos, es automáticamente clausurada con un operador existencial que “cierra” cada hueco de la fórmula (cf. Dowty 1989:88). Este cierre existencial es descrito como un proceso en el que los indefinidos “son proyectados a elementos del universo” discursivo (de Hoop 1996:25). Así se explica que los indefinidos se interpreten existencialmente aún cuando ningún operador los liga. De lo contrario, la alternativa es regresar al tratamiento original (272) que asume a los indefinidos como existenciales por cuenta propia.

Pero si retomamos la traducción tradicional de los determinantes indefinidos como un cuantificador existencial, es decir, como determinantes que denotan la relación entre dos conjuntos **A** y **B** tal que $A \cap B \neq \emptyset$ (de Hoop 1996:18), vuelve a surgir el problema de que

“Si las FNs indefinidas han de ser tomadas por cuantificadores, entonces uno esperaría que se comporten como otros cuantificadores, y que

exhiban las mismas propiedades con respecto al alcance y el ligamiento.” (de Hoop 1996:18)

Pero éste no es el caso. La prueba de las anáforas discursivas (237)/(270), que repetimos nuevamente como (282), demuestra esto. En (282a) los cuantificadores son incapaces de ligar al pronombre en la oración que sigue porque éste se encuentra fuera de su alcance, cuando el indefinido en (282b) es capaz de ligar dicho pronombre que se encontraría fuera de alcance para un cuantificador (de Hoop 1996:19).

- (282) **La prueba de las anáforas discursivas** (Partee 1986:117, 119)
- a. El tipo $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$ no las legitima
 {*Todo / ningún / más de un*} hombre entró. *{Él / pro} se veía cansado
 - b. El tipo *e* las legitima
 {*Juan / el hombre / un hombre*;} entró. {Él_i / pro;} se veía cansado

La interpretación fuerte del indefinido en (282b) muestra, además, que inclusive en oraciones simples (sin operador aselectivo), un indefinido no siempre tiene interpretación existencial, pudiendo de hecho adquirir interpretación fuerte, sea referencial-específica, como en el ejemplo, o genérica —como la que vimos al inicio (268c)— (de Hoop 1996:35), de modo que la solución del cierre existencial (281) no nos serviría aquí de nada.

Kamp (1981 *apud* de Hoop 1996:36) toma estas lecturas fuertes (las referenciales-específicas) del indefinido como debidas a una interpretación de alcance máximamente amplio (*wide scope reading*) del indefinido, y las lecturas débiles-existenciales como resultado de una lectura de alcance estrecho del mismo indefinido que se interpreta como un operador existencial en el alcance nuclear de una estructura tripartita.

“En una aproximación estándar de ligamiento aselectivo (cf. Heim 1982, Kamp 1981), todos los indefinidos son analizados como variables. Éstos adquieren lectura existencial cuando son capturados por medio del cierre existencial del ámbito nuclear, y una interpretación de variable cuando son ligadas en la cláusula restrictora de un operador modal o de un adverbio de cuantificación.” (de Hoop 1996:123)

El problema es entonces una cuestión de ambigüedad de alcance: las lecturas son fuertes o débiles dependiendo de si el indefinido se interpreta en la cláusula restrictora (alcance amplio) o en la cláusula nuclear (alcance estrecho). En cambio, Fodor y Sag (1982 *apud* de Hoop 1996:36-39) toman la alternancia entre lectura referencial-específica y cuantificacional-existencial¹⁵⁰ como un problema de ambigüedad léxica, no de alcance. La ambigüedad léxica es que los indefinidos son alternativamente cuantificadores existenciales (sujetos a restricción de alcance) o términos plenamente referenciales sin restricciones de alcance (puesto que no serían operadores). La primera alternativa daría una lectura débil-existencial (“cuantificacional” en términos de Fodor y Sag) y la segunda alternativa daría una lectura fuerte referencial-específica. El argumento de Fodor y Sag es básicamente el que sigue:

“Si los indefinidos son siempre cuantificadores, esto significaría que se comportan de manera muy excepcional en cuanto a las propiedades de alcance se refiere. Sin embargo, si asumimos que los indefinidos también pueden tener una interpretación referencial, no hay nada de excepcional en ellos.” (de Hoop 1996:39).

Consideran que una interpretación referencial libera al indefinido de las interacciones de alcance, al ya no ser cuantificadores. Esto explicaría los extraños comportamientos de ‘alcance amplio’ de los indefinidos, y es acorde con el Principio de la teoría del ligamiento que establece que toda expresión-Referencial debe estar libre. La alternativa de interpretar las lecturas referenciales-específicas de los indefinidos como un cuantificador existencial de alcance máximamente amplio es deficiente porque

“[...] un indefinido que escapa de una isla de alcance tiene únicamente la lectura de alcance máximamente amplio, no exhibe el rango completo de relaciones de alcance que uno esperaría.” (de Hoop 1996:39)

En un ejemplo como (283a), la explicación del indefinido como un cuantificador existencial que oscila entre alcance restringido y alcan-

¹⁵⁰ Como vimos en 3.6.4.2.2., ésta no sería una interpretación cuantificacional en el sentido ‘fuerte’ que de Hoop le adjudica. En Fodor y Sag “cuantificacional” debe entenderse en el sentido de que el indefinido sea interpretado como cuantificador existencial de alcance estrecho (es decir, una lectura ‘débil’ **no-cuantificacional** en sentido de de Hoop) a la manera de (272).

ce amplio predice tres lecturas. La explicación de la ambigüedad léxica predice —evidentemente— sólo dos lecturas. De (283b) a (283d) describimos las tres lecturas y proveemos paráfrasis de las mismas.¹⁵¹

(283) **Indefinidos débiles contra fuertes: ambigüedad de alcance (Kamp 1981) vs. ambigüedad léxica (Fodor y Sag 1982)**¹⁵²

a. *Todo profesor será despedido si un estudiante en la clase de sintaxis hace trampa en el examen*¹⁵³

b. **Alcance máximo vs. léxicamente referencial** (*un estudiante escapa del condicional si y del alcance de todo profesor: Hay un estudiante específico en la clase (e.g., el hijo de la reina) tal que si hace trampa todo profesor será despedido*)

¹⁵¹ Yeom (1998:22-23) ilustra lo mismo con el ejemplo *Each teacher overhead the rumor that a student of mine had been called before the dean*, cuyas tres lecturas representa como sigue:

(i) alcance estrecho: (each teacher: *x*) [*x* overhead the rumor that [(a student of mine: *y*) [*y* had been called before the dean]]];

(ii) alcance intermedio: (each teacher: *x*) [(a student of mine: *y*) [*x* overhead the rumor that [*y* had been called before the dean]]];

(iii) alcance amplio: (a student of mine: *y*) [(each teacher: *x*) [*x* overhead the rumor that [*y* had been called before the dean]]].

Fodor y Sag (1982 *apud* Yeom 1998:23) observan que al reemplazar el indefinido *a student* por un cuantificador universal, éste no puede salir de la isla de FN *the rumor that...*, solamente tiene alcance máximamente estrecho. *Each teacher overhead the rumor that each student of mine had been called before the dean* solamente puede interpretarse como (i) alcance estrecho: (each teacher: *x*) [*x* overhead the rumor that [(each student of mine: *y*) [*y* had been called before the dean]]]. En contraste, los indefinidos no tienen la misma restricción de alcance que un cuantificador y argumentan que esto se debe a que la lectura (i) se obtiene mediante las reglas usuales para cuantificadores; la lectura (iii) se obtiene si suponemos que los indefinidos correspondientes son semánticamente referenciales y no cuantificadores. Si sólo tenemos estas dos posibilidades, se predice la ausencia de la lectura intermedia (ii). Yeom (1998:23-25, 33-40) y de Hoop (1996:40) presentan evidencia adicional en favor y en contra de la ambigüedad léxica de los indefinidos. Más detalles sobre esta clase de ejemplos y sus variedades pueden consultarse en Ruys (1992:98-102 *passim*; 160-165) y en Gutiérrez Rexach (2003:258-261).

¹⁵² Además de en de Hoop (1996:39), este ejemplo también se encuentra analizado en Gutiérrez Rexach (2003:262).

¹⁵³ El ejemplo es un condicional factual sin modificación adverbial (i.e., sin operador aseleactivo); no debe interpretarse aquí que hay un adverbio *siempre* implícito.

Si cierto estudiante en la clase de sintaxis hace trampa en el examen, todo profesor será despedido

$\exists x \forall y$ [[**estudiante** $x \wedge$ hace trampa en el examen $x \wedge$ profesor y] \rightarrow será despedido y]

- *c. **Alcance intermedio** (*un estudiante escapa del condicional si pero no del alcance de todo profesor. Para cada profesor hay un estudiante específico diferente que si hace trampa, será despedido dicho profesor*)

Todo profesor será despedido a causa de algún estudiante (diferente para cada uno) si en la clase de sintaxis dicho estudiante hace trampa en el examen

$\forall y \exists x$ [[**estudiante** $x \wedge$ hace trampa en el examen $x \wedge$ profesor y] \rightarrow será despedido y]

- d. **Alcance mínimo vs. léxicamente cuantificador \exists con alcance restringido** (*un estudiante no escapa ni del condicional si ni del alcance de todo profesor. Se mantiene para todo profesor que si cualquier estudiante en la clase hace trampa, será despedido*)

Todo profesor será despedido si un estudiante cualquiera en la clase de sintaxis hace trampa en el examen

$\forall y$ [profesor $y \wedge \exists x$ [**estudiante** $x \wedge$ hace trampa en el examen x] \rightarrow será despedido y]

La primera lectura (283b) es una lectura no proporcional-asimétrica en la que hay un solo estudiante relevante para todos los profesores. Suponiendo un universo de tres profesores, Francisco, Rafael y Etna; todos ellos serán despedidos en bloque si ese estudiante hace trampa. La segunda lectura (283c) es una lectura proporcional en la que hay un estudiante relevante posiblemente distinto, pero específico, por cada profesor. Supongamos el mismo universo de profesores y supongamos que Paola, Manolo y José son alumnos de sintaxis. Si Paola reprueba, Francisco será despedido; si Manolo reprueba, Etna será despedida; si José reprueba, Rafael será despedido. La tercera

lectura (283d) es una lectura proporcional en la que hay un estudiante relevante —cualquiera— posiblemente distinto por cada profesor (cf. Ruys 1992:101). Por ejemplo, la situación en que un profesor será despedido si cualquier estudiante de *su* grupo hace trampa.

El ejemplo (283a) debería dar tres lecturas (283b/c/d) de acuerdo con la hipótesis de la ambigüedad de alcance (de Hoop 1996:39). Pero la lectura de alcance intermedio (283c) no se presenta:

“Lo que no existe es una lectura intermedia en que los profesores puedan ser expulsados porque distintos alumnos (cada uno en su respectiva clase) han intentado copiar en el examen.” (Gutiérrez-Rexach 2003:262)

En cambio, la ambigüedad léxica predice (283d) al analizar el indefinido como cuantificador existencial sujeto a la isla de alcance (es decir, con alcance restringido). Predice también (283b) al analizarlo como término referencial exento de ligamiento y de restricción de alcance (de Hoop 1996:40).

La postura de Fodor y Sag es que los efectos de ‘alcance amplio’ no son resultado de un ligamiento de mayor alcance sino que son el reflejo de que no hay tal ligamiento, y el elemento supuestamente ligado es una expresión referencial y, en ese sentido, autónoma. Los indefinidos que sí son auténticos cuantificadores existenciales tienen que cumplir con ciertas condiciones de localidad (por el alcance estrecho del ligamiento). Esto es completamente análogo a la decisión de Evans (1996 [1980]), quien toma todo efecto interpretativo de ‘alcance estrecho’ como un síntoma de ligamiento cuantificacional de una variable no-referencial, y casi todo efecto de ‘alcance amplio’ como síntoma de que la supuesta variable ligada es en realidad un término referencial autónomo. En vez de tener que elegir entre dos explicaciones de la anáfora, Evans propone que deben tomarse las dos:

“Ciertos filósofos de orientación lógica se han impresionado tanto por las indudables analogías que existen entre algunos pronombres y las variables ligadas de la teoría de la cuantificación, que han adoptado con entusiasmo la hipótesis de que *todos* los pronombres del lenguaje natural que tienen como antecedentes a cuantificadores están ligados por esos antecedentes. Otros investigadores, concentrándose en las oraciones que contienen pronombres de tipo E [M.P. con referencia propia y sin ligar], se han dejado impresionar por la idea de que di-

chos pronombres son expresiones referenciales y, en un exceso contrario de entusiasmo, han intentado, sin éxito, considerar a los pronombres ligados como expresiones referenciales. Ha surgido, por tanto, la idea de que hay dos enfoques para el tema unificado de la “anáfora” —la variable ligada y la referencial— entre las cuales tenemos que escoger. [...] No hay una única clase de pronombres para los que debemos encontrar una explicación unitaria. Hay dos clases de pronombres, nítidamente distinguidos por sus respectivas posiciones gramaticales y que funcionan de modos por completo diferentes.” (Evans 1996:247-248)

En tanto que Evans (1996) argumenta en favor de una distinción gramatical (un lingüista diría más bien “sintáctica”, puesto que se basa en el concepto de *posición*, de precedencia y mando-*m*), Fodor y Sag abogan por una distinción léxica —al menos para los indefinidos—. Por su parte, de Hoop (1996) retoma la idea de que las distintas interpretaciones (fuerte-referencial vs. débil-existencial) de los indefinidos es una cuestión de *posición gramatical* (como dice Evans):

“Argumentaré que esta clase de ambigüedad en la interpretación de las FN débiles no es debida a una ambigüedad léxica, sino que resulta de factores sintácticos independientes” (De Hoop 1996:4).

Sin embargo, esta *posición gramatical* no se entiende ya en términos relativos de alcance. En su apelación a ‘factores sintácticos’, de Hoop no acude a la cuestión del ‘alcance’ o de la *posición gramatical* en relación a otras *posiciones gramaticales* (cf. Evans 1996), como uno podría esperar:

“Supongo que la ambigüedad es una cuestión de distintas lecturas, disparadas por factores sintácticos. Esto no significa, sin embargo, que regreso a un acercamiento que toma cualquier ambigüedad en la interpretación de FN indefinidas como debida a ambigüedades de alcance. En mi opinión, una lectura referencial para un indefinido no es cuestión de alcance. Un indefinido que adquiere lectura referencial de hecho se comporta como una expresión referencial, igualmente con respecto a relaciones de alcance. De este modo me quedo muy cerca de Fodor y Sag, aunque niego que un significado léxico arbitrario esté involucrado” (de Hoop 1996:40-41).

sino que apela a asignación de Caso, el equivalente generativista de las relaciones actanciales; es decir, la *posición gramatical* interesa de manera absoluta en cuanto a sus características propias y no en términos de si está o no en el dominio de mando-*m* de un antecedente (cf. Evans 1996).

Es la asignación de Caso fuerte la que le da valor referencial a un indefinido, y respecto de la capacidad anafórica transoracional en (237/270/282b) o en (273), es este valor referencial el que se la concede. En algunas oraciones simples la posibilidad de estar fuera de cierto ámbito de mando-*m* es concedida directamente por el Caso fuerte, puesto que las expresiones con Caso fuerte pueden ejecutar un *scrambling* (cf. de Hoop 1996:131). Es la asignación de Caso débil, por su parte, la que confiere una interpretación débil al indefinido; esta interpretación débil junto con el hecho de estar sujeta la expresión, además, a un requerimiento de adyacencia por parte de la asignación de Caso débil,¹⁵⁴ es lo que la mantiene en cierto ámbito de mando-*m*. Nuevamente, los alcances estrecho y amplio son efectos secundarios. Las vertientes semánticas de las nociones de ‘alcance estrecho / amplio’ son resultado de la interpretación débil o fuerte, respectivamente. Las vertientes sintácticas de las nociones de ‘alcance estrecho / amplio’, en la oración simple, suelen ser un efecto del requerimiento de adyacencia por parte del Caso débil y de la libertad de moverse mediante *scrambling* otorgada por el Caso fuerte, respectivamente (de Hoop 1995:443; 1996:81-82, 86, 240). Pero como las interpretaciones fuertes y débiles están íntimamente asociadas a la asignación de Caso fuerte / débil, los efectos semánticos y sintácticos de ‘alcance amplio / estrecho’ suelen acompañarse mutuamente.

¹⁵⁴ Este requerimiento de adyacencia en términos de prohibición de movimiento no impide, sin embargo, que un objeto débil pueda topicalizarse (lo que supone que una topicalización es distinta de un *scrambling* (de Hoop 1996:81-82)), ni que algún elemento pueda intervenir entre el objeto débil y su asignador de Caso (de Hoop 1996:83-84). De Hoop (1996:82, 144 nota 2/231, 147-148, 152-153, 240) considera a la topicalización como un movimiento-A’ y al *scrambling* como un movimiento-A, de manera que explica la imposibilidad del segundo para objetos débiles como resultado de que el requerimiento de adyacencia se reduce técnicamente a que “El Caso débil no puede ser heredado bajo movimiento-A” (de Hoop 1996:91, 134, 175). Pero de Hoop (1996:150) considera que aunque el *scrambling* es un movimiento-A, no lo es en el sentido de estar motivado por el Caso (“*scrambling is not a Case-driven movement*”).

3.6.4.3. INDEFINIDOS CARDINALES Y LECTURAS PARTITIVAS: ¿SEMÁNTICA O PRAGMÁTICA?

Los mismos problemas que se nos presentaron con el indefinido *un* suelen presentarse con las frases nominales de determinante cardinal (envueltos en el cuadro con borde doble en la tabla 23, p. 472-473). En este caso las interpretaciones fuertes se denominan ‘partitivas’ y las débiles, existenciales, cardinales o adjetivales. Retomemos en (284) algunos ejemplos de la tabla 23.

- (284) **Interpretaciones fuertes-partitivas vs. débiles-existenciales**
- a. *Algunos (de los) aviones (de los varios que esperamos) aparecieron en el horizonte* [fuerte-partitiva]
 - b. *Algunos (*de los) aviones aparecieron en el horizonte* [débil-existencial]
 - c. *Pocos (de los) estudiantes logran pasar al ámbito laboral* [fuerte-partitiva]
 - d. *Hay pocos (*de los) estudiantes en esta ciudad* [débil-existencial]

Las interpretaciones fuertes (284a/c) permiten reescribirse explícitamente como partitivos con la introducción de *de los*, cuyo artículo definido las remarca como interpretación fuerte. Estas interpretaciones son partitivas en el sentido de que oponen algunos miembros de una clase —la clase de los aviones que esperamos, en (284a) y la clase de los estudiantes relevantes en (284c)— con la totalidad de los miembros restantes. Hay una oposición de una parte con respecto a otra parte de un mismo todo: los aviones que aparecieron contra los que no han aparecido, y los estudiantes que logran pasar al ámbito laboral contra los que no. Esta oposición partitiva se encuentra ausente en las interpretaciones débiles: (284b/d) no implican nada con respecto a la totalidad de la clase. En (284d) puede ser que esos pocos estudiantes que hay en la ciudad correspondan de hecho a todos los miembros de la clase *estudiante* (o no). En cambio, (284c) implica no solamente que hay estudiantes que no logran pasar al ámbito laboral, sino que de hecho son la mayoría. En la interpretación fuerte de *algunos* como en (284a), se levanta la implicación siguiente: *algunos* implica “pero los otros no”. Si algunos aviones aparecieron en el horizonte, la lectura fuerte implica que “los otros aviones no aparecieron”, en tanto que la interpretación débil no nos dice nada respecto de si faltan aviones por aparecer o no. Cuando

un cardinal toma lectura fuerte se parece a un determinante, pero cuando toma lectura débil se asemeja a un simple adjetivo numeral —de hecho aparecen en posición predicativa: *sus pecados fueron muchos/pocos/tres* (Hoeksema 1983:65)—.

Las interpretaciones fuertes-genéricas son más difíciles debido al significado partitivo y, donde surgen, parecen remitir a una propiedad general de determinada partición. Repetimos el ejemplo (232d).

(232) d. *Tres cabezas piensan mejor que una* [Genérica-colectiva]

Cabe mencionar que en un análisis de los numerales (del inglés) como adjetivos cardinales, la secuencia *numeral + nombre común* se considera una frase nominal escueta y no una frase nominal ‘articulada’. De este modo la diferencia entre frases escuetas con interpretación genérica y frases con interpretación genérica-colectiva del tipo de (232d) es simplemente el efecto añadido de un adjetivo (cf. Hoeksema 1983:65-66). Sin embargo, el español permite genéricos-colectivos como (232d) a pesar de no permitir escuetos genéricos. Esto pone en duda el análisis propuesto para el inglés o, al menos, impide su transposición directa al español.

Aprovecharé esta sección para ilustrar brevemente un punto de vista en el que la semántica de lecturas fuertes/débiles adquiere fuertes tintes de adecuación discursiva, sin perder su carácter semántico basado en el concepto de estructura cuantificacional tripartita. No hemos tocado una asociación usual para la oposición fuerte / débil: una interpretación fuerte es presupositiva y una débil es no-presupositiva. De Hoop (1996:204, 208) considera la asociación cuantificacional / no-cuantificacional como la más fundamental de la que pueden derivarse los efectos de presuposición. Se ha propuesto que las interpretaciones partitivas son fuertes en la medida de que *presuponen* la existencia de un conjunto mayor del que se ha hecho una partición. En otros términos, la interpretación existencial no requiere la consideración de la totalidad del conjunto definido por el núcleo nominal en tanto que la lectura partitiva es una en que se requiere dicha consideración (de Hoop 1996:178, 180). Las FNs en interpretación partitiva, en la medida de que presuponen la existencia del conjunto definido por el núcleo nominal, serían presuntamente incompatibles con un contexto existencial en el que dicha existencia se asevera. De Hoop (1995:437-438; 1996:177-178, 215) advierte sin embargo que ciertas FNs de semántica partiti-

va son admitidas en contexto existencial (i.e., se comportan como débiles).

Sin embargo, la consideración de las interpretaciones partitivas como algo puramente semántico no se ha sostenido invariablemente. Gamut (1991:209), Levinson (1983:37, 119-121, 133-134, 142-144, 164, 213-214, 223-225) y McCawley (1993:307; 322 ejercicio 1a.) parecen sugerir, a partir de Grice, que, al menos en algunos contextos, la diferencia fuerte/débil no es una ambigüedad semántica sino que la lectura partitiva fuerte surge como una implicatura conversacional (que, por tanto, es cancelable). Tenemos, por ejemplo, que (285b) sería una implicatura conversacional de (285a).

- (285) a. *Some students have passed*
 b. *Some students have failed*

Es decir, la lectura partitiva de *Some students have passed* surge como implicatura (*mutatis mutandis* con el ejercicio 1a. de McCawley: *There was a package on the table* implica conversacionalmente *there was only one package on the table*, i.e., *the other packages were not on the table*). Más aún, McCawley (1993, 324, ejercicio 4) ejemplifica la prueba de *reforzamiento* para implicaturas conversacionales precisamente con la lectura partitiva de *some*:

- (286) *Some but not all of the culprits were arrested.*¹⁵⁵

Grice (*apud* McCawley 1993:307) arguye que es desorientador decir que *algunas* entidades cumplen con cierta condición si de hecho sabemos que *todas* cumplen con ella. Es decir, la implicatura partitiva de *some* pertenece a la clase de implicaturas cuantitativas generalizadas y, más precisamente, es una *implicatura cuantitativa de escala*. Si alguien emplea una expresión menos informativa que otra en una escala de cantidad (como *algunos* respecto de, p.ej., *todos*), implica conversacionalmente que no se dan las condiciones para emplear dicha expresión (*todos*). Una expresión es más informativa que otra si la primera implica a la segunda pero no al revés (Levinson 1983:133-135, 138; Horn 1990:152-153). En este caso tenemos que *todos* → *algunos* y *todos* ⇐ *algunos*.

¹⁵⁵ Para lo que McCawley quiere mostrar me parece más efectivo: *Some culprits were arrested. But not all of them*, puesto que *Some but not all of N* podría tomarse como un determinante complejo.

(287) *Algunos estudiantes han entregado el examen.*

En (287), la posibilidad de haber sido más informativos empleando un cuantificador universal hace que surja la implicación conversacional de que no se ha empleado esta opción porque no todas las entidades cumplen con la condición. Es decir, no todos los estudiantes han entregado el examen. Cabe señalar, sin embargo, que se podría ignorar si todos los estudiantes han entregado el examen sin tampoco saber que algunos no lo han entregado, de manera que la implicatura quedaría cancelada.¹⁵⁶ Corblin (2001:105) simplemente plantea el problema de saber si el matiz partitivo de *ciertos* en (288) es parte de su semántica (y entonces *ciertos* es un determinante fuerte), o bien, si debe tratarse como una inferencia que surge por el uso, más que por el propio significado de la forma (y entonces *ciertos* es un determinante débil).

(288) *Ciertos estudiantes han entregado su examen*

Corblin decide tentativamente tratar a *ciertos* como cardinal (i.e., determinante débil) y a su vertiente partitiva-fuerte como inferencia. Pero no queda claro que las lecturas partitivas no sean parte de la semántica de estas FNs. Por una parte, ya vimos en el segundo capítulo que la frontera semántica/pragmática es difícil de determinar y que, a menudo, es difícil distinguir si una inferencia dada es parte o no de la semántica del enunciado que la dispara. En relación a esto, hemos de observar tres cosas:

Primero: Cabe señalar que la implicatura partitiva se relaciona tanto con *algunos N* (*some N*) como con *algunos de los N* (*some of the N*). Es decir, y siguiendo este punto de vista, *algunos de los N* no es semánticamente más fuerte que *algunos N* y ambas formas son semánticamente compatibles con *Todos los N* (Levinson 1983:119-120, 133-134, 142-144). Pero esto dejaría sin explicar por qué *algunos de los N* es mucho más anómalo en contexto existencial que su contraparte *algunos N*.

Segundo: Como bien señala Levinson (1983:135), esta implicatura

¹⁵⁶ Pero con otras implicaturas del mismo tipo solamente se infiere que el hablante **no sabe** si se cumple la condición. La diferencia entre $\neg Kp$ (no saber si p) y la más fuerte $K\neg p$ (saber que no p), que correspondería a la implicatura partitiva, podría hacernos dudar de que se trate del mismo fenómeno, es decir, de que las lecturas partitivas correspondan a una implicatura cuantitativa de escala (cf. Levinson 1983:135-136, 224).

se basa en lo que no se ha dicho. La lectura partitiva surge porque *some / algunos* contrasta con *all / todos* (en ausencia), lo cual se asemeja mucho al Principio de Contrastividad de de Hoop.

Tercero: Buen número de inferencias pragmáticas se basan, no en las instrucciones de buen empleo del lenguaje en general (Principio de Cooperación y Máximas), sino en instrucciones específicas codificadas en las expresiones empleadas. Si la clasificación fuerte/débil se basa en inferencias de este tipo, las inferencias resultan de un distinto contenido instruccional, de manera que la clasificación seguiría siendo primeramente *semántica*, así fuera una semántica dinámica, más que una denotativa.

En todo caso, la problemática de los indefinidos y cardinales es muy amplia y dejaremos en el tintero numerosas problemáticas adicionales. Una particularmente importante, y que dejo pendiente, es la que se denomina *problema de la proporción*, que motiva en buena medida el análisis de los indefinidos como pronombres no ligados (el tipo E de Evans). Para este problema y los debates correspondientes remito a de Hoop (1996:21-35, 156-165), Evans (1996) y Heim & Kratzer (1998:277-298). Sin embargo, con lo visto hasta aquí me parece suficiente para que el lector pueda captar claramente la motivación detrás del estudio que de Hoop (1995, 1996) nos ofrece con respecto a lo que podría considerarse un ordenamiento sintáctico del caos interpretativo de las FNs, y, por tanto, la disposición de la tabla 23 p. 472-473 *supra*.

3.6.5. LA COLABORACIÓN SINTAXIS-SEMÁNTICA EN LA FRASE VERBAL Y SUS DESAJUSTES: DE LAS CATEGORÍAS GENERALES A LAS OCURRENCIAS ESPECÍFICAS

La composicionalidad, por un lado, y la tipología de frases verbales de Lazard, por el otro lado, están planteadas desde un punto de vista categorial en el sentido de que se trata de aportar generalizaciones en cuanto a la combinación de tres categorías: la categoría de Verbo, la categoría de Frase Nominal y la categoría de Frase Verbal. Con todo y la inclusión de consideraciones semánticas en un grado nada trivial, esta perspectiva aún deja de lado ciertos desajustes que aparecen cuando estas categorías generales se realizan mediante ciertas ocurrencias específicas de lexemas específicos. Así, la categoría FV resulta ser muy diferente cuando el núcleo es un verbo ligero que se

usa como apoyo gramatical para “el verdadero predicado” que es la FN complemento (cf. Alonso Ramos 2004). Es decir: las peculiaridades léxico-semánticas de los núcleos verbales específicos, e incluso en ocurrencias específicas, parecen subyacer al comportamiento sintáctico de la FV que forman con el complemento.

Planteábamos que, con respecto a la ambivalencia fuerte / débil de las FNs, de Hoop (1996) retoma el factor sintáctico como hilo conductor, en forma de la alternativa asignación de dos Casos estructurales (especialmente en posición de objeto). Pudiera parecer que la autora considera que las lecturas débiles y fuertes se explican todas en estos términos puramente sintácticos, pero no es así.¹⁵⁷ De Hoop (1996:131) advierte que considera la relación sintaxis / semántica como algo mucho más complejo que una simple proyección de un componente a otro, y que los principios sintácticos y semánticos suelen operar sobre una misma representación simultáneamente, con no pocos conflictos. De Hoop (1996:241) advierte por tanto que “un solo principio, sea sintáctico o semántico, es incapaz de dar cuenta de todos los fenómenos atribuidos a la distinción débil-fuerte”.

En todo caso, concede que por más explicativa que resulte su hipótesis de Caso débil y fuerte, hay grandes áreas en las que la ambivalencia interpretativa de las frases nominales debe adjudicarse más bien a principios semánticos, empezando, claro está, por aquellos contextos en que considerar una asignación de Caso no tiene cabida. La influencia de los predicados a nivel de individuo y a nivel de episodio (*individual-level, stage-level predicates*) en la determinación de la interpretación preferente es una cuestión más bien semántica

¹⁵⁷ Farkas (2001:21-23) considera que la imposibilidad de tener FNs con cierta interpretación en determinadas posiciones sintácticas se explica mucho mejor en términos de incompatibilidad semántica entre dicha interpretación y la función semántico-pragmática de la posición sintáctica en cuestión, y no en términos de una prohibición de origen sintáctico. Además, argue que puesto que la caracterización semántica de las construcciones, por un lado, y de las FNs, por el otro lado, son necesarias por razones independientes, la explicación de estas restricciones que se base en dichas caracterizaciones es la más simple posible pues no añade nada a la sintaxis ni a la semántica (Farkas 2001:22). Sin embargo, me parece que el comentario que de Hoop hace con respecto a la explicación de Barwise y Cooper (1981) de la dicotomía fuerte/débil en contexto existencial sigue siendo válido aquí. La contradicción no lleva a la agramaticalidad y, de manera más general, las incompatibilidades semánticas no explican por sí solas la agramaticalidad de una construcción, aunque puedan proporcionar razones intuitivas por las que dicha construcción sea rechazada por la gramática. Podríamos sugerir que una incompatibilidad semántica no lleva a agramaticalidad más que cuando algunos de esos aspectos semánticos han pasado a ser rasgos gramaticales.

que sintáctica (de Hoop 1996:130). Vimos en (268) —repetido aquí como (289)— que la distinta semántica de los dos tipos de predicado (289a/b), así como la de ciertos adverbios (289a'/b') puede, en algunos casos, revocar la preferencia interpretativa de determinada posición sintáctica.

(289) **La preferencia sujeto-fuerte reforzada o anulada mediante tipos de predicado y/o adverbios** (de Hoop 1996)

- a. *Unicorns are white* [genérica-fuerte]
 b. *Unicorns are available* [existencial-débil]
- a'. *Unicorns are always available* [genérica-fuerte]
 b'. *Unicorns were white yesterday* [existencial-débil]
- c. *A unicorn is white / Un unicornio es blanco* [genérica-fuerte]
 c'. *A unicorn was eating grass / Un unicornio estuvo comiendo pasto* [existencial-débil]

Sin embargo esto es más usual con los indefinidos puesto que éstas son las frases nominales más flexibles; la tendencia es que las frases con determinante fuerte son difíciles de 'debilitar' y las frases escuetas son difíciles de 'fortalecer', en tanto que las frases con determinante débil (indefinidos y cardinales) oscilan de una clase de interpretación a otra. Así, en español no tenemos (289a-b') pero tenemos (289c/c'). Otro factor puramente semántico que influye en la clase de lectura para el indefinido es la riqueza descriptiva:

(290) **Riqueza descriptiva-lectura fuerte, pobreza descriptiva-lectura débil**

- a. *Regañaron a un sobrino de Nabor que toca con la orquesta* [fuerte: referencial-específica]
 b. *Regañaron a un muchacho* [débil: existencial]

Sin embargo, incluso para aquellos casos en que la asignación de Caso débil o fuerte es determinante, resulta que es un principio semántico (rayando en lo pragmático) el que subyace al mecanismo sintáctico de asignación de Casos fuertes/débiles. Dicho principio lo denomina de Hoop (1995, 1996) de "contrastividad" (cf. 3.6.5.2. *in-*

fra). Este sustrato semántico de contrastividad con respecto a la posibilidad de asignar Caso fuerte juega un papel especialmente importante en explicar la ocurrencia de frases nominales fuertes (i.e., con determinante fuerte) en lecturas débiles, débiles en el sentido de “interpretación como parte del predicado”. Revisemos más detenidamente el problema de los complementos ‘articulados’ integrados como parte del predicado.

3.6.5.1. LAS LECTURAS DÉBILES DE FRASES NOMINALES FUERTES EN POSICIÓN DE OBJETO: EL PROBLEMA DE LOS CONTEXTOS ESPECIALIZADOS

Vimos en 3.5.1.5. que la función del objeto directo escueto es presentada como semejante a una de las funciones de los adverbios: se trata de la función de *especificar* a un predicado. Los ejemplos (191)-(192) *supra* presentan los paralelismos entre *Juan caza tigres* y *Juan corre velozmente* en términos de que el objeto escueto *tigres* especifica una subclase de cacería de modo análogo a como el adverbio *velozmente* especifica una subclase de correr. Como ejemplificación, Sanders (1984) no sólo acude a los objetos despolarizados como *Juan toma vino / caza tigres* sino también a expresiones idiomáticas del tipo de (291).

- (291) **Objetos plenos como ‘parte del predicado’**
- a. *Juan estiró la pata* (=Juan ha fallecido)
 - b. *Juan entregó el equipo* (=Juan ha fallecido)
 - c. *Juan metió la pata* (=Juan cometió un error)

En estas construcciones aparentemente transitivas el objeto polarizado no actúa como tal, sino que modifica radicalmente la interpretación de toda la frase verbal. Nótese que esta modificación radical del predicado es muy diferente a la función que Sanders atribuye a los adverbios como modificadores que simplemente especifican más el predicado. Esta utilización de objetos plenos como ‘parte del predicado’ también es observada por de Hoop, pero con respecto a expresiones que ni siquiera son tan marcadamente idiomáticas como las encontradas en Sanders, y parecen poder alternar más fácilmente de una interpretación argumental a una no-argumental:

“Parece que ocasionalmente (ciertas) FNs fuertes que sintácticamente tienen que ser caracterizadas como objetos reales, pueden funcionar

como parte del predicado, e.g., las expresiones como la francesa *regarder la télé* ‘ver (la) televisión’ o la holandesa *de was doen* ‘hacer la lavadora’. Las FNs definidas en estas expresiones pueden adquirir una lectura (referencial) fuerte o una lectura (como-parte-del-predicado) débil.” (de Hoop 1996:114)

La autora comenta, con respecto a sus ejemplos en holandés, que un objeto directo definido generalmente da una lectura fuerte, referencial, revelando que la frase nominal objeto está funcionando como argumento del predicado, y esto independientemente de si el objeto ha sido dislocado a la izquierda o no (*scrambled*), pero que en expresiones como la citada, el objeto directo definido sólo se interpreta argumentalmente si ha sido dislocado (*scrambled*), de lo contrario, se interpreta como un pseudo-objeto modificador (aunque tenga la forma de un objeto pleno) que forma parte integrante del predicado, en vez de ser su argumento. Concomitantemente a esto, para el mismo ejemplo, el objeto dislocado le da una lectura télica a la oración y el no-dislocado le da una lectura atélica (de Hoop 1996:115). Con respecto a la posibilidad de ambas interpretaciones de *do the laundry* como actividad y con objeto no-argumental por contraposición a la interpretación télica con objeto argumental, de Hoop señala:

“Esta diferencia entre las dos lecturas de *de was* [la lavadora] (...) puede caracterizarse como una distinción de *type-token*. Esto es, la lectura débil es la lectura de variable *type*, en tanto que la lectura fuerte refiere a la referencial *token*. Asumo que en su lectura débil, la FN fuerte es de tipo *e*, mientras que la lectura fuerte, referencial va con el tipo $\langle\langle e, t \rangle, t \rangle$, análogo a los tipos de las FNs débiles. En términos del análisis esbozado, esto significaría que el Caso débil en una FN fuerte puede dar lugar a una lectura débil de *type*.” (de Hoop 1996:115)

Éste es el único ejemplo claro que de Hoop presenta de una lectura ‘débil’ de una frase nominal con determinante ‘fuerte’. Aunque este tipo de ejemplo no parece tan idiomático como los de Sanders o como los que de Hoop analiza en nota a pie de página, de todos modos sigue siendo un caso muy poco frecuente, especialmente en comparación con la misma ambigüedad en frases nominales con determinante ‘débil’. Ramchand (1997:97), por su parte, no añade ninguna ejemplificación y simplemente se limita a retomar el ejemplo de de Hoop.

Es posible que la excepcional absorción de un complemento de objeto pleno tenga relación con la relativa carga de significado que posea un verbo en particular, de manera que si el verbo tiene gran independencia de significado, los objetos directos plenos serán invariablemente tomados como argumentos y habrá poca posibilidad de que su significado se “transfiera” al núcleo verbal. Por otra parte, cuanto menos contenido tenga un verbo, es más probable que un objeto directo, a pesar de estar plenamente polarizado, sea reinterpretado como ‘parte del verbo’ insuflándole la vida semántica de la que éste carece. Nótese que ése es precisamente el caso de los ejemplos mencionados: *hacer la lavadora* contiene un verbo que casi carece de contenido de manera que el objeto directo pleno le insufla mucho de su contenido (cf. Alonso Ramos 2004:249 nota a pie). En tal caso, el contenido semántico de la FN-objeto se diluye para ser trasvasado al contenedor verbal, de modo que éste pase a significar “completar una sesión de lavado de ropa con máquina”, sin posición para argumento-objeto. A este respecto Alonso Ramos aclara que el análisis de ejemplos como *hacer la lavadora* o *meter la pata* en calidad de unidades léxicas no impide postular estructura sintáctica en su interior:

“Lazard (1982 y 1994) insiste sobre el hecho de que un mismo fenómeno puede ser tratado como una unidad, desde el punto de vista semántico o léxico, pero como un sintagma, desde un punto de vista sintáctico. [...] Coincido plenamente con este punto de vista de Lazard. El hecho de que una secuencia dada sea completamente idiomatizada no impide encontrar en ella estructura sintáctica. Un frasema completo en español como *tomar el pelo*, que es una unidad léxica, tiene una estructura sintáctica de verbo y objeto directo (...). Es cierto que no presentará todas las propiedades características de los sintagmas libres con verbo transitivo, debido, precisamente, a que se trata de una expresión fraseologizada, y por tanto, con posible pérdida de propiedades de los sintagmas regulares.” (Alonso Ramos 2004:248)

Relacionamos este comportamiento ‘fraseologizado’ con una idea presente en Tésnière (1966) según la cual algunos verbos semánticamente vacíos (o casi vacíos) suelen requerir un complemento que aporte su propio contenido semántico a este núcleo vacío, de manera que pueda adquirir un sentido más preciso. En estos casos, ambos —complemento y verbo— se asocian para cumplir las funciones que normalmente quedarían cubiertas con solamente el lexema verbal, hablándose entonces de ‘núcleo disociado’:

“La presencia **simultánea** de un nudo estructural y de un nudo semántico es por tanto **obligatoria** en el núcleo, y no hay núcleo más que en la medida de que estas dos funciones estén ahí aseguradas [*assurées*] la una y la otra. [...] Pero no es necesario que la función estructural y la función semántica estén aseguradas por la misma palabra. Pueden estar **disociadas** y aseguradas cada una por una palabra distinta. Diremos en tal caso que estamos tratando con un **núcleo disociado**.” (Tésnière 1966:45-46, 77-78, negritas en el original)

Por un lado tenemos verbos usados en su significado literal ‘pleno’ que toman complementos para saturar los lugares de argumento que ese mismo significado ‘pleno’ define; y por el otro lado tenemos núcleos disociados constituidos por un verbo que toma un ‘argumento’ no para saturar una posición sino para adquirir significado. Obtenemos entonces dos extremos entre los que pudiera haber varios casos combinados. Los casos extremos son aquellos en que la ocurrencia de un verbo tiene prácticamente todo el significado referente a la situación y simplemente toma frases como sus ‘argumentos’, y, en el otro extremo están las ocurrencias de verbos que prácticamente no tienen contenido, sino que lo toman de una frase modificadora que se le asocia. En este último caso tenemos ejemplos del tipo *hacer coraje*, donde, retomando la similitud observada por Sanders (1984) entre adverbio y complemento de objeto, la frase correspondiente a *coraje* puede compararse con lo que Tésnière llama *adverbios de quiddidad*.¹⁵⁸

“Por cierto que muchos verbos de acción no están constituidos en muchas lenguas más que por el verbo de base *faire* [hacer], seguido de un elemento cuyo papel es simplemente indicar la acción que se está haciendo: *faire fureur* [tener mucho éxito], *faire sensation* [impresionar, llamar la atención], *faire semblant* [simular, fingir]” (Tésnière 1966:73).

“En la **categoría de la relación**, parece que los adverbios que corresponden a la pregunta *ubi?* sean los que expresan la **esencia** misma del proceso, lo que retomando un término escolástico podríamos llamar su **quiddidad**.” (Tésnière 1966:77, negritas en el original).¹⁵⁹

¹⁵⁸ Sin embargo, Tésnière parece quererle dar un uso mucho más restringido al término al afirmar que ‘los adverbios de quiddidad no se encuentran en todas las lenguas’ (1966:77). Sobre los adverbios de “quiddidad” puede consultarse también a Moreno Cabrera (1991:364-366 y 456-458).

¹⁵⁹ Tésnière (1966:74-79) clasifica los adverbios por categorías de significado y,

Con respecto a los objetos despolarizados como *Pablo conduce taxis*, *Amanda no come carne*, etc., esta relación entre verbo y frase nominal parece un caso intermedio en el que la frase asociada al predicado verbal le aporta significado, pero ya no sobre un papel en blanco (un verbo sin significado), sino que simplemente especifica aún más la situación codificada en el lexema verbal.

Tenemos entonces que Tésnière (1966) observa que los verbos casi vacíos de significado absorben el contenido semántico de sus complementos, precisamente porque requieren de dicho contenido adicional, y porque conforman un núcleo disociado más que una frase verbal (pudiendo eventualmente tomar un complemento para, ahora sí, formar una frase verbal, como lo señala Lazard 1984b, 1998; véase nota 162 p. 524). Lazard (1984b) observa que este fenómeno de absorción como parte del predicado no sucede únicamente con verbos vacíos, sino que se da muy productivamente con verbos que ya tienen contenido propio, y absorben el contenido de sus objetos despolarizados para especificarlo un poco más (*leer vs. leer literatura vs. leer novelas de horror*). Luego, Sanders (1984) observa que esto último ocurre no nada más con objetos despolarizados escuetos sino también con objetos directos aparentemente plenos y definidos (e.g., *{estirar/meter} la pata, entregar el equipo*), pero que esto se restringe a expresiones idiomáticas. Por último, de Hoop (1995, 1996) reseña el mismo fenómeno observado por Sanders pero aporta ejemplos que no tienen —y de Hoop enfatiza este hecho— la apariencia de expresiones hechas o modismos (e.g., *hacer una lavadora / hacer la limpieza / ver la tele*, etc.)

Lo que todo esto parece sugerir es que la interpretación “como parte del predicado” es un fenómeno mucho más productivo de lo reconocido inicialmente, por un lado, y por el otro, que la descripción “interpretación como parte del predicado” requiere mayor precisión o de lo contrario nos quedamos con una etiqueta “comodín” tras la que se esconden interpretaciones de diversa índole que tienen en común el “no ser argumentales” o “referenciales”. Por el primer

dentro de cada categoría, por la clase de pregunta a la que contesta: *ubi?* [dónde?] *quo?* [quién?] *unde?* [desde cuándo?] *qua?* [durante cuánto tiempo?]. Las categorías son (1) adverbios de localización (o “del mundo sensible, perceptible”), que se subdividen en adverbios de lugar y adverbios de tiempo, (2) adverbios de relación (o “del entendimiento”). Cada una contiene cuatro subcategorías que contestan —literal o metafóricamente— a las cuatro preguntas en latín. Tésnière coloca a los adverbios de quiddidad en la segunda categoría (relación/entendimiento) y en la primer subcategoría *ubi?* [dónde?].

costado tenemos que este recurso —la absorción de un complemento de modo no-argumental— está generalmente disponible para casi cualquier verbo formalmente “transitivo”. En el caso de los núcleos verbales que adolecen de “pobreza semántica” este recurso es simplemente crítico, pero de ninguna manera es exclusivo de ellos (en Lazard esto queda implícito y el mérito de de Hoop es explicitarlo plenamente). En Lazard (1984b, 1998), e incluso en Sanders (1984), queda la impresión de que la interpretación “como parte del predicado” está inherentemente excluida para los objetos polarizados y/o para las frases nominales definidas. De Hoop derriba esta presunción y admite como posibles las interpretaciones “débiles” (i.e., como “parte del predicado”) de las frases nominales “fuertes” (definidas, ‘polarizadas’).

A su vez, de Hoop (1995:443; 1996:172-174, 212-213) establece una relación muy estrecha entre lo que ella denomina *contrastividad* del predicado verbal y la posibilidad de tener una interpretación fuerte-argumental para una FN. Este principio de contrastividad es tal, que cuanto menos contenido semántico tenga una pieza verbal, menos contrastividad presenta, y por tanto, las FNs que “toma como argumentos” tienden a ser absorbidas como parte del predicado, en vez de ser interpretadas como argumentos plenos.

3.6.5.2. EL PRINCIPIO DE CONTRASTIVIDAD: DE VERBOS LIGEROS A OBJETOS LIGEROS

El principio de contrastividad supone que una lectura fuerte del complemento sólo es posible en concomitancia con una predicación contrastiva. Es decir, que en una lectura fuerte del objeto “una propiedad no-trivial debe predicarse del mismo, en otras palabras, la cuantificación sobre el objeto sólo es posible si el predicado tiene énfasis contrastivo” (de Hoop 1996:170). Un verbo sólo puede tener énfasis contrastivo si “hay varias alternativas disponibles” (*ibid* 170). En (292a-e) tenemos un verbo de baja contrastividad y en (292f-i) tenemos uno con mayor contrastividad (ejemplos adaptados a partir de de Hoop 1996:170-171).

(292) **Lecturas fuertes y predicación ‘no-trivial’**

- | | |
|-----------------------------------|-----------------------------|
| a. <i>Porque tengo gato</i> | [lectura débil-existencial] |
| b. <i>Porque tengo un gato</i> | [lectura débil-existencial] |
| c. <i>Porque tengo *a un gato</i> | [lectura fuerte-específica] |

- d. *Porque tengo a un gato en la cocina y a otro en la recámara* [lectura fuerte-específica]
- e. *?Porque tengo un gato (= uno de los gatos)* [lectura fuerte-partitiva]
- f. *Porque quiero gato* [lectura débil-existencial]
- g. *Porque quiero un gato* [lectura débil-existencial]
- h. *Porque quiero a un gato* [lectura fuerte-específica]
- i. *?Porque quiero un gato (= uno de los gatos)* [lectura fuerte-partitiva]

La diferencia de (292a) a (292b) es prácticamente nula: el escueto y el indefinido reciben ambas lecturas débiles. De cualquier manera, ya vimos que las lecturas fuertes son difíciles de obtener con frases nominales escuetas sin importar la contrastividad del predicado empleado (293).

(293) **Los predicados ‘contrastivos’ no fortalecen la interpretación de los objetos escuetos**

- a. *Porque {machaco / pelo / como} patatas* [lectura débil-existencial]
- b. *Porque {planto / vendo / como} bulbos de tulipán* [lectura débil-existencial]

(ejemplos tomados de de Hoop 1996)

Volviendo a los indefinidos, la lectura fuerte-específica de (292c) parece requerir la introducción de la marca prepositiva en este contexto, que es de todos modos de difícil aceptación. El ejemplo (292d) muestra que el verbo *tener* puede adquirir mayor contrastividad mediante una expansión (Cano Aguilar 1987:104, 122 observa que la secuencia {*tener / dejar*}-objeto- *elemento predicativo* es muy frecuente). El predicado *tener en la cocina*, admite la lectura fuerte-específica del indefinido *un gato*. Sin embargo, con (292e) vemos que la relación entre alta/baja contrastividad y lecturas fuertes/débiles podría ser mucho más complicada, puesto que el predicado *tener* no tiene suficiente contrastividad para admitir la lectura fuerte-específica (292c), pero la lectura fuerte-partitiva (292e) es más tolerada. En todo caso, tanto para *querer* como para *tener*, las lecturas débiles del indefinido (292b/g) parecen más naturales que las fuertes-partitivas (292e/i). Puesto que el verbo *querer* acepta la lectura específica (al contrario de *tener*) (292c/h), parece que es un verbo ligeramente más contrastivo (sin embargo, las lecturas débiles tienden a favorecer la inter-

pretación intensional de *querer* como ‘desear’, y las lecturas fuertes tienden a favorecer la lectura de *querer* como ‘apreciar’).

Esta clase de contrastes es algo nebulosa, sin embargo la idea general parece ser ésta: que la tendencia es que cuantos más predicados puedan alternar con otro en un contexto dado, más restringido o especializado es el significado de ese predicado y, por tanto, más peso semántico tiene. El resultado es que si el predicado toma complementos, éstos suelen usarse como argumentos más que como expresiones que proveen de significado al predicado, o bien, que lo especifican. Sin embargo, el funcionamiento *preciso* del principio de contrastividad es algo que queda poco claro en de Hoop (1995, 1996). Los factores que parecen jugar un papel en este principio son los que se mencionan en (294). Un predicado es no-contrastivo cuando no es miembro de algún conjunto de predicados alternativos (de Hoop 1995:428). Asumo que dicho conjunto de predicados puede estar léxicamente especificado en términos de un paradigma mayor (294a), o bien, discursivamente especificado en términos de un conjunto de frases verbales que pueden acomodar de manera más o menos natural el complemento de objeto considerado (294b). Según de Hoop (1995:429), si un predicado no tiene asociado tal conjunto de alternativas, no puede recibir énfasis contrastivo. Dicho énfasis se manifiesta usualmente mediante cierto patrón entonativo (294d) y/o mediante un desplazamiento especial del complemento denominado *scrambling*.

(294) **Factores que influyen en la contrastividad de un predicado (verbo o frase verbal)**

- a. *Léxico*: el peso y/o especificidad semántica del verbo y su pertenencia a un paradigma mayor, con múltiples opciones alternativas.
- b. *Pragmática y discurso (I)*, *el contexto oracional*: independientemente del peso semántico léxico de un verbo, la frase verbal puede resultar contrastiva en relación al objeto si ésta incluye expansiones que hagan de la predicación una predicación “no-trivial” (caso de (292d))
- c. *Pragmática y discurso (II)*, algunos verbos admiten usos ‘plenos’ y usos ‘ligeros’, es decir, incluso si no son semánticamente vacuos pueden ser ocasionalmente selec-

cionados por predicados nominales para funcionar como verbos *ligeros* o *de apoyo* (cf. Alonso Ramos 2004, de Hoop 1996:201).¹⁶⁰

- d. *Pragmática y discurso* (III), *la entonación*: la alteración de la entonación, de una neutra a una marcada, puede hacer que un predicado verbal que no es contrastivo por sí mismo con respecto a verbos alternativos de su paradigma (a), ni por medio de expansiones (b), se vuelva contrastivo con respecto a *otros* paradigmas verbales (nótese que en el caso de los determinantes, el énfasis entonativo está asociado a la posibilidad de alternar con otros determinantes —en vez de encontrarse disociados, como en el caso de los verbos— cf. McCawley 1993:586 nota 10).

Todos los elementos en (294) son mis tentativas de tratar de entender las aplicaciones y factores correspondientes, explícitas e implícitas, que de Hoop hace del término “contrastivo”. Para este principio de contraste, de Hoop (1996) se inspira en el estudio de Rooth (1985) sobre focalización. Rooth (1985 *apud* de Hoop 1996:172) analiza el foco en términos de *semánticas alternativas* denominadas “conjuntos-P”. Los conjuntos-P son conjuntos de predicaciones alternativas para cada predicado P en el contexto de una oración. Estas alternativas se definen semánticamente mediante lo que parece ser una combinación de (294a/b), resultando algo como (295).

- (295) **Definición semántica de un conjunto-P** (de Hoop 1996:172)
- a. *Jackie sólo está leyendo ‘Peces Fósiles’ de Solnhofen*
 - b. El conjunto-P de (a) contiene todas las propiedades (=predicados) de la forma
R-endo ‘Peces Fósiles’ de Solnhofen

En (295) exponemos la ejemplificación que de Hoop (1996) ofrece de un conjunto-P para el caso de la oración (295a). Cualquier predicado (simple o complejo) que pueda sustituir a *R* en (295b) es miembro del conjunto-P de (295a). Sin embargo, no cualquier sustitución de las alternativas (miembros del conjunto-P) resultarán

¹⁶⁰ Sin embargo, Alonso Ramos (2004:227-228) considera en tal caso que tenemos dos unidades léxicas homófonas distintas: un verbo de apoyo y un “verbo ordinario que forma sintagmas libres”.

válidas en (295a), puesto que no todas serán verificadas por el individuo *Jackie*.

El conjunto-C (conjunto de Contraste) de las predicaciones alternativas para (295a) que son relevantes y válidas para *Jackie* es un subconjunto (normalmente muy pequeño) del conjunto-P. Como este subconjunto se construye a partir del conjunto-P, el conjunto-C está semánticamente constreñido; pero como el contenido preciso del conjunto-C involucra, además de validez, *relevancia*, el conjunto-C está pragmáticamente definido (de Hoop 1996:172).

(296) **Definición pragmática de un conjunto-C** (de Hoop 1996:172)

- a. *Jackie sólo está leyendo 'Peces Fósiles' de Solnhofen*
- b. El conjunto-P de (a) contiene todas las propiedades (=predicados) de la forma *R-endo 'Peces Fósiles' de Solnhofen*
- c. El conjunto-C de (a) es un subconjunto propio del conjunto-P que contiene todas las propiedades (=predicados) de la forma *R-endo 'Peces Fósiles' de Solnhofen* que son válidas y relevantes para su aplicación al individuo *Jackie*

Este conjunto-C debe tener al menos una alternativa (debe constar de al menos dos predicados de los que uno es el que se está usando) para que el predicado sea contrastivo. De Hoop asume que una lectura fuerte del complemento requiere una predicación contrastiva y/o no-trivial a partir de contrastes como los que vimos en (292), o los que tenemos en (297).

(297) **Contrastividad y lecturas fuertes vs. débiles**

- a. *Jackie tiene {algunas / *algunas de sus / *todas sus} hermanas*
- b. *Jackie tiene {algunas / algunas de sus / todas sus} hermanas en Australia*
- c. *Jackie rasguña a {algunas / algunas de sus / todas sus} hermanas*
(ejemplos adaptados de de Hoop 1996:173)
- d. *Ayer recorrí algunos (*de los) kilómetros*
- e. *Ayer recorrí algunos (de los) kilómetros a pie (y los demás a caballo)*
(ejemplos de de Hoop 1995:428-429)

Los complementos ‘fuertes’ (*algunas de ..., todas sus...*) tienen preferencia por contextos que presentan contrastividad, sea ésta resultado de una elección léxica (297c), o de una elección de expansiones (297b/e). De la imposibilidad de asociar lecturas fuertes a predicaciones que no alcancen cierto nivel de especificidad semántica, de Hoop (1995, 441-442; 1996:172-3, 198, 240) concluye que un objeto de tipo $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$ (argumental) requiere un predicado contrastivo:

- (298) **Principio de Contrastividad** (de Hoop 1996:172-173, 240):
Para toda FN Q de tipo $\langle\langle e, \triangleright, \triangleright \rangle\rangle$ y todo predicado P : $Q(P)$ es apropiado únicamente si $\|P\| \in C$ & $|C| \geq 2$, donde C es el conjunto de predicados alternativos relevantes para el contexto (oracional) considerado.¹⁶¹

La falta de contrastividad bloquea las lecturas fuertes de los objetos como cuantificadores generalizados (de Hoop 1995:441; 1996:173, 175, 240). La razón por la que esto sucede es explicada en términos del análisis de las lecturas ‘fuertes’ como correlato de estructuras tripartitas exitosas (véase 3.6.4.2.2. *supra*):

“PC [el Principio de Contrastividad] es esencialmente un principio acerca de la relación entre las FNs cuantificacionales (el cuantificador y el restrictor en una estructura tripartita) y su predicado (el alcance nuclear). El predicado debe ser contrastivo en que debe haber predicados alternativos disponibles en el conjunto- C del predicado. En otras palabras, el predicado que funciona como el segundo argumento del cuantificador debe ser significativo. Un predicado que no es contrastivo no tiene alternativas, por tanto no tiene información nueva que añadir a la parte restrictora. De hecho, los predicados no-contrastivos son de alguna manera ya presupuestos como parte del restrictor. [...] En otras palabras, PC afirma que la construcción de una estructura tripartita cuantificacional es apropiada solamente si el alcance nuclear contiene un predicado que no está ya presupuesto, ni es un predicado vacío o comodín [*dummy or empty predicate*]. Esto no es sorprendente: así como un predicado no puede mantenerse en el aire, sino que requiere de un argumento, [...] podemos ahora decir que un argumento real (una FN cuantificacional) no debe estar en el aire,

¹⁶¹ Obsérvese que el principio está planteado en términos de determinante funcional (en vez de relacional): Q es la FN en cuestión que constituye —toda ella— un cuantificador que se aplica al predicado P , dando por resultado $Q(P)$.

sino que requiere de un predicado significativo (i.e., contrastivo) (de Hoop 1996:212-213).

Si habíamos visto que una interpretación puede fracasar en ser cuantificacional de distintas maneras (estructura tripartita con ausencia de operador, o bien con un restrictor inefectivo que se vuelve indistinguible del alcance nuclear), ésta es una manera más de fracasar: el alcance nuclear es vacuo, o bien, se encuentra presupuesto en el restrictor.

3.6.5.3. FRASES VERBALES VS. COMPUESTOS FRASEOLÓGICOS METAFÓRICOS VS. NÚCLEOS DISOCIADOS

La idea que examinaremos en esta subsección está relacionada con la observación de Lazard de que en buen número de lenguas las expresiones compuestas de un verbo y un objeto despolarizado son indistinguibles de palabras compuestas presentes en el léxico y, dado el caso, pueden inclusive tomar adicionalmente un objeto directo pleno. Tanto Lazard (1984b, 1998) como de Hoop (1996) señalan la presencia muy frecuente, entre ambos, de un “requerimiento de adyacencia” (en palabras de de Hoop). Señalamos al final de 3.5.2. que parece haber una inconsistencia en el hecho de proponer un requerimiento de adyacencia junto con la idea de que verbo y objeto coalescente forman un compuesto léxico y, a la vez, de plantear que dichos objetos se asemejan a expresiones adverbiales o que son modificadores de predicado opcionales (tipo $\langle\langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle\rangle$).

El estatus de la expresión nominal coalescente es difícil de determinar y, en tanto que no funciona como argumento ni tiene las marcas de objeto directo, es inclusive dudoso su carácter de actante. En construcciones del tipo [X]-[YV] (véase la tabla 19, p. 371 *supra*) habría que ver si Y *sólo* deja de ser polo de la construcción o si *además* su estatus de actante queda en entredicho, pues esto queda como problema abierto en la exposición de Lazard y en la variedad de datos que presenta:

“En la incorporación, e incluso en las formas menos rígidas de coalescencia, el nombre pierde su función de actante. El único vínculo gramatical que tiene con el verbo es aquel establecido a través de la coalescencia, y su relación semántica emerge únicamente a partir de la confrontación de sus contenidos respectivos. Es únicamente por medio de la compara-

ción con una oración equivalente sin coalescencia que la función de actante del nombre puede ser apreciada.” (Lazard 1998:15)

Recuérdese que los objetos despolarizados no pueden pasivizarse ni tienen relación con índice actancial alguno. Tampoco es raro encontrar lenguas en las que el actante-Y degradado sea, junto con el verbo, indistinguible de formas compuestas que la lengua trata como una unidad léxica, de modo que los verbos con actante-Y *degradado* suelen tomar adicionalmente un actante-Y *pleno* —i.e. polarizado— (véase Lazard 1984b:287; 1998:14-15; 2003).¹⁶² De Hoop, que también discute brevemente la incorporación nominal (en holandés y húngaro, 1996:115-118), tampoco toma una posición clara a este respecto:

“Sin embargo, no hago ninguna declaración concerniente al Caso de un nominal incorporado, porque si la incorporación ha de ser vista como un proceso morfológico más que sintáctico, el nominal incorporado podría muy bien no tener siquiera Caso.” (de Hoop 1996:118)

Esta prudencia se debe claramente a que la autora se da cuenta de la aparente paradoja de que una frase nominal sea parte del predicado pero requiera Caso y dado que todas las FNs incorporadas de los ejemplos húngaros en de Hoop (1996:116) presentan caso morfológico, la autora termina por titubear: “Al menos podemos decir que no tiene Caso fuerte” (de Hoop 1996:118). De esta manera, el estatus del Caso débil termina presentando la misma aparente incongruencia que el término ‘actante despolarizado’ de Lazard. Por un lado, es un Caso estructural asignado sintácticamente para legitimar la presencia de una FN, pero por otro lado tenemos objetos nominales que por estar incorporados no requerirían Caso. Lazard formula esta paradoja de manera nítida con su afirmación de que

¹⁶² La convivencia de la construcción bipolar y la tripolar en estas construcciones de doble objeto —uno como parte del compuesto léxico verbal y el otro como argumento— son muy productivas en persa, pero no parecen presentarse con tanta facilidad en español. Alonso Ramos (2004:249-251) observa que en sus datos de construcciones con verbo de apoyo “no se da nunca esta convivencia de dos objetos”, pero señala que algunas construcciones (en dialectos no-estándar) a caballo entre éstas y los “frasesmas completos” se asemejan mucho al caso persa: *dar vuelta la tortilla- darle vuelta / prender fuego algo-prenderlo fuego* (en oposición a las usuales construcciones con objeto directo e indirecto, *darle (la) vuelta a la tortilla / prenderle fuego a algo*).

“un objeto despolarizado y su verbo son indistinguibles de un compuesto léxico”.

Nótese que si un verbo con su pseudo-objeto es indistinguible de una palabra compuesta, entonces éste último no será tan fácilmente dispensable en ciertos casos (en lenguas con incorporación parece que el término incorporado no es opcional), independientemente de que no pueda pasivizarse ni tenga índice actancial asociado; de hecho, de Hoop (1996:110-111) nota que ciertos verbos que toman pseudo-objetos siguen siendo transitivos en el sentido de que no pueden aparacer sin ellos —véase (253e): *El periódico contiene* *(**artículos**)—, por contraste a otros en los que el pseudo-objeto parece totalmente opcional —(253d): *Amanda no come* (**carne**)—. Parece incompatible tratar los ejemplos del tipo *tiene novia* / *busca departamento* como casos de composición mediante incorporación sintáctica, por un lado, y a los complementos incorporados *novia* / *piso* como adverbios o modificadores adjuntivos, por el otro lado (cf. Alonso Ramos 2004:234). Todo indica que estamos ante dos caracterizaciones que convienen a clases de construcciones verbales distintas.

Si el principio de contrastividad que de Hoop propone para explicar ciertas restricciones de asignación de Caso fuerte (y la consiguiente interpretación argumental) también va a dar cuenta de las construcciones de tipo ‘núcleo disociado’ —con verbo ligero o vacuo—, entonces dicho principio debe incluir también factores puramente léxicos. La propuesta de Rooth (1985 *apud* de Hoop 1996) —basada en conjuntos de predicados alternativos (295) de los que se selecciona pragmáticamente un subconjunto (296)— y su énfasis en la focalización parecen privilegiar a los factores pragmático-discursivos de la entonación (294d) y/o de la presencia de ciertas expansiones (294b). El papel del léxico (294a) y de los usos ‘plenos’ vs. ‘ligeros’ de un mismo lexema verbal (294c) no están planteados de manera explícita por de Hoop, pero queda claro que el léxico juega un papel importante en su reelaboración de la propuesta de Rooth. Como predicados típicamente no-contrastivos, de Hoop (1996) propone precisamente aquellos que carecen de una semántica propia lo suficientemente sustanciosa y específica. De Hoop (1996:170, 222) ejemplifica a los verbos sin capacidad contrastiva con lexemas de semántica casi puramente locativa / copulativa como *have*, *own*, *contain* (tener, poseer, contener). Del verbo copulativo *be* dice que es “típicamente no-contrastivo” al igual que los llamados *verbos ligeros*: “[...] verbos ligeros como *nemen* ‘tomar’ y *doen* ‘hacer’ son típica-

mente no-contrastivos.” (de Hoop 1996:199).¹⁶³ La relación entre la vacuidad léxico-semántica, la carencia de contrastividad y los complementos integrados como ‘parte del predicado’ es clara en el caso de los verbos copulativos y los verbos ligeros (o “de apoyo” cf. Alonso Ramos 2004). El contraste (297a/c) —*Jackie* {**tiene* / *rasguña a*} *todas sus hermanas*— confirma que el factor léxico descrito en (294a), la especificidad semántica del verbo, juega un papel en el principio de contrastividad. Claramente, la semántica inicial más o menos vacua de un lexema verbal es importante para la carencia de contrastividad en discurso, independientemente de que pueda alterarse mediante expansiones (cf. de Hoop 1996:198). La alteración mediante expansiones (294b) posibilita añadir peso semántico a un predicado léxicamente ‘pobre’, como vemos con el contraste (297a/b) —**Jackie tiene todas sus hermanas* vs. *Jackie tiene todas sus hermanas en Australia*—. Tal como señalamos en (294c), p. 519, algunos verbos tienen usos ligeros y usos ‘plenos’. De Hoop (1996:201) señala al verbo holandés *zitten*, sentarse, que tiene un significado “no-literal, no-contrastivo” que funciona como una especie de verbo copulativo (299c); además de su significado literal (299d). En español tendríamos, por ejemplo, (299a/b).

(299) **Usos ligeros y plenos de un mismo verbo (de Hoop 1996; Alonso Ramos 2004)**

- a. *Dar un paseo / una vuelta* [uso como verbo de apoyo o ligero]
- b. *Darle un regalo a alguien* [uso pleno]

¹⁶³ Lazard (1999b:304) ejemplifica los verbos de “semantismo tenue” con *faire*, *avoir* [hacer, tener], Cano Aguilar (1987:96-102, 104-105) dice del verbo *tener* que es uno de los verbos transitivos de significado más vago y que presenta una “relación innegable” con frases existenciales, así como usos atributivos-copulativos (lo mismo sugiere el autor con respecto a *perder* y construcciones de tipo *perder la virginidad*, *perder la vida*, 1987:119). Por su parte, Delbecque (2002:107) observa que “Los verbos frecuentes, e.g., *hacer*, *tener*, y *dar*, son muy productivos en la formación de predicados complejos con nominales deverbales. Puesto que éstos últimos portan la predicación, no pueden al mismo tiempo denotar un participante autónomo. Esto explica el formato relativamente fijo de la construcción, la dificultad de pasivizar y cliticizar el Objeto Directo nominal”. La frecuencia de aparición puede deberse a la naturaleza “comodín” de estos lexemas verbales en su uso como verbos ligeros, y la baja contrastividad es esperable puesto que no portan la carga de predicación.

- c. *Dat er veel taalkundigen in de kroeg zitten* [uso como verbo ligero]
que muchos (*de los) lingüistas están en el pub
- d. *Dat veel taalkundigen in de kroeg zitten* [uso pleno]
que muchos (de los) lingüistas están sentados en el pub

En (299b), el verbo *dar* utiliza su propio contenido para establecer un criterio semántico de filtración, de manera que solamente ciertos elementos semánticos puedan permearse entre el núcleo y el argumento, estableciéndose una relación temática estándar entre ambos. En (299a), el mismo verbo deja de utilizar al complemento como argumento y lo integra como parte del predicado. En este caso, el contenido del verbo está determinado casi totalmente por el complemento específico que tome. En otros casos, la interpretación del compuesto conserva muchas características de la interpretación literal ‘original’ pues se trata de una extensión figurativa de la misma (300).

(300) **Empleo literal-estándar vs. empleo extendido-metafórico**

- a. *Juan estiró la pata porque se le estaba quedando dormida.*
b. *Juan estiró la pata ¡y parecía estar tan sano y fuerte!*

En todos estos casos, el uso pleno vs. vacuo vs. metafórico implica un cambio con frecuencia radical del verbo. De Hoop lo describe en términos de contenido y Ramchand en términos de cambio de tipo extensional:

“Me gustaría aproximarme al análisis del cambio-de-tipo desde una perspectiva ligeramente diferente, y proponer que el cambio-de-tipo que está ocurriendo es en realidad entre diferentes tipos de verbo. La propuesta está basada en la intuición de que no es solamente un rasgo especial de las FNs marcadas inherentemente con caso débil lo que permite esta relación de modificación de predicado con el verbo, sino un hecho acerca del verbo mismo. Después de todo, es el verbo el que asigna un θ -rol al argumento, y el que le asigna su caso.” (Ramchand 1997:111)

Ramchand señala, crucialmente, que puesto que es el verbo el que selecciona la frase nominal y le asigna papel temático, la relación entre verbo modificado y pseudo-objeto ha de originarse precisamente en un cambio en el verbo mismo. Su propuesta de cambio de tipo para dos ocurrencias del mismo verbo se restringe a casos como

(306) —*comimos pastel* vs. *nos comimos el pastel*— y por sí sola tendría dificultades para tratar todos los casos como (300), o bien, como (304) —*Igor hizo (una) mención de ese libro / Hacer {la/*Ø} comunión*— y (305) —*Dieron {Ø/la} vuelta*—.

Como muchas construcciones de verbo ligero se asemejan a construcciones fraseológicas (frases hechas o modismos), a veces se consideran como resultado de un proceso de composición léxico-sintáctica que sería el equivalente en las lenguas analíticas del proceso de incorporación morfológica de las lenguas polisintéticas (cf. Moreno Cabrera 1991:498). Así se habla de “incorporación sintáctica” tanto para (299a) —ejemplificación de (301a/b)— como para (300b) —ejemplificación de (301c/d)—. Cano Aguilar (1987:104-105, 125) es más prudente y solamente expresa que estas frases verbales son a menudo sustituibles por un verbo intransitivo (o transitivo si un oblicuo asciende a posición de objeto).

Moreno Cabrera (1991:494) define la noción de incorporación sintáctica de tal manera que aún caben subdivisiones en su interior: se nos dice simplemente que el nominal pasa a formar una unidad sintagmática con el verbo —conservando su autonomía morfológica— y que pierde sus características típicas de objeto directo. Pero dentro de esta caracterización negativa de “no-objeto” caben aún varias cosas. Los ejemplos que Moreno-Cabrera (1991:496-499) propone forman un conjunto heterogéneo: *Decir misa, saber latín, hacer caso, tener idea, tener agallas*.

En realidad parece que el caso de las construcciones fraseológicas como (299a) —*Dar un paseo / una vuelta*— debe mantenerse aparte como un caso especial porque el complemento integrado como parte del predicado presenta peculiaridades con respecto a los pseudo-objetos regulares. Esto se debe al contexto especial en que se encuentra inserto. Puesto que no estamos ante una frase verbal transitiva ‘normal’ no podemos esperar que el complemento se ajuste a un comportamiento estándar. Veamos la peculiaridad de estas construcciones de apariencia transitiva.

(301) **Construcciones transitivas especiales de verbo ligero y/o de extensión metafórica**

- a. Sus complementos pueden ser tanto nominales escuetos como frases nominales ‘plenas’, al menos desde el punto de vista sintáctico (son frases con determinante), y el hecho de que éstas últimas no siempre sean sustituibles por clíticos de objeto o no sean pasivizables es adjudica-

ble al carácter fraseológico de la construcción, más que al objeto mismo.

- b. En la vertiente semántica, los complementos de construcciones como (a) casi nunca representan un participante de una situación, sino que son el cuerpo mismo de la situación (*comer torta* / **tortear*; pero *dar un paseo* / *pasear*). (cf. Cano Aguilar 1987:48-55, 104-105)
- c. Una segunda clase de construcción tiene como característica que la expresión compleja suele formar un compuesto de significado un tanto impredecible a partir de sus componentes (291) y (300b) *supra*. En estos casos, la situación referida por la frase verbal no puede deducirse ni del verbo (usos plenos) ni del complemento (usos vacuos de un verbo) sino que debe deducirse de una extensión metafórica de la frase verbal toda (cf. Cano Aguilar 1987:55-56 y de Miguel 1999:2999-3000 que también observa que en expresiones idiomáticas, las características aspectuales de la frase verbal no son predecibles a partir de sus componentes).
- d. Los complementos de construcciones como (c) no representan tampoco un participante pero tampoco representan la situación misma.

El punto (301a) es claramente notado por de Hoop:

“Otras FNs fuertes que sintácticamente deben ser caracterizadas como objetos verdaderos, pueden funcionar como parte del predicado en entornos específicos, por ejemplo en expresiones como *do the dishes*.” (de Hoop 1996:239)

El punto (301b) es señalado por Alonso Ramos (2004) como argumento en contra de una visión “incorporacionista” de las construcciones fraseológicas o con verbo de apoyo. Alonso Ramos (2004:233) describe la incorporación de objeto como un proceso morfológico especial de composición.

“En resumen concluiré señalando que no es necesaria la noción de incorporación sintáctica para reflejar la especial unidad semántica y sintác-

tica entre el verbo y el nombre. Decir que un nombre se ha incorporado sintácticamente al verbo no explica nada sobre cuál es la relación sintáctica entre esas formas de palabra. Simplemente indica que se trata de una relación estrecha. La incorporación en su sentido ordinario, acarrea la consecuencia de que la posición sintáctica de objeto queda libre para ser ocupada por otro actante.” (Alonso Ramos 2004:253)

Evidentemente esto último no se da con los pseudo-objetos los cuales no liberan la posición de objeto (aunque debemos advertir que en muchas lenguas con incorporación en su sentido ordinario —p. ej., el náhuatl clásico—, la posición de objeto desaparece en vez de quedar libre y por tanto no siempre puede ser ocupada por un segundo objeto):

- (302) a. **Amanda vendió artesanía una vela*
 b. **Juan pintó muros dos cuartos de la casa*

La autora señala, a partir de Benveniste (1974), algunos residuos en lenguas europeas de procesos similares representados por verbos como *mantener* (incorporación de *mano*) en español, y *maintenir*, *sau-poudrer*, *colporter* en francés; expresiones en las que un actante ha pasado a formar parte del verbo. Advierte, en cambio, contra la confusión entre estos casos —genuinamente incorporantes— y otros similares como los pares *mencionar* / *hacer mención*, *pasear* / *dar un paseo*, *ordenar* / *dar una orden*; *anotar* / *tomar nota*; *alardear* / *hacer alarde*; *usar* / *hacer uso*; *responder* / *dar respuesta*, *alcanzar* / *dar alcance* en que ningún actante ha sido incorporado. Notemos que la incorporación con *hacer* en pares *hacer uso* / *usar*, *hacer mención* / *mencionar* es la paráfrasis de la incorporación ‘profunda’ propuesta por la semántica generativa para los sentidos incoativo y causativo de un predicado que vimos con los ejemplos (13)-(14)-(15) en 1.3.1.2.1, p. 72 —*estar duro x*, *endurecer(se) x*, *endurecer (x, y)*— (cf. Cano Aguilar 1987:48-51). Evidentemente, el proceso de integración de un complemento como “parte del predicado” tiene a primera vista mucho de similar a una incorporación morfológica en lenguas polisintéticas, lo cual hace tentador proponer una incorporación ‘sintáctica’ en todos estos casos de oraciones biactanciales-bipolares regulares y de construcciones con verbo ligero. Mendívil (1999:95; *apud* Alonso Ramos 2004:234) propone que la construcciones con verbo ligero como *hacer mención* son un paso previo a la incorporación morfológica que representa el verbo *mencionar*. Masullo (1996:175, 197 *apud*

Alonso Ramos 2004:240), por su parte, trata dichas construcciones con verbo ligero o de apoyo como casos de incorporación encubierta a nivel de Forma Lógica.

(303) **Características de la construcción incorporante (Moreno Cabrera 1991:497-498; Alonso Ramos 2004:235-236)**

- a. el nombre se ve restringido sobre las modificaciones sintácticas que puede recibir
- b. el verbo incorporante pierde un argumento, el compuesto es de menor valencia
- c. la construcción incorporante tiene un significado más genérico/habitual que la construcción paralela transitiva
- d. el nombre incorporado carece de referencia
- e. la construcción incorporante tiende a la fraseologización

Alonso Ramos (2004) observa que las características de (303) se distribuyen, en realidad, entre distintas clases de construcción. Por ejemplo, (303a) estaría asociado a un sintagma especial que sí podría denominarse, por analogía, como de incorporación sintáctica. (303b), en cambio, debería señalar a la incorporación morfológica puesto que parece dar lugar a una forma compuesta de palabra. La incompatibilidad entre (303b) y la noción de ‘fenómeno sintáctico’ es la aparente paradoja que notan Lazard y de Hoop: el pseudo-objeto es, a la vez, parte de un lexema y una expresión que ocupa una posición sintáctica; es un actante y requiere asignación de Caso pero no es un complemento objetual. La frase verbal con dicho pseudo-objeto, a la vez es transitiva e intransitiva: consta de un complemento que, a pesar de las diferencias, se asemeja al objeto directo de la construcción transitiva, pero, por otra parte, carece de marcas de objeto (pronominales y/o morfológicas) y, en ocasiones, puede omitirse. En este contexto, (303e) parece un criterio introducido como elemento conciliador en esta paradoja: la fraseologización es un modo sintáctico de admitir algo semejante a la composición léxica. El otro elemento conciliador sería el concepto tesnieriano de núcleo disociado (cf. Cano Aguilar 1987:48-55, 104-105, que habla de “lexías complejas” para construcciones con verbos ligeros de tipo *hacer* y *tener* que a menudo pueden sustituirse por un solo verbo).

Pero Alonso Ramos (2004) señala numerosas divergencias entre las construcciones de verbo ligero (núcleos disociados)¹⁶⁴ y (303a). Un objeto coalescente no admite la determinación en la medida en que la frontera entre objeto pleno y despolarizado es —en romance (cf Herslund 2002)— coextensiva de la oposición entre nominales con / sin determinante. Los complementos de las construcciones con verbo de apoyo (o ligero) tienen definitivamente más tolerancia.

(304) **Tolerancia de las frases con verbo de apoyo a los determinantes (Alonso Ramos 2004:197-198, 237)**

- a. *Igor hizo (una) mención de ese libro*
Agnes tomó (un gran) impulso
Susana dio (la) orden de salir a las niñas
Nancy pone (el) énfasis en defender la dignificación de la Universidad
- b. *Hacer {la / *Ø / *una / *poca} comunión*

Podría argumentarse simplemente que el contraste entre complemento escueto y articulado se repite en (304a), es decir, que los ejemplos ahí encontrados no son distintos de, por ejemplo, *tomar (una copa de) vino* o bien de (306) *infra*. Sin embargo, (304b) y (305) muestran que la oscilación entre determinación y no-determinación es más idiosincrática y no forma parte del sistema de transitividad que alterna objetos argumentales plenos con pseudo-objetos despolarizados en (306) mediante la oposición articulado / escueto.

(305) **Construcciones con verbo ligero**

- a. *Dieron {Ø / la / una / mucha} vuelta*
- b. *Dieron {Ø / las / unas / muchas} vueltas*
- c. *Dieron {*Ø / el / un / ??} mucho} paseo*
- d. *Hicieron {Ø / el / un / mucho} escándalo*

¹⁶⁴ El detallado estudio de Alonso Ramos (2004:214, 226, 248) hace distinciones que no revisamos aquí, entre, por ejemplo, una CVA (Construcción con Verbo de Apoyo) y un “frasema completo”. Estos últimos presentan un grado de fusión más notorio en el sentido de que no permiten procesos sintácticos admitidos por las CVAs (relativización del complemento, coordinación de varios complementos, etc.). Con todo y las divergencias, ambas construcciones tienen en común —entre ellas y con los objetos despolarizados regulares— la pérdida de propiedades sintácticas.

- (306) **Frasas verbales transitivas de creación/consumo**
- a. *Comimos* ({ \emptyset / **el* / **un*} *pastel*) [atélico]
 - b. *Comimos* ({ \emptyset / **los* / **unos*} *pasteles*) [atélico]
 - c. *Nos comimos* * ({* \emptyset / *el* / *un*} *pastel*) [télico]
 - d. *Nos comimos* * ({* \emptyset / *los* / *unos*} *pasteles*) [télico]

En Delbecque (2002:107) se examinan brevemente las construcciones existenciales y las de núcleo dissociado (verbo semánticamente ‘vacuo’). Se constatan divergencias entre el comportamiento de estos complementos con respecto a los pseudo-objetos regulares. Verbos como *dar*, *tener*, *hacer* son muy comunes en la formación de predicados complejos en forma de núcleos dissociados (Tésnière) o colocaciones (Alonso Ramos). Se asocian con nominales deverbales o capaces de denotar evento y como éstos portan el contenido semántico de la predicación, no pueden ser interpretados simultáneamente como participantes (Delbecque 2002:107). A su vez los enunciados existenciales carecen de dos participantes. Ésta sería la causa, en ambos, de que no pueden ser marcados mediante preposición (307a)-(308). Delbecque señala que la cliticización es difícil para los verbos ‘vacuos’, sin embargo, podemos constatar con (308a) que ocasionalmente es posible (no así la pasivización).¹⁶⁵

- (307) **Construcciones existenciales**
- a. *Hay* { \emptyset / **a*} *muchos estudiantes que no saben latín* / **Los** *hay*
 - b. *Hay* { \emptyset / **el* / *un* / *mucho*} *estudiante que no sabe latín*
 - c. *Hay* { \emptyset / **los* / *unos* / *muchos*} *estudiantes que no saben latín*
- (308) **Construcciones de verbo ligero o ‘vacuo’**
- a. *Hicieron* { \emptyset / **a*} *escándalo* / **Lo** *hicieron*
 - b. *Dieron* { \emptyset / **a*} { \emptyset / *la* / *una*} *muerte al celador* / **Se la dieron*
 - c. *Dieron* { \emptyset / **a*} {* \emptyset / *el* / *un*} *paseo* / ***Lo** *dieron*

¹⁶⁵ Delbecque (2002:110) argumenta que, en algunos casos, inclusive complementos que no representan verdaderos argumentos —sino que forman predicados complejos con el núcleo— pueden, además de tomar clítico acusativo, pasivizarse. Sin embargo todos los ejemplos en cuestión tienen complementos que, o bien de hecho sí representan argumentos, o bien son interpretados como si introdujeran literalmente una entidad, es decir, como argumentales. Reproduzco los ejemplos de Delbecque: *Toma la palabra. La toma por fin. Luego será tomada por otro. / Terminarán pronto la sesión. [La terminarán / será terminada] pronto. / Esta decisión posibilitó la construcción del puente.*

En (308b/c) observamos que la marcación con clítico no siempre es posible, y que precisamente donde pudiéramos esperarla no se da: cuando el complemento que forma el predicado complejo es obligatoriamente una frase articulada (308c). Las construcciones de núcleo disociado, o de ‘predicado complejo’, como las llama Delbecque, son más rígidas y menos regulares en su comportamiento sintáctico.

El trío de ejemplos (309)a-c tomados de Cano Aguilar (1987:98, 101, 102, 105) muestran a un mismo verbo actuando como verbo existencial, como verbo atributivo-copulativo y/o como verbo ligero, usos a los que podemos añadir el sentido ‘transitivo’ de *tener* como denotador de una relación entre un objeto y una persona (309d).¹⁶⁶ Cano Aguilar (1987:102-103) empareja la transición articulado/escueto en (309)a-b con el paso de “existencia” a “esencia” y de una construcción existencial a una atributiva-copulativa.

(309) **Usos existencial, copulativo y de apoyo del verbo *tener* (Cano Aguilar 1987)**

- a. *Allí, a mano derecha, tenía la verja de la casa por la que preguntaba*
- b. *Juan tiene inteligencia / tiene hambre*
- c. *El filósofo tiene la sensación de estar navegando a la deriva*
- d. *¿Tienes el libro que te pedí? Sí, sí lo tengo*

Las construcciones existenciales presentan un predicado poco contrastivo al igual que las construcciones con verbo de apoyo o ligero, pero en las primeras la interpretación del verbo no depende del complemento, como sí sucede en las segundas. En este sentido son un interesante caso intermedio entre las construcciones transitivas regulares como (306)-(311) —*Nos comimos el pastel / Juan come carne*

¹⁶⁶ Esto ocurre en cierta medida también con *hacer*. Cano Aguilar (1987:50) observa que ciertas ocurrencias de *hacer* con el clítico *se* funcionan de manera semejante a verbos copulativos con la adición del sentido incoativo (*La gritería {se hizo / era} ensordecedora*). Los verbos copulativos —una clase particular de “verbos de apoyo”— usualmente pueden pronominalizar el predicado nominal pero no pasivizarlo, aunque la pronominalización atributiva no concuerda con el complemento: *La muchachita es una babosa, La muchachita lo /*la es* (Cano Aguilar 1987:60). Por otra parte, estos usos de *hacer* delatan una oscilación entre un funcionamiento como estructura atributiva “intransitiva” —*hacer* copulativo— y una predicativa “transitiva” —*hacer* con sentido general de actividad— (Cano Aguilar 1987:48, 50, 53, 56-58).

y *verduras*— y las construcciones de verbo ligero (o con verbo pleno usado como ‘ligero’) como (304a/b) —*Igor hizo (una) mención de ese libro / Hacer {la/*Ø} comunión*—, por un lado, y las construcciones metafóricas/fraseológicas como (291) y (300b) *supra* —*Juan estiró la pata, Juan metió la pata*—, por otro lado. Cabe recordar que son las construcciones existenciales las que proporcionan la motivación empírica inicial para la dicotomía entre frases nominales fuertes y frases nominales débiles como hemos mostrado de nuevo en (307b/c) —*Hay {Ø/*los / unos / muchos} estudiantes que no saben latín*—.

Una distinción entre los compuestos con verbo ligero y las frases verbales usuales es que, en coordinación, requieren la repetición del núcleo verbal, contrariamente a lo que sucede con las frases verbales en las que el complemento es un participante. En (310) presentamos ejemplos, retomados de Delbecque (2002:107), de núcleos disociados en coordinación.

(310) **Coordinación de complementos de verbos ligeros**

- a. *Hicieron huelga e {hicieron /*Ø} una parada en Bruselas*
- b. *La ciudad da cabida a varios parques y {da /*Ø} cobijo a muchos refugiados*¹⁶⁷

Veamos ahora qué sucede con construcciones tripolares y bipolares más típicas (311)

(311) **Coordinación de frases verbales transitivas de creación/consumo**

- a. *Juan se comió el pastel y {se comió /Ø} las natillas*
- b. *Juan come carne y {come /Ø} verduras*

Los pseudo-objetos pueden coordinarse sin repetir el núcleo verbal (311b), así como lo hacen los objetos articulados de (311a) y contrariamente a lo que sucede en (310). Esto podría tomarse como indicio de que los compuestos de tipo (311b) deben generalmente distinguirse de los de (310). Sin embargo, lo que parece ser una prueba práctica y esperanzadora, termina por no ser concluyente. Delbecque (2002:107) hace notar que en ciertas circunstancias, las

¹⁶⁷ Delbecque presenta el enunciado *La ciudad da cabida a varios parques y cobijo a muchos refugiados* como agramatical pero parece gramatical, lo que muestra que la posibilidad / imposibilidad de omitir el verbo en coordinaciones no es una prueba contundente.

frases verbales de predicado complejo (de verbo ‘vacuo’ con complemento no argumental) pueden, de hecho, coordinarse y omitir el núcleo (312).

(312) *Pocos sacaron beneficio o {sacaron / Ø} provecho de la situación*

La explicación de Delbecque es que estos complementos de las frases verbales a coordinar son casi sinónimos, de manera que la omisión del núcleo vuelve a ser permisible. Pero entonces algo similar podríamos pensar de (311b). Como ambos complementos refieren a comida, la alternancia entre ambos no altera profundamente el significado de la frase verbal, en la coordinación es entonces posible omitir el núcleo aunque el pseudo-objeto forme un predicado complejo con él. En caso contrario, la elisión ya no es posible, de modo que (313) se asemeja a (310)

(313) *En la playa, come hombres para el deseo y {come /*?Ø} frutas para el hambre*

Alonso Ramos (2004:226) señala que la imposibilidad de coordinar diversos complementos no necesariamente se sigue de que verbo y complemento están fuertemente unidos, de manera que la ausencia de contraste entre (311a) y (311b) no indica una falta de cohesión entre pseudo-objeto y verbo (en tanto que puede coordinarse al igual que el objeto polarizado). La imposibilidad de coordinar frases con verbo de apoyo puede deberse a la forma (314). Una de las frases verbales coordinadas no existe más que en plural (314a), por ejemplo, o bien el complemento selecciona un verbo de apoyo distinto (314b):

(314) **Coordinación de complementos de verbos ligeros: imposibilidad ‘formal’**

- a. **El jefe dio instrucción y orden de salir* [*dio instrucción / dio instrucciones]
- b. **Juan hizo un propósito y una determinación definitivos* [*hacer una determinación / tomar una determinación]
- c. *Perdí la paciencia y {el /*mi} entusiasmo*

(ejemplos de Alonso Ramos 2004:226-227)

Por último, (314c) muestra que es la distinta determinación en los coordinados lo que bloquea el proceso. Sumado a esto tenemos factores semánticos.

(315) **Coordinación de complementos de verbos ligeros: imposibilidad ‘semántica’**

- a. **El niño da libros y golpes a María*
- b. **El presidente del equipo compró al árbitro y varias instalaciones deportivas*
- c. **Hizo un berrinche y la lavadora*

(ejemplos a/b de Alonso Ramos 2004:227)

En (315a/b) tenemos el caso de dos complementos que no pueden coordinarse mediante elisión del verbo, porque uno de ellos involucra el uso ‘pleno’ del verbo —*dar libros, comprar varias instalaciones*— y el segundo involucra un uso ‘ligero’ apoyado en extensión metafórica —*dar golpes, comprar al árbitro*— (Cano Aguilar 1987:124-125 vincula la vaguedad semántica de *dar* y su naturaleza de comodín o “archilexema” a la posibilidad de aceptar múltiples extensiones metafóricas). En (315c) tenemos que si el verbo ligero *hizo* depende totalmente de sus complementos para adquirir significado propio, no pueden coordinarse ambas frases verbales por elisión: los complementos son demasiado distintos por lo que el verbo ligero no “significa lo mismo” en sus dos ocurrencias (compárese con (312) —*Pocos sacaron beneficio o {sacaron / Ø} provecho de la situación*—).

En general puede observarse que las características señaladas en (303) —página 531— efectivamente se distribuyen entre distintas clases de construcción, a saber, 1) construcciones biactanciales-bipolares regulares que alternan con construcciones biactanciales-tripolares de mismo significado, p.ej., (306)/(311) —*Nos comimos el pastel / Juan come carne y verduras*—; 2) construcciones de núcleo disociado con verbo ligero, con las características señaladas en (301a/b) página 528, p.ej., (305)-(308) —*Dieron un paseo / Hicieron escándalo*— y; 3) construcciones cuya interpretación se basa en una extensión metafórica de una frase transitiva, con características señaladas en (301c/d) página 529, p.ej., (291)-(300) —*Juan estiró/ metió la pata , Juan entregó el equipo*—.

A pesar de las diferencias, a menudo notorias, las tres clases están conectadas. (3) está conectada al sentido literal del hermano tripolar de (1) —(300a) , *Juan estiró la pata porque se le estaba quedando dormida*—, o bien al sentido literal de la propia construcción bipolar —p.ej., *parir chayotes / tragar camote*—. Si nos fijamos en las construcciones transitivas especiales descritas en (301) *supra*, abundarán ejemplos que, desde algún punto de vista, caigan bajo ambas descripciones (301a/b) y (301c/d). Por ejemplo, *hacer la limpieza* ¿es un

verbo ligero cuyo significado se encuentra totalmente alojado en su complemento (*hacer la limpieza* vs. *limpiar*), o bien, es una extensión metafórica del uso pleno del verbo *hacer* (interpretado como *fabricar* / *realizar*) ? Cualquier respuesta es casi inevitablemente arbitraria, de modo que (2), a su vez, tiene zonas de intersección con (3).

3.6.5.4. LA CONTINUIDAD DE LAS FUNCIONES ADVERBIALES Y DE LOS DIVERSOS COMPLEMENTOS ‘PARTE DEL PREDICADO’

Veamos si, a pesar de las diferencias, puede haber un fondo común a las lecturas de los complementos “como parte del predicado”. En el traslape entre las funciones de objeto y de adverbio, Sanders señala la función de convertir predicados menos específicos en otros más específicos.

“Todos los adverbiales, en otras palabras, pueden posiblemente construirse como modificadores semánticos, u operadores predicacionales, que funcionan para convertir componentes predicacionales menos específicos en más específicos. De hecho, esta declaración subyace, explícita o implícitamente, a todos los estudios concertados de la semántica adverbial que me son conocidos, [...] y esto parece ser en general algo apropiado para decir de al menos la mayoría de los adverbios en la mayoría de las situaciones.” (Sanders 1984:226)

Además, señala que las características más generales de los adverbios no pueden constituir un criterio de delimitación entre frases con función adverbial y frases con función de objeto:

“Cierta número de estas características están también asociadas con la clase de los tipos de construcción tradicionalmente referida como objetos o complementos objetivos de los verbos, y ha sido reconocido que, en términos de uno o más criterios seleccionados de objetividad [*objecthood*], ciertas subclases de expresiones adverbiales son más como objetos que otras. [...] Más aún, algunos objetos no funcionan como argumentos para nada, [...]” (Sanders 1984:221, 225)

Evidentemente, el caso en que un complemento de objeto aporta todo su significado al verbo sería un caso límite de este proceso de especificación de corte adverbial. Lo interesante aquí es que si esta función hace del adverbio u objeto “modificador-especificador” algo

generalmente dispensable como en (316a), en el caso extremo de un verbo cuyo significado depende totalmente de dicha especificación, el mismo elemento se vuelve indispensable (316b).

(316) **La especificación del significado verbal: de dispensable a indispensable**

- a. *Juan caza (tigres) / Juan comió (pizza)*
- b. *Juan hizo *(puente)*

Pero ya vimos que los lindes entre las distintas construcciones que son formalmente transitivas, al menos en lo que a presentar un complemento se refiere, son lindes a veces muy difusos. Algunos casos son de difícil clasificación. Herslund (2002), por ejemplo, termina enredándose debido a la gradualidad de la función especificadora de los complementos y describe al “argumento fundamental” (un objeto directo pleno) del mismo modo en que Lazard y de Hoop describirían precisamente al no-argumento “pseudo-objeto” directo:

“Todo verbo especifica un argumento fundamental, que contrae una conexión particularmente cercana con el verbo y constituye un predicado sintáctico con él. Este argumento fundamental es el argumento del verbo que está sujeto a las más severas y precisas restricciones seleccionales, y es el argumento que especifica la lectura de los verbos polisémicos, cf. los diferentes significados de un verbo como *tomar* de acuerdo con que su argumento fundamental, el objeto, es *el dinero, una aspirina, el tren*, etc. El argumento fundamental es el objeto de las construcciones transitivas y el sujeto de las construcciones intransitivas. Mientras que el argumento fundamental constituye el predicado junto con el verbo, otro argumento, el sujeto, constituye una predicación y por tanto una proposición con el así constituido predicado.” (Herslund 2002:16)

El ejemplo de especificación que Herslund proporciona es precisamente un caso de lexema verbal que oscila entre un significado literal y diversas ocurrencias como verbo ligero o bien en construcciones con extensión metafórica. Cano Aguilar (1987:26, 31) incluye entre los criterios de transitividad el de la “indeterminación semántica del verbo, que exige una precisión significativa” así como el de la cohesión entre verbo y complemento, i.e., la “densidad del grupo”, criterios que apuntan más bien a la vertiente “incorporante” de la transitividad, los núcleos disociados y las frases verbales de objeto

escueto. Por otra parte, dicho autor relaciona la posibilidad de “usos absolutos” (i.e., frases verbales con el objeto directo elidido) con verbos transitivos cuyos significados remiten a “acciones muy específicas y concretas” o están “especializados” (1987:76-77, 87-88, 91, 111, 114-115) —*bailar, barrer, leer, cantar, comer, beber, fregar, conducir, ganar, comprar*— de manera que sus objetos no especifican en mayor medida un significado ya dado: la omisibilidad es interpretada como seña de que dichos objetos son variedades de un objeto cognado o “interno” (Cano Aguilar 1987:78-79). (Del mismo modo explica la omisibilidad de complementos preposicionales locativos con ciertos verbos de movimiento 1987:84, 86). Cano Aguilar (1987:22-23, 26, 28) también observa que algunos autores proponen una gradación en la que la transitividad es una relación verbo-complemento de cohesión intermedia entre la relación de *inherencia* (cohesión máxima del tipo “núcleo disociado”/ verbo ligero + complemento) y la relación de *circunstancia* (cohesión nula, por ejemplo entre verbo y adjuntos circunstanciales).

(317) **La especificación del significado verbal como cuestión de grado**

a. *Juan comió (pizza)*

a'. *Juan se comió la pizza*

b. *En algunas regiones, la gente ingiere *(pimienta) en cada comida*

c. *Pablo arregla *(coches)*

d. *Marcelino recorrió *(kilómetros)*

e. *El franelero golpeó *(perros) toda la tarde*

f. *ver *(tele)*

f'. *ver la tele*

g. *La abuelita hace *(galletas) para consentir a los nietos*

g'. *La abuelita hace las/unas galletas para consentir a los nietos*

Si vemos un caso como (317a) tenemos al clásico pseudo-objeto actuando como simple modificador adverbial y, como se espera, puede omitirse fácilmente. En (317b-g), en cambio, la omisión ya no resulta tan cómoda como en (317a). En (317b-g), tenemos ya una clara obligatoriedad en la presencia de los ‘pseudo-objetos’ modificadores. Ocasionalmente mostramos (317)a’/f’/g’ que en todos estos casos el complemento sigue estando en alternancia con el objeto directo pleno. Una parte de la solución es considerar que en los casos de presencia obligada, las frases modificadoras son semánticamente

indispensables debido a que hacen mucho más que solamente especificar un significado ya dado, y por tanto se acercan un poco más a ‘adverbios de quiddidad’ (‘arreglar coches’ puede llegar a considerarse como muy diferente de ‘arreglar cuestiones legales’).¹⁶⁸ La otra parte de la solución podría estar en considerar que muchos de los objetos despolarizados siguen saturando una posición argumental del predicado verbal en determinados contextos interpretativos (esto es esperable en virtud de su condición doble de objetos y adverbios modificadores).

Mientras que el pseudo-objeto únicamente especifica el significado original del núcleo verbal (como en *cazar leones vs. cazar antílopes*) —construcciones de clase (1) *supra*—, en vez de alterarlo completamente, y los complementos escuetos o determinados de verbos ligeros le aportan el significado, como un caso extremo de especificación —clase (2) *supra*—; tenemos que el complemento integrado “como parte del predicado” mediante extensión metafórica del sentido literal (como en *Juan estiró la pata*) no especifica por sí mismo, ni de manera predecible, el significado del compuesto verbal. Estas diferencias pueden verse como resultado de una progresión que nos lleva de una mayor regularidad a una mayor impredecibilidad, tanto en la forma como en la interpretación. Todos los complementos en (317) siguen formando parte de la alternancia sistemática entre objetos articulados-polarizados y escuetos-despolarizados, sin embargo, solamente (317a) permite la omisión libre del pseudo-objeto, en tanto que (317b-g) la prohíbe. Aunque sigue habiendo alternancia articulado/escueto en (317f/g), estos ejemplos empiezan a mostrar peculiaridades propias de las construcciones de clase (2) con verbo ligero. El complemento con determinante de (317f) puede interpretarse de manera análoga a (317a’) como objeto referencial independiente (se está viendo una tele específica). Pero también puede interpretarse en analogía a (318a/b) en que el objeto pleno no alterna con un objeto escueto sino que forma parte del predicado y no es referencial. Es decir, el verbo *verse* interpreta aquí como una especie de verbo ligero. Lo mismo sucede con (317g/g’) y (318) puesto que *unas/las galletas* puede tener una interpretación no-referencial a pesar de los determinantes.

¹⁶⁸ También Wyngaerd (2001:84) señala la importancia del contenido semántico relativo que tenga un verbo transitivo en el tipo de comportamiento que presente su complemento: “some transitive verbs are analyzible as instances of the light verb construction, and with others the direct object functions as an event delimitter (e.g. *mow the lawn, read a book*)”.

- (318) a. *Hacer el paro* (= ayudar) / *hacer paro* (= huelga)
 b. *Hacer la lavadora* / **hacer lavadora*
 c. *El proyecto de nación hace {agua / *el agua} por todos lados*

Observamos que la interpretación tiende a ser menos regular en ejemplos como (317)f/f'-g/g' y oscilan dependiendo de si el punto de referencia son las construcciones transitivas 'regulares' o las construcciones de verbo ligero. En (318) es evidente que la irregularidad aparece en las formas: ciertas construcciones permiten sólo el complemento escueto singular (318c), otras solamente el escueto plural (*parir chayotes*), otras más aceptan ciertas combinaciones de complementos escuetos y determinados con significado distinto (318a) o con el mismo significado (317f/f'). Todo ello es raramente predecible y, por supuesto, la clara oposición de FN escueta vs. FN determinada, junto con sus efectos regulares a nivel de interpretación, se han desvanecido. Cano Aguilar (1987:55) parece inclinarse por considerar que a pesar de lo impredecible de estas construcciones que deben evaluarse "en cada caso concreto", la oposición articulado/escueto ejerce cierta influencia, de manera que "La unidad semántica de estos grupos parece mejor conseguida desde el momento en que el objeto directo formal se construye sin artículo".

Alonso Ramos (2004:249-250) recomienda tener clara la distinción entre construcciones de verbo ligero y frases verbales bipolares regulares, sin embargo, aplica el término de *objeto despolarizado* a los complementos de ambos, basándose en que los dos se presentan "con ciertos rasgos fraseológicos (sin determinación, dificultad de modificación, proximidad del verbo, etc.)".

"Algunos de los nombres de las CVA [Construcciones con Verbo de Apoyo] que he estudiado aquí podrían ser tratados como objetos directos fraseologizados, pero no todos. Ya se ha verificado que no son pocos los nombres de CVA que admiten la determinación y el desplazamiento." (Alonso Ramos 2004:252)

Si los verbos ligeros dependen en mayor o menor grado de sus complementos para establecer un significado preciso, podemos aplicarles la observación de Carnap con respecto a las expresiones sincategoremáticas:

"En cuanto a saber dónde va el corte entre las expresiones que no tienen, o tienen poco, de independencia de significado (las expresiones

“sincategoremáticas” en la terminología tradicional) y las que tienen esa independencia en un muy alto grado y son a considerar como designadores, es esto, parece ser, más o menos una cuestión de convención.” (Carnap 1988 [1956]:7)

Si hemos de considerar la clasificación de las frases verbales como una labor discreta nos vemos enfrentados a la arbitrariedad. El mismo Lazard señala esta problemática de clasificación con respecto a los ‘objetos cercanos’:

“Son calificadores [*qualifiers*] del predicado más que términos de la cláusula. Es en esta área de máxima cercanía que los ‘objetos internos’, ‘objetos cognados’ y adverbiales similares a objetos se encuentran. Pero no parece haber una frontera nítida entre estos determinantes cercanos del predicado y los términos que son considerados como objetos reales. Todas son simplemente diferentes posiciones dentro de la ‘zona de objeto’” (Lazard 1998:96)

A esto se añade que el continuo funcional adverbios-objetos suele aflorar translingüísticamente en manifestaciones formales, como el hecho de compartir la misma marca de caso (3.5.1.5., página 371 *supra*). El panorama de las posibles combinaciones entre tipos de objetos y tipos de interpretaciones para una frase verbal y su objeto (téllicas/atélicas, argumentales/no-argumentales) son pues, mucho más complicadas y variadas de las que en un inicio habíamos supuesto. En particular, si las fronteras entre clases de construcciones con complemento directo, polarizado o despolarizado, no son fronteras tajantes, las hipótesis que manejemos para alguna de estas clases no puede desentenderse del todo de las clases restantes. Sin embargo, con respecto a la regularidad de la alternancia entre objetos polarizados y despolarizados mediante el recurso formal de objeto escueto vs. objeto articulado (para usar los términos de Herslund), podemos decir que dicha regularidad está circunscrita —así sea de una manera no absoluta— a ciertas construcciones transitivas, a saber, aquellas cuyo verbo suele entenderse con significado propio (así sea relativamente pobre), es decir, que define por sí mismo a alguna clase de situación, y cuyo complemento suele interpretarse como descripción de algún participante más que como la descripción —parcial o exclusiva— de la situación referida.

3.7. CONCLUSIÓN: LAS DOS HIPÓTESIS, ¿SON EXCLUYENTES O COMPLEMENTARIAS?

“Creo que está fuera de lugar mostrar que un bando tiene toda la razón y el otro está completamente equivocado. [...] Cada uno de ellos necesitaría sufrir un cierto número de explicaciones y ajustes, pero cada uno de ellos podría ser llevado consistentemente hasta sus últimas consecuencias. Lo que es más importante aún: cada uno de ellos es *razonable*. En lugar de intentar mostrar que uno es totalmente correcto y el otro totalmente erróneo, es más instructivo el ver de qué modo son razonables los dos, de qué modo representan ambos diferentes maneras de ser influido por los hechos.” (Strawson 1983b [1964]:98)

Hemos recorrido un largo camino tras el cual cabe preguntarse si hemos de elegir una de las dos hipótesis (I)-(II) como aquella que describe más naturalmente a las frases verbales con alternancia de telicidad.

Hipótesis (I): en (319b) hay un argumento-paciente no cuantizado (implícito en 319c) que se proyecta homomórficamente al argumento de evento, al igual que en el ejemplo (319a). La frase verbal resulta atélica porque las propiedades del rol temático incremental proyectan la estructura no-cuantizada del argumento-paciente al argumento de evento.

Hipótesis (II): en (319b) no hay ningún argumento-paciente, sino que el complemento actúa como modificador adverbial, razón por la cual la frase verbal es atélica al no tener argumento-paciente sobre el que medirse.

La hipótesis de la composición uniforme (I) tiene la ventaja de asemejar la interpretación de las frases verbales atélicas-bipolares a la interpretación de las téticas-tripolares. En ambos casos el núcleo verbal asigna el mismo rol temático y los efectos de telicidad / atelicidad se deben a la naturaleza del argumento introducido por el complemento. Al observar algo como (319) esto nos parece intuitivamente correcto.

- (319) a. *Comerse el pastel*
 b. *Comer pastel*
 c. *Comer _____*

Las diferencias de interpretación son mínimas y permanecen constantes entre pares semejantes con muchos otros verbos. Parece contraintuitivo considerar que entre *comerse* y *el pastel* en (319a) hay un rol temático que involucra los respectivo referentes pero que en (319b) no hay tal rol temático entre las expresiones porque *pastel* no introduce ningún referente.

En casos de frases verbales con extensión metafórica, como (320) la telicidad o atelicidad no se infiere en relación directa al complemento sino en relación a la situación que la interpretación metafórica de toda la frase verbal señala.

- (320) a. *Juan metió / estiró la pata*
 b. *Anda pariendo chayotes con la tesis*

Sin embargo, y a pesar de la fraseologización, los roles temáticos entre verbo y complemento parecen seguir siendo recuperables a través de la relación metafórica entre el evento señalado y el significado literal de la frase. También siguen teniendo su significado propio el verbo y el complemento, puesto que en ellos se apoya la extensión metafórica en proceso de fraseologización. La naturaleza del referente introducido por el complemento es, no obstante, muy nebulosa. Hasta aquí la primera hipótesis no tiene grandes problemas, salvo éste último. Tenemos predicados con significado que parecen asignar roles temáticos a sus complementos. La piedra en el zapato es que dichos roles temáticos se caracterizan como implicaciones sobre los referentes, referentes que en (320) son algo fantasmales. Veamos qué sucede con las construcciones de verbo ligero al estilo Tésnière, es decir, con verbo casi totalmente vacuo.

- (321) a. *Hacer mención*
 b. *Hacer agua por los cuatro costados*
 c. *Dar un paseo*

Aquí sí tenemos serios problemas. No queda nada claro cual es el papel temático asignado al complemento, o —en términos más detallados— cuál es la implicación léxica con respecto al referente introducido por el complemento. Las razones son casi obvias: ¿acaso

introducen estos complementos referente alguno? Peor aún: los núcleos verbales de (321), si son predicados, son predicados sin significado propio puesto que, para adquirir sentido, dependen totalmente de los complementos. El rol temático entendido como implicación de un predicado sobre sus argumentos, tal como se presentó en 3.2. *supra*, presupone que dicho predicado *tiene ya un significado definido*. En ausencia de tal significado previamente definido, la idea misma de implicación léxica o rol temático no tiene ningún sentido. Pero éste es precisamente el caso de (321).

Aclaremos lo siguiente: es evidente que en (320) y (321), para la mayor parte de los casos, las inferencias de telicidad o atelicidad toman otro camino que el de la composición verbo/complemento. ¿En qué afecta todo esto a la hipótesis si ésta suponía ser sobre inferencias de telicidad / atelicidad composicionales? En que la idea de tratar conjuntamente las frases verbales téticas y atéticas es atractiva en la medida de que “mata dos pájaros de un tiro”..., pero si para otras frases verbales debe desecharse la composicionalidad ‘uniforme’ y la idea de roles temáticos entre núcleo y complemento, no suena ya tan terrible la idea de dar un tratamiento separado a las frases verbales bipolares atéticas (322c) y tripolares téticas (322d) aunque tengan el mismo núcleo. Recuérdese que tenemos construcciones de un mismo verbo con uso ligero y con uso pleno (322a/b).

- | | | | |
|-------|----|----------------------------------|------------------------------------|
| (322) | a. | <i>Dar un paseo / una vuelta</i> | [uso como verbo ligero o de apoyo] |
| | b. | <i>Darle un regalo a alguien</i> | [uso pleno] |
| | c. | <i>Comer carne</i> | [atético] |
| | d. | <i>Comerse la carne</i> | [tético] |

La segunda hipótesis —que hace precisamente un tratamiento diferenciado de (322c/d)— tiene la ventaja de poder tratar conjuntamente, al menos en principio y aunque de manera más complicada, todos los casos (319), (320), (321). Si los complementos del tipo (322c) tienen una presentación y comportamiento formales distintos a los complementos del tipo (322d), —como efectivamente los tienen—, esta segunda hipótesis tiene además la ventaja de revelar una correspondencia sintaxis / semántica que resulta, a primera vista, más transparente en la medida de que sigue más fielmente los senderos de la forma, en lo que a telicidad y composicionalidad se refiere.

Varios caminos quedaron sin explorar. La tipificación más precisa de las distintas clases de objetos interpretados “como parte del predicado” quedó pendiente, junto con su categorización en términos de tipos semánticos. Dado que en el capítulo segundo decidimos que las actividades por iteración debían separarse del grupo de actividades totalmente homogéneas, haría buena falta indagar las diferencias —si las hay— entre complementos escuetos singulares y complementos escuetos plurales. En la medida de que McNally (1995) muestra que los plurales escuetos del español se interpretan como propiedades, no habría aparentemente ninguna diferencia de homogeneidad entre los complementos escuetos plurales y los nominales escuetos abstractos —típicamente en singular—. Las frases verbales que los toman como complementos serían en ambos casos totalmente homogéneas y no actividades iterativas. Pero esto me parece demasiado simple y hace falta indagarlo con mayor detenimiento. El escrutinio de las frases verbales con escuetos singulares o plurales de núcleo con sentido abstracto (*bondad, solidaridad, azul*), con sentido de materia (*cemento, agua, lodo*), o bien, con sentido contable y/o colectivo, promete ser un problema arduo en el que la sistematicidad y la idiosincracia léxica se entremezclan.

La hipótesis de Herslund (2002) en torno a la reinterpretación de actantes como predicativos sobre el verbo (3.5.1.3. y 3.5.1.5.) invita a un examen diacrónico más detallado, aunque por supuesto, si la evidencia no sustentara dicha hipótesis eso no afectaría el análisis sincrónico de los objetos escuetos, sino solamente el de su surgimiento.

Evidentemente, también hace falta una presentación más detallada del léxico en términos de relaciones estructuradas entre *sentidos*. En particular, el lector puede darse cuenta de que hemos dejado casi completamente de lado cualquier consideración con respecto a las intensiones. La hipótesis de la relaciones temáticas ha sido expuesta de principio a fin en términos puramente extensionales y cabe preguntarse si los roles ‘homomórficos’ pueden —o deben— retrotraerse a los sentidos. Moltmann (1997) argumenta que previa aplicación de inferencias parte / todo entre extensiones de algún argumento y del verbo, tiene que haber habido un sesgo léxico-pragmático (por parte del verbo) que elige una propiedad relevante (del argumento nominal) con respecto a la cual se construye una estructura de partes más específica. El tema de las anáforas asociativas (cf. Kleiber 2001, Berrendonner 1995, Hawkins 1978) ha demostrado ampliamente que el *sentido* de los lexemas juega un papel muy im-

portante en la elaboración de inferencias relacionadas con la dicotomía parte/todo, incluyendo, claro, las que involucran verbos y actantes.¹⁶⁹ Teniendo esto en cuenta, una evaluación más precisa de las dos hipótesis (I), (II), y/o una propuesta que integrara a ambas deberá esperar, me parece, a una integración de la faceta intensional del significado que complemente el tratamiento puramente extensional que hemos reseñado.

¹⁶⁹ Tanto Berrendonner (1995) como Kleiber (2001) consideran indispensable la participación de los significados (intensionales) para el surgimiento de inferencias que involucran relaciones mereológicas entre referentes. Esto sin duda se aplica también a la interacción entre los argumentos de evento y los argumentos introducidos por el complemento.

CONCLUSIONES GENERALES

“Sten expresses, with regard to linguistic systems, a certain skepticism, which he bases on convincing arguments: the same facts can lead to diverse interpretations; one interpretation of a given fact is often just as valid as another; two interpretations which seem mutually contradictory at first sight can be equally correct; and so on” (Garey 1957:104)

“Como resultado de frustraciones de este tipo, me incliné a sospechar que ninguna de las posiciones debería considerarse correcta o errónea, sino que los fenómenos lingüísticos podían verse de cualquiera de las dos maneras, aunque podría haber razones para preferir adoptar una en lugar de la otra; que podría no haber pruebas o refutaciones sino sólo alicientes.” (Grice 1985:11)

Desde nuestro primer capítulo hemos podido constatar la enorme dificultad que entraña cualquier intento de aislar interpretaciones semántico-aspectuales particulares mediante su asociación con expresiones verbales. Mostramos casi de inmediato que la forma que presentan las expresiones oracionales —inclusive si nos restringimos a oraciones con el mismo núcleo verbal— no es garantía alguna de obtener una interpretación aspectual en vez de otra. Las mismas formas daban télico o atélico dependiendo de numerosos factores. El intento de cercar dichas interpretaciones mediante series de ejemplos que muestren algún contraste cuya persistencia sea concluyente es a menudo frustrante. La razón por la que ciertas frases verbales son incompatibles con cierta expansión u otra de significado temporal, o con algunas conjugaciones verbales, es variable y a la postre,

nunca definitiva. El comportamiento elusivo de las interpretaciones télicas / atélicas desemboca en una gran profusión de perspectivas diferentes sobre el fenómeno, como también vimos en el primer capítulo. Por todas estas razones, el escepticismo de Sten, mencionado en la cita de Garey, y la frustración de Grice al tenerse que conformar con “alicientes” a falta de pruebas definitivas, son especialmente ilustrativos incluso a pesar de que no se refieran específicamente al fenómeno que aquí hemos estudiado.

Sin embargo, espero haber mostrado que la aparente asistematicidad de las interpretaciones télicas / atélicas se debe a su carácter de inferencia basada en múltiples elementos. En cuanto tal, dicha inferencia puede surgir de varias maneras, de modo que puede uno discriminar distintas “telicidades” y distintas “atelicidades” dependiendo del modo en que surgen, y de la relación que presentan con un concepto general y esquemático de evento que parece subyacer a los procesos de interpretación y a los diversos giros aspectuales. Por ejemplo, la interpretación télica incoativa (o ingresiva) surge de distinto modo que la telicidad por cuantización del complemento. En términos de sentido, la telicidad incoativa supone utilizar un predicado de situación para remitir, no a esa situación, sino a una situación distinta que se entiende como la preparación o anticipación de lo que significa dicho predicado. La telicidad por cuantización del complemento, en cambio, no supone tal extensión en el uso del núcleo verbal sino que utiliza su significado básico. Del mismo modo uno puede distinguir entre una atelicidad entendida como una especie de masa eventiva, es decir, por pura y simple carencia de cuantización (a saber, las situaciones estativas y las dinámicas con incrementalidad-m), y una atelicidad entendida como una pluralidad indefinida, es decir, como la repetición indefinida o no-cuantizada de una situación cuantizada (a saber, las situaciones dinámicas con incrementalidad-i). Dowty (1991a) acierta al decir de esta clase de situaciones iteradas que son “meta-eventos”, puesto que suponen al evento cuantizado que se repite. Una vez que se discernen estas distintas maneras en que la interpretación de una frase verbal es télica o atélica, cada uno de esos mecanismos empieza a mostrar una sistematicidad que parecía más lejana en un primer término. En el capítulo tercero nos hemos enfocado a exponer los elementos para empezar a entender cómo podría estar funcionando uno solo (de los varios) senderos inferenciales/construccionales en que surge la telicidad o atelicidad: el de la herencia composicional de la cuantización del complemento.

Todas estas diferentes rutas para llegar a una interpretación télica o atélica (de distinto tipo) tienen algo en común: presuponen la idea de incrementalidad, entendida como progresión dependiente del eje temporal, es decir, de la idea de dinamicidad. Esto es lo que unifica la pluralidad de inferencias aspectuales clasificadas bajo la dicotomía télico / atélico. La diferencia entre una interpretación dinámica o la interpretación estativa de un predicado depende de la manera en que un hablante articule el significado que tiene para dicho predicado con el conocimiento que tiene del mundo. Ésta ya es materia de la interacción entre el léxico, la cognición y el contexto, de manera que la apariencia escurridiza de la telicidad / atelicidad puede retrotraerse hasta este punto. Me parece que una vez que la interpretación de un lexema verbal, con todo y el conocimiento del mundo, ha sido fijada (es decir, que decidimos analizar una interpretación en vez de otra), podemos arreglárnoslas bastante bien. Espero haberlo mostrado.

El capítulo tercero, como dije, constituye la exploración de uno de los senderos que toman las inferencias de telicidad/atelicidad. Aún reduciéndonos a uno solo de estos senderos, el lector puede constatar que el número de elementos a considerar es bastante grande y que las interrogantes que surgen no son pocas. Como advertí al inicio de dicho capítulo, mi pretensión no iba más allá de exponer la problemática en sus puntos fundamentales. Lograr algo más que sólo esto requeriría de una enorme labor, y no solamente en términos de incorporar más datos del español estudiados de manera más detallada; inevitablemente hay preguntas que requieren contestarse con una visión “desde fuera” del español.

Por ejemplo, al inicio de nuestra exposición de los indefinidos (sección 3.6.4.2.5.) mencionamos el problema que éstos plantean en términos de si deben ser objetos *fuertes* o *débiles*. A ese respecto hemos quedado en deuda con el lector: le prometimos veladamente un intento de respuesta que nunca le fue entregada (“Antes de intentar respuesta alguna....” página 483). La razón por la que eliminé tal intento es que creo que el problema de los indefinidos, en términos de objetos fuertes o débiles, tiene, al menos, dos maneras de abordarse. Una de ellas es un tanto trivial y en esos términos ya habíamos dado la respuesta al problema (en 3.5.1.3./ 3.5.1.4.): si, como de hecho es el caso, las frases indefinidas tienen determinante y están asociadas a un clítico acusativo, y permiten, por lo general, pasivizarse y/o relativizarse, entonces son indudablemente objetos fuertes (polarizados). Lo verdaderamente espinoso está del lado de la interpretación: un complemento con determinante indefinido o

cardinal no es del todo regular a la hora de levantar telicidad (cf. Krifka 1998:221-222).¹ Krifka trata esto en términos de ambigüedad de alcance, lo que hace evidente la relación del problema con la clásica ambivalencia de los indefinidos con respecto a tener lecturas débiles-existenciales y fuertes-específicas. En esto los complementos indefinidos difieren de los complementos con determinante definido a pesar de que son —al igual que los anteriores— formalmente objetos polarizados o fuertes. Sospecho que este es un problema que requiere considerar la conocida clasificación tipológica de las lenguas en términos de lenguas “orientadas al mundo” —a través de los roles semánticos— (*role-dominated languages-semantic pivot*) y lenguas “orientadas al discurso” —a través de la continuidad referencial— (*reference-dominated languages-pragmatic pivot*). Esta distinción de Foley y Van Valin (1984) surge en el contexto del estudio de la semejanza y diferencia entre la noción de sujeto —basada en la idea de sujeto lógico como referente *en el mundo* del que se predica algo o que participa en la situación objetiva descrita por el predicado verbal— y la noción de tópico —basada en la idea de *continuidad discursiva*—.

A veces sospecho, también, que las constantes confusiones entre perfectividad / imperfectividad y telicidad / atelicidad no son siempre consecuencia exclusiva de un descuido o de ligereza en el uso de los términos. En la mutua influencia entre verbo y complemento hay una doble caracterización posible que nos encontramos muchas veces en los textos y que en un principio nos pareció muy desconcertante. A veces se nos sugiere que son los complementos *definidos* los que disparan telicidad y los complementos *indefinidos* (en sentido amplio) los que disparan atelicidad. Otras veces, que son más bien los complementos *referenciales* (sean definidos o indefinidos), en el primer caso, y los complementos no-referenciales, en el segundo. Luego, se nos sugieren las mismas dos posibilidades pero ahora con respecto a las interpretaciones perfectivas e imperfectivas. ¿Es esto pura confusión o hay algo *real* en los datos? Deben ser ambas cosas. Aquí, me parece que —hipotéticamente— podría haber un problema tipológico poco estudiado: la contraparte del problema sujeto/tópico pero en posición de objeto (cf. Plank 1984b:3, 6). No debe entenderse esta hipó-

¹ Considerar a los indefinidos como objetos fuertes por razones puramente formales (i.e., por su forma gramatical) a pesar de las fluctuaciones en su interpretación, recuerda inevitablemente la solución de Russell (1981 [1905]:54) de considerar que “una expresión es denotativa exclusivamente en virtud de su *forma*” y, consecuentemente, “Una expresión puede ser denotativa y, sin embargo, no denotar cosa alguna”.

tesis como la puesta en relación directa entre sistemas que favorecen la noción de tópico y sistemas que favorecen la noción de sujeto, con una preferencia por un “homomorfismo” (entre comillas) entre perfectividad y definitud en detrimento de uno entre telicidad y referencialidad/cuantización del complemento. Esta posible hipótesis de trabajo es que, en lo que a homomorfismo verbo-objeto se refiere, e independientemente del tipo de lengua de que se trate, la ‘orientación al discurso’ favorece la asociación perfectivo-imperfectivo / definido-indefinido (categorías más discursivas² que objetivas) en detrimento de la asociación tético-atético/referencial-no referencial (o bien cuantizado vs. no cuantizado).^{3,4} Lo inverso sucedería con la ‘orientación al mundo’. El español sería muy próximo a este último caso. Pero si las clasificaciones tipológicas son idealizaciones y no

² En sus caracterizaciones del tópico *frente al* sujeto, Li & Thompson (1976:461, 464) proponen que el tópico es sensible a la diferencia entre frases definidas e indefinidas (éstas últimas no son toleradas como tópico), en tanto que el sujeto no es tan sensible: sus frases son igualmente aceptables sean definidas o indefinidas. Esto sugiere que la distinción definido/indefinido se mueve en el mismo nivel que el tópico: el discurso (Li & Thompson 1976:464-466, proponen que el rol funcional del sujeto se define en el marco de las unidades oracionales, en tanto que el rol funcional del tópico sobrepasa el nivel oracional y requiere integrar el nivel discursivo: con respecto al sujeto hablan de “a more sentence-oriented notion” y con respecto al tópico dicen que es “necessarily... discourse-dependent”).

³ Depraetere (1995:14-17) parece tener una idea similar al asociar la perfectividad/imperfectividad —en la medida de que los incluye bajo su concepto de *delimitado / no delimitado*— con una propiedad inherentemente discursiva: la dicotomía *foreground / background*. “La (no) delimitación es también el factor que determina si una situación pertenece al *foreground* o al *background* de un texto”. En contraste, la (a)telicidad sería independiente de factores discursivos. Pero la manera en que es interpretada la dicotomía *foreground / background* no es en los términos generales de “información vieja/nueva” sino que retoma la formulación más específica de Hatav (1989) y es como sigue: una situación está en primer plano (el *foreground*) si dicha situación es localizable en la línea temporal del texto —tiene una ubicación temporal concreta y precisa con respecto a otras situaciones del discurso— y está, en cambio, en segundo plano (el *background*) si no aparece en dicha línea temporal. Aunque seguramente hay una relación, no creo que la ubicación (o no) en la línea temporal de un texto sea una característica estrictamente paralela al estatus de continuidad (o, *grosso modo*, información vieja) y discontinuidad (o, *grosso modo*, información nueva) discursivas.

⁴ No estoy suponiendo que una FN tenga que ser cuantizada para ser referencial, es decir, la oposición cuantización/no-cuantización no es equivalente a la oposición referencial/no-referencial. Sin embargo, si la referencia es a un objeto determinado, queda claro que con las FNs no-cuantizadas, tenemos una idea menos clara de exactamente cuál es ese objeto y, en ese sentido, una FN no-cuantizada es ‘menos’ referencial que una cuantizada.

existen sistemas puros (como de hecho es el caso), inclusive el español ha de tener efectos relacionados con la ‘orientación al discurso’. Esto es aún más evidente en la medida de que toda lengua depende en su uso tanto del mundo como del discurso, y en la medida de que las distinciones discursivo-pragmáticas no son independientes de las distinciones semánticas relacionales y referenciales (Plank 1984b:3). En todo caso, los indefinidos —más allá de toda polémica— son constantemente ambiguos entre usos referenciales fuertes y usos de contraste discursivo con los definidos. Esto da una primera pista en lo que se refiere al comportamiento más irregular de los objetos indefinidos en relación a la telicidad (al menos en comparación con los definidos y los escuetos). Toda la problemática recién señalada también surge respecto de la telicidad en lenguas con frases nominales sin determinante (cf. Verkuyl 2001:369). Por otro lado, también hemos dejado abierta la cuestión de cómo interpretar la atelicidad de las frases verbales transitivas examinadas en el capítulo tercero, es decir, de si debemos o no elegir entre la Hipótesis I y la II (y cuál), o si ambas juegan un papel complementario respecto de la otra.

Sin embargo, a pesar de todo lo que quedó en el tintero, debe haber quedado claro que, en el grupo de verbos denominados “incrementales” por Filip (1999), o bien de “creación y consumo” por Ramchand (1997), la atelicidad se relaciona de manera bastante transparente con una frase verbal de menor transitividad —biactancial pero bipolar— (objetos despolarizados, escuetos, sin pronominalización clítica ni pasivización y con menor libertad de ‘movimiento’) y la telicidad lo hace con una frase verbal de máxima transitividad —biactancial y tripolar— (objetos polarizados, ‘articulados’, con pronominalización clítica y, en buena parte de casos, pasivización). También creo haber mostrado que, a pesar de aparentes divergencias, la oposición Caso débil / Caso fuerte es, en posición de objeto, coextensiva y equivalente de la oposición objeto despolarizado / polarizado, y que —al menos en español— la dicotomía escueto/articulado de Herslund (2002) se lleva bastante bien con una perspectiva *à la de Hoop*, nuevamente a pesar de la impresión inicial. La insuficiencia de la dicotomía escueto/articulado de Herslund (2002) en otras frases verbales —todas de verbo ligero o bien de reinterpretación metafórica— tiene su contraparte en dificultades similares en de Hoop (1996). Dichas dificultades o insuficiencias se deben a la naturaleza radical de la relación verbo-nominal en estas construcciones especiales y no constituyen un serio contraejemplo a la generalización. Distinguiendo las frases verbales transitivas

‘regulares’ de las construcciones transitivas de verbo ligero o en proceso de fraseologización, la constancia de la asociación entre las oposiciones polarizado/despolarizado y articulado/escueto, y de sus efectos en la telicidad es indudable. Espero haber mostrado esto también, junto con la naturaleza diversa de los complementos de objeto y de sus interpretaciones ‘como parte del predicado’.

LISTA DE SÍMBOLOS EMPLEADOS

$[]$	función generalizada de interpretación
$[\alpha]$	representa el valor semántico de α , siendo α una expresión y es idéntico al valor que la función generalizada de interpretación arroja para la expresión ' α '
\neg	Negador, $\neg A$ se lee como "no se da el caso que A"
\wedge	Conjuntor, $A \wedge B$ se lee "A y B"
\vee	Disyuntor (inclusivo), $A \vee B$ se lee "A o B"
\rightarrow, \supset	Implicador o Condicional material, $A \rightarrow B$ se lee 'si A entonces B'. Cuando el condicional es válido se habla de implicación y se nota mediante el segundo símbolo. $A \supset B$ se lee 'A implica B' (pero en muchos textos se emplea el segundo símbolo como variante del primero).
\leftarrow	Inversa del condicional
\nrightarrow	Negación de condicional material
\nleftarrow	Negación de la inversa del condicional material
\leftrightarrow, \equiv	Bicondicional (material), $A \leftrightarrow B$ se lee 'A si y sólo si B'. Cuando el bicondicional es válido se habla de equivalencia y se nota mediante el segundo símbolo (pero en muchos textos se emplea el segundo símbolo como variante del primero).
$\square \rightarrow$	Condicional contrafáctico, $A \square \rightarrow B$ se lee "si fuese el caso que A tendríamos B"
\forall	Cuantificador universal
\exists	Cuantificador existencial
$\exists!x$	Existencia singular, se lee "Existe un x y sólo uno tal que..."
$!x$	Unicidad del valor de x
ι	Constante de descripción, también llamado Operador de descripción iota. $\iota x(Px)$ se lee "la única entidad tal que tiene la propiedad P"
\emptyset	Conjunto nulo
λ	Operador de abstracción lambda. Permite construir nombres descriptivos de funciones. Si β es una expresión de tipo a en L , y x es una variable de tipo b , entonces $\lambda x\beta$ es una expresión de tipo $\langle b, a \rangle$ (la denotación de $\lambda x\beta$ es una función de b a a) que se ha formado por abstracción de la variable libre x . Cuando la denotación de

- β es de tipo t (un valor de verdad), $\lambda x\beta$ es una función característica, es decir, un conjunto. En tal caso $(\lambda x)(..x..)$ se lee como ‘el conjunto de los x tales que .. x ..’ y forma el conjunto correspondiente a aquellos elementos que satisfacen el predicado (simple o complejo) que aparece en la fórmula $(\lambda x)(..x..)$.
- Aplicación funcional, por ejemplo: $\lambda x.x^2+3 \bullet z$, se lee como “aplicar la función $\lambda x.x^2+3$ al argumento numérico z ” y por conversión lambda, “ $(\lambda x)(..x..) \bullet a$ ” equivale a “...a...”.
- 0 Falso
- 1 Verdadero
- \in Relación de membresía entre elementos y conjuntos. $x \in X$ se lee “ x pertenece al conjunto X ”, o bien, “ x es miembro del conjunto X ” (nótese que x puede ser otro conjunto)
- ε Epsilon, simboliza la relación de pertenencia en Lesniewski y se lee ‘ser un’
- $A \subset B$ Inclusión (impropia) **A** está incluido en o es idéntico a **B**
- $A \subsetneq B$ Inclusión propia o estricta **A** está incluido en **B**
- \mathbb{N} Conjunto de los números naturales (los que sirven para contar)
- \mathbb{R} Conjunto de números reales que sirven para medir longitudes (y otras cosas)
- $A \cup B$ **A** unión **B**. El conjunto que contiene todos los elementos de **A** y todos los de **B**.
- $A \cap B$ **A** intersección **B**. El conjunto que contiene solamente aquellos elementos que están tanto en **A** como en **B**
- $A \times B$ Producto cartesiano de **A** por **B**.
- A^n Producto cartesiano de **A** por **A**, n veces, dando lugar a un conjunto de n -tuplas $\langle a_1, \dots, a_n \rangle$
- $\wp A$ Conjunto de partes (o conjunto potencia) de **A** (es decir, el conjunto de todos los subconjuntos incluidos en **A**)
- $|A|$ Cardinalidad del conjunto A (número de elementos de A)
- \square Operador de necesidad.
- \diamond Operador de posibilidad “no es imposible”.
- K Operador epistémico de conocimiento.
- $\hat{\alpha}$ Intensión de α , no es una interpretación sino otra expresión que como extensión tiene a la intensión de α .
- D_e Dominio de las entidades, también notado con E .
- \approx Relación de similaridad
- $=_{\text{Df}}$ Igual por definición, “...se define estipulativamente como...” [*Definiendum* =_{Df} *definiens*]
- $=$ Relación de identidad
- \triangleright Relación de constitución

- \cap Operador de nominalización *nom* que proyecta propiedades a correlatos de propiedades en el dominio de las entidades, si tales correlatos existen. Si 'P' denota el conjunto de entidades con la propiedad P, ' \cap P' denota a la propiedad misma.
- \cup Operador de predicación *pred*. Si 'a' denota a una propiedad, ' \cup a' denota al conjunto de entidades que portan o ejemplifican esa propiedad.
- \oplus Operación de unión
- $\oplus p$ Operación de unión definida en una estructura denominada 'P'.
- \leq Relación impropia 'parte de'
- $<$ Relación propia o estricta 'parte de'
- \otimes Relación de traslape
- \ll Relación de precedencia
- ∞ Relación de adyacencia
- \wedge Operación de concatenación. Si tenemos dos términos x e y , $x^\wedge y$ es un término distinto que surge de concatenar x con y .
- $\{a_i, \dots, a_n\}$ Definición extensional de un conjunto, lista de miembros de un conjunto.
- $\langle a_i, \dots, a_n \rangle$ n -tupla ordenada, secuencia ordenada; miembros de un par, terna, etc., que resulta de un producto cartesiano.
- $\alpha: \beta \rightarrow \gamma$ Función α de β en γ
- $\{A_i\}_{i \in I}$ Familia indizada de conjuntos
- $\mathcal{A}, \mathcal{B}, \mathcal{C}, \dots$ Sistemas cualesquiera
- $\langle h \oplus h' \oplus h \rangle$ Grupo conformado por los individuos h, h', h .
- $\langle e, t \rangle$ Tipo semántico (clase de denotación); función que toma entidades como argumentos y proporciona valores de verdad como valor de la aplicación (= función característica de un conjunto).
- $\langle \langle e, t \rangle, t \rangle$ Tipo semántico (clase de denotación); función que toma pares de conjuntos como argumentos y proporciona valores de verdad como valor de la aplicación (= función característica de una familia de conjuntos).
- $\langle \langle e, t \rangle, \langle e, t \rangle \rangle$ Tipo semántico; función que toma conjuntos como argumentos y proporciona (posiblemente otros) conjuntos como valor de la aplicación.
- $\langle \langle e, t \rangle, \langle \langle e, t \rangle, t \rangle \rangle$ Tipo semántico; función que toma conjuntos como argumentos y proporciona familias de conjuntos como valor de la aplicación.

BIBLIOGRAFÍA

- Abney, Steven P.
1987 *The English Noun Phrase in its Sentential Aspect*. Ph.D. dissertation, Cambridge: Massachusetts Institute of Technology. [disponible en: <http://citeseer.ist.psu.edu/abney87english.html>]
- Abraham, Werner.
1981 *Diccionario de Terminología Lingüística Actual*. Madrid: Editorial Gredos.
- Alonso Ramos, Margarita.
2004 *Las construcciones con verbo de apoyo*. Colección Gramática del Español, 10. Madrid: Visor Libros.
- Amor Montaña, José Alfredo.
1997 *Teoría de Conjuntos para estudiantes de Ciencias*. Facultad de Ciencias. México: Universidad Nacional Autónoma de México (segunda edición, 2005).
- Aristar Dry, H.
1983 "The movement of narrative Time", *Journal of Literary Semantics* 12, 19-53.
- Austin, John Langshaw.
1989 "Un alegato en pro de las excusas", en *Ensayos filosóficos*. Madrid: Editorial Alianza, 169-192.
- Bach, Emmon.
1981 "On Time, Tense, and Aspect: An Essay in English Metaphysics", en P. Cole (ed.), *Radical Pragmatics*. New York: Academic Press, 63-81.
1986 "The Algebra of Events". *Linguistics and Philosophy* 9, 5-16 (también en Portner & Partee 2002, 324-333, reedición por la que se cita).
- Bach, Emmon, Eloise Jelinek, Angelika Kratzer y Barbara H. Partee.
1995 "Introduction" en Bach, Jelinek, Kratzer y Partee (eds.), *Quantification in Natural Languages*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 1-11.

- Barwise, Jon & Robin Cooper.
1981 "Generalized quantifiers and natural language", *Linguistics and Philosophy* 4, 159-219 (también en Portner & Partee 2002, 75-126).
- Barwise, Jon & J. Perry.
1983 *Situations and attitudes*. Cambridge: The MIT Press.
- Bell, John L.
2000 "Sets and Classes as Many", *Journal of Philosophical Logic* 29, 585-601. [<http://publish.uwo.ca/~jbell/SETS AND CLASSES AS MANY.pdf>]
- Bello, Andrés.
1981 *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* [1847]. Edición crítica de Ramón Trujillo. Tenerife: Aula de Cultura de Tenerife.
- Bennett, Michael y Barbara H. Partee.
1972 "Toward the Logic of Tense and Aspect in English", distribuido por el Indiana University Linguistics Club (también en Partee 2004, 59-106, reedición por la que se cita).
1978 "Toward the Logic of Tense and Aspect in English: Postscript", en Partee 2004, 107-109.
- Benveniste, Émile.
1974 *Problèmes de linguistique générale II*. Paris: Gallimard.
- Berrendonner, Alain.
1995 "Anaphore associative et méréologie", en Miéville y Vernant (dirs.), 237-255.
- Bogard, Sergio.
1999 "Construcciones antipasivas en el español", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 47, 306-327.
2000 "El clítico reflexivo como marcador aspectual en español", *Tópicos del seminario* 3, *Aspectualidad y Modalidades*. (Universidad Autónoma de Puebla), 37-52.
2001 "El Aspecto: Entre la forma verbal y la estructura de la oración", en J. García Fajardo (ed.), *Semántica. Oración y Enunciación*. México: El Colegio de México, 13-29.
2002 "Oraciones con sentido de actividad y 'pseudo-objeto' en español", ponencia leída en el VII Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste, Hermosillo, Sonora.
2005 "Aspecto, Aktionsart y transitividad en el español", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 53, 1-29.
2009 "Actividad, atelicidad y 'pseudo-objeto' en español", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 57, 1-35.

- Bossong, Georg.
 1985 *Empirische Universalienforschung. Differentielle Objektmarkierung in den neuiranischen Sprachen*. Tübingen: Gunter Narr.
 1997 “Le marquage différentiel de l’objet dans les langues d’Europe”, en Jack Feuillet (ed.), 193-258.
- Campos, Héctor.
 1999 “Transitividad e intransitividad”, en Bosque y Demonte (eds.), *Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, vol. 2. Madrid: Espasa Calpe, 1519-1574.
- Cano Aguilar, Rafael.
 1987 *Estructuras sintácticas transitivas en el español actual* [1981]. Madrid: Editorial Gredos.
- Carlson, Greg N.
 1977 *Reference to Kinds in English*. Tesis doctoral, University of Massachusetts, Amherst (publicado en 1980, New York: Garland Publishing Co).
 [disponible en: <http://semanticsarchive.net/Archive/jk3NzRIY/carlson.diss.pdf>]
 1984 “Thematic roles and their role in semantic interpretation”, *Linguistics* 22, 259-279.
- Carlson, Lauri.
 1981 “Aspect and quantification”, en Philip Tedeschi y Annie Zaenen (eds.) *Syntax and Semantics 14, Tense and Aspect*. New York: Academic Press, 31-64.
- Carnap, Rudolf.
 1988 *Meaning and Necessity, A Study in Semantics and Modal Logic*. Second Edition, Midway reprint. Chicago and London: The University of Chicago Press.
 1997 *Signification et Nécessité, Une Recherche en Sémantique et en Logique Modale*. Traducido de la segunda edición [1956], Bibliothèque de Philosophie. Paris: Gallimard.
- Caudal, Patrick.
 1999 “Achievements vs. Accomplishments: A Computational Treatment of Atomicity, Incrementality, and Perhaps of Event Structure”, *Proceedings of TALN99*, 85-94, TALANA, UFR de linguistique
 [<http://citeseer.ist.psu.edu/caudal99achievements.html>]
- Chambreuil, Michel (dir.)
 1998 *Sémantiques*. Paris: Hermès.
- Chambreuil, Michel y Jean-Claude Pariente.
 1991 *Langue Naturelle et Logique, La Sémantique Intensionnelle de*

- Richard Montague. Sciences Pour la Communication*, 31.
Berne: Peter Lang.
- Chierchia, Gennaro.
- 1982a “Bare plurals, mass nouns, and nominalization”, en D. Flickinger, M. Macken y N. Wiegand (eds.), *Proceedings of the First Coast Conference on Formal Linguistics*. Stanford: Stanford University, 243-255.
- 1982b “Nominalization and Montague grammar: a semantics without types for natural languages”, *Linguistics and Philosophy* 5, 303-354.
- 1984 *Topics in the Syntax and Semantics of Infinitives and Gerunds*. Tesis doctoral, University of Massachusetts, Amherst.
- Chierchia, Gennaro y S. McConnell-Ginet.
- 1990/1992 *Meaning and Grammar: An introduction to semantics*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Chisholm, Roderick.
- 1964 “The Descriptive Element in the Concept of Action”, *Journal of Philosophy* 61, 613-624.
- Chomsky, Noam.
- 1981 *Lectures on Government and Binding*. Dordrecht: Foris.
- 1986 *Knowledge of Language*. New York: Praeger.
- 1988 *La Nueva Sintaxis, Teoría de la rección y el ligamiento* [1982]. Barcelona: Paidós.
- 1995 *The Minimalist Program*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- 1999 *Aspectos de la Teoría de la Sintaxis* [1965]. Barcelona: Gedisa.
- Clay, Robert E.
- 1974 “Relation of Lesniewski’s Mereology to Boolean Algebra”, *The Journal of Symbolic Logic* 39, 638-648.
- Corblin, Francis.
- 2001 “Où situer certains dans une typologie sémantique des groupes nominaux?”, en Kleiber, Laca y Tasmowski (eds.), *Typologie des Groupes Nominaux*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 99-117.
- 2002 *Représentation du discours et sémantique formelle. Introduction et applications au français*. Linguistique Nouvelle. Paris: Presses Universitaires de France.
- Cori, René y Daniel Lascar.
- 2003 *Logique Mathématique 1. Calcul propositionnel, algèbre de*

Boole, calcul des prédicats. Sciences Sup Mathématiques. Paris: Dunod.

Crystal, David.

2000 *Diccionario de lingüística y fonética.* Barcelona: Octaedro.

Dahl, Östen.

1981 “On the Definition of the Telic-Atelic (Bounded-Unbounded) Distinction”, en Philip Tedeschi y Annie Zaenen (eds.), *Syntax and Semantics 14, Tense and Aspect.* New York: Academic Press, 79-90.

Davidson, Donald.

1995 “La Forma Lógica de las Oraciones de Acción” [1967], en *Ensayos sobre Acciones y Sucesos.* Instituto de Investigaciones Filosóficas. Barcelona: Crítica/Universidad Nacional Autónoma de México, 133-187.

1995b “La Individuación de los Sucesos” [1969], en *Ensayos sobre Acciones y Sucesos.* Instituto de Investigaciones Filosóficas. Barcelona: Crítica/Universidad Nacional Autónoma de México, 207-229.

Declerck, Renaat.

1979 “On the progressive and the ‘imperfective paradox’”, *Linguistics and Philosophy* 3, 267-272.

Delbecque, Nicole.

2002 “A Construction Grammar approach to transitivity in Spanish”, en Kristin Davidse y Béatrice Lamiroy (eds.), *The Nominative & Accusative and their counterparts.* Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 81-130.

Depraetere, Ilse.

1995 “On the necessity of distinguishing between (un)boundedness and (a)telicity”, *Linguistics and Philosophy* 18, 1-19.

Dini, Luca y Pier Marco Bertinetto.

1995 “Punctual Verbs and the Linguistic Ontology of Events”, *Quaderni del Laboratorio di Linguistica della Scuola Normale Superiore* 9, 123-160.
[<http://alphalinguistica.sns.it/QLL/QLL95.htm>]
[<http://alphalinguistica.sns.it/QLL/QLL95/LDPMB.PunctualVerbs.pdf>]

Dobrovie-Sorin, Carmen y Brenda Laca.

2003 “Les noms sans déterminant dans les langues romanes”, en Danièle Godard (dir.), *Les langues romanes. Problèmes de la phrase simple.* Paris: CNRS, 235-279.

- Dobrovie-Sorin, Carmen y Claire Beyssade.
2004 *Définir les indéfinis*. Paris: CNRS.
[<http://www.llf.cnrs.fr/Gens/Sorin/livre.pdf>]
- Doetjes, Jenny.
2001 “La distribution des expressions quantificatrices et le statut des noms non-comptables”, en Kleiber, Laca y Tasmowski (eds.), *Typologie des Groupes Nominaux*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 119-142.
- Doetjes, Jenny y Martin Honcoop.
1997 “The semantics of event-related readings: a case for pair-quantification”, en Anna Szabolcsi (ed.), 263-310.
- Dowty, David R.
1972 *Studies in the Logic of Verb Aspect and Time Reference in English*, (*Studies in Linguistics*). Ph.D. Dissertation, Department of Linguistics, University of Texas, Austin.
1976 “Montague Grammar and the Lexical Decomposition of Causative Verbs”, en Barbara H. Partee (ed.), *Montague Grammar*. New York: Academic Press, 201-245.
1977 “Toward a Semantic Analysis of Verb Aspect and the English ‘Imperfective’ Progressive”, *Linguistics and Philosophy* 1, 45-78 (también en Portner y Partee, 2002, 261-288, reedición por la que se cita).
1979 *Word Meaning and Montague Grammar, the Semantics of Verbs and Times in Generative Semantics and Montague’s PTQ*. Dordrecht: Reidel.
1989 “On the semantic content of the notion of ‘thematic role’”, en Chierchia, Partee y Turner (eds.), *Properties, Types and Meaning*. Volume II: *Semantic Issues*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 69-129.
1991a “Thematic Proto-Roles and Argument Selection”, *Language* 67, 547-619.
1991b “Preface to the second printing”, en Dowty, *Word Meaning and Montague Grammar, the Semantics of Verbs and Times in Generative Semantics and Montague’s PTQ*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, xix-xxv.
2003 “The Dual Analysis of Adjuncts/Complements in Categorical Grammar”, en Lang, Maienborn y Fabricius-Hansen (eds.), *Modifying Adjuncts*, Interface Explorations 4, Berlin: Mouton de Gruyter, 33-66.
[<http://www.ling.ohio-state.edu/~dowty/papers/degruyter.8x11.pdf>]

- Dummett, Michael.
 1991 *Les origines de la philosophie analytique*. Paris: Gallimard.
- Engel, Pascal.
 1989 *La Norme du Vrai, Philosophie de la Logique*. Paris: Gallimard.
- Escandell Vidal, Victoria M.
 2004 *Fundamentos de Semántica Composicional*. Barcelona: Ariel.
- Evans, Gareth.
 1996 “Pronombres” [1980], en Evans, *Ensayos filosóficos*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 237-273.
- Falguera López, José L. y Concepción Martínez Vidal.
 1999 *Lógica Clásica de Primer Orden, Estrategias de deducción, formalización y evaluación semántica*. Madrid: Trotta.
- Farkas, Donka.
 2001 “Vers une typologie sémantique des syntagmes nominaux”, en Kleiber, Laca y Tasmowski (eds.), *Typologie des Groupes Nominaux*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 17-46.
- Feuillet, Jack (ed.)
 1997 *Actance et Valence dans les Langues de l'Europe*. Eurotyp vol. 2, Berlin: Mouton de Gruyter.
- Filip, Hana.
 1999 *Aspect, Eventuality Types and Nominal Reference*. Outstanding Dissertations in Linguistics, New York & London: Garland.
- Fodor, Janet e Ivan Sag.
 1982 “Referential and Quantificational Indefinites”, *Linguistics and Philosophy* 5, 355-398.
- Foley, William A. & Robert D. Van Valin Jr.
 1984 *Functional syntax and universal grammar*. Cambridge Studies in Linguistics 38, Cambridge: Cambridge University Press.
- Frápolli, María José y Esther Romero.
 1998 *Una Aproximación a la Filosofía del Lenguaje*. Madrid: Síntesis.
- Fredj, Mounia.
 1995 “Implémentation des principes méreologiques”, en Miéville & Vernant (dirs.), 275-295.
- Frege, Gottlob.
 1918 “Der Gedanke” en *Beiträge zur Philosophie des deutschen Idealismus*, 1, 58-77. (Traducción en Frege 1998a: 196-225).
 1985a “Función y Concepto” [1891], en *Estudios sobre Semántica*, traducción de Ulises Moulines. Madrid: Orbis, 17-48.
 1985b “Sobre Sentido y Referencia”, [1892] en *Estudios sobre Semántica*, traducción de Ulises Moulines. Madrid: Orbis; 51-86.

- 1985c “Consideraciones sobre Sentido y Referencia”, [1892-1895] en *Estudios sobre Semántica*, traducción de Ulises Moulines. Madrid: Orbis, 87-101.
- 1985d “Sobre Concepto y Objeto”, [1892] en *Estudios sobre Semántica*, traducción de Ulises Moulines. Madrid: Orbis, 105-125.
- 1985e “Prólogo a ‘las leyes fundamentales de la aritmética’”, [1893] en *Estudios sobre Semántica*, traducción de Ulises Moulines. Madrid: Orbis. 129-163.
- 1985f “Introducción a ‘las leyes fundamentales de la aritmética’”, [1893] en *Estudios sobre Semántica*, traducción de Ulises Moulines. Madrid: Orbis. 167-172.
- 1998a *Ensayos de semántica y filosofía de la lógica* [1891-1923]. Edición, introducción, traducción y notas de Luis M. Valdés Villanueva. Madrid: Tecnos.
- 1998b “Carta a Husserl, 24 de mayo de 1891”, en Frege, *Ensayos de semántica y filosofía de la lógica* [1891-1923]. Madrid: Tecnos, 80-83.
- Fugier, Huguette.
1994 “Le verbe latin ‘incorpore’-t-il ses compléments ?”, trabajo presentado en el VI Coloquio de Lingüística Latina, Budapest, marzo 1991; publicado en Joseph Herman (ed.), *Linguistic Studies in Latin*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 75-90.
- Gamut, L.F.T.
1991 *Logic, Language, and Meaning. Volume 1: Introduction to Logic*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- García Carpintero, Manuel.
1996 *Las palabras, las ideas y las cosas. Una presentación de la filosofía del lenguaje*. Barcelona: Ariel.
- García Fajardo, Josefina.
1985 *El sentido de los sintagmas nominales y los tipos de predicación*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-SEP.
1989 *Un estudio del significado. Presupuestos, principios y desarrollo*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-SEP.
1990 “Conformación de estructuras semánticas de frases y oraciones”, en Violeta Demonte y Beatriz Garza Cuarón (eds.), *Estudios de Lingüística de España y México*. México: UNAM-El Colegio de México, 301-314.
1995 “Distintas dimensiones de la significación”, en Ramón Arzápalo Marín y Yolanda Lastra (comps.), *II Coloquio Mauricio*

- Swadesh [1990]. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 147-161.
- García Suárez, Alfonso.
 1989 "Lógicas alternativas", en Manuel Garrido (ed.), *Lógica y lenguaje*. Madrid: Tecnos, 153-194.
 1997 *Modos de Significar. Una Introducción Temática a la Filosofía del Lenguaje*. Madrid: Tecnos.
- Garey, Howard B.
 1957 "Verbal Aspect in French", *Language* 33, 91-110.
- Garrido, Manuel.
 1997 *Lógica Simbólica*. Tercera edición. Madrid: Tecnos.
- Garrido Medina, Joaquín.
 1994 *Lógica y Lingüística*. Madrid: Síntesis.
- Geach, Peter Thomas
 1962 *Reference and Generality: an examination of some medieval and modern theories*. New York, Ithaca: Cornell University Press.
- Gil, David.
 1987 "Definiteness, Noun Phrase Configurationality, and the Count-Mass Distinction", en Reuland y ter Meulen (eds.), *The Representation of (In)definiteness*, Massachusetts: The MIT Press, 254-269.
- Givón, Talmy.
 1972 "Forward Implications, Backward Presuppositions and the Time-Axis of Verbs", en John Kimball (ed.), *Syntax and Semantic 1*: New York: Seminar Press, 29-50.
- Grice, Paul H.
 1981 "Presupposition and Conversational Implicature", en Peter Cole (ed.) *Radical Pragmatics*. New York: Academic Press, 183-198.
 1985 *La teoría causal de la percepción*. Cuadernos de Crítica 41, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México: Universidad Nacional Autónoma de México (trad. del original en vol. 51, 1977).
 1998 "Presuposición e Implicatura conversacional" [1981], en María Teresa Julio y Ricardo Muñoz (comps.), *Textos Clásicos de Pragmática*. Madrid: Arco/Libros, 105-124
 1999 "Lógica y conversación" [1975], en Valdés Villanueva (ed.), 524-543.
- Groeneveld, Willem.
 1997 "Logic and Language: A Glossary", en Johan van Benthem y Alice Ter Meulen (eds.), *Handbook of Logic and Language*.

- Amsterdam/Cambridge, Massachusetts: North-Holland & MIT Press, 1179-1213.
- Gutiérrez-Rexach, Javier.
 2003 *La semántica de los indefinidos*. Colección Gramática del Español 7, Madrid: Visor Libros.
- Haegeman, Liliane.
 1994 *Introduction to Government & Binding Theory*. 2nd Edition. London: Blackwell Publishers.
- Hall, Barbara.
 1965 *Subject and Object in English*. Tesis doctoral, MIT.
- Hatav, G.
 1989 "Aspect, Aktionsarten, and the Time Line", *Linguistics* 27, 487-516.
- Hawkins, John A.
 1978 *Definiteness and Indefiniteness, A Study in Reference and Grammaticality Prediction*. Croom Helm Linguistic Series, London: Humanities Press.
- Heim, Irene.
 1982 *The semantics of definite and indefinite noun phrases*. Tesis doctoral, MIT (publicado en 1988, New York: Garland). [<http://semanticsarchive.net/Archive/jTk0ZmYyY/dissertation.pdf>]
 1990 "E-Type Pronouns and Donkey Anaphora", *Linguistics and Philosophy* 13, 137-177.
- Heim, Irene & Angelika Kratzer.
 1998 *Semantics in Generative Grammar*. Blackwell Textbooks in Linguistics, Oxford: Blackwell.
- Herslund, Michael.
 1999 "Incorporation et transitivité dans les langues romanes", *Verbum* 21, 37-47.
 2002 "Romance transitivity", en Kristin Davidse y Béatrice Lamiroy (eds.), *The Nominative & Accusative and their counterparts*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 15-39.
- Hintikka, Jaakko.
 1957 "Modality as referential multiplicity", *Ajatus* 20, 49-64.
 1962 *Knowledge and Belief*. Ithaca: Cornell University Press.
- Hoeksema, Jack.
 1983 "Plurality and Conjunction", en Alice G.B. ter Meulen (ed.) *Studies in Modeltheoretic Semantics*, Groningen Amsterdam Studies in Semantics 1. Dordrecht: Foris, 63-83.

- Hoop, Helen de.
 1995 “On the Characterization of the Weak-Strong Distinction”, en E. Bach, E. Jelinek, A. Kratzer y B. H. Partee (eds.), *Quantification in Natural Languages*, Studies in Linguistics and Philosophy 54, Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 421-450.
- 1996 *Case Configuration and Noun Phrase Interpretation*. Outstanding Dissertations in Linguistics. New York & London: Garland.
- Hopper, Paul J. y Sandra A. Thompson.
 1980 “Transitivity in Grammar and Discourse”, *Language* 56, 251-299.
- Horn, Laurence R.
 1990 “Teoría pragmática”, en Frederick J. Newmeyer (comp.), *Panorama de la Lingüística Moderna de la Universidad de Cambridge, I. Teoría Lingüística: Fundamentos*. Madrid: Visor Distribuciones, 147-181.
- Hout, Angeliek van.
 1992 “On the role of aspect in the lexicon (linking activity verbs)”, en *Proceedings of the Second Computational Lexical Semantics Seminar*. Toulouse.
- Jackendoff, Ray.
 1991 “Parts and boundaries”, *Cognition* 41, 9-45 (también en B. Levin y S. Pinker (eds.) *Lexical and Conceptual Semantics*. Oxford: Blackwell, 9-46).
- 1996 “The Proper Treatment of Measuring Out, Telicity, and Perhaps Even Quantification in English”, *Natural Language and Linguistic Theory* 14, 305-354.
- Kabakčiev, Krasimir.
 2000 *Aspect in English, A “Common-Sense” View of the Interplay Between Verbal and Nominal Referents*. Studies in Linguistics and Philosophy 75. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Kamp, Hans.
 1981 “A Theory of Truth and Semantic Representation”, reimpresso en Groenendijk, T. Janssen y M. Stockhof (eds.) (1984) *Truth Interpretation and Information*. Dordrecht: Foris, y en Portner y Partee, 2002, 189-222.
- Karttunen, Lauri y Stanley Peters.
 1979 “Conventional Implicature”, en Choon-Kyu Oh y David A.

- Dinneen (eds.), *Syntax and Semantics 11: Presupposition*. New York: Academic Press, 1-56.
- Kearns, K.S.
1991 *The Semantics of The English Progressive*. Tesis doctoral, MIT.
- Keenan, Edward L.
1996 “The Semantics of Determiners”, en Lappin (ed.), *The Handbook of Contemporary Semantic Theory*, Oxford: Blackwell, 42-63.
- Keenan, Edward L. y Bernard Comrie
1977 “Noun Phrase Accessibility and Universal Grammar”, *Linguistic Inquiry* 8, 63-99.
- Kempchinsky, Paula.
2004 “Romance *se* as an aspectual element”, en Julie Auger, J. Clancy Clements y Barbara Vance (eds.), *Contemporary Approaches to Romance Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins, Company, 239-256.
- Kenny, Anthony.
1963 *Actions, Emotion, and Will*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Kleiber, Georges.
2001 *L'anaphore associative*. Linguistique Nouvelle. Paris: Presses Universitaires de France.
- Kozłowska, Monika.
1998a “Aspect, Modes d'Action et Classes Aspectuelles”, en Jacques Moeschler (dir.), 101-122.
1998b “Bornage, Têlicité et Ordre Temporel”, en Jacques Moeschler (dir.), 221-244.
- Krifka, Manfred.
1989 “Nominal Reference, Temporal Constitution and Quantification in Event Semantics”, en Renate Bartsch, Johan van Benthem y Peter Van Emde Boas (eds.), *Semantics and Contextual Expressions*. Dordrecht: Foris, 75-115.
1992 “Thematic Relations as Links between Nominal Reference and Temporal Constitution”, en Ivan Sag y Anna Szabolsci (eds.), *Lexical Matters*. Stanford, California: CSLI, 29-53.
1998 “The Origins of Telicity”, en Susan Rothstein (ed.), 197-235. [http://amor.rz.hu-berlin.de/~h2816i3x/articles.html]
2001 “The Mereological Approach to Aspectual Composition”, Conference: Perspectives on Aspect. University of Utrecht, OTS, Dec 12-14, handout. [http://amor.rz.hu-berlin.de/~h2816i3x/ 'talks']

- Ladusaw, William A.
 1994 "Thetic and Categorical, Stage and Individual, Weak and Strong", en M. Harvey y L. Santelmann (eds.), *Proceedings of SALT IV*, CLC Publications. Ithaca: Cornell, 220-229.
- Lakoff, George.
 1965 *On the Nature of Syntactic Irregularity*. Tesis doctoral, Indiana University [publicada en 1967, New York: Holt].
- Landman, Fred.
 1989 "Groups". Part I, II. *Linguistics and Philosophy* 12, 559-605, 723-744.
 1991 *Structures for Semantics*. Studies in Linguistics and Philosophy vol. 45. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Lazard, Gilbert.
 1984a "Anti-impersonal verbs, transitivity continuum and the notion of transitivity", en H. Seiler (ed.), *Language invariants and mental operations*, Tübingen: Gunter Narr, 115-123 (reimpreso en Lazard 2001a, 173-181).
 1984b "Actance Variations and Categories of the Object" en Frans Plank (ed.), *Objects*. New York: Academic Press, 269-292.
 1995a "Typological Research on Actancy: The Paris RIVALC Group", en Masayoshi Shibatani y Theodora Bynon (eds.), *Approaches to Language Typology*. Oxford: Clarendon Press, 167-213.
 1995b "La notion de distance actancielle", en *Langues et langages. Problèmes et raisonnements en linguistique*. Paris: PUF, 135-146 (reimpreso en Lazard 2001a, 387-398).
 1996 "Fonction de l'accord verbe-actant", *Faits de langue* 8, 151-160 (reimpreso en Lazard 2001a, 263-272).
 1997 "Définition des actants dans les langues européennes", en Jack Feuillet (ed.), 11-146.
 1998 *Actancy*. Berlin: Mouton de Gruyter.
 1999a "Pour une terminologie rigoureuse: quelques principes et propositions", *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris*, n.s. 6, 111-133 (reimpreso en Lazard 2001a, 91-113).
 1999b "De la transitivité restreinte à la transitivité généralisée", en A. Rousseau (ed.), *La transitivité*, Villeneuve d'Ascq.: Presses Universitaires du Septentrion, 55-84 (reimpreso en Lazard 2001a, 299-324)
 2001a *Études de Linguistique Générale: Typologie Grammaticale*. Collection Linguistique, Louvain-Paris: Peeters.
 2001b "RIVALC et les invariants", en Lazard 2001a, 147-169.

- 2003 "What is an object in a cross-linguistic perspective?", en Giuliana Fiorentino (ed.), *Romance Objects, Transitivity in Romance languages*. Berlin: Mouton de Gruyter, 1-16.
- Lees, Robert B.
1960 *The Grammar of English Nominalizations*. La Haya: Mouton.
- Lehmann, Christian.
1991 "Predicate classes and Participation", en H. Seiler y W. Premper (eds.), *Partizipation*, 183-239.
1994 "Predicates: Aspectual Types", en Robert E. Asher y J.M.Y. Simpson (eds.), *Encyclopedia of Language and Linguistics*. Oxford: Pergamon, vol. 6, 3297-3302.
- Lejewski, Czeslaw.
1995 "Remembering Stanislaw Lesniewski", en Miéville y Ver-
nant (dirs.), 25-66.
- Leonard, Henry S. y Goodman, Nelson.
1940 "The calculus of individuals and its uses", *The Journal of Symbolic Logic* 5, 45-55.
- Lepage, François y Serge Lapierre.
2000 *Logique Partielle et Savoir, Essai de Philosophie Formelle*. Coll. Analytiques 11, Québec/Paris: Bellarmin-Vrin.
- Levinson, Stephen C.
1983 *Pragmatics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lewis, David.
1972/1976 "General Semantics", en Davidson y Harman (eds.), *Semantics of Natural Language*. Dordrecht: D. Reidel Publishing Company, 169-218 (también en Partee (ed.), *Montague Grammar*, 1976, 1-50, reedición por la que se cita).
1973a *Counterfactuals*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
1973b "Causation", *The Journal of Philosophy* 70, 556-567.
1975 "Adverbs of quantification", en Edward L. Keenan (ed.) *Formal Semantics of Natural Language*. Cambridge: Cambridge University Press: 3-15 (también en Portner y Partee, 2002, 178-188).
- Li, Charles N. y Sandra A. Thompson.
1976 "Subject and Topic: A New Typology of Language", en Li (ed.), *Subject and Topic*. New York: Academic Press, 457-489.
- Link, Godehard.
1983 "The Logical Analysis of Plurals and Mass Terms: A Lattice-Theoretical Approach", en Bäuerle, Rainer y Schwarze y von Stechow (eds.), *Meaning, Use, and Interpretation of Lan-*

- guage*. Berlin: Mouton de Gruyter, 302-323 (también en Link 1998a, 11-34, reimpresión por la cual se cita).
- 1987 “Generalized Quantifiers and Plurals”, en Gärdenfors (ed.), *Generalized Quantifiers. Linguistic and Logical Approaches*, Dordrecht: Reidel, 181-201.
- 1991 “Quantity and Number”, en D.Zaefferer (ed.), *Semantic Universals and Universal Semantics*. Dordrecht: Foris, 133-149 (también en Link 1998a, 213-229, reimpresión por la que se cita).
- 1998a *Algebraic Semantics in Language and Philosophy* [collected essays]. Standford, California: CSLI Publications.
- 1998b “Appendix: A Chapter in Lattice Theory”, en Link 1998a, 353-382.
- Lipschutz, Seymour.
1964 *Set Theory and Related Topics*. New York: Schaum.
- Lønning, Jan Tore.
1997 “Plurals and Collectivity”, en Johan van Benthem y Alice Ter Meulen (eds.), *Handbook of Logic and Language*. Amsterdam/Cambridge, MS: North-Holland & MIT press, 1009-1053.
- López Palma, Helena.
1999 *La interpretación de los cuantificadores. Aspectos sintácticos y semánticos*. Colección Gramática del español 4. Madrid: Visor.
- Manzano, María.
1989 *Teoría de modelos*. Alianza Universidad, Textos 126. Madrid: Alianza Editorial.
- Masullo, Pascual
1996 “Los sintagmas nominales sin determinante: una propuesta incorporacionista”, en Ignacio Bosque (ed.), *El sustantivo sin determinación*. Madrid: Visor, 169-200.
- McCawley, James D.
1968 “Lexical Insertion in a Transformational Grammar without Deep Structure”, *CLS* 4, 71-80 (Traducido en Victor Sánchez de Zavala (comp.), 1974, *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria, vol. I: Comienzos y centro de la polémica*. Madrid: Alianza Editorial, 259-275).
- 1993 *Everything that Linguists have Always Wanted to Know about Logic but were ashamed to ask*. 2nd edition. Chicago: University of Chicago Press.

McNally, Louise.

1995 “Bare plurals in Spanish are interpreted as properties”, en G. Morrill y R. Oehrle (eds.), *Proceedings of the 1995 ESLLI Conference on Formal Grammar*. [<http://www.upf.es/~dtf/personal/louisemcnally/papers.htm>]

1997 *A Semantics for the English Existential Construction*. Outstanding Dissertations in Linguistics. New York & London: Garland.

1998 “Existential Sentences without Existential Quantification”, *Linguistics and Philosophy* 31, 353-392.

Mendivil, J.L.

1999 *Las palabras disgregadas. Sintaxis de las expresiones idiomáticas y los predicados complejos*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Miéville, Denis.

1995 “Stanislaw Lesniewski et l’importance d’une logique développementale”, en Miéville y Vernant (dirs.), 67-92.

Miéville, Denis y Denis Vernant (dirs.)

1995 *Stanislaw Lesniewski Aujourd’hui*. Recherches sur la Philosophie et le Langage, vol. 16, Centre de Recherches Sémiologiques, Paris: Vrin.

Miguel, Elena de.

1999 “El Aspecto Léxico” en Ignacio Bosque y Violeta Demonte (eds.), *Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, vol. 2. Madrid: Espasa Calpe, 2977-3060.

Milsark, Gary.

1974 *Existential Sentences in English*. PhD dissertation, MIT.

1977 “Toward an Explanation of Certain Peculiarities of the Existential Construction in English”, *Linguistic Analysis* 3, 1-29.

Moens, Marc.

1987 *Tense, Aspect and Temporal Reference*. Ph.D. dissertation. University of Edinburgh.

Moens, Marc y Mark Steedman.

1988 “Temporal Ontology and Temporal Reference”, *Computational Linguistics* 14, 15-28. [<http://acl.ldc.upenn.edu/J/J88/J88-2003.pdf>]

Moeschler, Jacques (dir.)

1998 *Le Temps des Événements. Pragmatique de la référence temporelle*. Paris: Éditions Kimé.

- Moeschler, Jacques.
 1998 "Les relations entre événements et l'interprétation des énoncés", en Moeschler (dir.), 293-321.
- Moeschler, Jacques y Anne Reboul.
 1999 *Diccionario Enciclopédico de Pragmática*. Madrid: Arrecife.
- Moltmann, Friederike.
 1997 *Parts and Wholes in Semantics*. Oxford: Oxford University Press.
- Montague, Richard.
 1969 "On the nature of certain philosophical entities", *The Monist* 53, 159-194 (reimpreso en Montague 1974, 148-187).
 1970a "English as a Formal Language", en B. Visentini *et. al.* (eds.), *Linguaggi nella Società e nella Tecnica*. Milán (reimpreso en Montague 1974, 188-221).
 1970b "Universal Grammar", *Theoria* 36, 373-398 (reimpreso en Montague 1974, 222-246).
 1973 "The Proper Treatment of Quantification in Ordinary English", en J. Hintikka, J. Moravcsik, y P. Suppes (eds.), *Approaches to natural Language*. Dordrecht: D. Reidel, (reimpreso en Montague 1974, 247-270).
 1974 *Formal Philosophy, Selected Papers of Richard Montague*. Edited and with an Introduction by Richmond H. Thomason. New Haven and London: Yale University Press
- Moreno Cabrera, Juan Carlos.
 1987 *Fundamentos de Sintaxis General*. Madrid: Síntesis.
 1991 *Curso Universitario de Lingüística General*, Tomo I: *Teoría de la gramática y sintaxis general*. Letras Universitarias. Madrid: Síntesis.
 1994 *Curso Universitario de Lingüística General*, Tomo II: *Semántica, pragmática, morfología y fonología*. Letras Universitarias. Madrid: Editorial Síntesis.
- Moreno-Torres Sánchez, Ignacio.
 2000 *La lógica en la Gramática, El Tiempo en español desde la Teoría de Representación del Discurso*. Málaga: Universidad de Málaga (Estudios y Ensayos 42).
- Morimoto, Yuko.
 2001 *Los verbos de movimiento*. Gramática del Español 6. Madrid: Visor Libros.
- Morris, Charles.
 1994 *Fundamentos de la teoría de los signos*. Barcelona: Planeta-De Agostini.

- Mosterín, Jesús.
1989 “Teorías y Modelos”, en Manuel Garrido (ed.), *Lógica y lenguaje*. Madrid: Tecnos, 119-150.
- Mourelatos, Alexander P. D.
1981 “Events, Processes, and States”, en Philip Tedeschi y Annie Zaenen (eds.) *Syntax and Semantics 14: Tense and Aspect*. New York: Academic Press, 191-212.
- Nef, Frédéric.
1988 *Logique et langage, Essais de sémantique intensionnelle*. Paris: Hermès.
1995 “Sémantique et ontologie: réflexions sur la théorie des objets et les propriétés”, en Miéville y Vernant (dirs.), 147-177.
- Newmeyer, Frederick J.
1982 *El primer cuarto de siglo de la gramática generativo-transformatoria (1955-1980)*. Madrid: Alianza.
- Nishida, Chiyo.
1994 “The Spanish Reflexive Clitic *se* as an Aspectual Class Marker”, *Linguistics* 32, 425-458.
- Parsons, Terence.
1979 “An analysis of mass terms and amount terms”, en F. J. Pelletier (ed.), *Mass Terms: Some Philosophical Problems*. Dordrecht: Reidel, 137-166.
1990 *Events in the Semantics of English, A Study in Subatomic Semantics*. Cambridge, MS: The MIT Press.
- Partee, Barbara H.
1986 “Noun Phrase Interpretation and Type-Shifting Principles”, en Groenendijk, de Jongh y Stokhof (eds.), *Studies in Discourse Representation Theory and the Theory of Generalized Quantifiers*. Dordrecht: Foris, 116-143.
1988 “Possible Worlds in Model-Theoretic Semantics: A Linguistic Perspective”, en Sture Allén (ed.), *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences. Proceedings of Nobel Symposium 65*, Walter de Gruyter, 93-123.
[<http://semanticsarchive.net/Archive/TA4MTYxZ/BHP88PossibleWorldsModelTheoreticSem.pdf>]
1996-1997 “El desarrollo de la semántica formal en la teoría lingüística”, en Josefina García Fajardo (ed.), *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje* 3, núm. monográfico 2B: *Semántica*, 291-328.
2001 “Montague Grammar”, en Neil J. Smelser y Paul B. Baltes, (eds.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral*

- Sciences. Oxford: Pergamon/Elsevier Science.
[<http://www-unix.oit.umass.edu/~partee/docs/MontagueGrammarElsevier.pdf>]
- 2004 *Compositionality in Formal Semantics. Selected Papers by Barbara H. Partee*. Explorations in Semantics 1, London: Blackwell.
- Partee, Barbara H. y Mats Rooth.
1983 “Generalized conjunction and type ambiguity”, en R. Bäuerle, C. Schwarze & A. Von Stechow (eds.), *Meaning, Use and Interpretation of Language*. Berlin: Walter de Gruyter, 361-383.
[http://semanticsarchive.net/Archive/ThiYWY5Y/BHP_Rooth83GeneralizedConjunction.pdf]
- Partee, Barbara H., Alice ter Meulen y Robert E. Wall.
1993 *Mathematical Methods in Linguistics*. Corrected First Edition, Studies in Linguistics and Philosophy 30, Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Pelletier, Francis Jeffry y Lenhart. K. Schubert.
1989 “Mass Expressions”, en D. Gabbay y F. Guentner (eds.), *Handbook of Philosophical Logic*, vol. 4: *Topics in the Philosophy of Language*, Dordrecht: D. Reidel, 327-407.
- Pichon, Jacques.
1995 *Théorie des Ensembles, Logique, Les Entiers (Bases du raisonnement mathématique/Indices, familles indéxées/Relations d'ordre, d'équivalence/Ensembles finis, infinis, dénombrables)*. [1989] Collection Ellipses. Paris: Édition Marketing.
- Piñón, Christopher.
2006 *Mereology for Linguists*. Notas del curso, 18th ESSLLI.
- Plank, Frans (ed.)
1984a *Objects, Towards a Theory of Grammatical Relations*. New York: Academic Press.
1984b “Introduction: Ces obscurs objets du désir”, en Plank (ed.), 1-8.
- Poesio, Massimo.
1994 “Weak Definites”, en M. Harvey y L. Santelmann (eds.), *Proceedings of SALT IV*, CLC Publications. Ithaca: Cornell.
- Portner, Paul y Barbara H. Partee (eds.)
2002 *Formal Semantics, The Essential Readings*. Linguistics: The Essential Readings. Oxford: Blackwell.
- Ramchand, Gillian Catriona.
1997 *Aspect and Predication. The Semantics of Argument Structure*. Oxford: Oxford University Press-Clarendon Press.

- Ratté, Sylvie.
1994 "Getting Directional: Incremental changes, Participant-hood, and the Underlying Structure of Events [*Computational Event Structures Part I*]", Brain and Cognitive Sciences Department, Memo, MIT.
[http://www/3.sympatico.ca/bailaka/Cv/BCS-1.pdf]
- Reed, Lisa A.
1996 *Toward Logical Form, An Exploration of the Role of Syntax in Semantics*. Outstanding Dissertations in Linguistics, New York & London: Garland.
- Reichenbach, Hans.
1947 *Elements of Symbolic Logic*. New York: Macmillan.
- Renaud, Francis.
1996 *Sémantique du temps et lambda-calcul*. Linguistique Nouvelle. Paris: Presses Universitaires de France.
- Rivenc, François y Philippe de Rouilhan.
1997 "Introduction des traducteurs", en Carnap (1997), 7-40.
- Rooth, Mats.
1985 *Association with Focus*. Tesis doctoral, University of Massachusetts, Amherst.
- Rothstein, Susan (ed.)
1998 *Events and Grammar*. Studies in Linguistics and Philosophy 70, Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Rothstein, Susan
2004 *Structuring Events. A Study in the Semantics of Lexical Aspect*. Explorations in Semantics 2. London: Blackwell.
- Rouault, Jacques.
1995 "Représentations centrées objets, formalisation en linguistique et système de Lesniewski", en Miéville & Vernant (dirs.), 257-274.
- Russell, Bertrand.
1905/1981 "On denoting", *Mind* n.s. 14, 479-493 (traducido como "Sobre la denotación" en Russell 1981, *Lógica y conocimiento*, Madrid: Taurus, 51-74).
- Russell, Bertrand y Alfred North Whitehead.
1910-1923 *Principia Mathematica*. 3 vols. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Ruys, Eddy Godehard.
1992 *The Scope of Indefinites*. OTS Dissertation Series, Utrecht University.

- Ruys, Eddy y Yoad Winter.
 1995a “Course: Modeltheoretic Semantics and the Syntax-Semantics Interface (Lectures 1-5)” [<http://www.cs.technion.ac.il/~winter/courses/synsem.html>]
 1995b “Lecture 1: Basic Notions of Modeltheoretic Semantics”, 8p, en Ruys & Winter, 1995a
 1995c “Lecture 2: Types and Model Structure”, 8p, en Ruys & Winter, 1995a
 1995d “Lecture 3: On Boolean Semantics”, 7p, en Ruys & Winter, 1995a
 1995e “Lecture 4: Generalized Quantifiers (1)”, 3p, en Ruys & Winter, 1995a
- Ryle, Gilbert.
 1949 *The Concept of Mind*. London: Barnes and Noble.
- Sanders, G.
 1984 “Adverbials and Objects”, en Frans Plank (ed.), 221-241.
- Sanz, Montserrat.
 2000 *Events and Predication. A new approach to syntactic processing in English and Spanish*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Saussure, Ferdinand de.
 1994 *Cours de Linguistique Générale*. Édition critique préparée par Tulio de Mauro, Bibliothèque Scientifique Payot. Paris: Éditions Payot [1972].
- Saussure, Louis de.
 1998 “L’Encapsulation d’événements. L’Exemple du passé simple”, en Moeschler (dir.), 245-269.
- Seiler, Hansjakob y Waldfried Premper, (eds.)
 1991 *Partizipation: Das sprachliche Erfassen von Sachverhalten*. Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- Simons, Peter.
 1987 *Parts. A Study in Ontology*. Oxford: Oxford University Press-Clarendon Press.
- Solís Daun, Julio Ernesto y Yolanda Torres Falcón.
 1995 *Lógica Matemática*. Libros de texto. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
- Stalnaker, Robert C.
 1978 “Assertion”, en Peter Cole (ed.), *Syntax and Semantics 9: Pragmatics*. San Diego: Academic Press, 315-332.

- Sten, Holger.
 1952 *Les temps du verbe fini (indicatif) en français moderne*. Copenhague: Munksgaard.
- Strawson, Peter Frederick.
 1983a “Sobre el referir” [1950], en Strawson, *Ensayos lógico-lingüísticos*, Madrid: Tecnos, 11-39 (también en Valdés Villanueva, 1999, (ed.), 60-84).
 1983b “Referencia identificadora y valores de verdad” [1964] en Strawson *Ensayos lógico-lingüísticos*, Madrid: Tecnos, 90-112.
- Szabolcsi, Anna.
 1997a (ed.) *Ways of Scope Taking*, Studies in Linguistics and Philosophy 65, Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
 1997b “Background notions in lattice theory and generalized quantifiers”, en Anna Szabolcsi (ed.), 1-27.
- Talmy, Leonard.
 1985 “Lexicalization patterns: semantic structure in lexical forms”, en Shopen (ed.), *Language Typology and Syntactic Description*, vol III. Cambridge: Cambridge University Press, 57-149.
 1996 “The Windowing of Attention in Language”, en Masayoshi Shibatani y Sandra A. Thompson (eds.), *Grammatical Constructions, Their Form and Meaning*, Oxford: Oxford University Press, 235-287.
- Taylor, Barry.
 1977 “Tense and Continuity”, *Linguistics and Philosophy* 1, 199-220.
- Tenny, Carol.
 1994 *Aspectual Roles and the Syntax-Semantics Interface*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Tésnière, Lucien.
 1988 *Éléments de Syntaxe Structurale*. Deuxième édition [1966], Paris: Klincksieck.
- Thomason, Richmond H.
 1974 “Introduction”, en Richard Montague, *Formal Philosophy, Selected Papers of Richard Montague*. New Haven and London: Yale University Press, 1-69.
- Tugendhat, Ernst.
 1998 “El significado de la expresión *Bedeutung* en Frege” [1975], en Ernst Tugendhat, *Ser-Verdad-Acción. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Gedisa, 143-164.

- Väänänen, Jouko.
 1999 “Generalized Quantifiers, an Introduction”, *Bulletin of the European Association for Theoretical Computer Science* 62 (1997), 115-136 (reimpreso en Väänänen (ed.), *Generalized Quantifiers and Computation*, Springer Lecture Notes in Computer Science 1754, 1-17).
- Valdés Villanueva, Luis M. (ed.)
 1999 *La Búsqueda del Significado, Lecturas de Filosofía del Lenguaje*. 3ª edición. Madrid: Tecnos.
- Valdivia, Lourdes.
 1987 “La teoría fregeana de los conceptos”, en Lourdes Valdivia y Enrique Villanueva (comps.), *Filosofía del lenguaje, de la ciencia, de los derechos humanos y problemas de su enseñanza*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 57-78.
 1989 *Introducción a la Semántica y Ontología de Gottlob Frege*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
 1998 “Teorías de la referencia”, en Juan José Acero (ed.), *Filosofía del lenguaje I. Semántica*. Madrid: Trotta, 57-81.
- Van Fraassen, Bas C.
 1987 *Semántica Formal y Lógica*. Instituto de Investigaciones Filosóficas. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vázquez Rojas Maldonado, Violeta.
 2007 *Interpretación del pretérito y el copretérito. Un enfoque dinámico*. Tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vendler, Zenon.
 1957 “Verbs and Times”, *The Philosophical Review* 66, 143-160.
- Verkuyl, Henk J.
 1972 *On the Compositional Nature of the Aspects (Foundations of Language, Supplementary Series, Vol. 15)*, Dordrecht: D. Reidel.
 2001 “Aspect in English: A Bulgarian Perspective”, *Journal of Semantics* 18, 367-390.
- Verkuyl, Henk J. y J. Zwarts.
 1992 “Time and space in conceptual and logical semantics: the notion of Path”, *Linguistics* 30, 483-511.
- Vernant, Denis.
 1993 *La philosophie mathématique de Russell*. Paris: Librairie Philosophique J. Vrin.
 2001 *Introduction à la logique standard. Calcul des propositions, des prédicats & des relations*. Champs Université: Philosophie vol. 3027. Paris: Flammarion.

- Villegas Silva, Luis Miguel, Diego Rojas Rebolledo y Favio Ezequiel Miranda Perea.
 2000 *Conjuntos y Modelos. Curso Avanzado*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Vlach, Frank.
 1981 “The Semantics of the Progressive”, en Philip Tedeschi & Annie Zaenen (eds.), *Syntax and Semantics 14: Tense and Aspect*. New York: Academic Press, 271-292.
- Welte, Werner.
 1985 *Lingüística Moderna. Terminología y Bibliografía*. Madrid: Gredos.
- Whitehead, Alfred North.
 1920 *The Concept of Nature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wilson, Deirdre y Dan Sperber.
 1998 “Sobre la teoría de la conversación de Grice”, en María Teresa Julio y Ricardo Muñoz (comps.), *Textos Clásicos de Pragmática*. Madrid: Arco/Libros, 145-172.
- Wittgenstein, Ludwig.
 1922 *Tractatus Logico-Philosophicus* (trad. C.K.Ogden y F.P. Ramsey). London: Routledge and Kegan Paul.
- Wright, Georg Henrik von.
 1963 *Norm and Action*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
 1968 *An Essay in Deontic Logic and the General Theory of Action (Acta Philosophica Fennica)*. Amsterdam: North-Holland.
- Wyngaerd, Guido Vanden.
 2001 “Measuring Events”, *Language* 77, 61-90.
- Yeom, Jae-Il.
 1998 *A Presuppositional Analysis of Specific Indefinites. Common Grounds as Structured Information States*. Outstanding Dissertations in Linguistics. New York: Garland.
- Zeevat, Henk.
 1984 “A compositional approach to Discourse Representation”, manuscrito. Rotterdam: Universidad Erasmus.
 1989 “A compositional approach to Discourse Representation Theory”, *Linguistics and Philosophy* 12, 95-131.

*Telicidad y composicionalidad en la frase verbal:
un estudio desde la semántica formal*

se terminó de imprimir en abril de 2009
en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V.

Av. Coyoacán 1450, col. Del Valle 03220 México, D.F.

Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.

Portada: Irma Eugenia Alva Valencia.

Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

El libro presenta un estudio pormenorizado de dos de los temas que actualmente resultan centrales en semántica y en sintaxis: la telicidad y la composicionalidad; la primera, una propiedad, y la segunda, un principio semántico, que tienen repercusión en la conformación del sentido en las estructuras de las distintas lenguas del mundo. Ambos temas son tratados, en primer lugar, en sus orígenes lingüísticos, para escudriñar, a continuación, la relación entre los dos, así como la manera en que esa relación se ha considerado en las diferentes teorías que la han retomado. En el meollo del análisis, el autor muestra la manera como la composicionalidad interviene en la característica tética de las frases verbales, y desentraña las nociones de telicidad y perfectividad, frecuentemente confundidas. Por la importancia de los temas tratados, así como por el rigor y la claridad con que el autor los presenta, el texto constituye una aportación muy relevante para la investigación lingüística.

Ilustración de portada: Willi Baumeister, *Sonnen-Figuren*, 1948.

ISBN: 978-607-462-015-3



9 786074 620153